



SAM LEÓN

BESTIA



Nova Casa Editorial

D.J.57

Sam León

BESTIA



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2016, **Sam León**

© 2017, **de esta edición: Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Jesús Espínola

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE

PORTADILLA

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

EPÍLOGO

SIEMPRE HA SIDO POR TI

SAM LEÓN

SINOPSIS

Harry Stevens grita peligro en cada poro del cuerpo y no precisamente por las escandalosas cicatrices que lleva en el lado izquierdo de la cara.

Es la clase de chico con el que no quieres involucrarte porque sabes, por sobre todas las cosas, que va a destrozarte. Es de la clase de hombre que guarda una cantidad aterradora de secretos lo suficientemente perturbadores como para hacer que quieras huir de él lo antes posible. Es de la clase de hombre que, pese a todo el odio y rencor acumulado que carga sobre los hombros, es capaz de hacerte tocar el cielo con un beso...

Sé que no es de fiar. Sé que debo poner cuanta distancia sea posible entre él y yo porque su mundo acabará con el mío si no le pongo un punto final a lo que siento..., pero no puedo hacerlo. No puedo huir de él. No, cuando la oscuridad que vive dentro de él se disipa cuando está a mi alrededor. No, cuando lo amo del modo en el que lo hago...

El ángel vino en forma de bestia y vino a salvarme.

Quizás... —*solo quizás*— vino a acabar conmigo.

Y entonces, llegó...

Tan arrollador y abrumador como el más poderoso de los huracanes.

Tan intenso como el primer amor.

Tan demoledor como el último.

El ángel vino en forma de bestia y vino a salvarme.

Quizás... —*solo quizás*— vino a acabar conmigo.

CAPÍTULO 1

«No llores, no llores, no llores, no llores...». Pienso, pero no puedo detener el torrente cálido y húmedo de mis lágrimas desesperadas.

El nudo de mi garganta se aprieta cuando hago un recuento mental del dinero que tengo guardado en la pequeña caja que se encuentra dentro de mi habitación. Presiono mis palmas frías y temblorosas en mis ojos, y reprimo un sollozo.

Es casi medianoche y no tengo el coraje de entrar al departamento donde vivo porque sé *qué* es lo que voy a encontrar. Sé *quién* me espera y no estoy lista para enfrentarlo...

Estoy acurrucada, hecha un ovillo en el pasillo del horrible edificio en el que vivo, con la vista clavada en un punto en el suelo y un nudo de nerviosismo instalado en el estómago.

Soy patética.

Sé que está sobrio. Sé que no ha bebido una sola gota de alcohol y sé que no hay otro momento en el que le tema más. Dios sabe cuánto necesito que esté borracho para que no trate de golpearme. Para que no trate de *tocarme*...

Mi corazón late con furia contra mis costillas y casi puedo jurar que va a perforar un agujero para salir de mi cuerpo.

«No llores. No llores. No. Llores...».

Cierro mis ojos con fuerza y, justo en ese momento, tomo una inspiración profunda. Necesito tranquilizarme.

Aliso las arrugas de la percutida camisa blanca que llevo puesta, solo porque necesito hacer algo de tiempo para armarme de valor y levantarme del suelo.

Limpio la humedad de mis mejillas con el dorso de mis manos y presiono mis palmas contra mis rodillas flexionadas, en un débil intento de disminuir el temblor de mi cuerpo, pero nada funciona.

«Puedes hacerlo, Maya». Me aliento. «Puedes hacer esto. Solo cómprale una cerveza y enciérrate en tu habitación».

Pero sé que no es tan sencillo como eso. No va a tener suficiente con una bebida. Va a derribar la puerta y va a volver a hacerme daño.

Los cardenales que me hizo la semana pasada aún tiñen la piel de mis brazos, pero la hinchazón de mi pómulo derecho ha disminuido considerablemente. Sin embargo, no sé qué demonios voy a hacer para justificar más marcas en el trabajo. No sé cuánto tiempo más van a comprarse la patética historia que me he inventado. Esa es la que le digo a todo el mundo que soy la torpeza hecha persona...

La opresión en mi pecho aumenta un poco más y me hundo lentamente. No puedo evitarlo. Tampoco puedo pedir ayuda. No puedo hacer nada porque es *mi papá*...

Un sollozo se construye en la parte posterior de mi garganta. No puedo respirar. No puedo eliminar el peso que siento sobre mis hombros en este momento. La desesperación es tan grande, que apenas soporto estar en mi propia piel.

Estoy a punto de estallar. Ya no puedo más. No puedo seguir con esto. Voy a perderlo...

Los pasos provenientes de las escaleras me obligan a volver a la realidad. Vuelvo mi atención hacia ellas y trato de recomponerme al darme cuenta de que alguien sube a paso lento y despreocupado. La humillación se filtra en mi interior como la humedad.

Trato de no levantar la cabeza para nada, pero la curiosidad es muy grande, ya que sé de quién se trata.

He visto al vecino del piso superior muy pocas veces en todo el tiempo que tiene viviendo aquí. Llegó hace meses, pero no es alguien muy sociable.

Apenas tengo una vista de su espalda mientras pasa de largo hasta el siguiente tramo de escaleras. Lleva un gorro tejido en la cabeza, pero algunos cabellos color caramelo se escapan del material, cubriendo su nuca y parte de su cuello. Lleva una sudadera que le va grande y unos vaqueros entallados. Es bastante alto e imponente.

El tipo no habla con nadie, pero escuché a un par de señoras en el primer piso decir que era alguien aterrador. Con todo y su falta de interés en las personas que viven en el mismo edificio que él, puedo asegurar que tiene una economía bastante holgada; tomando en cuenta que tuvo los medios para comprar todo el piso de arriba y remodelarlo. Es el único inquilino que es dueño de un piso entero en el complejo habitacional más horrible de todo San Francisco. No entiendo cómo es que una persona en su sano juicio compraría algo aquí. El edificio está cayéndose a pedazos y, a pesar de eso, el vecino de arriba invirtió en él.

«¿Por qué?».

El familiar crujir de la puerta del departamento donde vivo, hace que el terror me invada de nuevo y me incorporo lo más rápido que puedo. Trato de poner distancia entre ella y yo, pero es demasiado tarde.

Mi padre ya está aquí y tira de mi muñeca con brusquedad y reprimo un grito ahogado al tiempo que hago una mueca de dolor. Toda la sangre parece haberse drenado de mi rostro en un segundo. Toda mi preparación psicológica no parece haber servido de nada.

Mi mandíbula se aprieta en el instante en el que veo los ojos enrojecidos que me miran con dureza y enojo. Mis puños se cierran con tanta fuerza, que puedo sentir cómo las uñas se entierran en la carne blanda de mis palmas. Un nudo quema en la parte posterior de mi garganta y el miedo me atenaza las entrañas con una fuerza demoledora.

Quiero llorar y suplicar que me deje ir, pero estoy congelada por el horror.

Fríos ojos grises me miran con fijeza y un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras trato de deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta.

Casi puedo jurar que estoy a punto de vomitar. La ansiedad que detona en mi sistema es tan grande, que quiero gritar. Quiero correr lejos de aquí. Quiero esconderme y no salir nunca...

—¿Dónde estabas?! —espeta, con dureza. Trato de mantener mi nerviosismo a raya, pero es imposible. Estoy aterrada hasta la mierda.

—Papá... —suplico en un susurro.

«Aquí no. Por favor, aquí no».

—¿DÓNDE MIERDA ESTABAS?! —escupe en un grito.

—¡Trabajando! —suelto, en un siseo ansioso.

—¡Sí, claro! ¡A mí no me vas a ver la cara de estúpido! —espeta—. ¡Necesito dinero! ¿Dónde diablos tienes el maldito dinero, Maya?!

—Necesito ir a buscarlo dentro —tartamudeo y trato de escurrirme entre su cuerpo y el marco de la puerta, sin embargo, él golpea la madera con brusquedad para impedirme el paso.

La alarma se dispara en mi cabeza, pero me obligo a mirarlo a los ojos.

—Si vas a buscar el dinero que estaba en la caja de música de tu habitación, ya no está —me regala una sonrisa descarada—. Lo tomé hace días.

«Oh, mierda...».

Era el dinero de la renta. Era todo el dinero que tenía.

«¿Qué voy a hacer ahora?».

El coraje se mezcla con el miedo y la ansiedad.

—No tengo más —mi voz suena inestable y ronca.

Entonces, tira de mí con brusquedad y mi pecho golpea contra el suyo. Sus manos se aferran a mi bíceps y su agarre es tan fuerte, que me hace daño. El asco y la repulsión me invaden por completo cuando siento cómo su aliento caliente y rancio golpea mi mejilla. Quiero gritarle que me suelte; quiero poner distancia entre nosotros, pero estoy congelada en mi lugar.

—Disculpa —una voz tranquila, ronca y arrastrada suena a mis espaldas.

En ese instante, la mirada de mi papá se clava en un punto detrás de mí y aprovecho su distracción para apartarme un poco.

Doy un par de pasos hacia atrás, cuando, de pronto, mi espalda choca contra algo cálido y blando. Mis ojos se cierran con el mero contacto y siento cómo la vergüenza toma posesión de mi cuerpo. Quiero cavar un pozo en la tierra y arrastrarme hasta ahí para no salir nunca.

—Creo que se te cayó esto... —una mano grande aparece en mi campo de visión y soy capaz de mirar el billete de cincuenta que está doblado entre los dedos medio e

índice.

Mi papá mira la ofrenda durante unos segundos antes de arrebatar el dinero con brusquedad y encaminarse escaleras abajo sin decir nada.

Las lágrimas inundan mis ojos, pero un suspiro aliviado brota de mis labios. Me siento humillada, avergonzada, enojada y agradecida. Todo al mismo tiempo.

Doy un paso hacia adelante para darle espacio vital a la persona que está detrás de mí, mientras trato de recomponerme. Sé que se trata del vecino de arriba. Es la única persona que estaba cerca. Debe ser *él*...

No quiero mirarlo. No quiero tener que enfrentarme a él después de lo que acaba de ocurrir, pero sé que debo agradecerle el gesto. Sé que debo disculparme y asegurarle que voy a regresarle su dinero.

Así que, sin más, me giro sobre mis talones y lo miro...

La visión de su rostro me golpea como un látigo. Él también parece tomado por sorpresa, ya que su mandíbula se aprieta y su cabeza se gira hacia un lado para no mirarme de frente. Sé que trata de ocultar algo que *ya vi*...

El lado izquierdo de su cara está surcado por cicatrices burdas e irregulares. Apenas tuve un vistazo de las escandalosas marcas, pero fue suficiente para hacer que todo mi rostro delatara la impresión que causó en mí.

Me aclaro la garganta, al tiempo que trato de recomponerme del golpe de asombro de hace unos instantes.

—Voy a pagarte —me obligo a decir y quiero golpearme por sonar así de asustada.

De pronto, el chico delante de mí clava su mirada en la mía y me quedo sin aliento.

Un par de impresionantes ojos color verde esmeralda me observan fijamente. Las tenues luces del pasillo sombrean su rostro, de modo que la parte izquierda de su cara ha quedado parcialmente oculta de mí. El cabello rizado que sobresale del gorro ayuda a que las marcas apenas sean visibles, sin embargo, el ángulo de su mandíbula lo hace lucir peligroso. La imagen es devastadora. Luce como un animal herido y enfurecido. Luce *aterrador*...

—No es necesario —habla con voz neutral, pero hay un filo tenso y defensivo en su tono.

—No —digo determinante—. Voy a hacerlo.

Su ceño se frunce ligeramente ante mi respuesta y su expresión se endurece, pero no dice nada más. Se limita a regalarme un asentimiento torpe y rígido antes de girarse para avanzar hacia las escaleras.

Quiero decir algo —*cualquier cosa*— para agradecer lo que acaba de hacer por mí, pero ningún sonido sale de mi boca en ese instante.

No es hasta que va a medio camino, que soy capaz de tomar el control de mis cuerdas vocales.

—¡Gracias! —digo en voz alta y fuerte.

Él se detiene en seco y me mira de reojo. Casi puedo jurar que he visto un atisbo de sonrisa en sus labios... *casi*.

Entonces, reanuda su marcha.

No sé cuánto tiempo me quedo mirando el punto por donde aquel hombre ha desaparecido, pero no puedo dejar de revivir la imagen aterradora de su rostro. Ahora sé por qué no es una persona sociable. No puedo imaginar cuán difícil debe ser entablar una conversación con alguien; sobre todo cuando ese *alguien* no hace más que mirar tu rostro con una expresión incómoda y lastimera.

<<¡Eres una estúpida!>>. Me reprimo mentalmente. <<¡No debiste lucir tan impresionada!>>.

Un suspiro cargado de pesar brota de mi garganta, pero me obligo a entrar al departamento en el que vivo.

No me sorprende, en lo absoluto, encontrar latas vacías de cerveza regadas por todos lados cuando echo un vistazo alrededor. Una exhalación irritada me abandona, pero sin perder el tiempo, las levanto del suelo y las arrojo al cesto de la basura.

El aspecto del lugar es deprimente. Los sillones están tan destrozados y sucios, que parecen haber sido sacados de un basurero; sin embargo, no puedo siquiera pensar en comprar unos nuevos. Con el poco dinero que gano apenas puedo con los gastos básicos.

Dejé la escuela hace seis meses. No creo poder retomarla. Al menos, no pronto. No mientras papá no se ponga a trabajar.

Mamá se largó hace más de ocho meses y me siento aliviada por eso en cierto modo. Sin embargo, en momentos como este, lo único en lo que pienso es en que me hubiese encantado que me llevara con ella. A pesar de toda la mierda y del rencor que siento, hubiese preferido irme con ella a quedarme en este lugar. Apenas puedo soportar estar cerca de mi papá. Apenas puedo estar en mi propia piel...

Estoy agotada. Estoy cansada hasta la mierda, pero me digo a mí misma que puedo hacer un poco de limpieza antes de irme a la cama.

Me toma alrededor de una hora poner orden en el pequeño espacio. Agradezco el hecho de que mi papá aún no ha regresado. Mis nervios necesitan unos instantes de paz y su ausencia es bien recibida por ellos.

Después de un rato, cuando termino y quedo conforme con el aspecto de la sala y la cocina, me sirvo un poco de cereal y me encierro en mi habitación.

Una vez dentro, atraco la puerta con un viejo baúl del cual ni siquiera tengo llave, y me deshago del uniforme del restaurante donde trabajo para ponerme algo cómodo con que dormir. Entonces, me siento sobre el colchón donde duermo y trato de comer algo del cereal que preparé.

No puedo dejar de pensar en qué es lo que haré para conseguir el dinero de la renta este mes. Puedo trabajar horas extras, pero sé que no será suficiente...

Muerdo mi labio inferior y miro mi computadora. Es lo único de valor que me queda y me siento miserable ante la idea de deshacerme de ella. La pesadez se ha instalado en todo mi cuerpo, pero sé que, si quiero comer algo el resto de la semana, debo venderla. Con suerte tendré dinero suficiente para pagar el alquiler, comprar algo de comida y pagarle al vecino los cincuenta dólares que le dio a mi papá.

Trato de convencerme a mí misma de que mañana pensaré en algo mejor para no tener que llegar a esos extremos, pero muy en el fondo sé que voy a terminar deshaciéndome de ella. Muy en el fondo sé que voy a terminar vendiéndola...

Un suspiro entrecortado me abandona y froto mis sienes en un débil intento por aminorar el dolor que punza en mi cabeza.

Estoy tan cansada ahora mismo, que apenas puedo mantener los ojos abiertos, así que, finalmente, me rindo y dejo el plato de cereal a medio comer en el suelo antes de acurrucarme sobre mi cama improvisada.

La bruma del sueño se apodera de mí rápidamente; sin embargo, una última imagen invade mi cabeza antes de quedarme completamente dormida... La imagen de un chico con el lado izquierdo de la cara lleno de cicatrices.

CAPÍTULO 2

Trabajo en un restaurante como mesera. Paso el día entero limpiando mesas, fregando platos y soportando desplantes de gente que siente que es mejor que tú solo porque está sentada en una de las mesas que debes atender.

Muchas personas parecen no darse cuenta de que la integridad de lo que se meten a la boca, está en tus manos.

Debo admitir que el mero pensamiento de esto es reconfortante. Nunca le he hecho nada a la comida de nadie, pero la posibilidad siempre está ahí. Puedo cruzar la línea en el momento en el que desee hacerlo.

Tengo compañeros que escupen en los platos de la gente arrogante y déspota... Yo nunca lo he intentado. Me he concentrado en hacer todo lo posible porque esas personas se sientan satisfechas con mi servicio. Las propinas son increíblemente buenas cuando te esfuerzas lo suficiente.

Esta semana ha sido una bastante ajetreada. Últimamente, mis días se resumen en levantarme, ir a trabajar, volver, hacer el aseo en casa y dormir. Esa ha sido mi rutina durante los últimos meses y, aunque no quiera admitirlo, está acabando conmigo.

Pude vender mi computadora hace unos días. En realidad, no fue difícil hacerlo. Cuando conoces a las personas indicadas, todo es posible. De cualquier modo, tuve que trabajar horas extras para completar el dinero para pagar los servicios básicos y hacer las compras en el supermercado.

El suministro de alcohol de mi papá ha estado abastecido gracias a los cincuenta dólares del vecino de arriba y me siento aliviada por este hecho. No he dejado de recordarme con frecuencia que debo pagar ese dinero; así que, cuando recibo mi paga quincenal, es lo primero que aparto.

Todos en el trabajo se han puesto de acuerdo para ir a beber algo al terminar la

jornada, pero yo ni siquiera puedo considerarlo. No tengo la edad suficiente como para entrar a un bar —*al menos no en los Estados Unidos*—, y tampoco puedo darme el lujo de gastar un dinero que no tengo en cosas como esas.

—Podrías entrar si quisieras —dice Kim, una de mis compañeras. Es cuatro años más grande que yo, pero eso no ha impedido que nos llevemos bastante bien.

—Estoy muerta —le regalo una sonrisa triste—. Lo único que quiero es ir a casa y dormir hasta mañana.

Rueda los ojos al cielo, mientras que niega con la cabeza.

—Tienes diecinueve años, Maya. Deberías tratar de divertirte más —dice—. Actúas como una mujer de cuarenta años con dos hijos a su cuidado.

Una risa nerviosa y sin humor se me escapa, pero me las arreglo para no lucir herida por su comentario. Si mi vida fuese como la de cualquier chica de diecinueve, probablemente no luciría como lo hago.

«Si tan solo supiera...».

—¿Estás diciéndome amargada? —bromeo, pero hay un filo herido en el tono de mi voz. Ella envuelve uno de sus brazos alrededor de mis hombros.

—Solo digo que debes tratar de tomarte algo de tiempo para ti —la calidez con la que habla me sobrecoge por completo.

—La próxima quincena, quizás —prometo—. No pedí permiso en casa. Papá va a molestarse.

Kim hace una mueca de disculpa.

—A veces olvido que aún eres una chica de familia. Hace años que no hablo, ni veo a mis papás —medio sonrío. Se nota a leguas que es un tema duro de tratar, pero nunca me he atrevido a indagar en él. No tenemos ese nivel de confianza.

—Tal vez deberías hacerlo —trato de sonar casual, pero fracaso terriblemente.

—Tal vez... —el matiz triste que invade el tono de su voz me hace preguntarme qué fue lo que la obligó a alejarse de su familia.

—Debo irme —me aparto de su abrazo y le regalo una sonrisa.

—Toma un taxi —me mira con severidad—. No quiero que mañana aparezca la imagen de tu cuerpo en las noticias.

Ruedo los ojos al cielo.

—Dramática —mascullo y añado rápidamente—: Iré con cuidado.

—Te veo mañana —medio grita, cuando avanzo por la calle vacía. Me limito a agitar mi mano en su dirección antes de girarme y apretar el paso.

Me toma alrededor de cuarenta minutos llegar a casa. Perdí el último autobús, así que tuve que caminar; sin embargo, he aprovechado el recorrido para hacer cuentas mentales. Van a quedarme apenas cincuenta dólares para cualquier emergencia, pero es un alivio saber que no vamos a quedarnos un mes entero sin agua caliente o energía eléctrica.

Me detengo un momento en el primer piso, con la señora Goldman —*una de las vecinas del complejo*—. Le conté acerca de lo ocurrido con papá y el dinero de la renta, y accedió a guardarlo por mí hasta que sea el momento de pagar.

—Muchas gracias por hacer esto —le sonrío, agradecida.

La viejecilla hace un gesto con la mano para restarle importancia al enorme favor que está haciéndome. Tengo entendido que está jubilada y que el gobierno le paga una pensión mínima, es por eso por lo que no vive en un lugar mejor que este. Lo que le dan apenas le alcanza para sobrevivir.

—Es un placer, cariño —dice—. Hazme el favor de venir a verme más seguido; la soledad es la peor de las compañías. Más a mi edad.

—Haré lo posible —prometo—. He estado tan ocupada que...

—Entiendo —me interrumpe—. Los jóvenes de ahora solo corren de un lado a otro apresurados —una sonrisa triste se apodera de sus labios—. Ven a verme cuando tengas oportunidad. Con eso basta.

—Lo haré —asiento—. Prometo que lo haré.

—Bien —su sonrisa se ha hecho un poco más ligera—. Ahora ve a descansar, que parece que vas a caer desmayada en cualquier momento.

Una risa se me escapa con su comentario, pero le tomo la palabra y me echo a andar en dirección a las escaleras.

Subo a paso cansino y lento. Las piernas me arden de tanto caminar, el frío cala mis huesos a pesar de que llevo puesta una desgastada chaqueta y estoy tan

hambrienta, que mi estómago duele y se retuerce.

Cuando llego al nivel donde vivo, me congelo. Mi vista se clava en las escaleras que dan al piso superior. Introduzco las manos dentro de los bolsillos y siento el solitario billete que separé cuando recién cobré en el restaurante.

Muerdo mi labio inferior, insegura de qué hacer.

Pagarle al vecino no está en discusión. *Tengo* que hacerlo. De lo que no estoy segura, es de querer enfrentarme a la espeluznante visión de su rostro surcado por cicatrices.

Una parte de mí, me dice que es más fácil deslizar el dinero por debajo de su puerta y no volver a cruzar palabra con él; pero otra, me dice que no sea cobarde. Que debo entregar ese dinero personalmente.

Sé que eso es lo correcto para hacer. Me salvó de una paliza segura. Debo agradecerle como es debido.

Maldigo para mis adentros, solo porque no quiero hacer esto; pero avanzo en dirección al piso superior. Tomo el billete de cincuenta y trato de mentalizarme para no lucir asustada o perturbada cuando lo vea de frente. El nerviosismo se detona en mi sistema ante el recuerdo de su expresión cruel y cruda. No sé cómo es que voy a lograr verme despreocupada y fresca cuando él luce hostil y aterrador.

Me detengo de golpe cuando estoy a pocos escalones de llegar al pequeño recibidor. No sé qué esperaba ver, pero, ciertamente, no era esto. Estoy tan acostumbrada a los angostos pasillos del resto del edificio, que es extraño ver solo un espacio de un metro de distancia entre la puerta y la escalera.

«Su departamento debe ser enorme». Pienso, con un poco de celos, mientras observo la cantidad ridícula de pared que hay a cada lado de la puerta principal.

Trato de alejar todo pensamiento extraño de mi cabeza y tomo una inspiración profunda, mientras me aliento un poco antes de atreverme a golpear la madera de la entrada con mis nudillos. El billete es apretado dentro de uno de mis puños y espero a que el vecino atienda.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero empiezo a impacientarme. Vuelvo a llamar y me cruzo de brazos. Soy consciente de cuán ansiosa me siento, pero no hago nada para reprimir la oleada de nerviosismo que me invade.

«Quizás no está en casa...».

Estoy a punto de marcharme, cuando la puerta se abre de golpe.

Entonces, me paralizó por completo ante la visión que se despliega delante de mí.

No son sus cicatrices las que me alteran, ni el ceño fruncido con el que me recibe. Es su torso desnudo el que hace que me congele en mi lugar.

La vergüenza invade mi torrente sanguíneo y siento cómo mi rostro se calienta en cuestión de segundos. La incomodidad me inmoviliza y pica debajo de mi piel de manera insoportable.

Trato de mirar solo hacia su cara, pero es imposible. No cuando la tinta en la piel de sus brazos, pecho y estómago es tan llamativa. No cuando la firmeza de los músculos que ondulan en su abdomen se encuentra expuesta de este modo.

Los vaqueros que utiliza caen bajos en sus caderas y están desabrochados. Dejan ver un trozo de la tela oscura de su ropa interior y me siento más que avergonzada al darme cuenta de ello.

Cuando mis ojos encuentran los suyos, me arrepiento. Su expresión es seria y cautelosa, pero hay un destello de diversión en su mirada.

Sin que pueda detenerme o siquiera darme cuenta de ello, mi vista cae en las escandalosas cicatrices de su rostro más tiempo de lo debido y un escalofrío recorre mi cuerpo cuando trato de entender quién pudo hacerle algo así.

De pronto, le imagino metido en una pelea callejera, o siendo asaltado y atacado por un loco en la calle...

«¿Cómo las habrá conseguido?, ¿cómo se sentirá al mirarse al espejo cada mañana?...».

—Tú no eres el repartidor de *pizza* —su voz ronca está teñida con diversión y curiosidad.

Sus palabras accionan algo en mí y extendiendo mi mano para ofrecerle el dinero que se ha calentado dentro de mi puño. Él mira mi mano extendida para luego mirarme a mí. Sus ojos color esmeralda me estudian con detenimiento, así que me permito hacer lo mismo con él.

Su cabello es una mata alborotada color caramelo; su piel es tan clara, que las cicatrices sobresalen debido al tono rosado que han tomado por la cicatrización. Su mandíbula angulosa, sumada a su ceño fruncido, le da un aspecto peligroso y salvaje.

No puedo evitar compararlo con un depredador listo para atacar. Es aterrador en niveles que ni siquiera yo misma soy capaz de comprender.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —suelta, de pronto.

Me sobresalto ante la dureza de su tono.

—Vine a pagarte —sueno asustada y tímida. Quiero golpearme por eso.

Su mandíbula se aprieta con tanta fuerza, que temo que vaya a hacerse daño. Sus ojos se cierran mientras inhala profundamente. Cuando vuelve a mirarme, su expresión se ha relajado. Una máscara de serenidad se ha apoderado de su rostro.

—No es necesario que me pagues —me mira de pies a cabeza—. Necesitas más ese dinero que yo.

La indignación quema en mi torrente sanguíneo. El coraje y la humillación me oprimen tanto el pecho, que apenas puedo respirar.

<<¿Cómo se atreve?... >>.

—Vine a pagar un dinero que me fue prestado —lo miro a los ojos—. No es de tu incumbencia si necesito o no cincuenta dólares.

Luce como si hubiese sido golpeado con brutalidad. Se nota a leguas que no está acostumbrado a ser enfrentado de esta manera y puedo entender el porqué. Es intimidante hasta la mierda y las cicatrices no hacen más que acentuar esa esencia peligrosa que emana.

—No voy a tomar tu dinero —dice, con dureza.

Aprieto los puños con tanta fuerza, que mis nudillos se ponen blancos. Quiero lanzar el billete a su cara y decirle que no tiene derecho de humillarme de esta manera, pero su expresión me aterroriza. Es tan oscura, que no me atrevo a hacer otra cosa que no sea desafiarlo con la mirada.

—¡Cariño, apresúrate que cobro por hora! —la voz femenina proveniente del apartamento, nos golpea a ambos.

«¿Hay una prostituta ahí dentro?».

De pronto, los papeles se han invertido. Ahora es él quien luce avergonzado y humillado. Me aferro al pequeño resquicio de poder que la situación me ha otorgado y vuelvo a extender el billete en su dirección.

—No voy a tomarlo. Haz lo que quieras —dice, tajante, y entonces, el coraje se apodera de mi cuerpo.

—¡Que te jodan! —escupo y me giro sobre mis talones para marcharme. Me siento tan denigrada, que ni siquiera soy capaz de percatarme del momento en el que el repartidor de *pizza* pasa a mi lado. No es hasta que casi ha llegado al apartamento del idiota de mi vecino, que me doy cuenta de la oportunidad que tengo ahora mismo.

La reacción de mi cuerpo es casi inmediata. Me precipito escaleras arriba y lo alcanzo justo cuando está entregándole el pedido al chico de las cicatrices.

—¡Hola! —le regalo una sonrisa amable, mientras me interpongo entre ellos—. Yo voy a pagar por eso.

El repartidor luce confundido, pero toma el dinero que le ofrezco.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —escucho a mis espaldas—, ¡no te atrevas a...!

—Quédate con el cambio —añado, y me echo a correr hacia el piso inferior.

—¡Espera! —grita el vecino, pero ya estoy muy lejos de su alcance y, a menos que desee bajar semidesnudo a buscarme, no podrá hacer nada para detenerme.

Cuando entro a mi departamento, lo hago con una pequeña sonrisa satisfecha pintada en el rostro. Estoy extasiada con mi pequeña victoria y no puedo contener los gestos emocionados que amenazan con salir a borbotones.

Me encamino hasta la cocina, aún con la adrenalina a tope y abro la nevera.

—¡Ya llegué! —grito al aire.

Tomo la cacerola con los restos de la sopa de tortilla que preparé anoche, dispuesta a calentarla. Tengo tanta hambre, que no me importa comerme todas las sobras de días anteriores.

—¡Tengo hambre! —grita mi papá desde la destartalada sala—, ¡dame de cenar!

—¡En eso estoy! —anuncio, mientras enciendo la estufa. Ni siquiera su mal humor puede ahuyentar la sensación de triunfo que canta en mis venas.

Escucho sus pesados pasos acercándose y, de pronto, toda mi aura positiva se esfuma por completo. Mi cuerpo parece detectar su presencia, ya que un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—¿Qué estás preparando? —habla a mis espaldas y mi carne se pone de gallina ante la cercanía; sin embargo, reprimo el impulso que tengo de pedirle que se aparte.

—Sopa de tortilla.

—Ayer comimos sopa de tortilla —se queja—. Siempre comemos sopa de tortilla.

—Podríamos comer otra cosa si trabajaras —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Me congelo de inmediato. Le ruego al cielo que no haya sido capaz de escuchar lo que dije, pero el silencio tenso y tirante me da la respuesta. Ha escuchado cada una de las palabras que acabo de pronunciar.

Me giro para encararlo y busco desesperadamente una justificación para lo que acabo de decir. No sé qué debo hacer primero. No sé si debo pedirle perdón o rogarle que no me golpee; pero ni siquiera me da tiempo para meditarlo.

Su palma conecta con mi mejilla derecha en un golpe que apenas soy capaz de registrar. El dolor estalla en forma de quemazón y reprimo un jadeo adolorido. El impacto es tan fuerte, que me tambaleo y golpeo contra el suelo con brusquedad.

Apenas tengo oportunidad de orientarme un poco, cuando tira de mi cabello. Casi puedo jurar que va a arrancarme el cuero cabelludo si sigue halando de esa forma. Me obliga a levantarme del suelo y, para ese momento, estoy temblando.

Lágrimas cargadas de impotencia y odio brotan de mis ojos.

—¡¿Qué fue lo que dijiste?! —escupe, y gimo del dolor.

Me lanza al suelo una vez más y reprimo un grito ahogado. De pronto, el dolor nace en mi estómago y me invade el cuerpo. Es insoportable. No puedo respirar. No puedo moverme. No puedo hacer nada que no sea abrazar mis rodillas contra mi pecho. Un montón de puntos oscuros oscilan en mi campo de visión y sé que voy a desmayarme.

«¡Te pateó!»». Grita una voz dentro de mi cabeza. «¡Él te pateó!»».

—¡Lo siento! —medio grito y medio sollozo—, ¡lo siento!, ¡detente, por favor!..., ¡lo siento!

Jadeo una y otra vez, en un intento desesperado por recuperar el aliento, pero apenas puedo retener el aire en mis pulmones.

Él no dice nada. Se limita a acercarse a mí con lentitud y, entonces, siento cómo rebusca en los bolsillos de mi chaqueta. Busca dinero. El coraje y la impotencia se arraigan dentro de mi pecho porque se siente como si estuviese asaltándome.

«Está asaltándote». Susurra la insidiosa voz de mi cabeza.

Entonces, escucho sus pasos alejándose. Segundos después, la puerta principal es azotada.

Se ha marchado.

No puedo dejar de llorar. No puedo dejar de sentirme humillada y destrozada de todas las maneras posibles. *Me odio*. Me odio por ser débil y no poder enfrentarlo. Me odio por no tener el valor de detenerlo. Un día va a golpearme tanto, que va a matarme...

Sigo aquí, tirada en el suelo de la cocina, sin mover un músculo. He perdido la noción del tiempo y ni siquiera eso me importa. Sé que no debo revolcarme en mi propia miseria, pero no puedo dejar de hacerlo. Me siento tan *impotente*.

El golpeteo de la puerta principal, me saca de mi estado de trance de un segundo a otro. Trato de incorporarme, pero el dolor es insoportable y aún me siento aturdida.

Me quedo medio sentada, en la espera de que quienquiera que esté del otro lado de la puerta, se marche; sin embargo, el sonido vuelve.

—¡Ya voy! —me obligo a gritar con la voz ronca y ahogada.

Me toma una eternidad ponerme de pie; pero cuando lo hago, me muevo con más facilidad de la que espero.

Avanzo hasta la puerta para abrirla, pero me congelo en el momento en el que mi mano toca la perilla.

«¿Y si es él?, ¿y si olvidó sus llaves?...»».

—¿Quién es? —mi voz suena temblorosa debido al miedo y la falta de aliento.

No hay respuesta alguna.

—¿Quién es?! —exijo, ahora.

—Soy Harry —dice una voz familiar desde afuera del departamento—, el vecino de arriba.

La imagen del chico con cicatrices en la cara invade mi cabeza en un abrir y cerrar de ojos, y el alivio de saber que no es mi papá quien llama, es placentero.

De pronto, la realidad se asienta en mi cabeza. Acaban de golpearme en la cara. No puedo dejar que me mire así. No puedo permitir que vea la hinchazón que, seguramente, tengo ya en un lado del rostro. Va a hacer preguntas y no tengo las fuerzas necesarias para mentir. No ahora.

—Vete —mi voz suena temblorosa, asustada y desesperada.

—¿Estás bien?

—¡Vete! —esta vez, trato de ser tan dura como puedo—, ¡vete de aquí!, ¡ya tienes tu dinero, ahora largo!

El silencio del otro lado es tan doloroso, reconfortante y duradero, que tengo la esperanza de que ya se haya marchado para este momento; sin embargo, un escalofrío me recorre el cuerpo cuando pronuncia, con la voz enronquecida, un débil: «Bien. Como quieras».

Entonces, se marcha. Puedo escuchar los pasos alejándose por el pasillo y el alivio viene a mí en grandes oleadas. Una pequeña punzada de remordimiento me atenaza el pecho durante unos instantes, pero me obligo a ignorarla lo mejor que puedo.

«Es mejor así de todos modos». Me digo a mí misma, en un débil intento de convencerme de que ha sido lo correcto. «No puedes permitir que te vea de este modo. No puedes dejar que nadie te vea de esta manera».

CAPÍTULO 3

He perdido el último autobús... una vez más.

Camino por las oscuras calles del Bayview-Hunters Point, el barrio más peligroso en todo San Francisco —*el barrio donde vivo*.

Tengo la esperanza de no encontrarme de frente con algún asaltante o algo por el estilo. Nadie es amable con nadie en un lugar como este y eso lo aprendí con el paso de los años. He perdido la cuenta de las veces que me han vaciado los bolsillos o sacado un susto de muerte.

Esta noche, el viento húmedo está más frío que nunca. Puedo sentir cómo la piel de mi rostro arde debido a las heladas ráfagas de viento, así que me abrazo a mí misma con la esperanza de guardar un poco más de calor; sin embargo, siento que por más que haga, nunca voy a conseguir mantenerme a una temperatura decente en esta época del año.

Miro alrededor de vez en cuando y solo por costumbre. Siempre es bueno saber cuándo es el momento indicado para correr. La paranoia puede salvarte cuando vives en un suburbio peligroso.

Es entonces cuando echo una ojeada por encima de mi hombro y lo miro...

Mi corazón se ha detenido para reanudar su marcha a una velocidad antinatural. A pesar de la oscuridad, puedo jurar que su mirada está fija en mí. Viste completamente de negro y lleva un gorro tejido de color gris en la cabeza.

El vecino del piso superior camina a pocos metros de distancia y en cuestión de segundos, empiezo a sentirme ansiosa, nerviosa y un poco intimidada.

Vuelvo la vista al camino y trato de avanzar con normalidad, pero es imposible ahora que puedo sentir su mirada clavada en mi nuca. Nunca había conocido a una persona tan imponente —*e intimidatoria*—, así que no sé muy bien qué debo hacer.

Mi educación y modales me dicen que debo detenerme y decir: «Buenas noches»; pero hay una parte de mí que sigue sintiéndose un poco incómoda con la visión de las cicatrices en su rostro. No sé si estoy lista para volver a verlas de frente.

Hace más de una semana que fue a buscarme al departamento. Hace más de una semana que le pedí que se marchara sin siquiera abrir la puerta. No me siento orgullosa de eso; de hecho, he querido disculparme por mi actitud más veces de las que me gustaría admitir, pero mi cobardía no me lo permite.

Deseo marcharme. Deseo apretar el paso y perderlo de vista en la oscuridad de la noche, pero sé que esa no es la manera correcta de tratar a una persona. ¿En qué me convierto si huyo de él solo porque me intimida un poco?...

Aprieto mis párpados con fuerza un segundo antes de tomar una inspiración profunda y girarme para encararlo. Él se congela en el momento en el que observa mi acción. Sigue a pocos metros de distancia de mí, lo cual agradezco. No estoy lista para enfrentarlo aún.

Su expresión cautelosa y analítica me pone la carne de gallina, pero le sostengo la mirada. Quiero decirle algo. Pronunciar una disculpa, un saludo... *algo*; pero no sé cómo acercarme o cómo iniciar una conversación sin lucir aterrorizada hasta la mierda.

—¿Podrías, por favor, pretender que no fui una idiota contigo la última vez y caminar conmigo? —digo, tras un largo momento de tenso silencio. Ciertamente, no estaba en el plan pedirle que camináramos juntos, pero fue lo primero que me vino a la mente.

El silencio que le sigue a mis palabras me retuerce las entrañas e instala una bola de ansiedad en mi pecho. Sé, de antemano, que fui una completa imbécil con él la última vez que lo vi, pero esperaba que fuera capaz de hacer las paces conmigo; ahora no estoy segura de que eso vaya a ocurrir.

De pronto, avanza en mi dirección y me pasa de largo. La decepción y la punzada de dolor que me invaden, son insoportables; pero me obligo a tragarme la humillación y girarme para seguir caminando.

Me congelo en el instante en el que me doy cuenta de que está parado a pocos pies de distancia.

«¿Está esperando por mí?».

Sus cejas se arquean un poco mientras me observa a detalle. No me atrevo a apostar, pero luce entretenido.

—¿Vienes? —su voz ronca y arrastrada se filtra en mi cuerpo como una oleada de calor.

Me quedo unos instantes en el aire y, sin que pueda evitarlo, me tomo unos segundos para mirarlo a detalle. Las cicatrices lucen suaves bajo la poca iluminación de la calle, pero no es eso lo que me invita a caminar detrás de él. Es el destello amable que tiene su mirada y la sensación de protección que me provoca la expresión serena de su rostro lo que lo hace.

Avanzo hasta él con cautela. Ni siquiera parece notar mi renuencia a seguirlo, ya que reanuda su marcha a paso seguro. No me pasa desapercibido el hecho de que se ha colocado de modo que el lado izquierdo de su rostro —*el que está lleno de marcas*— está del lado contrario de donde yo me encuentro. Es como si tratara de protegerme de la vista de su perfil desfigurado... Quizás solo trata de protegerse a sí mismo de mi mirada curiosa.

Un silencio extraño se instala entre nosotros, pero no me atrevo a romperlo.

Es difícil seguirle el paso. Es demasiado alto —*o quizás soy yo quien es demasiado pequeña*—; así que, cuando él da un paso, yo debo dar dos para alcanzarlo. Harry parece darse cuenta de esto y aminora su andar cuando viramos en una esquina.

—Es tarde —me saca de mis cavilaciones con ese simple comentario. El tono de su voz suena ligeramente a reproche.

—Lo es... —digo. No estoy segura de qué espera que responda.

—¿Qué hace una niña como tú en la calle a esta hora?

Quiero decirle que no soy una niña y que no son de su incumbencia los motivos por los cuales estoy en la calle tan tarde, pero me trago las palabras.

—Perdí el último autobús, así que tuve que caminar —trato de restarle importancia al asunto con un encogimiento de hombros; sin embargo, cuando lo miro de reojo, soy capaz de notar cómo un músculo en su mandíbula se aprieta.

—¿Qué tan a menudo pierdes el autobús? —hay un filo tenso en la forma en la que me habla.

«Casi a diario».

—Casi nunca —miento.

—¿Vas a la escuela nocturna? —por primera vez en el trayecto, me regala una mirada. La curiosidad está pintada en toda su expresión.

Me aclaro la garganta, incómoda por la respuesta que debo dar.

—No —mascullo—. No voy a la escuela. Trabajo en un restaurante.

—De todos modos, ¿qué hace que una niña como tú trabaje?, ¿eso es legal? —mi vista está clavada en mis pies, así que no veo su rostro cuando habla.

—No soy una niña —la irritación se filtra en el tono de mi voz—. Tengo diecinueve —nos quedamos en silencio unos segundos y añado—: La renta no va a pagarse sola, por eso, trabajo.

—Luces más pequeña de lo que eres en realidad —observa.

No me sorprende que lo mencione. En el trabajo no dejan de decirme que me veo como una niña de dieciséis con desarrollo tardío, pero debo admitir que no es agradable escucharlo una vez más.

—Lo sé —trato de sonreír, pero sé que no lo he conseguido del todo—, me lo dicen con frecuencia.

Puedo visualizar el edificio donde vivimos desde el lugar en el que estamos y me encuentro deseando alargar un poco más el poco tiempo que nos queda para conversar.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, y disimulo una sonrisa.

—Maya Bassi.

—¿Bassi? —lo miro y noto cómo su ceño se frunce ligeramente, en confusión.

—Es italiano —explico—. La familia de mi papá es italiana y mi mamá es mexicana. Ella también se llama Maya, así que...

—Entiendo... —asiente, y luego prueba mi nombre en sus labios—: Maya Bassi. Me gusta como suena.

Un escalofrío recorre mi cuerpo en el momento en el que su voz pronuncia mi nombre, pero pongo todo mi empeño en hacer que no pueda notarlo.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Y tú?, ¿cómo te llamas? —me atrevo a preguntar.

Soy consciente de que está mirándome, pero no me atrevo a devolverle el gesto. Es como si estuviese analizando las consecuencias que podría traerle el decirme su nombre.

—Soy Harry Stevens —dice, finalmente. Una sonrisa idiota se dibuja en mis labios sin que pueda evitarlo y noto cómo la confusión se arraiga en su rostro—. ¿Qué es tan gracioso?

Niego con la cabeza, pero no dejo de sonreír.

—No es nada —digo—. Cada vez que escucho el nombre de Harry, me viene a la mente Harry Potter y... —en el momento en el que me doy cuenta de lo infantil y ridícula que sueno, trato de corregirlo, pero es demasiado tarde. He dicho que me gustan las series de libros adolescentes. «Ya cree que eres una niña, ¿de verdad estás diciéndole esto?» —, es muy tonto. Lo siento.

No dice nada, así que me obligo a posar mi vista en él. Sus ojos están fijos en el camino, pero hay una pequeña sonrisa dibujada en sus labios. Soy capaz de ver la sombra de un hoyuelo en su mejilla y la emoción se filtra dentro de mi pecho.

Estamos a pocos pasos de distancia de la entrada del edificio e, inevitablemente, me siento decepcionada.

—Estamos aquí —anuncia, pero no suena muy entusiasmado.

Empezamos a subir las estrechas escaleras el uno junto al otro. Soy consciente de que mi hombro roza su brazo. Tengo la ligera sospecha de que él también puede notarlos, ya que todo su cuerpo irradia tensión.

—Gracias por la compañía —digo, cuando llegamos al piso donde vivo. Dudo unos instantes, pero me obligo a agregar—: Y lamento mucho lo del otro día. Yo...

—No pasa nada —se encoge de hombros—. En cualquier caso, soy yo quien te debe una disculpa. No debí decir que necesitabas ese dinero más que yo.

Me detengo y clavo mi vista en la suya. De pronto, no encuentro tan aterradoras las marcas en su rostro. La calidez en su expresión lo hace lucir amable y eso cambia su semblante hosco por completo.

—Supongo que te veré por ahí —le regalo una media sonrisa.

—Supongo que sí —hunde sus manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros—. Procura tomar el autobús a tiempo.

—Quizás no lo tome y pueda caminar contigo más seguido —no pretendo sonar necesitada, pero lo hago. A pesar de que no tengo ni el más mínimo y remoto interés en él, sueño necesitada y acosadora.

—No creo que eso sea posible —hace una mueca de pesar—. Tengo un auto. Está en el taller ahora mismo, pero lo tendré conmigo dentro de unos días.

—Oh... —digo, porque no sé qué otra cosa puedo decir. La humillación pica debajo de mi piel, pero me las arreglo para disimularla un poco—. Entonces te veré por aquí —le regalo una sonrisa tensa y añado—: Buenas noches.

Me giro y avanzo hasta la puerta del apartamento.

—Quizás pueda pasar por ti alguna vez —escucho su voz a mis espaldas. Me vuelco en su dirección y lo miro, incrédula. Él luce incómodo y nervioso; un claro contraste con el tipo duro e intimidante que suele ser. Entonces, muerde su labio inferior y añade—. Si estoy cerca y a ti te parece bien, claro está. No es bueno que estés en la calle tan tarde, puede ocurrirte algo.

Mi corazón da un vuelco furioso antes de comenzar a latir a una velocidad alarmante. La emoción hace que mis manos tiemblen ligeramente, pero me obligo a mantener mi expresión en blanco.

—Eso estaría bien —mi voz suena inestable y tímida.

—Puedes darme tu teléfono y...

—No tengo uno —lo interrumpo. Hace meses que vendí mi teléfono para pagar la renta.

Luce como si hubiese sido golpeado en el estómago. Entonces, la resolución llega a mí; él cree que no quiero darle mi número, cuando en realidad no tengo un número que darle.

—Oh... —dice, de pronto, toda la calidez se ha ido de su rostro y su expresión se ha vuelto seria y cautelosa—. Supongo que no podrá ser, entonces. Nos vemos por ahí, Maya.

—¡Oye, no! —exclamo cuando él empieza a subir el siguiente tramo de escaleras —, ¡Harry, no tengo un teléfono!

Él sigue andando. No parece inmutarse en lo absoluto, así que subo detrás de él a toda velocidad. Aferro mis dedos en el borde de su chaqueta de piel y tiro de ella con toda mi fuerza. Él se tambalea hacia atrás, pero recupera el equilibrio antes de encararme.

Su entrecejo está fruncido en una expresión hostil y enojada, pero no dice nada. La humillación de lo que estoy a punto de decir hace que un nudo se instale en mi garganta.

—No tenía diez dólares para comprar una cerveza la otra noche —digo, en un susurro entrecortado—, acabo de salir de trabajar porque hago horas extras todo el tiempo. ¿De verdad crees que tengo los medios para pagar un teléfono?

Su expresión se suaviza casi de inmediato. Me da la impresión de que no está acostumbrado a aventurarse tanto con alguien. No me sorprende que sea una persona cerrada y hostil todo el tiempo. Esas cicatrices deben de haberle causado muchas burlas en el pasado.

—No entiendo por qué me dices esto —sueno a la defensiva, pero comprendo su postura a la perfección.

—Porque creíste que no quería darte mi número y no es así. Te juro que, si tuviese uno...

—Yo no creí nada —me interrumpe. Una risa amarga lo asalta—. No seas desubicada, *niña*. Ni siquiera eres mi tipo. Sea lo que sea que esté pasando por tu cabeza, sácalo de inmediato. No me interesas. Te presté dinero una vez y te acompañé a casa porque me quedaba de paso, pero eso es todo.

Sus palabras me hieren más de lo que espero. Es como recibir un golpe inesperado justo en el rostro. El coraje y la vergüenza se entremezclan dentro de mi cuerpo, y quiero salir corriendo.

—Yo no dije que pensaba que estabas interesado en mí —siseo, pero sueno dolida—. Y para que lo sepas, no necesito que seas amable conmigo nunca más.

Sin esperar respuesta alguna, bajo las escaleras y me precipito hasta mi departamento.

Quiero escabullirme hasta mi habitación y tragarme toda la decepción que me invade. Quiero cavar un pozo en la tierra y arrastrarme hasta él para no salir jamás.

«Ni siquiera alguien como él se fijaría en ti...». Susurra la voz en mi cabeza, pero trato de lanzarla a lo más profundo de mi cerebro. No puedo hacerme esto ahora mismo.

Trato de ser silenciosa mientras paso por la sala. Mi papá está recostado en uno de los sillones mirando el televisor, pero no parece inmutarse por mi presencia. Estoy a punto de llegar a mi habitación, cuando el aroma a alcohol me golpea de pronto.

Apenas tengo tiempo para girarme cuando tira de mi cabello y me deja caer contra el suelo. Mi boca se abre en un grito silencioso en el momento en el que mi cara golpea contra la alfombra.

«Por favor, solo golpéame. Por favor, solo golpéame. Por favor, solo golpéame...».

Pero no lo hace.

Todo mi cuerpo se estremece por los sollozos silenciosos que brotan de mi garganta, pero ya ni siquiera soy capaz de defenderme. Si trato de hacerlo, las cosas irán peor.

Trato de recordar la letra de la canción que mi madre me cantaba para dormir cuando era pequeña, mientras él fuerza la falda del uniforme de mi trabajo y tira de mi ropa interior.

Trato de perderme entre los recuerdos de mis momentos felices; pero en el instante en el que entra en mí, me vuelvo consciente de todo.

Duele, pero ya no grito. Duele, pero ya no trato de defenderme. Hace mucho tiempo que perdí las fuerzas para rehusarme a todo esto.

«Morir sería más fácil. Morir es mejor que seguir viviendo de esta manera».

Cuando todo termina, se levanta y se encamina hasta el sillón una vez más, como si nada hubiese ocurrido. Yo arrastro todas mis piezas hasta el cuarto de baño y abro la regadera. No me importa entrar en ella sin quitarme la ropa. Una vez que el

agua helada ha adormecido todos mis músculos, me desnudo y restriego mi cuerpo hasta que la piel me arde y la sangre empieza a salir en algunas partes.

Me envuelvo en una toalla y corro a mi habitación. Una vez ahí, rebusco dentro de uno de los cajones donde guardo mis pertenencias. El frasco de pastillas para dormir está ahí, esperándome como el mejor de los aliados.

Con manos temblorosas, lo abro y vacío todo el contenido de pastillas en una de mis palmas. Contemplo las píldoras durante un momento antes de acercarlas a mi boca; sin embargo, no tengo el valor de hacerlo. No tengo el valor de acabar con todo.

<<¡COBARDE!>>. Grita la voz dentro de mi cabeza. <<¡ERES UNA JODIDA COBARDE! ¡TERMINA CON ESO DE UNA MALDITA VEZ!>>.

Pero no puedo hacerlo.

Regreso el contenido al frasco y solo dejo una en mi mano. Pongo la píldora dentro de mi boca y la trago. Entonces, me acurruco entre las sábanas, y espero hasta que la droga haga efecto en mi cuerpo para así tener unas horas de sueño.

CAPÍTULO 4

Apenas soporto estar en mi propia piel. Me siento sucia y asqueada, y no puedo dejar de reproducir lo ocurrido anoche.

He pasado el día entero con un nudo atorado en mi garganta y un mar de lágrimas contenido en mis ojos. No he dejado de decirme a mí misma una y otra vez que hoy sí tendré el valor de acabar con todo; que hoy será el día en el que todo terminará para mí, y que, por fin, voy a tener esa paz que tanto deseo.

Ni siquiera tengo miedo porque sé que cualquier cosa es mejor que lo que estoy pasando. Cualquier cosa es mejor que vivir atrapada en este infierno y, ciertamente, cualquier cosa es mejor que tener que soportar estar cerca del hombre que acabó conmigo hace ya varios meses.

La primera vez que me violó, creí que moriría del dolor y la vergüenza. La segunda vez, creí que lo merecía. La tercera, fue la primera vez que dejé de suplicar que se detuviera. La cuarta, dejé de llorar... Las demás son un hueco en mi memoria. Ahora, lo único que quiero es olvidarlo todo. Cerrar mis ojos y no volver a abrirlos jamás. Olvidar que alguna vez fui Maya Bassi, la chica que una vez lo tuvo todo y que ahora no tiene nada. Ni siquiera dignidad o amor propio.

Estoy tan ansiosa ahora mismo, que casi puedo sentir el sabor amargo de las pastillas en mi boca. Casi puedo sentir el adormecimiento de mi cuerpo...

—¿Te encuentras bien, Maya? —la voz de Kim me saca de mis cavilaciones.

No me atrevo a mirarla a los ojos, así que mantengo mi vista fija en la bandeja que Fred, uno de los ayudantes de cocina, llena con platos de comida.

—Sí —mascullo—. Estoy cansada, eso es todo.

Antes de darle oportunidad alguna de replicar, tomo la bandeja y me encamino hacia las mesas atestadas de gente.

El resto del día, funciono de forma mecánica. Me muevo por inercia. Por costumbre. Porque no puedo permitirme un segundo de distracción. Si lo hago, voy a caerme a pedazos. Voy a quebrarme en fragmentos y nadie va a poder unir mis piezas nunca.

Durante mi hora de comida, me armo de valor y salgo a buscar la píldora de emergencia a una de las farmacias cercanas al restaurante y la trago con un poco de jugo que he tomado de uno de los refrigeradores de la cocina, antes de conducirme de vuelta al comedor.

Trato de disfrutar el dolor de mis piernas y el cansancio de mis brazos porque sé que no voy a volver a sentirlos nunca más.

Me he dicho a mí misma a lo largo del día que todo va a estar bien. Que, en el momento en el que ponga mis manos en el frasco de pastillas, las cosas van a mejorar. Es la única manera que tengo para ponerle un alto a mi sufrimiento. Es el único modo de escapar y, a pesar de que sé que estoy decidida, se siente como si estuviese siendo una cobarde.

Buscar una salida así de fácil me convierte en una cobarde...

—No olvides traer mañana tu delantal azul —dice Kim, mientras tomamos nuestras pertenencias de la sala de empleados. El día, finalmente, ha terminado.

Le regalo una sonrisa forzada y asiento.

—No lo olvidaré —prometo. Me encantaría poder decirle que no habrá un «mañana» para mí, pero no lo hago. Me limito a envolver mis brazos alrededor de su delgado cuerpo y murmurar una despedida.

Ella parece sorprendida por mi gesto, pero corresponde mi abrazo amistoso.

—Hasta mañana, pequeña sentimental —me guiña un ojo y sonrío. Yo le dedico una mirada larga antes de armarme de valor y echarme a andar por la calle.

Esta vez, no pierdo el autobús. Soy capaz de tomar el transporte que me deja a pocas calles de distancia del edificio en el que vivo, y eso es un alivio.

«Una cosa buena, para variar».

Una vez en la terminal, hago mi camino hasta el complejo habitacional.

No me importa caminar en el frío inclemente. Al menos, no esta noche. Esta noche, todo va a cambiar para mí. Puedo sentirlo en lo más profundo de mi ser...

Cuando, finalmente, estoy en la recepción del edificio, algo llama mi atención. Mi vista se clava en el montón de buzones de correo que se encuentra a pocos metros de distancia, y me congelo de inmediato al ver cómo el vecino de arriba introduce algo pequeño —*parecido al envoltorio de un dulce*— dentro del mío.

«¿Qué demonios está haciendo?».

—¿Podrías, por favor, no tirar tu basura dentro de mi buzón? —espeto, sin siquiera procesar mis palabras y él se gira con brusquedad. Avanzo a paso determinado y lo empujo lejos de mi camino para llegar al pequeño contenedor metálico. Voy a sacar su maldita basura y la voy a lanzar justo a su cara—. Existen los cestos de basura.

Ni siquiera lo miro cuando saco la llave que abre el candado. Abro la pequeña puerta, cuando un papel revolotea hasta el suelo.

«¿Es una envoltura de goma de mascar?...».

Me agacho para levantarlo. Estoy a punto de arrugar el material en mi puño, cuando me percató de la tinta que hay en él. Mi ceño se frunce ligeramente, y es entonces cuando me doy cuenta...

Es un número telefónico.

Mi vista se alza de golpe para encontrar al chico que se encuentra de pie a pocos pasos de distancia. Luce avergonzado, pero me sostiene la mirada.

—¿Qué es esto? —tartamudeo. Trato de sonar indignada, pero no lo logro del todo.

—¿Qué es lo que parece? —suena irritado y avergonzado.

Miro el papel entre mis manos y un nudo se instala en mi garganta. Mis manos tiemblan, mi mandíbula está apretada con fuerza y no puedo entender por qué está haciendo esto.

—Es mi número de teléfono, Maya —explica, y me sobrecoge la timidez con la que habla—. Si necesitas algo, lo que sea, puedes llamarme.

—¿Por qué? —las lágrimas inundan mis ojos, así que no me atrevo a mirarlo.

—¿Por qué, *qué?*

—¿Por qué haces *esto?* —mi voz tiembla tanto, que temo que note que estoy a punto de echarme a llorar.

—Porque... —duda unos instantes—. Porque creo que tienes más problemas de los que aparentas tener. Y porque a mí me hubiese gustado que alguien estuviera para mí cuando más lo necesité.

Lágrimas calientes y pesadas se deslizan por mis mejillas y me apresuro a bajar la cabeza para que no sea capaz de verme en este estado. Apenas puedo reprimir los sollozos que brotan de mi garganta. La opresión dentro de mi pecho es tan grande, que apenas puedo respirar.

«¿Por qué está haciendo esto?, ¿por qué me afecta tanto que lo haga?».

—¿Maya?... —suena cauteloso y preocupado.

No quiero que me vea llorar. No quiero que me vea así. Es humillante no tener el valor de mirarlo a la cara y agradecer su gesto, pero simplemente no puedo alzar la vista y encararlo. Suficiente ha hecho por mí como para dejar que me vea romperme de esta manera.

Me limpio la cara con el dorso de la mano y me obligo a encararlo. Su ceño está fruncido en preocupación y sus ojos color esmeralda destilan angustia. Su mandíbula se aprieta cuando nota la humedad en mis mejillas; sin embargo, trato de tranquilizarme para restarle importancia a mi llanto repentino.

Entonces, él abre la boca para decir algo, pero lo piensa mejor y la cierra de golpe.

—Gracias —trato de sonar serena y tranquila cuando hablo, pero no lo consigo.

—¿Qué pasa? —una de sus manos se alza para ahuecar mi mejilla, pero se detiene a medio camino y la regresa a su lugar.

—Yo... —«estoy cansada de todo, me siento derrotada. Soy tan poca cosa, que ni siquiera soy capaz de conseguir un poco de respeto. Mi papá me arruinó la vida y no tengo a nadie a quién recurrir»—. No sé qué me pasa. Estoy...

—¡Eh! ¡Bestia! —me interrumpe una voz masculina.

Mi vista se clava en el hombre que acaba de aparecer en la entrada del edificio. Viste demasiado bien como para ser alguien de por aquí cerca. Lleva unos

pantalones de vestir, una camisa blanca de botones y un saco a juego. Luce impaciente e incómodo, y me toma unos segundos registrar que es a Harry a quien se dirige.

«¿Acaba de llamarlo Bestia?».

—¿Qué necesitas? —el tono amable y preocupado se ha ido por completo de la voz del chico de las cicatrices. Es todo negocios ahora.

El hombre de la entrada me mira una fracción de segundo, antes de decir: «Será mejor que hablemos afuera. Sabes que no me gusta la gente entrometida».

Mi ceño se frunce ligeramente, solo porque no puedo creer que me haya llamado entrometida.

Harry me mira como acto reflejo a las palabras del hombre.

—Ahora vuelvo, ¿quieres esperarme? —dice, en voz baja.

—Estoy bien —trato de sonreír, pero apenas consigo esbozar una mueca extraña—. Tuve un mal día, eso es todo.

—¿Puedo ir a tu departamento en unos minutos? —hay un filo ansioso en la manera en la que habla—, no tardaré demasiado.

—No es necesario. De verdad, estoy bien.

—Maya... —me mira con exasperación—, quiero hablar contigo. Te debo una disculpa por cómo me porté ayer. ¿Podrías solo...?

—De acuerdo —lo interrumpo—. Está bien. Te espero arriba.

Él parece aliviado y satisfecho con mi respuesta, pero no dice nada más. Se limita a encaminarse hacia el hombre de la entrada.

Subo las escaleras a paso cansino y lento. No quiero llegar a casa. No quiero ver a mi papá. No quiero estar en su presencia ni un segundo, pero sé que tengo que hacerlo.

Me obligo a avanzar hasta la puerta del apartamento y abrir el cerrojo con mi llave. Me encamino hasta la cocina sin siquiera mirar en dirección a la sala. Sé, de antemano, que se encuentra ahí; es solo que no quiero mirarlo. No soportaré verlo sin revivir lo de anoche.

—¡Tengo hambre! —grita desde la sala y aprieto la mandíbula. No voy a responderle. No tengo fuerzas para discutir con él.

Rebusco en el refrigerador algo para preparar, pero solo encuentro huevos y jugo de uva.

Trabajo lo más rápido que puedo en la cena. Solo quiero darle algo para comer y marcharme a la cama. Solo quiero encontrarme con el frasco de pastillas escondido en el cajón de mi cómoda y acabar con todo de una maldita vez.

—¿Qué estás preparando? —me sobresalta descubrir que está en la cocina ahora. Ni siquiera lo escuché acercarse.

De pronto, mi corazón ruge contra mis costillas, mis manos tiemblan y casi puedo jurar que voy a vomitar si no se aleja.

—Huevos —sueno más asustada de lo que pretendo.

—Desayuné eso —dice—, quiero otra cosa.

Apago la hornilla de la estufa y aferro mis manos al mueble de la cocina. Quiero gritarle que no es mi problema. Quiero lanzarle la comida caliente a la cara y decirle que, si quiere comer otra cosa, debe conseguir un jodido empleo... Pero no lo hago.

—Es todo lo que hay. No he tenido tiempo de ir al supermercado —digo, en su lugar.

Puedo sentir cómo se acerca, así que me aparto de su camino. Ni siquiera soy capaz de estar en la misma habitación que él.

De pronto, toma el sartén entre sus dedos y lo lanza con fuerza contra el lavaplatos. Chillo al escuchar el impacto brutal y él luce satisfecho.

—¡DAME OTRA JODIDA COSA, MAYA! —grita. Su mirada desencajada y borracha se posa en mí. Un estremecimiento de miedo e impotencia me recorre por completo, pero la ira es más intensa que cualquier cosa en este momento.

—¡NO HAY OTRA COSA! ¡NO HAY OTRA MALDITA COSA! —estallo de vuelta—. ¡SI QUIERES COMER ALGO MÁS, TRABAJA! ¡DEJA DE SER UN JODIDO MANTENIDO! ¡¿NO TE DA VERGÜENZA QUE TU HIJA TE MANTENGA?! ¡ME DAS ASCO!

Antes de que pueda registrarlo, su mano se estampa contra el lado derecho de mi rostro. Un grito ahogado brota de mi garganta en el momento en el que caigo al suelo, desorientada y aturdida. De pronto, no puedo escuchar nada en mi oído derecho. Todo suena lejano y distante; como si estuviese metida dentro de una tina con agua.

Un tirón en mi cabello me hace alzar la cabeza con brusquedad y me encuentro mirando el rostro desencajado del hombre que dice ser mi papá.

Nada me importa en este momento. Ya no puede hacer nada para lastimarme más. Me ha arruinado por completo y estoy furiosa. Estoy tan molesta con él que, sin más, le escupo en la cara.

Él se limpia con su mano libre y contempla el resultado de mi arranque de valentía, antes de conectar su puño contra mi nariz.

El dolor es cegador. Es tan intenso, que apenas puedo soportarlo. Puntos oscuros oscilan en mi campo de visión y todo mi mundo se tambalea. Voy a desmayarme. Voy a desmayarme y no voy a poder hacer nada para evitarlo. He cruzado la línea... *Va a matarme.*

La sangre brota a borbotones de mis fosas nasales, pero a él no le importa. Conecta su puño una vez más y, esta vez, siento cómo mi mandíbula cruje con el impacto. El sabor de la sangre inunda mi boca y quiero vomitar.

Un grito se construye en mi garganta y, de pronto, lo libero. Grito con todas mis fuerzas porque es más fácil gritar que absorber el dolor insoportable.

—¡CÁLLATE, MALDITA PERRA! —escupe y me suelta.

Por un momento, por un glorioso e ingenuo momento, creo que todo ha terminado..., pero no es así.

En el momento en el que su pie conecta con mi estómago, vuelvo a gritar. No sé de dónde he sacado el aire y la fuerza para hacerlo. Puedo jurar que algo dentro de mí ha estallado por el impacto.

«¡Va a matarte!, ¡va a matarte!, ¡va a matarte!...». Grito para mis adentros y el pánico se apodera de mis entrañas.

Estoy rogándole que se detenga. Estoy suplicando que pare, pero no me escucha. No se detiene. No deja de golpearme.

No soy capaz de percatarme de nada. Por un segundo, creo que estoy tan adolorida, que ya ni siquiera soy capaz de *sentir*; pero la realidad es otra...

Me toma unos instantes enfocar la vista, pero cuando lo hago, la visión es más aterradora que nunca. Un chico me da la espalda y golpea al hombre que estaba moliéndome a puños.

«¡Harry!».

Un sollozo brota de mi garganta. Estoy agradecida y avergonzada. Quiero que toda esta pesadilla termine de una vez. Quiero llegar al frasco de pastillas en mi gaveta y terminar con todo.

—¿Por qué no te pones con alguien de tu tamaño, pedazo de mierda?! —el gruñido de Harry llega a mis oídos y quiero gritar de la frustración.

Trato de incorporarme, pero el dolor apenas me permite sostener mi peso en mis antebrazos.

—¡Harry! —gimo. Mi voz suena ronca, pastosa y temblorosa—. ¡Harry, d-detente!

Apenas puedo mirar a través de la hinchazón de mi ojo derecho, pero eso no me impide darme cuenta de cómo Harry se aleja del cuerpo inmóvil de mi papá. El chico de las cicatrices luce salvaje e imponente, a pesar de que está dándome la espalda. Todo su cuerpo irradia violencia y peligro.

Por un segundo, creo que va a detenerse. Por un doloroso instante, creo que el chico va a dejar de golpear a mi padre; pero la realidad es otra. Es más oscura de lo que puedo siquiera imaginar...

Harry se lleva una mano hasta la cinturilla de sus vaqueros, y saca una pistola. Puedo jurar que toda la sangre se ha drenado de mi cuerpo en ese momento.

«¡Tiene un arma! ¡Dios mío, tiene una jodida arma!».

Apunta el cañón de la pistola hacia el hombre tirado en el suelo y quiero gritar. Quiero cubrirme la cara. Quiero que todo esto sea una maldita pesadilla.

—¡HARRY, NO! —grito, con desesperación.

Algo parece haberse accionado dentro de él, ya que el agarre que tiene en la pistola, vacila. El terror se arremolina dentro de mi pecho solo porque no sé quién

es el chico que tengo delante de mí. No sé de dónde viene o por qué tiene un arma, pero, ciertamente, tampoco quiero averiguarlo.

De pronto, no sé a quién le tengo más miedo, si al hombre que trata de cuidar de mí o al que golpeó la mierda fuera de mí.

La mirada de Harry se vuelca en mi dirección y soy capaz de notar cómo el tono verde de sus ojos se ha oscurecido varios tonos. Su ceño está fruncido en un gesto furioso y asqueado; los músculos de sus brazos están tensos; su mandíbula está tan apretada, que temo que vaya a romperla, y las cicatrices le dan un aspecto aterrador.

No puedo dejar de compararlo con un animal enjaulado... con una *Bestia*.

—Harry, no... —suplico entre sollozos—. Por favor, no.

Un destello del chico amable que me acompañó a casa ayer por la noche se vislumbra entre las capas de ira y coraje que lo envuelven, y trato de aferrarme a eso. Trato de recordarme a mí misma que, para bien o para mal, este chico está defendiéndome.

Él mira hacia el hombre tirado a sus pies, después de unos instantes de vacilación.

—No vas a ponerle un jodido dedo encima, hijo de perra, o juro que te mato —sisea.

La respuesta de mi papá es un gemido adolorido, a manera de asentimiento, pero no es hasta que Harry guarda el arma, que me tranquilizo.

El chico avanza en mi dirección al cabo de unos segundos y, por acto reflejo, le rehúyo un poco.

«¿Quién demonios es este sujeto?, ¿por qué tiene un arma?, ¿iba a matar a una persona sin contemplaciones?...».

Su expresión sigue siendo dura y violenta, pero la calidez con la que aleja el cabello enmarañado lejos de mi rostro destrozado, me toma por sorpresa.

—Voy a sacarte de aquí —me sobrecoge el tono dulce que hay en su voz—. No voy a dejar que te haga más daño.

Entonces, envuelve uno de sus brazos debajo de mis piernas, mientras me sostiene por la espalda con el otro. Trato de librarme de su agarre, pero el dolor en

mi cuerpo es intolerable. Cualquier movimiento me envía al borde de la inconsciencia.

Harry levanta mi peso con lentitud y gimo de dolor. Él masculla una disculpa, pero eso no impide que comience a avanzar en dirección a la puerta.

No he dejado de protestar y de pedirle que me baje, pero no parece escucharme. Se limita a salir del apartamento y bajar las escaleras conmigo entre sus brazos.

De pronto, el frío de la noche me envuelve por completo. Estamos fuera del edificio, así que pego mi cuerpo a su pecho cálido y firme. El aroma a loción, desodorante y crema de afeitar inunda mis fosas nasales, y me encuentro deseando estar más cerca.

Mis ojos se cierran mientras lo escucho gruñir y forcejear con algo, pero no es hasta unos minutos después, que me deposita sobre el cuero del asiento de un coche.

El cinturón de seguridad es colocado sobre mi cuerpo con mucho cuidado y, una vez que se cerciora de que estoy lista para el viaje, se precipita hacia el lado del conductor.

Entonces, hace rugir el motor del vehículo y conduce por las calles vacías de la ciudad. Las farolas del camino iluminan su rostro y lo contemplo en medio de la bruma de la semiinconsciencia en la que me encuentro envuelta.

No sé si luce como un ángel o como un monstruo...

Quizás, un ángel vino en forma de bestia. Y quizás..., solo quizás, vino a salvarme.

CAPÍTULO 5

Cuando volvemos al edificio, es casi de día. El sol está empezando a salir y hace un rato que el tráfico de la ciudad ha despertado.

Los médicos me atendieron en el momento en el que llegué al hospital en brazos de Bestia. Soy capaz de suponer que lucía terrible, ya que ni siquiera tuvimos oportunidad de llenar el formulario cuando entramos a la sala de urgencias.

Me hicieron toda clase de estudios, y yo no paré de preguntar cuánto iba a costarme el servicio. Nadie fue capaz de responderme.

Al parecer, no tuve heridas internas. El puñetazo me fracturó la nariz, así que es probable que luzca un poco desviada y necesite cirugía estética; sin embargo, a estas alturas, una nariz rota es el menor de los daños hechos hacia mi persona. El golpe en mi mandíbula no causó ningún daño severo, y tengo todos mis dientes. Los hematomas van a aparecer y estaré adolorida por días, pero estoy viva. Estoy viva y no puedo dejar de pensar en qué hubiera pasado si Harry no hubiese aparecido en el momento indicado.

Subo las escaleras a paso lento y pausado, solo porque no permití que el chico de las cicatrices me cargara en sus brazos una vez más. Sin embargo, todo mi cuerpo grita de dolor.

No hemos pronunciado palabra alguna desde que salimos del hospital. No me sorprende que sea de este modo.

La incredulidad con la que me observó mientras escuchaba las mentiras que pronuncié cuando me preguntaron acerca de lo ocurrido, fue suficiente para saber que estaba más allá de lo indignado.

Sé que debí haber denunciado a mi papá, pero no tuve el valor de hacerlo. Dije que había sido asaltada cerca de casa y que Harry había estado ahí para ayudarme. Cuando le preguntaron su versión de los hechos, no me desmintió. Se limitó a decir

que había visto todo y que había corrido en mi auxilio; lo cual, técnicamente, no es mentira.

Cuando llegamos al piso donde vivo, me detengo en seco. No quiero volver a ese lugar. No estoy lista para enfrentarme de nuevo al hombre que dice ser mi padre, pero tampoco quiero quedarme cerca de mi vecino...

Una mano cálida se posa en mi espalda baja y me empuja con suavidad hasta el otro tramo de escaleras. Mi vista se clava en Harry, pero él ni siquiera me mira. Se limita a guiar mi camino lejos de ese apartamento.

Una vez en su piso, rebusca las llaves en el bolsillo trasero de sus vaqueros, y quita el cerrojo de forma mecánica. La puerta se abre, pero no entra; se limita a mirarme fijamente.

Sé que espera que entre a su casa, pero no sé si confío en él lo suficiente. Me salvó, pero tiene un arma. No sé qué clase de persona es; y es un hecho que nadie hace nada por ti sin esperar algo a cambio.

Harry hace un gesto impaciente con la cabeza para indicarme que entre, pero no lo hago de inmediato. Me tomo mi tiempo antes de avanzar con vacilación. Mi corazón late con fuerza ante la expectativa, mis manos se sienten sudorosas, y un absurdo y ridículo miedo hacia él se apodera de mí mientras me adentro en la estancia.

La puerta se cierra una vez que ambos estamos dentro, pero no me atrevo a moverme. Mi mirada recorre el lugar y me sorprende la limpieza del área. La alfombra que cubre el suelo es de color azul grisáceo y los sillones que están estratégicamente acomodados son de piel negra, la mesa de centro de la sala es de madera y hay un mueble donde descansa una televisión y una consola de videojuegos.

No hay decoración alguna en las paredes de color gris claro, y tampoco hay nada que traiga vida a la estancia. Este es un lugar sombrío...

«Justo como él...».

—Debes descansar —la voz ronca de Harry suena a mis espaldas y me estremezco solo de imaginar su expresión dura y hostil.

Aprieto mis puños con fuerza y me giro para encararlo. Está recargado contra la puerta principal; sus manos están dentro de sus bolsillos delanteros y su espalda está encorvada hacia adelante. A pesar de su postura desgarbada, luce imponente y peligroso.

—Debo ir a trabajar —sueno temerosa. Quiero golpearme por eso.

Su ceño se frunce y clava sus ojos verdes en mí. No hay que ser un genio para notar que está enojado. La luz proyectada por la ventana hace que luzca más aterrador que nunca.

—No vas a ir a ningún jodido lado —espeta. La brusquedad con la que habla, hace que dé un paso hacia atrás. A él no parece importarle mi reacción, ya que su expresión no ha cambiado ni un poco—, acabas de salir del hospital, Maya, por el amor de Dios. Necesitas descansar.

—No puedo faltar —mi voz tiembla y quiero gritar de la impotencia que me invade. Me siento intimidada por su presencia y lo único que estoy logrando es ponerlo en evidencia—, van a descontarme demasiado si...

—Yo iré a llevar el informe médico —me interrumpe—. Dime dónde trabajas.

—El lugar se llama Joe's Place. Está sobre la calle Unión, en el sector North Beach —a pesar de que no quiero decírselo, la dureza en su mirada me hace hablar.

—Bien —asiente, antes de hacer un gesto con su cabeza hacia el pasillo oscuro que se encuentra a pocos pasos de distancia—: La primera puerta del pasillo es un baño; la del fondo es mi habitación, puedes descansar si lo deseas. Hay un baño ahí; si quieres tomar una ducha caliente, siéntete con todo el derecho de hacerlo. Traeré algo para desayunar.

Entonces, sin darme oportunidad de replicar, sale del apartamento.

Me quedo ahí, de pie a mitad de la sala, sin poder mover un solo músculo. Trato de procesar todo lo que ocurrió, pero sigue sintiéndose como una locura. Hace no más de doce horas caminaba a casa desde la parada del autobús; y ahora estoy aquí, en el departamento de un tipo al que apenas le conozco el nombre, y que molió a golpes a mi padre.

El pánico se asienta en mi estómago como una roca gigantesca. No importa cuán amable haya sido, no debo olvidar que no sé absolutamente nada de él y que

empuñó una pistola sin que le temblara la mano. No debo olvidar que golpeó la mierda fuera de una persona y que no lucía como si tuviese intención de detenerse.

Trato de empujar los pensamientos tortuosos en lo más profundo de mi cabeza, antes de avanzar hasta la puerta principal y tratar de abrirla.

La manija se queda trabada en su lugar cuando la giro para abrirla. Mi corazón se detiene durante una fracción de segundo y reanuda su marcha a una velocidad antinatural antes de que vuelva a intentarlo.

«¡Te encerró! ¡Harry te encerró!». Grita la voz insidiosa en mi cabeza. El pánico se arraiga en mi sistema. Mi respiración se atasca en mi garganta y no puedo respirar. No puedo apartar la sensación de vacío que se asienta en mi estómago y la ansiedad que me invade.

Mis manos tiemblan y sudan; mi corazón late con tanta fuerza, que creo que va a salirse de mi caja torácica; mi respiración es dificultosa, y el agujero en mi pecho crece.

Busco, frenéticamente, algo para golpear contra la puerta y abrirla cuando, de pronto, mi vista se posa en un teléfono inalámbrico. Me digo a mí misma que si Harry hubiese querido encerrarme, se habría llevado el teléfono para que no pudiese llamar a la policía; que estoy siendo ridícula y que debo tranquilizarme; sin embargo, no puedo detener el impulso que tengo de abalanzarme a tomar el aparato.

Una vez que lo tengo en mis manos, presiono el botón verde antes de ponerlo contra mi oreja y comprobar que tiene línea. El tono agudo que suena del otro lado, trae oleadas de alivio a mi cuerpo.

Me repito una y otra vez que cerró la puerta por costumbre. Asegurar la casa con llave es algo que yo haría si viviera sola; sin embargo, por más que trato, no puedo alejar de mi cabeza el pensamiento de que lo ha hecho a propósito.

Aferro el aparato entre mis dedos y me siento sobre la alfombra, con la espalda pegada a la pared, y las rodillas pegadas al pecho. Trato de decidir qué es lo mejor; una parte de mí me dice que solo estoy siendo ridícula, que Harry solo está tratando de ayudar, y que debería ser más agradecida; pero otra, no deja de pensar que es un tipo peligroso y que no sé absolutamente nada sobre él.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que la puerta principal se abra. Mi vista está fija en mis desgastados zapatos solo porque no me atrevo a mirar al hombre que me encerró en su departamento.

—¿Qué estás haciendo ahí? —la diversión tiñe la voz de Harry, y eso hace que la sensación enfermiza aumente.

«¿Cómo puede hacer como si nada hubiese ocurrido?, ¡te encerró!...».

—Cerraste con llave —mi voz suena ronca y pastosa, pero hay dureza y enojo en ella.

El silencio se extiende, tenso y tirante.

—Ibas a volver con él —de pronto, suena nervioso.

—Y por eso me encerraste —trato de sonar serena, pero el veneno es casi palpable.

Me obligo a mirarlo. Lleva una bolsa de papel en una mano y una bolsa plástica en la otra.

—No podía permitir que lo hicieras —sé que trata de justificarse, pero eso solo aumenta el miedo que siento hacia él.

—No puedes encerrarme —el pánico se filtra en el tono de mi voz—. No tienes ningún derecho sobre mí —empiezo a alterarme—, ¡ni siquiera te conozco!, ¡no puedes impedir que me marche!, ¡n-no puedes...!

—¡Lo sé! —me interrumpe y alza las manos, en señal de rendición—, ¡lo sé!, ¡lo siento!, ¡no pensé...!

—Quiero que me dejes ir —lo corto de tajo.

Enmudece de inmediato, pero no deja de mirarme a los ojos. Su mandíbula se aprieta, y su expresión pasa de ser una mueca cargada de angustia a una que se siente como hielo puro.

—Puedes marcharte a la hora que quieras —dice—, pero no de vuelta a ese basurero. No con él. Si tienes otro lugar a dónde ir, adelante. Es más, me sentiré encantado de llevarte hasta ahí.

—¡No tienes derecho alguno de mantenerme aquí! —la indignación y el coraje invaden mi sistema, así que me aferro a eso para hablar.

—Pero sí tengo el deber moral de denunciar a tu papá por golpearte. Si vuelves a ese lugar, voy a hacerlo, Maya —espetta. Sé que comienza a alterarse, ya que su voz se eleva con cada palabra que dice—, ¡no puedes permitir que siga haciéndote esto! ¡Por Dios, Maya, reacciona!, ¡el tipo iba a matarte!

La vergüenza invade mi cuerpo, pero le sostengo la mirada. Mis ojos se sienten llenos de lágrimas y apenas puedo soportar las ganas que tengo de echarme a llorar. Escucharlo de su boca, es como un puñetazo en el estómago. Escucharlo de boca de alguien más, lo hace *real*... Él iba a matarme.

—N-no quiero quedarme aquí —sueno como una niña mimada, pero no me importa.

—¿Por qué? —la dureza de su voz se ha esfumado por completo. De pronto, suena herido y ansioso.

—Tienes un arma y yo... —el nudo en la garganta me impide continuar.

El entendimiento se apodera de sus facciones, pero no se mueve durante unos instantes. Durante un segundo, luce aturdido; sin embargo, una vez superada la impresión, se acerca y se acucilla frente a mí.

El olor a comida proveniente de la bolsa de papel inunda mis fosas nasales y mi estómago ruge en respuesta. No me había dado cuenta de cuán hambrienta me encuentro ahora mismo. Él deposita sus compras en el suelo y saca el arma de la cinturilla de sus vaqueros con mucha lentitud.

Me encojo por instinto, pero él ni siquiera se inmuta mientras le quita la carga a la pistola y me la ofrece.

Me toma unos segundos reaccionar y verlo a la cara. Su expresión es serena y tranquila.

—Tómala —dice—. Si eso te hace sentir más segura, tómala. No voy a hacerte daño, Maya. Solo quiero ayudarte.

—¿Por qué? —digo, en un susurro entrecortado.

—Porque estoy cansado de ser el malo de la historia. Quiero hacer algo bueno por una vez en mi jodida existencia —dice, después de pensarlo unos instantes.

Dudo, pero termino tomando la pistola entre mis dedos, antes de ponerla lejos de nuestro alcance. Me pone de nervios solo mirarla, así que eso me hace sentir mucho

mejor.

Harry, sin decir nada más respecto al tema, toma la bolsa plástica y me la ofrece. Yo la tomo con vacilación y miro el contenido.

—Es un pijama —explica—. Para que tomes una ducha y puedas dormir —el nudo de mi garganta se aprieta, y lo veo tomar la otra bolsa—. También traje desayuno de McDonald's. No es lo mejor del mundo, pero es lo único que pude conseguir a esta hora.

No puedo creer que esté haciendo esto por mí. Soy una completa desconocida y he aprendido con el paso del tiempo que nadie hace algo así sin ninguna razón. Todos esperan algo a cambio, y no sé si quiero saber qué es lo que él pretende conseguir de todo esto.

—Gracias —susurro, con la voz entrecortada.

Una media sonrisa torcida se dibuja en sus labios y soy capaz de notar cómo un hoyuelo se dibuja en su mejilla. Mi respiración se atasca en mi garganta solo porque es la primera vez que lo veo sonreír.

Luce amable y cálido; un claro contraste con la imagen salvaje y peligrosa que siempre me ha mostrado.

—No tienes nada qué agradecer, pequeña.

Algo se estruja dentro de mi pecho al escucharlo llamarme de esa forma, pero trato de mantenerme serena.

—Voy a pagarte todo esto —prometo. Me siento ansiosa y torpe—. El hospital, el pijama, la comida..., *todo*.

—No te preocupes por eso ahora —estira su mano y aparta un mechón de cabello lejos de mi rostro, para ponerlo detrás de mi oreja. El mero gesto, hace que mi pulso se acelere—. Trata de comer algo antes de que vayas a descansar.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz y me pongo de pie con torpeza. Todo mi cuerpo grita de dolor, pero trato de ignorarlo.

Harry guía mi camino hasta la sala y me entrega una hamburguesa una vez que estoy sentada en el sillón individual. Él toma asiento en el sillón que se encuentra a mi lado, y comemos en silencio durante unos minutos.

—Voy a necesitar la llave de tu departamento —dice—. Iré a buscar tus cosas más tarde.

El bocado que tengo a medio camino, hace que me atragante. No puedo dejar de toser con fuerza.

«¿Está hablando en serio?!».

—¡No puedo quedarme aquí! —chillo, una vez que recupero el aliento.

—Claro que puedes —su ceño se frunce—. Será algo temporal de todos modos. Mientras encuentras un lugar dónde quedarte.

—Ya has hecho demasiado por mí —replico—, no puedo seguir abusando de ti de esta manera.

Rueda los ojos al cielo y niega con la cabeza.

—Maya, no seas ridícula. No abusas de mí de ninguna manera. Quiero ayudarte. Anoche te dije que, si necesitabas algo, no dudarás en recurrir a mí.

—Sí, pero no puedo...

—Sí puedes —me corta—. Puedes darme algo de dinero a manera de renta si eso te hace sentir mejor, pero no dejaré que regreses a ese lugar.

Sé que no voy a ganarle. A pesar de no conocerlo, se nota a leguas que es terco y obstinado. Harry no va a dejarme volver a ese lugar, y una parte de mí lo agradece.

Me cuesta creer que esté haciendo esto solo porque sí, pero no me queda otra opción más que confiar en él.

Mientras comemos en silencio, lo observo. Tengo sentimientos encontrados respecto a este hombre. Una parte de mí, me dice que es un chico amable y dulce envuelto en una coraza dura; otra, sin embargo, no deja de susurrarme que es un chico peligroso que lo único que espera de mí es algo a cambio.

Sacudo la cabeza ligeramente, para ahuyentar todos los pensamientos negativos. Quizás solo soy yo quien ya no confía en nadie. Quizás me cuesta creer que existen personas como él en este mundo. A estas alturas del partido, no me sorprende descubrir que este chico de aspecto aterrador, es mejor ser humano que muchas de las personas que he conocido. A estas alturas, no me sorprende descubrir que la Bestia es en realidad el hombre que dice ser mi padre.

CAPÍTULO 6

Me remuevo en mi lugar y el dolor me trae de vuelta a la realidad. Todos mis músculos se sienten agarrotados y tensos, pero, a pesar de eso, me estiro para alcanzar la mesa de noche.

La habitación está en completa oscuridad, así que no puedo adivinar qué hora es. La lámpara ilumina la estancia cuando la enciendo, y me siento desorientada y un tanto asustada cuando no soy capaz de reconocer el lugar de inmediato.

La cama es ridículamente grande, y el colchón es mullido y cómodo. Hay un escritorio repleto de libros y papeles desordenados al fondo de la estancia, una cajonera de madera se encuentra justo junto a la cama y hay un enorme armario de puerta corrediza junto a la puerta del baño.

Una guitarra acústica cuelga en un soporte que ha sido colocado en la pared, pero eso es todo. No hay ni un solo cuadro, o afiche, o cualquier cosa que pueda traerle vida a la habitación. Todo en este lugar parece haber sido pensado para ser dejado de un momento a otro. Todo es tan impersonal, que parece una habitación de hotel.

Es agradable, pero no es acogedor. No puedo evitar pensar en que este no es el hogar de alguien. Es solo un apartamento y ya. Muros de concreto levantados para ser abandonados; sin complicaciones ni ataduras.

Me levanto de la cama y hago una mueca al sentir el dolor punzante en mi costado. Avanzo por la alfombra de pelo corto hasta el cuarto de baño y la luz me ciega unos instantes. Cubro mi rostro con una mano y parpadeo hasta acostumbrarme. Las baldosas del suelo se sienten helada en mis pies descalzos y eso elimina un poco la sensación de adormecimiento que vibra en mi cabeza.

Después de hacer mis necesidades primarias, me lavo las manos antes de que mi vista viaje hasta el espejo que se encuentra delante de mí. La imagen de mi rostro

mallugado es lo único que puedo ver en este momento y una pinza invisible me atenaza las entrañas.

Mi ojo izquierdo está hinchado y amoratado, mi nariz tiene un aparatoso parche, pero, a pesar de eso, soy capaz de notar la hinchazón y el tono morado escandaloso que tiñe la piel de la zona; mi labio inferior se ha reventado, y tengo un raspón en el lado derecho de mi mandíbula.

Un nudo se apodera de mi garganta, pero no lloro. Me obligo a absorber el aspecto de mi rostro destrozado. ¿Cuántas veces evadí el mirarme al espejo después de una paliza?, ¿cuántas veces me negué la oportunidad de ver lo que él me hacía?...

No me muevo durante lo que parece una eternidad. No me muevo hasta que tengo suficiente de la expresión lastimosa y humillante que me devuelve la chica en el espejo. Me recrimina que nunca haya hecho nada por ella. Me echa en cara mi cobardía y mi falta de coraje para poner distancia entre el hombre del piso de abajo y yo.

Finalmente, después de un escrutinio duro y cruel, salgo del reducido espacio y avanzo por el pasillo del apartamento. Me detengo en seco al llegar a la sala. Harry está encorvado sobre la mesa de centro, mientras teclea en una computadora portátil. Su cabello enmarañado está echado hacia atrás por una bandana y su ceño está fruncido en concentración. La tenue luz que emana el aparato ilumina su rostro con tonalidades azules y eso lo hace lucir aún más siniestro de lo que ya es.

Miro de reojo hacia el reloj en la pared y me sorprende descubrir que son pasadas las siete de la noche.

«¿Me dejó dormir todo el día?!».

Me aclaro la garganta, insegura de qué decir, y él vuelca su atención hacia mí de inmediato. Luce aturdido por un instante, pero se relaja casi de inmediato. Entonces, niega con la cabeza y suspira.

—Olvidé por completo que estabas aquí —dice, en voz baja. Su voz ronca y arrastrada hace que toda mi piel se ponga de gallina. Hay un filo ansioso en la forma en la que habla. Me queda bastante claro que no está acostumbrado a tener visitas.

Avanzo hasta el sillón individual y me siento con torpeza sobre el mullido cojín. Los fármacos que me dieron en el hospital han dejado de hacer efecto, así que cada movimiento que hago es doloroso, pero me las arreglo para acomodarme en una posición cómoda.

Harry cierra el aparato frente a él antes de levantarse y encender la luz. Me toma unos segundos acostumbrarme a la nueva iluminación, pero me obligo a mirarlo una vez que el encandilamiento ha pasado. Muerdo la uña de mi pulgar en un gesto nervioso y distraído mientras rebusco en mi cabeza algo que decir.

Él abre la boca para hablar, pero lo piensa mejor y la cierra de golpe. Se aclara la garganta y vuelve a intentarlo.

—¿Tienes hambre?, podemos pedir una *pizza* o...

—Puedo cocinar —lo interrumpo con torpeza—. Sé cocinar. Sería más económico para ti.

Mira fugazmente en dirección a lo que creo que es la cocina y, de pronto, luce nervioso.

—No tengo nada que pueda ser cocinado —dice. Suena avergonzado—. Solo hay sobras de comida chatarra en la nevera.

—*Oh...* —digo, porque no sé qué otra cosa decir.

—No cocino —se justifica—, lo único que sé preparar son sopas instantáneas y comida congelada.

—Podemos comprar algo en el supermercado —sugiero—. Así la comida saldría un poco más económica.

—El dinero no es un problema para mí —hace un gesto desdenoso con la mano y aprieto los dientes para evitar hacer un comentario despectivo acerca de su desprecio por la comida casera—. Puedo comprar comida para los dos.

Lo miro con exasperación. Trato de hacerlo entender que deseo cocinar solo porque es algo que puedo hacer por él, pero no parece captar el mensaje. Siento que le debo demasiadas cosas y no sé cómo retribuirle algo de lo que ha hecho por mí.

—¿Podrías, por favor, dejarme cocinar? —sueno más irritada de lo que espero, pero él no parece haberlo notado—, me hará sentir mejor conmigo misma.

Él me estudia con la mirada antes de meter las manos en los bolsillos de sus pantalones. Le toma unos momentos recuperar las llaves perdidas en las profundidades de la mezclilla, pero cuando lo hace, me regala un gesto de cabeza en dirección a la puerta.

—Vamos. Te llevaré al supermercado —dice.

El alivio inunda mi cuerpo y sonrío. Todo mi rostro duele con la acción, pero no me importa. De pronto, recuerdo que solo estoy vestida con un pijama, y me congelo. Él parece leer mis pensamientos, ya que hace un gesto hacia un rincón de la estancia.

Las gavetas de mi cajonera se encuentran ahí, así como mis pocas pertenencias de valor: la vieja fotografía que tengo con mamá, los libros que he leído y releído una y otra vez, el pequeño joyero donde guardo la cadena que me dio la abuela en mi cumpleaños número quince y la botella de perfume barato que utilizo. Todo se encuentra ahí, sobre la gaveta superior.

—Fui por esto hace un rato —explica—. Tu papá no estaba, así que...

—Gracias —lo interrumpo. Mi voz suena más ronca de lo normal.

—Puedes ponerlas donde te plazca —dice—, no quería despertarte. Por eso puse todo aquí, pero no dudes ni un segundo en llevarlas a la habitación.

Una sonrisa tímida se dibuja en mis labios, y asiento con torpeza. Me limito a rebuscar algo que ponerme y camino a la habitación para vestirme.

Unos vaqueros desgastados y una blusa de mangas largas son mi elección. Ni siquiera me molesto en mirarme al espejo. Sé que no hay mucho que hacer por mi aspecto, así que me limito a ponerme los zapatos antes de volver a la sala.

Harry me mira desde la entrada y me analiza de pies a cabeza antes de sacarse la sudadera negra que lleva puesta para lanzarla en mi dirección.

—Hace frío. Úsala —dice.

Acto seguido, desaparece por el pasillo que da a la habitación. Yo me quedo aquí, mirando el material pesado entre mis manos. Dudo unos instantes, pero termino poniéndomela. El aroma fresco y varonil de Harry inunda mis fosas nasales al instante y me siento extraña y contrariada.

La prenda es tan grande, que debo doblarla de los puños para poder sacar mis manos de ella. El dobladillo me llega a la mitad de los muslos, y estoy segura de que luzco completamente ridícula.

Harry aparece al cabo de unos minutos con una chaqueta de piel enfundada en el torso y se detiene en seco cuando se percata de que me he puesto su sudadera. Un destello de diversión se apodera de su mirada, pero no dice nada respecto a la manera en la que la prenda se amolda a mi cuerpo. Se limita a avanzar hasta la puerta para abrirla y dejarme pasar.

Bajamos las escaleras a paso lento porque yo no puedo ir rápido; sin embargo, cuando pasamos por el apartamento que compartí con mi papá hasta el día de ayer, acelero lo más que puedo.

Me siento nerviosa y aterrorizada. La idea de verlo salir o topármelo de frente al subir las escaleras, me pone los nervios de punta.

Salimos del edificio y caminamos hasta el vehículo de Harry. Es una camioneta, pero el modelo es antiguo y luce más como chatarra aparcada y abandonada, que como un auto de verdad. No me sorprende que ni siquiera se moleste en llevarla a un taller de laminado. En una colonia como esta, es mejor tener cosas de poco valor o que se vean como mierda. Podría apostar todo lo que tengo a que nunca han intentado robar su coche.

Él abre la puerta del viejo cacharro para mí y trepo con dificultad. Ni siquiera parece notar que todo mi cuerpo duele, pero no lo culpo; yo tampoco he hecho nada para hacérselo saber. No quiero causar más molestias.

Trota hasta el lado del conductor y sube al destartado auto. El motor se queja varias veces antes de encender de forma correcta, pero Harry ni siquiera luce avergonzado por ello.

Conduce en silencio por las familiares calles hasta llegar al supermercado que se encuentra a unos cuantos kilómetros de distancia. Una vez dentro del establecimiento, me siento más segura de mí misma. Vengo a este lugar una vez por semana, así que conozco cada sección y cada pasillo. Harry, por otro lado, luce perdido e incómodo.

Trato de enfocarme en la tarea de elegir algo rápido para cocinar, pero no dejo de notar las miradas que son dirigidas hacia nosotros. No sé qué es lo que le impresiona más a todo el mundo: si mi rostro, o las cicatrices del chico que empuja el carrito a mi lado. Algo me dice que es un poco de ambas cosas.

Harry parece impacientarse con el paso de los minutos. Se ha deshecho de la bandana de su cabeza, y ha dejado que su mata alborotada de cabello caiga revuelta sobre su rostro. No hay que ser un genio para darse cuenta de que trata de cubrir sus cicatrices.

Trato de apresurarme a tomar todo lo necesario para hacer pollo a la cazadora — *una receta simple que aprendí de mi abuela paterna y que, además, es mi comida favorita*— antes de colocarme en una fila para pagar.

Mientras esperamos nuestro turno, un niño se esconde detrás de su madre al ver a Harry. No es necesario observar al chico que se encuentra a mi lado para notar cuán incómodo se siente. La tensión que emana de su cuerpo es casi palpable. No me había detenido a pensar cuán difícil debe ser para él andar por la calle todos los días. No me sorprendería averiguar que vive encerrado dentro de su casa la mayor parte del tiempo.

Mi vista se clava en Harry, pero esta vez, no soy capaz de ver al chico aterrador. Lo único que veo, es a un el chico que lidia con esta mierda a diario y sigue con la frente en alto. No sé si yo podría ser capaz de hacer algo como eso. No sé si yo sería capaz de enfrentar a un mundo que no comprende que lucir diferente no te hace diferente...

Él se percata de que estoy mirándolo y me observa de reojo. Una sonrisa tímida se dibuja en mis labios y parece relajarse un poco con el gesto.

—Olvidé conseguir algo para beber —digo, cuando estamos a nada de ser atendidos.

—¿Quieres que vaya a buscar un jugo? —dice en voz baja, para que solo yo lo escuche.

—Sería genial si lo hicieras.

Él asiente y sale de la fila. Entonces, me apresuro a poner todas las compras en la banda de la caja registradora. La cajera me mira con aire divertido, mientras me

elevo sobre mis puntas para corroborar que Harry no esté camino de regreso.

En realidad, sí pensé en buscar algo para tomar, pero lo dejé pasar solo porque quería ser yo quien pagara las compras. Solo espero tener el tiempo suficiente para hacerlo.

Finalmente, la chica de la caja me cobra el monto final y soy feliz porque no está Harry aquí para impedir que lo pague.

Al cabo de unos instantes, mi acompañante aparece en mi campo de visión. Sus facciones amables se endurecen cuando me mira cargando un par de bolsas de papel y un recibo en la mano.

—Podemos comprar un refresco de camino a casa —digo cuando se acerca un poco más. Trato de lucir despreocupada mientras hablo.

Su mandíbula se aprieta con fuerza y su ceño se frunce con enojo. Está furioso. Sin decir nada, me quita las bolsas de mala gana y se abre paso hasta el estacionamiento. Apenas puedo seguirle el paso, pero a él no parece importarle.

—¡Harry! —chillo sin aliento, pero no se detiene—. ¡Harry, espera!

Abre la puerta del copiloto y deja las bolsas dentro antes de azotarla, y precipitarse del lado del conductor.

<<¿Va a dejarme aquí?>>.

El motor ruge a la vida, de pronto. Mi respiración se atasca en mi garganta y mi corazón ruge con furia contra mis costillas. Estoy de pie a unos pasos de distancia, esperando a que se marche..., pero no lo hace.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el motor de la camioneta se apague. Sin embargo, Harry no baja del auto. Una mezcla de humillación, indignación y confusión me recorre el cuerpo entero y trago el nudo de mi garganta antes de obligarme a caminar.

Me abrazo a mí misma mientras avanzo por el estacionamiento porque hace un frío del demonio. No sé muy bien cómo me siento respecto a lo que sucedió, pero tampoco me detengo a pensarlo demasiado. Sé que, si lo hago, voy a echarme a llorar.

Un portazo suena a mis espaldas y escucho una voz gritando mi nombre. Sé que es Harry. Podría reconocer el tono ronco de su voz en cualquier parte; sin embargo, no me detengo. El aturdimiento que siento se transforma poco a poco en coraje y frustración. No puedo creer que haya estado a punto de dejarme en este lugar solo porque pagué las compras.

Me molesta el hecho de que no me deje hacer algo por él. No soy una inútil, ni una desvalida. No soy una damisela en apuros, y no voy a dejar que me trate como si no fuese capaz de valerme por mí misma. Soy perfectamente capaz de pagar una cuenta de supermercado.

—¡Maya, vuelve aquí, *maldita sea!* —la voz de Harry llega a mis oídos, pero ni siquiera me giro para mirarlo.

De pronto, unos pasos acelerados resuenan a mis espaldas. Corro por inercia, pero mi cuerpo apenas me responde. El dolor que me invade es insoportable, así que Harry es capaz de interponerse en mi camino en poco tiempo.

Mi respiración es dificultosa, pero, a pesar de toda la agitación de mi cuerpo y de lo terrible que sé que luzco, lo miro con todo el resentimiento que puedo imprimir.

—¿A dónde mierda crees que vas?! —espeta.

—¡No te importa! —escupo de vuelta—, ¡ibas a dejarme aquí!, ¿qué más da que vaya por mi cuenta?

—¡Deja de ser infantil, Maya, por el amor de Dios!

—¡Y tú deja de ser orgulloso!, ¿en qué te afectaba que pagara las compras? ¡Fueron veinte dólares! ¡Jesús!

—¡Me viste la cara de idiota!

Una risa corta y amarga brota de mi garganta.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que estás siendo?! —chillo—. ¡Harry, por Dios!, ¡fui capaz de mantener a un alcohólico durante casi nueve meses!, ¿de verdad crees que no puedo pagar veinte dólares?

—¡No necesito nada que venga de ti! —escupe.

—¡Pues yo tampoco te necesito! —espeto de vuelta.

El silencio que le sigue a mis palabras es tenso y tirante. El rostro de Harry es una máscara de ira y enojo, pero estoy segura de que yo luzco peor. Niego con la cabeza y me obligo a mantener mis emociones a raya.

—Me voy a casa —mascullo. Trato de pasarlo de largo, pero una mano grande se apodera de mi brazo.

La mirada sombría de Harry se fija en mí, y un estremecimiento de puro horror recorre mi cuerpo.

—Tú no vas a ir a ningún jodido lado.

CAPÍTULO 7

—Suéltame —siseo, pero Harry ni siquiera se inmuta.

Tira de mí en su dirección, de modo que mi costado golpea contra su estómago firme y fuerte. Mi respiración se atasca en mi garganta, pero me obligo a sostenerle la mirada.

—No vas a volver con ese hijo de puta —su tono de voz es calmado y tranquilo, pero hay algo erróneo en él.

Su agarre se aprieta un poco más y el pánico estalla en mi sistema. No está haciéndome daño, pero la presión es suficiente para hacerme saber que es él quien tiene el control de la situación. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas y apenas puedo respirar. El miedo que siento es paralizante. Sé que no está amenazándome, pero he vivido tanto tiempo asustada, que ya no sé de quién tengo que cuidarme realmente.

—Déjame ir —mi voz suena débil y temblorosa.

Su mandíbula se tensa aún más y su expresión se endurece tanto, que todo mi cuerpo se estremece. El terror se arraiga en mi sistema y, por un momento, creo que va a golpearme; sin embargo, no lo hace.

—¿Se encuentra todo bien? —otra voz llega a nosotros en el momento en el que Harry abre la boca para decir algo.

Mi atención se vuelca en dirección al hombre que ha interrumpido nuestra extraña interacción. Una parte de mí quiere decir que nada está bien, que Harry me retiene en contra de mi voluntad, pero no lo hago porque no es así. Harry no me ha obligado a nada.

Miro de reojo en su dirección, y soy capaz de notar cuán tenso se ha puesto de un momento a otro. Me toma unos instantes darme cuenta de que el hombre que

camina hacia nosotros, es el guardia de seguridad del supermercado. Mis entrañas se revuelven con nerviosismo y ansiedad al verlo acercarse.

—Sí —tartamudeo en respuesta—. Todo está bien.

El hombre se acerca un poco más, y le ruego al cielo que la oscuridad de la noche oculte los golpes de mi cara.

—¿Qué te ocurrió? —inquire. Suena tranquilo, pero su mirada está clavada en Harry.

—Me asaltaron ayer por la noche —la mentira sale con tanta naturalidad, que yo misma me sorprendo.

—¿Levantaste una acta? —el hombre se acerca aún más, pero no ha dejado de estudiar a mi acompañante.

—Lo hicimos —intento sonreír, pero me sale terrible.

—¿Estás segura de que está todo en orden? —el hombre luce escéptico. Cree que Harry me ha puesto una paliza.

Me aclaro la garganta y asiento con la cabeza porque no soy capaz de confiar en mi voz. El guardia mira al chico a mi lado con recelo. No está satisfecho con mi respuesta y eso me pone los nervios de punta.

—La verdad es que nada está en orden —la voz de Harry inunda mis oídos, y me tenso por completo—. Tuvimos una discusión y quería irse a pie a casa. Por supuesto, que no iba a permitírselo.

El hombre parece relajarse al escucharlo hablar.

—Haces bien, hijo —asiente—. Esta zona es muy peligrosa, y más por la noche. Usted debería saberlo, señorita —se dirige a mí.

Aprieto mis labios para evitar replicar, y Harry desliza su agarre por mi brazo hasta tomarme por la muñeca.

—No queríamos hacer una escena —se disculpa—, lamento haberlo asustado.

El hombre sonrío y hace un gesto de mano para restarle importancia a la situación.

—Oh, no se preocupen —dice—. Mi hija y su novio pelean así todo el tiempo. No sé qué tienen las parejas hoy en día que les encanta discutir dramáticamente en

todos lados, como si de una mala película romántica se tratase.

Tengo el repentino impulso de corregirlo y decir que no somos nada, pero me obligo a guardar silencio.

—Será mejor que nos vayamos, Maya —Harry dice y me mira—, se hace tarde.

—Sí... —mascullo, en voz baja.

—Lamentamos haberlo asustado —se dirige al guardia.

—No se disculpen —sonríe el hombre—. Que pasen una linda noche.

Entonces, sin decir una palabra más, se echa a andar en dirección al establecimiento.

Una vez que desaparece de nuestro campo de visión, tiro de mi mano lejos de la de Harry y camino lo más rápido que puedo hacia la calle. Unas manos grandes y fuertes se anclan en mis caderas y chilló cuando un brazo se envuelve en mi cintura. Soy levantada del suelo sin mucho esfuerzo; pero no voy a ponérselo así de fácil, así que pateo para liberarme a pesar del dolor que me provocan las heridas que mi papá me hizo.

Harry me deja en el suelo para hacerme girar sobre mi eje; entonces, sus dedos se clavan en mis caderas y me echa sobre su hombro. Yo no dejo de chillar y gritar en protesta.

La humillación llega a mí cuando lo escucho abrir la puerta de la camioneta y me deja caer en el asiento sin una pizca de delicadeza. Entonces, me señala con su dedo índice.

—¡No te atrevas a bajar o te las verás conmigo, Maya, te lo advierto! —escupe.

Entonces, da un portazo. Observo cómo rodea el vehículo por la parte de enfrente para entrar del lado del piloto. El motor ruge a la vida y salimos disparados en dirección a la avenida.

Conduce de una manera tan descuidada, que soy capaz de sentir el corazón en mi garganta. Mis uñas se clavan en el cuero del asiento, y le ruego al cielo que no vayamos a estrellarnos contra algo en el camino.

De pronto, se orilla y aparca abruptamente. Sale del auto sin decir una palabra y camina hasta una tienda que se encuentra a pocos metros de distancia. Cuando sale

de ella, trae una caja entre los dedos y un cigarrillo encendido entre los labios. Me toma unos instantes descubrir qué es lo que contiene el cartón.

«Cerveza».

Mi estómago se revuelve ante la idea de él bebiendo. No quiero que beba. No quiero estar cerca de una persona que consume alcohol nunca más en mi vida.

No dice una sola palabra el resto del camino; yo tampoco hago nada por entablar una conversación. Me siento molesta, humillada y asustada. Todo al mismo tiempo.

Subimos las escaleras del edificio en silencio. Él carga las bolsas de las compras; mientras que yo tengo que conformarme con apretar mis manos en puños para reprimir el temblor que ha invadido mi cuerpo debido al coraje reprimido.

Una vez en el departamento, le quito las bolsas y me encamino hacia la cocina. Prometí cocinar. No gasté veinte dólares solo para tirarlos a la basura, así que me apresuro a buscar los utensilios que necesito para preparar el pollo y la pasta.

Trato de concentrarme en la tarea que me he impuesto, pero no dejo de pensar en la reacción de Harry al verme pagar. ¿Qué tenía de malo que yo pagara?, ¿por qué reaccionó así?...

—¿Necesitas ayuda? —el sonido de su voz me hace pegar un salto en mi lugar. Ni siquiera fui capaz de escucharlo llegar.

Mi pulso late tan rápido, que puedo escucharlo en mis oídos, pero me obligo a no mirarlo. No puedo permitir que note cuánto me afecta su presencia.

Al cabo de unos minutos, me atrevo a mirar por encima de mi hombro, solo para comprobar que Harry está sentado en una silla del comedor. Me mira fijamente, pero su expresión es indescifrable. Hay una lata de cerveza sobre la mesa, y quiero gritar de la frustración debido a la sensación de *déjà vu* que no me deja tranquila.

Me digo a mí misma que Harry no es como mi papá. Que él no va a lastimarme por estar borracho y que no va a tratar de propasarse conmigo; sin embargo, no dejo de sentirme aterrorizada.

«No lo conoces». Susurra una voz en mi cabeza. «Podría ser más peligroso que tu papá».

Me obligo a ahuyentar todos los malos pensamientos de mi cabeza, pero sigo siendo consciente de que está justo detrás de mí. Sigo consciente de que no ha parado de beber y de que se ha levantado por otra lata de cerveza más veces de las que puedo contar.

Una vez que todo está listo, apago las hornillas y tomo un plato para servirle comida. Me giro sobre mi eje y pongo el plato frente a él. No me atrevo a verlo directamente a la cara; no quiero descubrir cuánto ha bebido.

—¿A dónde vas?... —estoy a punto de abandonar la habitación, cuando su voz me detiene.

Suena lento y torpe. Ha bebido lo suficiente como para escucharse afectado por los efectos del alcohol, y lo único que quiero hacer, es poner una distancia prudente entre nosotros.

Me obligo a mirarlo. Su expresión somnolienta le da un aspecto suave a su rostro; un claro contraste con el ceño que siempre está grabado en sus facciones.

Hace un gesto para señalar la silla delante de él. Mi estómago se aprieta al darme cuenta de que desea que me siente a cenar con él, pero trato de lucir serena mientras tomo asiento.

Harry se levanta de la silla y mis dedos se clavan en mis muslos solo porque no sé qué hacer para dejar de temblar. De pronto, un plato lleno de comida es puesto delante de mí. Yo en realidad no tengo hambre, pero no me atrevo a pronunciar esas palabras en voz alta.

Él toma asiento frente a mí y empieza a comer. Me toma una eternidad atreverme a tomar el tenedor que ha puesto a mi lado, y meterme algo a la boca.

Cuando termino el contenido de mi plato, me levanto de la mesa y me apresuro a lavarlo. Quito los restos de comida con el agua y el jabón, pero este hace que el material se resbale de mis dedos y se estrelle contra el lavaplatos. Fragmentos de cerámica salpican mis manos y chillido del susto.

<<¡Estúpida, estúpida, estúpida!>>.

—¡Oh, mierda! —mi voz suena inestable y aguda—, ¡lo siento!, ¡lo siento mucho!
Voy a...

Unas manos grandes y fuertes toman mis muñecas y las guían al chorro del agua. La sangre de los pequeños cortes se mezcla con el líquido helado, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea en la cercanía de Harry.

Soy consciente de que su cuerpo está pegado al mío. Su abdomen firme y fuerte, está unido a mi espalda, aliento caliente golpea mi oreja y toda mi carne se pone de gallina al sentir su respiración en contacto con mi piel.

—L-lo siento mucho... —digo, con un hilo de voz.

—Está bien —susurra mientras limpia las pequeñas cortadas—. Solo ten más cuidado.

Cuando termina, cierra el grifo del agua y coloca un par de servilletas sobre las heridas. No son profundas, pero no han dejado de sangrar.

Me giro sobre mi cuerpo para agradecer el gesto que acaba de tener conmigo, y disculparme por haber arruinado un plato; pero me congelo al darme cuenta de lo cerca que se encuentra. Sus manos están apoyadas sobre la encimera, de modo que sus brazos me encierran en una jaula creada por ellos. Su cabeza está ligeramente inclinada hacia adelante y su cabello me roza la frente. El aroma a perfume de hombre me golpea con fuerza y, de pronto, me siento aturdida y torpe.

Mi mirada se alza para encontrar la suya y un escalofrío me recorre de pies a cabeza al ver cuánto se han oscurecido sus ojos. Mis manos se aferran al material del suéter que me prestó, y trato de buscar algo para decir, pero no puedo concentrarme. Mi sangre zumba debido a la velocidad con la que me recorre el cuerpo, y el nerviosismo me invade en cuestión de segundos.

Su vista se posa en mis labios durante un momento y un estremecimiento me recorre cuando se acerca un poco más.

El aroma a alcohol de su aliento, rompe con mi aturdimiento. El adormecimiento agradable se convierte en repulsión cruda e intensa y un estremecimiento de puro horror me golpea.

Los recuerdos invaden mi cabeza tan rápido, que no puedo detenerlos. De pronto, me siento atrapada. Acorralada en un mar de recuerdos. Arrinconada en una prisión hecha de impotencia e ira reprimida.

Quiero que se aparte. Quiero que se aleje de mí y no vuelva a acercarse nunca más, pero no me atrevo a decir nada. Ni siquiera puedo conectar mi mente con mi cuerpo y moverme.

Sus manos se deslizan hasta tomar las mías y apartarlas de su camino. Sus dedos se clavan en la carne blanda de mi cintura y se acerca tanto, que sus caderas chocan con las mías. Por un doloroso momento, creo que voy a vomitar.

Su nariz roza la mía antes de desviarse por mi mejilla hasta llegar al punto donde mi mandíbula y mi cuello se unen. Entonces, inhala profundo. Mis ojos se aprietan con fuerza, mientras trato de recuperar el control de mi cuerpo. Estoy paralizada por el miedo y la aversión que me invade. No puedo moverme. No puedo hacer otra cosa que no sea rogar que se detenga.

Sus labios rozan su camino de regreso por mi mejilla y cuando está a punto de besarme, mi cuerpo responde y me aparto. Él busca mi boca una vez más, pero esta vez, encuentro la fuerza que necesito para empujarlo con mis brazos.

—¡No! —grito, de pronto.

Harry luce aturdido y confundido, pero no dice nada. Su expresión se transforma en una mueca herida y humillada, pero yo me siento aliviada por la distancia que he impuesto entre nosotros.

Mis ojos están llenos de lágrimas no derramadas, pero eso no impide que tenga una vista de su cara. Trato de recordarme a mí misma que no es mi papá. Que Harry no es un hombre repugnante como él y que no va a lastimarme, pero eso no cambia lo que acaba de suceder.

Mis ojos se detienen un segundo más de lo debido en sus cicatrices y, cuando vuelvo a mirarlo a la cara, luce decepcionado.

—¿Te doy miedo? —susurra con un hilo de voz.

El entendimiento me golpea. Cree que lo rechacé por sus cicatrices.

—¡No! —exclamo, pero sueno asustada.

Una risa amarga lo asalta y niega con la cabeza antes de desaparecer por la entrada de la estancia.

Quiero pedirle que se detenga. Quiero *explicarle* cómo me siento, pero no quiero que sepa cuán jodida estoy. No quiero que sepa cuán sucia soy y cuán basura me

siento. No puedo contarle lo que pasó porque entonces no va a querer besarme nunca. Ni siquiera va a querer tenerme cerca.

Cubro mi boca con una mano y trago la bola de sentimientos que tengo atorada en la garganta.

La culpa es lo que está matándome. No sé cómo voy a hacer para convencer a Harry de que no lo rechacé por el aspecto de su rostro sin tener que contarle sobre mi pasado tormentoso.

CAPÍTULO 8

Han pasado dos semanas desde que llegué al apartamento de Harry. Hace una, pude volver al trabajo. Los moretones apenas son manchas verdosas que tiñen mi piel y la hinchazón de mi cara ha disminuido casi por completo; sin embargo, el señor Jones, el dueño del restaurante, ha decidido enviarme a la cocina a ayudar a lavar platos. Dice que mi aspecto no es óptimo para atender mesas ahí afuera y estoy de acuerdo con él.

Jamás había experimentado la paz que siento ahora. El único momento del día en el que tengo miedo, es cuando subo las escaleras y paso frente al apartamento que solía compartir con papá. Hace dos noches, lo escuché gritar mi nombre desde el piso inferior y sentí que me desvanecía del terror. Harry no se encontraba en casa y estaba aterrorizada con la idea de mi papá buscándome como loco por todo el edificio; sin embargo, no pasó a mayores.

Mi relación con Harry, por otro lado, no es la mejor del mundo. Apenas si habla conmigo. La última vez que entablamos una conversación fue cuando le pedí que pusiera una cuota para mi estadía temporal. Él se negó rotundamente a aceptar mi dinero y discutimos una vez más.

Finalmente, cedió cuando le dije que me iría si no me dejaba aportar algo de dinero. Apenas hablamos desde entonces. Preparo la cena para él todas las noches, pero no se sienta en la mesa conmigo; espera a que yo me duerma para acabar con lo que sea que haya hecho para alimentarnos.

He notado, también, que casi no duerme... —*por no decir que no duerme en lo absoluto*—. Me he levantado varias veces a mitad de la noche para ir al baño, y siempre soy capaz de escuchar el susurro del televisor encendido.

Lo cierto es que no sé absolutamente nada del tipo con el que vivo. Le llaman por teléfono con frecuencia, pero siempre cuelgan cuando me toca atender. Una vez, se atrevieron a hablarme. Preguntaron por Bestia y fue mi turno de colgar de golpe.

Me molesta, sobremanera, que le llamen así a un chico como Harry. Él no es ninguna bestia.

Hay días en los que desaparece todo el día y no vuelve hasta que llega la noche; y hay otros en los que se la vive dentro de casa. No sé a qué se dedica, ni de qué vive. Ni siquiera sé cuántos años tiene o si tiene un segundo nombre. Tengo cerca de un mes conociéndolo, dos semanas conviviendo a diario con él, y aún sigo sin descifrar qué se esconde debajo de esa capa de hostilidad y dureza.

La incertidumbre está matándome. Siento que necesito saber más cosas sobre él, pero su armadura es tan cerrada, que no he podido penetrarla por ningún lado.

Corro el tramo de escaleras que separa el lugar donde vive mi papá del apartamento de Harry. La sola idea de encontrarme de frente con mi padre me pone la carne de gallina, así que subo a toda velocidad. Cuando estoy a punto de llegar, tropiezo con mis propios pasos y apenas tengo tiempo de apoyar mis manos para amortiguar el golpe de mi cuerpo.

Mi respiración es dificultosa, así que me obligo a tomar un par de inspiraciones profundas para acompasar el ritmo acelerado de mi corazón. Me pongo de pie y subo los pocos escalones que faltan, antes de tomar la llave que Harry me dio hace unos días, y entrar en la estancia.

Cierro la puerta detrás de mí, y me congelo en el momento en el que escucho el sonido del televisor.

«Harry...».

Ni siquiera sé por qué estoy tan ansiosa. Una parte de mí desea correr y encerrarse en la habitación. Me pone tan nerviosa, que apenas soy consciente de mí cuando está a mi alrededor.

Me digo a mí misma que es solo Harry, y que él ni siquiera parece notarme cuando está cerca y eso me calma un poco.

Avanzo hasta la sala y abro la boca para saludarlo, pero me congelo en el momento en el que me percató de la botella de tequila que descansa en su mano. Su mirada se clava en la mía y el miedo atenaza mis entrañas; sin embargo, me obligo a no apartar la vista de él.

Alza la botella de tequila en mi dirección y asiente con la cabeza a manera de saludo. Entonces, le da un trago largo al líquido ambarino directo de la boquilla. Mi pulso se acelera casi de inmediato. Está borracho.

«¿Por qué mierda está borracho ahora?...».

Me toma unos instantes atreverme a hacer algo, pero una vez que lo hago, avanzo hasta donde él se encuentra. Está sentado en el sillón individual en una posición desgarrada y ni siquiera se digna a mirarme cuando me acuclillo a su lado. Sus dedos largos están envueltos en el cuello de la botella, así que me atrevo a llegar a ella para quitársela. Creo que va a forcejear conmigo, pero deja ir el alcohol sin quejarse en lo absoluto.

—No bebas —pido en un susurro tembloroso—. Por favor, no bebas.

Sus ojos se posan en mí, pero no dice nada. Su mirada está nublada y trato de entender qué es lo que sucede con él. Nadie bebe de esta forma solo porque sí y si fuese alcohólico, lo haría todos los días, no eventualmente como suele hacerlo. Es como si estuviese tratando de escapar del mundo por unos instantes.

Su ceño se frunce ligeramente con mi petición. De pronto, luce como un niño de seis años.

—Devuélveme eso —exige, arrastrando la voz.

Mis labios se aprietan en una línea antes de ceder. No soy nadie para impedirle que beba su peso en alcohol, así que le devuelvo la botella a regañadientes. Él acerca la boquilla a sus labios para dar otro sorbo.

—Por favor, *no* —susurro cuando la desesperación me invade.

Se detiene. Solo necesita echar la cabeza hacia atrás para conseguir un poco más de alcohol en sus venas, pero no lo hace. Se queda quieto unos segundos antes de dejar la botella con brusquedad sobre la madera de la mesa de centro.

Por acto reflejo, salto y retrocedo ante la dureza de su acción. Mi respiración se atasca en mi garganta y la alarma invade mi cuerpo. Mis ojos están clavados en su perfil, y una risa corta y sin humor lo asalta.

—¿En serio? —dice con amargura. Su mirada encuentra la mía—, ¿me puedes explicar por qué, en el infierno, me tienes miedo?

—No te tengo miedo —mi voz tiembla.

—Por el amor de Dios, Maya. *Mírate* —me señala—. No soy estúpido.

Abro la boca para decir algo, pero la cierro de golpe. Busco una mentira para decir, pero decido que es mejor hablar con la verdad por una vez en mi vida.

—No te tengo miedo —digo—. Solo no me gusta que bebas.

Su ceño se frunce en confusión.

—¿Por qué?

Es mi turno de reír sin ganas de hacerlo.

—¿De verdad lo preguntas? —niego con la cabeza sin dejar de sonreír—. Mi papá es *alcohólico* —parece como si aún no entendiera, así que tomo una inspiración profunda y agrego en voz muy baja—: Y me golpeaba cuando bebía en exceso.

El entendimiento se apodera de su rostro en un segundo.

—Oh, mierda...

Desvío la mirada. Me siento avergonzada y torpe. No soporto la idea de él teniéndome lástima, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

—No me das miedo —mi voz suena débil y tímida—, es solo que...

—Mírame —pide con la voz enronquecida, pero no lo hago. No me atrevo a verlo a la cara porque la humillación que siento es suficiente para hacerme querer revolcarme en mi miseria—. Maya, por favor, *mírame*...

Me toma unos segundos atreverme a enfrentarlo; pero cuando lo hago, me sorprende encontrarme con una expresión torturada.

—Dilo de nuevo —exige, pero suena más como una súplica.

—No me das miedo, Harry —mi voz suena temblorosa, pero no hay vestigio alguno de temor en ella.

El alivio inunda sus facciones y me relajo casi de inmediato.

—Todo el mundo huye de mí... —dice. Tengo la ligera sospecha de que habla más para él mismo que para mí.

—Eso no es cierto.

Una sonrisa triste lo asalta y niega con la cabeza.

—No trates de suavizar las cosas, Maya—no hay dureza en el tono de su voz—. Estoy acostumbrado a que la gente me tenga miedo. Las personas siempre huyen de mí por la forma en la que luzco.

Quiero saber cómo pasó. Quiero saber cómo se hizo esas escandalosas marcas en el rostro, pero no me atrevo a preguntar y tampoco quiero terminar discutiendo con él, como siempre que entablamos una conversación.

—¿Cuántos años tienes, Harry? —pregunto en su lugar.

La confusión inunda sus facciones.

—Veinticinco. ¿Por qué la pregunta?

Me encojo de hombros.

—No sé nada de ti. No sé qué te gusta, qué no te gusta, a qué te dedicas, si tienes un segundo nombre... No sé nada sobre ti.

—No hay mucho que saber —responde, pero puedo notar cómo la pequeña brecha que he hecho en su armadura, se cierra un poco.

El terreno ganado es perdido casi por completo, pero no quiero que sea de esta manera. No quiero que Harry sea un misterio para mí.

—Alessa —la palabra sale de mi boca antes de que pueda evitarlo—. Mi segundo nombre es Alessa..., y lo odio. Estudié un semestre de Psicología antes de abandonar la universidad y ponerme a trabajar. Odio la *pizza* y no como carnes rojas. No la digiero —hago una mueca avergonzada—. Cuando era pequeña, me daban ataques de pánico. Soy una persona muy ansiosa y nerviosa, suelo tener miedo todo el tiempo y fui a terapia muchos años debido a eso. *Fobia social* le llaman... —no sé por qué estoy contándole esto, pero no quiero parar—. He aprendido a interactuar con el resto del mundo, pero muchas veces lo único que deseo es estar sola y no hablar con nadie. Soy algo así como patética, lo sé, es solo que...

—Espacio... —pide él. Hay diversión en el tono de su voz—, vas muy rápido, Maya. Apenas puedo seguir el hilo de lo que dices.

Una risa nerviosa me asalta.

—Mi cumpleaños es el seis de agosto, pero no lo celebro —continúo.

—¿Por qué no? —su ceño se frunce y yo me encojo de hombros.

—Es un día como cualquier otro para mí —digo—. No siento que tenga algo que celebrar —le regalo una sonrisa tensa—. Como sea... —me aclaro la garganta y continúo—: Amo leer. Solía tener mi computadora llena de libros electrónicos, y de vez en cuando me daba el lujo de comprarme algo en físico. A mamá le sorprendió que quisiera estudiar Psicología en lugar de Literatura... ¿estoy hablando demasiado?

—¿Por qué Psicología? —pregunta, con genuina curiosidad. No luce tan ebrio después de todo. Está incitándome a hablar, pero lo único que deseo, es escucharlo hablar a él; sin embargo, me obligo a continuar.

—Para entenderme —digo, y mi respuesta parece confundirlo, así que explico—: No quería ser esta persona que siempre tiene miedo. Quería entender el porqué de mis miedos irracionales y mi fobia a los demás. Quería ayudar a las personas que se sienten como yo...

—¿Tienes miedo ahora?

—¿De ti?, no —hablo, con certeza—. ¿De que no vuelvas a hablarme en días?, sí —ni siquiera sé por qué demonios dije eso en voz alta. El silencio se apodera de la estancia, pero no me atrevo a decir nada más. Solo espero por una reacción.

—Evan —dice, finalmente, en voz baja y tranquila—. Mi segundo nombre es Evan —hace una mueca de desagrado—, pero dejémoslo en Harry, por favor.

Una risita boba se me escapa y él medio sonrío.

—Harry Evan Stevens —pruebo las palabras en mi boca y me sorprende encontrarlas agradables.

—Maya Alessa Bassi —imita el tono de mi voz y añade—: Prometo no beber más delante de ti, si tú prometes cocinar lasaña de nuevo.

—Hecho —sonrío radiante.

—Bien —asiente con satisfacción y se pone de pie antes de estirar una mano para ayudarme a levantarme—. Vamos. Prepararé el mejor *chilli* que hayas probado en tu vida.

—¿Cocinarás *chilli* para mí?

—En realidad, solo meteré la comida al microondas, pero, vamos, la intención es lo que cuenta, ¿no? —bromea y ruedo los ojos al cielo. Sus dedos apenas tocan los

míos mientras me guía a la cocina, pero mi corazón late con tanta fuerza que temo que sea capaz de escucharlo.

—La intención es lo que cuenta —le doy la razón y entramos al reducido espacio.

CAPÍTULO 9

—Tienes sueño —el tono de voz de Harry es suave, pero hay reprimenda en él.

En el momento en el que pronuncia esas palabras, un bostezo se apodera de mí. Cubro mi boca con el dorso de mi mano y lucho para no abrir los labios como si fuese a tragarme el mundo de una mordida. Mis ojos lagrimean al instante y noto cómo reprime una sonrisa.

—Estoy bien —miento, y sonrío tímidamente.

—Sí, claro —el sarcasmo en su voz hace que mis mejillas se enciendan con rubor.

—¡Estoy bien!, ¡en serio! —no quiero irme a la cama aún. Sé que es tarde, pero no hemos dejado de hablar y eso me hace querer seguir aquí.

—Es tarde —dice—. Mañana te levantas temprano. Es mejor que descanses.

—Mañana descanso —no miento. Mañana es mi día de descanso, así que puedo dormir un poco más si lo deseo.

—Oh... —se nota a leguas que no sabe qué decir.

—Tú no duermes... —sueno más acusadora de lo que pretendo, pero él no parece afectado por la forma en la que le hablo.

Se encoge de hombros intentando restarle importancia a su insomnio recurrente.

—No necesito dormir demasiado para rendir en el día —sueno presumido y arrogante, pero hay un filo ansioso en su mirada.

El silencio que le sigue a sus palabras es interrumpido por el zumbido del refrigerador detrás de mí. Trato de no pensar mucho en ello, pero hay una voz dentro de mi cabeza que no deja de susurrarme que debo preguntar por qué no duermo.

—¿Por qué? —digo, sin más.

—¿Por qué, *qué*?

—¿Por qué no duermes? —sueno tímida y curiosa.

Mi pregunta parece sacarlo de balance, pero, aun así, se encoge de hombros y baja la mirada al plato vacío delante de él.

—No puedo.

—¿Insomnio?

—Pesadillas.

¿Qué puede hacer que un chico como Harry tenga pesadillas?, ¿qué hace que un chico al que le apodan Bestia tenga miedo de sus sueños?, ¿qué es lo que lleva a un tipo duro y amenazador como él, a ser atacado por su subconsciente de esa manera?...

—Yo también las tengo —digo, en un susurro.

Su mirada está perdida en la nada. Está aquí, pero no está realmente. Está sumido en sus pensamientos. Quiero saber qué pasa por su cabeza, quiero saber qué ha hecho que su semblante se vuelva duro y triste al mismo tiempo.

Me da miedo preguntar porque no sé si quiero escuchar lo que tiene que decir. Ni siquiera sé si va a abrirse conmigo para contarme qué pasa por su mente.

—¿En qué piensas? —me atrevo a pronunciar.

Mi voz parece sacarlo de su ensimismamiento de manera abrupta, ya que luce aturdido por un segundo. Se aclara la garganta, pero no dice nada. Pareciera como si intentara decidir si quiere contarme algo o no.

—En mi hermana —dice, finalmente—. Ella solía tener pesadillas con frecuencia —niega con la cabeza con una pequeña sonrisa dibujada en los labios. No hay que ser un genio para notar que está sumido en sus recuerdos—. Cuando las tenía iba a mi habitación y se recostaba a mi lado. Era gracioso porque, mientras lloraba, me amenazaba con golpearme si le contaba a alguien que recurría a mí cuando estaba asustada. Era la mayor, así que...

Una sonrisa boba me asalta.

—¿Alguna vez se lo contaste a alguien? —pregunto con curiosidad.

Niega con la cabeza.

—Le tenía demasiado miedo. Yo era del tipo flacucho y ella había tomado karate varios años. No quieres meterte con una chica que ha practicado artes marciales — hace una mueca de fingido horror.

Una risa brota de mi garganta sin que pueda detenerla. Trato de reprimir el sonido burlón que invade la estancia, pero no puedo hacer nada para acallar las carcajadas. Para mi sorpresa, Harry sonrío y no es cualquier sonrisa. Es una sonrisa *real*, grande, que muestra todos sus dientes y pinta un par de profundos hoyuelos en sus mejillas. Sus ojos están teñidos con diversión genuina, y me siento aturdida ante la oleada de calor que invade mi pecho.

—¿Ella te consolaba cuando tú tenías pesadillas? —hablo, una vez superado mi ataque de risa.

Su sonrisa se tambalea y hay un destello triste en su mirada.

—Cuando mis pesadillas empezaron, ella ya no estaba cerca —dice. Trata de sonar despreocupado, pero fracasa terriblemente.

—¿Han peleado?

—Murió hace ocho años. Su nombre era Jenna.

—Lo siento —es lo primero que me viene a la mente, pero me siento estúpida al decirlo. No puedes decir: «Lo siento» y pretender que eso sea capaz de aliviar el dolor permanente que deja una pérdida como esa.

—No lo sientas —fuerza una media sonrisa amarga—. Ya no hay nada que sentir.

Quiero estirar la mano, y alcanzar la suya sobre la mesa para apretarla en un gesto afectuoso. Quiero tener las palabras más reconfortantes del mundo y consolarlo. Quiero ser capaz de no quedarme aquí, boqueando como un maldito pez, mientras él se hunde un poco más en el mar de recuerdos que lo asalta..., pero no lo hago. No lo toco, ni digo nada, ni dejo de mirarlo como una idiota insensible.

—Perdón —la palabra sale de mis labios antes de que pueda procesarla. Su penetrante mirada se clava en la mía y su ceño se frunce en confusión—. No debí preguntar. Ha sido estúpido de mi parte, yo no quería...

Una risa nerviosa se le escapa y niega con la cabeza.

—¡Dios!, eres tan parecida a ella —habla más para él que para mí.

—¿Me parezco a tu hermana? —mi voz suena más aguda de lo que espero.

«No. Por favor, no me mires de esa manera. No quiero que me mires de esa forma, por favor. Como a tu hermana no...».

—No —niega con la cabeza y el alivio me invade—. Olvídalo. No tiene importancia.

Quiero preguntar. Quiero saber en quién piensa cuando me mira y, al mismo tiempo, no quiero averiguarlo. Mi corazón se estruja ante la idea de descubrir que piensa en un viejo amor mientras me ve, y mi razón me grita que soy una estúpida por siquiera pensar que un chico como él va a fijarse en una chica como yo.

—Será mejor que vaya a la cama —digo con un hilo de voz. De pronto, me siento enferma. Un agujero se ha asentado en mi estómago debido a la ansiedad—. Sería bueno que trataras de dormir tú también. Puedes tomar tu habitación, estoy perfectamente bien durmiendo en el sillón y...

—No digas tonterías, Maya —me regala una sonrisa divertida—, acabo de decirte que no duermo. Si trato de tomar la habitación, lo único que conseguirás es que el ruido del televisor te despierte a mitad de la noche mientras duermes en la sala.

Hago una mueca de pesar y muerdo mi labio inferior.

—¿Estás seguro de eso?

—Por supuesto —asiente hacia la puerta—. Ve a dormir, niña.

Quiero gritarle que no soy una niña, pero me contengo. En su lugar, fuerzo una sonrisa y salgo de la cocina, no sin antes lavar el plato que utilicé para cenar. Me siento frustrada e impotente mientras lo hago. *Odio* que me vea como a una niña. *Odio* que viva recordándome que luzco como una chica de dieciséis en pleno desarrollo. *Odio* que me haga sentir inmadura e inexperta...

Me encamino por el pasillo hasta la habitación y cierro la puerta detrás de mí, antes de tomar una inspiración profunda para tranquilizarme. Me obligo, entonces, a deshacerme del horrible uniforme del trabajo y me enfundo en mi viejo pijamas. Ni siquiera me molesto en lavar de mi rostro el poco maquillaje aplicado esta mañana.

Una vez lista para irme a la cama, apago la luz y me meto debajo de las sábanas y me obligo a ahuyentar todos los pensamientos sobre Harry, lejos de mi cabeza.

La habitación está completamente a oscuras, pero sé que se encuentra aquí conmigo. Todo mi cuerpo se estremece mientras, una a una, las luces van encendiéndose. Aliento caliente roza mi oreja, pero no quiero girarme. No quiero encarar a la persona que se encuentra detrás de mí.

El primer golpe llega con mucha violencia, pero no hay dolor. Solo caigo al suelo de bruces, mientras que un charco de sangre se forma a mi alrededor. Está dentro de mí. No sé en qué momento sucedió, pero está dentro de mí ahora. Todo mi cuerpo se estremece por el llanto y los gritos silenciosos que brotan de mi garganta.

Es como si estuviese viendo un televisor en mudo. No escucho, no siento, solo sé que está sucediendo.

De pronto, estoy mirándome a mí misma. Estoy fuera de mi cuerpo y observo cómo el hombre —*mi papá*—, me viola con brutalidad. Trato de llegar a mí, pero no puedo. Corro para alcanzarme, pero nunca llego hasta donde mi cuerpo se encuentra, así que me echo a llorar. La impotencia me invade y de pronto me encuentro golpeando un cuerpo con todas mis fuerzas.

Cuando por fin me detengo, me doy cuenta de que hay alguien yaciendo en el suelo. Soy yo... Estoy viendo mi cuerpo inerte y lo único que hago es gritar debido al horror y la impotencia que me invaden...

—¡Maya, despierta! —el grito desesperado inunda mis oídos y, de pronto, abro los ojos.

El silencio es interrumpido por mi respiración jadeante y entrecortada. Todo mi cuerpo tiembla y una fina capa de sudor me cubre la frente. Mi cabello se pega a mi nuca y mi garganta arde.

Me toma unos instantes darme cuenta en dónde me encuentro. Estoy en la habitación de Harry, en el apartamento de Harry... y estoy a salvo.

«Fue una pesadilla. Solo fue una pesadilla...».

De pronto, soy consciente de la humedad que baña mis mejillas. Estoy llorando y no puedo dejar de sollozar e hipar incontrolablemente.

La penumbra hace que mis entrañas se revuelvan de miedo, y trato de enfocar mi atención en lo que sucede a mi alrededor. Voy a volverme loca si no dejo de darle vueltas al horrible sueño.

—Estás bien —murmura una voz ronca a mis espaldas—. Todo está bien, Maya. Estás a salvo. Yo te cuido. Estás bien...

Mi espalda está pegada a algo firme y cálido; unos brazos me aprietan con fuerza y me inmovilizan. Yo, sin embargo, agradezco la presión ejercida en mi torso. Un par de piernas largas se extienden a cada lado de mi cuerpo, y el aroma a desodorante y loción para afeitar inunda mis fosas nasales.

Harry Stevens me sostiene con fuerza contra él. Mi espalda está pegada a su pecho, mis manos aprietan el material de sus vaqueros en puños, y su cabello desordenado me hace cosquillas en el cuello. Su rostro está acomodado sobre mi hombro y murmura palabras tranquilizadoras contra mi oído.

Estamos en el suelo. No sé cómo demonios llegamos al suelo, pero no puedo moverme. No *quiero* moverme...

—Fue una pesadilla —susurra la voz de Harry—. Solo una pesadilla, pequeña. Todo está bien ahora. Te tengo.

Las lágrimas no dejan de fluir como torrente incontenible, pero mi respiración es más acompasada ahora. El abrazo de Harry es firme, fuerte, consolador y mantiene todas mis piezas juntas. Sus brazos impiden que me desmorone en mil fragmentos en ese instante, y agradezco el hecho de que esté aquí ahora mismo.

Mi cuerpo parece relajarse poco a poco, mientras que el nudo en la garganta se afloja hasta casi desaparecer. Soy consciente de que el chico que me sostiene no ha dejado de tararear una canción en mi oído.

Estuve muy cerca de tener un ataque de pánico. Estuve muy cerca de perder los estribos por completo...

Conforme mi cuello y hombros se relajan, mis sentidos recuperan un poco de sensibilidad. Es solo entonces cuando siento los labios de Harry rozando la piel de mi oreja.

—Estoy bien ahora —mi voz suena ronca. Se siente como si me hubiese tragado una bolsa de clavos.

Harry no dice nada, se limita a sostenerme unos instantes más, y yo me permito absorber la calidez de su abrazo.

—Me asusté hasta la mierda —murmura con la voz enronquecida—. Gritabas como si estuviesen haciéndote daño. Yo...

—Lo siento —lo interrumpo, con un hilo de voz—. Lo siento. Lo siento...

—¿Quieres subir a la cama?

—¿Cómo llegamos al suelo? —no estoy lista para dejarlo ir. Necesito que se quede un momento más conmigo.

—No tengo la más remota idea —noto la sonrisa en su voz—. ¿Quieres subir?

Asiento.

Por un momento, creo que va a liberarme, pero no lo hace. Se las arregla para incorporarse sin soltarme antes de levantarme del suelo como si no fuese capaz de caminar, y depositarme sobre la cama. De pronto, el miedo me asalta. No quiero que se vaya. No quiero que me deje aquí sola en medio de la noche bajo el yugo del recuerdo tortuoso de mi pesadilla; sin embargo, no tengo el valor de pedirle que se quede.

—Voy a... —comienza.

—No —lo interrumpo, con la voz entrecortada—. No te vayas. No me dejes aquí.

—Shh... —se inclina hacia mí y aparta un mechón lejos de mi rostro—. Está bien. No me iré. Aquí estoy...

—Quédate, por favor —sueno patética, pero tengo *tanto* miedo, que no me importa.

No soy capaz de ver su rostro en la penumbra, pero casi puedo dibujar en mi cabeza su gesto inseguro y vacilante.

—De acuerdo —dice, finalmente, y me aparto para dejarle espacio a mi lado. Él se recuesta, pero no me atrevo a acercarme. Por mucho que desee que sus brazos me rodeen de nuevo, no me atrevo cruzar esa línea e invadir su espacio vital.

Él, sin embargo, lo hace. Me toma por la muñeca y tira de mí en su dirección, de modo que quedo con la cabeza recostada en su hombro. Me rodea con un brazo y con su mano libre busca la mía para apretarla en un gesto conciliador.

—Me quedaré hasta que te duermas —promete, y el alivio me invade.

No hablamos. No nos movemos. No hacemos otra cosa que no sea estar el uno junto al otro. Él, abrazándome, y yo, no pudiendo estar más cerca.

Su pecho sube y baja con su respiración profunda y pausada y, de pronto, me siento adormecida. Estoy a punto de sucumbir ante el sueño, pero me obligo a alzar la cara para mirarlo.

La visión de su perfil hace que mi corazón se detenga durante una fracción de segundo. Está *dormido*. Harry Stevens, el chico al que no había visto dormir ni una sola vez, está dormido a mi lado...

No puedo soportarlo más. Quiero seguir mirando su rostro, pero no puedo luchar contra el cansancio; así que, sin más, me dejo envolver por la bruma del sueño.

CAPÍTULO 10

El calor se filtra en la bruma de mi sueño. El sol me da de lleno en la cara y traspasa la delgadez de mis párpados cerrados. Soy consciente de la sensación pegajosa de la piel de mi espalda; esa que solo le precede al sudor. También, estoy al tanto de la presión impuesta en el hueso de mi cadera.

Trato de recuperar el hilo de mi sueño profundo, pero es imposible. Mantengo mis ojos cerrados el mayor tiempo que puedo, pero sé que no voy a poder dormir más.

Intento moverme, pero algo me lo impide. Hay algo pesado sobre mi cadera y algo más liviano alrededor de mi cintura.

La confusión me hace abrir los ojos y levantar la cara para saber qué es lo que me impide moverme. En mi visión periférica, soy capaz de notar el brazo envuelto en mi cintura y la pierna acomodada sobre mi cadera. El pánico y la alarma se apoderan de mi cuerpo por unos instantes, antes de recordar lo sucedido anoche. Entonces, el miedo es reemplazado por otra cosa igual de intensa.

La ansiedad y el nerviosismo me paralizan en el momento en el que me doy cuenta de que es Harry quien me abraza. Tomo un par de inspiraciones profundas para tranquilizar el latir desbocado de mi corazón. La fuerza con la que mi sangre corre, hace que mi pulso golpee detrás de mis orejas con especial fuerza. Me siento torpe, estúpida y nerviosa, pero no puedo hacer nada para impedirlo. Su cercanía me aturde como nada lo ha hecho antes.

Su respiración tranquila y acompasada roza un punto en mi cuello, cerca de la nuca y el aliento cálido mueve un par de cabellos revueltos que llegan hasta mi mejilla, provocándome escalofríos.

Su aroma fresco y limpio inunda mis fosas nasales y quiero acurrucarme más cerca. Quiero alejarme. No sé qué demonios quiero realmente...

Con mucha lentitud, levanto su mano para colocarla lejos, pero él se mueve hasta quedar más cerca de mí. Intento quitar su pierna de encima de mí, pero es imposible moverla sin hacer un movimiento brusco que pueda despertarlo. Giro mi cuerpo, de modo que quedo con la espalda recostada sobre el colchón, y trato de deslizarme fuera de su abrazo, pero su agarre se intensifica y me atrapa aún más en la prisión de sus extremidades.

Giro mi rostro para observarlo y la imagen hace que me congele en mi lugar. Sus facciones siempre endurecidas se han suavizado por completo, su expresión es tan tranquila y serena, que cuesta creer que es un chico duro y hosco cuando abre los ojos; las cicatrices en su rostro resaltan en la blancura de su piel, pero eso no me impide darme cuenta de que Harry Stevens realmente es un tipo atractivo.

Su rostro es anguloso y suave al mismo tiempo, sus espesas cejas hacen arcos ligeros y amables en su expresión, sus pestañas son tan largas, que casi tocan sus pómulos, sus labios son mullidos y gruesos, y se han enrojecido debido al frío. Aunque, quizás es solo que su piel es muy clara y eso los hace resaltar. No lo sé.

La única imperfección que encuentro en su rostro son esas escandalosas cicatrices y, aun así, no consiguen opacar sus facciones varoniles y atractivas.

No sé cómo es que no lo noté antes. Sospecho que es su expresión hostil y su energía oscura y peligrosa lo que hace casi imposible ver cuán atractivo es a simple vista. Ahora que está dormido, soy capaz de mirar qué hay más allá de ese gesto de enojo que está grabado en su cara todo el tiempo...

Quiero correr mis dedos en las líneas burdas e irregulares de su rostro, pero me contengo. No me gustaría que despertara de golpe y me encontrara con las manos sobre su rostro. Sobre esa parte de su anatomía que tanto parece cohibirlo ante el mundo.

Lo contemplo durante lo que se siente una eternidad antes de atreverme a moverme. Esta vez es más fácil liberarme del brazo alrededor de mi cintura. Tomo una de las almohadas que está acomodada por encima de mi cabeza, y la deslizo entre su pierna y mi cuerpo para intentarlo de nuevo.

Harry se abraza a la almohada y salgo de la cama dando trompicones. Aparto los mechones castaños lejos de mi cara una vez que soy liberada y vuelvo a echarle una mirada al hombre que me sostuvo toda la noche. Luce tan joven, tan... *vulnerable*.

Mi corazón se encoge con la idea de él siendo endeble. Harry nunca se ha mostrado a sí mismo como chico débil; sin embargo, no puedo dejar de pensar que realmente *lo es* debajo de toda esa violencia que lo envuelve. He aprendido a mirar más allá del ceño fruncido y la hostilidad con la que se mueve, y es casi doloroso caer en la cuenta de cuán triste luce a veces.

Trago el nudo que se forma en mi garganta y tomo una inspiración profunda. Quiero hacer algo por él. Quiero hacerlo sonreír, aunque sea unos segundos de su día; así que, sin más, me encamino hasta la cocina y rebusco en la alacena algo que cocinar.

Sé que hacerle el desayuno no hará que sonría, pero será una linda manera de empezar el día. Al menos para mí.

Al cabo de media hora, todo está casi listo. No quiero hacer que se levante, pero tampoco quiero que lo que he preparado se enfríe. Me debato internamente mientras coloco las tiras de tocino sobre un papel absorbente para quitar el exceso de grasa.

«¿Lo despierto o no lo despierto? ¿Lo despierto o no...?».

—Huele delicioso —la voz ronca y arrastrada a mis espaldas me hace saltar en mi lugar.

«¡Relájate! ¡Respira, Maya, por el amor de Dios!».

Me tomo mi tiempo retirando el tocino del sartén antes de apagar la estufa y girarme para encararlo. La expresión tranquila sigue en su rostro y eso me pone eufórica. Su aspecto, por otro lado, es desaliñado y descuidado. Su cabello largo está más revuelto que de costumbre, tiene los párpados hinchados por el sueño, lleva la ropa arrugada y sus pies están descalzos. Ahora que lo pienso, es la primera vez que lo veo así de... *natural*. Es como si se hubiese quitado una armadura y estuviese mostrándome al Harry real.

—Buenos días —mi voz sale en un susurro nervioso, pero él no parece notarlo. Quizás solo está fingiendo que no lo nota. Quizás es consciente de todo lo que provoca en mí y solo está divirtiéndose un rato.

«¡Basta! ¡Detente, Maya!».

Grita mi subconsciente y me obligo a dejar de pensar en estupideces.

Harry me regala una sonrisa torcida antes de estirar su cuerpo. Sus brazos se alzan por encima de su cabeza y su playera se levanta, de modo que soy capaz de ver un trozo de piel tirante por encima del borde de sus pantalones.

Me aclaro la garganta y vuelco mi atención hacia la cafetera.

—Hice café —trato de distraerme a mí misma. Él luce tan confiado y yo estoy tan nerviosa, que no sé qué diablos hacer con mis manos—. Hay jugo, también.

—Café suena perfecto —la calidez en su voz hace que mi pecho se contraiga con brusquedad.

Mis manos trabajan mejor de lo que espero, y sirven una taza de café sin derramar una sola gota del líquido caliente. La práctica en el restaurante me ha hecho menos torpe. Cuando recién empecé a trabajar ahí, quebraba platos casi a diario.

—Hice huevos y un poco de tocino —digo. Me giro sobre mis talones para acercarme y entregarle la taza, pero me congelo en el momento en el que me doy cuenta de que es él quien ha acortado la distancia entre nosotros.

Una sonrisa baila en las comisuras de sus labios y toma el contenedor de cerámica de entre mis dedos antes de darle un sorbo.

—No tiene azúcar —digo, sin apartar la mirada de sus labios mullidos.

Él esboza una sonrisa torcida y me obligo a mirarlo a los ojos.

—Me gusta el café sin azúcar —explica, y se aparta de mi camino para hacerme una seña. Desea que me siente.

—Voy a servirte algo de...

—No —me interrumpe y hace un gesto hacia una de las sillas—. Yo lo hago. Tú hiciste el desayuno, lo menos que puedo hacer es ponerlo en un plato para ti.

Una sonrisa boba me asalta, y me siento mientras él pone cantidades enormes de comida en platos de algo similar a la porcelana.

Comemos en silencio, pero no es incómodo en lo absoluto. Aquellos momentos en los que ninguno de los dos estaba bien con el otro alrededor se han esfumado por completo.

—¿Dormiste bien? —la pregunta de Harry me saca de mis cavilaciones. Siento el rubor apoderándose de mis mejillas, pero me obligo a sostenerle la mirada.

—Sí —sueno más que tímida—. ¿Tú?, ¿dormiste bien?

El tenedor se detiene a pocos centímetros de su boca antes de continuar su camino hacia ella.

—Tenía mucho sin dormir así —se toma su tiempo masticando el bocado antes de responder.

La euforia invade mi torrente sanguíneo, pero trato de lucir despreocupada.

El silencio vuelve a inundar la estancia, pero ninguno de los dos parece estar dispuesto a romperlo. Trato de comer todo lo que ha puesto en mi plato, pero apenas he podido llegar a medio camino. Él, por otro lado, ha devorado todo y se ha servido una porción más.

Una vez que terminamos, me dispongo a limpiar. Harry me ayuda a lavar los trastos sucios, mientras yo limpio las encimeras con un trapo.

Al terminar, desaparece por la puerta. No estoy muy segura de qué hacer, así que me encamino hasta la sala y enciendo el televisor a volumen bajo. No pasan más de quince minutos antes de que Harry aparezca en mi campo de visión. Se ha duchado y cambiado. Luce fresco y despierto ahora.

Su cabello color caramelo cae húmedo sobre su frente, pero a él no parece molestarle en lo absoluto. Toma sus llaves —*las cuales se encuentran sobre la mesa de centro*— y me dedica una mirada dubitativa. Una parte de mí espera que proponga que hagamos algo fuera, hoy que es mi día de descanso, pero sé que no va a ocurrir.

—Saldré unas horas —anuncia—. Tengo unos pendientes que resolver, pero espero no tardar demasiado.

Yo asiento. Entonces, Harry se encamina hacia la entrada y toma su chaqueta antes de enfundarse en ella. De pronto, se congela y maldice antes de encararme.

—Olvidé por completo avisarte —hace una mueca de disculpa—, vendrá Johannah en un par de horas. ¿Puedes decirle que me espere?, no tardaré demasiado.

Un puñado de rocas cae en mi estómago en ese preciso instante. ¿De verdad espera que me quede aquí solo para avisarle a una chica que no tardará? De todos modos, ¿quién es esa Johannah?, ¿qué tiene que hacer aquí?, ¿es eso lo que hace cuando yo no estoy?, ¿traer chicas?...

—Yo también saldré —suelto con más hostilidad de la que pretendo—. De todos modos, ¿por qué no te quedas a esperarla tú?, no es como si yo tuviese la obligación de avisarle a tu conquista que...

—Espera, ¿qué? —me interrumpe. Me mira como si me hubiese vuelto completamente loca—. Johannah no es una... *conquista*.

La vergüenza se apodera de mí a toda velocidad y siento el rubor calentando mi rostro. Desvío la mirada de la suya.

—Como sea. No es como si me importara —mascullo.

—Johannah es la señora que se encarga de hacer el aseo —la suavidad en la voz de Harry hace que mis ganas de enterrar la cabeza en el suelo aumenten.

Me siento más idiota que antes, pero trato de no lucir muy impresionada.

—Yo puedo hacerlo —digo con convicción.

—Ya lo hace ella —su respuesta no es hostil, pero sí determinante. No va a dejarme limpiar su casa.

—Podrías ahorrarte ese dinero si me dejaras hacerlo y yo me sentiría mejor conmigo misma si...

—No, Maya —dice, tajante—. Ella lo hace y no está en discusión.

Mi mandíbula se aprieta, pero me trago la réplica que quiero espetarle. No puedo entender qué tiene de malo que sea yo quien lo haga.

—Como quieras... —mascullo en voz baja y me pongo de pie para encaminarme a la habitación. Sé que estoy comportándome como una verdadera idiota, pero, ahora mismo, me siento molesta y humillada.

Otra maldición suena a mis espaldas.

—No es por ti, ¿de acuerdo? —medio grita—, la mujer es malditamente terca y no me deja darle dinero solo porque sí; es por eso por lo que permito que haga el aseo —explica—. Creo que se llevarían muy bien ustedes dos. Son igual de orgullosas.

Me vuelco para mirarlo. No sé qué decir, pero su sonrisa exasperada le quita toda la tensión al momento.

—Volveré en un par de horas, ¿de acuerdo? —dice y yo asiento; incapaz de pronunciar palabra alguna. Harry me observa un segundo más, antes de salir del

apartamento.

Johannah llega una hora después de que Harry se marcha. Ya me he duchado para ese entonces, así que no tengo que avergonzarme por mi aspecto por una vez en la vida. Es la señora más dulce que he conocido jamás. Ha pasado la mañana parloteando mientras limpiamos. No iba a dejarla trabajar sola, por supuesto.

Me contó cómo conoció a Harry. Fue una gran sorpresa saber que lo conoce desde que era pequeño. Al parecer, su hijo y él son —o fueron. Aún no me queda claro— amigos muy cercanos. Ella no parece tener una buena relación con su primogénito, pero ha mantenido contacto con Harry a pesar del paso de los años.

La familia de Johannah es numerosa y el empleo que tiene su marido apenas da para pagar los gastos. Me contó cómo anduvo de trabajo en trabajo antes de empezar a limpiar casas. Tengo entendido que Harry se ofreció a ayudarla con la economía mientras todo se solucionaba, pero que ella se negó rotundamente.

Al parecer, ahora Harry le da una ridícula y gigantesca —según sus palabras— cantidad de dinero por limpiar su apartamento una vez por semana. No deja de sorprenderme la nobleza de Harry. No puedo entender cómo es que una persona puede ser así de generosa. No había conocido nunca a una persona que hiciera algo por los demás sin esperar nada a cambio.

—Solo hace falta la habitación y la cocina —dice Johannah, una vez que hemos terminado con la sala.

—Me gustaría ser yo quien limpie eso —hago una mueca de disculpa—, he hecho un desastre en ese lugar y no es justo que alguien más trabaje por algo que yo he hecho.

Ella hace un gesto desdeñoso con una mano.

—¡Tonterías!, no es ninguna molestia para mí limpiar ese lugar —dice.

—¿Qué le parece si yo me encargo de la habitación y usted de la cocina? Así terminamos más pronto —ofrezco. Ella duda unos instantes, pero termina aceptando mi propuesta.

Me dispongo a hacer la cama para luego retirar el polvo de los muebles con un trapo humedecido con aromatizante. Doblo mi ropa regada por todo el suelo y la

introduzco dentro de las bolsas plásticas que he dispuesto para guardar mis pertenencias. No me he puesto cómoda. No he olvidado que este no es mi lugar y que tengo que buscar un apartamento en renta lo más pronto posible.

La ropa sucia es introducida en una bolsa diferente y me hago el recordatorio mental de pasar a la lavandería y echar una carga de ropa en algún momento de la semana.

Levanto mis libros regados por toda la estancia y los apilo sobre una de las bolsas llenas de ropa. Solo hace falta pasar la aspiradora por la alfombra, pero no tengo la más mínima idea de dónde se encuentra. Ni siquiera sé si Harry tiene una.

—¡Johannah! —grito—. ¿Usted sabe si Harry tiene una aspiradora?

—¡Sí! —la voz de la mujer suena lejana—, ¡está dentro del armario!

Sin perder el tiempo, abro la puerta corrediza del mueble, y me encuentro de frente con el guardarropa de Harry. La mayoría de las prendas son oscuras. El negro, el blanco, el azul marino y el gris predominan y no me sorprende en lo absoluto. No puedo imaginármelo vistiendo de naranja o amarillo.

La aspiradora se encuentra acomodada al fondo, justo debajo de donde comienzan los paneles de madera donde se acomoda la ropa doblada, así que tengo que arrodillarme para entrar al reducido espacio y alcanzarla.

Tomo el mango del aparato y tiro de él en mi dirección. Avanzo a gatas en reversa y, cuando creo que es tiempo, trato de levantarme. Mi cabeza golpea contra el primer panel y el dolor me asalta. Otro golpe viene, pero esta vez es más ligero y estoy lista para amortiguarlo. Algo cae sobre mi nuca y luego da a parar al suelo con un sonido sordo. Entonces, salgo del espacio para mirar el desastre que he causado.

Hay un pequeño marco fotográfico tirado en el suelo. Sospecho que fue eso lo que me golpeó la segunda vez, así que lo levanto para acomodarlo de vuelta en su sitio. Froto mi mano contra mi cabeza para cerciorarme de que no haya ningún chichón en ella, mientras trato de decidir en qué posición voy a acomodar el objeto asesino dentro del panel.

Entonces, sin siquiera planearlo, echo una mirada rápida a la fotografía y me congelo de inmediato.

Mi corazón se detiene una fracción de segundo cuando miro el recuerdo que quedó atrapado en el marco. Puedo sentir las pulsaciones de mi sangre detrás de mis orejas y un nudo se instala en la boca de mi estómago.

En la fotografía aparecen dos personas. Una de ellas es Harry sin cicatrices. Luce joven, audaz... *feliz*. Su sonrisa abarca casi la mitad de su rostro y se siente como si estuviera delante de una mala imitación del chico hosco que yo conozco. El hecho de que no haya ni una sola marca en su rostro en esa imagen, hace que mi resolución se fortalezca: «Harry realmente es un chico bastante atractivo».

Sin embargo, no es la realización de este hecho lo que me saca de balance. Es la otra persona que se ve dibujada en la imagen, quien hace que la sensación de malestar me revuelva el estómago.

Hay una chica en la toma. Una chica *hermosa*. Es toda cabello rubio platinado, ojos claros y cuerpo esbelto. Es todo eso que yo no soy. Es todo eso que yo nunca voy a ser.

Nunca he sido una chica bonita, pero jamás me había sentido tan poca cosa como ahora. Mi mente evoca una imagen de mí misma. No tengo una belleza exótica. De hecho, no estoy segura de ser bella en lo absoluto. No tengo ojos claros o cabello rubio; no soy alta y tampoco tengo curvas; mi sonrisa no es radiante y nunca he conseguido que mi cabello luzca bien de alguna manera. Debí suponer que este era el tipo de chicas en las que Harry se fijaba...

Solo para torturarme un poco más, estudio sus posturas. Los brazos de Harry están alrededor de la cintura de ella; el abdomen de él está pegado a la espalda de ella y mira a la cámara. Ella, sin embargo, lo observa a él.

Todas las esperanzas se esfuman al ver cómo la sostiene; es obvio que no se trata de su hermana. La sonrisa de la chica trae una oleada de decepción a mi cuerpo. Sonríe con una seguridad que me hace querer golpearla; sin embargo, lo más fascinante de la toma es la forma en la que lo mira. Sus ojos están llenos de astucia y descaros. Ella *sabe* que Harry le pertenece.

El nudo de mi estómago se aprieta.

Quiero lanzar el marco lejos; quiero esconderlo y al mismo tiempo quiero tirarlo a la basura.

No lo hago. En su lugar, lo contemplo durante lo que parece una eternidad.

—¿Qué demonios estás haciendo con eso? —la voz ronca de Harry hace que todos y cada uno de los vellos de mi cuerpo se ericen. Mi vista se vuelca en su dirección y un estallido de miedo recorre mi espina cuando me topo de frente con su expresión furiosa.

<<Oh, mierda...>>.

CAPÍTULO 11

Mi boca se abre para decir algo, pero la cierro de golpe cuando no encuentro absolutamente nada qué decir. Las palpitaciones de mi pulso retumban en un punto detrás de mis orejas, mis manos tiemblan y mi garganta se siente seca y rasposa.

—Y-yo... —balbuceo en voz baja. Estrujo mi cabeza en busca de algo qué decir, pero las palabras no vienen a mi boca.

—¿Qué demonios se te perdió entre mis malditas cosas?! —espeta Harry con dureza. El tono de su voz se eleva un poco con cada palabra, y su mirada luce desencajada por la ira—, ¿no tienes derecho alguno de hurgar en mi armario!

—¡No estaba hurgando! —mi voz suena una octava más aguda de lo normal—, ¡estaba buscando la...!

—¡Eso es mierda! —dice, casi en un grito.

Acorta la distancia entre nosotros y, por un doloroso segundo, creo que va a golpearme. Todo mi cuerpo se encoge en la espera de un manotazo, una bofetada o un puñetazo, sin embargo, el golpe nunca llega.

En cambio, la fotografía es arrancada de mis dedos con brusquedad. Puedo sentir la hostilidad que irradia su cuerpo, pero no me atrevo a mirarlo.

Odio que el miedo me paralice de esta forma. Odio que el nudo de mi garganta se apriete con tanta fuerza. Odio que mi cabeza me grite que no hago nada malo y que no debo dejarme intimidar, mientras mi cuerpo se hunde en un mar de sumisión y pánico.

—¡No tienes absolutamente nada qué buscar aquí! —Harry dice casi en un grito, y me encojo un poco más.

—¡Harry, por el amor de Dios!, ¡la muchacha solo buscaba la aspiradora! —Johannah habla desde la puerta, y el alivio viene a mí en oleadas grandes e intensas.

En ese momento, la expresión enojada de Harry vacila un instante, pero recobra

su fuerza cuando se gira hacia ella.

—¡Te he dicho que nadie debe revisar mis cosas! —escupe.

Temo por Johannah, pero ella no parece para nada afectada con la descarga de ira que es dirigida en su dirección. Luce como si estuviese acostumbrada a lidiar con el hombre temperamental que está parado entre nosotras.

—Nadie revisó tus cosas, Harry —dice ella en tono suave y neutro.

—¡A la mierda! —espeta él y se encamina fuera de la habitación.

Quiero alcanzarlo. Quiero pedirle disculpas por haber mirado algo que no debía, por dejar que la curiosidad fuera más grande que mi sentido común; pero no lo hago. Me quedo congelada en mi lugar, mientras trato de procesar lo que acaba de ocurrir...

—Se le pasará, cariño —Johannah me saca de mi ensimismamiento y me dedica una sonrisa amable.

Mis manos se cierran en puños y trato de reprimir las ganas que tengo de echarme a llorar. Una parte de mi cerebro grita que no hice nada malo, que Harry no debió reaccionar así solo por una maldita fotografía; pero otra, esa que se deja doblegar por el mundo, susurra que *merezco* esto; que no debí mirar la dichosa fotografía.

La parte racional de mi subconsciente gana la batalla esta vez, así que, sin pensarlo, me precipito fuera de la habitación. El pasillo se siente más angosto y sofocante que nunca, pero no me detengo.

Al llegar a la sala, me congelo. Harry está de espaldas a mí y sus manos se aferran al mueble donde se encuentra el televisor. Está ligeramente encorvado hacia adelante, pero luce más imponente que nunca.

—No hice nada malo —quiero golpearme por sonar así de nerviosa, pero apenas puedo hablar. Apenas puedo *respirar*.

La tensión de su cuerpo aumenta, pero ni siquiera eso hace que se gire para encararme.

—Déjalo estar, Maya —suena tranquilo, pero al mismo tiempo antinatural. Es como si hubiese ensayado ese tono calmado una y otra vez hasta perfeccionarlo.

—¡No! —exclamo, medio dolida y medio enojada—, ¿tú puedes llamarme entrometida y yo debo quedarme callada? ¡Que te jodan!

—¡NO TENÍAS DERECHO ALGUNO DE ABRIR ESE ARMARIO! —su voz truena por todo el lugar mientras se gira para enfrentarme. Ira cruda y profunda surca sus facciones y todo mi cuerpo se estremece debido al miedo.

Sin embargo, no aparto la mirada de la suya.

—¡NO ME GRITES! —grito de vuelta. Agradezco que el temblor en mi voz haya desaparecido—. ¡NO ERES NADIE PARA GRITARME ASÍ!

—¡Y TÚ NO ERES NADIE PARA HURGAR ENTRE MIS COSAS!

—¡NO ESTABA HURGANDO, MALDITA SEA! —estallo—. ¡NO SOY UNA JODIDA LADRONA! ¡NO ME INTERESA EN LO MÁS MÍNIMO SABER QUÉ TIENES O QUÉ NO TIENES! ¡¿POR QUIÉN DIABLOS ME TOMAS?!

—¡SOLO CÁLLATE, MAYA! —grita—. ¡CÁLLATE, MALDITA SEA!

Nos quedamos en silencio unos instantes, pero hay un filo peligroso en la forma en la que me mira.

No voy a ceder. No tiene derecho de hablarme así. No voy a permitir que me humille de esta forma. Era una estúpida fotografía. No es como si estuviese buscando algo comprometedor.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que estás siendo? —mi voz no suena tan fuerte ahora, pero el tono alterado no se ha ido—. Trato de entenderte, Harry. De verdad. *Trato...*, pero eres imposible.

—Búscate algo mejor que hacer —sisea con la voz enronquecida—. Sal. Ten amigos. Una jodida vida. Deja de tratar de averiguar cosas sobre mí. Deja de intentar comprenderme, Maya. No hay absolutamente nada que entender.

Sus palabras queman en lo más profundo de mi pecho, pero ni siquiera sé por qué me siento así de herida. Toda la angustia previa se transforma en algo más oscuro y poderoso. Estoy furiosa. Lo único que hice fue mirar una fotografía por accidente. ¿Por qué diablos tiene que tratarme de esta forma por una maldita captura?...

Harry no ha apartado sus ojos de los míos, pero la ira en su mirada no me amedrenta. Lo único que consigue es alentarme a precipitarme hacia la puerta

principal. Necesito escapar de aquí. Las paredes son sofocantes, su presencia es abrumadora y me encuentro necesitada de espacio ahora mismo.

—¿A dónde mierda vas? —escupe a mis espaldas cuando mis dedos se aferran a la perilla de la entrada.

—¡A conseguir una maldita vida!, ¡a buscar amigos!, ¡a tener algo mejor que hacer que estar hurgando en tus pertenencias!, ¡a buscar un maldito apartamento para no tener que volver a ver tu estúpida cara nunca más! —estallo.

Mis palabras se estrellan contra él y, de pronto, luce aturdido. Sin embargo, no dejo que eso le reste valor a mis acciones. Salgo del apartamento y doy un portazo. No tengo idea de a dónde voy a ir, pero sé que necesito estar lejos de él ahora mismo.

~ ~ ~

No sé qué es más patético: no tener a dónde ir, o admitir que Harry Stevens tiene razón... No tengo amigos.

No tengo a nadie a quién recurrir cuando me siento frustrada o enojada. Cuando dejé la escuela, estaba rodeada de chicos y chicas de mi edad. Todos estaban demasiado conmocionados con mi abrupta decisión de abandonar los estudios para empezar a trabajar. Muchas de mis amigas habían prometido que seguirían frecuentándome y otras más dijeron que me escribirían textos a diario.

Con el paso del tiempo, mis amigos se redujeron a un grupo pequeño y selecto. Aquellos que decían que no iban a perder contacto conmigo nunca, fueron los primeros en desaparecer; sin embargo, no fue hasta hace unos meses que terminé por alejarme de todos aquellos que trataban de acercarse a mí.

Sus problemas parecían estúpidos en comparación con los míos y hablaban de cosas que yo ni siquiera entendía: quién salía con quién, cuál fiesta de bienvenida fue la mejor, quién dejó a quién por otro... Me tocó aprender a base de golpes, que la vida no está hecha más que de una pantalla de banalidades y superficialidad, especialmente hecha para aquellos que no pueden afrontar la crueldad del mundo.

Cuando no dejas de pensar en que quizás mañana no vas a tener nada qué llevarte a la boca, deja de importarte si tu ex está saliendo con otra chica a menos de una semana de botarte.

Mi vida cambió radicalmente de la noche a la mañana. Un día desperté y mi mamá ya no estaba; mi papá estaba ahogado en alcohol, y solo había una nota sobre la mesa de centro donde ella decía que no volvería. A partir de entonces, nada volvió a ser igual.

No sé cuánto he caminado. No sé a dónde me dirijo o qué es lo que busco, pero no quiero detenerme a pensarlo. Cuando me doy cuenta, me encuentro a pocos pasos de distancia del restaurante donde trabajo. Supongo que fue la costumbre la que me trajo hasta aquí. Mi memoria muscular me hizo avanzar en piloto automático hasta este lugar, y ahora me encuentro sin saber qué hacer.

Meto las manos en los bolsillos de mis pantalones solo para darme cuenta de que he dejado mi monedero en casa de Harry.

«Bien hecho, Maya». Me reprimo mentalmente. Ni siquiera voy a ser capaz de pagar una entrada al cine o hacer algo por mi cuenta porque no traigo dinero conmigo.

—¡Maya! —la familiar voz femenina me hace levantar la vista del suelo. Kim, mi compañera del trabajo, aparece en mi campo de visión. Me toma unos segundos reaccionar antes de sonreírle lo mejor que puedo y hacer un gesto con mi mano a manera de saludo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —sonríe radiante, mientras me echa una mirada.

—Yo solo... —niego con la cabeza para restarle importancia al hecho de que me encuentre en el único lugar en el que me siento a salvo—, no quería estar en casa.

—¿Peleaste con tu papá? —hace una mueca de tristeza. Ni siquiera le he dicho que ya no vivo con él. No es como si fuésemos muy cercanas, pero suelo contarle pequeñas cosas de vez en cuando.

—Es... —quiero contarle. Quiero decirle cómo me siento ahora mismo, pero el miedo a que me juzgue es más grande que nada, así que me limito a decir—: Es más complicado que eso. De todos modos, ¿qué haces afuera del comedor?

—Estoy en mi hora de comida, ¿quieres hablar? —Kim parece notar que algo no va bien, ya que me mira con preocupación.

—Estás a punto de entrar a turno —digo, mientras miro el reloj en mi muñeca.

Ella se encoge de hombros.

—Fred me debe muchos favores —dice—, es tiempo de que me pague unos cuantos. Ahora regreso, no tardo.

Mi ceño se frunce en confusión, pero no la detengo cuando se precipita hacia el establecimiento. Cinco minutos después, sale con una sonrisa radiante pintada en el rostro.

—Tengo una hora. Vamos a buscar un lugar dónde sentarnos —me guiña un ojo y saca una cajetilla de cigarrillos. Enciende uno antes de ofrecerme la caja, pero rechazo su ofrecimiento con un gesto amable.

Encontramos un pequeño parque a pocas calles de distancia. Nos sentamos en los destartalados columpios y nos quedamos en silencio unos instantes. Kim no parece tener prisa. No me presiona para que hable. Se limita a quedarse ahí, sentada a mi lado, a la espera de que sea yo quien tome la decisión y la iniciativa de contarle lo que ha pasado.

Rebusco en mi cabeza las palabras exactas para decirle todo, pero no las encuentro. ¿Cómo le dices a alguien que desde hace más de dos semanas no vives en tu casa?, ¿cómo le cuentas que vives con un completo extraño porque tu papá te golpeaba hasta dejarte casi inconsciente?, ¿cómo le cuentas a alguien que ese hombre te arruinó la vida?...

—Hace dos semanas que no vivo con mi papá —suelto, de pronto. Mi voz suena ronca, pero no hay inestabilidad en ella.

Kim no dice nada, solo me mira fijamente.

—Él me... —bajo la vista a mis manos. Mis dedos están entrelazados sobre mi regazo, así que los aprieto con fuerza en un intento desesperado por aminorar la ansiedad de mi cuerpo—. Él me golpeaba.

—Lo sospechaba —dice en voz baja y amable. La confesión de Kim me toma desprevenida, así que vuelco mi atención hacia ella. Una sonrisa amable y triste se

apodera de su boca, pero dice—: No estaba segura, pero tampoco iba a preguntártelo. No se sentía correcto y no quería que te pusieras en plan defensivo.

Muerdo la parte interna de mi mejilla, y me repito una y otra vez que no debo llorar.

—¿Dónde estás quedándote? —dice.

—Con mi vecino de arriba —hablo en voz baja.

El ceño de Kim se frunce ligeramente.

—¿Son cercanos?

Una risa sin humor se me escapa.

—Apenas si sé cómo se llama —admito—. Es... Es un tipo bastante extraño.

—¿Cómo es qué llegaste a parar ahí si ni siquiera lo conoces? —me mira con horror y alarma. Entonces, se lo cuento... Le cuento cómo lo conocí, cómo me sacó del apartamento y me llevó al suyo aquella noche en la que papá casi me mata.

Le cuento, también, lo del abandono de mi madre. Se lo cuento todo... o al menos, casi todo. No le digo acerca de las violaciones. Me da vergüenza que alguien sepa cuán sucia soy, cuán jodida estoy y cómo de rota me encuentro.

Le cuento lo ocurrido hace apenas un rato e, incluso, le cuento acerca del arma que guarda Harry. Ella parece abrumada por toda la información, pero no deja de apretar mis manos cuando parece que estoy a punto de quebrarme.

Una vez que termino de hablar, nos quedamos en silencio unos minutos.

—¿Te gusta? —dice, finalmente. Su pregunta me saca de balance.

—¿Qué?...

—Harry, tu vecino. ¿Te gusta?

—¡Por supuesto que no! —chillo, con indignación—. De todos modos, ¿a qué diablos viene eso?

—A que estás aquí, sin encontrar tu lugar en el mundo porque el ángel guardián se ha enojado con su custodia —dice con suavidad.

—Eso no quiere decir que me guste o que me sienta atraída por él de alguna forma —mascullo, pero siento cómo el rubor se apodera de mi rostro.

—¿Es guapo? —su sonrisa juguetona aligera el ambiente.

Muerdo mi labio inferior mientras dibujo su rostro en mi cabeza. No me había dado cuenta de cuán atractivo es, pero no tiene caso negarlo ahora que lo he notado.

—Es... —me aclaro la garganta—. Es guapo, pero... —quiero mencionar cómo luce su rostro debido a las cicatrices, pero no lo hago. Se siente incorrecto mencionarlas. No cuando ahora solo puedo mirarlas como algo natural en él. Nadie debería darles la importancia que no tienen—. ¡Pero no me gusta!, ¡además, ese no es el punto!, ¡no lo conozco!, ¿cómo se supone que debo estar tranquila cuando vivo con un chico que no conozco y que además carga con un arma a todos lados?, ¿qué si un día trata de hacerme algo?

La expresión traviesa de Kim se desvanece y su gesto pasa de ser divertido a preocupado. Ambas sabemos que hay cosas que no se pueden ignorar y no saber con qué clase de persona lidio, es algo que puede llegar a ser preocupante.

—No puedes seguir en ese lugar, Maya —dice de pronto—. Hasta donde sé, ese tipo podría ser un criminal. Dices que no sabes qué hace, pero que sale en horas indefinidas a la calle sin decir a dónde va; lleva un arma con él todo el tiempo. En los Estados Unidos es legal tener armas en casa por protección, pero tenerla y llevarla a todos lados son dos cosas diferentes —reflexiona—. Eso sin mencionar que se altera cuando alguien visualiza un atisbo de su pasado. ¿Qué oculta?, ¿por qué es así de cerrado?, ¿quién diablos es en realidad?... Quizás ni siquiera te ha dicho su verdadero nombre —niega con la cabeza—. ¿Qué si es un psicópata?

—Nunca me ha hecho daño —mi voz suena pequeña y débil, pero la necesidad de defenderlo es más grande que yo. Me niego a creer que Harry sea un delincuente, aunque las probabilidades sean altas.

Nunca lo he visto mencionar nada acerca de un trabajo y, ciertamente, tampoco tiene un horario o una rutina. Sale de pronto sin avisar, le llaman a casa y cuelgan cuando él no responde... Todo es bastante turbio y extraño como para pasarlo desapercibido.

«¿Quién es realmente Harry Stevens?».

—Habla con él. Tienes derecho a saber qué clase de persona es —Kim aprieta mis manos en un gesto cálido—. No puedes obligarlo a decirte nada, pero entonces él tampoco puede obligarte a quedarte si no te sientes bien con él.

—No tengo a dónde ir —admito, en un susurro desesperado.

La fingida indignación en el rostro de Kim, casi me hace sonreír.

—¿Acaso yo vivo en la calle? —suelta—. Puedes quedarte *conmigo*, Maya. Me ofende que ni siquiera hayas considerado recurrir a mí, en primer lugar. El departamento que comparto con Will no es muy grande, pero estaré más que encantada de alquilarte la habitación que ese monstruo, que dice ser mi novio, ha convertido en un cuarto de juegos.

Si mal no recuerdo, Will es su prometido. Lo he visto un par de veces, pero nunca he entablado ninguna clase de conversación con él. Sin embargo, luce como un tipo agradable.

—No lo sé —hago una mueca indecisa—, no quiero incomodar a tu novio.

Kim rueda los ojos al cielo.

—La drogadicta de su hermana vivió con nosotros más de un año. Me lo debe —dice y sonríe—. Las puertas de nuestra casa están abiertas para ti en el momento que lo desees, Maya.

Una risita nerviosa me asalta, pero me siento aliviada de saber que tengo un lugar a dónde ir ahora que no quiero ver a Harry.

—Hablaré con Harry —digo. Sueno más asustada de lo que espero.

—Hazlo, y, por favor, avísame una vez que lo hagas. Will y yo podemos ir a recogerte a tu edificio cuando quieras. Si tu vecino no quiere darte la confianza que necesitas para seguir en convivencia con él, pues que se vaya al infierno —dice y me regala una sonrisa tranquilizadora—. No te dejes amedrentar por ese tipo. Recuerda que no puede obligarte a quedarte si no quieres.

Charlamos hasta que Kim debe volver al restaurante, pero yo no estoy lista para enfrentar a Harry, así que camino sin rumbo fijo. Decido perder algo de tiempo en un centro comercial. Me pruebo ropa que no voy a comprar y dejo que las maquillistas de las tiendas departamentales apliquen en mi cara cremas exfoliantes que pagarían un mes de renta en un apartamento en una buena zona.

Cuando me doy cuenta, la noche ya ha comenzado a caer. Mis piernas arden debido al cansancio, pero me obligo a avanzar por las atestadas avenidas en

dirección al edificio donde vivo. Tengo hambre y sed, mi cabeza no ha dejado de doler y no sé qué es lo que voy a encontrarme una vez que llegue a mi destino.

Imagino que encontraré mis cosas afuera de la puerta del apartamento de Harry, o que lo encontraré a él listo para echarme.

Una vez que estoy cerca, escaneo el lugar con la mirada. Busco la camioneta de Harry. Una parte de mí espera que no se encuentre; pero la visión de su destartado vehículo hace que mi corazón se hunda un poco. No quiero verlo. No estoy lista para enfrentarlo.

Me tomo mi tiempo al subir las escaleras. Todo mi cuerpo zumba con miedo y ansiedad, pero me obligo a continuar. Corro el tramo de escaleras que separa el apartamento donde vive mi papá y el de Harry y me precipito lo más rápido que puedo hasta la pequeña estancia que hay antes de la puerta.

Me detengo ahí unos instantes antes de tomar una inspiración profunda para armarme de valor y llamar a la puerta. No traje las llaves que él me dio hace unos días. Tampoco sé si me habría atrevido a usarlas para entrar, de todos modos...

La puerta se abre de golpe y me tenso por completo al ver a Harry de pie delante de mí. Luce más imponente que nunca, y quiero echarme a correr al ver su ceño fruncido y su expresión desencajada.

Espero un grito, un reclamo, un: «Recoge tus cosas y márchate»; pero, en su lugar, siento cómo sus dedos se envuelven alrededor de mi muñeca y tira de mí en su dirección. Su brazo libre se enrosca sobre mis hombros y suelta mi mano para afianzar su agarre con ambos brazos.

Mi pecho está pegado al suyo, mis pies buscan estabilidad en el suelo, pero apenas si alcanzo a tocarlo ahora que me tiene parada sobre mis puntas, su cabello me hace cosquillas en la mejilla y el aliento caliente que emana de su boca me pone la carne de gallina. Es entonces, cuando la resolución me golpea...

Está abrazándome.

CAPÍTULO 12

No sé qué hacer. Una parte de mí quiere devolverle el gesto, pero otra desea empujarlo lejos. No puede gritarme para después abrazarme. No puede esperar que me encuentre bien después de lo que pasó entre nosotros.

La firmeza de su abrazo no cede ni un segundo, a pesar de que han pasado ya unos largos instantes desde que me envolvió entre sus brazos. Quiero hundir la cara en su pecho, pero me mantengo firme e inmóvil porque no puedo permitirme ese lujo.

Al cabo de unos momentos, él parece reaccionar y me deja ir con lentitud. Su mirada busca la mía y todo mi pecho se contrae al ver su expresión aliviada y avergonzada. Aprieto los puños para reprimir el impulso que tengo de ser yo quien busque su abrazo. Él se aparta de la entrada y espera. La tensión entre nosotros aumenta con cada segundo que pasa y no sé cómo sentirme al respecto.

Me aclaro la garganta, insegura de hacer algo, y me abrazo a mí misma mientras trato de no mirarlo a los ojos. Harry se aleja aún más de la entrada, pero sigo dudosa de entrar.

—Maya, *por favor...* —la súplica en el tono de su voz me estruja las entrañas.

Sin decir una sola palabra, doy un par de pasos tentativos al interior del lugar. No sé qué decir o cómo actuar, así que sigo avanzando hasta que quedo de pie a mitad de la estancia.

Mi mirada viaja por toda la habitación. Una parte de mí espera encontrar mis cosas cerca. En realidad, casi estoy esperando a que diga que tengo hasta mañana para marcharme; sin embargo, tengo el presentimiento de que mis cosas siguen en la habitación al fondo.

Harry no parece tener intención alguna de echarme...

Algo capta mi atención a mitad de mi escrutinio. Sobre la mesa de noche, hay un puñado de fotografías. Todas lucen desgastadas por los bordes, pero no logro

distinguir a las personas que se encuentran en ellas.

Trato de apartar la vista para que luzca como una mirada casual, pero fracaso terriblemente. La curiosidad pica en la parte posterior de mi nuca como el más horrible de los monstruos. Estoy de espaldas a Harry, pero estoy segura de que ha notado la atención puesta en las imágenes.

Sin decir nada, me giro para encararlo mientras trato de mantener mi expresión en blanco.

—Encontré un lugar dónde quedarme —digo. Agradezco a mi voz por no fallarme ni temblar un poco—. Si me das la oportunidad de pasar la noche aquí, mañana mismo me voy.

Por un segundo, luce aturdido. La sorpresa se arraiga en sus facciones y poco a poco se transforma en algo diferente. Algo más *intenso*...

—¿Dónde? —su voz se ha enronquecido varios tonos. Me mira con tranquilidad, pero hay un destello de pánico en su expresión.

—Con una amiga —trato de sonar casual. Él asiente con dureza y añadido—: Aún no olvido que tengo una deuda contigo. Trataré de...

—No necesito que me pagues nada —me interrumpe y niega con la cabeza. Su ceño se frunce un poco y puedo jurar que la serenidad se está yendo al caño con cada segundo que pasa.

—Pero *quiero* hacerlo, Harry —fuerzo una sonrisa. No soporto la horrible opresión dentro de mi pecho, así que desvío la mirada. Necesito salir de aquí. Necesito poner distancia entre nosotros ahora mismo.

—No tienes que marcharte —dice. De pronto, suena tímido y avergonzado—. Lamento mucho haberte gritado.

Un nudo se instala en mi garganta y ni siquiera sé por qué mierda quiero llorar ahora. Estoy harta de ser débil. Estoy cansada de sentirme indefensa todo el tiempo. No quiero ser la chica que llora por todo lo que le pasa; y sin embargo estoy aquí, siendo patética como siempre, llorando a la menor provocación.

—No importa ya —me obligo a mirarlo—. Solo quiero que sepas que no quise entrometerme en cosas que no me incumben. Yo solo...

—Maya, por favor, no te vayas —el pánico y la desesperación con la que habla, me saca de balance. El nudo de mi garganta se aprieta, pero no me atrevo a decir nada—. *Por favor...*

—No quiero quedarme, Harry —sueno más segura de lo que espero.

—¿Por qué? —da un paso en mi dirección, pero yo retrocedo. No quiero que esté cerca. Suelo dejar de pensar con claridad cuando se me acerca.

—Porque no sé absolutamente nada de ti —digo, con aire tranquilo—. No sé quién eres, de dónde vienes, a qué te dedicas, por qué diablos tienes un arma, qué escondes o por qué eres así conmigo.

—Maya...

—Sé que no tengo derecho alguno a saber nada sobre ti, pero entonces tú tampoco tienes derecho a pedirme que me quede —lo interrumpo—. Agradezco, absolutamente, todo lo que has hecho por mí, pero no puedo quedarme. No así.

La intensidad que hay en sus ojos hace que me sienta intimidada y torpe, pero trato de mantenerme serena y firme delante de él. La lucha interna de su cabeza se hace presente en todo su lenguaje corporal. Sé que no va a decirme nada, pero aun así no me atrevo a moverme.

—Iré a empacar todo —digo, tras un largo momento. En realidad, no hay mucho qué empacar, pero quiero alejarme lo más rápido posible.

Avanzo por el pasillo en dirección a la habitación.

—Era mi novia —su voz hace que me detenga en seco. Me giro con lentitud y me encuentro con su mirada desesperada y angustiada—. La chica de la foto era mi novia.

Los latidos de mi corazón se aceleran considerablemente, pero no me atrevo a moverme. Sabía que esa chica era alguien importante en su vida. *Lo sabía*. Pero estaba tratando de convencerme a mí misma de que se trataba de su hermana.

—Murió en un incendio hace ocho años —su voz se quiebra ligeramente—. Mi hermana también murió ese día..., en ese incendio.

Me siento aturdida, culpable y curiosa. Quiero preguntar qué sucedió y al mismo tiempo no quiero saberlo. Algo dentro de mí me dice que hay más detrás de lo que está contándome y no estoy lista para escucharlo.

No me muevo. Tampoco digo nada. Trato de procesar esta nueva información sin éxito alguno y me quedo aquí, con la mirada clavada en Harry y un mar de sensaciones arremolinándose en mi pecho.

Sé que Harry espera una reacción, pero ni siquiera sé cómo me siento respecto a la revelación que ha hecho.

—Voy a contarte —su voz es apenas un susurro—. ¿Podrías...? —traga duro—. *¿Podríamos ir a la sala y sentarnos, por favor?*

De pronto, recorrer la distancia entre el sillón individual y yo, es demasiado pedirle a mis piernas; sin embargo, hago un esfuerzo descomunal solo porque *necesito* saber qué diablos oculta.

A Harry le toma unos momentos más reunirse conmigo en la pequeña estancia. Se sienta en el sillón que se encuentra a mi lado, a una distancia prudente, y sus brazos se apoyan en sus rodillas al tiempo que sus manos cubren su rostro. Su espalda está encorvada hacia adelante, casi como si estuviese buscando hacerse pequeño y desaparecer. Luce descompuesto en muchas formas y me siento asqueada de mí misma por provocar esto en él.

El silencio es tenso y tirante, pero no me atrevo a romperlo. Espero que sea él quien decida el momento en el que va a hablar.

—¿Sabes qué es la piromanía? —dice. Mis entrañas se revuelven solo de escucharlo decir esa palabra—, ¿sabes qué caracteriza a un pirómano?

Hasta donde sé, un pirómano es una persona con tendencia patológica a provocar incendios.

Algo se enciende dentro de mi cabeza y, de pronto, no quiero que siga. No quiero escuchar nada más porque pensar en él provocando un incendio, es demasiado para mí.

Mi mandíbula se aprieta, mis puños se cierran con fuerza y mi garganta se seca al instante. No soy capaz de mover un solo músculo.

—Soy uno —el pánico se arraiga en mi sistema. Él parece notarlo, ya que se apresura a decir—: Y no, Maya, yo no provoqué ese incendio.

No sé si me siento aliviada por eso, pero no me atrevo a externalizar la revolución de sentimientos y pensamientos que invade todo mi cuerpo.

—¿Qué pasó? —sueno inestable y asustada—, ¿qué tiene que ver que seas... —me aclaro la garganta—, *pirómano*, en todo esto?

No me mira. Su vista está clavada en las fotografías regadas sobre la mesa de centro. Sin embargo, no me atrevo a echar un vistazo. No quiero volver a ver imágenes de él con otra chica. El solo recuerdo de su sonrisa honesta, hace que se me revuelva el estómago. Harry estaba enamorado de esa chica. No se separaron porque tuvieran diferencias, o porque el amor ya no estuviera ahí. Se separaron porque ella murió.

—Cuando iba en la preparatoria —comienza en un susurro de voz—, yo no era un tipo popular o... —niega con la cabeza. Sé que trata de buscar las palabras exactas, pero está costándole mucho trabajo encontrarlas—. Maya, yo era el tipo extraño al que todo el mundo le tiene miedo —me mira a los ojos—. Nunca se me han dado las relaciones sociales y mi afición por el fuego solo me hacía aún más extraño a los ojos de los demás. Kath, la chica de la fotografía, era mi mejor amiga. Mi *única* amiga. Nos conocimos cuando recién iniciamos la primaria y me enamoré como un imbécil.

Mi corazón se aprieta con fuerza al ver su expresión anhelante. *La extraña*. La extraña y eso me enferma en maneras que no soy capaz de comprender.

—Había un grupo de chicos —continúa—. Ya sabes, los típicos idiotas que molestan al resto... —hace una mueca avergonzada—. Ellos no me aceptaban, pero, realmente, no me importaba. Cada vez que intentaban meterse conmigo, los enfrentaba y no me dejaba amedrentar. Nunca he sido un tipo blando, pero tampoco me gusta pelear solo porque sí, así que casi siempre buscaba la manera de no tener que enfrentarlos —una risa corta y ansiosa se le escapa—. Un día me cansé. Me cansé de las burlas y de las bromas pesadas, y los encaré. Uno a uno... —una pequeña sonrisa satisfecha lo asalta—. Les puse la paliza de sus vidas —sus ojos encuentran los míos y la sonrisa se desvanece—. Creí que dejarían de molestarme. Y, de hecho, dejaron de meterse conmigo... —su voz se quiebra ligeramente—, hasta que el día del incendio llegó. Estoy seguro de que ellos lo provocaron para...

—Para culparte a ti —termino su frase, en un susurro tembloroso. El alivio en el rostro de Harry no me pasa desapercibido.

—Murieron seis personas —su mirada se ensombrece—, entre ellas, Kath y mi hermana.

Mi corazón se estruja con violencia, pero no me atrevo a decir nada.

—Todo el mundo me culpó —la voz de Harry tiembla un poco más—. Hubo un juicio en mi contra y estuve en la correccional todo el tiempo que duró el proceso penal. No hubo pruebas para inculparme, así que el juez falló a mi favor; pero las familias de los chicos que murieron no estaban felices. Ni siquiera los papás de Kath estaban conformes con el veredicto. Ellos creían que yo había provocado el incendio —niega con la cabeza—. Cuando volví a la escuela, todo empeoró. Nadie se acercaba a mí, todo el mundo hablaba mierda a mis espaldas, era... —traga duro—. Era *insoportable*.

Quiero estirar mi mano para alcanzar la suya, pero no me atrevo a hacerlo. No me atrevo a moverme..., ni siquiera me atrevo a respirar demasiado fuerte.

—Uno de los chicos que falleció tenía un hermano —su voz se ha enronquecido tanto, que apenas la reconozco—. El tipo estaba metido en cosas malas y estaba tan enojado, que cada vez que me veía se abalanzaba sobre mí para golpearme. Sus amigos siempre lo detenían... —no me pasa desapercibida la forma en la que su cuerpo se estremece y, de pronto, luce absorto en los recuerdos—. Una noche que iba de camino a casa, me abordó. Estaba drogado y borracho. Traté de hacer que me escuchara, pero tenía un cuchillo en la mano, así que no me quedó más remedio que seguirlo hasta donde él me pidió que fuéramos. Me apuñaló seis veces en el estómago —mi corazón decae y las náuseas invaden mi boca—. Y luego me hizo estas... —gira su rostro, de modo que soy capaz de ver las escandalosas cicatrices—. Seis. Una por cada persona que, supuestamente, maté. Él sabía que las puñaladas no iban a matarme. No tocó ningún órgano de importancia y los cortes no fueron profundos. El tipo no quería matarme. Quería torturarme. Marcarme de por vida...

Todo dentro de mí se estremece ante la nueva revelación. Todo mi cuerpo tiembla, pero no es de miedo. Es de rabia e impotencia. Los ojos de Harry están llenos de lágrimas, pero no derrama ninguna.

—Cuando salí del hospital, me fui de casa —sonríe con tristeza—. Mi mamá estaba empezando a ser víctima de abusos y maltratos. Ella merecía algo mejor, así que me fui. Me cuesta mucho trabajo hablar de esto con las personas. Odio recordar, y odio que se metan con mis recuerdos, es por eso por lo que... —menea la cabeza, con desesperación—. Es por eso por lo que me alteré tanto esta mañana.

No me atrevo a decir nada. No me atrevo siquiera a moverme. Quiero gritar, quiero llorar, quiero acabar con el dolor y la pena que hay en su mirada. Quiero envolver mis brazos a su alrededor y sostenerlo del mismo modo en el que él me sostuvo anoche.

—Maya, di algo... *Por favor* —suplica, con un hilo de voz.

No sé qué demonios estoy haciendo, pero ya me he puesto de pie.

He acortado la distancia que hay entre nosotros y me he detenido frente a él. Su torso se yergue al notar mi cercanía y alza la cara para mirarme a los ojos. No sé si él es demasiado alto, o yo soy demasiado pequeña, pero no hay mucha distancia entre la altura de nuestras cabezas desde esta posición.

Entonces, sin decir nada, me siento entre sus piernas abiertas y envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros.

A él le toma unos instantes reaccionar, pero corresponde mi abrazo con más fuerza de la que espero. Sus poderosas extremidades me aprietan contra su cuerpo y no puedo detener el latir desbocado de mi corazón.

Su rostro se hunde en el hueco entre mi hombro y mi cuello, y su respiración caliente me pone la carne de gallina. Las puntas de su cabello me hacen cosquillas en la mejilla, y su aroma varonil me aturde por completo.

Mis dedos se enredan entre las hebras color caramelo de su cabello, y sus manos hacen puños el material de mi blusa. Jamás lo había visto así de vulnerable. Jamás imaginé que un chico como él podría llegar a lucir así de perdido e indefenso.

Tira de mí más cerca y guía mi cuerpo, de modo que quedo sentada sobre su pierna izquierda. Yo no he dejado de acariciar su cabello y mi abrazo no ha disminuido su fuerza. Su respiración es acompasada, pero el temblor de su cuerpo sigue presente.

—No te vayas, Maya —dice. Suena agotado y triste—. *Por favor...*

—No lo haré —prometo, en un susurro tembloroso—. No me iré, Harry.

CAPÍTULO 13

Mi corazón late a una velocidad inhumana, mis manos se sienten temblorosas y frías, y mi respiración es irregular.

Estoy sentada sobre una de las piernas de Harry, con los brazos alrededor de sus hombros y las manos enterradas en su espesa mata de cabello, mientras trato de mantener una postura calmada y serena. Soy totalmente consciente de la forma en la que su respiración golpea mi cuello y de la sensación extraña que causa la punta de su nariz junto a la piel caliente que hay entre mi hombro y mi mandíbula. Sus brazos fuertes me rodean por la cintura, pero sus manos han relajado su agarre desesperado en mi ropa. Ahora solo es un tacto sobre el material y nada más. Los puños cerrados sobre mi blusa se han relajado hasta ser suaves palmas presionando sobre mi piel cubierta.

No puedo —*quiero*— moverme.

No puedo hacer otra cosa que no sea sostenerlo. Temo que pueda escuchar el latir desbocado de mi corazón. Temo que pueda notar el temblor de mi cuerpo y que se dé cuenta del efecto abrumador que tiene en mí. A pesar de todo esto, no soy capaz de apartarme.

Se siente como si tuviera que decir algo para reconfortarlo, pero las palabras no vienen a mí. Quiero hacer algo más por él y al mismo tiempo sé que no puedo hacer nada para calmar el dolor demoledor que traen los recuerdos...

Harry sale de su escondite y se aparta un poco para mirarme. Su aliento golpea mi barbilla y soy capaz de sentir el calor de su cercanía en cada célula de mi cuerpo. Está tan cerca, que puedo notar la tormenta de color verde y dorado que tiñe sus ojos. No son de un color perfecto, y eso los hace aún más peculiares. Los destellos ambarinos que hay entre las capas de distintas tonalidades de verde, me hacen querer observarlos toda la noche. Su expresión amable y asustada lo hace lucir como un niño perdido, y yo sigo aquí, sin poder alejarme de él.

Me permito deslizar mi vista por su rostro anguloso, y me detengo un segundo más de lo debido en sus mullidos labios rojos. Mi pulso golpea con tanta fuerza que soy capaz de escucharlo, y todo mi cuerpo se tensa cuando mi cabeza comienza a viajar a lugares peligrosos...

¿Qué se sentirá tocarlos?, ¿qué se sentirá *besarlos*?...

Aparto el pensamiento lo más rápido que puedo y me obligo a verlo a los ojos una vez más. Su mirada se oscurece varios tonos y es lo único que necesito para saber que ha notado mi atenta inspección a su boca.

Mechones ondulados de color caramelo caen sobre su frente y no reprimo el impulso que tengo de apartarlos. Él cierra los ojos al sentir cómo mis dedos cepillan las hebras hacia atrás. La ansiedad invade mi torrente sanguíneo en el momento en el que las marcas de su rostro quedan completamente expuestas a mí.

No se mueve, ni abre los ojos, ni dice nada. Solo se queda quieto mientras observo las cicatrices que perturban su hermoso rostro. Entonces, antes de que pueda darme cuenta de lo que hago, deslizo mis dedos hacia abajo. Mis yemas acarician la piel de su frente y siento cómo se tensa en respuesta. Me detengo en seco en ese instante; sin embargo, Harry no hace nada para apartarme.

Poco a poco, sin apresurarme demasiado, continúo mi inspección hasta que rozo la cicatriz más larga.

Aire es inhalado con brusquedad por sus labios y el pánico me asalta. Espero un grito, una mirada furibunda o un ceño fruncido, pero no se mueve. Sigue quieto, con los ojos cerrados y expresión torturada. Quiero aliviar el dolor que se filtra en su rostro. Quiero aliviar esa mueca desencajada y asustada que lo invade...

Me inclino hacia adelante, temerosa y asustada. No sé muy bien qué demonios estoy haciendo, pero sé que tiento a mi suerte. Sé que quizás, esto es demasiado para él y que voy a cruzar una línea delgada y peligrosa de la que no voy a poder volver nunca.

Mis labios se posan justo a un lado de su ojo, donde una cicatriz burda ensucia su piel. Siento el temblor de sus manos aferrando el material de mi vieja franela y la tensión en aumento que emana de su cuerpo. Me aparto lentamente y beso un poco más abajo, sobre otra cicatriz.

Su mandíbula se aprieta con fuerza y beso la marca que baja por su barbilla y entonces, sin detenerme a pensarlo más, las beso todas. Cada una de ellas es tocada por mis labios y, cuando termino, los acerco a su oído.

—Yo no creo que seas una bestia —susurro, con un hilo de voz.

En el momento en el que me aparto, soy capaz de notar cómo me mira. Sus ojos están abiertos y fijos en los míos. Algo salvaje y profundo es reflejado en la forma en la que me observa y me he quedado sin aliento. Mi corazón no ha dejado de golpear contra mis costillas a ritmo antinatural y todo mi cuerpo parece reaccionar ante la intensidad de su mirada.

Harry inclina su rostro hacia mí, pero se detiene en el momento en el que nuestras narices se rozan. Su aliento se mezcla con el mío y quiero gritar debido a la euforia y la ansiedad. Él, sin embargo, espera. Su vista no se aparta de la mía y luce como si ansiara conseguir un acercamiento más profundo; sin embargo, no me atrevo a acortar la distancia que nos separa.

—Pues yo creo que eres un jodido ángel, Maya.

Mis entrañas se revuelven, mis manos tiemblan, un nudo se instala en mi garganta. Entonces, elimino el espacio entre nosotros.

El roce de mis labios contra los suyos es torpe, pero a él no parece importarle. Es casi como si *esperara* que fuese de esa forma.

Rápidamente, ahueca mi rostro entre sus manos y me besa con intensidad. Su lengua invade mi boca sin pedir permiso y un gemido sorprendido me asalta en el instante en el que pruebo el sabor de su beso.

Me toma unos segundos corresponder a su caricia hambrienta y urgente. Sabe a menta y canela. Sabe a fuerza y vitalidad. Sabe a seguridad y paz. Sabe a todo eso que se me ha negado y que siempre he querido.

Mis dedos cierran su playera en puños, mientras que me aferro a él. Se siente como si pudiese fundirme en sus labios. Como si recuperara una parte que no sabía que había perdido.

Un gruñido ronco brota de su garganta cuando me permito deslizar mis manos alrededor de su cuello. Su caricia es implacable y demoledora, y me siento aturdida y eufórica.

Pasan segundos. Minutos. Años... No lo sé. Y, es solo entonces, cuando rompemos el contacto. Sin embargo, no me permito volver a la realidad de inmediato. Pego mi frente a la suya mientras trato de recuperar el aliento. Su respiración también es temblorosa e irregular, pero no me atrevo a abrir los ojos para observarlo.

Sus dedos pulgares trazan caricias dulces en la piel de mis mejillas, y tengo que reprimir el impulso que siento de volver a besarlo.

Finalmente, me obligo a abrir los ojos. Mi corazón da un vuelco furioso cuando me doy cuenta de que es *él* quien sigue con los ojos cerrados.

—¿No te irás? —dice, en un susurro ronco y profundo.

—No... —digo, con un hilo de voz.

—¿Es una promesa? —abre los ojos y me mira como si estuviese suplicándome misericordia.

No confío en mi voz para hablar, así que me limito a asentir con la cabeza. Él parece relajarse considerablemente.

Nos abrazamos durante lo que parece una eternidad antes de que él murmure algo acerca de estar agotado. Yo también estoy a punto de rendirme al sueño, y concuerdo con su estado anímico antes de que su toque se deslice por mis brazos hasta tomarme de las manos y ayudarme a ponerme de pie.

Me siento un poco decepcionada por la distancia impuesta, pero el fugaz sentimiento se disipa cuando sus dedos se entrelazan con los míos y guía nuestro camino hasta su habitación. No me pasa desapercibido el hecho de que no suelta mi mano ni un solo momento.

Una vez ahí, se sienta sobre la cama y me deja ir para trabajar, con pesadez, en la tarea de quitarse las botas que lleva puestas. Después, remueve el cinturón de las presillas de sus vaqueros y vacía el contenido de sus bolsillos sobre la mesa de noche junto a la cama. Cada movimiento es lento y está cargado de agotamiento. Una parte de mí quiere acercarse a aliviar su malestar, pero no lo hago. Me limito a observarle en silencio.

El tendido perfecto del edredón es deshecho por sus manos y trato de procesar lo que está pasando.

—Ven aquí, Maya. Vamos a dormir un poco —dice, y su voz suave me saca de mis cavilaciones.

Una sonrisa tímida se filtra en mis labios y me deshago de mis viejos zapatos deportivos, antes de trepar a la cama. El rubor se apodera de mis mejillas, pero él no parece notarlo. Se limita a acurrucarse a mi lado y tirar de mí, justo como hizo la noche anterior. Entonces, me envuelve entre sus protectores brazos.

No puedo dejar de reproducir el beso que nos dimos. Tampoco puedo evitar sentir un hueco en el estómago al recordar la intensidad de su mirada y el movimiento feroz de su boca contra la mía.

El susurro ronco que brota de sus labios hace que mi atención se pose en él, pero me he perdido lo que ha dicho. No fui capaz de escucharlo.

Estoy rendida debido al cansancio, y lucho para mantenerme despierta un poco más, mientras que Harry habla sin parar. Quiero poner atención a lo que dice, pero bailo en el limbo de la inconsciencia. Ni siquiera noto cuando se detiene. Solo sé que lo ha hecho porque siento sus labios unidos a mi sien en un beso dulce.

—Descansa, pequeña —murmura, al cabo de un rato, en voz tan baja que creo que lo he soñado.

Entonces, me quedo dormida.

~ ~ ~

Despierto envuelta en un enredo de extremidades, sábanas y cobijas. El despertador no ha dejado de sonar, pero no puedo llegar a él porque los brazos de Harry apenas me permiten moverme.

Trato de deslizarme fuera de su abrazo, pero lo único que consigo es sentirme más atrapada y desesperada.

Hago acopio de toda mi fuerza, antes de empujar su cuerpo —*que prácticamente está sobre el mío*—. Un gruñido quejumbroso brota de su garganta en el momento en el que logro removerlo y me aparto mientras me estiro para alcanzar el pequeño aparato.

De pronto, caigo al suelo con un golpe sordo.

Mi cabeza golpea en la esquina afilada de la mesa de noche y reprimo un gemido adolorido. No me di cuenta de qué tan cerca me encontraba del borde de la cama.

Froto mi cabeza con una mano, mientras busco a tientas el despertador para apagarlo. Maldigo en voz baja y me incorporo con lentitud, intentando apartar el mareo provocado por el golpe.

Alzo la vista para orientarme y entonces, me congelo.

Harry Stevens está ahí, de pie, mirándome con curiosidad, alarma y diversión. Su cabello revuelto cae por encima de su frente de manera desordenada, sus ojos están hinchados por el sueño y me mira como si me hubiese salido una cabeza extra. Debió levantarse en cuanto escuchó el impacto de mi cuerpo contra el suelo.

—¿Qué mierda fue eso? —trata de reprimir una sonrisa, pero no lo consigue del todo—, ¿estás bien?

La vergüenza se arraiga en mi sistema, pero me obligo a pintar una mala cara para evitar que se burle de mí.

—Estoy bien —mascullo, mientras me levanto.

—Déjame ver... —se acerca para inspeccionar el golpe de mi cabeza y me aparto para que no lo haga.

—Estoy bien —repito. Esta vez, sueno un poco irritada.

—¿Estás enojada? —sus cejas se alzan con incredulidad.

—¡No! —exclamo y el rubor se apodera de mis mejillas—. Me dio vergüenza. Eso es todo.

Una risa ronca y profunda brota de sus labios y se cruza de brazos mientras niega con la cabeza.

—Pequeña idiota —dice, en tono cariñoso, pero quiero protestar—, debes ir a trabajar, ¿cierto?

Hago una mueca de desagrado y asiento.

—Trataré de volver temprano para cocinar algo más elaborado —prometo.

—No lo hagas —dice. La calidez en su expresión me calienta el pecho—. Consigamos algo fuera. Comida china, mexicana... ¡Qué sé yo!

«¿Está invitándome a salir?». ».

—Oh... —estoy segura de que luzco como pez fuera del agua, así que me aclaro la garganta—. ¡Claro!, comida china suena bien.

—Prepararé café —me guiña un ojo y sale de la habitación sin decir una palabra más.

Mientras se marcha, los recuerdos acerca de lo ocurrido la noche anterior me invaden poco a poco.

No mencionó nada acerca del beso que nos dimos, y tampoco estoy muy segura de que su propuesta para salir a cenar sea realmente una *cita*.

No quiero que piense que estoy desesperada por saber qué ocurre entre nosotros, pero la duda hace que un nudo de nerviosismo se instale en mi cuerpo.

No sé en qué posición nos pone ese beso y tampoco sé si significó algo para él. Ni siquiera sé si significó algo para mí. Quiero averiguarlo. Quiero saber qué demonios es todo esto que siento cuando Harry está cerca. Quiero saber qué es lo que él siente y espera de todo esto...

Una parte de mí está aterrorizada. Hace menos de doce horas no sabía absolutamente nada sobre él y ahora sé más de lo que puedo digerir. Sé más de lo que esperé saber nunca y aun así siento que todavía no lo sé todo. Me habló de quién fue, más no de quién *es* y eso es algo que no deja de martillar en mi cabeza.

Quiero saber qué tan afectado está por su pasado. No puedo pretender que es el mismo chico que sería si no tuviese esas marcas en su rostro. Harry está roto de formas que ni siquiera él mismo puede comprender; sin embargo, tampoco quiero presionarlo para que me cuente más sobre su vida.

Quiero saberlo todo acerca de él y, al mismo tiempo, siento que no lo merezco, ya que yo aún le guardo secretos. No sé si algún día seré capaz de contarle a alguien sobre lo que mi papá me hacía. No sé si voy a ser capaz de contarle a *él* toda la verdad. Tiene mucho con qué lidiar, y no quiero que sienta que debe cargar con el peso muerto de mis demonios.

Apenas puede lidiar con los suyos. Es un hecho que no puede cargar con los míos. No voy a dejar que lo haga...

Las palabras que susurró anoche, mientras me sostenía entre sus brazos, justo antes de besarnos, aún retumban en mi cabeza como una cantaleta incesante:

<<Yo creo que eres un jodido ángel, Maya>>.

No puedo dejar de pensar en que está equivocado. Estoy bastante segura de que no soy un ángel. Es *él* quien lo es y necesito hacer que se dé cuenta de eso.

CAPÍTULO 14

—¿Tienes una cita con él?! —el sonido agudo que brota de la garganta de Kim, hace que consigamos varias miradas hostiles por parte de los comensales del restaurante.

La vergüenza se arraiga en mí a toda velocidad y miro hacia todos lados solo para comprobar que Donna, la gerente, no ha escuchado nada. Podrían sancionarnos con un día de salario por holgazanear a mitad de la jornada.

—¡Cállate! —digo, entre dientes. Entonces, echo una ojeada a mis mesas para ver si alguien no requiere de mi presencia.

Kim mira alrededor también.

—¿En qué punto pasaste de no querer compartir el techo con él, a aceptar tener una cita? —habla entre dientes.

Me aclaro la garganta y le sonrío a una mujer de edad avanzada que nos mira con curiosidad. Ella parece avergonzada por haber sido descubierta en su intento de escuchar conversaciones ajenas, así que fija su atención en su plato de comida.

Estamos lo suficientemente apartadas como para no ser escuchadas, pero no demasiado como para ser regañadas por no estar atentas al servicio que debemos brindar.

—No es una *cita* —me justifico—. Solo iremos a conseguir la cena a otro lugar.

—Déjame informarte, Maya, que *eso* es precisamente una cita —me mira con irritación.

Siento el rubor apoderándose de mi rostro. Estoy a punto de hacer un comentario sarcástico al respecto, cuando una de sus mesas es ocupada por una pareja.

Kim se precipita a toda velocidad y deja un par de menús antes de volver conmigo.

Una familia entera entra al establecimiento y es acomodada en una de mis mesas. Entonces, lista para escapar de ella, tomo los menús del mostrador delante de mí.

—¡Oh!, y olvidé mencionar que también nos besamos —digo.

Sin darle tiempo de replicar, me encamino hasta mi lugar de trabajo. Miro por encima del hombro para observar su expresión y casi me echo a reír al ver su mandíbula caída en asombro y sus ojos abiertos de par en par.

Mi atención se posa en los comensales, pero los recuerdos sobre los labios de Harry contra los míos, asaltan mis pensamientos. Mi corazón se acelera en ese momento y mi respiración se atasca en mi garganta. La mujer frente a mí pregunta por los especiales y me obligo a mantener mi expresión en blanco antes de recitarlos.

El restaurante está tan atestado de gente, que no puedo hablar con Kim el resto del día. Ella me mira como si quisiera comunicarse conmigo telepáticamente, pero trato de ignorar todas sus extrañas expresiones. Sé que quiere que me detenga y le cuente cómo fue.

Estoy ansiosa por contárselo. Tenía mucho tiempo sin sentirme así de... *bien*. Es como retroceder el tiempo a aquella época en la que era realmente feliz. Aquel tiempo en el que mi única preocupación era sacar buenas notas en la escuela y no llegar muy tarde a casa. Se siente como si hubiese pasado una eternidad desde entonces.

Cuando el reloj de mi muñeca marca las siete y media de la noche, mi estómago cae en picada. Solo me queda media hora de jornada laboral y esta noche no pienso hacer horas extras.

«Quizás deberías quedarte hasta tarde. Así no tienes que salir con Harry». Susurra la voz en mi cabeza.

Ni siquiera sé por qué pienso en estas cosas. Realmente quiero pasar tiempo con él. No comprendo por qué mi subconsciente desea sabotearme.

Quiero pensar que es porque me aterra la idea de arruinar la velada con algún comentario estúpido o un silencio incómodo. No soy una persona exitosa en cuanto a relaciones sentimentales se refiere. Mi experiencia se resume en un noviazgo de seis meses con un chico de mi antigua escuela, y un romance por internet un mes

antes de que todo se fuera al caño. Soy *patética*, pero no quiero que Harry se dé cuenta de eso...

Una mano se envuelve en mi muñeca y tira de mí lejos del área de trabajo. Me giro para encarar a la persona que me ha apartado de todos y me encuentro con la mirada exasperada de Kim.

—Quiero saberlo todo, Maya Bassi. No voy a dejar que te muevas de aquí hasta que me lo cuentes —dice, en un siseo.

Rápidamente, le hablo acerca de lo ocurrido la noche anterior. Omito todas las partes importantes acerca del pasado de Harry, pero le cuento aquellas que son esenciales para comprender su comportamiento hostil y reservado.

Le cuento, también, sobre el beso; y cómo terminamos acurrucados en su cama. La emoción en su cara es tanta, que me hace sentir igual de eufórica que ella.

—¡Dios mío, Maya!, ¡dime, *por favor*, que tienes algo lindo para usar esta noche! —exclama, cuando termino de hablar.

Sus palabras me llenan de inseguridad. Mi guardarropa se reduce a faldas de tubo negras —*destinadas para el uso en el trabajo*—, camisas blancas de botones —*también para el trabajo*—, vaqueros, playeras holgadas, un viejo par de Converse negros. Los únicos zapatos remotamente decentes que poseo son los que llevo puestos ahora mismo y no tienen nada de especiales.

—Sí —miento y me encojo de hombros—. De todos modos, no es como si fuésemos a ir a algún restaurante caro o algo así.

La expresión de Kim me hace saber que no me ha creído ni una sola palabra, pero asiente ante mi respuesta.

—Entonces ve a casa —me guiña un ojo—. Yo te cubro los veinte minutos que restan.

—¿De verdad harías eso? —trato de sonar aliviada, pero la tensión de mi cuerpo me delata.

—Por supuesto —sonríe—. Ve a casa, toma una ducha, arréglate el cabello, maquíllate... Que vea lo guapa que Maya Bassi es.

Una risita nerviosa se me escapa. La sensación de que todo esto será un desastre, no se marcha ni un segundo, pero me obligo a apartar los malos pensamientos lejos

de mi cabeza por una vez en mi vida. Necesito creer que *puedo* hacer algo bien. Necesito creer que un chico como Harry *puede* fijarse en mí.

Sé que, a los ojos de muchas personas, él es solo un pobre desgraciado con la cara desfigurada; sin embargo, es mucho más de lo que cualquier persona puede ser nunca. Es noble, desinteresado, amable y tiene un corazón inmenso. Es uno de los seres humanos más hermosos que he conocido en mi vida, y me aterra la idea de no poder merecer a alguien como él a mi lado.

«Va a mandarte a la mierda cuando sepa lo sucia que estás». Susurra una voz en mi cabeza.

Mi mandíbula se aprieta al instante y un nudo se instala en mi garganta. Los recuerdos saquean toda mi voluntad y, de pronto, no soy capaz de apartar de mi cabeza la sensación del cuerpo de mi padre sobre el mío.

La repulsión es tanta, que debo correr al baño y encerrarme en un cubículo para abrazarme a mí misma y recordarme que no va a suceder nunca más. Él ya no puede hacerme daño. *Nunca más va a hacerme daño...*

Cuando logro tranquilizarme, me apresuro a recoger mis pertenencias en la sala de trabajadores. Mis manos aún tiemblan debido al *shock* emocional que he experimentado hace unos instantes, pero me las arreglo para sonreír cuando me despido de Kim.

Mientras camino hasta la parada del autobús, me concentro en todo lo bueno que ha ocurrido en mi vida últimamente. No había experimentado tanta tranquilidad en mucho tiempo y todo eso es gracias a Harry; así que trato de concentrarme en eso mientras subo al transporte público y viajo rumbo al edificio donde vivo.

Al bajar del vehículo, camino las pocas calles que separan la terminal del bloque habitacional. La gente transita por las aceras y eso me saca de balance. Siempre llego más tarde a casa, así que nunca había sido capaz de ver cuán concurrido es el barrio en realidad.

La antigua cancha de fútbol, que siempre veo desierta un par de horas más tarde, está repleta de chicos sudorosos que corren detrás de un balón. La sensación de vitalidad que traen sus gritos animados y sus carcajadas, dibujan una suave sonrisa en mi rostro.

Me había olvidado de que ahí afuera hay gente que de verdad lo pasa bien y que quizás —*solo quizás*— debería de tratar de pasarlo bien más seguido. Dejar de preocuparme por el dinero, la renta, la comida, el trabajo... Sería perfecto poder volver a sentirme como una adolescente.

Tengo diecinueve, pero se siente como si mis hombros cargaran el doble de años. El único momento en el que me siento como una chiquilla de nuevo es cuando Harry está cerca. Quizás debería disfrutar más esa sensación. Quizás debería permitirme más las sonrisas bobas y las bromas idiotas a su alrededor...

Cuando me doy cuenta, ya estoy justo en la entrada del edificio. Mis ánimos se sienten renovados, así que me apresuro a subir las escaleras con un mundo de positivismo corriendo en mis venas.

«Nada va a salir mal ahora mismo. Mi cita con Harry va a ir a la perfección. Todo va a salir a pedir de boca y...».

En ese instante, me congelo en mi lugar. Toda la sangre de mi cuerpo se agolpa en mis pies y un grito se construye en mi garganta cuando noto a la persona que se encuentra a pocos pasos de distancia de mí.

Es él. Es mi papá...

Está medio tirado sobre las escaleras, unos cuantos escalones por encima de donde yo me encuentro, y mis entrañas se retuercen.

Mi corazón late tan fuerte, que temo que vaya a perforar un hoyo en mi pecho y escape lejos. Mi respiración es dificultosa, mis manos tiemblan, mis uñas se clavan en la carne blanda de mis palmas debido a que aprieto mis puños con más fuerza de la que debería, el miedo atenaza mi corazón con una fuerza impresionante y, por un momento, no soy capaz de moverme. Ni siquiera soy capaz de *respirar*...

Mi cerebro me grita que debo correr, pero mis extremidades inferiores parecen estar soldadas al suelo. No hay que ser un genio para notar que está ahogado en alcohol, y eso hace que el pánico me invada.

Su mirada se alza en ese momento, y se posa en mí. El reconocimiento tiñe sus facciones en cuestión de segundos, pero no le doy tiempo de hacer nada. No le doy tiempo de moverse, ya que me echo a correr a toda velocidad.

Él grita mi nombre, pero ni siquiera le dedico una mirada. Me precipito hacia la salida del edificio a toda velocidad y luego hacia la calle. No sé bien a dónde me dirijo, pero no *puedo* detenerme. No *quiero* parar.

Mis tobillos duelen por el impacto de mis pies contra el concreto, el aire helado quema en mis pulmones, el cabello suelto me golpea el rostro y me impide mirar con claridad.

No voy a detenerme. Voy a correr hasta que no pueda más. Voy a correr hasta que mis extremidades se desprendan de mi cuerpo y, cuando eso suceda, voy a arrastrarme por el cemento hasta que haya un mar de distancia entre ese hombre y yo.

Mi cuerpo choca contra algo blando.

El golpe es tan fuerte, que me quedo sin aliento por unos instantes. Unos brazos fuertes me sostienen y me estabilizan antes de que pueda registrar qué acaba de suceder. Entonces, mi atención se fija en el chico delante de mí. Estoy demasiado agitada como para sentirme asustada, así que solo lo miro directamente mientras que doy un paso lejos, para poner distancia entre nosotros.

Mi vista se vuelca hacia atrás con aire ansioso. Sé que busco la figura de mi padre corriendo a toda velocidad para encontrarme, pero ahí no hay nada.

No me siguió.

Si lo hizo, ya lo perdí.

Una vez que compruebo que no hay nada que temer, vuelvo a mirar al chico contra el que impacté.

Es alto, pero no tanto como el chico con el que comparto el techo. Sus ojos castaños me miran con curiosidad, y sus labios reprimen una sonrisa burlona.

—¿Estás bien? —pregunta con su voz ronca y acento golpeado.

—Sí —mi voz suena agitada y temblorosa debido a mi carrera apresurada.

—No luces bien —observa. Esta vez, una sonrisa se apodera de su boca.

Hago una mueca de desagrado.

—Gracias —mascullo.

—¿De quién huyes? —mira detrás de mí, pero sé que no va a encontrar nada.

—Un tipo venía siguiéndome —miento, y vuelvo a revisar la calle en busca de la imagen del hombre borracho al que tanto miedo le tengo.

—Puedo ayudarte a esconderte. Mi casa está a unas calles de distancia —el chico introduce sus manos en sus bolsillos. Mi vista se clava en él y, sin que pueda evitarlo, río. Una carcajada sin humor brota de mi garganta y luce confundido.

—Me crees estúpida, ¿cierto? —suelto, sin siquiera pensarlo—. No voy a ir contigo a ningún lado.

Me giro para volver sobre mis pasos, cuando una mano se enreda en mi antebrazo. Yo me libero de un movimiento violento. Entonces, doy un paso lejos.

—¡Si vuelves a ponerme una mano encima voy a romperte la nariz! —espeto.

Sus cejas se alzan al cielo y levanta las manos como quien está siendo amenazado con un arma.

—¡Tranquila! —exclama, pero no ha dejado de sonreír con nerviosismo—, no voy a secuestrarte o algo así. Solo iba a decirte que volviendo la esquina hay una tienda de abarrotes. Es de mi mamá, puedes quedarte ahí el tiempo que necesites. Solo dile que eres amiga de Jeremiah.

De pronto, el reconocimiento me golpea.

—¿Eres hijo de la señora Johnson? —digo, medio sorprendida y medio incrédula.

La señora Johnson es famosa por ser la única capaz de mantener una tienda de abarrotes durante más de diez años en este barrio. Normalmente, los negociantes renuncian a tratar de comercializar en esta zona. La tasa de delincuencia es tan alta, que nadie se atreve a invertir en un local por aquí.

Su sonrisa se ensancha con socarronería y me guiña un ojo.

—¿Te ha hablado sobre mí?

No reprimo el impulso que tengo de rodar los ojos al cielo. No tengo tiempo para esto, así que, sin decir nada, me echo a andar por la calle en dirección al edificio del que venía huyendo. Tengo la esperanza de que mi papá ya no esté ahí. Tengo la esperanza de que quizás haya salido a buscarme. Eso podría darme unos valiosos minutos para entrar al apartamento de Harry antes de que regrese.

—¡Oye!, ¡joye, espera! —grita Jeremiah a mis espaldas, pero ni siquiera me digno a mirarlo—. ¡Joder!, ¿qué necesidad hay de ser tan difícil, mujer?

—¿Podrías, por favor, dejarme en paz? —lo miro con todo el coraje que puedo imprimir.

—Por suerte para ti, las mujeres difíciles me encantan —ignora por completo mi petición.

Casi me echo a reír en ese momento. Me detengo y él también lo hace.

—No voy a volver a repetirlo, ¿de acuerdo?... *Déjame. En. Paz* —hago énfasis en cada palabra para que le quede claro, pero eso parece divertirlo aún más.

—Cuéntame lo que mamá te ha dicho sobre mí —dice, mientras continúo mi camino. El chico trota para alcanzarme y acelero el paso.

—¿Sabías que ella te llama «bebé»? —digo, porque es cierto. Todo este tiempo creí que Jeremiah era un niño de seis años como mucho.

Lo miro de reojo solo para comprobar que lo sabe. Su mueca incómoda lo delata por completo.

—Tiene formas extrañas de dar amor —masculla.

—Habla de ti como si fueses un niño —refuto—, pero no me sorprende. Actúas como uno.

La irritación ha hecho que el miedo previo se vaya y me siento extrañamente valiente alrededor de este chico. Quizás es lo irritante que puede llegar a ser. Tal vez, solo es su aspecto amable y desgarbado. Lo cierto es que no es, ni de cerca, tan imponente como Harry.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, de pronto.

Otra risotada sin humor se me escapa.

—No voy a decirte mi nombre —respondo, tajante.

—¿Por qué no? —su voz se eleva un par de tonos y lo hace sonar como un personaje de alguna serie de televisión—, ¡soy un buen chico, *lo juro!*

Me detengo y lo encaro.

—¡Deja de seguirme!, ¡no voy a decirte cómo me llamo!, ¡no estoy interesada! —espeto.

—¡No te sigo! —la fingida indignación de su tono, me hace querer golpearlo—, ¡te acompaño a casa!, así no tienes que lidiar con asaltantes.

—¡Oh, por el amor de...! —reprimo el resto de la frase y sigo andando.

Jeremiah camina a pocos pasos de distancia de mí, y eso me pone los nervios de punta. Quiero que se marche. Quiero que me deje en paz y, al mismo tiempo, agradezco que esté cerca. Una parte de mí espera que papá no quiera acercarse a mí si estoy acompañada.

—Aquí vivo. Puedes marcharte —digo, finalmente, cuando llego al edificio.

Jeremiah inspecciona la recepción con la mirada y asiente.

—De acuerdo —dice—. Ahora dime cómo te llamas y me iré.

—¿Qué?

—No me marcharé si no me dices cómo te llamas.

—Tengo un novio, ¿sabes? —miento—. Vivo con él y no le va a gustar verte acosándome.

—No te acoso —se encoge de hombros—. Solo quiero saber tu nombre.

Mi mandíbula se aprieta con fuerza.

—Si te digo mi nombre, ¿vas a marcharte?

—Por supuesto.

Tomo una inspiración profunda.

—Me llamo Maya.

—Maya —prueba mi nombre en sus labios.

Sin darle tiempo a decir algo más, me precipito hacia las escaleras y subo lo más rápido que puedo. Mi corazón no ha dejado de latir a una velocidad inhumana, pero no me detengo ni un instante al pasar por el piso en el que vive mi papá.

Una vez dentro del apartamento de Harry, me relajo. Me tomo unos instantes antes de caminar hacia la sala. Espero encontrarlo ahí, absorto en su computadora o mirando la televisión como siempre suelo hallarlo; sin embargo, no es eso lo que sucede.

La estancia está completamente vacía, y es entonces cuando noto el silencio sepulcral que invade el lugar.

—¿Harry? —lo llamo en voz alta, pero nadie responde.

Mi ceño se frunce en confusión, pero me digo a mí misma que no es nada. Soy yo quien ha llegado más temprano de lo usual. Seguramente, Harry siempre llega a casa más tarde.

No obstante, una vocecita en mi cabeza susurra con sorna que Harry no va a aparecer, que nuestros planes han sido cancelados, y que lo mejor que puedo hacer es irme a la cama temprano por una vez en la vida.

Me obligo a apartar los pensamientos negativos de mi cabeza, y me apresuro a llegar al baño. Con suerte, tendré un par de valiosos minutos antes de que Harry esté aquí. Quizás pueda emplear esos minutos para hacer algo por mi cabello y elegir algo decente para usar.

Al salir de la ducha, me visto con lo mejor que tengo, y aplico un poco más de máscara para pestañas de la que acostumbro a utilizar. Tomo el único lápiz labial que tengo y pongo un poco en las yemas de mis dedos para aplicarlo a toques sobre mis pálidas mejillas; quiero darles un poco de color y es lo mejor que tengo para hacerlo. Aplico el mismo color en mis labios y pongo un poco de corrector para ojos en las horribles bolsas debajo de ellos.

Decido amarrar mi cabello en un moño alto y, por primera vez en mucho tiempo, me gusta lo que veo en el espejo. La chica delante de mí luce *más* como una adolescente ilusionada que como una señora derrotada y eso ya es ganancia en mí.

Miro el reloj de mi muñeca y mi corazón se estruja al ver la hora. Son casi las diez de la noche.

«No va a llegar». Susurra una voz en mi cabeza.

—¡Deja de ser tan negativa, Maya!, ¡por el amor de Dios! —me reprimo en voz alta y tomo un par de horquillas para aplacar los cabellos rebeldes que salen de mi moño.

~ ~ ~

El nudo de mi garganta está tan apretado, que no puedo respirar como se debe, el agujero en la boca de mi estómago incrementa con cada segundo que pasa y la quemazón en la parte posterior de mis ojos es insoportable.

Son casi las doce de la noche y Harry Stevens no ha aparecido. Una parte de mí, está enojada. Furiosa. Decepcionada... Y la otra, está angustiada hasta la mierda.

«¿Y si le ocurrió algo?...». Me pregunto por milésima vez en lo que va de la noche, y tomo el teléfono inalámbrico entre mis dedos antes de contemplarlo durante unos instantes.

Hace una hora busqué el trozo de papel que Harry depositó en mi buzón hace unas semanas, y marqué a su número. No respondió.

Le he llamado dos veces más después de esa y tampoco descolgó la llamada en esas ocasiones. Quiero estar furiosa con él, pero la angustia y el miedo que me causa pensar que algo le ha ocurrido, es más grande que nada. Harry nunca me plantaría, ¿o sí?...

El sonido del cerrojo hace que todas mis entrañas se revuelvan. Me levanto del sillón donde me encuentro sentada y me detengo a pocos metros de la puerta principal. Entonces, Harry aparece en mi campo de visión.

No hay indicio alguno de violencia en su rostro o cuerpo y eso me relaja considerablemente; sin embargo, su cuerpo denota cansancio y agotamiento.

Su vista se alza y me mira a la cara sin decir nada.

Quiero golpearlo. Quiero tomarlo por los hombros y sacudirlo mientras exijo una respuesta.

—¿Estás bien? —digo, en un susurro débil y tembloroso en su lugar.

—Sí —su respuesta lacónica y seca, hace que mi estómago se retuerza.

«Lo olvidó». Pienso. «Quizás ni siquiera era una cita. Quizás solo estaba tratando de ser amable porque eso es lo que se hace cuando besas a alguien: eres amable y nada más». Susurra el odioso demonio dentro de mi cabeza.

Mi mandíbula se aprieta, pero le sostengo la mirada. Un destello de algo que no puedo reconocer inunda sus facciones; pero es tan fugaz, que dudo haberlo notado en realidad.

—Lamento lo de esta noche —dice mientras se quita la chaqueta con lentitud—. Tuve algo importante que hacer.

Sus palabras detonan la ira en mi interior.

Tuvo algo *importante* que hacer. Tuvo algo *mejor* que hacer que salir conmigo. ¿Y yo?, yo volví antes del trabajo para pasar más tiempo con él. Pasé mi día *entero* reproduciendo un beso que para él fue nada. Pasé casi una hora mirándome al espejo, ideando la forma de hacer que mi aspecto fuese diferente *para él...*

Una risa incrédula me asalta. Sus ojos no se apartan de los míos.

—Vete a la mierda —escupo, con un hilo de voz.

Entonces, avanzo lo más rápido que puedo por el pasillo. Una vez dentro de la habitación, doy un portazo.

Por un momento, lo único que soy capaz de escuchar es mi respiración dificultosa. Las lágrimas queman en mi garganta, y quiero golpearme por estar a punto de llorar por algo que no vale la pena. Mi frente se pega a la puerta y trato, desesperadamente, de mantener la calma.

«¡No llores, Maya!». Me reprimo. «¡No te atrevas a llorar por él! ¡No te atrevas a derramar una maldita lágrima por ese idiota!».

Echo el pestillo a la puerta, y deshago el moño de mi cabeza, mientras restriego el maquillaje fuera de mi cara. Las ganas de echarme a llorar son intensas ahora, pero lo único que consiguen es enfurecerme cada vez más.

Me deshago de los vaqueros y la blusa, y me enfundo mi viejo pijamas. Me acurruco en la cama y me cubro hasta la cabeza. Entonces, cierro los ojos y concentro toda mi atención en tratar de que el llanto me abandone.

No sé por qué demonios me siento así. He pasado por cosas peores, ¿por qué demonios estoy así?, no debería romperme de esta manera...

El tiempo pasa lento. Quizás pasa demasiado rápido, pero no pongo demasiada atención mientras me deshago en mi miseria. El agotamiento sentimental es tan grande, que no puedo conmigo misma.

Quiero olvidarme de esta noche. Quiero olvidarme de ese beso. Quiero arrancar de mi cabeza todo lo que ha pasado con Harry y dormir. Dormir hasta que ya no exista herida alguna...

Entonces, cierro los ojos. No sé si podré hacerlo. No sé si el sueño será mi aliado, pero, de cualquier modo, lo intento... Cierro los ojos y me dejo ir.

CAPÍTULO 15

Sé que tarde o temprano voy a tener que salir de la habitación, pero no puedo hacerlo ahora mismo. Debo salir de aquí a más tardar en quince minutos si no quiero llegar tarde al trabajo, y no consigo atreverme a cruzar el pasillo y llegar hasta la puerta principal.

No estoy lista para enfrentar a Harry y tampoco estoy lista para fingir que no me importó ser plantada por él. Quiero ser capaz de mirarlo a los ojos sin sentir que mis rodillas tiemblan. Estoy harta de ser la chica vulnerable de la que todo el mundo puede aprovecharse. Estoy cansada de que Harry me mire como una niña pequeña que es capaz de conformarse con las migajas que ofrece. A estas alturas, no me sorprendería saber que solo me besó para impedir que me fuera.

Lo que aún no soy capaz de entender, es con qué finalidad me pidió que me quedara. Me niego a pensar que todo lo que dijo es una mentira. Parecía *tan* torturado con la sola idea de contarme su pasado, que saberlo todo como una mentira, sería la peor de las experiencias.

A veces, creo que es imposible entenderlo. Cuando creo que, por fin, estoy aprendiendo a conocerlo, su actitud cambia de nuevo de forma radical. Es agotador tratar de descifrar qué hay debajo de toda esa mierda que lleva encima.

«¡Vamos, Maya!, ¡no puedes quedarte aquí para siempre!, ¡deja de ser una maldita cobarde!». Me reprimo y tomo una inspiración profunda antes de girar el pomo de la puerta para salir. Entonces, avanzo por el estrecho pasillo y alzo el mentón cuando estoy a punto de llegar a la sala.

Mi corazón late tan fuerte, que creo que es capaz de escucharse por toda la estancia, pero me obligo a cruzarla de la manera más natural posible. Tomo mi viejo morral de encima de la mesa de centro y lo cuelgo sobre mi hombro, antes de atreverme a mirar alrededor.

No hay indicios de Harry por ningún lado y eso me saca de balance. Una oleada de alivio mezclado con decepción, me invade el cuerpo. Me digo a mí misma que es algo bueno que no esté por aquí, porque así no tendré que enfrentarlo. Así no tendré que ocultar cuán herida me siento por lo ocurrido y eso siempre es algo bueno.

Trato de ser discreta cuando inspecciono la estancia. Trato de buscar indicios que me digan que Harry no se ha marchado, pero no encuentro nada. Es como si no hubiese pasado aquí la noche.

«Quizás no lo hizo...».

Una vez segura de que no se encuentra cerca, me relajo y rebusco dentro de mi bolso hasta encontrar el bálsamo para labios que siempre llevo conmigo. Lo corro por mis labios de manera descuidada, antes de volver a dejarlo caer al morral. Amarro mi cabello en una coleta y me encamino hasta la entrada principal.

—¿Te vas? —la voz ronca y profunda a mis espaldas, me pone la carne de gallina. No se me ocurrió que, tal vez, estaba en la cocina y quiero estrellar mi palma contra mi frente por no considerar esa posibilidad. Todo mi cuerpo se tensa ante el sonido de su voz, pero me obligo a enderezarme y encararlo.

La visión de su rostro me paraliza.

Hay una ligera hinchazón en su pómulos derecho y su labio inferior está reventado. No puedo creer que no haya podido notarlo anoche. Supongo que la poca iluminación de la sala escondió cualquier vestigio de violencia que pudiese tener.

—¿Qué te pasó en la cara? —la pregunta sale de mis labios, antes de que pueda registrarlo.

—Me metí en una pelea callejera —sonríe, pero el gesto no llega a sus ojos. Se encoge de hombros y añade—: Debiste ver cómo quedó él.

Mi corazón se estruja y una oleada de remordimiento me invade.

«¿Por eso no llegó?...».

—Como sea —rasca su nuca en un gesto distraído—. ¿Salimos esta noche?

A simple vista, luce despreocupado y casual, pero hay un destello de pánico en su mirada.

No sé cómo sentirme al respecto.

Quiero decir que sí. Quiero acceder y hacer como si la noche anterior no hubiese ocurrido; pero, entonces, me convertiría en la chica necesitada a la que él puede plantar sin que haya una consecuencia por ello.

No le compro la excusa de la pelea callejera, ¿por qué no lo mencionó anoche?, yo hubiese entendido la situación si me lo hubiera contado. ¿Por qué no me lo contó?...

—No puedo —miento—. Saldré con mis compañeros del trabajo al terminar la jornada.

Agradezco que mi voz no tiemble ni un segundo; sin embargo, eso solo hace que la sensación enfermiza se extienda por todo mi cuerpo, ya que luce como si hubiese sido golpeado con fuerza en el estómago. Su mandíbula está tan apretada, que temo que pueda quebrarla en cualquier momento.

—Oh... —se aclara la garganta—. Supongo que lo pospondremos para mañana, ¿quizás?...

La súplica que hay en su mirada, hace que un hoyo se instale en la boca de mi estómago; pero no puedo permitir que las cosas sean así de sencillas para él. Pudo haber llamado. Pudo haber *respondido* mis llamadas. Incluso, tuvo la oportunidad de sacar a relucir la pelea en la que se metió anoche; sin embargo, lo único que hizo fue decir: «Tuve algo importante que hacer».

No hay que ser un genio para saber que Harry oculta algo.

—Harry, me plantaste —digo, tras un silencio tenso y tirante.

Mi voz sale en un hilo, pero no suena a reclamo. De todos modos, no pretendo que lo sea. Lo único que quiero, es que se dé cuenta de que no puede hacer como si nada hubiese ocurrido.

Un destello de dolor surca sus facciones, pero desaparece tan rápido como llega.

—Te pedí disculpas —dice, pero suena temeroso.

Es la justificación más pobre que he escuchado en mi vida y una carcajada se me escapa debido a eso. No sé por qué estoy riendo si ni siquiera tengo ganas de hacerlo.

—¿De verdad crees que una disculpa lo remedia? —sigo riendo, pero el nudo que se instala en mi garganta es insoportable—. Te llamé y no respondiste. Creí que te había pasado algo y, cuando por fin apareciste, creí que tendría una mejor explicación que un simple: «Tenía algo importante que hacer» —recito sus palabras—. Y, de pronto, despierto y noto que te han golpeado y lo mejor que puedes decir es: «Me metí en una pelea callejera». ¿Crees que soy tan estúpida como para creer algo así?...

La decepción me invade por completo cuando noto cómo aparta la mirada. *No va a contarme*. Lo conozco lo suficiente como para saber que no va a decirme por qué me plantó.

—Maya, *lo siento* —su mirada se alza para encontrar la mía, pero la desesperación que se filtra en sus facciones no me conmueve.

—Yo lo siento más, Harry —le regalo una sonrisa tensa y trago duro, en un débil intento de aminorar la intensidad del nudo que apenas me permite respirar.

El silencio que le sigue a mis palabras es demoledor. No puedo estar ni un segundo más cerca de él, o voy a desmoronarme. Todas mis defensas están a punto de caer, y no quiero que eso suceda.

—Se me hace tarde. Nos vemos después —me obligo a decir.

Entonces, sin darle tiempo de replicar nada, me apresuro a salir del apartamento.

~ ~ ~

—¿Ya vas a contarme cómo te fue? —Kim susurra, mientras me dispongo a tirar los restos de comida dejados en los platos de mis mesas. Estamos justo a la mitad de la cocina y todo a nuestro alrededor es un caos.

Todo el mundo corre con platos y cazuelas calientes. El calor en este lugar es sofocante y los gritos de los chefs no se hacen esperar a ninguna hora del día. La cocina del Joe's Place siempre es un desastre.

Me tomo mi tiempo acomodando los platos dentro del lavavajillas industrial que el dueño acaba de comprar para facilitarnos el trabajo.

—No hay nada que contar —mascullo sin mirarla.

—¿Tan mal estuvo? —la incredulidad en su voz, hace que la sensación de malestar que experimenté anoche regrese.

—No llegó —trato de sonar tranquila y despreocupada, pero sueno miserable.

—¿Qué?!

—Me plantó —trato de sonreír, pero me sale terrible.

—¡Qué hijo de puta! —exclama.

Las miradas curiosas entre los asistentes de la cocina, no se hacen esperar, y quiero ahorcarla por no ser un poco más discreta.

—No importa ya —digo. Trato de concentrarme en mi tarea, pero el temblor de mis manos me lo pone difícil.

—Por supuesto que importa, Maya —dice en un siseo, para que solo yo pueda escucharla—. ¿Al menos, te dio una explicación?, ¿qué excusa puso?

El coraje se filtra en mi sistema rápidamente. He pasado por una serie de sentimientos intensos a lo largo de la mañana. En casa de Harry, justo antes de venir, me sentía miserable; cuando llegué aquí, solo me sentía decepcionada. Ahora, estoy furiosa con él por no haber aparecido.

Cierro la puerta del lavavajillas con más fuerza de la que quiero imprimir realmente, y entonces, encaro a Kim.

—Dijo algo como: «Lamento no haber llegado. Tuve algo importante que hacer» —trato de imitar su tono ronco y arrastrado, pero me sale terrible—; pero le llamé antes porque estaba preocupada y no respondió. Todo esto sin mencionar que hoy en la mañana me invitó a salir, de nuevo —río, sin humor—. ¿Te das cuenta?, trata de hacer como si nada hubiese ocurrido para él. Como si no recordara que me plantó.

—¡Maldito bastardo hijo de...!

—Ya no importa, Kim —la interrumpo, pero el coraje crece con cada segundo que pasa.

—¿Estás segura de eso? —luce escéptica, pero me obligo a esbozar una sonrisa para tranquilizarla.

—Lo estoy —afirmo.

Kim me regala una sonrisa suave.

—De acuerdo. Sabes que la propuesta de mudarte aún está en pie, ¿verdad?

—Lo sé. Gracias —trato de sonreír de vuelta, pero apenas lo logro.

—¡Kim! —Donna, la gerente del restaurante, entra a la cocina hecha una furia—, ¡hay comensales en cuatro de tus mesas y tú estás aquí perdiendo el tiempo!, ¡ve ahora mismo si no quieres que te descuente las propinas del día!

—¡Ya voy! —exclama mi amiga antes de mirarme y rodar los ojos al cielo. Entonces, se encamina a la entrada de la cocina.

—¡Oye! —grito una vez que está casi fuera de la cocina. Kim mira por encima del hombro y frunce el ceño, en confusión—, ¿hacemos algo saliendo del trabajo?

Una sonrisa radiante se apodera de sus labios.

—¿Hablas en serio? —grita de vuelta. Yo asiento con timidez y ella me guiña un ojo—. ¡Cuenta con ello!

Entonces, desaparece por la gran puerta doble.

El resto del día pasa a una velocidad alarmante y, por una parte, lo agradezco. No quiero pensar demasiado en Harry y, mantenerme ocupada, es de gran ayuda. Kim y Fred fueron sancionados por Donna por estar charlando en horario de trabajo, y tomaron una botella de vino caro en venganza.

Sé, de antemano, que van a meterse en problemas mayores si alguien los descubre, pero no me atrevo a aguarles la fiesta con algún comentario moralista.

Al terminar la jornada, Kim, Fred y yo, caminamos juntos hasta el parque más cercano. Una vez ahí, destapan el vino y empezamos a beberlo. Nunca he sido una chica bebedora; de hecho, el alcohol es una de las cosas que más odio en la vida, pero el sabor del licor de uva robado es la gloria.

Fred habla acerca de su pareja, John, y de la inmensa cantidad de problemas que han tenido los últimos meses a causa de la infidelidad por parte de mi compañero de trabajo. Al parecer, Fred conoció a una chica durante sus vacaciones en México y se acostó con ella en ausencia de John. La desconfianza por parte de su pareja está rompiendo la relación a pedazos, pero tampoco puedo culparlo. Yo tampoco podría confiar de nuevo en alguien que me ha traicionado de esa forma.

Cuando Kim empieza a despotricar en contra de John, tengo que salir en su defensa y enfrentar a Fred. Le pregunto a ambos si confiarían en alguien después de una infidelidad y, tanto él como Kim, me dan la razón. Es imposible que algo cambie.

Entonces, Fred llora, y Kim y yo lo abrazamos sin decir nada.

Media hora más tarde, mi amiga llama a Will para que pase a recogerla. Se han ofrecido a darme un aventón a casa, lo cual agradezco, ya que pasan de las once de la noche, y no quiero caminar hasta allá. Cualquier calle a esta hora es peligrosa hasta la mierda y no quiero tener que enfrentarme a algún asaltante por mi cuenta.

—¿Estás seguro de que no quieres que te llevemos? —Kim pregunta a Fred, mientras subo al asiento trasero del auto, y saludo a Will con un beso torpe en la mejilla.

Bajo la ventanilla para escuchar la respuesta del chico con el corazón destrozado.

—... y no vivo muy lejos. Mejor nos vemos mañana —apenas alcanzo a escuchar la última frase.

—De acuerdo —Kim no suena muy convencida de dejarlo marchar así de alcoholizado, pero me da la impresión de que no va a ser posible hacerlo cambiar de parecer.

—¡Hasta mañana, perras! —nos grita a lo lejos y nosotras gritamos una despedida en respuesta.

Cuando Kim entra del lado del copiloto, lo primero que hace es plantar un beso en la boca de su novio. Él gruñe algo incomprensible y yo aparto la mirada para no sentirme como una intrusa en su momento romántico.

Una vez terminado el beso, Will arranca el auto y me pregunta cómo llegar al edificio donde vivo. El tipo es bastante agradable y se nota a leguas que está loco por Kim. Ella también luce más allá de lo enamorada. No puedo evitar sentir un poco de celos por ellos. Me encantaría que alguien me mirara de la misma forma en la que Will mira a mi amiga.

Al llegar al edificio donde vivo, bajo del auto y agradezco el aventón. Will anuncia que no va a irse hasta que me vea entrar y una risa brota de mi garganta por su

absurda preocupación; sin embargo, lo dejo pasar. Kim, por otro lado, promete llegar temprano al trabajo mañana y ruedo los ojos al cielo, porque sé que eso no va a ocurrir.

Antes de entrar al complejo habitacional, le echo una mirada rápida a la calle. Sé que estoy buscando la vieja camioneta de Harry; sin embargo, la decepción me invade cuando no la encuentro por ningún lado.

Corro mi vista una vez más por la acera solo para comprobar la ausencia del vehículo y, entonces, me despido con un gesto de mano de mis acompañantes.

Subo las escaleras lo más rápido que puedo, y no es hasta que estoy en la entrada del apartamento del chico al que apodan Bestia, que me siento un poco más relajada. Cuando entro, me toma dos segundos comprobar lo que ya sé: Harry no se encuentra.

El lugar está en completa oscuridad y no hay indicios de movimiento por ningún lado. Aprovecho el momento de soledad para prepararme un emparedado antes de encaminarme a la habitación de Harry y tomar una ducha. Una vez lista para irme a la cama, cierro la puerta y echo el pestillo antes de acostarme a dormir.

~ ~ ~

Han pasado casi dos semanas desde la última vez que Harry y yo entablamos una conversación real. Hace unos días le di el dinero que quedé de pagarle por dejarme quedar aquí, y me encargué de liquidar el recibo de la luz sin su permiso. Se puso como loco cuando se enteró. Puedo asegurar que, si hubiese podido estrangularme con la mirada, lo habría hecho.

Ninguno de los dos ha hecho el esfuerzo por acercarse al otro después de eso. Hace unas noches llegó borracho. Una chica lo acompañaba. Traté de ignorar su escote pronunciado y el hecho de que su minifalda apenas cubría su trasero. Quería gritarle que se fuera, pero me limité a ayudarla a acomodar a Harry en uno de los sillones.

Creí que iba a quedarse; sin embargo, se marchó. Argumentó que solo lo había traído en su coche desde el bar donde se había emborrachado, y después de eso, se fue.

La convivencia con Harry es casi nula desde entonces. Procura nunca estar cuando yo estoy y, cuando es inevitable que ambos estemos en casa en el mismo horario, hace como si no estuviese ahí, justo en la misma habitación que él.

No sé cómo sentirme al respecto. Una parte de mí quiere romper el hielo y hablar, pero otra sigue esperando que sea él quien ceda y busque la manera de acercarse.

Esta tarde salí temprano del trabajo porque muero de cansancio. No tengo ánimos de hacer horas extras y lo único que quiero es llegar a casa a dormir.

Camino por las calles cercanas al complejo habitacional, con la cabeza puesta en mil cosas y en nada al mismo tiempo.

Estoy a pocos metros del edificio, cuando escucho una voz familiar gritando mi nombre. En ese instante, me vuelco en dirección al sonido y me congelo al mirar al chico de ojos castaño y aspecto desgarrado que trota en mi dirección.

—¡Jeremiah! —exclamo a manera de saludo—, ¿qué estás haciendo aquí?

Él se detiene justo cuando llega a mí y me regala una sonrisa radiante.

—¿Cómo que qué hago aquí? —rueda los ojos al cielo y dice—: Vine a verte, por supuesto. Creí que te escondías de mí. He venido aquí todos los días y no te he visto ni una sola vez.

El rubor se apodera de mi rostro y quema con intensidad en mis mejillas sin que pueda impedirlo.

—No deberías estar aquí —digo, a pesar del aleteo en mi estómago. No sueno tan dura como me gustaría.

Él hace un gesto desdeñoso con la mano para restarle importancia a mi comentario.

—No debería hacer muchas cosas, y sin embargo, las hago. Soy a lo que ustedes las chicas llaman «chico malo» —sonríe aún más.

—¿Y se supone que eso debe hacer que suspire por ti? —alzo las cejas con incredulidad, porque es el comentario más bobo que han utilizado para coquetear conmigo en mucho tiempo—. Escucha, Jeremiah, agradezco el interés. De verdad lo hago; pero pierdes tu tiempo.

—Pierdo el tiempo a diario en otras cosas, puedo seguir perdiéndolo aquí —se encoge de hombros.

Estoy a punto de replicar con un comentario sarcástico, cuando veo un familiar vehículo girando en la esquina.

Todo mi cuerpo se tensa por completo cuando reconozco la vieja camioneta de Harry.

—Oh, mierda... —las palabras salen de mis labios casi por voluntad propia.

La mirada de Jeremiah se posa en el mismo punto en el que la mía se encuentra.

—No sabía que *él* vivía aquí —dice, más para él mismo que para mí.

Mi atención se fija en el chico frente a mí.

—¿Lo conoces? —mi corazón se acelera a una velocidad alarmante y ni siquiera sé por qué.

Jeremiah me mira como si fuese el ser humano más estúpido en la faz de la tierra.

—Todo el mundo conoce a Harry «la Bestia» Stevens.

Quiero preguntar a qué se refiere con eso, pero no me atrevo a pronunciar palabra alguna. No estoy segura de querer escuchar lo que va a decir si la formulo en voz alta, así que me limito a morder la parte interna de mi mejilla para no hablar.

El cacharro aminora su marcha conforme se acerca al edificio, de modo que soy capaz de mirar un atisbo del rostro de Harry desde donde me encuentro. Su ceño fruncido lo hace lucir más duro que de costumbre, las cicatrices lucen siniestras con el reflejo sombreado del parabrisas y sus manos aferradas al volante, sumadas a la curvatura intimidante de sus hombros, lo hacen lucir hosco y hostil.

—Es aterrador, ¿no es así? —la voz de Jeremiah me trae de vuelta a la realidad.

—No —digo. Sueno irritada—. No luce para nada aterrador.

Los ojos del chico se posan en mí y esboza una sonrisa incrédula.

—Estás bromeando, ¿cierto? —dice—. Ese tipo es el más aterrador que he visto en mi vida. Créeme cuando te digo que es un jodido psicópata.

Mi estómago da un vuelco.

—¿Por qué lo dices? —trato de sonar despreocupada, pero fracaso terriblemente.

—Maya, ese tipo está metido en cosas malas —Jeremiah me mira a los ojos. La seriedad con la que lo dice, hace que la ansiedad aumente otro poco—. Dicen que carga con un arma a todos lados, que tiene arranques violentos y que la gente con la que está relacionado, bueno..., no es muy buena que digamos —hace una mueca de desagrado—. No le dicen Bestia solo por las cicatrices, ¿sabes?

—¿En qué está metido?, ¿con qué clase de gente se relaciona?, ¿cómo sabes todo eso? —las preguntas salen a borbotones de mis labios, y Jeremiah luce sorprendido por mi reacción.

—¡Tranquila! —alza las manos, como si estuviese apuntándole con un arma—, yo solo repito lo que se dice en las calles.

—¿Y qué es eso que se dice? —miro en dirección a la camioneta aparcada. Harry está saliendo del auto, y lo único que quiero, es que Jeremiah hable de una maldita vez.

—Que trabaja para un vendedor de drogas. Uno con mucho poder. Ya sabes, en el área de cobranzas —sus palabras caen sobre mí como balde de agua helada—. De todos modos, ¿cómo es que no sabes nada de esto?

—¿Cobranzas? —mi voz sale en un susurro tembloroso y asustado. No tengo ni idea de lo que se dice en las calles de la zona porque nunca estoy en ellas. No hay que ser un genio para notarlos; sin embargo, decido no decir nada al respecto.

Jeremiah me mira con exasperación.

—Maya, dicen que el tipo amenaza a los pobres diablos que le deben a su jefe, ¿entiendes? El tipo se encarga del trabajo sucio: amenazar, golpear, *matar...* —se encoge de hombros—. No me consta. A nadie le consta; pero digamos que es un secreto a voces. Por si las dudas, nadie quiere meterse con él.

De pronto, me cuesta trabajo respirar. Mi pulso golpea con furia detrás de mis orejas, mis manos se sienten heladas, mi cabeza da vueltas a mil por hora y no puedo apartar la mirada del chico que camina en dirección al edificio.

«¿Quién demonios eres, Harry Stevens?...».

CAPÍTULO 16

Todo mi cuerpo se tensa en el momento en el que la mirada de Harry se posa en nuestra dirección. Sus ojos se fijan en los míos por una fracción de segundo, antes de desviar su atención a Jeremiah.

Por un momento, luce aturdido. Podría jurar que luce *casi* afectado, pero la expresión sorprendida que se dibuja en su rostro se diluye tan pronto como aparece. La frialdad reemplaza cualquier clase de sentimiento que pudiese haberse filtrado en sus facciones y, sin decir o hacer algo que pueda parecer más que una mirada casual, avanza hacia el interior del edificio.

Una parte de mí quiere correr detrás de él y darle una explicación acerca de mis motivos para estar cerca de Jeremiah; pero otra, simplemente quiere correr lo más lejos posible de él. Las palabras del chico a mi lado no dejan de torturarme y, de pronto, me encuentro deseando no haber preguntado nada acerca del tipo con el que vivo.

Sé que son habladerías. Que nadie tiene la certeza de que Harry sea ese tipo de persona; pero no puedo pasar por alto el hecho de que, la parte del arma y de los arranques violentos, es cierta.

—¿Has hablado con él? —la voz de Jeremiah me saca de mis cavilaciones.

Mi atención viaja hacia él y trago duro.

—Un par de veces —miento.

Sus cejas se disparan al cielo con asombro e incredulidad.

—No es un tipo sociable —dice—. Escuchar que ha hablado contigo es algo sorprendente.

—Pues lo ha hecho —suelto, con irritación—, y ha sido muy amable.

Sus manos se alzan en señal de rendición.

—No he dicho que no te crea —se defiende—. Es solo que, bueno, se dicen muchas cosas sobre él, ¿de acuerdo? —niega con la cabeza—. Todas ellas podrían ser mentira, pero yo... Yo no estaría cerca de él si fuera tú.

Aprieto mis manos en puños, en un intento desesperado por disminuir el temblor que se ha apoderado de ellas. Mi mandíbula se aprieta unos instantes.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por la advertencia —digo y me obligo a lucir tranquila mientras lo hago.

Una sonrisa radiante se apodera de su rostro y sé que es ajeno a la revolución que hay dentro de mi cabeza.

No dejo de pensar en que Harry ha estado rodeado de habladurías toda su vida. Lo culparon de un atentado horrible, estuvo en la correccional gracias a todas las especulaciones que se generaron a su alrededor, y le hicieron pagar con una vida de rechazos por un crimen que no cometió.

«¿Qué si sí lo hizo?, ¿qué si provocó ese incendio?...». Susurra la irritante voz en mi cabeza, pero me obligo a ignorarla. No puedo juzgarlo de ese modo. No cuando todo lo que ha hecho por mí va en contra de todo eso de lo que se le acusa.

—Como sea... —dice Jeremiah, y da por zanjado el tema. Sus manos se hunden dentro de los bolsillos de sus vaqueros, en un gesto despreocupado—. El fin de semana habrá una fiesta en una bodega cerca de la costa Este. No queda muy lejos de aquí. ¿Quieres venir?

—Trabajo —la respuesta sale de mis labios antes de que pueda procesarla.

—¿Tú?, ¿trabajas? —la incredulidad tiñe su voz.

—Sí —trato de aminorar el sonido molesto de mi voz, pero no lo consigo. Entonces, explico, porque sé que va a preguntarlo en algún punto—: Tengo diecinueve años. No soy una niña.

Una carcajada brota de su garganta y niega con la cabeza.

—¿De verdad tienes diecinueve?, ¡hombre!, ¡creí que tenías diecisiete como mucho! —exclama—. Para tu buena suerte, yo acabo de cumplir veinte.

Fuerzo una sonrisa y me cruzo de brazos. No tengo ánimos de seguir hablando.

—Como sea... Agradezco la invitación, pero no puedo asistir —digo, al tiempo que doy un paso lejos.

Espero que entienda que quiero entrar al edificio, sin tener que decirlo realmente.

—¿A dónde vas? —sonríe, radiante, cuando doy un paso lejos de él—, no aceptaré un «no» por respuesta.

Un suspiro exasperado brota de mis labios y lo miro a los ojos.

—Jeremiah —trato de sonar amable y clara al mismo tiempo—, agradezco lo que haces, pero, de verdad, no puedo. Salgo muy tarde del trabajo y, por si eso fuera poco, llego agotada a casa. En otra ocasión quizás pueda considerarlo.

Él hace una mueca de auténtico pesar.

—Entiendo —asiente—. ¿Puedo verte de nuevo alguna vez?

Miro hacia la entrada del edificio. Se siente como si pudiese correr sin responderle, pero no me atrevo a hacerlo.

—No creo que sea buena idea —digo, finalmente.

—¿Por tu novio?

Mi ceño se frunce ligeramente, en confusión. Es entonces, cuando recuerdo lo que dije cuando lo conocí. Mencioné algo acerca de vivir con un novio, y ahora me siento terrible por haber mentido de esa manera.

—Sí —mi voz suena incierta, pero espero que no sea capaz de notarlo.

—Entiendo... —asiente y me mira a los ojos. Hay determinación en su expresión—. De cualquier modo, no voy a dejar de venir a buscarte —abro la boca para replicar, pero se apresura a agregar—: Capto la parte del novio y eso. Prometo que no volveré a insinuarme. *Amigos* suena bien para mí... *Por ahora* —me regala una sonrisa coqueta.

Sonrío con irritación.

«¿Acaso no se rinde».

—Te veré por ahí, entonces —digo y doy otro paso lejos.

—Ve con cuidado —me guiña un ojo—. La Bestia anda suelta.

Todas mis entrañas se revuelven con su comentario. Sé que ha sido una broma, pero me siento enferma de todas formas. Trato de mantener mi expresión en

blanco mientras me echo a andar de vuelta al edificio, pero estoy aterrorizada.

Después de una carrera apresurada por las escaleras, entro al apartamento de Harry. Mi corazón late con mucha fuerza, pero sé que no es por haber subido cinco pisos corriendo a toda velocidad, sino por las palabras de Jeremiah, que perforan en mi cabeza sin cesar.

«¿Qué ha hecho Harry para que la gente diga todas esas cosas sobre él?...».

Estoy recargada contra la puerta.

Trato de convencerme de que no me he movido porque intento recuperar el aliento; pero sé que, en realidad, trato de armarme de valor para enfrentar al imponente chico con el que vivo.

Decido que lo mejor que puedo hacer es actuar como si Jeremiah no me hubiese dicho nada. Después de todo, nadie tiene la certeza de que todo eso sea verdad, ¿no es así?

«Quizás deberías averiguarlo...».

Quiero golpear mi cabeza contra la pared una y otra vez, hasta que esa irritante voz se calle para siempre, pero, en su lugar, me obligo a caminar hasta la sala y dejar mi bolso sobre uno de los sillones.

Sé que está ahí. Siento su mirada fija en mí, pero no me atrevo a mirarlo de vuelta. Me dirijo a la cocina a paso apresurado. Preparar algo va a distraerme un poco, así que es lo que pretendo hacer.

—No sabía que eras amiga de ese vago —el sonido de su voz, hace que me detenga en seco.

—¿Qué? —lo miro por encima del hombro, con incredulidad.

Ha pasado casi dos semanas ignorándome, ¿y ahora se siente con el derecho de criticar a las personas que *sí* se interesan en hablarme?

—¿Sabías que aún vive con su madre? —una sonrisa que se me antoja falsa, se apodera de sus labios.

—No veo como eso es algo malo —sueno más irritada de lo que pretendo.

—No trabaja —su sonrisa se ensancha, pero sigue sin tocar sus ojos—. Ni siquiera estudia.

—¿Y a ti eso te afecta en...?

Sus cejas se disparan al cielo.

—Creí que era bueno que lo supieras —se encoge de hombros en un gesto casual, pero hay un destello en su mirada de algo que no puedo descifrar.

—Gracias por la información —me obligo a no apartar la vista de la suya—. Lo tendré en cuenta.

Me giro para entrar a la cocina.

—¿De todos modos vas a salir con él?, porque en serio, no deberías. Es un bueno para nada —vuelvo a escuchar su voz.

La irritación se transforma en coraje y me vuelco con brusquedad.

—Si salgo o no con él, es algo que no debería importarte —escupo.

—¿Cómo se supone que va a pagar la cuenta?, ¿vas a pagarla tú acaso? —ignora mi comentario y ríe, sin humor. El coraje que se apodera de mí es cada vez más intenso.

—Al menos, él no va a dejarme plantada —las palabras salen de mi boca casi por voluntad propia.

La expresión segura y burlona en su rostro, se borra por completo en un segundo. Luce como si hubiese sido golpeado en el estómago y me siento satisfecha por eso.

Quiero quedarme a ver su rostro un poco más, pero no me atrevo a hacerlo. Sé que no quiero escuchar lo que va a decir a continuación, así que me precipito a la cocina.

Mi corazón late tan fuerte, que temo que pueda salirse de mi pecho en cualquier momento. La satisfacción me invade por completo y sonrío como idiota por mi pequeño arranque de valentía.

Mis manos aún tiemblan por el exceso de adrenalina, pero se siente bien tener la última palabra por una vez en la vida. Quiero gritar, reír y brincar; pero, en su lugar, rebusco algo para cocinar.

Cuando la cena está lista y salgo a buscar a Harry, no lo encuentro por ningún lado. La decepción es inmediata, pero me convengo a mí misma de que no me importa comer sola.

Después de cenar y lavar los trastos sucios, me dirijo a la habitación. Hace más de una hora que Harry se marchó. Tengo la sospecha de que no volverá en un largo rato.

Las palabras de Jeremiah aún hacen eco en alguna parte de mi cerebro y la incertidumbre es tan grande, que apenas puedo mantenerme tranquila. A ratos soy capaz de olvidar lo ocurrido, pero mis pensamientos siempre terminan llevándome a ese oscuro lugar en el que Harry es un matón narcotraficante.

Quiero creer que todo es una mentira elaborada, que Harry no es capaz de hacer algo tan estúpido, y que nada de lo que se dice sobre él es verdad; pero sé que hay una gran posibilidad de que todo sea cierto.

«No le dicen Bestia solo por las cicatrices, ¿sabes?...». Las palabras de Jeremiah no me dejan tranquila. ¡Maldito sea!, ¡maldito sea mil veces!...

Mi corazón se acelera con anticipación y ansiedad, y me apresuro al mueble multiusos en la sala. No sé muy bien qué estoy haciendo, pero abro las gavetas y remuevo los recibos y *tickets* de compras que ha guardado ahí. No sé qué es lo que busco, pero no me detengo. Necesito encontrar algo —*lo que sea*— que me diga a qué se dedica Harry.

Reviso un par de carpetas, pero no hay nada; solo el contrato de compraventa del piso y unas cuantas facturas con el concepto de «remodelación». Los cajones están llenos tarjetas de presentación, cupones de descuento vencidos, y encendedores y cerillos.

La palabra *pirómano* toma un nuevo significado ahora. No sabía que Harry guardaba cosas como estas por todo el apartamento.

Trato de concentrarme en la tarea que me he impuesto; pero no puedo hacerlo cuando lo único que encuentro, son cosas con las que se puede iniciar un incendio.

«¡Tiene que haber algo en algún lugar!».

Me niego a creer que Harry es un delincuente. Me niego, rotundamente, a pensar que el chico que me salvó tantas veces sea capaz de matar a alguien solo porque se lo ordenan. Harry no es una mala persona, ¿o sí?...

Reviso el resto de muebles en la sala, pero no encuentro nada incriminatorio. Me apresuro por el pasillo hasta la habitación y reviso los papeles encima del escritorio, pero tampoco encuentro nada ahí.

La desesperación y la ansiedad se apoderan de mi sistema con rapidez y me siento asqueada de mí misma por lo que estoy haciendo.

Niego con la cabeza una y otra vez hasta que me deshago del remordimiento de conciencia y me concentro en la búsqueda que me he impuesto.

Dentro de una de las gavetas de la mesa de noche, encuentro el número telefónico de una chica, y no reprimo el impulso que tengo de tirarlo a la basura. Entonces, me apresuro al armario y empiezo a remover la ropa doblada sobre los paneles de madera. Ahí tampoco hay nada.

Eventualmente, encuentro la fotografía enmarcada donde sale junto a su novia fallecida y procuro no detenerme a mirarla demasiado. La imagen sigue causando cosas desagradables en mí.

Remuevo la ropa con más desespero y, entonces, veo un montón de cajas de plástico grueso escondidas detrás de las playeras dobladas. Mi corazón da un vuelco y me estiro para alcanzarlas. Parecen pequeños maletines plásticos y no pesan demasiado.

Cuando tengo los estuches en mis manos, salgo del reducido espacio y echo una mirada rápida al pasillo. Si Harry regresa y me encuentra hurgando en sus cosas, va a ponerse furioso.

En el momento en el que abro uno de ellos, la sangre abandona mi rostro.

Es una pistola.

En ese instante, me apresuro a abrir todas y cada una de las cajas de plástico, y me congelo cuando contemplo lo que contienen...

Son pistolas. Un montón de ellas. De distintos tamaños y estilos. Todas meticulosamente acomodadas dentro de los compartimentos recubiertos de esponja. El pánico se asienta en mi estómago como un puñado de rocas y mi boca se seca al instante. Quiero gritar...

—Oh Dios... —las palabras salen de mi boca en un susurro tembloroso.

Esto no está bien. Sé que hay gente que tiene permisos para tener un arma en casa por precaución, pero ¿tantas?, ¿para qué necesita tantas?...

No sé cuánto tiempo pasa antes de que reaccione y me apresure a cerrar las cajas esparcidas en el suelo para acomodarlas en su lugar. Trato de colocarlas en el lugar exacto donde las encontré, pero no estoy segura de haberlas metido en el panel correcto.

Cientos de escenarios inundan mi cabeza y ninguno es bueno. Las dudas y el miedo me impiden pensar con claridad.

Quiero reír, gritar, llorar y correr. Todo al mismo tiempo. Sin embargo, no me muevo. No puedo hacerlo.

Salgo del armario y contemplo el desastre que he hecho. Mi mente sigue corriendo a mil por hora en busca de una respuesta, pero sé que no hay nada que justifique la cantidad de armas que guarda en su armario.

—¿Encontraste lo que buscabas? —la voz ronca, arrastrada y profunda a mis espaldas, me eriza la piel en un segundo.

Puedo jurar que toda la sangre de mi cuerpo se ha agolpado en las plantas de mis pies. Mis ojos se aprietan con fuerza y, por primera vez en mucho tiempo, no lucho contra el miedo que me atenaza el corazón.

Quiero encararlo, pero sé que no estoy lista para hacerlo. Una mezcla de vergüenza, miedo y coraje se apodera de mis entrañas.

Me giro lentamente, y entonces, lo veo...

Harry Stevens está justo frente a mí. La distancia entre nosotros no es suficiente ahora mismo. Necesito alejarme, pero no puedo moverme. La poca iluminación tiñe su rostro con sombras, y eso lo hace lucir más siniestro y peligroso que nunca.

Su mandíbula angulosa está apretada con violencia, su cuerpo está completamente erguido y no hay indicio de aquel porte desgarbado que lo caracteriza. Luce como un depredador frente a su presa. La frialdad en su mirada lo hace lucir cruel, su postura amenazante lo hace lucir salvaje, y yo no puedo dejar de mirarlo.

—¿Se te perdió algo ahí dentro? —la tranquilidad en su voz suena errónea. Quiero responder algo, pero no encuentro nada para decir. Trato de idear una mentira,

pero nada viene a mí. Una sonrisa amarga se apodera de sus labios y me mira de pies a cabeza.

—¿Qué te dijeron sobre mí? —insiste.

—No me dijeron nada —tartamudeo con un hilo de voz.

Una carcajada corta y amarga lo asalta, y niega con la cabeza.

—Sé que se dicen muchas cosas, Maya —avanza en mi dirección con mucha lentitud. Parece un león a punto de atacar—, no soy estúpido. El vago de tu amigo seguro dijo algo, ¿no es cierto?... Te dijo algo y creo tener una idea de qué es —su vista se posa durante un ligero instante en el desastre del armario y dice—. Quiero suponer, también, que las has encontrado.

Habla de las armas. Mi corazón parece saltarse un latido, pero me las arreglo para dar un paso hacia atrás; a pesar de que sé que pronto golpearé contra el armario.

—¿Es cierto? —hablo, con un hilo de voz. Necesito saberlo todo de una maldita vez. Necesito saber si lo que dijo Jeremiah es verdad.

No responde.

Sigue avanzando y yo sigo retrocediendo. El miedo se transforma en terror en el momento en el que mi espalda choca contra la madera del mueble a mis espaldas y un grito se construye en mi garganta.

Él no se detiene y, de pronto, invade mi espacio vital.

—¿De verdad quieres saberlo? —su voz es un susurro ronco y profundo. Su aliento golpea mi mejilla y, por un instante, me siento aturdida y aterrorizada. El aroma a alcohol inunda mis fosas nasales, pero, por primera vez en mi vida, no es eso lo que me aterra.

—Sí —digo, en un susurro.

Sus ojos analizan mi rostro a detalle, y toda mi carne se pone de gallina con su intensa inspección.

—Todo es verdad —dice, tras un silencio tenso y tirante.

Quiero que se eche a reír o que diga que está jugando conmigo..., pero no lo hace. El nudo en mi estómago se aprieta y el pánico se apodera de mi cuerpo.

«¿Qué demonios está pasando?».

—¿Por qué me lo dices ahora? —sueno indefensa y asustada, pero es exactamente como me siento.

Se encoge de hombros en un gesto despreocupado, pero hay un destello angustiado en su mirada.

—Porque ya me cansé de jugar al chico bueno —se acerca un poco más, de modo que siento su respiración justo en la comisura de mi boca—. No soy una buena persona, Maya. Nunca lo he sido.

Lo miro a los ojos.

—No te creo —la determinación en mi voz, me toma por sorpresa. Él también luce aturdido por un instante, pero su mueca se recompone casi al instante.

Su nariz roza la mía con lentitud. Mis instintos actúan primero, y me aparto cuando se acerca un poco más.

—¿Me tienes miedo? —su rostro sigue inexpresivo, pero su voz suena inestable y ronca. Una de sus manos se alza y aparta un mechón de cabello lejos de mi rostro. Mis párpados se aprietan y mi respiración se atasca en mi garganta.

—N-no.

—Deberías —su voz es hielo—. Deberías salir corriendo ahora mismo, Maya. Deberías estar aterrada.

—No te tengo miedo, Harry —me obligo a mirarlo a los ojos—. No vas a hacerme daño.

Suena más a una pregunta que a una afirmación. Le ruego al cielo que de verdad no sea capaz de lastimarme, mientras me aferro al pequeño vestigio de esperanza que me asalta. Aún y con todo esto, sigo queriendo convencerme a mí misma de que no es una mala persona.

Su mirada se oscurece varios tonos, pero no deja de observarme a detalle. Sus manos golpean la madera a mis costados y chillido del susto. Todo mi cuerpo tiembla, pero no me atrevo a moverme.

—¿Quieres saber quién soy, Maya? —todo su cuerpo se pega al mío. Su aliento golpea mi boca de lleno y, por un doloroso instante, creo que va a besarme—. Soy un jodido delincuente que se gana la vida amenazando de muerte a la gente que le debe dinero su jefe. Soy un hijo de puta que no tiene respeto por nada ni por nadie.

Soy el idiota que encontró a una chica llorando en un pasillo y quedó prendado de ella en el jodido instante en el que la miró, y si ella no se aleja de mí, voy a arrastrarla al hoyo donde me encuentro estancado. Voy a hacerle mucho daño, Maya; y no va a ser intencional.

—No... —estoy a punto de gritar de la angustia—. *No, no, no...* No eres esa persona. No lo eres —me niego, rotundamente, a creer lo que acaba de decirme—. Eres *Harry*, el chico amable que se ofreció a llevarme a casa cuando quisiera; el chico dulce que puso su número de teléfono en mi buzón. El tipo que me salvó de una paliza que iba a acabar con mi vida.

—No soy una buena persona, Maya —por primera vez, el dolor se filtra en el tono de su voz—, y no voy a justificarme —dice. Puedo jurar que su armadura está resquebrajándose frente a mis ojos—. Puedo decir que las circunstancias me orillaron a tomar decisiones equivocadas, pero la vida siempre nos da opciones. Yo *elegí* esto, cuando pude haber hecho algo diferente —no puedo pensar correctamente. No puedo hacer otra cosa que no sea escuchar lo que tiene que decir—. ¿Y sabes por qué no llegué a nuestra cita? —de pronto, luce angustiado y desesperado—. Porque no quiero arrastrarte a mi mundo de mierda. Porque mereces algo mejor de lo que yo puedo ofrecerte.

Un sonido torturado se me escapa en ese momento y siento cómo su frente se une a la mía. Todo mi cuerpo se estremece cuando sus manos cálidas ahuecan mis mejillas. Es enferma la necesidad que tengo de sentir sus labios contra los míos.

La aberración que siento por él, es casi tan grande como las ganas que tengo de fundirme en sus labios.

Mi cabeza es una maraña inconexa de pensamientos contradictorios. Todo parece colisionar dentro de mí; y lo único que puedo hacer, es aferrarme a la visión devastadora de *Harry*, quien luce torturado y aterrorizado.

—¿Has matado a alguien? —la pregunta sale en un susurro entrecortado. Necesito saberlo. Necesito escucharlo de su boca o voy a volverme loca. Necesito que lo diga para así tener la fuerza necesaria para alejarme.

—Mírame, Maya —mis ojos se fijan en los suyos. Su mirada está cargada de intensidad y determinación—. *Nunca* he matado a nadie.

—¿Cómo se supone que te crea? —sueno patética y suplicante, pero necesito aferrarme a lo que acaba de decirme.

—Soy un jodido cobarde —el dolor en su expresión hace que mi corazón se estruje—. Nunca he tenido el valor de tirar del gatillo, y no tengo modo alguno de comprobarlo. Solo mi palabra, Maya; la misma palabra que te di cuando prometí que mi intención no era hacerte daño.

—Júralo —estoy desesperada y ansiosa.

—Te lo juro por la memoria de mi hermana. Lo juro por el amor que le tengo a mi madre. Lo juro por lo más sagrado que tengo —él también suena a punto de quebrarse.

Entonces, lo beso.

Lo beso porque deseo que se detenga. Porque ya no quiero escucharlo más...

Mi lengua busca la suya con urgencia, pero a él le toma unos instantes corresponder a mi caricia. Un gruñido ronco y profundo brota de su garganta, pero corresponde a mis caricias. Sus manos abandonan mi rostro para aferrarse a mi cintura, y une nuestros cuerpos con más intensidad que nunca. Mis manos se envuelven alrededor de su cuello y tiro de las ondas suaves que se enroscan en su nuca.

Sabe a menta y cerveza, pero no me importa ahora mismo. Nada importa en este momento. Lo único que quiero, es olvidar todo lo que ha *dicho*, y concentrarme en todo lo que me hace *sentir*.

Harry Stevens me hace sentir segura..., pero la Bestia me aterroriza.

CAPÍTULO 17

No quiero dejar de besarlo. Sus labios son urgentes contra los míos, y no puedo parar de entregarle todo eso que exige con cada caricia.

No sé en qué momento llegamos al suelo, pero estoy sentada a horcajadas sobre sus piernas. Sus brazos están aferrados a mi cintura, mientras que mis manos se encuentran enterradas entre la maraña salvaje de su cabello.

A pesar de mi postura dominante, es él quien tiene el control de la situación.

Mi corazón no ha dejado de latir con fuerza y la opresión dentro de mi pecho se ha esfumado casi por completo.

Por más retorcido y enfermo que sea, no puedo dejar de sentirme segura entre sus brazos. La sensación tranquilizadora que provocan sus extremidades a mi alrededor, es abrumadora y maravillosa. Ambas cosas al mismo tiempo...

El beso se rompe, de pronto, pero no me atrevo a abrir los ojos. Nuestra respiración es entrecortada, nuestras frentes están unidas y nuestros alientos se mezclan mientras luchamos por recuperar la compostura.

—Nunca sería capaz de hacerte daño, Maya —su voz suena tan ronca, que por un momento no logro reconocerla. Suena como si estuviese siendo torturado por la idea de mí, teniendo miedo de él.

Me obligo a mirarlo para encontrarme de lleno con una expresión cargada de preocupación y angustia. Aparto los mechones de cabello lejos de su rostro y presiono mis labios contra los suyos en un beso suave y casto.

Él parece relajarse un poco, así que me retiro un poco para poder mirarlo a los ojos. Él ahueca mi cara entre sus manos y traza caricias suaves con sus pulgares. El tacto hace que una oleada de calor se apodere de todo mi cuerpo.

No hablamos. No pronunciamos palabra alguna, y tampoco nos movemos de donde estamos. Él roza cada parte de mi rostro con las yemas de sus dedos,

mientras yo me aferro a sus hombros con todas mis fuerzas. Mi mente está completamente en blanco. No quiero pensar en todo lo que dijo. Necesito olvidarme de todo eso durante unos instantes o voy a volverme loca.

Una parte de mí, aún siente miedo de él. Miedo de lo que es capaz de hacer y de toda la oscuridad que tiene dentro...

Cuando lo miro a los ojos una vez más, no puedo evitar pensar que hay una lucha constante en su interior: la luz contra la oscuridad. Cuando lo conocí parecía que la oscuridad lo dominaba; sin embargo, he podido notar cómo la luz se ha hecho fuerte con el paso de las semanas.

No sé qué es lo que siento por él. No sé cómo me siento respecto a su pasado o su presente. Mucho menos sé si estoy lista para averiguar algo más acerca de Harry Stevens. Lo único que sé en este momento, es que no puedo alejarme. No *quiero* hacerlo...

Sus labios se acercan a mi rostro y se presionan con suavidad en la comisura de mi boca. Mis ojos se cierran en el momento en el que la caricia toca mi piel y me permito absorberla lo más que puedo.

—Eres tan hermosa —murmura, y el aleteo dentro de mi pecho hace que todo mi cuerpo se altere. Se aparta para mirarme a los ojos y susurra, más para sí mismo que para mí—: No sé qué demonios has hecho conmigo, Maya.

El silencio se apodera de nosotros mientras inspecciona mi rostro con la mirada. Me siento tímida y torpe, pero no me atrevo a hacer o decir nada.

—¿Sientes algo por mí, Harry? —digo, al cabo de un largo rato. Mi voz suena ronca y áspera, pero él no parece notarlo.

El aturdimiento es tanto, que no soy capaz de sentir nerviosismo o arrepentimiento por mi pregunta. Realmente necesito *saber* si siente algo cuando me mira.

Una pequeña risa brota de su garganta. Sus ojos se posan en los míos.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —dice, sin dejar de sonreír.

Mojo mis labios con mi lengua, solo porque hormiguean debido al contacto intenso que tuvimos. No se me escapa la forma en la que sus ojos se oscurecen

cuando lo hago.

—Me gustaría tenerlo claro —admito. Sueno tímida y asustada—. Eres tan impredecible, que me da miedo asumir algo ahora y que mañana resulte ser algo completamente diferente.

—Siento muchas cosas por ti, Maya —dice, con determinación y seriedad—. No voy a ponerle un nombre a lo que siento, porque odio las etiquetas. La gente cree que puede ponerle un nombre a todo. Vivimos en un mundo que cataloga y divide todo lo que ve, piensa y siente —sus manos toman mis muñecas para recorrer su toque y entrelazar nuestros dedos. Una mirada fugaz hace que note lo pequeñas que son mis manos en comparación con la tuyas—. No voy a ponerle un nombre a lo que siento por ti. Me rehúso a ponerle una etiqueta a esto que siento aquí cuando te veo —coloca nuestras manos sobre su pecho.

Mi corazón hace un baile extraño con sus palabras, pero me obligo a mantener mi expresión serena.

—Bien —susurro y le regalo una sonrisa tímida.

Él parece dudar un segundo. De pronto, luce asustado.

—¿Tú?... ¿sientes algo por mí? —su pregunta me toma por sorpresa, pero trato de no hacérselo saber.

—Siento algo por ti, Harry —admito—. Siento *muchas* cosas por ti. A veces, creo que te detesto —una mueca de fingida indignación lo asalta, pero continúo—: Otras, pienso que eres el chico más dulce del mundo. A veces, quiero estrangularte y otras besarte. A veces, cuando te enojas, quiero que la tierra se abra y me trague para no tener que enfrentarme a ti; y otras, simplemente, quiero gritarte que eres un idiota.

Una risa ronca retumba en toda la habitación. No se me escapa ni un segundo la forma en la que su cuerpo se estremece con el sonido, y cómo su mirada brilla con diversión mientras lo hace.

De pronto, el silencio se apodera del lugar. Sus dedos juguetean con los míos en un gesto distraído. Su mirada está fija en mí, pero no se necesita ser un genio para notar que se encuentra en otro lugar, sumido en sus pensamientos.

—No te convengo, Maya —de pronto, todo vestigio de humor previo, se va. La expresión en su rostro poco a poco se transforma en una mueca torturada y dolida—. Deberías haber huido de mí en el momento en el que te lo dije todo.

Un nudo se instala en la boca de mi estómago.

—¿Quieres que me vaya? —digo, en un susurro ronco—, ¿quieres que huya de ti?

Sus ojos verdes son una tormenta de tonalidades oscuras cuando me mira. Todo su cuerpo se tensa y su mandíbula se aprieta con intensidad.

—Soy demasiado egoísta como para permitirlo.

—Entonces, deja de intentar convencerme de que eres una mala persona —lo miro a los ojos—. ¿Por qué te empeñas en quedar como un monstruo cuando no lo eres?...

—Soy algo más aterrador que eso, Maya —luce cada vez más torturado—. No tienes una idea de cuán jodido estoy. No sé qué me pasa contigo, pero no soy así con todo el mundo.

—Deja de decir esas cosas acerca de ti mismo —trato de sonar dura, pero fracaso en el intento—. No vas a hacer que me aleje de ti. Soy una idiota, estoy jodida, enferma o como quieras llamarlo, pero no voy a irme, Harry.

—Entonces no te quedas ahí y bésame —mi corazón se detiene un nanosegundo para reanudar su marcha a una velocidad antinatural.

Antes de que pueda procesarlo, su mano ahueca la parte trasera de mi cuello y tira de mí en su dirección. Su lengua busca la mía sin pedir permiso y un gemido sorprendido brota de mi garganta.

Me toma unos segundos corresponder a su caricia con avidez. Jamás me había sentido de esta manera. Jamás me habían besado así. Jamás había querido estar tan cerca de alguien. Es como si todo mi cuerpo tratara de fundirse con el suyo; como si no hubiese otra cosa mejor que estar entre sus brazos.

—No salgas con ese idiota —murmura contra mi boca y vuelve a besarme.

—No iba a hacerlo —me sincero, entre besos.

—Sal conmigo —gruñe en respuesta. Suena más como una orden que como una pregunta, pero no me importa realmente.

—¿No vas a plantarme de nuevo? —me aparto para mirarlo.

—¡Oh, tú, pequeña mierda! —exclama, pero está sonriendo—. Ese fue un golpe bajo.

Una carcajada se escapa de mis labios.

—¿De qué hablas? —apenas puedo hablar debido a mi risa escandalosa.

—«Al menos, él no va a dejarme plantada» —hace una mala imitación de mi voz, para después fruncir el ceño con enojo fingido—. *Ese fue un golpe muy bajo.*

La carcajada que me asalta es aún más ruidosa que la anterior. Hundo el rostro en el hueco entre su hombro y cuello, y su abrazo se vuelve posesivo.

—Me invitó a una fiesta el fin de semana —digo, mientras salgo de mi escondite y le regalo una sonrisa inocente. Su mueca irritada se intensifica.

—¿Sí?, bueno, pues su fiesta puede irse mucho a la mierda —dice casi en un gruñido.

—Como que tengo ganas de ir —miento, sin dejar de sonreír como idiota.

Su mirada se oscurece varias tonalidades antes de envolver su brazo alrededor de mi cintura. De un movimiento rápido, invierte nuestras posiciones. De pronto, mi espalda está pegada a la alfombra del suelo y su cuerpo está sobre el mío. La alarma se detona en mi sistema casi de inmediato.

—Sobre mi cadáver, Maya Bassi —dice y me besa con intensidad.

El pánico estalla cuando sus labios trazan un camino hasta mi cuello. Todo mi cuerpo se tensa cuando succiona la piel de esa zona, y sus manos trazan la curva de mi cintura. El asco y la repulsión se apoderan de mi sistema en ese instante, así que lo empujo con todas mis fuerzas.

—¡No! —mi voz suena más allá de lo aterrorizada.

De pronto, Harry se aparta. Su expresión alerta y confundida se siente como una bofetada, pero no puedo dejar de temblar. No puedo dejar de sentirme asqueada de él y de mí misma.

Lo empujo otro poco y me incorporo en una posición sentada para abrazarme a mí misma. Mis ojos se cierran con fuerza y trato de bloquear todos los recuerdos que comienzan a arremolinarse en mi cabeza.

—Maya... —la preocupación en la voz de Harry hace que las ganas de llorar que tenía hace unos instantes, regresen—. Maya, ¿te hice daño?

—E-estoy bien —sueno patética—. Estoy bien, estoy bien, *estoy bien...*

Trato de convencerme a mí misma de que realmente lo estoy, pero no puedo detener la sensación enfermiza que se ha apoderado de mi cuerpo. Se siente como si arrancar mi piel a pedazos, fuese la mejor solución para eliminar la repulsión que me asalta.

—Maya, *dime...* —la súplica en la voz de Harry me rompe en formas que ni siquiera yo misma entiendo, pero no puedo decirle nada. No *quiero* hacerlo.

Mi mente lucha frenéticamente por inventar una mentira creíble para mi estúpido comportamiento, pero el terror apenas me deja pensar con claridad.

«¡Dile algo!, ¡ahora!, ¡lo que sea, maldición!...».

—N-nunca he... —las palabras salen en un balbuceo incoherente, pero no soy capaz de finalizar la oración. Decirle que nunca he tenido relaciones sería la peor mentira de todas. No quiero mentirle así a él. No lo merece.

—Oh, mierda... —dice, en un susurro preocupado—. Maya, lo siento. No sabía que nunca... ¡Oh, mierda!, *lo siento...*

—Harry, no es...

—Entiendo —me interrumpe—. Entiendo perfectamente. Lo siento mucho, Maya. No quise hacerte pensar que quería que sucediera. Lo lamento, de verdad.

Quiero desmentirlo. Quiero decirle que no es ese el motivo de mi rechazo..., pero *no lo hago*. No lo hago porque me aterroriza la forma en la que va a mirarme cuando se entere de la verdad. No lo hago porque nunca nadie me había mirado con la misma intensidad con la que él lo hace.

No quiero que sienta lástima por mí. No quiero que me tenga *asco...*

—¿Puedo abrazarte? —la preocupación y la angustia en su voz me hacen sentir la peor de las personas.

Él ni siquiera espera por mi respuesta. Se acerca a mí y, con mucho cuidado, me envuelve entre sus brazos.

Me toma unos segundos atreverme a corresponder a su gesto, pero, cuando lo hago, tira de mí en su dirección y me acomoda sobre su regazo.

Quiero sentirme cómoda, pero no puedo hacerlo. No puedo hacerlo porque sé que Harry merece saber la verdad. Merece que sea honesta y le diga todo sobre mí, así como él me lo ha contado todo sobre su vida.

Me digo a mí misma que lo haré. Que buscaré la manera de decírselo y que será pronto. Solo así soy capaz de sentirme un poco mejor conmigo misma. Solo así, soy capaz de abrazar a Harry sin sentir que soy una persona horrible.

~ ~ ~

Esta noche es mi primera cita oficial con Harry.

Kim y yo hemos ido a buscar un vestido en nuestra hora de comida y he conseguido que Fred me cubra las últimas dos horas de la jornada.

Harry dijo que estaría en casa pasando las ocho, así que tengo un poco más de una hora para estar lista. Compré, también, un poco de maquillaje y unos zapatos a juego.

Es la primera vez, en mucho tiempo, que gasto tanto dinero en mí. Es la primera vez, en mucho tiempo, que me siento como una chica de mi edad.

El agujero en mi estómago y el latir desbocado de mi pulso no me han dejado en paz en todo el día. Kim no estuvo muy de acuerdo con mi decisión de aceptar salir con él. Dice que debí haberme hecho un poco del rogar después de que me plantó; sin embargo, me ha ayudado a elegir lo que voy a usar sin chistar en lo absoluto.

No le mencioné nada acerca de lo que Harry me confesó. Tampoco le hablé sobre lo que encontré en su armario. No sé cómo reaccionaría si lo supiera. Probablemente, enloquecería; así como yo estuve a punto de hacerlo...

Subo las escaleras a paso rápido y decidido. Corro el tramo que separa el piso de Harry y de mi papá. A pesar de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi, no dejo de sentir miedo.

Es como quien crece temiéndole a algo en específico. Por más tiempo que pase y por más convencido que estés de que no va a dañarte, el pequeño miedo no se va.

Una vez dentro de apartamento de Harry, corro a la ducha. Me aseguro de restregar mi cuerpo con la esponja del baño y mucho jabón. Me cercioro, también, de que mis piernas no necesiten un poco de crema para depilar, y lavo mi cabello varias veces para quitar el olor a comida y especias del Joe's Place. He descubierto que Harry tiene la manía de hundir su rostro en él, y eso ha hecho que ponga especial atención en su cuidado.

Una vez fuera de la ducha, me enfundo en mi nuevo vestido negro. No es algo elegante o sexi; el escote no es pronunciado y la falda no es muy corta. Es un simple y bonito vestido negro que va perfecto con mis casi inexistentes atributos.

Me aseguro de aplicar un poco más de maquillaje de lo que acostumbro, y trato de acomodar mi cabello hacia a un lado con un par de horquillas en la parte trasera de mi nuca.

Me echo una mirada rápida en el espejo y decido que necesito ponerme un poco más de color en los labios, pero me detengo en el momento en el que el tubo del lápiz labial toca mi piel.

«Harry va a quitarlo de cualquier manera, ¿para qué te molestas en eso?». Susurra la vocecilla de mi cabeza y sonrío como idiota.

Retiro el exceso de producto de mi boca y me miro al espejo por enésima vez. El sonido de la puerta siendo golpeada, me saca de balance.

Mi ceño se frunce en confusión, solo porque nunca nadie viene al apartamento. Harry tiene sus llaves y Johannah también cuenta con un juego para ella.

El golpeteo vuelve a sonar, así que me apresuro por el pasillo hasta llegar a la entrada.

—¡Ya voy! —grito, cuando llaman por tercera vez.

Abro la puerta rápidamente y me congelo en el momento en el que mis ojos se topan con los del hombre que se encuentra de pie en el umbral.

Su mirada fría y calculadora me recorre de pies a cabeza.

—¿Dónde está Bestia?

CAPÍTULO 18

Mi estómago se revuelve con violencia cuando el hombre de la entrada clava sus ojos castaños en los míos.

Todo se siente incorrecto respecto a él. Es mucho más alto que yo y su masa muscular lo hace lucir mucho más aterrador de lo que ya es. Su cabello está a rape, y la tinta de los tatuajes de su piel sobresale por el cuello y las mangas de su playera. Todo dentro de mí grita que me aleje, pero no puedo mover un solo músculo.

—¿Te comió la lengua el ratón, cariño? —una sonrisa lasciva se dibuja en sus labios—, ¿o es que Stevens no les permite hablar a sus putas?

La repulsión me invade debido a la forma en la que me ha llamado.

—Él no está aquí — me obligo a responder. Sueno firme, pero hay un destello asustado en mi voz.

El tipo chasquea la lengua y niega con la cabeza, pero sé que el pesar en su expresión no es sincero. Realmente, no lamenta que Harry no se encuentre.

—Supongo que tendré que entrar a esperarlo entonces —da un paso dentro del apartamento y mis brazos parecen reaccionar por voluntad propia, ya que arrastran la madera de la puerta para cerrarla. Su mano empuja con brusquedad para impedir que la cierre en sus narices y reprimo un grito de terror.

Es mucho más fuerte que yo, así que no le toma mucho esfuerzo abrir la puerta, a pesar de mis intentos por detenerlo.

—¿A qué le tienes miedo, cariño?, yo solo quiero entrar a esperar a mi amigo.

<<¡Por favor, vete!, ¡por favor, por favor, por favor!>>.

—No volverá pronto —sueno aterrorizada, pero ya no me importa hacerle saber cuán alterada estoy.

—Tengo todo el tiempo del mundo —me regala una sonrisa radiante, pero el gesto no toca sus ojos.

Entonces, camina dentro del apartamento.

Sus pasos lentos y perezosos son amortiguados por la alfombra y su mirada se pasea por la estancia con lentitud.

Luego, me mira por encima del hombro.

—Jamás había estado aquí antes. Es un bonito lugar. ¿Vienes seguido?, ¿eres de sus recurrentes? —habla como si fuésemos los amigos más íntimos.

Me siento asqueada por sus palabras. Me rehúso a pensar que Harry llegó a traer prostitutas a este lugar, a pesar de que llegué a escuchar la voz de una alguna vez.

—Debo admitir que no eres mi tipo —la voz del hombre me saca de mis cavilaciones. Mis ojos encuentran los suyos, y la repugnancia se apodera de mí cuando me mira de pies a cabeza—. Me gustan las mujeres con curvas. No sabía que a Harry le venía bien la pedofilia.

Mi mandíbula está apretada con fuerza y el coraje se cuece a fuego lento en mi torrente sanguíneo. La humillación y la ira parecen mezclarse dentro de mi cuerpo como el peor de los monstruos, pero no me atrevo a decir nada.

—¿Por qué no vienes aquí y me complaces un poco? —se deja caer en el sillón donde besé a Harry por primera vez y quiero gritarle que se levante de ahí. Quiero gritarle que se vaya y no regrese nunca.

—No soy una prostituta —mi voz suena más determinante de lo que espero—. Harry va a tardar. Deberías marcharte ahora mismo si no quieres que llame a la policía.

Las cejas del hombre se alzan con asombro.

—¿Me estás amenazando? —la amabilidad en su tono, se siente equivocada. Es como si hubiera un tinte iracundo debajo de la miel que cubre su voz.

De pronto, se pone de pie. Yo retrocedo cuando avanza en mi dirección. Puedo escuchar el ritmo de mi pulso detrás de mis orejas. Puedo sentir cómo el horror me estruja el pecho con una fuerza demoledora y mis oídos zumban de pura ansiedad.

—¿Sabes qué le pasó a la última persona que me amenazó, *perra*? —sisea. De pronto, suena furioso.

Mi espalda golpea contra una de las paredes y mi mandíbula se aprieta cuando noto que solo está a unos pasos de distancia. Un grito se construye en mi garganta conforme se acerca. Mi cuerpo tiembla sobremanera y mi corazón acelera su marcha un poco más.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —la familiar voz ronca y arrastrada viene a mí y trae un golpe de alivio a mi cuerpo.

La mirada del hombre se desvía hacia el pasillo y yo aprieto mis ojos con fuerza. Cubro mi boca con una mano y reprimo el gemido asustado que tengo atascado en la garganta antes de atreverme a mirar la escena.

El hombre ha tomado distancia de mí. De pronto, su postura amenazante se ha convertido en una errante e insegura. Su mandíbula está apretada y sus ojos están clavados en un punto a mi izquierda.

Entonces, me atrevo a *mirarlo*...

Harry está ahí, parado a pocos pasos de distancia. Su ceño está fruncido con enojo profundo y su mirada está fija en el hombre. Su espalda está erguida completamente y sus hombros están cuadrados, de modo que luce más imponente que nunca. Es como si el enfado despertara algo salvaje e intimidante en él.

Su mirada se posa unos segundos en mí y un atisbo de alivio recorre sus facciones. Entonces, vuelve su atención al hombre.

—Ve a la habitación, Maya —escupe.

Me toma por sorpresa el tono glacial con el que se dirige a mí. Casi no puedo reconocer su voz debido a la dureza que ha impreso en ella.

—¿Qué?

La frialdad en su mirada me pone la carne de gallina.

—Que vayas a la habitación —suelta, con más fuerza. No me atrevo a moverme, ni a decir nada—. ¡Ahora, Maya! —su voz truena en la estancia y pego un salto en mi lugar.

La humillación me invade por completo, pero me obligo a avanzar en dirección a donde se me indica.

El silencio se apodera del lugar, hasta que cierro la puerta detrás de mí. No puedo reprimir el impulso que tengo de pegar una oreja a la madera para tratar de escuchar lo que dicen, pero lo único que logro escuchar cuando lo hago, son sonidos roncOS y profundos.

Harry suena molesto. *Muy molesto*. El hombre, por otro lado, suena asustado.

Mis intentos por escuchar la conversación son inútiles. No soy capaz de oír nada por más que trato, y maldigo para mis adentros antes de girar la perilla con cuidado. Es entonces, cuando logro escuchar las voces un poco más nítidas y claras.

—No vuelvas a poner un pie en mi jodido apartamento si no quieres que te vuele la tapa de los sesos, Tyler —la voz de Harry llega a mis oídos. Suena tranquilo. Demasiado tranquilo para mi gusto.

Me toma unos segundos darme cuenta de que no está amenazándolo. Está *avisándole* que va a hacerlo...

«Nunca he matado a nadie». Sus palabras retumban en mi cabeza, y trato de aferrarme a ellas a pesar de la inquietud que me embarga.

—¡No respondías tu maldito teléfono, Bestia!, ¿qué demonios se suponía que hiciera?, el jefe no está nada contento contigo —la voz de Tyler, el hombre aterrador, llega a mí. El tono amenazante de su voz, se ha esfumado por completo. Ahora suena como un adolescente a la defensiva.

—Eso no te da derecho de venir aquí, imbécil —escupe Harry—. Yo iré con Rodríguez cuando tenga oportunidad, no te metas donde nadie te llama.

—¡Me meto porque está mi cabeza en juego, Stevens!, ¡no has ido a reportarte en una semana!, ¡yo te recomendé!, ¡yo te *metí* en todo esto! —el tono de voz de Tyler es cada vez más fuerte y desesperado—. Te lo advertí. Te dije que una vez dentro no había salida.

—No quiero que vuelvas a venir a mi casa, Tyler, te lo advierto —Harry ignora las protestas del hombre e imprime un tono frío y lacónico cuando añade—: Y, por favor, no vuelvas a acercarte a *ella* de esa forma si quieres conservar tus malditas bolas.

Mi corazón se salta un latido en el momento en el que me doy cuenta de que está hablando de mí. Una extraña emoción calienta mi pecho, y quiero sonreír como idiota.

—¿Es eso? —la incredulidad tiñe la voz de Tyler—, ¿es por *ella*?, ¡mierda, Bestia!, sabes que no puedes dejarlo todo así como así; menos por una chica. No se juega con estas personas y lo sabes.

—Te lo advierto, Tyler. No estoy jugando —Harry sigue ignorando las palabras del hombre. La tranquilidad en su voz suena extraña. Calculada—. Vuelve a acercarte a ella, y me encargaré de arrancarte los testículos con unas pinzas.

—Solo te advierto una cosa, Bestia. Si abandonas el barco, Rodríguez va a venir a buscarte; y no voy a poder hacer nada para evitarlo —Tyler dice, al cabo de unos segundos.

—No voy a abandonar nada, ¿de acuerdo? —de pronto, Harry suena irritado—. Llamaré a Rodríguez mañana mismo.

—Bien —Tyler suena un poco más satisfecho. Las pisadas lentas y perezosas resuenan por todo el apartamento, antes de que diga—: y, ¿Harry? —es la primera vez que lo llama por su nombre—, no dejes que esa chica te ciegue. No puedes ablandarte ahora. Es solo una chica, ¿de acuerdo?

—Soy *Bestia*, ¿recuerdas? —la frialdad en el tono de Harry, hace que mi corazón se estruje—. Yo no me ablando.

El hombre masculla algo que no soy capaz de entender, antes de que el silencio inunde la estancia. Me toma unos instantes darme cuenta de que el tipo se ha marchado y que estoy aquí, con la puerta medio abierta, escuchando conversaciones que no debería.

Es entonces, cuando me apresuro a cerrarla para correr hasta la cama y sentarme sobre ella con aire tranquilo.

Harry abre sin llamar, pero se detiene en el umbral. Mi mirada encuentra la suya y soy capaz de mirar la vacilación en su expresión. Sus manos se hunden en los bolsillos de sus vaqueros y muerde la parte interna de su mejilla.

—¿Estás bien?

Mi corazón aún no ha recuperado su ritmo habitual, pero me obligo a tragar duro y asentir con la cabeza. No confío en mi voz para hablar.

El silencio se apodera de la estancia, antes de que Harry dé un paso vacilante en mi dirección.

—Lamento mucho haberte hablado como lo hice —dice. La calidez en su voz hace que la sensación enfermiza que experimenté hace unos instantes, termine de disolverse—. De verdad, lo lamento mucho.

—Está bien —digo, en voz baja, antes de regalarle una sonrisa suave. Él corresponde a mi gesto.

Está a punto de decir algo cuando, de pronto, su mirada me recorre de pies a cabeza. Puedo notar cómo su expresión se transforma en un gesto que no puedo descifrar.

—Dios mío, estás hermosa... —dice, pero suena como si lo hubiese dicho más para sí mismo que para mí.

Siento el rubor calentando mi rostro, y sonrío aún más. Desvío la mirada de la suya para posarla en mis manos, las cuales están apoyadas en mis rodillas flexionadas.

Una pregunta vaga por mi mente mientras miro las líneas suaves en mis palmas. Quiero armarme de valor para decirla en voz alta, pero me toma unos instantes conseguir la confianza y el coraje para hacerlo.

—¿Quién era él? —mi voz suena más firme de lo que espero, tras un largo momento.

No quiero arruinar el momento, pero tampoco quiero quedarme con la duda. Sé que no debo pronunciar esas palabras si no quiero saber la respuesta, pero simplemente no puedo pasarlo por alto.

Harry desvía la mirada y cierra los ojos, como si le diera vergüenza que yo estuviese preguntando algo así.

Le toma unos segundos volver a encararme, pero luce sereno cuando lo hace.

—¿De verdad quieres saber? —habla, en un susurro ronco y profundo.

—No realmente —me sincero—, pero necesito hacerlo.

—Es una de las personas con las que trabajo. Su nombre es Tyler —dice—. No te preocupes por él. No va a volver a acercarse a ti.

La sensación de protección que traen sus palabras, es maravillosa. Harry Stevens me hace sentir más segura que nunca; es quien ha devuelto mi fe en la humanidad. Es el chico que puede hacerme olvidar todo lo que me angustia en un segundo...

Quiero saber a qué se dedica exactamente. Quiero saber qué hace en realidad. Por muy aterradora que sea la verdad completa y sin filtros, deseo saberla; pero no me atrevo a decir nada ahora. No quiero arruinar lo que tenemos planeado para hoy, así que decido guardar mis preguntas para después.

—¿Saldremos más tarde? —sueno nerviosa, pero a él no parece importarle.

—Por supuesto —asiente—. Solo me doy una ducha rápida y nos vamos.

Una sonrisa radiante se apodera de mis labios y asiento, mientras él se apresura a tomar ropa del armario y salir en dirección al baño. De pronto, se detiene a medio camino. Vuelve sobre sus pasos y trota de forma graciosa hasta mí.

Se inclina hacia adelante, y toma mi barbilla entre sus dedos para depositar un pequeño beso en mis labios.

—Hola... —susurra contra mi boca y vuelve a presionar sus labios contra los míos.

—Hola —susurro de vuelta, cuando se aparta.

—No tardaré —me guiña un ojo y se encamina hacia el baño.

~ ~ ~

—¿A dónde quieres ir? —Harry habla mientras enciende su viejo cacharro.

Me mira de reojo y no me pasa desapercibida la sonrisa fácil que tira de sus labios. La sombra de sus hoyuelos lo hace lucir amable y juguetón, y se siente como si estuviese conociendo una faceta de Harry completamente nueva para mí.

—Mi amiga Kim me habló de un lugar de comida brasileña. Ella y su novio van ahí todo el tiempo y dice que es bastante económico —sueno muy entusiasmada. Aunque no lo admita en voz alta, deseaba que esto sucediera entre nosotros desde hace mucho tiempo.

Harry asiente, pero su sonrisa vacila. De pronto, luce nervioso. Mi ceño se frunce ligeramente, pero no me atrevo a preguntar qué sucede.

—¿Por dónde está? —trata de sonar fresco y tranquilo, pero hay un filo tenso en el tono de su voz.

—Por Mission Street —mi entusiasmo previo se tambalea un poco. No quiero que piense que soy una entrometida, y tampoco quiero incomodarlo, pero su actitud me inquieta demasiado, así que me atrevo a preguntar—: ¿Está todo bien?, era solo una sugerencia. Si quieres que vayamos a otro lugar, yo...

—No —me corta, pero no despega los ojos del camino ni un segundo—. No es eso, Maya. Es que...

Espero en silencio, pero las palabras no vienen.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —insisto.

El silencio que se apodera de nosotros es tenso y tirante. Avanzamos por las calles repletas de tráfico y Harry se detiene cuando una luz roja nos alcanza. Entonces, toma una inspiración profunda.

—No suelo ir a lugares así, Maya —dice.

Me toma unos instantes darme cuenta de cuál es el trasfondo de sus palabras.

Harry no va a lugares como ese por sus cicatrices. Por esas marcas que son naturales para mí ahora. Él sabe que pueden ser impresionantes cuando las miras por primera vez. Debe recibir muchas miradas curiosas y escandalizadas por eso.

—Podemos ir a otro lugar —sugiero, pero me siento un tanto desanimada ahora. A cualquier lugar a donde vayamos va a sentirse incómodo.

—Quiero llevarte ahí —dice, tras un momento, con determinación—. Está bien, Maya. Estoy acostumbrado, es solo que... —fija su vista en el camino y niega con la cabeza—. Es solo que no quiero que te sientas incómoda por eso. La gente va a mirarme. *Mucho*.

—No me importa, Harry —digo, firme y segura—. Lo único que quiero es pasar tiempo contigo.

No responde, pero su mandíbula se tensa considerablemente. Sé que no está convencido de esto aún y me siento impotente por no saber qué hacer para hacerlo

sentir un poco más tranquilo.

El estado de ánimo de Harry cambia conforme nos acercamos al lugar, así que empiezo a hablar acerca del trabajo, en un intento de aminorar la tensión que comienza a hacerse presente en su lenguaje corporal.

Hablo sobre Kim y Will, Fred y su infidelidad. Incluso, hablo sobre mis funciones en el restaurante. Sueno patética, pero él parece relajarse con el paso de los minutos.

Al llegar al restaurante, lo primero que hago, es entrelazar sus dedos con los míos. Trato de demostrarle que no me importa lo que la gente piense, pero no estoy segura de que esté recibiendo el mensaje como me gustaría.

De pronto, parece tomado por sorpresa cuando soy yo quien guía nuestro camino por el estacionamiento hasta la entrada principal.

El mesero de la recepción palidece en el momento en el que nos ve llegar, pero se apresura a desviar la mirada del rostro de Harry para posar toda su atención en mí. Puedo sentir la incomodidad que irradia el cuerpo del chico con el que vivo, pero trato de no hacerlo notar.

El tipo de la recepción nos da la bienvenida sin apartar la vista de mí. Evita a toda costa mirar a Harry mientras habla, y no sé si quiero golpearlo o agradecer la indiferencia que trata de mostrar.

Nos encamina hasta una de las mesas vacías del fondo —*por petición de Harry*—, y se aleja una vez que una de las meseras se acerca a dejar un par de menús.

La chica menciona los especiales del día y se retira sin darnos una segunda mirada. Durante todo ese tiempo, Harry ha permanecido con la cabeza agachada. Una vez que la mujer se retira, alza la vista y me observa. Luce torturado, agobiado y arrepentido. En ese momento, mi pecho se contrae con una emoción apabullante.

Estiro mi mano para alcanzar la suya por encima de la mesa, pero él la retira. Una punzada de dolor escuece en mis venas, pero trato de mantener mi expresión neutral. Quiero decir algo —*lo que sea*— para disminuir la tensión, pero nada viene a mi mente. Pruebo con un comentario acerca de la bonita iluminación del lugar, pero él no parece haberme escuchado.

Su vista recorre la estancia una y otra vez, y eso me hace sentir cada vez más incómoda. Sé que no quiere estar aquí. Sé que está concentrado en la multitud a nuestro alrededor a pesar de que nadie está mirándonos; y, sobre todo, sé que esto va a ser un fracaso si no se olvida de todos sus complejos ahora mismo.

—Harry, no tenemos que estar aquí si no quieres —digo, tras un largo silencio.

Sus ojos encuentran los míos.

—Estoy bien —me regala una sonrisa tensa.

—No luces bien —apunto.

De pronto, su mueca se transforma en una expresión exasperada y molesta.

—Estoy haciendo esto por ti, Maya —sisea, con coraje—, dame un poco de crédito.

Sus palabras son como una bofetada y la ira se apodera de mi cuerpo con rapidez.

—No necesito que hagas nada por mí —siseo de vuelta—. Creí que querías salir conmigo, pero si vas a estar al pendiente de un puñado de personas que ni siquiera te miran, entonces *vámonos*.

Por un doloroso momento, creo que va a levantarse y va a pedirme que nos marchemos, pero no lo hace. Se limita a cerrar los ojos con fuerza, e inhalar profundamente.

—No quiero pelear contigo —su voz suena inestable y ronca... derrotada—. No hoy. No cuando luces así de bonita.

Sin pensarlo dos veces, me pongo de pie.

Luce aterrizado por mi acción, pero no me importa. La expresión asustada en su rostro, se transforma en una cargada de confusión.

No sé muy bien qué estoy haciendo, pero no me detengo. Él recarga su espalda en el respaldo de la silla y alza la vista para mirarme. Me inclino hacia adelante y ahueco su rostro entre mis manos antes de besarlo. Mi lengua busca la suya en ese momento y un gemido ronco brota de su garganta.

No reacciona de inmediato, pero, cuando lo hace, corresponde a mi beso con avidez. Una mano grande se coloca en la parte trasera de mi cabeza y me presiona contra él.

Cuando nos separamos, une su frente a la mía. Sus ojos están fijos en los míos, y soy capaz de notar cómo el miedo se disipa de su expresión.

—Necesitaba eso —su voz suena más ronca que de costumbre.

Una pequeña risa me asalta, y presiono mis labios contra los suyos una vez más.

—Podemos irnos en el momento en el que lo desees —susurro contra su boca—. Solo quiero estar contigo, Harry. No importa dónde.

—Estoy bien —asegura mientras aparta un mechón de cabello lejos de mi cara—. *Ahora* estoy bien.

Mojo mis labios con la punta de mi lengua y él mira la acción. Sus ojos se oscurecen notablemente, pero no dice nada. Se limita a sonreír y a acariciar mi pómulos con la yema de su pulgar.

De pronto, su vista hace un recorrido fugaz por todo el lugar y una risita ronca lo asalta.

—¿Tienes idea de cuántas personas nos miran ahora? —dice con aire reprobatorio, pero luce divertido.

Me encojo de hombros mientras me aparto. Trato de lucir casual, pero estoy más allá de lo avergonzada. Acabo de dar un espectáculo, pero no me arrepiento en lo absoluto. Jamás me arrepentiría de algo que hiciera que Harry Stevens sonriera como lo hace ahora mismo.

Miro de reojo alrededor y me doy cuenta de cuántas personas nos observan con curiosidad y diversión. El rubor sube por mi cuello hasta apoderarse de mi rostro, pero hago acopio de toda mi dignidad para volver a sentarme en mi lugar.

—Podría acostumbrarme a este tipo de atención —Harry observa. No ha dejado de sonreír. Los hoyuelos están profundamente marcados en sus mejillas y me siento satisfecha por haber sido yo quien ha puesto esa sonrisa en su rostro.

—Yo podría acostumbrarme a tu sonrisa —las palabras salen de mi boca antes de que pueda procesarlas y siento cómo el rubor en mi cara incrementa.

La calidez invade su expresión, y estira su mano para alcanzar la mía por encima de la mesa.

—Eres la mujer más hermosa que existe —dice, en un susurro dulce—, lo sabes, ¿cierto?...

—No lo soy —niego con la cabeza, pero estoy eufórica.

—Lo eres para mí —su ceño se frunce con fingida indignación—, y no me importa lo que digas.

Una sonrisa idiota abre su camino en mis labios solo porque nunca nadie me había hecho sentir de esta manera. Nunca nadie me había hecho sentir así de bien conmigo misma.

—¿Estás listo para ordenar? —mi voz suena cargada de emoción reprimida, pero no me importa.

—Estoy listo ahora —me guiña un ojo y levanta mi mano para depositar un beso justo en el dorso.

CAPÍTULO 19

—¡No entiendo cuál es el problema! —Kim exclama, enfurruñada. Estamos afuera del local del restaurante, así que tenemos un poco de tiempo para charlar antes de volver de nuestra hora de comida—, no es como si quisiera robarte a tu novio.

Ruedo los ojos al cielo, pero siento cómo la emoción se apodera de mí cuando utiliza esa palabra para referirse a Harry.

Han pasado ya tres semanas desde que Harry Stevens y yo comenzamos a salir de forma oficial.

Ninguno de los dos se ha atrevido a ponerle un título a lo que tenemos. Tampoco sé si puedo llamarle «citas» a lo que hacemos para pasar el tiempo, pero no puedo negar que nuestras actividades son bastante agradables.

No salimos al cine, tampoco vamos a cenar o a conseguir alguna bebida como hacen las parejas ordinarias. Nuestras citas consisten en caminatas largas y helados a deshoras. A veces, nos sentamos en la acera de afuera del edificio mientras comemos lo que sea que encontremos a la venta de madrugada; otras más, tenemos largas charlas acurrucados en su cama; y unas cuantas más, vemos películas tirados en la alfombra del apartamento.

—No es mi novio —digo, porque es cierto. Hace poco hablamos acerca de ser exclusivos, pero no nos hemos dado un título formal—. Y ya te dije que Harry no es una persona a la que le guste salir a discotecas o a bares.

—Entonces vamos a otro lugar —resuelve—. No entiendo qué hay de malo con que tengan una cita doble conmigo y Will. Él está encantado con la idea.

—No hay absolutamente nada de malo, es solo que... —me detengo en seco. No le he mencionado nada acerca de las marcas en su rostro, y tampoco quiero hacerlo. No porque sienta vergüenza de ellas, sino porque no me gusta darles la importancia

que no merecen. Aunque Harry no lo diga, sé que lo hacen sentir vulnerable casi todo el tiempo y no quiero presionarlo a hacer cosas que le incomodan.

—Es solo que, ¿qué? —Kim pregunta con impaciencia—, ¿es por él, Maya?, ¿es de esa clase de idiotas que no dejan a sus novias salir con otras personas?, porque si es así, te juro que voy a...

—Por supuesto que no es por eso —la interrumpo—. Harry no es así.

—¿Entonces? —la molestia en el tono de su voz hace que mi corazón se estruje un poco.

Trato de buscar alguna mentira para justificar el motivo por el cual Harry nunca aceptaría una cita doble con mi amiga y su novio, pero no encuentro nada para decir. Sé que debo decirle la verdad. Sé que debo contarle sobre las cicatrices porque tarde o temprano va a saberlo, pero no puedo hacerlo. No quiero ver en ella esa expresión detestable de lástima y horror que hay en todas las personas que miran a Harry en la calle.

Desvío la mirada.

De pronto, me siento incapaz de verla a la cara. Se siente horrible mentirle, pero no quiero que sienta lástima por la única cosa buena que me ha pasado en mucho tiempo.

—Maya, dime... —la voz de Kim se suaviza—. Si es por nosotros, o si Will no te agrada, o si crees que somos demasiado ridículos como para caerle bien a Harry, solo *dímelo*. No voy a molestarte.

—¡Es que no son ustedes! —exclamo, con irritación exasperada—, ¡no tiene absolutamente nada que ver con ustedes!, lo que sucede es que... —dudo. Sé que debo decir algo. Sé que Kim espera una explicación, así que tomo una inspiración profunda para armarme de valor. Entonces, dejo ir las palabras—: A Harry no le gusta salir a lugares públicos.

Su ceño se frunce en confusión.

—¿Así de extraño es? —dice, con incredulidad y diversión.

Una risa ansiosa brota de mis labios, y me siento frustrada y desesperada. Sé que voy a tener que contárselo. Sé que voy a tener que decirle sobre las marcas.

—No es por eso —me obligo a decir. Niego con la cabeza y la miro a los ojos antes de hablar—: Kim, tienes que prometerme que no vas a hacer ninguna clase de comentario hasta que termine.

—Lo prometo.

—Bien... —asiento, y tomo una inspiración profunda. Un atisbo de nerviosismo se apodera de mi cuerpo, pero trato de mantenerlo a raya mientras hablo—: Harry tiene... Tiene cicatrices. En la cara —las cejas de Kim se disparan al cielo y su boca se abre con sorpresa—. Son muy escandalosas y pueden ser intimidantes al principio. La gente suele mirarlo demasiado cuando salimos y eso le incomoda. Es por eso por lo que ni siquiera he sugerido la posibilidad de salir los cuatro juntos. Sé que va a aceptar, pero no quiero hacerlo pasar un mal rato en algún bar.

—¿Tiene marcas en *toda* la cara? —el asombro tiñe la voz de Kim.

—Solo en el lado izquierdo, pero son bastante escandalosas —me sincero.

—Mierda... —susurra. Espero un comentario lastimero y una mirada cargada de pesar, pero, en su lugar, me encuentro con una sonrisa boba y una mirada entusiasmada—: ¡Eso debe ser *muy* caliente!

La confusión me invade. No puedo creer que haya dicho eso. No puedo creer que haya utilizado ese adjetivo para referirse a las cicatrices de Harry.

—¿Qué?

La sonrisa de Kim se ensancha.

—Digo que debe lucir caliente con las cicatrices —se encoge de hombros—. Seguro luce sexi como el infierno.

El alivio me invade en ese momento y toda la tensión y el nerviosismo previo se esfuman en el momento en el que pronuncia esas palabras. Una risa idiota brota de mi garganta y la incredulidad se filtra en el sonido agudo de mi carcajada.

—No puedo creer que hayas dicho eso —niego con la cabeza, pero no he dejado de reír—. ¡Jesús, Kim!, esperaba cualquier cosa menos eso.

Un empujón suave hace que pierda el balance de mi cuerpo, pero lo recupero después de dar un traspié.

—Dame una oportunidad —dice—, no soy una perra y, ciertamente, Will tampoco es un hijo de puta. Coméntalo con Harry. Tengo muchas ganas de salir contigo; apenas si hacemos cosas juntas. Si dice que no, entonces nos vamos tú y yo. Sin chicos. ¿De acuerdo?

Dudo un poco, pero asiento al cabo de unos segundos.

—De acuerdo —mascullo—. Ahora vamos adentro, que van a regañarnos por estar aquí en lugar de estar atendiendo mesas.

Mi amiga rueda los ojos al cielo, pero me sigue cuando me encamino al interior del restaurante.

El resto del día pasa rápido y sin contratiempos. Al salir, Kim y Will se ofrecen a darme un aventón a casa, lo cual agradezco. Una vez aparcados fuera del edificio, mi amiga me hace prometer que hablaré con Harry acerca de salir los cuatro juntos y no me deja bajar del auto hasta que queda convencida de mis palabras.

Al entrar al complejo habitacional, una de las vecinas del primer piso me aborda. No estoy muy segura de recordar su nombre, pero tengo entendido que ella y el dueño del edificio tienen una relación muy estrecha.

Nadie lo sabe con certeza, pero se rumora que es su amante y que es por eso por lo que vive aquí.

—¡Maya, cariño! —me saluda con una sonrisa. El gesto no toca sus ojos. No tengo ni idea de por qué sabe mi nombre, pero tampoco quiero averiguarlo.

—Buenas noches —digo y trato de escabullirme escaleras arriba.

Por un momento, creo que lo he logrado, ya que subo un par de escalones sin problema alguno.

—¡Cariño, necesito hablar contigo! —su voz vuelve a llamarme y suena tan fuerte, que creo que los vecinos del piso superior han podido escucharla.

Me giro sobre mis talones y la encaro.

—¿Conmigo?, ¿acerca de qué? —mi ceño se frunce.

—Hablé con Tony, querida —una mueca de fingida preocupación se apodera de su rostro—. Me ha dicho que no has pagado el alquiler de tu apartamento los últimos dos meses. Si siguen así, va a echarlos a ti y a tu padre.

Mi corazón se salta un latido con la sola mención del hombre con el que solía vivir, y casi puedo jurar que toda la sangre de mi cuerpo se ha agolpado en mis pies. De pronto, mi garganta se seca; mis dedos se sienten helados y un escalofrío de pura repulsión me recorre.

Quiero decirle que ya no vivo ahí, que el apartamento de Harry es el lugar que me corresponde ahora y que lo que le pase a ese hombre no me importa, pero no lo hago.

Casi por inercia, mi mente empieza a hacer cuentas del dinero que tengo guardado. Ese dinero que he ahorrado las últimas semanas para comprarme una computadora, un teléfono celular y un montón de ropa nueva.

Me pregunto cuándo fue la última vez que papá comió algo, cuándo fue la última vez que tomó una ducha o se preocupó por cambiarse la ropa. Sé que, seguramente, se ha endeudado hasta la médula para comprar alcohol. Sé que es probable que ni siquiera le importe el hecho de que puede quedarse sin un techo solo por la horrible dependencia que ha adquirido con el paso de los años. Si tan solo mamá no se hubiese ido. Si no hubiese arruinado las cosas desde antes...

«No vayas ahí». Susurra la voz en mi cabeza y tomo una inspiración profunda mientras empujo los recuerdos en lo más profundo de mi mente.

Vuelvo al presente. Vuelvo a la mujer frente a mí y al hecho de que mi papá va a quedarse en la calle. Todo dentro de mí grita que debo hacer algo para evitarlo, pero la voz insidiosa de mi subconsciente no ha dejado de susurrar que debo dejar que se pudra en la calle. Que lo merece por todo lo que me hizo.

—Tony dice que nunca te habías atrasado con la renta, es por eso por lo que está esperando un poco, pero su paciencia se agotará pronto —la voz de la mujer me saca de mis cavilaciones.

La preocupación y la angustia atenazan mis entrañas. Quiero ahuyentar el sentimiento culposo lejos de mi cuerpo, pero es imposible.

«¿Cuán patética me hace esto?».

Abro la boca para decir algo, cuando un rostro familiar aparece en mi campo de visión. Harry Stevens está de pie detrás de la mujer que trata de cobrarme la renta de un apartamento donde ni siquiera vivo, y el alivio invade mi cuerpo.

—Buenas noches —su voz ronca y tranquila envía un escalofrío por toda mi espina.

La mujer gira sobre su eje y da un paso hacia atrás cuando nota que ha quedado frente a él.

Harry le regala una sonrisa jovial antes de mirarme y guiñarme un ojo.

—Hola, hermosa —dice, y avanza en mi dirección.

Estoy a escasos cinco escalones de distancia, así que no le toma mucho tiempo llegar a donde me encuentro. Sus dedos me toman por la barbilla y deposita un beso casto en mis labios. El efecto sedante que tienen sus besos, hace que me olvide por completo de la angustia previa.

Una sonrisa suave se dibuja en mis labios cuando se aparta y roza su nariz contra la mía en un gesto cariñoso.

Su mano se entrelaza con la mía, antes de tirar de mí escaleras arriba. Miro por encima del hombro para decirle a la mujer que voy a buscarla en la semana, pero luce tan afectada, que dudo que sea capaz de escucharme, así que decido pasar a su apartamento después.

Me cuesta mucho trabajo mantener el paso que lleva Harry mientras camina y él parece notarlo, ya que disminuye la velocidad de su caminado apresurado.

—¿La amante de Anthony estaba molestándote? —pregunta, pero no suena enojado. Más bien, parece divertido.

Me mira por el rabillo del ojo y no se me escapa la sonrisa juguetona que se ha apoderado de sus labios. Amo esa faceta suya. Su lado despreocupado y juguetón es mi favorito.

Abro la boca para responder, pero las palabras mueren en la punta de mi lengua cuando me percato de su presencia.

Me congelo, de pronto, y la repulsión y el miedo se apoderan de mí en el momento en el que *lo veo...*

Mi vista está clavada en el hombre de aspecto lastimoso y destrozado que se encuentra a pocos metros de distancia. Ni siquiera me di cuenta de en qué momento llegamos hasta el piso donde solía vivir.

La atención de Harry se dirige al punto donde la mía se encuentra y, en automático, se interpone entre mi padre y yo.

Mis dedos libres se aferran al material de la chaqueta de piel que lleva puesta, y la mano con la que me sostiene me aprieta con más fuerza de la que debería. No puedo reprimir el impulso que tengo de mirar, solo para cerciorarme de que no me ha visto aún, pero es demasiado tarde.

Ojos grises observan en nuestra dirección y, en el momento en el que encuentran los míos, un atisbo de reconocimiento los tiñe.

Casi puedo probar el vómito en mi garganta. Casi puedo probar el sabor de mi propio pánico.

La fuerza de los recuerdos que corren a toda velocidad hacia la superficie, es demoledora. Los gritos, los golpes, su aliento rancio en mi oreja, mis súplicas, el dolor físico, el dolor emocional, la humillación, la vergüenza, las ganas de morir... Todo se arremolina en mi interior tan rápidamente, que me olvido de respirar.

—*Maya...* —su voz trae oleadas nuevas de asco y repulsión. Mi nombre se escucha mal en sus labios. Se escucha *sucio* cuando él lo dice—. *Maya, cariño, ven aquí.*

Está ahogado en alcohol. No se necesita ser un genio para saberlo.

—*Maya, sube* —la voz de Harry suena tranquila, pero determinante, y eso solo significa que trata de contenerse.

Doy un paso en dirección al siguiente tramo de escaleras.

—¡No te atrevas a dar un jodido paso más, hijo de puta! —Harry escupe cuando estoy dispuesta a huir de mi papá.

Mi vista se vuelca hacia ellos. Harry tiene una mano puesta en la cinturilla de sus vaqueros, y eso es todo lo que necesito para saber que busca su arma. La mirada furibunda que mi papá le dedica me pone la carne de gallina.

—¡Ella es mía! —el grito de mi padre me toma por sorpresa—. ¡¿Quién demonios eres tú para prohibirme acercarme a mi hija?! ¡No puedes llevártela! ¡Ella me pertenece!

Todo sucede a una velocidad impresionante.

Harry se abalanza en dirección a mi padre y atesta un puñetazo en su rostro.

—¡Harry! —grito, pero él no parece escucharme.

—¡Vuelve a llamarla así, bastardo malnacido!, ¡te reto a que lo hagas! —Harry grita también.

Mi padre se tambalea hacia atrás con el impacto y golpea de regreso. Un grito ahogado brota de mis labios mientras me apresuro para tratar de detener la pelea.

Harry da un paso hacia atrás y noto cómo limpia su nariz con el dorso de la mano. Estoy lo suficientemente cerca como para ver la sangre que ha manchado sus dedos.

—No tienes idea de con quién acabas de meterte —susurra, con la voz enronquecida, y suena más siniestro que nunca. De pronto, es como si toda la humanidad en él se hubiese esfumado. Como si no fuese la misma persona que me saludó con un beso hace un par de minutos.

Otro golpe es atestado en dirección a mi padre, y el crujido que se hace escuchar después del impacto, envía un escalofrío de pura angustia que me recorre de pies a cabeza.

El hombre cae al suelo con un golpe sordo y Harry aprovecha para soltar una patada justo en sus costillas.

La sangre que brota de la boca de mi papá me hace reaccionar.

—¡Harry, detente! —chillo y me apresuro para tirar de él. Envuelvo mis dedos en su antebrazo, pero se sacude de mi agarre con brusquedad—. ¡Dios mío, para!, ¡vas a matarlo!

Otra patada es colocada en el torso del hombre en el suelo. Trato de llegar a Harry una vez más, pero no lo consigo. De pronto, todo su cuerpo gira con brusquedad. Su puño levantado hace que me encoja del miedo y, de pronto, lo único que espero es el impacto del golpe.

Uno...

Dos...

Tres segundos pasan..., pero el golpe no llega. Entonces, me atrevo a abrir los ojos para encarar al chico frente a mí. La mirada horrorizada de Harry es lo primero que me recibe.

—Lo siento —su voz es un susurro tembloroso—, *¡mierda!*, ¡lo siento!, ¡lo siento, lo siento, lo siento!

Un atisbo de alivio recorre mis venas, pero aún me siento inestable.

—Está bien —digo, pero sueno asustada hasta la mierda—. Está bien, Harry.

Vacila unos instantes. Luce incierto e inseguro, pero sus brazos se envuelven alrededor de mis hombros para apretarme contra su cuerpo. Está temblando. Quizás soy yo quien tiembla. Tal vez somos ambos...

Mis párpados se cierran y dejo que el miedo se fugue un poco. Permito que mi cuerpo absorba la seguridad que me invade con su abrazo apretado y trato de ignorar el pánico que sentí hace unos instantes. Trato de olvidar que el chico que me sostiene fue un completo desconocido durante unos segundos.

—Vámonos —pido, con un hilo de voz—. Por favor, Harry, vámonos de aquí.

Siento cómo sus labios se presionan en mi frente unos instantes antes de apartarse para tirar de mi mano. Entonces, me aleja del hombre que gimotea tirado en el pasillo.

Mientras subimos las escaleras, no puedo evitar mirar hacia atrás solo para echar un vistazo a lo que Harry ha hecho. Mi mandíbula se aprieta al notar el aspecto lamentable de mi padre, pero trato de ignorar a la voz incesante que me repite una y otra vez que Harry es un tipo demasiado peligroso.

Me digo a mí misma que él nunca me haría daño, y que lo único que ha hecho es ayudarme, pero ni siquiera eso elimina la sensación enfermiza que se ha apoderado de mi cuerpo.

He sido testigo de la oscuridad dentro Harry y, si hay algo de lo que estoy segura, es de que no quiero volver a verla nunca más.

CAPÍTULO 20

El sonido del agua cayendo, es lo único que rompe la quietud en la que se ha sumido el apartamento. Cuando entramos, lo primero que Harry hizo, fue encaminarse al baño y encerrarse dentro. Al poco rato, el sonido de la regadera lo inundó todo.

Mi corazón no ha dejado de latir a una velocidad antinatural y el miedo no ha mermado. Harry perdió completamente los estribos. Levantó su puño en mi dirección, y casi puedo jurar que estuvo a punto de golpearme.

«Él no iba a golpearte...». Mi subconsciente protesta, pero sé que él tampoco está seguro de ello.

Mis ojos se cierran mientras trato de borrar su expresión desencajada de mi memoria. El temblor de mis manos es cada vez más intenso, así que presiono mis palmas abiertas contra mis rodillas, en un intento desesperado por disminuirlo. La opresión en mi caja torácica apenas me permite respirar, la adrenalina aún no se ha ido del todo y lo único que quiero, es tener la capacidad de construir muros a mi alrededor, para así dejar de torturarme una y otra vez con lo ocurrido hace unos momentos.

La regadera se detiene.

Mi mandíbula se aprieta y tengo que reprimir el impulso que tengo de salir corriendo. El silencio inunda la estancia, pero no me atrevo a moverme.

Entonces, los pasos de Harry resuenan por el pasillo. Sé que viene hacia acá. No hay que ser un genio para averiguarlo.

Trago duro y tomo una inspiración profunda, antes de fijar mi mirada en un punto en la alfombra. Esto está jodido. Esto es horrible. No puedo pretender que nada ha ocurrido...

Por el rabillo del ojo, soy capaz de verlo. Se detiene a pocos pasos de distancia, pero no me atrevo a encararlo de frente. No estoy lista para volver a mirarlo a la cara. No sin sentir miedo.

Las pisadas se acercan cada vez más y sé que no puedo postergar más lo inevitable. Voy a tener que enfrentarme a él...

Harry se detiene justo frente a mí, del otro lado de la mesa de centro, pero no levanto la vista. Rodea el perímetro de madera que se interpone entre nosotros y se sienta sobre la superficie cuando estamos de frente. Sus rodillas flexionadas están abiertas, de modo que me encuentro aprisionada entre su cuerpo, el sillón donde estoy acomodada y la mesa.

Un dedo calloso se coloca debajo de mi barbilla y me obliga a alzar el rostro. Mi mandíbula se aprieta aún más, y mis entrañas se revuelven con anticipación. Un par de impresionantes ojos esmeraldas me mira fijamente. Entonces, el aliento me abandona.

Su cercanía me altera de formas que no puedo comprender. No quiero sentirme vulnerable a su alrededor, pero sé que ya no hay marcha atrás. Harry es capaz de doblegarme de este y de muchos modos más, y me siento traicionada por mi propio cuerpo. Me siento derrotada por la calidez con la que me mira y la oleada de alivio que trae a mi pecho el tenerlo aquí frente a mí.

Su ceño está fruncido con preocupación, su mandíbula angulosa está apretada, sus hombros lucen tensos y parece que va a desmoronarse en cualquier momento. A pesar de todo eso, no deja de ser impresionante.

Harry Stevens *siempre* ha sido impresionante.

—Lo lamento *tanto*... —dice, finalmente. Su voz suena más ronca que nunca.

—Está bien —respondo, pero no sé si es verdad. No sé si todo, realmente, está tan bien como debería.

Su toque se desliza hacia mi mejilla y, por instinto, me aparto. El pánico y la decepción invaden su expresión. Me siento como una completa perra, pero no puedo apartar el miedo de mi sistema. Se ha adherido a mis huesos y ahora es imposible eliminarlo.

Estoy harta de sentirme así todo el tiempo. Estoy harta de mí misma. Estoy tan cansada, que deseo escapar de mi propia piel y ser otra persona por el resto de mis días... Sin embargo, sé que es imposible. Estoy atascada en la mente asustada de una chica estúpida e insignificante, y no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Maya, nunca te haría daño —el temblor en su voz me desgarró por dentro—. *Lo juro...*

El escozor que llevo en el pecho, es cada vez más intenso, pero me obligo a mantener mis emociones a raya.

Sus nudillos rozan mi mejilla con mucho cuidado, y un destello rosado llama mi atención. El pánico disminuye ligeramente con esa distracción y me aparto con suavidad para tomar su mano entre las mías y estudiar el dorso.

La piel se ha roto en las articulaciones. La carne está expuesta en ciertas partes, y me estremezco ante la visión de su puño destrozado. Mi mente evoca la brutalidad de los golpes que atestó contra mi papá y un nudo se instala en la boca de mi estómago al imaginar cuán violento fue el ataque.

«Él se hizo esto a sí mismo por ti. Por defenderte».

La resolución de este hecho me hace sentir miserable y maravillosa. Nunca nadie me había defendido. Nadie había puesto su integridad física de lado para hacer algo por mí. Ningún ser humano en la tierra había sido capaz de interponerse entre ese asqueroso hombre y yo. No hasta que él apareció.

Estoy segura de que los vecinos del piso donde vivía siempre supieron acerca de los golpes y las violaciones, pero nadie tuvo el valor de ir a detenerlo. Los seres humanos tenemos la capacidad de ignorar las cosas que están frente a nuestras narices solo porque no queremos verlas.

Ellos sabían sobre lo que mi papá me hacía, pero siempre fue más fácil ignorarlo. Siempre es más fácil hacerse el ciego...

La sensación dolorosa dentro de mi pecho, es insoportable. Harry es, para bien o para mal, la única persona que se ha preocupado por mí. Me ayudó sin conocerme y sin esperar nada a cambio, y me salvó más veces de las que puedo recordar. Tengo que concederle eso.

—Gracias, Harry —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas.

De pronto, la confusión tiñe sus facciones. Abre la boca para decir algo, pero la cierra de golpe. Entonces, aprovecho ese momento de silencio y llevo la mano herida hacia mis labios. Deposito un beso suave en la zona lastimada, y puedo sentir cómo se tensa en respuesta. Dejo otro beso en su dorso, y me obligo a mirarlo a los ojos.

—Gracias... —apenas puedo pronunciar.

—Siento mucho haberte asustado —susurra, en voz tan baja que apenas le escucho.

—Todo está bien —susurro, con la voz entrecortada por las emociones contenidas. Una sonrisa suave se dibuja en mis labios y noto cómo traga duro. Luce inseguro e incierto, pero no dice nada. Se limita a mirarme a los ojos en busca de algún atisbo de miedo o enojo.

Finalmente, su mano se aparta con suavidad y se envuelve en mi muñeca. Tira de mí con delicadeza hasta acomodarme sobre una de sus piernas y su brazo libre se envuelve en mi cintura.

Mechones de cabello son apartados de mi rostro y la sensación enfermiza disminuye un poco. A veces olvido cuán suave puede ser con sus manos; cuán delicadas suelen ser sus caricias y cuán segura me siento cuando me sostiene.

—¿Me tienes miedo, Maya?

—No —la pregunta es tan familiar ahora, que la respuesta viene de inmediato.

No sé qué pretende al preguntarlo. Es como si esperara que, de la noche a la mañana, sintiera terror de estar con él. No voy a negar que algunas actitudes suyas me desconciertan, pero eso no ha disminuido ni un poco lo que siento cuando estoy a su alrededor.

Su mano ahueca un lado de mi rostro y tira de mí hacia adelante. Mi nariz roza la suya, pero no me atrevo a moverme. Quiero besarlo, pero no puedo dejar de mirar la tormenta de colores que hay en sus ojos.

—No tienes idea de cuánto lamento haberte asustado —susurra—. Jamás ha sido mi intención hacerte daño —sus labios rozan la comisura de mi boca—. De verdad, lo siento... —su toque suave se desliza hasta que soy capaz de sentir el hormigueo de su aliento caliente mezclado con el mío. Mojo mis labios con la punta de la

lengua, con anticipación a lo que viene, y lo escucho susurrar una vez más—: Lo lamento...

Entonces, me besa.

Su caricia es profunda y lenta... Casi *tímida*. Es como si tuviese miedo de ser rechazado.

Mis dedos se enredan en su cabello con lentitud y gime contra mi boca cuando tiro de él con suavidad. De pronto, el beso se torna un poco más urgente. Su mano viaja hasta posicionarse sobre mi rodilla desnuda, y todo mi cuerpo se tensa con el tacto suave que ejerce.

De pronto, se levanta. Tengo que hacer uso de mis pies para no caer y me aferro a su cuello para no dejar de besarlo. Sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura y pega mi cuerpo al suyo sin un poco de delicadeza.

Sus manos se deslizan hasta la curva de mis caderas y se agacha un poco para tomar mis muslos con sus palmas. Entonces, me levanta del suelo.

Mis piernas se envuelven alrededor de sus caderas casi por inercia y la falda del trabajo se enrosca más arriba de lo moralmente correcto. Soy consciente de la callosidad de sus dedos en la parte trasera de mis piernas y de la frescura que emana su cuerpo. Soy consciente del calor que funde mis venas.

Avanza conmigo a cuestas. No ha dejado de besarme ni un solo segundo, así que eso hace que choquemos contra las paredes del pasillo mientras camina.

Una risa idiota me asalta debido a la torpeza de sus movimientos, y él ríe conmigo. La carcajada vibra en su pecho y la calidez invade mi cuerpo al sentirlo tan cerca. El desfogue de tensión es tan grande, que todo mi ser lo agradece.

Al cabo de unos instantes, reanuda su marcha hasta la habitación y su boca recorre una estela de besos dulces hasta el lóbulo de mi oreja. Un escalofrío de puro placer se dispara en mi interior y reprimo el gemido que amenaza con abandonarme.

Me siento aturdida y adormecida. El efecto sedante de sus besos ha invadido mi sistema y lo único que puedo hacer es absorber todo lo que me ofrece. Entonces, me deposita sobre el colchón con mucho cuidado. Mis piernas aún siguen envueltas a

su alrededor, así que queda completamente sobre mí. Sus brazos dejan ir mis muslos y se acomodan a cada lado de mi cara.

El peso de su cuerpo me deja sin aliento por unos instantes, pero no es desagradable. Sus labios trazan un camino de besos hasta llegar a mi cuello y tengo miedo de que sea capaz de escuchar el latir desmedido de mi corazón.

Sus manos se deslizan por la curvatura de mi cintura y caderas hasta llegar a mis muslos. Las yemas de sus dedos se arrastran por la piel caliente de esa zona, hasta introducirse por debajo del material de la falda. Soy consciente de cómo sus pulgares se enganchan en mis bragas de algodón. Sus dientes se apoderan de mi labio inferior, y todo pensamiento coherente se drena de mi mente en ese instante.

Desliza mis bragas hacia abajo, pero se detiene cuando el material se atasca entre el colchón y mi trasero. Debo alzar las caderas para que pueda ser retirado por completo, pero no estoy segura de querer hacerlo.

—Harry... —mi voz sale en un susurro tembloroso. Sueno más asustada de lo que me gustaría.

—Solo quiero tocarte —susurra de vuelta, pero suena más a una súplica que a una afirmación—. Nada más, Maya. Solo déjame *tocarte*...

El nerviosismo me invade.

Miedo, ansiedad, euforia, adrenalina... Toda clase de sensaciones vertiginosas se apoderan de mí y tiemblo de anticipación.

Una inspiración profunda e inestable es inhalada por mis labios. *Quiero hacerlo*. Quiero sentir, por una vez en mi vida, lo que es ser tocada por alguien sin sentir repulsión o asco.

Toma todo de mí prepararme, pero, al cabo de unos instantes, alzo las caderas. El material delgado se desliza por mis piernas y es removido de mis tobillos una vez que llega a ese punto. Lucho contra el impulso que tengo de levantarme y recoger mi ropa interior para volver a vestirme. Se siente como si estuviese completamente desnuda, a pesar de que solo ha retirado esa prenda de mi cuerpo.

Entonces, su toque se eleva y ahueca uno de mis pechos por encima de la ropa. Me siento avergonzada y torpe. No soy una chica con muchos atributos físicos y las

manos de Harry son demasiado grandes. No puedo dejar de pensar en cuán pequeños deben parecerle y cuán llenos deben gustarle.

Mi respiración es desigual y ligeramente superficial. Un sonido suave brota de mis labios cuando su pulgar presiona contra una pequeña protuberancia en mi pecho y su boca encuentra a la mía cuando su mano libre se introduce en mi falda.

Quiero pedirle que se detenga. Quiero pedirle que continúe. Quiero gritar de la frustración porque ni siquiera yo misma sé qué demonios deseo en este momento.

Jamás me habían tocado de esta manera. Jamás me había sentido así. Estoy a su total merced...

Mis rodillas están flexionadas y mis piernas abiertas, ya que él se ha asentado entre ellas. No es difícil para Harry, rozar mi feminidad con sus dedos. Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando lo hace y me tenso cuando busca entre mis pliegues húmedos.

Un gruñido brota de su garganta cuando mis caderas se alzan casi por voluntad propia. Sus dedos rozan mi punto más sensible, y todo se vuelve intenso y abrumador.

Sus labios rompen el beso y hunde su rostro en el hueco de mi cuello. Su aliento caliente roza la piel sensible de esa zona, y un escalofrío estremece mi cuerpo hasta la médula. Sus dedos trazan caricias en mi centro, y todo mi cuerpo tiembla ante la sensación placentera provocada por su toque.

Su respiración golpea mi oreja con fuerza y, de pronto, los recuerdos vienen.

Él sobre mí. Él entre mis piernas. El líquido caliente de mi sangre brotando a borbotones por mi nariz cuando opuse resistencia una de esas tantas veces. Su respiración rancia y asquerosa contra mi oreja; sus gruñidos de placer, mis gritos angustiados, el dolor insoportable, la violencia de sus movimientos...

El pánico se arraiga en mi sistema y todo el calor se drena de mi cuerpo en un instante. El suave placer que comenzaba a construirse en mi interior, se transforma en algo enfermizo y retorcido.

Aferro mis manos a sus hombros y lo empujo, pero él no cede.

<<¡Es Harry, es Harry, es Harry, es Harry!>>. Me repito una y otra vez, pero no puedo dejar de sentirme asqueada.

—¡No! —jadeo, y lo empujo de nuevo.

Mi papá sobre mí, mi papá dentro de mí, mi papá llamándome perra, mi papá gritando que lo merezco...

De pronto, el nudo en mi garganta me ahoga; su cuerpo se ha vuelto pesado de repente y, cuando mi vista se clava en la figura sobre mí, lo único que soy capaz de ver, es el rostro del hombre que me destrozó la vida.

Terror puro inunda mi pecho, un grito se construye en mi interior, y me paralizo unos instantes sin apartar la mirada del hombre sobre mí.

Necesito alejarme. Necesito respirar. Necesito espacio...

No puedo moverme, no puedo parar la oleada de repulsión que invade mi sistema; no puedo, no puedo, *¡no puedo!...*

—¡NO! —el grito brota de mi garganta en un sollozo aterrorizado. Empujo con todas mis fuerzas y me remuevo, en un intento desesperado por deshacerme del cuerpo que yace sobre mí—. ¡NO ME TOQUES! ¡NO ME TOQUES! ¡NO ME TOQUES!...

El peso cede de inmediato y me arrastro lejos. Me siento sucia, asqueada y humillada en todas las formas posibles. Las lágrimas brotan de mis ojos y me siento horrorizada. Mi corazón late tan fuerte, que temo que vaya a escaparse fuera de mi cuerpo. Apenas puedo respirar. Apenas puedo mantener todas mis piezas juntas.

Me abrazo a mí misma. Pego mis rodillas a mi pecho y hundo la cara en el pequeño hueco creado por mis brazos.

«Deja de llorar, Maya. ¡Maldita sea, deja de llorar!...».

Pasa mucho tiempo antes de que me atreva a alzar la vista. No quiero mirar alrededor. No quiero ver a Harry a la cara, porque sé que no voy a tener el valor de contarle qué sucedió. ¿Cómo le explicas a alguien que estás jodida de tantas formas?, ¿cómo le cuentas a alguien que fuiste violada más veces de las que recuerdas sin querer arrojarte desde el techo del edificio?...

La poca iluminación apenas me deja ver la expresión en su rostro cuando logro localizarlo. Luce confundido, preocupado... *Herido.*

—L-lo siento... —sueno patética. Mi voz es apenas un hilo tembloroso—. Lo siento mucho, Harry, yo...

—¿Por qué? —la voz de Harry suena ronca e inestable—, ¿qué fue?, ¿qué *hice*?...

—¡Nada!

—¿Entonces, qué demonios pasó? —la confusión tiñe su voz—. Maya, si no te gustó algo, lo siento mucho. En serio, lo siento. No fue mi intención hacer nada que te incomodara.

—¡Es que no fue eso! —exclamo, y reprimo un sollozo.

—Entonces, ¿qué fue?

Las palabras me ahogan. Los recuerdos son tan intensos, que no puedo dejar de temblar. Tengo *tanto* miedo de decírselo. Tengo tanto miedo de lo que va a pensar de mí cuando lo sepa...

—¿Es por cómo luzco? —amargura y dolor se filtran en su voz.

—¿Qué?

Los ojos de Harry se empañan ligeramente y, de pronto, luce angustiado.

—Me miraste a la cara y... —niega con la cabeza—. El miedo en tu cara, Maya. Tu expresión... Estabas aterrorizada.

—¡No es cierto!

Una risa carente de humor brota de sus labios.

—Son las cicatrices, ¿cierto?... —la amargura tiñe su voz.

¿Qué demonios...?

—¡No!, ¡no, Harry!, ¡no son las malditas cicatrices! —avanzo de rodillas por la cama para llegar a él, pero se aparta cuando trato de envolver mis dedos con los suyos. El rechazo quema en mis entrañas, pero me obligo a no prestarle atención ahora mismo—. ¡No fue por eso, yo solo...! —busco frenéticamente una mentira para decir, pero nada viene a mi cabeza. No hay nada que justifique mi comportamiento.

El nudo en mi garganta se aprieta.

—¿Tú solo, *qué*?... —escupe.

Abro la boca para decir algo, pero sigo sin saber qué decir. Trato de nuevo, pero no puedo pronunciar palabra alguna. Las lágrimas no dejan de brotar de mis ojos, y me siento más miserable que nunca.

La decepción tiñe su rostro por completo, pero ríe con amargura. Entonces, se gira sobre sus talones y se precipita hacia la entrada.

«¡Solo díselo!».

—Harry! —trato de alcanzarlo por el pasillo, pero él ya está en la puerta principal—, ¡Harry, *detente!*

Cierra la puerta detrás de él y me congelo en el instante. Mis piernas apenas pueden sostener mi peso. La humillación, la vergüenza, la impotencia, el coraje, la ira, la desesperación..., todo cae sobre mí como balde de agua helada.

Reprimo el sollozo lastimoso que amenaza con salir de mi garganta, y me encamino al baño. Cierro la puerta detrás de mí y abro el grifo del agua caliente.

Introduzco mi cuerpo en el pequeño cubículo, y la quemazón en mi piel merma el dolor de mi pecho. Retiro la ropa de mi cuerpo para dejar que el chorro golpee mi espalda.

Sé que voy a tener ampollas en todos lados, pero no me importa. Nada importa en este momento.

Necesito deshacerme de la repulsión y el asco que siento por mí misma. Necesito deshacerme de la culpa. Debo hacerme pagar por lo que le hice a Harry.

Acabo de joderlo todo. Mi padre acaba de joderlo todo para mí una vez más...

CAPÍTULO 21

—Saldré tarde de trabajar hoy —digo, en voz baja. Sueno avergonzada y temerosa, pero no puedo sonar de otro modo. No cuando Harry Stevens me ha ignorado durante casi dos semanas.

Desde aquella fatídica noche que lo rechacé, nada ha sido igual. No es como si estuviese esperando que las cosas fueran como siempre, es solo que pensé que tendría la oportunidad de dar una explicación.

He tenido la confesión en la punta de la lengua todo el tiempo. Las palabras pican en mi boca desde ese día y la revolución de ideas, pensamientos y sentimientos, se ha vuelto insoportable.

Cada noche de camino a casa, ensayo un discurso que sé que no voy a decir, una confesión que sé que no haré, una justificación que sé que no voy a tener el valor de pronunciar... Cada noche trato de obtener su atención para hablar, pero ni siquiera se digna a dirigirme una mirada. Es más fácil para él pretender que no estoy ahí. Prefiere eso a enfrentarme.

He tratado de entablar conversaciones casuales, pero lo único que hace es responderme con monosílabos. Hace unos días pude arrancar una oración completa de sus labios cuando le pregunté qué quería cenar. No fue una respuesta importante o especial. Se limitó a levantarse del sillón y decir: «No prepares nada para mí».

Después de eso, no me ha dirigido la palabra.

He pasado noches enteras sin poder dormir. Me hundo lentamente en el mar de la angustia que yo misma he creado y, a pesar de que deseo hablar y contarle a alguien lo que ocurrió, no puedo hacerlo.

Me siento acorralada entre el miedo, la vergüenza y la imperiosa necesidad que tengo de decir la verdad.

Tengo miedo de la reacción que Harry pueda tener. Me da horror pensar en la forma violenta en la que puede actuar, y me aterroriza aún más pensar que puede llegar a ser indiferente a mi sufrimiento.

—De acuerdo —su voz me saca de mi ensimismamiento, pero ni siquiera me mira.

Su vista está clavada en la pantalla de su computadora portátil, su ceño está fruncido en concentración y la parte interna de su mejilla es mordida por sus dientes.

Abro la boca para decir algo, pero las palabras no llegan a mí. Sé que lo único que hago al tratar de hablar con él, es humillarme a mí misma. Sé que habla con indiferencia de forma deliberada. Sé que hace esto para herirme; y, aun así, no puedo dejar de buscar un poco de su afecto.

Me siento como una idiota y, al mismo tiempo, estoy molesta. Estoy molesta con él porque no entiende lo difícil que es hablar sobre eso. Porque no me da un poco de tiempo para armarme de valor y contárselo...

Me digo a mí misma que no puedo seguir aquí, mendigando por un poco de atención, así que, sin más, me giro sobre mis talones y salgo del apartamento.

Al llegar al restaurante, lo primero que hago es colocar mi mandil alrededor de mi cintura. Amarro mi cabello en un moño alto y apretado y tomo una libreta de notas y una pluma. Acto seguido, tomo una inspiración profunda y salgo al comedor con una sonrisa, lista para enfrentar un día más de lo mismo de siempre. Un día más de gestos groseros, palabras duras, miradas altaneras y desastres provocados por niños descuidados.

Kim y Fred hacen mi día más liviano.

Sus constantes bromas y cuchicheos me arrancan más sonrisas de las que me gustaría admitir. El ambiente ligero en el que me desenvuelvo hace que me olvide por un momento del desastre en el que se ha convertido mi vida sentimental.

No sé en qué momento pasé de ser una chica que se preocupaba por pagar la renta y los gastos del hogar, a ser esta chiquilla idiota que no puede dejar de pensar en un tipo que la ignora a la primera de cambios.

—¿Ya vas a contarme? —pregunta Kim, durante nuestra hora de comida.

—¿Qué se supone que debo contarte?

—Maya, eres como un libro abierto, ¿sabes?, se nota a leguas que hay algo que te inquieta. Tienes ya mucho tiempo actuando extraño —se encoge de hombros, pero la preocupación se filtra en su rostro.

Mi vista se clava en la lata de jugo que sostengo entre mis dedos y muerdo mi labio inferior. Las palabras se agolpan en mi lengua y gritan por ser pronunciadas, pero no tengo el valor de dejarlas ir.,

—Peleé con Harry —digo, finalmente. Mi ceño se frunce y niego con la cabeza al escuchar lo erróneo que suenan esas palabras en mi boca—. En realidad, no peleamos. Es solo que... —un suspiro tembloroso brota de mis labios—. Es complicado.

—Maya, las parejas tienen diferencias todo el tiempo —trata de animarme, pero no tiene ni idea de cuán jodido es lo que nos pasó—. Estoy segura de que van a arreglarse pronto.

—Es algo más complicado que una pelea o una discusión, Kim —digo, sin detenerme a pensar en lo que estoy a punto de decir—: Harry quiere que haga cosas que no estoy lista para hacer.

La expresión horrorizada de mi amiga, hace que me dé cuenta de cuán siniestra sonó mi afirmación. Eso no salió, ni de cerca, a como esperaba que lo hiciera.

—Dios mío, Maya —el susurro incrédulo de mi amiga, hace que el arrepentimiento crezca—. No puede obligarte a hacer nada si no quieres. Es un bastardo si quiere forzarte.

<<¡Maldita sea, Maya!>>.

—No es eso lo que quise decir —me apresuro a aclarar—. Me refiero a que... —a que mi papá me violaba, y Harry desea tener un poco de intimidación conmigo, pero yo no puedo intentarlo porque cada vez que se acerca demasiado o cruza esa línea delgada, todo mi mundo se deshace a pedazos, y no puedo apartar los recuerdos horribles lejos de mi cabeza—. ¡Dios, Kim!, ¡es complicado!

—Maya...

—Harry nunca me haría daño —digo, porque realmente lo creo—. Y no me fuerza a hacer cosas que no quiero. Es solo que... Es solo que no estoy... —la frustración se filtra en mi tono.

—No estás lista aún —Kim asiente—. Es entendible, Maya. Mi primera vez fue hace mucho tiempo, pero aún recuerdo cuán asustada estaba —de pronto, me siento como un completo fraude. Como si estuviese engañando a todo el mundo. Hace mucho tiempo que me arrebataron mi virginidad. Hace mucho que la arrastraron por los suelos—. Si Harry realmente siente algo por ti, lo entenderá. Te lo aseguro.

Muerdo mi labio inferior y asiento. Quizás no esté enterada de nuestro problema, pero sus palabras me llenan de alivio. Quiero pensar que, si Harry realmente siente algo por mí, va a entender mi situación. Va a entender el porqué de mi miedo sin sentido y mi rechazo a su toque.

—¿Crees que deba decirle? —hablo, después de unos segundos en silencio absoluto.

La sonrisa suave en los labios de Kim, me hace sentir como si tuviese cinco años. Me mira como si contemplara a una pequeña niña que no comprende lo más básico de la vida y eso me incomoda un poco.

—Por supuesto que debes decirle, Maya. Él necesita saber qué sucede; de otra manera, va a pensar que él es el causante de tu inseguridad. No tienes una idea de cuán heridos pueden sentirse los hombres respecto a eso —hace un gesto de fingido horror—. Solo díselo. Va a entenderlo y todo va a fluir mejor para ustedes.

Un suspiro entrecortado brota de mis labios, y fijo mi vista en un punto en la calle.

Estoy agradecida por tener a alguien como Kim en mi vida. Es absolutamente todo eso que deseo ser, y tiene todo aquello que me gustaría llegar a tener algún día. La admiración que siento por ella es tan grande, que temo que pueda notarla a simple vista.

Así pues, me digo a mí misma que voy a contarle todo a ella también —*cuando sea el momento adecuado*—. Kim merece saberlo, y yo quiero decírselo, pero ahora mismo creo que es más importante que se lo diga a Harry. No sé cómo voy a hacerlo, pero necesito decírselo a él primero que a nadie.

El resto de la jornada laboral pasa más rápido de lo esperado. A pesar de ser casi las diez de la noche cuando salgo de mi turno, me encuentro de mejor humor que hace unas horas. La compañía de Kim es reconfortante, y sus palabras no dejan de resonar en mi cabeza: «Si Harry realmente siente algo por ti, lo entenderá...».

Espero que realmente lo haga.

Camino por las calles vacías en dirección al complejo habitacional donde vivo. Todo mi cuerpo se siente aletargado debido al cansancio, pero el nerviosismo no deja que la sensación de fatiga se arraigue en mí.

«Hoy voy a decírselo». Pienso, por milésima vez esta semana.

Mi corazón se acelera mientras me acerco al edificio. La ansiedad zumba en mi cuerpo y, a pesar de que estoy aterrada, me obligo a avanzar hasta la entrada principal a paso rápido y decidido. Una vez que he subido las escaleras hasta el piso de Harry, me detengo a recuperar el aliento.

Introduzco la llave en el cerrojo de la entrada, y giro de la perilla cuando el pestillo cede. La oscuridad total en la que está sumido el lugar, me hace saber que Harry no se encuentra. Cierro la puerta detrás de mí y avanzo hasta la sala para encender la luz. La nueva iluminación me ciega unos instantes, pero, cuando me acostumbro a ella, echo una ojeada alrededor.

Todo está tal cual lo dejé por la mañana.

—¿Harry? —pronuncio en voz alta solo para confirmar que no se encuentra.

El silencio que le sigue a mis palabras, solo confirma eso que ya sé y hace que la decepción se filtre en mis huesos.

Avanzo hasta la cocina y enciendo la luz para buscar dentro de la nevera algo que preparar. Los restos del pollo que hice ayer se encuentran en una pequeña cacerola, así que la saco para calentarlos de nuevo.

Rápidamente, preparo una pasta con especias y recaliento la comida que quedó de ayer. Sirvo una porción en un plato y me siento a comer. Una vez que termino, lavo los platos que utilicé y limpio el desastre de la mesa.

Mientras recojo, trato de decidir si debo o no guardar la comida. Es muy tarde y Harry aún no ha regresado. No sé si va a querer comer algo cuando llegue o si va a negarse a probar bocado alguno de lo que preparé, como ha hecho últimamente.

Un suspiro largo brota de mis labios y sirvo una ración en un plato grande. Cubro la comida con plástico y guardo el resto en la nevera. Si desea cenar algo, solo necesitará meter el plato al microondas.

Una vez que he terminado en la cocina, me dirijo a la habitación y tomo mi viejo pijamas. Después, rebusco entre mi ropa limpia una muda de ropa interior y me introduzco en el baño para tomar una ducha.

Al salir, miro el reloj una vez más. Es casi la una y media de la mañana y Harry aún no regresa.

Un nudo se instala en la boca de mi estómago y reprimo el impulso que tengo de llamarle y preguntar si se encuentra bien. Sé que absolutamente nadie quiere meterse con alguien como él, pero no deja de preocuparme lo tarde que es.

Trato de alejar todos los pensamientos tortuosos y me digo a mí misma que todo está bien. Que, seguramente, Harry llegará en cualquier momento y que lo único que tengo que hacer es esperar a que regrese para poder charlar.

Una vez que me he convencido de esto, me encamino a la cama y tomo un viejo y desgastado libro que he estado leyendo últimamente. Entonces, enciendo la lámpara de noche y me acomodo sobre el mullido colchón.

~ ~ ~

El estallido rompe en la bruma de mi sueño. El sonido estruendoso del cristal quebrándose hace que me incorpore de golpe. Todo a mi alrededor da vueltas debido a la rapidez de mis movimientos, así que tengo que quedarme quieta unos segundos para detener el mundo a mi alrededor.

Me siento aturdida y desorientada, así que miro hacia todos lados solo para descubrir que me encuentro en la habitación de Harry.

Mi vista se clava en el pequeño reloj que descansa sobre la mesa de noche, y mi corazón se estruja cuando noto que son pasadas las tres de la mañana.

Pasos sordos y torpes resuenan por todo el apartamento, y me pongo de pie lo más rápido que puedo. Entonces, avanzo por el pasillo hasta llegar a la cocina, el lugar de donde provino el sonido.

En el instante en el que pongo un pie dentro del espacio, me congelo.

Harry Stevens está acucillado en el suelo, mientras levanta los restos de un vaso roto. El líquido se ha derramado en todos lados y hay pequeñas manchas de sangre que se diluyen en el contenido del vaso.

Avanzo con cuidado, y me estremezco cuando mis pies descalzos hacen contacto con la duela helada. Trato de ignorar el frío que se cuela en mi cuerpo, y me arrodillo para ayudarle a levantar los trozos de vidrio.

—¡No! —su mano libre golpea la mía lejos, y alzo la vista para encararlo. Su ceño está fruncido con indignación, su mirada está adormecida y su voz suena más arrastrada que de costumbre—. Yo lo hago.

Está ahogado en alcohol. Está ahogado en alcohol y el pánico sin sentido se apodera de mi cuerpo en ese momento.

A pesar de eso, me obligo a concentrarme en la tarea de levantar el desastre para no salir huyendo.

—¡He dicho que no! —su voz trueno en toda la estancia y, de pronto, quiero apartarme de él.

«Harry nunca te haría daño. Harry nunca te haría daño. Harry nunca te haría daño...». Me repito una y otra vez, mientras trato de recuperar el aliento y la compostura.

Él se levanta y arroja los restos del vaso al cesto de la basura.

Camina de vuelta y se tambalea mientras lo hace; sin embargo, eso no lo detiene de quitarme de las manos los trozos que he recogido. No me pasan desapercibidos los cortes en sus palmas, y tampoco el hecho de que apenas puede mantenerse en pie.

Lo observo lavarse las manos mientras me incorporo. No puedo apartar la vista de él y tampoco puedo dejar de sentirme cautelosa. No se me da bien confiar en la gente que bebe.

Harry seca sus manos en la parte trasera de sus vaqueros, antes de girarse para encararme. Sus ojos me recorren de pies a cabeza y noto cómo su mirada se

oscurece varios tonos. Mi respiración se atasca en mi garganta cuando su vista se clava en la mía y un estremecimiento me alcanza.

—¿Cuánto bebiste? —sueno muy asustada, sin embargo, una sonrisa perezosa se desliza por sus labios. Entonces se encoge de hombros.

—No lo suficiente —su sonrisa se tambalea un poco—. Nunca bebo lo suficiente.

Hay tanto significado detrás de sus palabras, que no sé si lo he comprendido como debería, pero no me atrevo a preguntar a qué se refiere en concreto.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Ninguno de los dos aparta la mirada del otro. Ninguno se mueve ni un milímetro. Es un reto. Es una confrontación. Una batalla que no estoy dispuesta a perder.

—¿Ahora sí me tienes miedo? —pregunta, con amargura, al cabo de un rato.

—No.

De pronto, acorta la distancia entre nosotros.

Todo pasa tan rápido, que apenas puedo registrarlo. Mi cuerpo choca contra la pared detrás de mí, y sus caderas se estrellan contra las mías. Su abdomen firme y plano se pega al mío y su aliento me golpea el rostro. Mi respiración se acelera en unos instantes, pero lucho para mantener el control de mis emociones.

—¿Qué tal ahora? —sus palabras son siniestras y pesadas, pero no dejo de mirarlo.

—No —mi seguridad flaquea.

Toma una de mis manos y me obliga a ponerla sobre su mejilla izquierda, encima de sus cicatrices. Mis dientes duelen de tan fuerte que los aprieto y mi estómago se atenaza ante mi tacto directo con su vulnerabilidad más grande.

—¿Te dan asco? —su voz suena ronca y profunda.

El coraje y la frustración reemplazan el miedo durante un segundo, y retiro mi toque solo para acercarme y plantar mis labios en su mejilla, justo donde la cicatriz más prominente se encuentra. Noto cómo su respiración se atasca en su garganta y planto otro beso sobre otra de ellas.

Mis manos ahuecan su rostro y trazo los patrones de las cicatrices con mi mano derecha, mientras deposito besos sobre ellas una y otra vez.

Entonces, arrastro mis labios hasta la comisura de su boca.

—Nada de ti me da asco, Harry —susurro.

Su cabello me hace cosquillas en la mejilla, su aliento calienta mi oreja y soy capaz de sentir el latir de su corazón contra mi pecho.

—Entonces, déjame tocarte —la súplica que tiñe su voz, hace que mi corazón duela—. Solo quiero hacerte sentir bien, Maya... —sus manos se deslizan por mi cintura y mis caderas para ahuecarse en mi trasero. Entonces, me empuja hacia adelante, de modo que su pelvis y la mía se presionan aún más. Todo dentro de mí se estremece y quiero besarlo. Quiero apartarme. Quiero pedirle que me deje ir, y que me sostenga fuerte.

—Harry... —la palabra sale en un suspiro entrecortado.

—Maya, te deseo *tanto* —suelta, casi en un gruñido—. Te deseo tanto, tanto... —su cabeza se hunde en el hueco de mi cuello y sus labios se presionan contra la piel caliente de esa zona—. Me vuelves loco —murmura contra mi piel, y mis dedos aprietan su camisa dentro de mis puños.

De pronto, se acaban las palabras. Su rostro sale de su escondite, solo para estrellar sus labios contra los míos. Todo mi cuerpo tiembla en respuesta, y correspondo a la fiereza de su beso. Sus manos calientes se deslizan por debajo del material de mi blusa, y sus dedos callosos trazan caricias suaves en mi espalda.

Todo es abrumador. Pierdo el control de mí misma y no sé cómo demonios recuperarlo. Necesito estar consciente de que se trata de Harry. Necesito estar en mis cinco sentidos, para no perderme como la última vez...

Sus manos suben aún más y deshacen el broche de mi sujetador. Me aparto de él, para recuperar el aliento, pero no me da tregua alguna. Sus besos se deslizan por mi mandíbula, hasta el punto donde mi pulso late.

Mi respiración es más irregular que nunca y la desesperación de sus movimientos me asusta. La fuerza de sus acciones contrasta con la dulzura de sus caricias, y me siento petrificada. La urgencia con la que me besa me deja sin aliento. Estoy hiperventilando. Me siento acorralada entre lo que mi cuerpo quiere y lo que mi cabeza grita.

Sus manos buscan las ondulaciones suaves de mi cuerpo, y su tacto se siente áspero y cálido. Los patrones de su lengua en mi clavícula hacen que todo dentro de mí se contraiga con violencia, y quiero *más*. Quiero *menos*. Quiero tener tiempo para procesar todo.

Sus manos se aferran a la parte trasera de mis rodillas y me obliga a dejar de tocar el suelo. Mis piernas están alrededor de sus caderas, y me encuentro atrapada entre su cuerpo y la pared. Entre su deseo y el mío. Entre el miedo y el fuego que se ha apoderado de mi sistema.

—Maya, estoy tan jodido —susurra contra mis labios—. Tengo tanto miedo de lo que siento por ti. Tengo tanto miedo del poder que ejerces en mí...

—Harry —trato de hablar, pero mi voz es un susurro débil.

—Te has clavado tan dentro aquí en mi pecho que... —me interrumpe. Sus ojos se aprietan y se aparta un segundo—, ¡maldita sea!, *no puedo...* No puedo mirarte sin sentir que todo mi mundo se va a la mierda.

Un gruñido brota de su garganta y me besa con fiereza. Mis manos siguen inmóviles sobre su pecho, mientras me aprisiona aún más. Sus dedos se envuelven en mis muñecas y las coloca sobre sus hombros, en un intento de hacerme partícipe de lo que sucede. Entonces, mis dedos se envuelven alrededor de su cuello.

El sabor a alcohol de su beso inunda mis papilas gustativas, y el miedo gana un poco más de terreno en mí. Sus manos buscan en el elástico de mi pijama, y lucho para que me deje bajar. No puedo permitir que las cosas lleguen al punto de la última vez. No sin *decirle...*

—Harry —mi voz sale en un resuello—. ¡Harry, no! Necesito que hablemos.

Él aferra su agarre con más intensidad, pero no dejo de removerme para que me deje ir. Sus dedos se clavan en la carne de mis muslos, y empujo con todas mis fuerzas. La angustia se arraiga en mi sistema porque, por un momento, creo que no va a dejarme ir; sin embargo, todo mi cuerpo se relaja cuando me baja al suelo y se aparta.

Su mirada salvaje y herida se posa en mí, y lucho por recuperar el aliento. Un destello de dolor brilla en sus ojos, pero me siento aliviada por el espacio ganado entre nosotros.

—¿Qué tengo que hacer para que no me rechaces? —la angustia en el tono de su voz hace que me sienta la peor de las personas.

—Harry, no te rechazo. Es que... —me detengo. De pronto, se siente como si pudiese echarme a llorar en cualquier momento. Se siente como si pudiese desmoronarme en un segundo.

Él espera por mi respuesta.

—No te entiendo... —dice, tras un largo momento, en un susurro dolido—. Maya, *necesito* saber qué es. Necesito saber si soy yo quien se está precipitando, o si eres tú quien no desea eso conmigo. Quiero que me digas la verdad. No tiene caso que siga alimentando lo que siento por ti, si no eres capaz de ser sincera conmigo —su voz suena más ronca que nunca—. Maya, sin miedo a equivocarme, puedo decir que jamás me había sentido como me siento cuando estoy contigo. Estoy... Creo que me estoy enamorando —mi corazón se salta un latido—. Me estoy enamorando de ti y eso me aterra. Me aterra porque despierta una parte de mí que creía muerta para siempre. Puedo hacerte feliz, Maya... —se acerca con lentitud, *casi con miedo*, y ahueca mi rostro entre sus manos—. *Quiero* hacerte feliz, pero necesito que me digas qué demonios tengo que hacer para que me aceptes.

—Tengo *tanto* miedo... —digo, en un susurro entrecortado.

—¿De qué tienes miedo? —el susurro suplicante que brota de sus labios, hace que me sienta más enferma que nunca.

«De tu rechazo, de tu repulsión, de tu lástima, de que nunca vuelvas a mirarme como lo haces ahora...».

—Maya, dime —suplica—. Por favor..., por favor, *dime...*

Uno...

Dos...

Tres segundos pasan... Y, entonces, se aparta.

El dolor en su mirada es desgarrador. Me destroza la manera en la que la decepción se arraiga en su rostro y el sonido de la risa llena de amargura que se le escapa.

—Si no puedes ser sincera conmigo —dice, con la voz enronquecida, al tiempo que niega con la cabeza—, será mejor que esto se termine. Sea lo que sea esto que

tenemos, será mejor que se detenga ahora mismo.

El sonido de su voz diciendo eso, me quiebra. Se siente como si cayera desde muy alto. Como si pudiese estallar en mil fragmentos, y no hubiese poder humano que fuera capaz de reconstruirme.

Las palabras se agolpan en mi garganta, pero no pronuncio ninguna. Harry me mira con aprehensión y cautela, pero no puedo hablar.

Las lágrimas calientes y pesadas se deslizan por mis mejillas, y apenas puedo respirar. Apenas puedo sostenerle la mirada. Estoy tan enojada conmigo misma. Tan desesperada de mis reacciones idiotas. Tan cansada de ser así de *cobarde*...

Sé que espera que yo lo detenga, pero *no puedo*. No tengo el valor.

—Buenas noches, Maya —dice, finalmente, y se gira en sus talones para salir por la puerta de la cocina.

Voy a perderlo para siempre. Lo único bueno que me ha pasado en la vida se marcha y no voy a poder detenerlo si no se lo digo. Él merece que se lo diga. Me ha contado *tanto*. Se ha abierto *tanto* conmigo. Ha hecho *tanto* por mí...

Me precipito hacia la sala.

Harry ha tomado su chaqueta de nuevo y va en dirección a la puerta. Son las tres de la mañana y va a marcharse de su propio apartamento porque no quiere estar cerca de mí. Va a irse y, si cruza esa puerta, no voy a poder recuperarlo nunca.

—H-Harry... —mi voz sale en un susurro entrecortado.

Él no se gira para mirarme; sigue andando. Su mano se aferra al pomo de la puerta y la abre.

—Harry, me violaron —las palabras salen de mis labios con tanto horror y angustia, que duelen.

Él se congela de inmediato.

Alivio, dolor, humillación, vergüenza, mortificación... Todo se estrella contra mí, como un camión a toda velocidad.

«¡Lo dije, lo dije, lo dije!».

No quiero llorar, pero no puedo dejar de hacerlo. Estoy llorando como nunca lo había hecho. Estoy quebrándome en fragmentos diminutos...

Un sollozo intenso proveniente de mi garganta rompe el silencio, y cubro mi boca con mi mano para amortiguar el sonido.

Él no se ha girado para mirarme. Ni siquiera se ha movido...

—Lo siento... —sollozo—. Lo siento, lo siento, lo...

Él se gira lentamente y me mira. Luce descompuesto y asqueado, y el dolor dentro de mi pecho es insoportable. Sabía que iba a reaccionar así. Sabía que iba a rechazarme y que todo iba a cambiar.

—¿Quién? —su voz suena áspera y ronca. Mi vista se desvía y me abrazo a mí misma. Sollozos lastimeros brotan de mi garganta, y me siento más avergonzada que nunca—. Maya, ¿quién?...

No puedo responder. No puedo dejar de llorar. No puedo hablar.

—¡¿Quién, Maya?! —estalla, y cubro mi boca con mi mano, para reprimir un grito ahogado—. ¡¿QUIÉN, MALDITA SEA?!

—¡Mi papá!

CAPÍTULO 22

—Voy a matarlo —dice Harry, con la voz enronquecida.

No es un grito enojado, ni un gruñido frustrado. Es una afirmación, como quien afirma que va a tomar una ducha o va a ir a la tienda, y es precisamente eso lo que hace que el terror me invada.

Quiero vomitar. Quiero que la tierra se abra y me lleve hasta su núcleo. Quiero cerrar mis ojos y dejar de existir. Deseo, con todas mis fuerzas, que todo esto sea una horrible pesadilla.

La figura imponente de Harry está erguida frente al umbral de la puerta, la cual se encuentra medio abierta, y sus ojos verdes están clavados en mí.

La ira tiñe sus facciones y me doy cuenta de que, de pronto, el chico dulce y amoroso se ha ido por completo. Estoy de pie frente al hombre que molió a golpes a mi papá hace unas semanas. Estoy de pie frente a Bestia.

El sabor salado de las lágrimas invade mi boca porque ya ni siquiera trato de secarlas. La humedad en mis pestañas me nubla la visión y lo agradezco, ya que así no puedo ver el rostro desencajado e iracundo del chico de las cicatrices.

El horror, el miedo, la repulsión, el asco, la pesadez en la boca de mi estómago y el nudo en mi garganta, son insoportables ahora y no puedo dejar de sollozar e hipar. Sé que me veo patética, pero no puedo detenerme. He abierto la puerta ahora, y ya nada puede parar el flujo incontenible de dolor acumulado.

De pronto, algo se acciona y todo pasa tan rápido, que apenas soy capaz de procesarlo.

Harry sale del apartamento a toda velocidad y desaparece de mi vista cuando desciende por las escaleras. Me toma unos segundos reaccionar, pero, cuando lo hago, me precipito fuera del departamento. Mi corazón late con tanta fuerza, que mis costillas duelen. Mis pulmones apenas pueden mantener el aire dentro y mis

rodillas tiemblan tanto, que tengo que aferrarme al barandal para no rodar escaleras abajo.

El crujido estridente de la madera siendo golpeada, me hace ahogar un grito y miro, con pánico, cómo Harry empuja su hombro contra la puerta del lugar donde vive mi padre.

—¡Harry! —apenas puedo hablar. Él no parece escucharme—. ¡Harry, basta!

Él toma impulso y golpea de nuevo. Las bisagras de la puerta estallan con el impacto, y la madera truena antes de dejar al descubierto el interior del basurero en el que se ha convertido ese lugar.

—¡Harry, no! —me apresuro para alcanzarlo, pero él ya está dentro del espacio.

En el momento en el que pongo un pie en la estancia, un grito asombrado y adolorido retumba en las paredes. Mis ojos se cierran con fuerza y aparto la mirada justo cuando Harry atesta un puñetazo en la cara de mi padre.

Un gemido adolorido resuena en todo el espacio, pero no me atrevo a mirar. Estoy paralizada en el umbral. El sonido de los golpes y los alaridos de dolor me ponen la carne de gallina. Mi vista se clava en la escena y un grito amenaza con abandonarme.

La brutalidad con la que Harry impacta sus puños hace que quiera escapar de aquí. Va a matarlo. Si sigue así, va a asesinarlo...

El hombre en el suelo ha dejado de cubrirse. Los sonidos provenientes de sus labios son tan débiles, que apenas puedo escucharlos. Es entonces, cuando noto cuán entrecortada es la respiración del chico con el que vivo.

Por unos instantes, no soy capaz de procesar nada, pero, entonces, la escena empieza a tomar sentido.

Mi papá está tirado en el suelo y la sangre escurre por su boca y nariz, la hinchazón de su pómulo derecho le cierra un ojo completamente, y los espasmos adoloridos convulsionan su cuerpo.

Harry está ahí, de pie, mirándolo con un odio aterrador. Luce como un depredador frente a su presa: salvaje, imponente, peligroso y devastador. Todo su cuerpo emana violencia e ira, y la poca iluminación hace que su rostro sea cubierto por sombras siniestras.

«No le dicen Bestia solo por las cicatrices...».

—¡Harry, por favor, detente! —mi voz sale en un sollozo tembloroso e inestable. Ni siquiera soy capaz de procesar mis palabras. Lo único que quiero es que se detenga. Lo único que deseo es que ese Harry amable y cálido aparezca de nuevo—. *¡Basta!*

De pronto, deja de golpearlo.

Su mirada oscurecida se clava en mí y limpia el sudor de su frente con una mano, antes de inclinarse hacia mi papá y tomarlo por el enmarañado cabello.

El hombre a su merced gruñe de dolor, mientras Harry lo obliga a erguirse en sus rodillas. Mi padre no hace nada por defenderse y eso trae una oleada de satisfacción enfermiza a mi cuerpo.

Harry me mira a los ojos.

—Pídele perdón —escupe, en dirección a mi padre.

Su voz suena tranquila y compuesta. Un claro contraste con el semblante hostil que se ha apoderado de su cuerpo.

El hombre en el suelo tose con fuerza y la sangre brota a borbotones de su boca. La repulsión aumenta un poco más y, de pronto, el rencor se apodera de mí.

La satisfacción de verlo arrodillado frente a mí, es tan grande y tan tortuosa, que apenas puedo soportarlo. Una parte de mí, la que está llena de rencor y resentimiento, se siente victoriosa por esto; pero otra, la parte noble que he tratado de conservar conmigo a pesar de todo, se siente asqueada y horrorizada. No soporto verlo así, y al mismo tiempo deseo que se arrastre y suplique *piedad*.

Mi papá no dice nada. Se limita a mirarme fijamente, como si esperara un motivo para volver a hacerme daño.

Entonces, el cañón de una pistola es colocado sobre su sien. Es solo hasta ese momento, cuando toda la satisfacción se va. Mi corazón da un vuelco violento y quiero gritar. Quiero gritar, pero no soy capaz de encontrar el sonido de mi voz. Esto es demasiado; las cosas están yendo demasiado lejos.

—Pídele perdón —repite Harry, carente de emociones.

—P-perdón —la palabra es arrancada de los labios de mi padre, pero no se siente honesta. Nada se siente honesto viniendo de alguien como él.

El sonido del seguro de la pistola siendo removido atenaza mi estómago.

—Ahora, que te crea.

El hombre en el suelo aprieta sus ojos con fuerza y traga duro. Verdadero pánico y miedo se filtra en su expresión y la satisfacción regresa. Quiero que sienta ese miedo que yo sentí. Quiero que sienta la impotencia de no poder defenderte mientras esperas a que todo el horror termine.

—¡Perdón!, ¡perdón, Maya!, ¡perdón! —exclama, finalmente.

Entonces, la rodilla de Harry conecta con la espina dorsal del hombre. Este cae al suelo mientras grita de dolor y los vellos de mi nuca se erizan debido a la impresión. De pronto, una patada es atestada en su estómago, y cubro mi boca para ahogar un grito.

«¿Qué demonios estoy haciendo?, ¿por qué permito esto?, ¿qué diablos está mal conmigo?».

Sé que tengo que hacer algo para detenerlo, pero tengo *tanto* miedo, hay tanto odio y rencor dentro de mí, que no soy capaz de pensar como se debe.

—¡Harry, basta! —me las arreglo para decir, pero no se detiene—. ¡Harry, por favor, ya fue suficiente!

El crujido espeluznante de un hueso siendo quebrado, hace que mi estómago se revuelva. El grito aterrador proveniente de los labios de mi padre, envía un escalofrío a toda mi anatomía.

La muñeca del hombre, está torcida en un ángulo antinatural; y el pánico que me inunda es insoportable.

«¡HAZ ALGO!».

Otro golpe.

«¡DETENLO!».

Otro más.

«¡AHORA!».

Otro grito desgarrador.

—¡HARRY, POR FAVOR, BASTA! —grito. Mi voz suena más aterrada que nunca, pero Harry no parece escucharme—. ¡HARRY, POR FAVOR! ¡VAS A MATARLO! —un gruñido brota de su garganta, y lo golpea una vez más—. ¡HARRY, ME ESTÁS ASUSTANDO!

Entonces, se detiene.

Los golpes ceden por completo. El tiempo parece haberse detenido, ya que Harry no se mueve. No soy capaz de ver su rostro porque su cabello cae y cubre parte de su cara, pero sí puedo ver cómo su torso sube y baja con su respiración dificultosa, y cómo su mano tiembla en el agarre de la pistola.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el chico de las cicatrices baje el arma, pero el alivio me invade en el momento en el que lo hace.

—Si vuelvo a verte en este lugar —Harry habla en un siseo, en dirección a mi padre—, voy a matarte. Voy a volarte la tapa de los sesos y voy a disfrutarlo. Más te vale largarte, porque no voy a tener compasión de un cerdo como tú.

Mi papá se arrastra lejos de su atacante, pero yo no puedo apartar la vista de la imagen devastadora que se forma ante mis ojos. La expresión enfurecida en el rostro de Harry lo hace lucir como un completo extraño y, al mismo tiempo, sé que es él. Sé que es el Harry dulce de las sonrisas cariñosas y los besos suaves.

«¿Cómo es que alguien puede ser estas dos clases de persona en cuestión de minutos?».

Un par de ojos color esmeralda se posan en mí y mi aliento se atasca en mi garganta ante la intensidad de su mirada. Una vena salta en su frente debido a la rabia contenida y sé que está costándole mucho trabajo contenerse.

«Está conteniéndose por ti...».

—Si no nos vamos de aquí voy a matarlo, Maya —dice en un gruñido, pero suena más a una súplica que a una afirmación.

Yo asiento porque no soy capaz de confiar en mi voz para hablar. Él parece relajarse notablemente, pero no se mueve, así que me obligo a darle la espalda para avanzar hacia el pasillo.

Los vecinos han salido de sus casas para mirar el espectáculo y me siento avergonzada y agotada. Ni siquiera los observo cuando paso de largo hasta las escaleras. Sé que Harry viene justo detrás de mí porque puedo escucharlo, pero ya no tengo energías para encararlo.

Creí que cuando, finalmente, lo dijera todo, me sentiría liberada. Creí que la primera vez que pronunciara esas aterradoras palabras el alivio sería tan grande que no cabría dentro de mi cuerpo. Pensaba que decirlo me haría sentir mejor en todos los sentidos, pero no es así.

No me siento mejor. Tampoco me siento aliviada o liberada.

Se siente como si el peso del mundo hubiese caído sobre mis hombros. Mis muros de contención se caen a pedazos y no puedo detenerlo. Lo único que ha quedado, es esa Maya asustada que no puede dejar de recordarse que es una basura.

Para cuando entro al apartamento de Harry, estoy llorando de nuevo. Me siento sucia y derrotada. No puedo dejar de revivir una y otra vez lo que acaba de ocurrir. Me aterroriza cuánta ira reprimida hay dentro del chico con el que vivo. Me horroriza cuán fácil pierde el control y cuán difícil es para él recuperarlo...

Avanzo por el pasillo sin mirar atrás. Lo único que deseo es ir a la cama y aovillarme ahí hasta que la vergüenza pase. Lo único que quiero, es que Harry no me detenga. Que no diga nada respecto a lo ocurrido; sin embargo, el sonido de su voz hace que me congele.

—¿Por qué?... —pregunta, con un hilo de voz.

Mis ojos se cierran y tomo una inspiración antes de girarme para enfrentarlo. Toda la ira se ha marchado de sus facciones, y lo único que ha quedado, es dolor. Crudo e intenso *dolor*...

—¿Por qué no me lo dijiste? —suena más herido que nunca—. Me pediste una y otra vez que fuera honesto contigo, pero tú no pudiste contarme algo así. No pudiste confiar en mí como tú me pedías que confiara. ¿Por qué?

Estoy cansada de llorar. Cansada de luchar contra mis demonios y perder. Cansada de tragarme todo lo que siento por miedo a lo que el resto del mundo vaya a decir o pensar sobre mí.

—Tenía miedo —me sorprende la firmeza en mi voz. No he dejado de llorar, pero sueno serena hasta cierto punto—. Miedo de que me miraras como lo haces ahora mismo, de que no lo *comprendieras*... —trago el nudo en mi garganta y continúo—: Me aterraba pensar en tu rechazo o en que quizás sintieras asco de mí. Estaba petrificada con la idea de perderte porque, Harry, jamás me había sentido como me siento cuando estoy contigo. Nadie me había tratado de la forma en la que tú lo haces. Nadie me había hecho sentir segura como tú.

—No sabes cuánto me costó abrirme contigo. No sabes el esfuerzo descomunal que hice para confiar en ti —niega con la cabeza—. Yo lo habría entendido, habría comprendido tu postura. ¡Maldita sea, Maya!, debiste decírmelo antes. ¡Dios! —lleva sus manos a su cabello y tira de él con frustración—, ¡si me lo hubieses dicho habría sido *gentil*, maldición!, ¡habría...! ¡Carajo!, ¡habría hecho algo para ayudarte!

—No puedes ayudarme —sueno derrotada—. No puedes pretender que puedes arreglarme, Harry. Nadie puede.

Su mirada está fija en mí. Sus ojos están llenos de un extraño y profundo dolor y, por un momento, creo que va a marcharse como siempre hace cuando peleamos; sin embargo, se acerca lentamente. Se detiene justo frente a mí y me obligo a alzar la vista para mirarlo a los ojos.

—Quiero intentarlo —la intensidad en el tono de su voz, me eriza la piel—. Déjame intentarlo, Maya.

La opresión dentro de mi pecho es tan grande, que apenas puedo respirar.

—¿Te doy asco? —sueno patética. Sueno aterrorizada.

—¿Cómo habrías de hacerlo, si eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida? —susurra.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios y desvío la mirada.

—¿Cómo es que sigues aquí ahora? —suelto en un susurro angustiado.

—Eso mismo me pregunto de ti todos los días, Maya —sus nudillos acarician mi mejilla y mi piel hormiguea debido a su tacto.

Mis ojos se clavan en los suyos y se inclina hacia adelante. Mi corazón se acelera una vez más, y el agotamiento de mi cuerpo es tan grande, que apenas puedo registrar el roce de sus labios contra los míos.

Mis manos se apoyan sobre sus hombros y une su frente a la mía.

—Voy a cuidar de ti. *Siempre*, Maya —la promesa me pone la carne de gallina—.
Pase lo que pase, no voy a dejar que nada malo te ocurra.

CAPÍTULO 23

La luz se filtra a través de mis párpados cerrados y hace imposible que pueda seguir envuelta en la bruma del sueño.

Me remuevo con incomodidad, y tanteo para tirar del cobertor y cubrirme con él. Me hago un ovillo mientras trato de recuperar el hilo de mi sueño, pero es imposible. Estoy más despierta que dormida, y empiezo a ser consciente de lo que sucede a mi alrededor.

Me acomodo bocabajo, hundo la cara en la almohada e inhalo profundo. El familiar perfume de hombre inunda mis fosas nasales, y mi estómago hace un giro extraño en el momento en el que las facciones varoniles y angulosas de Harry Stevens se dibujan en mi cabeza. Su sonrisa suave y tímida se difumina en mi memoria y, de pronto, me encuentro anhelando mirarla de frente.

Mis ojos se abren y me remuevo hasta quedar bocarriba en la cama. Estoy sola. No hay señales de Harry por ningún lado. Tampoco esperaba que estuviera a mi lado al levantarme, pero, aun así, me siento un poco decepcionada.

El silencio de la habitación solo es interrumpido por el sonido de los autos que avanzan en la calle, así que miro hacia la ventana mientras el sol se filtra a través de las cortinas cerradas. Me permito, entonces, cerrar los ojos para imaginarme todo el caos que, seguramente, rige la ciudad.

Los recuerdos de la noche anterior me invaden poco a poco y la sensación de hundimiento se apodera de mí. Las imágenes violentas se reproducen en mi cabeza una y otra vez, y lo único que quiero es que desaparezcan para siempre.

Un suspiro entrecortado se escapa de mi boca y me incorporo, mientras trato, desesperadamente, de ahuyentar los recuerdos tortuosos.

No siento miedo de Harry, pero esa faceta suya tan impredecible y volátil me preocupa. Es como si la oscuridad tomara posesión de su cuerpo e impidiera que el

verdadero Harry —ese que es dulce y bondadoso—, saliera a la luz completamente.

Bajo de la cama al cabo de diez minutos de meditación acerca de lo ocurrido. No me molesto en ponerme zapatos para avanzar por la habitación hasta el pasillo.

Al llegar a la sala, lo primero que veo es a Harry, con una taza entre las manos y la mirada fija en la nada. El nerviosismo me invade, pero no me atrevo a moverme.

No estoy muy segura de cómo actuar ahora que lo sabe todo. Jamás imaginé que sería capaz de decírselo. Mucho menos creí que se lo tomaría como lo hizo. Dejando de lado la parte en la que casi mata a golpes a mi agresor, se lo tomó bastante... *bien*.

De cualquier modo, la incertidumbre no deja de torturarme. Aún no sé qué piensa al respecto y, si soy sincera, no sé si quiero saberlo.

Trato de enfocarme en el presente y me aclaro la garganta para llamar su atención. Entonces, sale de su ensimismamiento casi con brusquedad. Sus ojos encuentran los míos y, por un instante, luce aturdido. Abre la boca para hablar, pero lo piensa mejor y no lo hace.

Todo su cuerpo irradia inseguridad y tensión. Sé que se siente igual que yo y eso me hace sentir un poco menos ansiosa.

—Te fuiste —digo. No pretendo que suene a reproche, pero lo hace.

—Me levanté hace un rato —un poco de la tensión en sus hombros se esfuma. Entonces, me regala una sonrisa cargada de disculpa—. No quería despertarte.

Mis puños se aprietan contra mis costados, pero me obligo a sostenerle la mirada.

—¿Está todo *bien*? —mi pregunta suena aterrorizada. Necesito saber en qué lugar nos ha puesto mi confesión. Necesito saber si sigue viendo en mí lo que veía antes de saberlo.

Sus cejas se alzan y me regala una mirada curiosa y divertida.

—¿Algo tiene que estar mal? —suena entretenido.

—No es eso —niego con la cabeza y desvío la mirada—. Es solo que...

—Maya —me corta—, todo está bien.

La calidez en el tono de mi voz, hace que mi pecho se contraiga. Lo miro, solo para comprobar que no miente y me guiña un ojo antes de hacer un gesto de cabeza hacia el sillón donde se encuentra.

—El único problema —dice, mientras avanzo a paso lento y dubitativo—, es que no quise despertarte para que fueras a trabajar.

Me siento a su lado y hago una mueca de pesar. Él rodea mis hombros con uno de sus brazos y me atrae hacia su cuerpo. Mi cabeza se recarga en su hombro y besa mi sien antes de imitar mi gesto y recargarse en mí.

—Mañana descanso —suspiro—. Creo que dos días fuera del trabajo no me caerán mal.

Harry deja la taza de café sobre la mesa de centro. Sus manos se colocan en mis caderas, y tira de mí hasta cargar el peso de mi cuerpo para acomodarme sobre sus piernas. Mi cabeza se hunde en el hueco que hay entre su hombro y su cuello, y me envuelve en sus brazos de forma protectora.

—Quiero escaparme contigo, entonces —susurra contra mi oído y salgo de mi escondite para mirarlo a la cara.

—Iría contigo hasta el fin del mundo —sé que estoy haciendo una promesa inocente, pero el impacto que tienen esas palabras en mí, es más intenso de lo que espero que sea.

Sus labios rozan los míos con suavidad.

—Quiero mostrarte algo —dice, cuando se aparta.

—¿Qué cosa?

—No está aquí —murmura, y presiona su boca contra la mía—. Ve a vestirme y te llevaré ahí.

—De acuerdo —susurro. Es mi turno para rozar nuestros labios.

Estoy a punto de levantarme, cuando ahueca mi rostro entre sus manos, y me besa lento y profundo. Su lengua invade mi boca sin pedir permiso y todo mi cuerpo parece reaccionar con su caricia. Finalmente, se aparta y me sonrío.

—Ve.

Bajo de su regazo, medio aturdida, y me apresuro a andar por el pasillo.

Me siento eufórica por la naturalidad con la que ha fluido todo entre nosotros. Harry jamás había sido así de cariñoso. Jamás me había tratado con tanta... *delicadeza*.

Una sonrisa boba se apodera de mis labios y me apresuro a tomar algo de ropa limpia. No puedo esperar para ver eso que quiere mostrarme.

~ ~ ~

El frío aumenta mientras avanzamos por la carretera ascendente. Harry ha conducido durante más de cuatro horas sin decir absolutamente nada del lugar a donde va a llevarme. El tráfico ajetreado de la ciudad ha quedado atrás hace horas, y la autopista está casi desierta.

Cuando llegamos al tramo boscoso, empiezo a impacientarme; es por eso por lo que no he dejado de preguntar a dónde es que vamos.

—¿Quieres dejar de preguntar? —suena irritado y divertido al mismo tiempo—. No voy a decirte. Estamos muy cerca. Confórmate con saber eso.

—Es injusto que no quieras decírmelo —me enfurruño en el asiento del copiloto y clavo mi vista en la carretera.

—¿Ahora estás enojada?

—Lo estoy —mascullo, pero en realidad no es así.

Una risa ronca brota de su garganta y sonrío con el sonido agradable y melodioso.

—¡Dios mío!, ¡eres el dramatismo hecho persona! —exclama, pero no ha dejado de reír.

—Sí, bueno, tú tampoco te quedas atrás —me defiendo, y le doy un empujón juguetón en el hombro.

Harry niega sin apartar la vista del camino.

—Si no estuviera conduciendo, te besaría ahora mismo —dice.

—Aparca —digo, y mi voz suena más autoritaria de lo planeado.

—¿Qué?

—Aparca, Harry. *Ahora*.

—¿Estás loca? —medio ríe.

—Hablo en serio, Harry —soy toda seriedad ahora—. Detén el auto.

La sonrisa en sus labios vacila, y orilla el auto en la primera oportunidad. El motor es apagado entonces, y yo no pierdo ni un solo segundo, ya que trepo sobre el asiento mientras lo escucho protestar. Acto seguido, me acomodo a horcajadas sobre sus piernas.

Las protestas de Harry solo consiguen arrancarme una sonrisa de los labios y, justo en ese momento, lo beso.

Una de sus manos ahueca mi cuello y me besa de vuelta mientras entierro mis manos heladas en su cabello.

Un gemido ronco brota de su garganta cuando el beso se intensifica, y deslizo mis dedos hacia abajo, para posicionar mis manos justo en la base de su nuca.

—¡Mierda!, ¡estás helada! —exclama contra mi boca. Una carcajada brota de mi garganta en ese momento.

Harry desliza su mano libre por debajo del material de mi blusa y chilló al contacto con sus dedos congelados. Él ríe sin apartar sus labios de los míos y retira su toque para envolver su brazo en mi cintura.

Nos besamos durante lo que parece décadas y entonces, nos besamos otro poco más. Cuando nos separamos, me mira a los ojos y aparta los mechones alborotados de cabello lejos de mi rostro.

—Voy a llevarte al lugar al que solía ir cuando sentía que no podía más —susurra con un hilo de voz—. Voy a llevarte al lugar que solía compartir con mi hermana. Ese donde purgué todo el dolor que sentí cuando ella dejó de estar conmigo —mi sonrisa vacila en ese instante y él, al notarlo, añade con aire juguetón—: Así que, por favor, deja de hacer cosas como estas porque nunca llegaremos a nuestro destino de seguir así.

—No necesito llegar a ningún lado si estoy contigo —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas.

—Es curioso que pienses eso —susurra—, porque yo también lo hago. Respecto a ti, quiero decir.

Un beso casto es depositado en mis labios, y es solo en ese momento, que me deja ir.

Entonces, a regañadientes, regreso al asiento del copiloto y me acomodo antes de que arranque el motor una vez más.

Harry conduce por la carretera durante cuarenta minutos más, antes de tomar una de las salidas y conducir por un estrecho camino pavimentado. El bosque se alza por todos lados y me siento maravillada por la belleza del paisaje.

Al cabo de unos minutos, el pavimento es reemplazado por terracería y el paisaje se vuelve más hosco y burdo conforme avanzamos.

Finalmente, y después de quince minutos más de camino difícil, nos detenemos.

Hemos aparcado en un claro cubierto de escarcha y granizo. El silencio se ha apoderado de la atmósfera casi de inmediato y lo único que puedo hacer es contemplar las enormes montañas que se elevan a lo lejos.

Está helando. Mi aliento forma nubes de vaho debido a las bajas temperaturas, pero no puedo dejar de admirar el paisaje.

—Ese de ahí —Harry irrumpe el silencio y señala a la montaña más grande—, es el Monte Shasta. Aun no entiendo por qué le llaman «monte» cuando en realidad es un volcán —una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios—. La vista es increíble y, bueno, este era el lugar a donde solía venir con Jenna cuando todo iba de la mierda.

La enorme montaña señalada está cubierta de nieve, y un halo de neblina la rodea. La imagen es tan hermosa, que me he quedado sin aliento.

—¿Te gusta? —la ansiedad en la voz de Harry me trae de vuelta a la realidad.

Mi atención se vuelca hacia él y sonrío.

—Es hermoso —apenas puedo mantener a raya la emoción en mi voz—. La vista es maravillosa y... —niego con la cabeza, y clavo mi mirada en el precioso e indescriptible paisaje frente a mis ojos—. ¡Dios!, ni siquiera puedo describirlo.

La puerta del piloto es abierta y poso mi atención en Harry, quien me guiña un ojo antes de cerrar de un portazo y echarse a andar por el claro.

Rápidamente, bajo del auto y trato de seguirlo. El aire helado me eriza la piel, pero me obligo a andar sin darle importancia al dolor de mis articulaciones.

—¡Harry! —medio grito—. ¡Harry, espera!

Él se detiene y yo avanzo hasta alcanzarlo. Estoy a punto de hacer un comentario respecto a su falta de consideración conmigo, cuando noto el inmenso barranco que hay a pocos metros de distancia de nosotros.

La altura hace que el vértigo se apodere de mi cuerpo e, instintivamente, envuelvo mis dedos entumecidos en los de Harry.

Él aprieta mi mano antes de gritar a todo pulmón. Me encojo al escuchar la potencia de su voz y el eco que reverbera en todo el espacio. Entonces, cuando el aire de su pecho se termina, me mira y sonrío.

—Ahora tú.

—¿Qué?

—Es tu turno —me alienta—. Grita.

Estoy segura de que luzco confundida hasta la mierda, ya que él me guiña un ojo.

—Solo hazlo, Maya —dice.

Mis ojos se posan en la montaña que se alza en la lejanía, inhalo profundo. Dudo unos segundos, pero no permito que eso arruine mis intenciones y grito con todas mis fuerzas. Mi garganta arde y mis pulmones queman debido al frío, pero el grito es tan liberador, que no me importa nada más.

Se siente bien. Se siente como si todo el peso de mis hombros se liberara poco a poco.

Cuando el aire se termina, tomo aire de nuevo y grito aún más fuerte. Grito una y otra vez, hasta que siento la humedad correr por mis mejillas. No puedo respirar, no puedo dejar de *llorar*. Sin embargo, esta vez, no se siente como si todo estuviese derrumbándose a mi alrededor.

El alivio que invade mi cuerpo es tan agobiante, que apenas puedo soportarlo.

Harry tira de mí en su dirección cuando el nudo en mi garganta me impide continuar. Entonces, sin decir nada, me envuelve entre sus brazos. Mi cara se hunde

en su pecho y sollozo con fuerza. Mis dedos se aferran a su camisa en puños, y me abrazo a él como si mi vida dependiera de la fuerza con la que lo sostengo.

Ni siquiera sé por qué estoy llorando, pero no puedo parar.

—Estoy aquí contigo, Maya —susurra contra mi cabello—. No voy a dejar que nada malo te suceda. Lo prometo.

~ ~ ~

Hace un rato que dejé de llorar. Sin embargo, mis ojos arden, mi garganta duele y mi cabeza se siente como si pudiese explotar en cualquier momento.

Harry y yo hemos pasado la tarde entera en este lugar.

Me ha abrazado todo el tiempo y yo he llorado más de lo que me gustaría admitir. La sensación de alivio y liberación ha comenzado a hacer una pequeña casa en mi pecho y estoy agradecida por eso. Apenas puedo creer lo bien que se siente llorar de esta manera. Es como si hubiese arrojado todo el peso de mis hombros por ese barranco. Como si Harry hubiese arrancado la carga de mi espalda.

—¿Cómo te sientes? —Harry habla mientras frota sus labios contra mi sien.

—Mejor —una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Él aparta unos mechones de cabello lejos de mi rostro y besa la punta de mi nariz.

—Será mejor que nos vayamos —hace una mueca de disculpa—. Se hace tarde y odio tomar la autopista de noche.

—De acuerdo —asiento. Él se inclina y me besa antes de entrelazar nuestros dedos y guiar nuestro camino de vuelta a su destartado auto.

~ ~ ~

El camino a casa es silencioso y llegamos a la ciudad cuando la noche ya ha caído. Harry no ha hecho ningún comentario respecto a su aversión por conducir de noche. A decir verdad, apenas ha hablado desde que emprendimos el camino de regreso. Sin embargo, nuestros dedos han estado entrelazados todo el tiempo.

No he podido dejar de pensar en todo lo que ha pasado desde que llegó a mi vida y tampoco puedo dejar de agradecer la forma en la que lo hizo. No dejo de pensar en que, si él no hubiese aparecido en mi vida, ahora mismo estaría muerta. Ahora mismo, no existiría...

—¿En qué piensas? —el sonido de su voz me saca de mis cavilaciones.

Un suspiro entrecortado se me escapa.

—Pienso en cuán afortunada soy de tenerte —se detiene en un semáforo y aprovecho ese instante para mirarlo—. No sé qué diablos habría sido de mí si no te hubiese conocido. Es como si el cielo te hubiese mandado solo para mí.

Su atención se posa en mí, y noto cómo su mirada se oscurece varios tonos.

—No soy un ángel, Maya —bromea, pero el trasfondo dolido de sus palabras no me pasa desapercibido.

—Tampoco eres una Bestia.

Su mandíbula se aprieta y, por primera vez en mi vida, noto el horror puro en sus facciones.

—Tengo tanto miedo de que descubras que sí lo soy... —suena más allá de lo aterrorizado—. No quiero perderte, Maya. Si te pierdo...

Me arrodillo en el asiento del copiloto y planto mis labios sobre los suyos para hacerlo callar. Él corresponde a mi caricia y une su frente a la mía cuando nos separamos.

—No voy a irme a ningún lado, Harry —prometo.

Él abre la boca para responder, pero la bocina del auto detrás de nosotros, nos hace saltar del susto. Harry maldice y mira hacia el semáforo que se ha puesto en verde antes de arrancar.

Las familiares calles del barrio donde vivimos aparecen en mi campo de visión al cabo de un rato. No puedo esperar a estar en casa para preparar algo de cenar y acurrucarme en la habitación con Harry.

El auto gira en la esquina de la calle donde vivimos, pero se detiene abruptamente a los pocos metros de distancia.

—¿Qué demonios...?

—Oh, mierda... —las palabras salen de la boca de Harry en un susurro inestable.

—¿Qué pasa? —mi ceño se frunce, pero él ni siquiera me mira. Su vista está clavada en un punto en la calle.

—¿Crees que puedas pasar la noche en casa de tu amiga del trabajo? —su voz suena más ronca que nunca.

—¿Qué? Sí, pero...

—Bien —me interrumpe—. Voy a llevarte ahí.

—¿Harry, qué está pasando?

—¿Ves ese auto de ahí? —hace un gesto hacia uno de los coches aparcados en la calle.

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso, Harry?, ¿qué ocurre?...

—Ocurre, Maya, que ese es el auto del hombre para el que trabajo.

CAPÍTULO 24

No puedo dormir.

No puedo dejar de pensar en Harry y en el modo tan abrupto en que se despidió de mí cuando me dejó en el apartamento de Kim.

Estaba tan alterado, que ni siquiera tuvo oportunidad de sentirse incomodado con las miradas asustadas y asombradas que los vecinos de mi amiga le dedicaban. Ella, por otro lado, trató de no lucir impresionada, sin embargo, estoy segura de que las marcas en su rostro la impactaron más de lo que esperaba. No la culpo. Suelen ser bastante imponentes...

Harry se limitó a decir que tenía una urgencia familiar y que no quería dejarme sola en el apartamento, pero la verdad es que fue a encontrarse con un hombre peligroso. La verdad es que su jefe irrumpió en el apartamento porque no se ha reportado en varios días.

Estoy tan angustiada, que ni siquiera puedo respirar debido a la angustia y la desesperación que siento en este momento.

Durante la cena, traté de parecer casual, pero me fue casi imposible tragar bocado alguno. Kim no dejó de parlotear acerca de cómo estuvo el trabajo hoy y felicitó la audacia de Harry al no levantarme para que fuera.

Will, bromeó un par de veces con mi amiga y me preguntó sobre mi relación con Harry, mientras Kim acariciaba su cabello en un gesto distraído. Al cabo de un rato, preguntó abiertamente sobre las marcas en su rostro y no hice más que contarle la verdad: que un tipo borracho se las hizo hace ocho años.

Kim le lanzó un tenedor después de escuchar su pregunta, no sin antes reprenderlo por la imprudencia cometida. Él, sin embargo, refutó con un comentario tipo: «¡Oh, cállate!, ¡tú también querías saberlo!». Y ese fue el fin de la discusión.

Después de cenar, ayudé a Kim a recoger la cocina y desmontar el viejo sofá cama de su sala. Preparamos el espacio en silencio y se despidió con un movimiento de mano antes de marcharse a la habitación que comparte con Will.

Ha pasado una hora desde entonces y yo sigo aquí, sin poder conciliar el sueño debido a la mortificación. Estoy tan aterrorizada, que no puedo hacer otra cosa que pensar en lo que debe estar ocurriendo en casa de Harry.

El tiempo parece correr con más lentitud que nunca, y la noche se siente más helada que de costumbre. El monstruo del miedo y la preocupación crecen con cada segundo que pasa y no puedo hacer nada para contenerlos.

Harry me aseguró una y otra vez que nada va a ocurrirle, pero no puedo dejar de sentirme preocupada y desesperada.

Cientos de preguntas se arremolinan en mi cabeza. Decenas de escenarios fatalistas se dibujan en mi mente y estoy a punto de reventar.

«¿Qué tan peligrosas son esas personas?, ¿qué tan involucrado está Harry con ellas?, ¿qué hace exactamente para ellas?, ¿qué tan reemplazable es él para esa gente?...».

Mis ojos se cierran y tomo una inspiración profunda.

«Debes calmarte, Maya». Me digo una y otra vez, pero el peso en mi estómago no se va. Siento que mi mente va a estallar de un momento a otro si no sé algo de Harry.

Llevo mis manos hacia mis labios y los rozo con las yemas de mis dedos. El beso de despedida de Harry fue feroz y urgente. Sabía a miedo e incertidumbre, pero no pude hacer otra cosa más que corresponderle y rogarle al cielo que la sensación de hundimiento fuera producto de mi imaginación.

—Harry está bien —susurro para mí misma—. No pasa nada. Todo está bien...

Pero sé que no lo está.

La preocupación es tanta en este momento, que ni siquiera puedo quedarme quieta en mi lugar. Ni siquiera soy capaz de mantener en orden el mar de emociones que llevo dentro.

Hace mucho tiempo que perdí todo acercamiento con Dios. Hace mucho tiempo, que perdí la voluntad de rogarle por mi vida, pero, en este momento, lo único que deseo hacer es *rezar*. Solo quiero pedirle que mantenga a Harry a salvo, porque me ha quitado mucho y no podría soportar perderlo a él. Porque soy tan egoísta como para creer que puedo acercarme a él aun cuando he dejado que la oscuridad me consuma...

Mis labios murmuran una y otra vez oraciones que apenas puedo recordar. Mis ojos están cerrados y toda mi concentración está puesta en la tarea que me he impuesto. Necesito creer que un ser divino es capaz de interceder y protegerlo. Necesito aferrarme al vestigio de esperanza que Harry Stevens ha sembrado en mí con el paso de los días y darle una oportunidad a la fe empolvada que tengo guardada.

~ ~ ~

La luz del sol se filtra a través de la delgadez de mis párpados. Coloco un brazo sobre mi cara para aminorar el efecto que tiene esto en mi sueño, pero sé que no voy a poder dormir de nuevo.

Giro sobre mi cuerpo hasta quedar sobre mi estómago y hundo la cabeza en la almohada áspera. El aroma desconocido invade mi olfato y, en ese instante, me giro para incorporarme de golpe.

El mareo provocado por mi abrupto movimiento no se hace esperar, pero lo ignoro mientras inspecciono la habitación.

Las paredes blancas del apartamento de Kim aparecen en mi campo de visión. Un par de cuadros decorativos cuelgan de las paredes y las cortinas de color *beige* ondean con la suave brisa que entra por la ventana. Los sofás color vino de la sala están llenos de cojines a juego y la mesa de centro está acomodada en una esquina, ya que el sofá cama abarca la mitad de la sala.

Me pongo de pie con lentitud y avanzo con los pies descalzos hasta la cocina. El pequeño reloj junto al refrigerador marca las siete de la mañana y el alivio viene a mí en oleadas grandes. Me habría dado mucha vergüenza despertar después que

Kim y Will. Han sido muy amables al dejarme quedar, pero no quiero que piensen que soy una holgazana que duerme hasta el mediodía.

Sirvo un vaso con agua y lo bebo casi de un trago antes de lavar el traste utilizado y acomodarlo en el escurridor. Miro el reloj una vez más y trato de decidir qué es lo que haré.

No puedo irme, así como así. Harry dijo que pasaría por mí en la mañana, pero tampoco quiero esperar demasiado.

Mi labio inferior es atrapado entre mis dientes con tanta fuerza, que pruebo el sabor de mi sangre. Mi lengua recorre la zona lastimada, pero ni siquiera el dolor físico es capaz de apartar la angustia que me aprisiona.

«¿Qué debo hacer?...».

Finalmente, decido esperar a que Kim despierte para agradecer su hospitalidad y poder marcharme; sin embargo, no es hasta las nueve de la mañana que sale de su habitación.

Una expresión divertida se apodera de su rostro en el momento en el que me ve sentada en la pequeña sala de su casa con la mirada fija en mis manos. Hace rato que acomodé el desastre del sofá cama y ahora me encuentro sin nada que hacer.

—Buenos días —Kim habla. La diversión tiñe su voz.

Me las arreglo para esbozar una sonrisa débil.

—Buenos días, Kim.

—No sabía que eras del tipo madrugador —sus cejas se alzan, pero no ha dejado de sonreír ni un solo momento.

Hago una mueca de disculpa.

—Desperté y ya no pude dormirme —mascullo.

—Comprendo —asiente—. Yo tampoco puedo dormir si no estoy en mi propia cama. ¿Qué quieres desayunar? Will hace unos *waffles* deliciosos. Hace la masa desde cero y todo eso. Es bastante impresionante. Le pediré que cocine para nosotras y...

—En realidad —la interrumpo—, tengo que irme.

—Pero Harry dijo que...

—Sé lo que dijo —me obligo a mirarla a los ojos—, pero necesito reponer el día en el trabajo. Ayer falté y no quiero llegar tarde.

Un suspiro brota de sus labios y niega con la cabeza.

—¿Qué voy a decirle a Harry si viene?

—Dile que fui a casa a tomar una ducha y que después iré al trabajo —resuelvo, mientras me incorporo. Sin perder el tiempo, la envuelvo en un abrazo a manera de despedida.

Ella besa mi mejilla.

—Ve con cuidado, ¿de acuerdo? —dice.

Una sonrisa tensa se dibuja en mis labios.

—Lo haré —digo—, lo prometo. Dile adiós a Will de mi parte.

Entonces, me acompaña hasta la puerta y me da indicaciones de qué autobús tomar para llegar al edificio donde vivo.

Camino varios minutos por las calles vacías del barrio de Kim antes de llegar a la parada del transporte público.

Todo mi cuerpo zumba de ansiedad con la sola idea de volver a la casa de Harry. Quiero encontrarlo sano y salvo; sin embargo, no dejo de sentirme nerviosa y asustada por los posibles escenarios que pueden recibirme. Lo único que quiero ahora mismo, es fundirme entre sus brazos. Quiero aferrarme a él y no soltarlo por el resto del día. Lo único que necesito es que todo esté bien de una vez por todas.

El autobús pasa después de casi diez minutos de espera, pero tengo que bajar tres calles antes de lo previsto, ya que la ruta no llega hasta la parada más cercana a mi destino.

Avanzo a paso rápido y seguro. Se siente como si pudiese echarme a correr para llegar más a prisa, pero no lo hago. No lo hago ni siquiera cuando el edificio aparece en mi campo de visión.

Subo las escaleras del complejo a toda velocidad y casi tropiezo al llegar al segundo piso. Todo mi cuerpo grita que debo apresurarme. La necesidad de ver a Harry es tan intensa y dolorosa, que apenas puedo pensar con claridad.

Al llegar al piso superior, rebusco las llaves en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Finalmente, después de unos minutos de búsqueda, las encuentro e introduzco la llave en la cerradura. El seguro cede de inmediato, pero no me atrevo a poner un pie dentro del apartamento. No quiero hacerlo. Me aterra encontrarme con una escena escalofriante y, al mismo tiempo, deseo abrir la puerta y ver a Harry.

Tomo una inspiración profunda y dejo ir el aire lo más lento que puedo, en intento débil y desesperado por aminorar las emociones intensas que amenazan con destrozarme pedazo a pedazo. Entonces, giro la perilla y las bisagras chirrían débilmente mientras empujo la puerta.

El aroma es lo primero que percibo.

El olor más predominante es el de los cigarrillos y la marihuana; el del alcohol viene después y, solo al final, percibo el hedor del sudor que está impregnado en todos lados.

No me atrevo a romper con el silencio que domina la estancia, así que, con cuidado, cierro la puerta detrás de mí y avanzo hasta la sala. Hay latas vacías de cerveza regadas por todos lados. La basura de un cenicero volcado tiñe la alfombra de polvo gris, el aluminio de los envoltorios de condones brilla con la luz que se filtra por la ventana y pequeños fragmentos de vidrio están regados sobre la mesa de centro. Hay tres personas dormidas en la estancia. Dos chicos y una chica. Ninguno de ellos es Harry y me siento aliviada por eso. No se necesita tener más de dos neuronas para deducir qué era lo que hacían. Ella está completamente desnuda, mientras que los dos chicos a su lado tienen los pantalones abajo.

Trato de ignorar la imagen y avanzo en silencio hasta llegar al pasillo. Hay otro chico tumbado en el suelo alfombrado, pero también está dormido. Tengo que abrir las piernas en una zancada grande para pasar sobre su cuerpo sin pisar ninguna de sus extremidades. Entonces, continúo mi camino hacia la habitación de Harry.

Echo un vistazo al estrecho corredor y me pregunto qué ocurrió aquí anoche, antes de poner toda mi atención en la puerta de la habitación principal.

En el instante en el que pongo un pie dentro de la pieza, me arrepiento de haber venido.

Harry está recostado sobre la cama, completamente dormido. La mitad superior de su cuerpo está desnuda y mis ojos viajan de inmediato a la tinta que tiñe su piel.

Sus labios rosados están entreabiertos y sus ojos cerrados. Toda la habitación huele a alcohol y cigarrillos, y una oleada de coraje me invade de pronto.

Mientras yo rezaba por su bienestar, él bebía su peso en alcohol. Mientras yo moría de la angustia, él se divertía y la pasaba bien con todas estas personas.

Me siento más estúpida que nunca. Me siento...

—¿Disculpa? —la voz femenina a mis espaldas me hiela la sangre—, ¿quién demonios eres tú?

Giro sobre mis talones con brusquedad y me congelo cuando miro a la dueña de la voz...

Se encuentra de pie en la puerta del baño de la habitación y me observa con detenimiento. No me impresiona su cabello rubio y largo. Tampoco lo hacen sus ojos azules, ni su piel trigueña. Ni siquiera me impresiona lo bonito y esbelto que es su cuerpo. Lo que hace que me sienta como una perdedora, es la camisa que lleva puesta.

Conozco esa prenda. La he visto antes. Muchas veces... En el torso de Harry.

Una de sus perfectas cejas es arqueada en mi dirección. Me recorre de pies a cabeza con la mirada, y reprime una sonrisa burlona.

—¿Se te perdió algo, Bambi? —el apodo suena despectivo y cruel, pero no puedo reaccionar. No puedo mover un maldito músculo de mi cuerpo.

—Yo... —balbuceo—. Solo... —mis ojos se cierran con fuerza y digo lo primero que me viene a la mente—: Soy la persona que hace el aseo, pero creo que volveré en otro momento. Con permiso.

Me precipito hacia la salida.

—¡Oye! —su voz me detiene.

Me detengo en seco y vuelco mi atención hacia ella.

—¿Sabes de quién es esto?... —levanta una de mis austeras bragas de algodón. La humillación cala y escuece con violencia. «¿Hurgó entre mis cosas?, ¿hurgó entre las cosas de Harry?»—. Parece la ropa interior de mi hermana pequeña —se burla, y la vergüenza incrementa otro poco.

—No tengo idea de quién sea—respondo, con toda la frialdad que puedo imprimir—. Seguramente, son de la que estuvo aquí antes que tú.

La mueca burlona de la chica se transforma en una indignada y dolida, y la pequeña victoria me sabe agri dulce.

Mis ojos se posan una fracción de segundo en el hombre dormido en la cama y me siento nauseabunda. No quiero pensar en las cosas que pudieron o no pasar entre ellos anoche.

—Como sea —ella encoge un hombro—. Sea quien haya sido, ya no está. Yo soy su recurrente, ¿sabes? —una sonrisa inocente la asalta—. Anoche la pasamos *tan* bien...

—No lo dudo —le regalo una sonrisa tensa—. Como sea, debo irme.

—Le diré que viniste —me guiña un ojo y, sin decir una palabra más, me obligo a salir de la habitación.

Avanzo lo más rápido que puedo entre el desastre y salgo del apartamento mientras lucho contra la repulsión que siento hacia Harry.

Las lágrimas inundan mis ojos, pero no quiero llorar. No voy a llorar. Ya no más...

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo y me detengo en seco al salir del edificio. El aire helado de la mañana me golpea el rostro, y agradezco la sensación refrescante. El nudo en mi garganta es insoportable, pero compacto todas las emociones en una caja que coloco al fondo de mi cerebro, donde toda la mierda del pasado se encuentra alojada. Si lloro, la chica del departamento gana y no voy a permitir que suceda de ese modo.

A pesar de mi renuencia a seguir pensando en eso, de pronto, cientos de escenarios aparecen en mi cabeza. Me enferma la idea de lo que pudo haber pasado entre esa chica y Harry. Me asquea imaginarlo y me desespera no saberlo.

Harry dijo que el hombre para el que trabajaba estaba ahí, pero ahora dudo que sea cierto. Quizás se dio cuenta de que la chica había venido y no quería que yo me diera cuenta. Quizás el coche era de ella y Harry solo mintió para no tener que darme explicaciones.

La tristeza y el dolor, van transformándose poco a poco en algo más poderoso y oscuro. Entonces, el coraje, el rencor y el resentimiento se arremolinan dentro de

mi pecho como el peor de los venenos. Como el más corrosivo de los ácidos.

«¡Estúpida, estúpida, mil veces estúpida!». Grita la voz en mi cabeza. «¡Te jugó el maldito dedo en la boca!».

No sé qué pensar. No sé cómo sentirme. Me rehúso a aceptar que Harry mintió. Me rehúso a creer que fue capaz de estar con otra chica después de haberse comportado como lo hizo conmigo, pero las palabras de la chica no dejan de taladrar en mi cerebro...

«Anoche la pasamos tan bien...».

Se siente como si pudiese gritar ahora mismo. Se siente como si pudiese arrancarme la piel a pedazos...

Odio esto. Odio que las cosas tengan que ser de esta manera. ¿Por qué no puedo solo desaparecer de la faz de la tierra?, ¿por qué todo tiene que ser así de difícil?...

Cierro los ojos y tomo una inspiración profunda. Debo pensar con claridad. Debo dejar de lamentarme. Debo poner cuanta distancia sea posible entre Harry Stevens y yo.

CAPÍTULO 25

La tristeza que me oprime el pecho, es tan intensa, que me ahoga. El coraje, la ira, la decepción... Cientos de sensaciones vertiginosas se arremolinan en la boca de mi estómago y me llevan al límite de mis cabales.

No he dejado de pensar en Harry. No he dejado de torturarme y de revivir la imagen de él, semidesnudo, y la chica rubia usando su ropa. He tratado de encontrar alguna explicación lógica para lo que vi y estoy tan desesperada por aferrarme a algún vestigio de esperanza para probar su inocencia, que he inventado las historias más absurdas para justificarlo.

«No hay nada que justificar. Lo que viste es lo que es. Deja de ser una idiota y acepta que Harry no es quien dice ser». La voz insidiosa susurra una vez más y el coraje dentro de mi cuerpo gana terreno.

Trago duro.

No voy a llorar. No voy a quebrarme de nuevo. No por él...

—Maya —Fred, mi compañero de trabajo, habla a mis espaldas—, Daniel te necesita en el almacén.

El dueño del establecimiento me permitió reponer el día solo porque nunca había faltado antes; pero, como no traigo el uniforme reglamentario, me ha tocado ayudar dentro de la cocina. He pasado el día entero lavando platos y cortando verduras, pero no puedo quejarme. Esto es mejor que enfrentar al mundo y sonreír como si nada pasara.

Seco mis manos con un trapo y me precipito en dirección a la pequeña bodega del restaurante.

Daniel, el chef principal, me indica cómo debo separar las verduras pasadas de las que están en buen estado. Me explica qué consistencia deben tener los tomates y

qué clase de color deben tener las cebollas y las papas. Se queda ahí mientras me observa clasificar los alimentos y, una vez que está satisfecho con mi selección de verduras, se marcha y me deja sola.

El silencio en el que se ha sumido mi lugar de trabajo, solo hace que el volumen de mis pensamientos aumente, y que todo vuelva a mí como una película desagradable de recuerdos dolorosos.

Al cabo de cuarenta minutos, termino con la tarea impuesta y regreso a la cocina para continuar lavando trastos sucios. Trato de concentrarme en el bullicio de la habitación y el desastre parece acallar la tortura impuesta por mi cabeza.

Estoy agradecida por eso.

Alguien grita mi nombre desde la entrada de la cocina después de otro largo lapso de tiempo, y me giro sobre mi cuerpo justo a tiempo para mirar a Fred, quien camina en mi dirección a paso veloz.

El plato entre mis manos escurre jabón, y sé que voy a tener que limpiar el desastre que estoy haciendo si no quiero una reprimenda, pero ahora mismo no tiene importancia, ya que mi amigo luce como si estuviese a punto de desmayarse.

—Hay un tipo allá afuera que dice que quiere verte —dice, una vez que llega a mí. Suena nervioso.

Mi ceño se frunce ligeramente.

—¿Un tipo...? —me quedo callada, porque sé de quién se trata mucho antes de que mi compañero diga nada.

—Alto, cabello castaño... —la mueca de Fred se transforma en una de completo horror—, cicatrices en toda la jodida cara, intimidante hasta la mierda, con mirada de: «Voy a matarte si no te apartas de mi camino ahora mismo, escoria».

El sonido estrepitoso de la porcelana estrellándose contra el suelo, hace que todas las miradas de mis compañeros de trabajo se posen en mí.

—¡Oh, mierda, Maya! —Fred se agacha al suelo y yo lo sigo. Trato de limpiar lo que he hecho, pero el temblor en mis manos apenas me permite sostener los trozos más grandes del plato quebrado.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —digo una y otra vez, pero mi mente sigue atascada en lo que mi compañero acaba de decir.

—Dame eso —Fred toma los pedazos de plato de entre mis dedos y niega con la cabeza—. Mejor ve a atender al tipo de la entrada si no quieres que Donna lo eche y te regañe.

Mi mandíbula se aprieta, pero trato de mantener mi expresión en blanco. Harry está aquí. Ha venido hasta el restaurante a buscarme, y yo no estoy lista para enfrentarlo.

—¿Te dijo cómo se llamaba? —mi voz suena más aguda que nunca. Sé que es él, pero lo único que quiero hacer, es obtener unos segundos más para idear una mentira y no tener que salir a recibirlo.

—No —hace una mueca de disculpa—. Con la impresión olvidé preguntar.

—No importa. Dile que estoy ocupada —sueno más allá de lo aterrorizada, pero a estas alturas no me importa. Lo único que quiero es que se vaya.

Fred parece dudar unos segundos, pero asiente y se encamina fuera de la cocina.

Trato de mantener los nervios a raya, pero el temblor de mis manos me delata. Mi corazón late con tanta fuerza, que mi pecho duele.

«¿Por qué tenía que venir?...».

Me obligo a incorporarme y tomar la escoba para recoger los fragmentos más pequeños del plato roto.

Al cabo de unos minutos, Fred entra de nuevo. Esta vez, luce como si lo hubiesen amenazado de muerte.

—Dice que no va a irse hasta que te vea —genuino miedo invade su voz.

Trago duro, en un intento desesperado por aminorar la sensación de ahogamiento que me asalta; sin embargo, es imposible detener el pánico que siento ahora mismo. Mis dedos se cierran en puños, mis uñas se entierran en la carne de mis palmas, y el dolor es bien recibido. Me distrae del horrible ataque de ansiedad que amenaza con acabar con mis nervios.

—Puedo llamar a seguridad si quieres —Fred luce preocupado, pero me las arreglo para regalarle una sonrisa tranquilizadora.

—Está bien —asiento, pero sueno aterrorizada—. Yo me encargo.

—¿Estás segura? —está preocupado y no lo culpo. Nadie pensaría que una chica como yo sería capaz de controlar el temperamento de una persona como Harry. A veces olvido cuán imponente y aterrador puede ser a primera vista. Estoy tan acostumbrada a esa aura oscura que despide, que ya casi nunca puedo percibirla.

—Lo estoy —digo y esbozo una sonrisa forzada.

Fred asiente, pero no luce muy convencido de dejarme ir sola.

Sin hacerle mucho caso a la mirada preocupada de mi amigo, me giro sobre mis talones y me encamino hacia la puerta de servicio. El callejón al que salgo, huele a desperdicios de comida y humo de cigarro. Entonces, me apresuro a rodear el establecimiento para llegar a la entrada, donde Harry debe encontrarse.

Su figura imponente aparece en mi campo de visión cuando viro en la esquina y me congelo de inmediato. Su postura es relajada. Está recargado contra el ventanal que da hacia la calle, con las manos hundidas dentro de los bolsillos. Su mirada está fija en un punto en el suelo y su ceño está ligeramente fruncido; su espalda está encorvada hacia adelante y luce pensativo y dubitativo.

Por unos instantes, me quedo sin aliento. No puedo creer que sea así de impresionante, sin siquiera esforzarse por serlo.

Mi vista viaja por toda su extensión, y es entonces cuando me percato de la prenda que utiliza.

La imagen de la chica rubia invade mi cabeza, y quiero golpearlo. Quiero estrellar mi palma contra su mejilla y dejar una marca en ella.

Está usando la misma prenda que le vi usar a la chica en el apartamento.

La vista de Harry se posa en mí. Al principio, no parece reconocerme, pero algo parece encenderse dentro de él al cabo de unos segundos, ya que el reconocimiento se hace presente en su rostro. Luce aturdido por un momento, pero parpadea un par de veces y se yergue para empezar a caminar en mi dirección.

Su ceño está fruncido con preocupación, pero no me siento afectada en lo absoluto. Con cada paso que da, el asco y la repulsión que siento hacia él,

umentan. Por un instante, se siente como si pudiese escupirle a la cara sin sentir remordimiento alguno.

—Creí que esperarías por mí en casa de Kim —la confusión despreocupada en su voz hace que el coraje aumente un poco más.

No digo nada. Mi voz está atascada en mi garganta y lo único que quiero hacer, es estrellar mi palma en su mejilla.

Su ceño se frunce un poco más y estira su mano para alcanzar la mía. En el instante en el que sus dedos fríos rozan los míos, me aparto con brusquedad.

—No me toques —siseo, con la voz temblorosa por las emociones contenidas.

La confusión se arraiga en su expresión y eso solo hace que mi coraje aumente.

—Maya... —trata de llegar a mí, pero doy un paso lejos.

—No te me acerques —escupo. La ira se filtra en el tono de mi voz y él comienza a verse preocupado.

No puedo hablar. Si trato de hacerlo, voy a gritar; así que me quedo aquí, sin apartar la vista de él, así que me limito a girar sobre mis talones y echarme a andar de vuelta al restaurante.

Una mano se envuelve en mi antebrazo y tira de mí con brusquedad. Lucho por liberarme, pero es imposible. Harry me obliga a enfrentarlo y me sostiene tomándome por los brazos.

—Maya, ¿qué sucede? —hay preocupación y confusión en su mirada, pero no dejo que eso me ablande. No puedo permitir que vea cuán afectada me siento. No puedo mostrarme vulnerable delante de él nunca más.

—Suéltame... —pido, en un siseo tembloroso. La gente en la calle comienza a mirarnos, y lo último que quiero es hacer un escándalo afuera de mi trabajo.

—No —dice—. Dime qué demonios sucede, Maya. *Ahora.*

—¡Suéltame! —la rabia, el coraje, la impotencia... Todo se arremolina en mi cuerpo y amenaza por fragmentarme si no lo libero ahora mismo.

—Dime qué diablos está sucediendo —su voz se eleva y mi sangre hierve.

Trato de deshacerme de su agarre, pero él me sostiene con tanta fuerza, que mi lucha es casi patética.

—¿Qué demonios pasa, Maya? —escupe—, ¿qué mierda se supone que hice ahora?, ¡anoche estábamos bien, carajo!

La ira que siento es tan grande ahora, que estoy a punto de perder los estribos; sin embargo, trato de mantener todo el coraje dentro de mi cuerpo.

—La vi... —pronuncio.

La confusión invade sus facciones durante unos instantes, antes de que el entendimiento se apodere de su expresión. Entonces, palidece.

El horror en su mirada hace que quiera golpearlo en la cara y quiero gritar. Quiero poner cuanta distancia sea necesaria entre él y yo para aliviar la decepción que siento en este momento.

—Suéltame — mi voz es un hilo.

Entonces, sus manos abandonan mis brazos y me deja ir. Doy un par de pasos hacia atrás, solo porque no puedo soportar tenerlo así de cerca, y lo miro a los ojos.

—Maya, las cosas no son lo que tú crees. Ella... —da un paso en mi dirección.

—Solo... —lo interrumpo—. *Cállate.*

—Maya, déjame explicarte...

—¿Va a ser una explicación o una justificación? Porque si es una explicación, tiene que ser una muy buena, Harry. Si solo vas a intentar justificar algo que pasó, entonces, no vale la pena —me sorprende la firmeza con la que hablo.

De pronto, parece como si hubiese sido golpeado por un tractor demoledor. La vacilación y la vergüenza en su expresión es tan impresionante que, por unos instantes, me permito saborear esa pequeña victoria.

—Las cosas no son como crees, Maya. Mi jefe estuvo en casa —habla, con aire ansioso y tenso. Una risa cargada de amargura brota de mis labios, pero a él no parece importarle, ya que continúa—: Se cerró un negocio importante y todo el equipo estaba ahí. Llevaron alcohol y drogas y...

—¿*Prostitutas?* —termino por él. La amargura se filtra en mi voz.

—No eran prostitutas —luce avergonzado, pero no aparta la vista de la mía—. Son las chicas de Rodríguez —debe ver un atisbo de confusión en mi rostro, ya que

aclara—: Rodríguez es mi jefe... —entonces, sacude la cabeza—. Lo que trato de decir, es que bebimos... *No... Bebí demasiado y...*

—¡No te atrevas a utilizar ese maldito recurso! —espeto, interrumpiéndolo. Mi voz suena más aguda que nunca, pero es inevitable. El coraje aumenta con cada palabra que pronuncia.

—¡Es la maldita verdad, Maya! —exclama, con exasperación—, ¿prefieres que te mienta?

—¡Prefiero que me dejes en paz! —refuto—, ¡no me interesa saber qué fue lo que hiciste con ella, Harry!, ¡solo *cállate!*, ¡cállate ten un poco de vergüenza!

—¡Maya, yo no quise...!

—¡Oh, vete a la mierda! —la rabia es cegadora. No puedo pensar con claridad. No puedo detener el torrente de palabras que brota de mis labios—. ¡Pasé la noche entera preocupada por ti! —no me importa que haya gente mirándonos llegados a este punto—, rogándole a Dios que todo estuviera bien, mientras que tú bebías y te divertías con gente que ni siquiera te conviene. ¿Tienes idea de cuán jodido es todo eso?... —una carcajada carente de humor se me escapa y el veneno tiñe mi voz cuando digo—: Cuando dijiste que no querías ponerle un nombre a lo nuestro, creí que era porque realmente sentías algo grande por mí. Ahora es claro que solo lo hacías para tener la libertad de meterte con cuanta mujer quisieras sin tener que rendirme cuentas de nada —el dolor forma un agujero en mi pecho y me cuesta continuar hablando sin sonar como si estuviese a punto de quebrarme—. Estoy harta de que todo el mundo crea que puede lastimarme y que voy a ser lo suficientemente estúpida como para perdonar todas las jodidas cosas que me hacen. Así que vete a la mierda, Harry Stevens. Vete a la jodida mierda. No voy a dejar que trates de verme la cara de idiota.

—¿Estás escuchándote? —Harry iguala mi tono de voz enojado e indignado—. Te he demostrado una y mil veces cuán loco estoy por ti, Maya. Cuánto me *importas*. ¡Maldita sea!, ¿qué demonios tengo que hacer para que lo veas?

Mi pecho duele.

Se siente como si todo estuviese cayéndose a pedazos a mi alrededor. Se siente como si el mundo volviera a apuñalarme por la espalda

—¿Estuviste con ella, Harry? —la pregunta suena angustiada, arrebatada y dolorosa en mi boca. Ni siquiera sé porque lo pregunto si no quiero saberlo.

Su boca se abre para responder, pero parece pensarlo mejor, ya que la cierra de golpe. Sus puños se aprietan, pero no aparta su mirada de la mía. Entonces, traga duro.

—No lo recuerdo.

Algo parece romperse dentro de mí. Algo ha dejado de funcionar de manera correcta y lo único que puedo hacer, es mirar al hombre que tengo enfrente.

Ese que ha cuidado de mí desde hace unos meses; que me abraza por las noches y acalla todos mis miedos. Ese que susurra cosas dulces en mi oído y me protege de todo... Ese que ahora es un completo extraño para mí.

Estoy ahogándome.

Me hundo lentamente. Me niego a creer que haya sido capaz de hacer algo así. Sé que no tengo derecho alguno de reclamar nada porque Harry y yo nunca fuimos *algo*. Me conformé con lo que me ofrecía y nunca pedí más porque siempre me he sentido tan poca cosa, que creí que eso era más de lo que alguien debía darme. La culpa también es mía por conformarme con medias tintas. Por conformarme con lo que él me ofrecía...

—Vas a terminar conmigo... —Harry pronuncia, al cabo de unos minutos de absoluto silencio. No es una pregunta; es una afirmación.

—No, Harry —apenas puedo hablar—. No puedo terminar algo que nunca empezó.

Su máscara de serenidad se rompe en ese momento. La tristeza se apodera de sus facciones, pero no dice nada. Se limita a mirarme a los ojos.

—¿Puedo pedirte un favor? —trato de sostenerle la mirada mientras hablo, pero las lágrimas apenas me dejan ver. Él asiente, sin pronunciar palabra alguna—. No le digas a nadie sobre... —me quedo sin aliento. No puedo decirlo en voz alta, así que me limito a insinuarlo—: Sobre lo que me hacía mi papá.

—Maya... —su ceño se frunce con enojo e indignación.

—Por favor. No se lo digas a nadie —suplico. Tomo una inspiración profunda y cierro los ojos; entonces, añado—: Me quedaré con Kim.

El dolor atraviesa su mirada.

—De acuerdo —su voz suena ronca y pastosa.

—Iré por mis cosas mañana.

—Bien —su voz tiembla ligeramente.

—Gracias por todo, Harry —es mi voz la que se quiebra ahora.

—Maya, por favor, no me hagas esto... —la súplica en el tono de su voz, me destroza una y otra vez—. Por favor, por favor, *por favor...*

Da un paso en mi dirección, pero no me atrevo a moverme. Se acerca otro paso más y envuelve su mano en mi muñeca, pero no hay nada de fuerza en su agarre. Se siente más como una caricia que otra cosa y el mero contacto me envía al borde.

La parte consciente de mi cerebro grita que debo alejarlo; que debo apartarme y pedirle que no vuelva a acercarse a mí, pero no puedo hacerlo. Es como si mi cuerpo tuviese voluntad propia y no escuchara las demandas de mi cabeza.

—*Por favor...* —la súplica susurrada me deja sin aliento—. Por favor, no te vayas.

La mano libre de Harry roza mi barbilla, y me quedo quieta, mientras absorbo su toque. Me obliga a alzar la cara, de modo que soy capaz de ver sus ojos esmeraldas.

El dolor en su expresión me quiebra. Una parte de mí, desea escuchar lo que tiene que decir, y *creerle*; quiere cerrar los ojos y creer ciegamente en que no sucedió nada entre esa mujer y él, pero sé que no es así de sencillo.

Él no puede asegurarme que nada pasó entre ellos, y la única pregunta que queda en mi cabeza es la más tortuosa de todas...

—¿*Por qué?*

Lo que realmente quiero preguntar es: ¿*Es por lo que me hicieron? ¿Es porque no puedo darte lo que ella te dio? ¿Es porque te cansaste de esperar por mí?...*

—Por qué, ¿*qué*, Maya? —susurra.

—¿*Por qué lo hiciste?* —sueno miserable, pero a estas alturas me importa una mierda—. Lo arruinaste *todo*.

—Maya... —hay verdadero dolor en su voz—. Maya, perdóname. *Perdóname*. Por favor... —su nariz roza la mía y su aliento caliente golpea mi boca de lleno—. Perdóname por arruinarlo. Por favor, no te vayas. Por favor, no me dejes. *Por favor*, Maya...

Un nudo de sentimientos se acumula en mi garganta, y las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—Déjame ir —suplico, pero no me muevo.

Su mano se desliza hasta que nuestros dedos se entrelazan y los aprieta con fuerza, pero no duele. Nada duele tanto como la opresión que siento dentro de mi pecho.

—Maya, no.

—Déjame ir, Harry —susurro—. Por favor, suéltame.

La reticencia a alejarse es tan grande, que no se mueve en lo que parece ser una eternidad, pero, finalmente, da un paso lejos y suelta mi mano con lentitud.

—Dijiste que no te irías —el reproche es tímido y suplicante.

—Dijiste que nunca me harías daño —respondo, con el mismo tono de voz.

Entonces, la armadura cae. La mirada aterrorizada de Harry me deja sin aliento. Toda mi carne se pone de gallina al mirar cuán asustado luce. Toda la vulnerabilidad aparece en su lenguaje corporal y, de pronto, me encuentro de pie frente al chico lleno de complejos e inseguridades.

No hay más máscaras, ni dureza, ni violencia. La Bestia se ha ido, y estoy delante de Harry, el chico asustado que no sabe qué mierda hacer. Sin embargo, es tarde. Ya no hay marcha atrás. Cuando la confianza falta, ya no hay nada que hacer.

—No me sigas más, Harry —digo, con la voz enronquecida, y doy un paso lejos. Entonces, doy otro más y luego otro.

Lo miro una última vez y me permito absorber sus facciones antes de girar sobre mi eje y empezar a caminar hacia el restaurante.

CAPÍTULO 26

—¡Qué hijo de puta! —Kim está furiosa. Camina de un lado a otro como si fuese un león enjaulado y no ha dejado de despotricar en contra de Harry durante la última media hora—, ¡no puedo creer que haya mentido de esa manera!

De pronto, tengo el repentino impulso de defenderlo, pero me quedo callada.

Estoy sentada en uno de los sillones de la sala de su apartamento, luchando contra la horrible necesidad que tengo de llorar y las ganas que tengo de gritar para descargar la frustración que me embarga. Estoy aquí, tratando de contener a esa Maya débil de la que todo el mundo puede aprovecharse.

—Es por eso por lo que quería saber si podrían dejarme quedar unos días aquí con ustedes —digo, finalmente, y miro a Will, quien se encuentra recargado contra el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados sobre el pecho. Su expresión está en blanco; sin embargo, no luce incómodo o enojado con mi petición.

—¡Por supuesto que sí! —mi amiga asegura, pero yo no puedo apartar la vista de Will. No quiero que mi presencia aquí lo haga sentir fastidiado de ninguna forma.

Kim mira a su prometido y él asiente con amabilidad.

—Por mí no hay ningún problema, Maya —me regala una sonrisa tranquilizadora—. Puedes quedarte el tiempo que desees.

El alivio me invade de inmediato y el aire que ni siquiera sabía que contenía, sale de mis labios en un suspiro tembloroso.

—Buscaré algo muy pronto —me apresuro a decir—. Lo prometo. Lo menos que quiero es incomodar.

—No digas tonterías —Kim hace un gesto desdeñoso con la mano, para restarle importancia a mi próxima estadía en su casa—. Puedes quedarte el tiempo que

necesites, Maya. No te preocupes por eso. Lo que te dije acerca de rentarte una habitación sigue en pie si así lo deseas.

Una oleada de calor inunda mi cuerpo y sonrío con gratitud.

—Gracias, de verdad —murmuro, en un suspiro aliviado.

Kim se sienta en el sillón, a mi lado, y estira su mano para apretar la mía en un gesto conciliador.

—No te preocupes —me alienta—. Todo estará bien. Ya verás.

—Debo decir —la voz de Will hace que nuestra atención se fije en él—, que hay algo que no termina de cuadrarme en todo esto —su ceño se frunce, al tiempo que niega con la cabeza—. Cualquiera hombre lo habría negado todo, ¿sabes? —mira a Kim y luego a mí—. Cualquiera habría mentido y dicho que nada sucedió. Harry fue honesto y dijo que no recordaba nada. Eso no tiene sentido.

—¡Por supuesto que lo tiene!, el tipo se folló a la rubia y lo encontraron con las manos en la masa, ¿cómo iba a negarlo cuando la evidencia estaba allí? —Kim refuta—. Es idiota creer que puedes salirte con la tuya en algo como eso, por eso dio esa patética respuesta.

—Pero no hay un hombre capaz de admitir algo así. Hay un dicho entre nosotros para esas situaciones: «Niégalo todo, así te atrapen con los pantalones abajo» —el coraje que había mermado, regresa al escucharlo decir eso—. Él no lo negó. Tampoco aseguró haber hecho algo, pero fue relativamente honesto y dijo que no lo recordaba. Otro, en su lugar, lo habría negado todo.

—Eso no cambia lo que Maya vio —Kim suena más allá de lo indignada—, ¡lo encontró medio desnudo en su cama!, ¡una idiota usaba su ropa!, todo esto sin mencionar que trató de actuar como si nada hubiese pasado.

—¿Y si ni siquiera él sabe qué pasó, realmente? —Will sacude la cabeza—. No lo justifico. En serio que no. Solo trato de *entender*.

—No hay nada que entender —digo. Mi voz suena monocorde—. Así estuviese siendo honesto, y dijera la verdad respecto a no recordar nada, yo ya no puedo confiar en él. ¿Cómo demonios se supone que lo haga?, ¿tú creerías en Kim si ella te dijera algo así?, ¿*confiarías* en ella después de eso?

Will desvía la mirada.

—No —suspira—. Es que no entiendo qué mierda pasa por su cabeza. De verdad, no lo entiendo.

Mis ojos se cierran. No quiero sentirme miserable, pero lo hago. El nudo en la boca de mi estómago se aprieta con cada segundo que pasa, el frío en mi pecho es insoportable, las ganas de echarme a llorar son cada vez más intensas y la estúpida tortura impuesta por mi cabeza no me deja tranquila.

No puedo dejar de pensar en él. Me aterroriza cuán dependiente me he vuelto a la seguridad que irradia, y a cuán protegida me siento a su lado.

A pesar de todo, no puedo dejar de recordar el día en que lo conocí; la impresión que causaron sus cicatrices en mí y el terror que sentí cuando su mirada penetrante se fijó en la mía por primera vez.

Ahora mismo, no puedo dejar de dibujar las marcas de su rostro en mi memoria: la intensidad de su mirada, la profundidad de su voz, la luz que irradia su sonrisa, la fiereza de sus besos, la suavidad de su tacto, la calidez de su aliento en mi cuello todas las mañanas... la forma en la que muerde sus uñas cuando está concentrado, la manera en la que pasa su pulgar sobre su labio inferior, el hoyuelo profundo que se dibuja en su mejilla izquierda cuando sonrío; la frialdad en los dedos de sus pies, el aroma varonil y fresco que emana su cuerpo; la manera en la que pronuncia mi nombre, como si fuese la palabra más bonita que existe... No puedo sacarlo de mi cabeza y eso está volviéndome loca.

Mi corazón se estruja con tanta fuerza, que duele.

Las lágrimas jamás habían quemado tanto. El dolor en mi pecho jamás había sido tan intenso. Creí que conocía todos los tipos de dolor existentes, pero acabo de descubrir que no es así, y he llegado a la insoportable conclusión de que no hay uno peor que el de la decepción y la impotencia.

Me encantaría borrar de mi memoria las imágenes de esta mañana. Sería maravilloso poder eliminar el momento en el que decidí abandonar el apartamento de Kim para ir a buscar a Harry, porque así tendría la oportunidad de evitarme todo este mal rato. Porque así ahora mismo estaría entre sus brazos...

—¿Quieres que vayamos por tus cosas ahora? —la voz de Kim me saca de mis cavilaciones.

Miro el reloj en mi muñeca y sopeso las posibilidades. No sé si tengo el valor y la fuerza emocional para enfrentarme a Harry de nuevo. No cuando todo quema y duele de esta forma.

—Creo que Maya necesita descansar —Will aboga por mí y se sienta junto a Kim antes de rodearla con un brazo—. Mañana yo puedo llevarla por sus cosas.

—No es necesario —trato de sonreír, pero no estoy segura de haberlo logrado—. Pasaré antes del trabajo. Harry sale de casa antes de las diez y yo mañana entro a las doce del día. Tengo oportunidad de ir a recoger mis cosas sin tener que mirarlo. De paso, dejaré la llave que me dio de su apartamento —mis palabras duelen. Duele la sola idea de no volver a pisar más ese lugar, porque está lleno de recuerdos. Ese maldito apartamento es el único espacio en el mundo donde he sido completamente feliz. He sufrido un infierno, también, pero he amado cada segundo dentro de esas paredes.

—De acuerdo, entonces —Kim asiente—. Será mejor que vayamos a dormir. Mañana será un largo día.

Mi amiga se pone de pie y besa mi frente. Will me regala una sonrisa amable y se levanta para ir detrás de su novia.

—Descansa, Maya —dice ella y los miro alejarse en dirección a la habitación que comparten.

~ ~ ~

El frío cala en mis huesos a pesar de que Kim me ha prestado una sudadera enorme. El vaho proveniente de mi boca invade mi campo de visión, y mis dientes tiritan mientras apresuro el paso.

No hay otra cosa que desee más que estar envuelta en una manta, pero, en su lugar, camino en dirección al apartamento de Harry.

Estoy a pocas calles de distancia, y eso hace que mi corazón lata a una velocidad inhumana. No quiero sentirme así de aterrorizada, pero lo hago de todos modos. La sola idea de volver a pisar ese lugar, hace que un escalofrío invada mi cuerpo.

Me digo a mí misma que Harry no estará en casa. Siempre sale a esta hora, ¿por qué habría de ser hoy la excepción?...

Una vez en el edificio, me apresuro a subir las escaleras a toda velocidad. El miedo que siento de toparme con Harry en el camino es, incluso, más grande que el que me da enfrentarme a mi padre; sin embargo, llego a la entrada sin ningún contratiempo.

Rebusco, en el bolsillo de los vaqueros que Kim me ha prestado, la llave de Harry. El metal helado es fácil de localizar, pero no tengo el valor de sacarlo de ahí. No tengo el valor de volver a entrar como si nada sucediera. Como si yo no fuese una intrusa en este lugar...

Tomo una inspiración profunda e introduzco la llave en la ranura. Mi pulso late tan fuerte, que soy capaz de escucharlo golpear detrás de mis orejas. Mis dedos se sienten helados y temblorosos, pero me obligo a remover el seguro de la puerta. Entonces, giro la perilla y abro lentamente.

«No quiero hacer esto. No quiero estar aquí».

Doy un par de pasos en el interior del lugar y cierro la puerta con mucho cuidado. Avanzo por la sala a paso lento y cauteloso, al tiempo que miro en todas las direcciones. Una parte de mí espera que Harry se encuentre en casa, así que trato de ser lo más sigilosa posible.

En la sala no hay nadie, así que camino hacia la cocina, la cual está vacía también. Avanzo por el pasillo hasta la habitación de Harry, pero ahí tampoco hay nadie. Finalmente, pego mi oreja a la puerta del baño antes de abrirla.

Harry no se encuentra en casa. Salió. Como todos los días.

Me siento aliviada y un tanto decepcionada por eso.

«No debería sentirme decepcionada...».

Sacudo mi cabeza, al tiempo que salgo del baño e inspecciono la habitación. Mis cosas están en el mismo lugar donde las dejé la última vez, así que no es difícil llegar a ellas.

Rápidamente, voy a la cocina y tomo un par de bolsas negras para ponerme a trabajar. Toda la ropa es acomodada lo mejor posible dentro de mis maletas

improvisadas. Del baño, tomo el poco maquillaje que poseo, mi cepillo de dientes y mi desodorante. Miro mi reflejo en el espejo, de reojo, y noto cuán asustada e indefensa me veo.

La palabra *Bambi* resuena en mi cabeza, y ahora entiendo la comparativa. Luzco como un venado asustado y tembloroso. Soy un manojo ansioso de nervios y miedos absurdos... Mis ojos se cierran.

«No vayas ahí, Maya».

Dejo escapar el aire con lentitud, al tiempo que los recuerdos de lo ocurrido ayer por la mañana se disipan y me concentro.

Una vez superado el ataque repentino de autocompasión, regreso a la pieza de Harry y me detengo en seco al mirar el espacio frente a mí. Luce tan familiar y tan extraño al mismo tiempo...

Mis ojos se posan en la cama. Solía pasar horas acurrucada ahí, con Harry, sin hacer absolutamente nada. Solía reír como idiota a las dos de la mañana cuando se le ocurría ser dulce y bromista conmigo.

Voy a extrañarlo *tanto*.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me obligue a tomar las pesadas bolsas y a avanzar por el pasillo. Maldigo para mis adentros cuando recuerdo que no he tomado el dinero que tengo ahorrado y dejo las bolsas a la mitad de la sala para trotar de vuelta a la habitación y rebuscar en una de las gavetas del baño. El sobre amarillo repleto de billetes doblados aparece en mi campo de visión.

Quería comprar un coche con ese dinero. Quizás un montón de ropa, una computadora o decenas de libros.

El pesar me inunda, pero vuelvo a la sala para colocar el sobre con dinero sobre la mesa de centro.

Finalmente, echo una última ojeada al lugar. Algo dentro de mí parece resquebrajarse en ese momento, pero trato de mantenerme firme.

Me aseguro de dejar la llave del apartamento junto al sobre de dinero, y tomo mis cosas antes de encaminarme hacia la puerta. Dejo una de las bolsas en el suelo para poder abrir la puerta una vez más, cuando esta es abierta desde el exterior.

Todo mi cuerpo se tensa porque sé quién está del otro lado, pero no hay nada que pueda hacer para detenerlo. No hay nada que pueda hacer para evitar lo que está a punto de ocurrir...

Mi corazón parece saltarse un latido para reanudar su marcha a un ritmo antinatural, mis extremidades pesan tanto, que apenas puedo mantenerme en pie, mis oídos zumban debido a la adrenalina en mi cuerpo, y quiero gritar. Quiero gritar porque Harry Stevens está parado en el umbral de la puerta, con la mirada fija en mí.

Todo dentro de mí se desmorona en el instante en el que caigo en cuenta de lo que está pasando.

De pronto, el asombro inunda su expresión y su boca se abre para decir algo, pero nada sale de ella.

Mi mandíbula se aprieta con fuerza, y trato de alcanzar la bolsa en el suelo para escapar lo más rápido posible, pero el nerviosismo apenas me permite coordinar mis movimientos. Los ojos de Harry están fijos en mí, y me siento más torpe que nunca. Mis manos apenas se pueden aferrar al plástico.

Cuando lo enfrento de nuevo, me doy cuenta de que no ha dejado de mirar mi extraño equipaje.

No se mueve. Casi puedo jurar que no respira. Se limita a mirarme detenidamente. Hay un reto implícito en sus ojos. Está retándome a tratar de pasar de largo por donde él se encuentra.

—El novio de Kim dijo que estabas en el trabajo —dice, tras un largo y tenso momento. Su voz se ha enronquecido varios tonos. Mira las bolsas plásticas una vez más, pero trato de mantenerme serena.

—¿Fuiste a casa de Kim? —quiero golpearme por sonar insegura.

Él asiente.

—Quería... —me mira, indeciso—. *Quiero* hablar contigo, Maya.

—No tengo absolutamente nada que hablar, Harry.

—Lo sé. *Lo sé*, yo solo necesito... —da un paso en mi dirección, pero yo me alejo. El dolor que veo en su rostro me es tan satisfactorio, que me asusta.

—No, Harry —un ligero temblor se apodera de mi voz—. Por favor, ya no hagas esto. Fue suficiente.

—Maya, por favor... —trata de llegar a mí, pero me aparto con brusquedad.

—¡No! —escupo. La repulsión y el coraje se mezclan con la necesidad que tengo de unir mis labios a los suyos, haciendo insoportable su sola presencia cerca de mí.

—Por favor, vamos a hablar —la súplica en su mirada me estruja las entrañas—. Maya, solo quiero que me escuches.

—No quiero escuchar cómo te justificas, Harry —mis ojos se llenan de lágrimas, pero no lloro. No voy a llorar. No *debo* llorar.

—¡No voy a justificarme, maldita sea! —espeta con tanta brusquedad, que doy un paso hacia atrás. Sus manos se enredan en su cabello y tira de él con frustración—. He estado toda la maldita noche tratando de recordar qué demonios fue lo que hice. He pasado horas tratando de unir las imágenes en mi cabeza porque sé que no soy así de bastardo, Maya. Nunca en mi vida he engañado a una mujer... ¿cómo se supone que te engañe a ti cuando...? —no termina la oración. Su mirada torturada se posa en mí y su mandíbula se aprieta.

—Cuando, ¿qué? —mi voz sale en un susurro tembloroso.

—Cuando te quiero como lo hago —dice, finalmente—. ¿Cómo se supone que te engañe a ti, cuando eres lo único malditamente bueno que hay ahora mismo en mi vida?... Maya, no lo hice. No pude haberlo hecho. No cuando te tengo *a ti*.

—¿Cómo se supone que te crea? —estoy a punto de quebrarme. Estoy a punto de llorar de nuevo y me odio por eso—, ¿cómo se supone que *confíe* en ti?

—Solo *hazlo*, Maya —se acerca de nuevo, pero esta vez no me atrevo a hacer ningún movimiento.

—¿Tú lo harías? —apenas puedo hablar—. Imagina que me encuentras medio desnuda con un chico. ¿Me creerías si te dijera que nada pasó?, ¿confiarías en mí?

Un destello dolido se apodera de sus facciones.

—¿Qué tengo que hacer para que me des el beneficio de la duda? —se acerca otro poco y tengo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No me hagas esto... —suplico, en un susurro tembloroso—, por favor, no me hagas esto, Harry. Ya no puedo más...

—Maya... —de pronto, todo su autocontrol se esfuma. Sus manos ahuecan mis mejillas y su frente se une a la mía. Su aliento caliente golpea mi boca, y suplica—: Maya, por favor, confía en mí. Eres... Eres la única capaz de alejar la oscuridad. Eres la única que puede liberarme de la Bestia. No me dejes solo con ella, por favor, niña mía. *Por favor...*

—Harry... —mi voz sale en un gemido torturado.

—Haré lo que sea, Maya. Lo que sea. Por favor, *por favor...*

—No puedo, Harry.

—No lo hice, Maya —susurra, torturado—. No lo hice. No soy así. Nunca he sido así, ¿por qué habría de cambiar ahora?

Mis ojos se cierran, en un intento desesperado por mantener el llanto dentro de mi sistema y trago para apaciguar el ardor de mi garganta.

—Ella... —comienzo y un par de lágrimas traicioneras se deslizan por mis mejillas y comienzo a balbucear con incoherencia—. Ella dijo que... Ella...

—Pasaba el rato con ella, Maya —me interrumpe, con aire angustiado—. Antes de conocerte, ella era mi distracción. ¿La vez que pagaste la *pizza*?, ella fue quien habló y dijo que cobraba por hora solo para hacerme quedar mal —niega con la cabeza—. Nunca significó nada y, cuando tú apareciste en mi vida, dejé de buscarla —traga duro—. Le hablé de ti en medio de mi borrachera. Lo recuerdo. Le hablé de ti... —la desesperación se filtra en sus facciones. Sus manos tiemblan y su mirada está llena de lágrimas—. ¿Qué crees que debió pensar cuando vio a una chiquilla dulce en mi apartamento?, dio por sentado que se trataba de ti, Maya, y se aprovechó de la situación para dejarme mal, Maya. Por favor, *créeme...*

Quiero confiar en él. Quiero creer en sus palabras y fundirme entre sus brazos, pero no puedo, simplemente, *creerle*. No cuando no tengo una prueba contundente. No cuando lo único que tengo es su palabra.

La confianza tarda mucho tiempo en ser ganada, y puede perderse en menos de tres segundos. Sin confianza, no hay nada... Y yo ya no sé si confío en Harry.

—No, Harry —medio sollozo—. No puedo más. Ya no. Fue suficiente.

—No... —suplica—. Por favor.

—Harry, suéltame... —ordeno, pero no hago nada por apartarme de él.

—No —sus labios besan la comisura de mi boca—. No, Maya. No... —entonces, me besa con fuerza.

Su lengua busca la mía sin pedir permiso. La desesperación de su beso, me deja sin aliento. Una parte de mí desea apartarlo y gritar que es un idiota y un imbécil; pero otra, la que está terriblemente enamorada de él, solo desea olvidarlo todo y fundirse en sus labios.

De pronto, las palabras de la chica retumban en lo más profundo de mi cerebro y rompo el contacto con brusquedad. No puedo hacer esto. No puedo dejar que me vea la cara de idiota. No puedo confiar en él ahora mismo.

Doy un paso hacia atrás y luego otro. Él trata de besarme de nuevo, pero muevo el rostro y entierro mis uñas en la carne de sus muñecas mientras aparto sus manos de mi cara.

Me obligo a mirarlo a los ojos. Verdadero dolor surca sus facciones, pero no dice nada. Se limita a mirarme de vuelta.

—No puedes pretender que puedes arreglarlo todo de esta manera —digo, con un hilo de voz.

—¿Entonces, *cómo*?... Dime cómo y lo hago, Maya.

—Tengo que irme —susurro, y evado su pregunta.

—Maya, dime cómo...

—Harry, por favor, apártate —suplico—. Déjame ir.

—Maya...

—*Por favor* —lo atajo.

—¿Es eso lo que realmente quieres?, ¿que te deje ir? —la tortura en su voz me quiebra de formas inimaginables.

<<¡No!>>.

—Sí.

Harry no luce conforme con mi respuesta, pero asiente con dureza.

Le toma unos instantes apartarse de la puerta. A mí me toma otro momento armarme de valor y volver a tomar las bolsas plásticas.

Entonces, le echo una última mirada.

Cientos de emociones surcan su rostro, y la súplica en su expresión me estruja todo por dentro, pero no dejo que eso me detenga. No dejo que eso me impida desviar la mirada y echarme a andar fuera del departamento de Harry.

CAPÍTULO 27

Ha pasado una semana desde la última vez que vi a Harry Stevens. Una semana desde la última vez que me permití llorar por él y, a pesar de eso, no puedo dejar de pensarlo. No puedo apartar de mi memoria su expresión torturada y la súplica que vi en sus ojos. No puedo dejar de revivir el sabor a desesperación y angustia de su beso, ni el tono urgente y asustado de su voz.

Se siente como si hubiese sido hace mil años y, al mismo tiempo, duele como si acabara de ocurrir hace apenas unos instantes.

Jamás me había sentido tan perdida. Nunca había experimentado la sensación de desasosiego que hoy me invade y que no me deja tranquila. Jamás había experimentado la pérdida que ahora siento, ya que nunca había tenido nada que me perteneciera del todo.

De algún modo, sentía que Harry me pertenecía. Que mi destino era estar a su lado y que había encontrado mi lugar en el mundo... pero me equivoqué.

La rutina ha hecho que la sensación de vacío sea un poco más llevadera. El trabajo duro en el restaurante y las cenas amenas en compañía de Kim y Will, han hecho que mi existencia sea un poco más relajada y menos martirizante.

Durante el día, apenas si pienso en Harry. Sin embargo, por las noches, los recuerdos me torturan y no me dan tregua. Me gritan que la herida está abierta, y que no ha dejado de supurar la horrible congoja provocada por la traición.

Kim, por otra parte, no ha abordado el tema de Harry desde el día en que llegué con mis maletas hecha un manojo de nervios y le conté lo que había sucedido. Se limitó a escucharme con atención y a abrazarme sin decir una palabra al respecto.

Ella y Will se han mostrado muy amables y relajados conmigo. No parece molestarles en lo absoluto mi presencia en su apartamento. Sin embargo, lo único que deseo es tener el dinero suficiente para alquilar un lugar lo más pronto posible.

Dejé mis ahorros en casa de Harry para saldar la deuda tan grande que tengo con él. No olvido que pagó la cuenta del hospital aquella noche que me sacó de casa de mi papá, tampoco olvido el pijama que compró para mí, y la hospitalidad que siempre mostró hacia mi persona; es por eso por lo que decidí dejar todo ese dinero para él. Es lo menos que pude hacer.

Mi amiga y su novio hablaron conmigo hace un par de noches. Me ofrecieron abiertamente la habitación que Will ha acondicionado como sala de juegos —*la cual consiste en una pequeña sala y una consola de videojuegos*— y argumentaron que podía pagarles una renta mensual si eso me hacía sentir más cómoda. Han tratado de convencerme de todas las maneras habidas y por haber, de instalarme en su apartamento, pero no quiero hacerlo.

Ellos van a casarse y van a necesitar su espacio cuando lo hagan. No quiero ser una molestia cuando eso ocurra. He estado buscando en el periódico por apartamentos, pero no he encontrado nada que se adapte a mis posibilidades económicas. Las rentas en San Francisco siempre han sido elevadas, y no quiero volver a sufrir la angustia de no saber si voy a tener qué comer el día de mañana; eso por eso que estoy aquí, siendo un completo estorbo en la vida de la única amiga que tengo.

A veces, desearía haber sido otra persona. Una que hubiese podido seguir estudiando y hubiese tenido un empleo de medio turno para comprar ropa, maquillaje y libros. Una chica común y corriente de diecinueve años que solo tiene que preocuparse por sacar buenas notas y no morir en el intento de sobrevivir a la universidad.

—No puedo creer que no te guste la *pizza* —la voz de Will me saca de mis cavilaciones.

Mi vista se alza para mirarlo, y me toma un par de segundos espabíllame. Entonces, observo cómo toma tres pedazos enormes de masa horneada con queso y salsa que humea sobre la mesa. Mi estómago se revuelve solo de mirar su alimento, pero me las arreglo para regalarle una sonrisa.

—Nunca va a superarlo —Kim masculla mientras toma un trozo de la *pizza*.

Yo estiro la mano para alcanzar la caja térmica llena de alitas adobadas que Will ha traído para mí, y mi boca se hace agua al imaginar el sabor picante que deben tener.

—No es la gran cosa —me encojo de hombros mientras trato de integrarme al ambiente ligero del comedor—. Hay gente que odia los mariscos y nadie hace un drama al respecto.

—¡Pero es *pizza!*, ¡por el amor de Dios! —el gesto escandalizado de Will me hace sonreír—, ¡es como decir que no te gusta el chocolate!

Una carcajada corta brota de mi garganta y toda la tensión previa se fuga de mi cuerpo.

—Cuando tenía ocho me comí una *pizza* familiar yo sola. Esa noche, vomité mi alma en el baño. Desde entonces el solo verla me provoca náuseas —explico.

—Gracias por poner esa imagen en mi cabeza. Es bastante agradable ahora que estoy comiendo —Kim se queja y deja el trozo de *pizza* sobre su plato con un gesto asqueado.

Es el turno de Will para reír. Yo aprovecho el momento para morder un poco del pollo adobado. El sabor picoso estalla en mi boca, y casi gimo de placer.

—Como sea —Will se sienta del otro lado de la mesa y estira su mano para llegar a mi comida. Acto seguido, toma una alita y la deja caer en su plato—. En esta casa comemos *pizza* dos veces por semana, te lo advierto.

—No me molesta en lo absoluto —sonrío y Kim rueda los ojos al cielo.

—Si por él fuera, comeríamos *pizza* mañana, tarde y noche, los siete días de la semana —bufa.

Will le guiña un ojo y toma su mano para besarla en el dorso. Kim chilla algo acerca de sus manos llenas de grasa y él embarra salsa de tomate en las mejillas de mi amiga mientras la fuerza a quedarse quieta para depositar besos cortos en su boca.

Trato de no poner demasiada atención a sus gestos cariñosos, pero fracaso terriblemente. De pronto, los recuerdos invaden mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Harry solía tomar mi mano por encima de la mesa cuando cenábamos juntos; cuando mirábamos televisión, me atraía hacia él y me acurrucaba entre sus

brazos de manera protectora y, cuando caminábamos por la calle, me tomaba de la mano y aminoraba su andar para que yo pudiese andar junto a él.

Mis ojos se cierran y sacudo la cabeza para ahuyentar la tortura lejos. Entonces, me concentro en la —*ahora difícil*— tarea de engullir mis alimentos.

Al terminar de cenar, Kim y yo nos encargamos de recoger la cocina, mientras que Will se encamina hacia su habitación para irse a dormir. Se levanta muy temprano en las mañanas, es por eso por lo que debe dormirse antes que nadie para recuperar el sueño perdido.

Mi amiga hace un par de comentarios sobre Donna —*la gerente del restaurante*—, y su ego inmenso, antes de ayudarme a desmontar el sofá cama y recostarse a mi lado a ver televisión un rato.

Al cabo de una hora, ella también se despide y se va a su habitación.

Yo me quedo despierta media hora más para terminar de ver el episodio de *The Walking dead* que están transmitiendo, y apago el televisor cuando son cerca de las doce y media de la noche. Una vez hecho eso, me levanto a apagar la luz y me acurruco de nuevo antes de permitir que el sueño me venza y me domine por completo.

~ ~ ~

Un estallido irrumpe en la bruma de mi sueño. Mis ojos se abren de golpe, y trato de incorporarme, pero algo me lo impide. Lucho contra el peso que me inmoviliza de la cintura hacia abajo, y pataleo con fuerza en medio de la oscuridad. Una serie de golpes potentes y escandalosos irrumpen el silencio y caigo al suelo con un golpe sordo. La alfombra mullida amortigua el sonido de mi caída, pero gimo de dolor al sentir cómo mi coxis cruje.

Me quedo en el suelo, aturdida y adormilada, mientras trato de absorber el intenso dolor en mis vértebras bajas. Mi mirada se adapta poco a poco a la oscuridad en la que estoy envuelta y comienzo a distinguir las siluetas de los muebles del apartamento de Kim. Trato de poner en orden mis pensamientos, pero no logro conectar los espacios en blanco en mi memoria.

Entonces, el escándalo vuelve.

La madera de la entrada es golpeada una y otra vez con violencia, y mi corazón se detiene una fracción de segundo para reanudar su marcha a una velocidad antinatural. Me levanto poco a poco y miro el reloj en la pared más cercana. Son casi las cuatro de la mañana. ¿Quién, en el infierno, toca la puerta a esta hora de la madrugada?...

Avanzo, dubitativa, hasta la puerta.

Mis manos se apoyan en el material frío y me paro en mis puntas para tratar de alcanzar la mirilla. Entonces, un golpe brutal azota la madera. Un grito se construye en mi garganta y me tambaleo un par de pasos hacia atrás.

«¿Qué demonios...?».

—¡Maya! —un escalofrío me recorre porque *conozco* esa voz.

Una oleada de sensaciones vertiginosas e intensas, se abren paso en mis venas. Miedo, euforia, coraje, indecisión, ansiedad, nerviosismo, enojo..., *felicidad*. Todo se arremolina dentro de mi pecho, y la calidez y el frío luchan entre sí para ganar terreno en mi cuerpo.

—¡Maya!

«¡Harry!».

Quiero gritar de la emoción. Quiero esconderme detrás del sillón y no salir de ahí hasta que se marche. No se supone que deba estar aquí. No se supone que deba buscarme cuando le he pedido que me deje ir...

Otro golpe trueno debido al impacto de su cuerpo contra la madera, y esta cruje. Doy un paso hacia atrás.

Estoy a punto de chillar, pero lo reprimo con todas mis fuerzas. Mi corazón va a estallar; late con tanta fuerza, que puedo escucharlo retumbar en todo mi cuerpo.

—¡Maya!, ¡sal, carajo! —la desesperación tiñe el tono ronco de su voz—, ¡sal o voy a tirar la maldita puerta!, ¡necesito verte, Maya!, ¡te *necesito!*...

«¡Haz algo!».

Grita la voz en mi cabeza. «¡Detenlo!».

—¿Qué mierda está pasando?! —la voz de Kim chilla a mis espaldas.

La madera cruje una vez más y mi amiga grita aterrorizada. Entonces, el tiempo se ralentiza.

Will aparece en mi campo de visión y grita algo que no soy capaz de entender, Kim chilla una maldición y Harry pide a gritos que salga.

—¡HARRY, DETENTE! —grito, con toda la fuerza de mis pulmones.

De pronto, el mundo parece detenerse por completo.

Los gritos cesan y, de repente, lo único que puedo escuchar, es el sonido de mi respiración dificultosa y el latir intenso y desbocado de mi corazón. Todo mi cuerpo se estremece ante la fuerza demoledora de los sentimientos encontrados que me asaltan.

Harry está *aquí*. Está aquí y no sé cómo demonios sentirme al respecto. Quiero pedirle que se marche y, al mismo tiempo, quiero salir y fundirme entre sus brazos.

No puedo dejar de temblar, pero esta vez no es debido al miedo. Tiemblo porque mi cuerpo pide a gritos que salga y lo bese. Tiemblo porque la necesidad incapacitante que tengo de verlo, hace que sea insoportable estar de este lado de la habitación.

—Maya, por favor... —su voz suena más allá de lo torturada, y mi corazón se fisura una vez más—. Perdóname, Maya. Te estoy *suplicando*...

El nudo en mi garganta me impide respirar. El dolor punzante en mi cabeza me impide pensar con claridad, y lo único que puedo hacer, es apretar mis ojos juntos y rogarle a Dios que esto termine.

No puedo más.

Soy demasiado débil.

Lo extraño demasiado...

Avanzo hacia la puerta a paso lento y dubitativo. No sé qué diablos estoy haciendo, pero no me detengo. Mi mano temblorosa y fría se alza para tomar el pomo de la puerta entre mis dedos, pero me detengo justo antes de hacer girar la perilla.

Dudo, pero sé que debo hacerlo. Sé que debo ponerle fin a toda esta situación.

La visión de Harry que me recibe al abrir la puerta, me rompe por completo. Luce descuidado. Su cabello es un completo desastre, una fina capa de vello delgado y ralo cubre los ángulos de su mandíbula, y todo su cuerpo emana un horrible hedor a licor.

Sus ojos vidriosos se posan en mí una fracción de segundo y luego miran hacia la estancia del apartamento de mi amiga.

Está ahogado en alcohol. La forma errante en la que su cuerpo se balancea y la manera en la que sus párpados se entrecierran lo confirman.

De pronto, me siento asqueada. Él *sabe* cuánto odio que beba. *Sabe* cuánto miedo me da la gente borracha y ha venido a verme en ese estado.

—Vete —la palabra sale de mis labios con brusquedad. Él ignora mi petición y da un paso dentro del apartamento, pero yo, alterada, escupo—: ¡No te atrevas a entrar en ese estado!

—No voy a irme —suena determinado—. No voy a irme sin ti, Maya.

—No voy a ir contigo a ningún lado, Harry —mi voz es hielo—. Estás borracho.

Una sonrisa carente de humor se apodera de sus labios.

—¿Y qué si bebí un poco? —escupe—, a estas alturas deberías saber que no soy capaz de ponerte un maldito dedo encima sin tu consentimiento.

—¡Harry, bebiste tu maldito peso en alcohol! —el coraje estalla en mi cuerpo y hierve en mi sangre—, ¡son casi las cuatro de la mañana!, ¡por Dios!

—¡Me importa una mierda si bebí o no mi peso en alcohol! —espeta—, ¡no voy a irme de este jodido lugar sin ti, Maya!, ¡haz lo que quieras, pero no voy a mover un dedo hasta que me aceptes de regreso y vuelvas a casa!

—¿Estás escuchando lo que dices? —mi tono iguala el suyo—. ¡Harry, esto es enfermo!, ¡estás haciendo un maldito escándalo!, ¡mírate!, ¡no puedes hacer esto!, ¡no es sano!

Su expresión herida, se transforma en una mueca sombría y oscura.

—No puedes irte y dejarme así, Maya —su voz se enronquece varios tonos—. No puedes venir y traer luz a mi vida para después arrebatármela de esa manera.

Simplemente, *no puedes*.

—Yo no te he quitado nada, Harry —trato de mantener mis emociones a raya, pero es casi imposible. Apenas puedo reprimir las ganas que tengo de golpearlo. Apenas puedo soportar mirarlo sin desmoronarme.

—Te has ido —de pronto, la armadura se cae. Su mueca aterradora se disuelve en el pánico y la angustia que invade el tono de su voz—. Te has ido y me has quitado lo único bueno que tenía —parece derrotado ahora—. No estuve con ella, Maya, y no tengo otra cosa para comprobarlo más que mi palabra. Esa palabra a la que falté cuando prometí que nunca te heriría. Estoy enamorado de ti, Maya. Estoy tan enamorado, que no puedo hacer otra cosa que no sea pensarte todo el tiempo. Estoy tan enamorado, que preferiría cortarme un brazo a engañarte.

Todo dentro de mi cuerpo parece estar a punto de fragmentarse. La tristeza en su expresión es la más horrible de las torturas y, a pesar de eso, no puedo dejar de imaginarlo con esa chica. No puedo dejar de reproducir sus horribles palabras dentro de mi cabeza.

—Harry, por favor, no me hagas esto —susurro, con la voz entrecortada por la angustia—. Por favor, solo... *márchate*.

El silencio que se apodera del ambiente, es tenso y tirante. Harry me mira directamente a los ojos, y luce más descompuesto que nunca.

—Si me voy —dice, finalmente, con la voz enronquecida—, es para no volver a molestarte, Maya... ¿estás *segura* de que es eso lo que quieres?

Mis entrañas se retuercen con la determinación en sus palabras, y quiero gritar de la frustración. Mi parte orgullosa y temeraria, desea asentir y demostrarle que no lo necesito en mi vida; pero el resto de mí quiere retenerlo y darle el beneficio de la duda.

Mi boca se abre para responder, pero la cierro de inmediato al no encontrar las palabras ni el valor para decir algo. La confusión que me embarga es tan intensa en este momento, que ni siquiera soy capaz de poner en orden mis pensamientos.

—Creo... —la voz de Will irrumpe el silencio—, que es mejor que lleve a Harry a casa.

El prometido de mi amiga avanza hacia la puerta y mira a Harry con determinación férrea. Los ojos de Harry se posan en él, pero no se deja intimidar ni un poco. Trata de mover al chico en el umbral, pero este no se mueve. La hostilidad que irradia el cuerpo de Harry es aterradora, pero a Will no parece importarle.

Ni siquiera parece intimidarle un poco el hecho de que Harry esté mirándole como si pudiese quebrarle el cuello; por el contrario, luce bastante calmado cuando se acerca a él y le dice algo en voz tan baja, que no logro entenderlo.

En ese instante, pasa lo que nunca creí que pasaría... Harry *flaquea*.

La duda y el miedo en su expresión, me destrozan de mil formas diferentes, y no logro entender qué fue lo que le dijo Will para que pusiera esa expresión en su cara...

La mirada esmeralda del chico de las cicatrices se posa en mí durante una fracción imposible de tiempo al cabo de unos instantes de vacilación y, con expresión torturada, se gira sobre sus talones y se echa a andar por el pasillo.

Acto seguido, Will y Kim parecen hablar con la mirada durante unos momentos, antes de que él salga detrás de Harry.

Quiero correr detrás de él yo también, pero no puedo moverme. No cuando cientos de dudas se arremolinan en mi cabeza. No cuando todo dentro de mí grita que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí.

«¿Y si no lo hizo?, ¿y si estoy en un error?...».

—Sé que este no es el mejor momento para decirlo, Maya, y que es probable que no quieras oírlo... —la voz de Kim habla a mis espaldas, justo cuando la puerta se cierra detrás de Will. Suena calmada, pero determinada—, pero yo le creo.

Mi cuerpo gira sobre su eje en ese momento y la encaro solo para encontrarme con una mirada cargada de disculpa. Ella no dice nada más. Se limita a encogerse de hombros ligeramente y a echarse a andar en dirección a la cocina.

Entonces —*solo entonces*—, una roca se instala en mi estómago.

CAPÍTULO 28

No puedo dejar de pensar en Harry, y la frustración y el odio hacia mí misma es cada vez más insoportable debido a eso.

Hace tres días de la última vez que lo vi, y aún no he podido olvidar la expresión torturada y derrotada que tenía al salir del apartamento de Kim y Will.

No pude dormir más después de lo ocurrido. Me quedé en la cocina con Kim, mientras bebíamos café en silencio. Ella no dijo nada, pero sé que solo se quedó alrededor porque esperaba a que Will regresara, quien no lo hizo hasta dos horas después de que se marchó con Harry.

No mencionó nada acerca del estado de ánimo del chico en cuestión. Se limitó a decir que tomaría una ducha para ir directo al trabajo. Nadie ha hablado sobre el tema desde entonces. Es como si nunca hubiese ocurrido todo aquello, y no sé cómo sentirme al respecto.

Tampoco sé qué demonios siento en este momento. Hay días en los que lo único que quiero es salir corriendo a buscarlo. Hay otros en los que ni siquiera soporto pensar en él. Me encuentro dividida entre lo que mi corazón dice y lo que mi cabeza grita.

Hay días en los que mi subconsciente no deja de repetirme una y otra vez que lo único que ha hecho Harry es protegerme; que me ha dado todo lo que ha estado en sus manos y que no ha pedido absolutamente nada a cambio. Sin embargo, hay momentos en los que la parte de mí que se encuentra resentida e insegura, no deja de gritar que Harry se cansó de esperar por mí; que, al ver que no iba a obtener sexo conmigo, lo buscó en otro lugar.

Me siento absurda y ridícula al pensar todas esas cosas horribles de la única persona que ha visto por mí durante los últimos meses y, al mismo tiempo, no quiero ceder sin tener la certeza de que no estuvo con esa mujer.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarnos? —Kim habla y me saca de mis cavilaciones. Alzo la vista del libro que tengo en las manos, y que no estoy leyendo, para mirarla a los ojos.

Ella y Will están de pie en el umbral de la puerta. Irán a la fiesta de uno de los amigos de él.

—Sí —alzo el libro y les regalo una sonrisa—. Tengo un bebé que terminar esta misma noche.

Mi amiga rueda los ojos al cielo.

—Como quieras —trata de sonar enojada, pero no lo logra—. Will y yo vamos a beber hasta quedar inconscientes.

—Tú beberás hasta quedar inconsciente —masculla Will—. Yo seré el conductor designado.

—Eso no sucedería si me dejaras conducir tu auto —puntualiza Kim, mirándolo con reproche.

—Oh, cariño, prefiero lanzarme de un precipicio antes que prestarte mi coche —el gesto horrorizado de Will me hace sonreír aún más—. Eres un peligro tras el volante —me mira y añade—: ¿Sabías que tiró una cerca de madera la primera vez que condujo?

—¿En serio? —digo, con fingido terror, solo para seguirle la corriente a Will.

—¡Fue un accidente! —chilla Kim—, ¡Dios!, ¡no debí contarte eso nunca!

Kim se aparta de él y da un par de pasos antes de que Will la envuelva con un brazo por la cintura y tire de ella hasta pegar sus cuerpos.

Él murmura una y otra vez que la ama mientras ríe y pide disculpas. Algo se aprieta en mi pecho, pero no digo ni una sola palabra. Cada vez es más insoportable mirarlos. Cada vez es más difícil estar a su alrededor y mantener mis recuerdos a raya...

Desvío la mirada y me concentro en la tapa del libro que estoy leyendo hasta que las disculpas susurradas y los apodos melosos terminan. Entonces, me atrevo a mirarlos de reojo.

Will está besando el cuello de Kim y ella trata de apartarlo.

—¿De verdad quieres quedarte?, me siento terrible dejándote sola —dice mirándome.

—No tienes por qué sentirte así —le guiño un ojo—. Vayan y diviértanse un rato. Estaré bien.

Un suspiro brota de los labios de mi amiga, pero asiente.

—De acuerdo —dice—. Si decides salir a buscar algo para cenar o algo, hay un juego de llaves en el cajón del escritorio del cuarto de juegos. Tómalo.

Asiento, medio sonriendo, y me despido con un gesto cuando se encaminan a la puerta.

El silencio invade la estancia en el momento en el que se van, y me dejo caer contra el respaldo del sillón, mientras permito que el libro descansa sobre mi estómago. Mi vista está fija en el techo blanco immaculado del apartamento y miro las grietas formadas en la pintura.

Deseo leer un poco más, pero sé que va a ser imposible. Sobre todo, cuando no dejo de pensar en Harry Stevens.

Estoy determinada a alejar los pensamientos tortuosos de mi cabeza, pero nada parece funcionar, así que, decidida a distraerme, me levanto para tomar una ducha.

El agua caliente de la regadera es bien recibida por mis músculos cansados. Al salir, me enfundo unos vaqueros y una sudadera que me va grande, y me acurruco en uno de los sillones para ver televisión.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me descubra pensando en Harry una vez más. Quiero estrellar mi cara en el concreto. Quiero ser capaz de arrancar los recuerdos lejos de mi cabeza e ignorar ese impulso idiota que tengo de salir a buscarlo. Quiero borrar todos y cada uno de sus besos fuera de mi piel, para así no sentirme tan miserable como lo hago.

Al cabo de un rato, después de pasar casi una hora buscando algo bueno para mirar en la televisión, decido salir a conseguir algo para cenar. Kim comentó una vez que hay un lugar donde venden *sushi* a pocas calles de distancia y que, además de ser barato, es delicioso; es por eso por lo que he decidido ir a conseguir algo en ese lugar.

Me aseguro de cerrar la puerta muy bien antes de bajar por las escaleras y salir del edificio. El aire helado hace que mi carne se ponga de gallina, pero avanzo calle abajo sin darle mucha importancia.

Al llegar al local, la decepción me invade. Está cerrado. Miro el reloj en mi muñeca solo para percatarme que son las diez y media de la noche. A esta hora no encontraré nada abierto, a no ser que vaya a una tienda de autoservicio.

Muerdo mi labio inferior, indecisa e insegura. Sé que a unas calles más abajo hay una de esas tiendas que permanecen abiertas toda la noche, pero no estoy muy segura de querer recorrer ese trayecto de camino por la noche.

Finalmente, después de tener una discusión mental con mi estómago, decido hacerlo. Avanzo por la calle vacía lo más rápido que puedo y miro hacia todos lados solo para tranquilizar a mis nervios alterados.

Cuando vivía en Bayview-Hunters Point, sabía qué calles eran peligrosas durante la noche y las evitaba a toda costa. Ahora que vivo en una zona completamente diferente, me da miedo andar por todos lados como si nada ocurriera. No quiero bajar la guardia tan rápido.

El camino parece más largo de lo que en realidad es, pero tampoco tardo demasiado en estar dentro de la seguridad del establecimiento.

Me tomo mi tiempo decidiendo si voy a ponerle o no jalapeño a mis nachos, antes de poner un par de *hot-dogs* para llevar y un expreso barato en la bandeja que he tomado. Soy vagamente consciente del grupo de chicos que entra al lugar. Bromean y ríen de forma escandalosa y sonrío varias veces al escuchar los apodosos originales con los que se hablan entre ellos.

Me acerco a la caja sin dirigirles ni una sola mirada y le ofrezco mi dinero al chico del otro lado del mostrador.

—¿Maya? —la voz familiar hace que gire sobre mis talones para mirar al chico detrás de mí.

Cabello castaño, piel morena y ojos oscuros me miran con asombro y gusto genuino.

—¡Jeremiah! —exclamo, pero no sé si sonreír o hacer una mueca de desagrado. Ahora mismo no sé si me siento bien por el hecho de encontrarlo aquí o miserable por ese mismo motivo.

Un brazo se envuelve por encima de mis hombros y siento el calor de su cuerpo cuando me acerca a él para darme un abrazo torpe y rápido. Entonces, se aparta un poco y me mira a los ojos.

—¡Dios!, ¿qué haces aquí? —su sonrisa es tan grande, que casi puedo jurar que va a partir su cara en dos.

—Me... —me aclaro la garganta—. Me mudé por aquí.

—¿Te mudaste? —un destello triste se filtra en su expresión—. ¡Mierda!, ¿por qué?

Fuerzo una sonrisa y coloco un par de mechones de cabello detrás de mi oreja.

—La renta me sale un poco más económica por aquí —miento.

—¿En esta zona? —su ceño se frunce, en confusión—. Es extraño porque las rentas por aquí suelen ser un poco más elevadas.

—Comparto los gastos con una amiga y su prometido. A eso me refería —me apresuro a aclarar—. Como sea... ¿qué haces tú aquí de todos modos?

—La novia de Carlos vive por aquí —hace un gesto de cabeza en dirección al chico de rasgos latinos que carga una botella de vodka.

—Oh... —digo, porque no sé qué otra cosa hacer.

—¡Eh, Jeremiah! —grita un chico que carga un cartón de cervezas—, ¿vas a presentarnos a tu amiga?

—¡Vete a la mierda, Nick! —escupe Jeremiah, pero no deja de sonreír. Me mira y niega con la cabeza—. Lamento eso. Son unos idiotas a veces.

—Está bien —asiento y tomo la bolsa de mis compras mientras agradezco al cajero—. Me dio mucho gusto verte, Jeremiah.

—A mí también me encantó verte, Maya —asiente.

Le regalo una sonrisa y ondeo mi mano en señal de despedida antes de avanzar hacia la puerta.

—¡Oye! —su voz hace que me congele. Miro por encima de mi hombro—. Iremos a una fiesta cerca de la bahía, ¿no vienes? —me muestra un juego de llaves y sonrío—. Tengo auto nuevo. Puedo traerte a casa en el momento que desees.

Quiero negarme, pero no encuentro las palabras adecuadas para hacerlo sin sonar grosera o quisquillosa. Ya rechacé una de sus invitaciones antes, pero hacerlo ahora se siente diferente. No hay coqueteo alguno, ni expectativas altas en él, y eso es suficiente para que las palabras se atasquen en mi garganta.

—Será divertido —insiste, pero noto cómo se prepara para mi rechazo.

—Yo... No lo sé —mascullo—, es que...

—Estará tu vecino ahí.

—¿Mi vecino?, ¿cuál veci...? —me congelo a media palabra, solo porque acabo de caer en cuenta de a qué vecino se refiere.

—Harry Stevens —me regala una sonrisa divertida y el malestar se apodera de mi cuerpo.

—¡LA BESTIA! —gritan y ríen todos sus amigos a la vez, mientras pagan las bebidas embriagantes que cargan con gusto.

Mi corazón se acelera en el momento en el que escucho su nombre y apodo en boca de estas personas. De pronto, se siente como si pudiese vomitarme encima debido a los nervios intensos que me han invadido en unos segundos.

Me aclaro la garganta y aprieto mis puños.

—¿Cómo sabes que estará ahí? —pregunto con aire desinteresado.

Jeremiah hace una seña en dirección a uno de los chicos que lo acompañan.

—Rob es cliente de uno de sus amigos. Él nos invitó, ¿no es así, *bro*? —dice y dirige esa última pregunta a su amigo.

El tipo afroamericano asiente con una sonrisa radiante en el rostro.

—Tyler es quien me vende y, a donde va Tyler, va Bestia. Son inseparables —dice Rob.

La imagen del hombre aterrador que irrumpió en el apartamento de Harry hace semanas vuelve a mí. No tenía ni idea de que el tipo era distribuidor. Todo este tiempo creí que hacía lo mismo que Harry.

—¿Por qué te importa tanto saber si Stevens va a estar ahí o no? —el ceño de Jeremiah se frunce ligeramente.

—Le debo dinero —la mentira sale con tanta naturalidad, que me asusta.

Las cejas de los chicos en el establecimiento se alzan y, de pronto, todo el mundo está mirándome. Incluso, el cajero me mira de reojo, con curiosidad. Dudo mucho que conozca a Harry, pero la reacción de los amigos de Jeremiah debe haber despertado su curiosidad.

—¿Le debes dinero?... —Rob habla, con incredulidad, pero yo me limito a asentir—. ¿A Harry «la Bestia» Stevens?

Vuelvo a asentir.

—Me prestó cincuenta dólares hace mucho —ruedo los ojos al cielo al ver las expresiones alarmadas de todos—. No es la gran cosa.

Jeremiah no luce convencido con mi respuesta, pero no dice nada al respecto. Se limita a mirar a sus amigos.

—Bueno. Nosotros iremos allá. Si quieres acompañarnos, eres bienvenida —dice.

Mi mirada viaja por los rostros de todo el grupo de chicos, los cuales me observan con atención. Están esperando una respuesta, pero no estoy segura de qué es lo que quiero hacer.

Deseo negarme y volver al apartamento de Kim, y al mismo tiempo quiero *verlo*. Quiero estar cerca de él una vez más. Quiero cerciorarme de que es real y de que nada de lo que pasó fue producto de mi imaginación.

Sé que es idiota de mi parte. Sé que no debería, siquiera, estar considerando hacerlo, pero la desesperación es tanta ahora mismo, que no me importa estar comportándome como una completa estúpida.

—¿Vas a traerme de regreso a casa? —hablo hacia Jeremiah. Sueno más dudosa de lo que me gustaría.

—Por supuesto —me sonrío.

—¿A la hora que yo quiera?

—A la hora que tú quieras, Maya —adopta una postura recta y seria.

Dudo unos instantes.

—De acuerdo —digo, finalmente.

Sé que estoy siendo una imbécil. Sé que solo hago esto porque quiero ver a Harry de nuevo. Sé que lo que haré está mal en todos los sentidos, ya que fui yo quien le pidió que no me buscara más, pero no me importa. Nada más que la imperiosa necesidad que tengo de volver a estar cerca de él, importa.

Sin perder más tiempo, salimos del establecimiento y caminamos en dirección al auto de Jeremiah. Nick, el chico rubio amigo de Jeremiah, consigue convencerme de regalarle la comida que he comprado y Rob me ofrece un porro de marihuana cuando estamos dentro del vehículo.

—¡Nada de porros aquí dentro! —Jeremiah suena determinante—. El hedor va a impregnarse en todos lados.

—Eres como una nena quejumbrosa —masculla Rob y reprimo una sonrisa mientras me pongo el cinturón de seguridad. Voy en el asiento del copiloto por petición colectiva, así que los amigos de Jeremiah van apretujados en el sillón trasero.

—Sí —dice él entre dientes, pero no deja de sonreír mientras arranca el auto—. Vete a la mierda, Rob.

El camino al puerto es ameno y entretenido. Los amigos de Jeremiah son unos idiotas, pero no han dejado de hacerme reír. Tengo entendido que se conocen desde que cursaban la secundaria y que siempre han sido así de unidos. Al parecer, hacen todo juntos, y van a todos lados en grupo.

Nunca he tenido esa clase de amistades, así que me siento un poco extraña cuando hablan sobre sus olores íntimos sin pudor alguno.

Jeremiah se estaciona cerca de uno de los muelles pesqueros de la ciudad y caminamos un par de calles hasta llegar a las bodegas donde se almacena la pesca. El olor a pescado y sal inunda mis fosas nasales; sin embargo, no es un aroma muy desagradable.

Soy capaz de percibir el sonido de la música en la lejanía. Conforme avanzamos por el concreto, la intensidad de la melodía incrementa y, de pronto, todos empiezan a hablar a gritos para hacerse escuchar por encima del ruido.

No he podido pronunciar palabra alguna desde que salimos del auto. Mi corazón late con tanta fuerza, que soy capaz de sentirlo en todos los lugares donde el pulso es capaz de palpitar. Los dedos de mis manos se sienten helados y mis palmas están sudorosas; mi estómago, por otro lado, se siente como si estuviese lleno de piedras.

Aún no estoy segura de qué demonios haré si llego a tener a Harry frente a mí, pero no quiero pensarlo demasiado. Si lo hago, es probable que salga huyendo de aquí antes de encontrármelo.

La fiesta es dentro de una enorme bodega.

Al entrar al lugar, el sonido de la música electrónica estalla en mis oídos; el olor a sal y mariscos es neutralizado por el coctel de aromas en el ambiente: sudor, tabaco, marihuana y perfume... Y todo se arremolina para crear una nube asfixiante. Las luces de colores bailan al ritmo del *beat* de la canción que suena y un puñado de personas danza a mitad de la estancia.

Abrumada por el escándalo, me detengo y echo una ojeada rápida a todo el lugar. Entonces, siento cómo unos dedos tibios se envuelven en mi muñeca. Mi vista se dirige a la persona que me sostiene y me encuentro con el rostro amable de Jeremiah.

—No te quedes atrás, Maya —me reprime, pero está sonriendo—. Ven aquí.

Tira de mí en dirección a la barra improvisada que hay a pocos pasos de distancia, y toma una cerveza. Me ofrece una, pero declino su oferta con una negativa de cabeza y una sonrisa amable.

Los amigos de Jeremiah se han perdido entre la gente para este momento. De vez en cuando soy capaz de localizarlos entre el gentío, pero, mientras paseo la mirada por todo el espacio, soy plenamente consciente de que a quien busco en realidad, es a otra persona.

Soy una hija de puta. Estuve todo este tiempo negándole la posibilidad de hablar y sin embargo estoy aquí, en una fiesta en la que sé que estará, solo porque necesito verlo aunque sea unos instantes. ¿En qué clase de persona me he convertido?...

—¿Bailamos? —Jeremiah habla cerca de mi oído y un escalofrío me recorre al sentir su aliento caliente cerca de mi piel.

Sin esperar respuesta alguna, envuelve sus dedos en mi muñeca y guía nuestro camino hacia la pista de baile. Me toma unos segundos comenzar a protestar. Forcejeo un poco para que me suelte, pero su agarre es firme. Recargo mi peso en mis talones y tiro de mi brazo con fuerza. Me tambaleo hacia atrás un par de pasos y mi espalda choca contra alguien.

Inmediatamente, me giro sobre mis talones.

—¡Lo siento!, ¡lo siento mucho!, ¡lo...! —mis ojos se clavan en la persona frente a mí.

Ojos verdes me miran con una intensidad aterradora. Mi cuerpo entero se estremece cuando mi vista capta las marcas escandalosas en su rostro y ese familiar ceño fruncido.

Mi mandíbula se aprieta con fuerza y casi puedo jurar que toda la sangre se ha drenado de mi cuerpo.

Harry Stevens me mira directo a los ojos, pero su expresión es inescrutable. Abro la boca para decir algo, pero no estoy muy segura de qué palabras debo pronunciar.

Por un doloroso instante, parece haber algo en su mirada. Un destello de pánico. Un momento de confusión...

—Fíjate por donde andas —el tono de su voz, es tan frío que algo dentro de mi pecho se estruja y se retuerce.

—Harry, yo...

—No me llames por mi nombre —espeta con brusquedad y mira hacia todos lados con... ¿*nerviosismo*?—, o voy a hacer que te arrepientas.

Entonces, se gira sobre sus talones y se echa a andar en dirección a la barra improvisada. Mi mirada sigue su recorrido y lo observo llegar hasta donde un puñado de hombres y mujeres ríen a carcajadas. En ese grupo se encuentra el tipo que fue al apartamento de Harry y me acorraló contra la pared de la sala —*Tyler*.

La chica que encontré en el apartamento de Harry también está ahí. Está colgada del brazo de un hombre de edad avanzada. Es el único que parece tener más de treinta años y que, además, es el más imponente de todos.

Harry se deja caer sobre una caja de madera, que estaba siendo claramente utilizada como banquillo, y una chica de cabello corto y oscuro se sienta sobre su

regazo y le ofrece una cerveza. Algo dentro de mi pecho parece quebrarse. Algo ha dejado de funcionar de manera correcta dentro de mí y no puedo apartar la vista de la escena.

—¿Estás bien? —la voz de Jeremiah inunda mis oídos, pero no puedo apartar la vista de Harry y esa chica.

—Sí —respondo, con un hilo de voz. Aparto mis ojos del chico de las cicatrices y trato de sonreírle a Jeremiah—. ¿Vamos a fuera? —pido, porque no soporto la idea de seguir aquí.

Él me sonrío y pone una de sus manos en mi espalda para guiar mi camino fuera de la bodega.

Estamos a punto de salir, cuando me atrevo a mirar por encima de mi hombro. Los ojos color esmeralda de Harry están fijos en mí, pero la tortura en su expresión no merma la decepción que siento en el pecho.

Finalmente, tras unos segundos de dolorosas miradas, me obligo a apartar la vista y avanzar a paso decidido fuera de la bodega.

No sé cómo sentirme respecto a la manera en la que me habló hace unos días, y la forma en la que me trató hace unos instantes. Trato de apartar los pensamientos martirizantes lejos de mi cabeza, pero es imposible. No puedo alejar la frustración. No puedo alejar la opresión en mi pecho. No puedo apartar de mí la extraña sensación de pérdida que se ha apoderado de mi cuerpo.

CAPÍTULO 29

Mi vista está fija en el océano.

Estoy sentada al lado de Jeremiah con las piernas colgando en el inmenso puerto de concreto. El aire helado se filtra a través del material de la ropa que traigo puesta, así que tengo que abrazarme a mí misma para mantener el calor corporal. El chico a mi lado parece notarlo, ya que se quita la chaqueta y la pone sobre mis hombros.

—Ustedes, las chicas, tienen una manera muy idiota de pedir las cosas —masculla, pero no hay reproche en el tono de su voz—. Si tenías frío, solo tenías que decirlo.

—No estaba pidiéndote nada —sueno a la defensiva, pero tengo una sonrisa pintada en los labios.

—Sí, claro —el sarcasmo en su voz me hace sonreír un poco más—. Todas ustedes son iguales.

—Lo mismo podría decir yo de ustedes los hombres —me defiendo.

Él rueda los ojos al cielo y niega con la cabeza.

—Como sea —masculla y mira al cielo—. Oh, maldición —suspira y sacude su cabeza en un gesto negativo. Luce realmente acongojado—. No poder ver las estrellas en una noche tan bonita apesta, ¿no es cierto?

—No sabía que eres del tipo de persona que gusta de contemplar las estrellas —observo, y alzo la vista para mirar el cielo cubierto de nubes de contaminación.

—No lo soy —admite—, pero lo menos que espera un chico cuando está al aire libre con una chica, es que el ambiente sea adecuado.

Una risa boba se escapa de mis labios sin que pueda detenerla. Jeremiah me mira con diversión.

—¿Sabes en qué no dejo de pensar? —dice.

Mi cabeza se inclina un poco, en un gesto curioso.

—¿En qué?

—En la reacción de Bestia cuando chocaste con él —mi estómago se revuelve cuando lo escucho pronunciar su apodo—. Él no suele ser así. No con las mujeres, de todos modos. Suele ser más amable —sacude la cabeza en una negativa—. No lo entiendo.

Desvío la mirada de la suya, y me concentro en el oleaje suave que crea espuma en la lejanía.

—Yo tampoco lo entiendo —digo, en un murmullo débil. No hablo de la situación. Hablo de Harry en general, pero dudo que Jeremiah se percate de esto.

Lo cierto, es que realmente no lo entiendo. No puedo comprender qué demonios ha ocurrido en estos tres días para que ni siquiera sea digna de una mirada amable por parte de Harry. No esperaba que me tratara como si fuésemos los mejores amigos, pero tampoco esperaba esa reacción hostil que mostró en el momento en el que pronuncié su nombre. Creo que haber recibido indiferencia me habría dolido menos...

—¿Sabes? —Jeremiah pronuncia y me trae de vuelta a la realidad—. Siempre he pensado que es un tipo muy... *extraño* —no me atrevo a mirarlo, pero él continúa—. Quiero decir, independientemente de lo aterrador que luce, no parece ser una mala persona. Si yo tuviese la mitad de mi rostro desfigurado, estaría a la defensiva todo el tiempo; sin embargo, él ni siquiera se inmuta cuando la gente lo mira como si fuese una aberración —«Si tan solo supieras...»—. A veces, he llegado a pensar que puede ser un tipo agradable; pero, entonces, llegan a mí todas esas habladurías. Esos rumores acerca de lo que hace, de su pasado, de la forma en la que consiguió esas cicatrices... —luce perdido en sus reflexiones—. Todo el mundo lo describe como alguien con quien no debes meterte si no quieres salir perjudicado, pero... No lo sé. No se siente como si fuese esa clase persona.

—Yo no creo que sea la persona que dicen que es —las palabras salen de mi boca sin que pueda hacer nada para detenerlas—. Y me molesta que la gente le llame así.

—¿Cómo?

—Bestia.

—¿Por qué? —siento la mirada de Jeremiah clavada en mí, pero yo no despego la vista del océano.

—Porque conmigo siempre ha sido amable. No ha sido otra cosa más que un caballero y... —la indignación hace su camino hasta mi voz, así que me detengo para tomar una inspiración profunda antes de continuar—, me molesta que hablen de esa forma de una persona que no ha hecho más que cosas buenas por mí.

Una risa corta y divertida brota de la garganta del chico a mi lado y lo encaro, medio enojada y medio avergonzada.

La fascinación con la que me mira, hace que detenga las palabras ofensivas que tengo para decirle, y la confusión me invade por completo.

—Eres la primera persona que habla bien de él —habla, sin siquiera darme oportunidad de decir nada—. Es bueno oír algo bueno para variar. Si tú dices que es un buen tipo, te creo. No pareces ser del tipo de chica que confía en alguien, así como así.

—No lo soy —conuerdo, un poco más tranquila.

El silencio se apodera del ambiente, pero no es incómodo. No se siente como si tuviese que decir algo para llenar el silencio que acaba de instalarse entre nosotros.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —dice, tras un largo momento.

—¿De qué?

—De una cerveza —hace un puchero y le regalo una mirada reprobatoria.

—Vas a llevarme a casa, no puedes beber más —digo, con fingido horror—. No voy a dejar que nos mates.

—Solo será una cerveza —su puchero se hace más grande—. Lo prometo.

Una sonrisa amenaza con abandonarme, pero niego con la cabeza.

—Ya te has bebido una.

—No me la terminé. Lo juro.

—Si te emborrachas, Jeremiah, te juro que...

—Solo será una más. Lo prometo —me interrumpe y me regala un guiño fácil.

—¿Qué se supone que debe provocar el guiño? —mis cejas se alzan.

—Hieres al macho alfa que llevo dentro, ¿sabes? —masculla y añade—. En fin. Iré adentro a buscar algo para beber.

Ruedo los ojos al cielo y asiento. Sé que irá por su dichosa cerveza y que no podré hacer nada para impedirlo.

—Ve, entonces —me siento como si fuese su madre, pero a él no parece importarle.

—¿No vienes? —dice, cuando se pone de pie.

—Estoy bien —le sonrío lo mejor que puedo—. Te esperaré aquí.

La sola idea de tener que volver ahí dentro y enfrentarme con la visión de Harry Stevens con una chica sobre las piernas, es insoportable. No estoy lista para eso. No sé si algún día lo estaré, así que prefiero quedarme en este lugar.

—No tardaré —Jeremiah promete y se echa a andar en dirección a la bodega.

El eco de la música a lo lejos, es relajante. Me concentro en el sonido del oleaje chocando contra las rocas que se encuentran varios metros de distancia de donde me encuentro y dejo que mi cabeza divague. Eventualmente, Harry sale a flote, pero trato de no ahondar mucho en los recuerdos. Si dejo que lleguen a mí, va a empezar a doler de nuevo.

—Buenas noches, señorita —una voz masculina invade mis oídos, y doy un respingo mientras giro mi cabeza para encontrarme con la visión de un chico acercándose. Lleva un bastón en la mano derecha y se ayuda de él para andar—. Estoy buscando a una chica llamada Maya Bassi, ¿por casualidad no eres tú?

Mi vista lo recorre de pies a cabeza. Es alto y delgado; sus ojos son claros, pero no puedo averiguar de qué color son exactamente debido a la oscuridad de la noche. Su piel clara es iluminada por el reflejo de la luna en el agua, y su cabello claro parece brillar debido a eso. Una sonrisa radiante y amable se pinta en sus labios, y no puedo evitar sentir como si ya conociera ese gesto. Como si ya conociera esa sonrisa...

—¿Qué si lo soy? —sueno a la defensiva.

Él se ayuda del bastón para sentarse a pocos pies de distancia de mí. Se encoge de hombros y me regala una sonrisa arrebatadora.

—Entonces eres a la chica que busco —dice. Su mano se extiende en mi dirección y agrega—. Soy Luke Thompson.

Miro su gesto con recelo, pero decido corresponderle después de unos segundos en duda.

—Maya Bassi.

—Harry me envió a buscarte —dice, sin rodeos. No me pasa desapercibido que le ha llamado Harry y no Bestia.

Una risa carente de humor brota de mi garganta.

—¿Qué se supone que te dijo que me dijeras? —sueno más cruel de lo que me gustaría, pero él ni siquiera se inmuta.

—En realidad, solo me mandó a cerciorarme de que no besaras al tipo con el que estás —me regala un guiño cómplice—. El venir a abordarte fue cosa mía.

—¿Cómo se supone que sabes mi nombre entonces? —mis cejas se alzan en la espera a su respuesta.

Él se encoge de hombros.

—Harry ha hablado mucho sobre ti últimamente —dice—. No sé quién eres, qué le diste o cómo llegaste a su vida; pero quiero que sepas, mi queridísima Maya, que lo tienes hecho un maldito manojito de nervios y sentimientos.

Puedo jurar que mi corazón se ha detenido durante una fracción de segundo para reanudar su marcha a una velocidad inhumana. No estoy muy segura de qué es lo que debo decir, así que decido guardar silencio y mirar un punto en el suelo.

—Pero eso ya lo sabes, ¿no es así? —no hay reproche en su voz, pero se siente como si me hubiesen abofeteado—. Como sea, solo quería conocer a la chica que trae vuelto loco a mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo es un idiota —quiero sonar enojada, pero no lo consigo.

—Dije que estaba loco por ti —dice. Ni siquiera parece inmutarse con mi tono enojado—, mas no que no fuese un completo idiota. Es un imbécil. Eso te lo concedo.

—Es bueno que lo sepas —mascullo.

—¿Cómo te sientes respecto a él?

—No voy a decírtelo. Eres su mejor amigo. Lo primero que harás es correr a contarle lo que te dije.

—¡Oh, vamos!, dame una oportunidad por aquí. Soy bueno escuchando. Dime cómo te sientes y verás que todo es más llevadero.

—Cómo me siento —bufo y otra risotada amarga se me escapa antes de comenzar a hablar—. A veces, lo único que quiero es correr a buscarlo. Otras, deseo poner un mar de distancia entre nosotros, para que así no pueda lastimarme más —un nudo de frustración se instala en la base de mi garganta, y me tomo unos segundos para tomar una inspiración profunda y tratar de tranquilizar mis nervios alterados—. Unas cuantas más, trato de convencerme de que creo en él ciegamente, pero nunca puedo confiar del todo. No así de fácil.

Luke asiente, en acuerdo, pero no dice nada.

—Harry es un tipo muy jodido, Maya. Me siento en el deber de contártelo —dice, con tristeza, al cabo de un largo momento—; sin embargo, voy a atreverme a abogar por él y decir que no es así de mierda. Lo conozco lo suficiente como para asegurarte que no se acostó con Nadia. Y no te lo digo como su amigo, sino como una persona que sabe de lo que es capaz. También comprendo tu postura, y entiendo que no puedas confiar, pero, entonces, ¿qué haces aquí?... —sacude la cabeza—. Creo que hablo por ambos cuando digo que no han dejado de lastimarse con este constante estira y afloja —hace una pequeña pausa—. Y también sé que no soy nadie para opinar o darte un consejo al respecto, pero necesito decírtelo. Necesito soltarlo porque no es justo para nadie.

Niego, al tiempo que abro la boca para replicar.

—Si vas a buscarlo —él es más rápido que yo y habla primero—, porque estoy asumiendo que eso es lo que estás haciendo, hazlo cuando estés segura de que puedes intentar volver a confiar. Hazlo cuando valga la pena.

Guardo silencio unos instantes.

—¿Cómo sé que puedo intentarlo? —susurro, con un hilo de voz, luego de unos instantes—, ¿cómo sé que puedo tratar de confiar en él una vez más sin sentir que le estoy dando el poder de hacerme pedazos?

—Amar es arriesgarse, cariño —me mira a los ojos y me regala una mirada amable y cálida—. Amar es darle a alguien el poder de lastimarte, pero también es darle a ese alguien la capacidad de hacerte feliz. Harry va a saber aprovechar esa oportunidad; si es que te atreves a dársela, claro.

—Me trató como mierda hace un rato— digo, tras un momento largo.

—Hazlo pagar por ello —resuelve, con un encogimiento de hombros.

Una risa nerviosa brota de mis labios.

—¿Así de fácil? —trato de sonar sarcástica, pero sueno más bien entusiasmada.

—Así de fácil —me guiña un ojo—. Tengo la impresión de que no tienes ni idea del poder que ejerces en Harry. Espero, por el bien de ese pobre diablo, que nunca lo descubras.

Mis manos se sienten sudorosas y temblorosas debido a la ansiedad, pero las aprieto en puños para aminorar la sensación de descontrol que me invade.

—¿Crees que Harry realmente está enamorado? —no quiero sonar ansiosa ni desesperada, pero lo hago.

Él me mira con un gesto exasperado.

—¡Dios mío, mujer!, ese hombre mataría por ti. ¡Por supuesto que está enamorado!

Una risita idiota y nerviosa me asalta, pero el desfogue de tensión en mi cuerpo es como una calada de aire después de haber estado mucho tiempo debajo del agua.

Nos quedamos en silencio durante un rato, y no puedo evitar posar mi vista en la bodega de donde salí huyendo. Se siente como si pudiese escapar de todo esto y esconderme en el refugio en el que se han convertido las paredes del apartamento de Kim. También se siente como si pudiese correr a buscarlo y olvidarme de la horrible pesadilla en la que se ha convertido lo que tenemos; sin embargo, no puedo dejar de pensar en la imagen que puso esa chica en mi cabeza aquella mañana en su apartamento.

No sé si soy capaz de confiar en él una vez más, y no sé si podré hacerlo pronto, pero necesito escuchar lo que tiene que decir. Necesito ponerle un punto final a todo esto o si no voy a volverme loca.

—Iré a buscarlo —las palabras parecen tener voluntad propia en mí, ya que brotan sin que pueda detenerlas.

—¿Estás segura de eso? —pregunta Luke, sin apartar la mirada del océano.

—No.

Una carcajada se le escapa en ese instante.

—Eres una chica honesta. Eso me gusta —niega con la cabeza—. Solo... no te cierres. Escucha lo que tiene que decirte. Sé que va a frustrarte porque no es capaz de expresar sus sentimientos con palabras, pero va a llegar al punto en el que va a poder hablar sin tartamudear, vacilar o decir estupideces. Déjalo llegar ahí y te aseguro que no vas a arrepentirte.

Una sonrisa tensa y nerviosa se apodera de mis labios y asiento. Me pongo de pie rápidamente y extiendo mi mano en su dirección para ayudarlo a levantarse. Sin embargo, él no la toma. Hace una maniobra extraña con el bastón en su mano y se pone de pie.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios.

—No soy un inválido —dice.

—No estaba diciendo que lo fueras —mi ceño se frunce—. Solo estaba siendo amable contigo.

—Deja de ser amable, entonces —dice, pero no suena molesto—. Y, por cierto, no abordes a Harry directamente. Déjame llegar a él primero y haré que se reúnan; solo no te pierdas de su vista, que eso lo pone como loco.

—Esperaré cerca, entonces —resuelvo.

Él sonrío y niega con la cabeza.

—Ve. Ahora te alcanzo —hace un gesto hacia la bodega, y comienzo a avanzar cuando añade—. Y, ¿Maya? —lo miro por encima del hombro—, dale un abrazo a mi madre cuando la veas. No le digas que me has visto, solo... abrázala. Fuerte.

El entendimiento encaja pieza a pieza.

«¡Johannah!, ¡es el hijo de Johannah!».

—Tal vez deberías ir a dárselo tú —le regalo una sonrisa amable y su expresión se transforma en una ansiosa y nerviosa.

—De eso hablamos otro día —me corta—. Ahora ve, que no veo la hora de que ese idiota deje de lamentarse.

~ ~ ~

La música estalla en mis oídos en el momento en el que entro a la bodega. Mi mirada recorre el lugar en busca de Harry, pero no logro localizarlo entre tanta gente.

Avanzo en dirección a la barra improvisada, solo porque no estoy muy segura de dónde empezar a buscar. Su grupo de amigos se encontraba ahí cerca, pero no puedo asegurar que está con ellos ahora mismo.

Me detengo a pocos pasos de distancia y vuelvo a mirar hacia todos lados. La fiesta se ha puesto un poco más salvaje ahora. Es como si algo hubiese poseído a todos los presentes, ya que bailan, brincan y gritan como si fuese el último día de sus vidas. Es un hecho que el cambio de música ha hecho que los bailes se vuelvan más y más sugerentes.

Una chica y un chico casi parecen estar a punto de tener relaciones a mitad de la improvisada pista de baile, y desvío la mirada cuando él introduce su lengua en la tráquea de ella.

Mi vista se detiene en el momento en el que identifico a Jeremiah entre el barullo de gente y me encamino hacia él. Él y Nick parecen lidiar con el peso muerto de Rob, quien ríe con histeria. No hay que ser un genio para notar que está completamente borracho y drogado.

Ambos chicos parecen tener problemas sosteniéndolo, así que me apresuro a alcanzarlos para ayudarles. Estoy a punto de llegar a ellos, cuando alguien se interpone en mi camino.

La chica que aparece en mi campo de visión me mira de pies a cabeza y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

El familiar cabello rubio de la mujer que estaba en el apartamento de Harry, está acomodado en ondas perfectas, y sus ojos claros están maquillados con delineador negro; lleva un vestido entallado, zapatos altos, y chaqueta de cuero.

—Yo te conozco —dice, y coloca sus manos sobre sus caderas—. ¡Eh, Bestia! —grita, viendo hacia su derecha y todo mi cuerpo se tensa—, ¿esta no es la chica que te limpia el apartamento?

Mis párpados se aprietan y tomo una inspiración profunda para prepararme a la humillación que se avecina. Sé que Harry se ha acercado. Todo mi cuerpo parece percatarse de su presencia, pero no me atrevo a mirarle directamente.

—No —Harry responde. El tono helado con el que habla hace que un extraño dolor se apodere de mi pecho.

—¡Claro que lo es! —exclama ella—, fue a tu apartamento la mañana siguiente a la fiesta que hubo ahí la última vez. Estoy segura de que era ella.

Trato de avanzar para pasarla de largo, pero me sostiene por el brazo. Sus uñas largas se clavan en mi carne, incluso por encima del material de la chaqueta de Jeremiah.

—Eres tú, ¿no es cierto? —siento sus ojos clavados en mí, así que tengo que mirarla directamente.

—Suéltame —pido, entre dientes. Mi voz suena inestable y ronca, pero no hay vestigio de miedo en ella.

Sus cejas se alzan y una sonrisa socarrona se apodera de sus labios.

—¿Ahora eres una perra, Bambi? —se burla.

Tiro de mi brazo lejos de su agarre y doy un paso lejos.

—No me toques.

Sus cejas se elevan aún más, pero no deja de sonreír. Harry se ha situado detrás de ella, así que puedo mirarlo de reojo. Su expresión está en blanco, pero su mandíbula está tan tensa, que temo que pueda destrozarla de un movimiento. La chica frente a mí lo mira por encima del hombro y hace un gesto en mi dirección.

—¿Follaste con ella? —dice.

La mirada helada de Harry se posa en ella durante una fracción de segundo y luego se posa en mí.

—No —su respuesta es lacónica y fría.

—¡Oh, vamos! —exclama ella, medio divertida—, como si no te conociera. Follas con todo lo que se mueve.

—Nadia, cierra la boca —sisea Harry.

Ella ni siquiera parece inmutarse por la hostilidad con la que Harry le habla, ya que su atención está fija en mí y me regala una sonrisa radiante.

—Apuesto a que la ropa interior de niña es tuya —se burla—. ¿Si sabías que a Stevens le encanta coleccionar la ropa interior de sus conquistas?

—Nadia, detente.

—Me pide que la modele para él antes de follarme —ríe.

La atención de todo el mundo comienza a posarse en nosotros, y lo único que quiero es desaparecer. La humillación quema tan intensamente, que estoy luchando con todas mis fuerzas para mantener las lágrimas a raya.

—¿De verdad creías que te iba a tomar en serio, cariño?, eres tan insignificante —me mira de pies a cabeza. El coraje es cada vez más intenso—, tan insípida, tan sosa, tan...

Entonces, sucede...

Mi mano conecta con su mejilla con tanta fuerza, que mi palma arde.

El jadeo colectivo de la gente a nuestro alrededor no se hace esperar y la satisfacción de verla sostener su mejilla como si fuese a caerse de su rostro es tan grande, que quiero reír a carcajadas. La adrenalina hace que mi cuerpo entero tiemble, y me siento más eufórica que nunca, pero el efecto no me dura mucho, ya que, de pronto, el caos estalla.

Nadia se abalanza sobre mí y rasguña mi rostro mientras trato de cubrirme. Sus dedos se enredan en las hebras de mi cabello y tira con tanta fuerza, que temo que pueda arrancar los mechones desde la raíz. Clavo mis uñas en sus antebrazos y aprieto con brusquedad. Siento que alguien tira de mí por la cintura para apartarme de ella, pero no estoy dispuesta a dejarla ir. No así de fácil.

Una mano es liberada de mi cabello, pero una bofetada me da de lleno. Puntos oscuros oscilan en mi campo de visión, y otro golpe viene a mí. Casi por acto reflejo, mi puño se cierra y golpeo a ciegas hacia adelante.

El agarre en mi cabello cede y me apresuro a tirar otro golpe a puño cerrado; sin embargo, alguien ya me ha elevado del suelo y me aleja de ella y, por más que trato y lucho para liberarme, me es imposible hacerlo.

Un grito cargado de frustración se me escapa, pero he dejado de patear. Sé que no voy a poder liberarme del agarre implacable que se ejerce sobre mí, así que me resigno y aparto el cabello lejos de mi rostro para contemplar lo que he hecho.

Harry sostiene a Nadia por la cintura y me mira con asombro y... ¿orgullo?

La chica en sus brazos tiene todo el cuello y el escote llenos de sangre proveniente de su nariz. Su mejilla izquierda está enrojecida por mi bofetada y su pómulo derecho se ha inflamado.

—¡Oh, Dios mío! —la chica que hace un rato estaba sentada en el regazo de Harry, mira a Nadia con horror—, ¿te rompió la nariz?

—¡Eres una hija de puta! —Nadia grita—, ¡voy a hacerte pagar por esto!, ¿me oyes? ¡No sabes con quién acabas de meterte!

Mi respiración es tan dificultosa, que no puedo pronunciar palabra alguna, así que me limito a mostrarle el dedo medio de mi mano derecha.

La chica de cabello corto se gira para encararme y señala hacia la puerta principal.

—Lárgate de aquí, perra —dice.

Una risa eufórica y molesta brota de mi garganta.

—Con mucho gusto —escupo.

El agarre en mi cintura cede de inmediato y me giro para encarar a la persona que me mantenía lejos de Nadia. No me sorprende descubrir que se trata de Jeremiah.

El chico frente a mí me mira como si no pudiese reconocerme, y el coraje previo se incrementa, de pronto; sin embargo, no digo nada. Me limito a regalarle un asentimiento rápido y a encaminarme hacia la entrada de la bodega lo más rápido que puedo.

Antes de llegar a la salida, visualizo a Luke. Él trata de hablar conmigo, pero lo paso de largo. No sé qué demonios me pasa. Es como si toda la ira contenida hubiese estallado. Como si toda la amabilidad me hubiera abandonado de un momento a otro y hubiese perdido la capacidad de dialogar con los demás como una persona decente.

—¡Maya! —la voz de Jeremiah llega a mí cuando estoy fuera del lugar—. ¡Maya, detente!

No dejo de caminar. El enojo aún es insoportable, así que no puedo detenerme. Si lo hago, voy a recalar en su contra, y no quiero hacerlo.

—¡Maya!, ¡carajo!, ¡detente!

—¡Déjame sola! —medio grito de vuelta y, por un momento, creo que ha logrado captar el mensaje, ya que deja de gritar mi nombre.

Los pasos detrás de mí suenan cada vez más cerca, y quiero gritar de la frustración porque sé, en ese momento, que Jeremiah no va a darse por vencido.

—¡Deja de seguirme! —chillo, pero el sonido del caminar apresurado no cede. Entonces, me giro sobre mis talones y escupo—: ¡Dios, Jeremiah!, ¡déjame en...!

Las palabras mueren en mi boca cuando me encuentro de frente con la figura imponente de Harry Stevens.

Está a pocos pasos de distancia, y me mira fijamente. Sin embargo, su expresión sigue siendo inescrutable.

Metros atrás se encuentra Jeremiah, quien luce sin saber qué demonios hacer. La resolución en su mirada me hace saber que está dispuesto a enfrentarse a Harry en el momento en el que algo extraño ocurra y eso hace que una oleada de calor me invada.

Harry mira al punto donde mi vista está clavada.

—¡Lárgate de aquí! —escupe, con coraje.

Jeremiah se yergue sobre su figura y alza el mentón.

—No voy a irme sin Maya —trata de sonar firme, pero hay un ligero temblor en su voz.

—¡LARGO! —la voz de Harry truena con tanta fuerza, que me encojo un poco.

—Jeremiah, por favor... —digo cuando Jeremiah está a punto de replicar.

Él parece dudar, pero termina asintiendo.

—Estaré aquí cerca. Si me necesitas solo tienes que gritar —le regala una mirada cargada de advertencia a Harry, y no puedo evitar sentirme agradecida por la preocupación que siente.

Entonces, se echa a andar en dirección a la bodega, pero no desaparece del todo. Sé que va a quedarse cerca y lo agradezco de cierta manera.

Cuando está lo suficientemente lejos, Harry se gira para encararme. Su rostro inexpresivo se distorsiona hasta formar una mueca iracunda y furiosa.

—¿Me puedes explicar qué demonios pretendías al venir aquí? —escupe, con brusquedad—, ¡maldita sea, Maya!, ¿es que acaso eres estúpida?

No puedo creer que esté tratándome de esta manera. Ni siquiera fue capaz de callar a la idiota de su amiga y que ahora está aquí para echarme en cara mi presencia en este lugar.

«¿Qué demonios le sucede?».

—¿Para eso me seguiste? —chillo, con incredulidad—, ¡venía a verte, pedazo de mierda!, ¡venía a verte porque...! —las palabras se atascan en mi garganta. La vergüenza y la frustración me invaden rápidamente y reordeno mis ideas antes de escupir—. ¡Eres un idiota!, ¡lo único que quería era verte y disculparme por ser una imbécil contigo!, ¡lo menos que merecías era que te escuchara y me comporté como una completa hija de puta, pero tú...! ¡Eres un idiota!, ¡un verdadero, idiota!

—¡No tenías por qué venir aquí!, ¡pudiste buscarme en el apartamento, maldita sea! —escupe—, ¡no puedes estar aquí!

—¿Por qué?!

—¡Porque es peligroso, pequeña idiota! —alza la voz y acorta la distancia entre nosotros para ahuecar mi rostro entre sus manos—, ¡esta gente es peligrosa!, ¿es que acaso no te das cuenta?

De pronto, mi capacidad de hablar se esfuma. La cercanía de su cuerpo y el tacto cálido de sus manos es insoportable.

—Suéltame —pido en un susurro, pero en realidad no quiero que lo haga.

Su frente se une a la mía y puedo sentir su aliento caliente mezclándose con el mío. Mi corazón se dispara en latidos intensos e irregulares, y un puñado de piedras cae en mi estómago.

—No —susurra—. No, Maya. Vamos a dejar de ser unos idiotas y vamos a hablar como la gente civilizada. No voy a dejarte ir. No una vez más.

CAPÍTULO 30

Harry Stevens está sentado tras el volante de su vehículo, pero este no está en movimiento. El auto está aparcado a pocos metros de distancia de la bodega donde la fiesta se lleva a cabo, y el silencio que se ha instalado entre nosotros es casi tan insoportable como el abismo que parece separarnos.

Mi vista está fija en un punto en la calle vacía, mientras espero a que él hable, pero no lo hace. No lo ha hecho durante los últimos treinta minutos y eso empieza a desesperarme.

Mis manos están cerradas en puños sudorosos sobre mi regazo y mi mandíbula se ha entumecido debido a la fuerza con la que aprieto los dientes. Estoy nerviosa. Estoy ansiosa. Quiero bajarme del auto y echarme a correr lejos para no tener que escuchar lo que sea que es eso que no quiere decirme.

—No puedes hacer estas cosas, Maya —dice, finalmente. Su voz suena rasposa y ronca y un agujero se instala en mi estómago en ese momento—. No puedes pedirme que te deje en paz, para después buscarme. No soy un hijo de puta sin sentimientos. No contigo.

No respondo.

—Entiendo que no puedes creer en mí, y acepto la desconfianza. Comprendo perfectamente cómo debes sentirte porque he estado ahí antes —continúa—, pero eso no te da derecho a venir aquí y... —se detiene. Las palabras parecen estancarse en la punta de su lengua, así que debo esperar unos segundos mientras ordena sus ideas—. Lo que trato de decir, Maya, es que sé que lo arruiné para nosotros; pero, a pesar de todo, eso no te da derecho de venir y lastimarme de esta manera.

No me atrevo a mirarlo.

—No puedo seguir esperando por ti si tú no deseas perdonarme. De nada me sirve estar dispuesto a ganarme tu confianza una vez más, si tú no quieres hacer el

esfuerzo de permitirme entrar —dice—. Sé que te han fallado muchas veces en el pasado. Sé que solo ha habido mierda sobre mierda en tu vida y que lo único que he hecho es acrecentar la carga sobre tus hombros. Es por eso por lo que he aceptado el hecho de que no quieras tenerme cerca nunca más —lo miro por el rabillo del ojo y noto cómo aprieta el volante con sus manos. Mi corazón da un vuelco cuando tengo una vista de su gesto descompuesto y un nudo comienza a formarse en mi garganta—. Sin embargo, cuando haces estas cosas, no sé qué pensar. No sé si esto es una señal clara de cuánto deseas estar conmigo o solo ha sido un momento de debilidad de parte tuya. No sé qué quieres de mí, Maya. De verdad, no lo sé.

Siento su mirada fija en mí, pero no me atrevo a encararlo. No hago otra cosa más que mirar hacia la calle desde el interior de su vieja camioneta mientras me armo de valor para responder.

—Ni siquiera yo sé qué demonios quiero de ti —digo, al cabo de un rato, con un hilo de voz—. No quiero ser esa chica que todo lo perdona solo porque le tiene un pavor inmenso a la soledad; sin embargo, tampoco quiero ser esa que está dispuesta a perderlo todo por orgullo.

—Lo sé. Lo sé y me encantaría poder darte eso que quieres —dice, en un susurro triste—. Me encantaría poder decirte que sé exactamente *qué* ocurrió esa noche..., pero *no puedo*. No puedo asegurar o negar nada porque te lo juro que no lo recuerdo. Lo único que tengo es la certeza de saber que no soy ese tipo de persona, pero sé que no es suficiente. Lo sé...

Mis ojos se cierran con fuerza.

El dolor dentro de mi pecho es insoportable, pero no quiero llorar. No quiero ser más esta Maya débil y torpe que lo único que hace es aovillarse en la esquina de una habitación a llorar hasta que todo pasa. No quiero ser más esa niña idiota que se deja pisotear, y no es capaz de alzar la cara y enfrentar al mundo.

El nudo en mi garganta es intenso ahora, pero no permito que las lágrimas lleguen.

—Quiero creerte... —me sincero, con la voz enronquecida por las emociones—. De verdad, quiero ser capaz de confiar en ti ciegamente, pero...

—Pero no puedes —termina por mí—. No puedes y lo entiendo.

Por primera vez, desde que llegamos aquí, me atrevo a mirarlo. Su cabeza está agachada y su cabello cae sobre su cara, impidiéndome ver su expresión. Quiero estirar mi mano y apartar las ondas lejos de su rostro, para así poder ver qué emociones se esconden en su mirada, pero no me atrevo a cruzar esa barrera que se ha formado entre nosotros. No me atrevo a hacer otra cosa que no sea mirarlo.

—Eres la única persona en el mundo que ha hecho algo por mí sin esperar nada a cambio —susurro—. La única que me tendió la mano cuando estaba harta de luchar. Eres el único ser humano en el mundo que notó cuánto pedía a gritos desesperados que alguien me sacara del infierno en el que vivía, porque yo no tenía el coraje para salir por mi cuenta...

Él me mira.

Su expresión serena parece resquebrajarse en el momento en el que sus ojos y los míos se encuentran.

—La noche que... —trago duro, porque se siente como si trajera una bola atorada en la tráquea—. La noche que me sacaste del apartamento de mi papá... —muerdo mi labio inferior con tanta fuerza, que pruebo el sabor de mi sangre; pero me obligo a decir—: Pretendía quitarme la vida.

El dolor en su expresión es tan profundo, que cala en lo más hondo de mi pecho.

—Cuando vivía en ese lugar, lo pensaba todo el tiempo —me apresuro a continuar cuando está a punto de replicar—. La posibilidad de quitarme la vida rondaba por mi cabeza más veces de las que me gustaría admitir. Y sé que es cobarde, pero deseaba con todas mis fuerzas que todo terminara. Deseaba borrar todo lo que había hecho mi madre en el pasado. Quería borrar la tortura en la que se convirtió mi vida cuando ella... —me detengo abruptamente. No estoy lista para hablar de esto. No puedo. No puedo hablarle sobre eso...

—Maya...

—Ella se fue y me dejó con él, Harry —le interrumpo—. Se fue y me dejó atascada en ese infierno... —sacudo la cabeza, para ahuyentar los recuerdos que se acumulan en mi memoria, y dejo escapar el aire con lentitud antes de decir—: Una noche, compré un frasco de pastillas para dormir y, siempre que él me... —las ganas de llorar son insoportables ahora, así que tengo que detenerme de nuevo a respirar—. Siempre que él me... *tocaba*, me encerraba en mi habitación y vaciaba el

contenido en mi mano. Lo contemplaba por horas y trataba de empujarme a *hacerlo*, pero...

—Maya, por favor, no sigas —la tortura en su voz, me quiebra—. Lamento no haber estado ahí. Lamento no haberte sacado de ese lugar antes.

—No es tu culpa. Simplemente, a lo que quiero llegar con todo esto, es a que... —trago duro—, solo has traído cosas buenas a mi vida. Solo has hecho cosas maravillosas por mí. Alejaste de mí todos esos pensamientos horribles, Harry. Desde que te conozco no he pensado ni una sola vez en quitarme la vida y ahora no puedo dejar de pensar en que, lo único que yo he hecho, es tenerte *miedo*...

La decepción invade sus facciones. La tristeza se arraiga en su mirada.

—¿Me tienes miedo? —dice, en un susurro dolido.

—Sí, Harry —admito—. Me asusta estar a tu alrededor. Me da mucho miedo darme cuenta de lo profundo que estás dentro de mí y de cuánto daño eres capaz de hacerme. Me *aterra* darme cuenta de lo que siento por ti. Me aterroriza quererte como lo hago.

—¿Y de qué me sirve todo eso si no crees en mí? —reprocha en un susurro, pero suena aliviado—, ¿de qué me sirve saber que sientes lo mismo que yo, si no es suficiente para que estés conmigo?...

El silencio que nos invade tras sus palabras, es tenso y tirante, pero no me atrevo a romperlo. Él tampoco dice nada, así que nos quedamos ahí, sentados en los asientos de su viejo auto, mientras digerimos el hecho de que lo nuestro está demasiado jodido como para hacer algo para arreglarlo.

—Has hecho *tanto* por mí... —digo, con un hilo de voz.

—No quiero que sientas que me debes algo, Maya —dice, con la voz enronquecida por las emociones.

—Pero lo hago—susurro—. Te debo más de lo que alguna vez podré pagar. Y no hablo de cosas materiales.

Una risa extraña brota de sus labios y me obligo a mirarlo.

—¿Qué es tan gracioso?

Su mirada está fija en la calle, pero su gesto sigue siendo incrédulo y triste.

—El hecho de que no te has dado cuenta de cuánto me has dado tú a mí. No creo que algún día puedas ver realmente lo que has hecho conmigo.

Mi corazón se salta un latido. Quiero estirar mi mano para tomar la suya, pero también quiero bajar del auto y marcharme.

—Desearía que las cosas fuesen diferentes para nosotros —digo, pero lo hago más para mí que para él.

—¿Puedo pedirte algo?... —susurra, con timidez, luego de un momento en silencio—. No volveré a pedirte nada más. Lo prometo.

—Claro... —respondo, sin pensarlo.

Él me mira a los ojos y noto la indecisión en su mirada.

—Déjame besarte —todo mi cuerpo reacciona ante su petición. Mi corazón se acelera, mis entrañas se revuelven y se anudan con nerviosismo, y mi respiración se atasca en mi garganta—. Solo... necesito besarte. Una última vez, Maya. *Por favor...*

De pronto, se vuelve hacia mí y apoya una rodilla en el cuero del asiento para impulsarse hacia adelante.

Mi cuerpo reacciona ante sus movimientos y, entonces, me encuentro con la espalda pegada a la puerta del coche. Su mano se posa en el vidrio para apoyar su peso y se inclina hacia mí. Las puntas de su cabello hacen cosquillas en mis mejillas, y es solo en ese momento, cuando noto cuán cerca está realmente.

Tengo que hacer la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Sus ojos verdes se han oscurecido varios tonos y sus labios, enrojecidos por el frío, están entreabiertos.

—Harry, no... —coloco mis manos en su pecho, con la intención de empujarlo, pero me quedo quieta. Estoy hipnotizada por el sonido de su respiración acelerada y el golpeteo intenso de mi pulso.

Su nariz toca la mía y se acerca un poco más, de modo que siento cómo su aliento caliente golpea la comisura de mi boca. Entonces, mis manos se cierran en puños y su chaqueta de piel queda atrapada entre mis dedos.

—No, ¿qué?... —susurra. Su voz suena casi gutural.

No soy capaz de formular una oración coherente, así que me quedo ahí, tratando de arrancar las palabras de mi boca, sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo. Sin *querer* hacerlo...

Sus labios rozan los míos con suavidad y se retira mientras espera por mi reacción. Sé que está dándome la oportunidad de apartarme, pero no lo hago. Me quedo quieta mientras espero su siguiente movimiento.

Sin embargo, él no se mueve.

Es entonces cuando me doy cuenta de qué es lo que desea. Quiere que yo lo bese. Quiere que sea yo quien decida si va a suceder o no.

Muerdo mi labio inferior y observo sus labios antes de posar mi vista en sus ojos cerrados. Mis manos se deslizan hasta su nuca y tiro de él, de modo que nuestras frentes quedan unidas. Nuestros alientos se entremezclan y trato de acallar la batalla campal que hay entre mi cabeza y mi corazón.

—Bésame, Maya —pide, pero no me atrevo a moverme.

Mis dedos se enredan entre las hebras de su cabello, y tiro de él con más fuerza de la debida. Un gruñido adolorido brota de sus labios en ese momento, pero no es suficiente. Quiero hacerle mucho daño y, al mismo tiempo, anhelo fundirme entre sus brazos.

La indecisión me corroe por dentro y me quedo así durante unos largos momentos antes de que, finalmente, mis manos se enreden en su cabello aún más.

En ese momento, trago saliva con dureza y dejo que mis instintos tomen las riendas de la situación.

Mis labios encuentran los suyos con brusquedad y tiro de su cabello de nuevo. Un gruñido ronco retumba en su pecho y su mano libre se enreda en mi cintura para acercar mi cuerpo al suyo.

Su abdomen se encuentra pegado al mío, su brazo está envuelto a mi alrededor y me presiona con tanta fuerza, que soy capaz de sentir todas y cada una de las ondulaciones que hay en él.

Su lengua busca la mía en ese momento, y correspondo su caricia con intensidad y avidez. Mi sangre zumba y puedo sentir el golpeteo de mi corazón en todo el

cuerpo. Mis dientes se apoderan de su labio inferior y muerdo tan fuerte, que gime de dolor antes de besarme con más urgencia.

De pronto, se aparta de mí.

Me siento desorientada por el abrupto abandono de su contacto, así que abro los ojos para averiguar qué ha pasado, y me encuentro mirando de lleno su expresión desesperada y anhelante.

—Sé que dije que me alejaría, pero no puedo hacerlo, Maya. Lo siento, pero no puedo resignarme —susurra, sin aliento—. Haré absolutamente todo para recuperarte, Maya —dice, con determinación—. No te pido que me tomes de regreso; solo te pido que me des la oportunidad de redimirme. Dame la oportunidad de demostrarte cuán enamorado estoy de ti, Maya. Por favor.

—Harry...

—No te pido que me creas —urge—. Solo quiero invitarte a salir, llevarte a lugares lindos, pasear contigo... Cortejarte como se debe. Y, si después de todo eso, sigues sin querer estar conmigo, lo aceptaré. Lo aceptaré absolutamente todo, pero, por favor, dame la oportunidad de probarte que valgo la pena.

—No quiero ser la chica que te lo perdona todo —sueno miserable—. No quiero ser esa mujer que va a volver a ti así le hagas el más horrible de los daños. No quiero ser una más en tu vida, Harry.

—Déjame demostrarte que no lo eres.

—¿Cómo se supone que crea eso cuando vi a una chica sentada en tu regazo hace no más de una hora? —reprocho, pero aún puedo sentir sus labios rozando los míos—, ¿cómo se supone que te crea cuando ni siquiera eres capaz de ponerle un alto a la chica que tienes por amiga con derecho?

Me aparto para mirarlo mejor. Luce herido, pero no me importa.

—Ella no es mi amiga con derecho —se defiende.

—Como sea... —mascullo, al tiempo que desvío la mirada. Su respuesta, sin embargo, no me ha dejado satisfecha.

—Maya, sé que no tengo cara para pedirte nada. Estás en todo el derecho de mandarme a la mierda en el instante en el que desees porque he hecho cosas

horribles, pero, si me das la oportunidad de reivindicarme, te juro que haré hasta lo imposible para hacerte feliz. Déjame hacerte feliz.

El golpe sordo en el vidrio del lado del conductor, nos hace saltar en nuestro lugar y me quedo con un nudo de palabras atascado en la garganta.

Harry maldice mientras regresa a su asiento y encara a la persona que ha interrumpido nuestra conversación.

Tyler, el tipo que me acorraló en el apartamento, está ahí; del otro lado de la ventana.

El chico a mi lado masculla otra maldición y baja del auto dando un portazo brusco. Yo me quedo ahí, quieta, mientras trato de recuperar el aliento. Mientras intento ordenar todos los pensamientos que me abruman.

El sonido de sus voces roncas llega a mí, pero ni siquiera soy capaz de escuchar retazos de la conversación que mantienen. Harry suena duro y glacial, justo como en la bodega, y Tyler suena molesto.

Pongo todo mi esfuerzo en tratar de escuchar lo que dicen, pero no lo consigo. Hablan entre dientes y eso hace imposible entenderles.

De pronto, Harry se gira sobre su eje, dejando a Tyler con la palabra en la boca y trepa al auto.

—¿Qué pasa? —miro hacia la ventana, solo para encontrarme con el rostro furibundo de Tyler.

Harry no dice nada. Solo enciende el motor y pone la palanca de velocidades en reversa.

Tyler grita algo que no soy capaz de entender, pero Harry lo ignora por completo. Se limita a maniobrar para salir del estacionamiento. Entonces, antes de que su compañero pueda acercarse de nuevo a la ventana del coche, pisa el acelerador en dirección a la calle.

—¿Qué fue eso? —pregunto mientras miro hacia atrás al tipo aterrador que nos observa alejarnos—, ¿a dónde vamos?

—Voy a llevarte a casa de Kim —dice, sin apartar la vista del camino.

—No le dije a Jeremiah que iba a marcharme —sueno más preocupada de lo que me gustaría.

Harry no responde. Solo conduce en silencio.

—¿Qué fue lo que pasó con ese tipo, Harry? —inquiero, al cabo de unos instantes, preocupada por la serenidad en su rostro, pero él sigue sin responder.

—¿Harry?

—No pasó nada —dice, tras avanzar unas cuantas calles más en completo silencio.

—¿Cómo quieres que confíe en ti si no eres capaz de contarme qué sucede?

Harry aprieta las manos en el volante y toma una inspiración profunda.

—La gente con la que estoy involucrado es muy peligrosa, Maya. Tyler está preocupado por mí. Cree que eres un distractor y está asustado por lo que puede llegar a ocurrirme si me ablando —dice a regañadientes, con voz ronca y profunda—. Hay muchas cosas de las que tengo que hablarte, pero ahora mismo no es el momento para hacerlo.

—¿Qué clase de cosas?

—Voy a contártelo todo, Maya. Ahora no, pero prometo que voy a hacerlo pronto.

Quiero gritar de la frustración. La sensación angustiante de que algo muy malo va a ocurrir no me deja tranquila y, de pronto, me siento enjaulada en la prisión en la que se ha convertido mi cabeza.

Necesito saber en qué está metido Harry. Necesito saber cuánto peligro supongo para él y cuán sano es que me mantenga alejada. Si llegara a ocurrirle algo por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

Casi hemos llegado al edificio donde vive Kim.

Harry no habla. Ni siquiera me mira. Parece absorto en sus pensamientos.

Finalmente, tras unos minutos más de camino silencioso, aparca afuera del complejo habitacional. Sin embargo, yo no me muevo.

Quiero quedarme aquí y sacar las palabras de su sistema. Quiero quedarme aquí y saber qué es todo eso de lo que trata de protegerme y, al mismo tiempo, quiero

alejarme y tener la oportunidad de pensar en la locura de noche que he tenido.

—¿Vas a pensarlo? —el sonido de su voz me saca de mis cavilaciones. Mi vista se posa en él, solo porque no comprendo de qué diablos está hablando—. ¿Vas a pensar en lo que hablamos? —me mira a los ojos—. ¿Vas a pensar si estás dispuesta a darme una oportunidad?

—Lo haré —dudo unos instantes, pero añado de todos modos—: ¿Te veré pronto?

—Eso espero —dice y me regala una sonrisa aliviada—. Ahora, sin embargo, solo deseo verte entrar sana y salva a ese edificio. Voy a enloquecer si no entras de una buena vez, ¿sabes?

Mi corazón aletea con sus palabras sin que pueda evitarlo y se salta un latido ante la expectativa de volver a verlo. Una sonrisa tensa se dibuja en mis labios en ese momento y muy a mi pesar.

Entonces, sin decir nada, abro la puerta del copiloto.

Estoy a punto de bajar, cuando me detengo en seco.

No estoy muy segura de qué estoy haciendo. Tampoco estoy segura de que sea lo más sensato por hacer —*no cuando mi cabeza aún es una maraña confusa y extraña. No cuando aún no estoy segura de querer arriesgarme de nuevo con él*—, pero, de cualquier modo, me arrodillo sobre el asiento y estiro mi mano para alcanzar el material de su chaqueta. Tiro de él en mi dirección y ahueco su rostro entre mis manos antes de plantar un pequeño beso en sus labios.

Él se tensa, pero no le doy mucho tiempo para procesarlo. Antes de que pueda corresponderme o, incluso, decir algo, bajo del vehículo y doy un portazo. Me apresuro a la entrada del edificio y me detengo un segundo para echarle una mirada rápida.

Podría jurar que he mirado una sonrisa en sus labios. Podría jurar que lo he visto guiñarme un ojo, pero no estoy segura, así que me limito a ondear mi mano a manera de despedida y entrar al edificio.

CAPÍTULO 31

Un jalón brusco en mi coleta de caballo me hace girar en dirección a mi agresor. Mi ceño se frunce en confusión al darme cuenta de que ha sido Kim quien ha tirado de mi cabello.

Su mirada encuentra con la mía y noto de inmediato cómo sus ojos se abren de forma escandalosa, como los ojos de quien quiere decir algo, pero no puede hacerlo en voz alta. Entonces, hace un gesto en dirección a la puerta principal del establecimiento.

Mi vista viaja hasta el punto que ella señala, y todo dentro de mí se retuerce y se revuelve en el momento en el que me percató de lo que ocurre.

Harry Stevens se encuentra ahí, en la entrada del lugar, y habla con Julio, el chico de la recepción.

—Señorita —la voz femenina a mi lado capta mi atención—. ¿Podría, por favor, traerme la cuenta?

Me toma unos segundos procesar el significado de sus palabras, ya que lo único que puedo hacer es pensar en que Harry se encuentra aquí y yo luzco como la mierda.

—Enseguida —me las arreglo para pronunciar, y echo una mirada hacia la entrada solo para ver cómo Harry sigue enfrascado en una conversación con mi compañero.

Me giro sobre mis talones tan rápido, que un mareo repentino me asalta. Me falta el aliento y, en un abrir y cerrar de ojos, mi pulso se ha acelerado considerablemente, pero me las arreglo para no hacérselo notar a la gente que me rodea.

Avanzo con aire despreocupado en dirección contraria a la que él se encuentra, pero sé que está mirándome ahora. Puedo *sentir* la fuerza de su mirada fija en mi

espalda y puedo notar cómo todos mis compañeros miran al chico de las cicatrices y a mí alternadamente.

Avanzo a toda velocidad hasta la puerta de la cocina y, una vez dentro, dejo ir el aire que ni siquiera sabía que contenía.

Me tomo unos instantes para intentar tranquilizar mi pulso enloquecido, pero es imposible. No puedo controlar las reacciones naturales de mi cuerpo cuando todo dentro de mí parece percatarse de la presencia de Harry en este lugar.

De pronto, soy consciente de todas esas pequeñas cosas que hacen que mi aspecto sea lamentable. Hay mechones sueltos en mi coleta despeinada y grasa en los puños de mi camisa de botones, huelo a sudor, desodorante y especias, y no llevo ni una sola gota de maquillaje en el rostro.

Esta mañana estaba tan agotada, que ni siquiera me molesté en mirarme al espejo antes de salir del apartamento de Kim...

La puerta se abre detrás de mí y me golpea hacia adelante. Doy un traspié y trato de sostenerme de uno de los estantes metálicos donde se pone a enfriar el pan recién horneado; sin embargo, las llantas de la estructura se deslizan hacia adelante y caigo al suelo con brusquedad.

—¡Oh, mierda, Maya! —Kim exclama a mis espaldas—, ¡lo siento!, ¡no sabía que estabas aquí!

Mis rodillas arden, pero me obligo a ponerme de pie de inmediato. Lo primero que hago es mirar mi ropa. Afortunadamente, no se ha llenado de más suciedad. Entonces, me percató de las manchas escarlata en mis rodillas.

Los raspones en ellas son teñidos por pequeñas gotas de sangre y maldigo para mis adentros.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mascullo, en voz baja.

Entonces, avanzo hasta el lado donde se encuentra Holland, la chica de la caja registradora.

—¡Maya, espera! —Kim me sigue de cerca. Sé que quiere hablarme acerca de la presencia de Harry aquí, pero no me detengo ni un segundo.

Al llegar con Holland, le pido la cuenta de la mesa doce y me mira con diversión antes de imprimir un *ticket* y entregármelo.

Una vez que tengo el trozo de papel entre mis dedos, me giro sobre mis talones y encaro a Kim.

—Luzco como mierda —digo, porque es lo primero que puedo pronunciar. La ansiedad no ha dejado de zumbear en mi torrente sanguíneo ni un solo momento.

Mi amiga me regala una sonrisa suave.

—Que se atenga a ello. Ha venido a buscarte a tu lugar de trabajo, no puede esperar a encontrarte vestida como si estuvieses a punto de ir a un coctel de negocios —coloca un mechón suelto detrás de mi oreja—. Está esperándote en la recepción. Anda. Ve.

—Mis rodillas sangran como las de una chiquilla —un nudo se instala en mi garganta solo porque los nervios son incontrolables.

—Maya, respira —una risa nerviosa brota de los labios de Kim—. El chico te ha visto en tus peores momentos, ¿recuerdas?, no va a importarle.

Anoche, cuando llegué a casa de la fatídica fiesta en la bodega en el puerto, Kim me abordó. Se quedó despierta hasta que estuve en el apartamento y, después de escuchar su discurso de veinte minutos acerca de la importancia que tiene que me compre un teléfono celular, le conté lo ocurrido con Harry.

Hablamos demasiado acerca de todo lo que dijo y de cómo me siento al respecto. Le hablé sobre mis inquietudes, mis miedos y mi orgullo. Y, finalmente, le conté sobre la pelea en la que me metí con Nadia —*la chica medio desnuda en el apartamento de Harry*—.

Mi amiga parecía más allá de lo entusiasmada mientras le conté cómo la abofeteé; sin embargo, cuando le conté acerca de mi puñetazo y su nariz rota, casi grita de la emoción. Fue bastante gracioso escuchar sus felicitaciones entre palabrotas.

Kim quita la cuenta de mis manos y mira el número de mesa.

—Ve a lavarte esas rodillas —dice—. Le diré a Harry que en un minuto sales a encontrarlo por la puerta de servicio.

Asiento con torpeza y me apresuro hasta el baño de empleados. Limpio la sangre con un trozo húmedo de papel, para luego lavar mi cara y retirar el aspecto grasoso que tiende a tomar mi piel cuando paso mucho tiempo dentro de la cocina. Entonces, rehago mi peinado y humedezco un poco las hebras sueltas para que queden quietas en su lugar, y me echo una última mirada al espejo.

Acomodo el cuello de mi camisa y aliso las arrugas de la falda hasta estar —*más o menos*— conforme con mi aspecto.

Tomo una inspiración profunda y dejo escapar el aire con lentitud y me obligo a salir del reducido espacio.

Fred se encuentra acomodando platos sucios en un lavavajillas, así que me acerco a él.

—¿Luzco muy mal? —le pregunto en un susurro.

Mi amigo me observa de pies a cabeza y me guiña un ojo.

—Tranquila. El chico está lleno de cicatrices, no creo que sea muy exigente.

Una punzada de coraje me invade el cuerpo. Quiero golpearlo por hacer un comentario tan horrible. Quiero decirle que es un idiota por hablar de esa manera sobre Harry. Las cicatrices importan una mierda cuando se tiene un corazón tan grande como el que tiene él. ¿Por qué nadie puede verlo?...

Lo pienso durante unos instantes, pero, finalmente, dejo de reprimirlo y golpeo su hombro con fuerza. Él da un paso hacia atrás mientras ríe y me mira con incredulidad.

—Eres un idiota —mascullo. Quiero sonar enojada, pero no soy muy convincente al respecto.

—Solo bromeaba, *fierecilla* —dice Fred, entre carcajadas—. Ve a verlo. No lo hagas esperar más.

Reprimo una sonrisa idiota y niego con la cabeza.

—¿Me cubres? —pregunto, antes de llegar a la puerta de servicio.

Él me guiña un ojo.

—Cuenta con ello —dice.

Entonces, salgo al callejón vacío.

El aire helado es bien recibido por mis nervios alterados. Parece tener un efecto sedante en mí, así que me tomo unos segundos para disfrutar la sensación de alivio que me invade.

Mi mirada viaja por todo el lugar hasta encontrarlo. Está recargado contra la pared, con la mirada fija en su teléfono.

Bajo el escalón que me separa de la acera y avanzo a paso lento, pero decidido.

Quiero lucir tranquila y relajada, pero todo dentro de mí parece ser un nudo de sentimientos y pensamientos encontrados.

Una parte de mí quiere correr a encontrarlo, pero no me atrevo a hacerlo. No cuando las cosas entre nosotros aún están tensas. Ni siquiera sé en qué lugar estamos ahora mismo, pero estoy ansiosa por averiguarlo.

He pensado demasiado en lo que dijo, pero aún no sé si he tomado una decisión respecto a nosotros.

Ahora mismo, lo único que quiero es buscar uno de sus abrazos cálidos y dulces; sin embargo, me digo a mí misma que debo esperar a ver cómo se comporta ahora que bailamos en el limbo de lo incierto. El miedo a asumir algo que no es, es más grande de lo que me gustaría admitir. Es más grande que cualquier cosa que pudiera llegar a sentir estando a su lado.

Harry no se percata de mi presencia hasta que me encuentro a pocos pasos de distancia. La sorpresa invade sus facciones durante unos segundos, pero parece relajarse en el momento en el que se da cuenta de que soy yo quien se acerca.

No parece muy seguro de qué hacer, pero da un paso en mi dirección y se inclina hacia adelante, de modo que soy capaz de percibir el calor de su cuerpo. Sus dedos callosos y cálidos se poseionan de mi barbilla y alzan mi rostro hasta que soy capaz de mirar al imponente hombre ante mí.

Sus ojos verdes son una tormenta de tonalidades oscuras y claras, y me siento irrevocablemente hipnotizada por ellos.

Apenas soy capaz de registrar sus movimientos, así que no me doy cuenta de su cercanía hasta que sus labios rozan los míos en una caricia apenas perceptible.

Mi corazón se detiene una fracción de segundo y reanuda su marcha a una velocidad antinatural. Él se aparta de mí un poco.

—¡Dios!, necesitaba eso —susurra.

Su aliento caliente golpea mis labios y su nariz roza la mía mientras deposita otro beso casto en mi boca. Mis ojos se cierran ante la fuerza de las sensaciones cálidas y placenteras, y saboreo el sabor mentolado de su beso antes de volver a la realidad.

—¿Qué haces aquí? —digo, en un susurro tembloroso, cuando se aparta.

—Vine a verte —susurra, con la voz enronquecida—. Sentía que estallaría si no te veía.

Un extraño golpe de calor se apodera de mi cuerpo entero. Mis párpados se cierran una vez más y mis manos se posan sobre sus hombros cuando sus brazos se envuelven en mi cintura en un abrazo firme. Nuestras frentes se unen en el proceso.

No estoy muy segura de qué estamos haciendo, pero me agrada la manera en la que me sostiene.

—¿Lo dices en serio? —trato de sonar despreocupada, pero fracaso en el intento.

—Por supuesto —dice—. Siempre quiero verte, Maya —una sonrisa tira de sus labios y añade—: Además, tengo una invitación que hacerte.

—¿Ah, sí?

—Sí —sonríe aún más—. Esta noche tengo una reunión con unos... *amigos*. Y no. No son como los que conociste ayer en el puerto —se apresura a agregar y se aparta para mirarme a los ojos—. Es una reunión de exalumnos de la escuela y me encantaría que me acompañaras —aparta un mechón rebelde de cabello lejos de mi rostro y continúa—: Sé que aún no estás segura de todo esto entre nosotros, pero de verdad me encantaría si pudieses acompañarme. Nada me haría más feliz, ni me daría más seguridad que tenerte ahí conmigo.

No estoy muy segura de cómo reaccionar. No entiendo por qué quiere ir a una reunión con sus antiguos compañeros de escuela, cuando huyó de todos ellos por el horrible trato que le daban.

Sé que quizás se trata de una cuestión de orgullo. No estoy segura de estar en lo correcto, pero sospecho que Harry desea ir solo para puntualizar que él no tiene

miedo de dar la cara porque no provocó ese incendio. Sin embargo, no es algo que me agrade del todo.

—No entiendo por qué quieres ir a esa reunión —niego con la cabeza—. Harry, ellos te trataron como mierda y...

—Precisamente por eso quiero ir, Maya —me interrumpe—. He vivido atormentado por el pasado durante mucho tiempo y ya estoy harto. ¿Sabes qué dicen de mí?, que no voy a esas reuniones porque yo provoqué el incendio y me da vergüenza mirar a toda esa gente a la cara —el dolor y el coraje se arremolinan en mi pecho—. Cada año me invitan porque saben que no iré. Me invitan para burlarse de mí —niega con la cabeza—. Esta vez quiero hacerlo. Quiero mirarlos a la cara y demostrarles que no soy ningún maldito cobarde.

Dudo unos instantes. Me preocupa que Harry desee hacer esto, sin embargo, quiero apoyarlo. Quiero estar ahí para él en caso de que las cosas no salgan como deberían; así que, sin más, envuelvo mis manos alrededor de su cuello.

—Nada me haría más feliz que acompañarte —digo.

Una sonrisa se dibuja en sus labios en ese momento.

—¿De verdad? —el entusiasmo tiñe su voz—. Entonces, pasaré a buscarte al apartamento de Kim a las nueve.

—De acuerdo —digo, y él aprieta mi cuerpo contra el suyo una última vez antes de dejarme ir.

Doy un paso tambaleante hacia atrás mientras nuestro abrazo se deshace. Entonces, toma mi mano y deposita un beso en el dorso. Su vista viaja por toda mi extensión y su ceño se frunce ligeramente cuando su vista se posa en mis piernas. De pronto, su mirada busca la mía.

—¿Qué te pasó en las rodillas?

Siento cómo el rubor calienta mi rostro, pero trato de mantener a raya la vergüenza que me invade.

—Me caí —mascullo.

Sus cejas se alzan y noto cómo reprime una sonrisa.

—¿Cuándo?

—Hace —hago un ademán de mirar el reloj inexistente en mi muñeca—, cinco minutos.

Esta vez, no es capaz de esconder su gesto burlón. Mi puño viaja hasta golpearlo en el hombro y hace una mueca de dolor mientras ríe entre dientes.

—¡No te burles! —exclamo, con indignación.

—¡No me estoy burlando! —dice, pero no deja de reír.

Trato de imprimir todo el coraje que puedo cuando lo miro a los ojos, pero él ni siquiera se inmuta y prolonga su risa unos segundos más.

—Tonto... —mascullo, y me cruzo de brazos. Sé que luzco como una niña enfurruñada, pero no me importa.

—Hermosa —imita mi tono enfurruñado y me sonrío antes de decir—: Te dejaré trabajar. Paso por ti a las nueve. Seré puntual, lo prometo.

Una sonrisa torpe se apodera de mis labios. Asiento porque no soy capaz de decir nada más y, entonces, empieza a andar en reversa rumbo a la calle, para así no tener que dejar de mirarme.

—¡Ve con cuidado! —digo, cuando casi lo he perdido de vista.

Él me regala una sonrisa arrogante y un guiño antes girarse sobre sus talones y desaparecer de mi vista al virar hacia la acera.

~ ~ ~

—Deja de hacer eso —Kim me reprime mientras me observa agarrar mi cabello entre mis dedos para decidir si voy a dejarlo suelto o voy a amarrarlo en un moño—. Luce bien sobre tus hombros.

Me giro sobre mi eje y la miro con nerviosismo.

—¿Estás segura?

—¡Maya, por el amor de Dios, relájate! Luces preciosa. Además, cuando un hombre está enamorado, no le importa si usas la misma ropa tres días. Siempre vas a lucir bien para él.

Una risita ansiosa brota de mis labios solo porque ha afirmado que Harry está enamorado de mí y tomo una inspiración profunda antes de recargar mi peso en el tocador.

Entonces, dejo que sus palabras se asienten en mi cerebro y las abrazo porque son agradables y cálidas, y son lo único que necesito ahora mismo.

El silencio se instala en la estancia, pero no me siento incómoda. Mi mente viaja a la noche que pasé con Harry y todo lo que me dijo. Viaja a las palabras de Kim y viaja a la confusión que se ha encargado de regir mi vida los últimos días.

—¿En qué piensas? —la voz de mi amiga me saca de mis cavilaciones.

Mi vista se alza para encararla, y me quedo en silencio unos instantes.

—En Harry —ella ladea su cabeza, con curiosidad y continuo—: No sé qué demonios es lo que *somos*. Si es que somos *algo* en realidad —hago una mueca cargada de pesar—. Tampoco sé qué hacer. Esta tarde cuando fue a buscarme al trabajo permití que me besara, pero tampoco quiero que piense que puede tenerme a la hora que lo desea, así haga mil y una cosas horribles. Y me siento justo en medio de lo que mi cabeza grita que haga y lo que realmente deseo hacer. No quiero ser el tipo de chica que lo perdona todo solo porque le han endulzado el oído, pero...

—Pero tampoco quieres descartar la posibilidad de estar con él —Kim termina por mí.

—Sí... —musito, y miro mis zapatos.

—Te entiendo, Maya —dice—, pero el que no arriesga no gana. El día de hoy estamos aquí, pero mañana puede que no. Disfruta eso que la vida te ofrece hoy, porque no sabemos si vas a volver a tener la oportunidad de recuperarlo después. Es arriesgado apostar por una persona, pero a veces funciona —alzo la vista para encontrarme con una sonrisa cálida y maternal—. Y aún si lo arruina todo y demuestra ser un hijo de puta infiel, habrá valido la pena. Todo vale la pena si hay un aprendizaje de por medio. Venimos a este mundo a aprender y a reinventarnos como seres humanos.

Un suspiro tembloroso brota de mis labios. Estoy a punto de responder, cuando el golpeteo en la puerta hace que ambas saltemos en nuestro lugar.

Kim mira el reloj de su teléfono.

—Bastardo puntual —dice, con una sonrisa pintada en los labios.

Una risa nerviosa me asalta y ella ríe conmigo.

—¿Estás segura de que suelto luce bien? —pregunto una vez más.

—Suelto luce sexi —me guiña un ojo—. Ahora vete. No quieres estar aquí cuando

Will llegue. Vamos a ser muy ruidosos.

Mis ojos se abren como platos con su comentario, y ella ríe a carcajadas mientras me apresuro hasta la entrada principal con una sonrisa incrédula pintada en el rostro.

Mi respiración se atasca en mi garganta en el momento en el que abro la puerta y lo veo. Harry Stevens está delante de mí y viste completamente de negro. Su vista me recorre de pies a cabeza y jugueteo con un mechón de mi cabello para aminorar la ansiedad. Kim me prestó un vestido entallado, así que soy consciente de la forma en la que acentúa mis curvas.

Su mirada recorre mi extensión y sus ojos y los míos se encuentran en el camino. Entonces, me regala una sonrisa cálida.

—Estás hermosa.

Siento el rubor apoderándose de mis mejillas.

—¿Nos vamos? —digo, luego de aclararme la garganta.

Él asiente y se aparta de mi camino para dejarme pasar.

Bajamos las escaleras del edificio en silencio y trepamos a su viejo cacharro sin mediar palabra alguna.

El trayecto al lugar donde la reunión se llevará a cabo es relativamente largo. En ese lapso de tiempo, Harry habla acerca de sus antiguos compañeros de la escuela. Esos que actuaron como verdugos sin darle el beneficio de la duda.

Habla, también, de su mejor amigo, Luke Thompson. Se sorprende en el momento en el que le cuento la forma en la que lo conocí y, cuando le hablo respecto a nuestra plática a las afueras del muelle, jura que va a golpearlo con todas sus fuerzas.

Me cuenta el motivo por el cual su amigo utiliza un bastón para caminar. Al parecer, se encontraba en el incendio. Una columna de concreto debilitado por el fuego le cayó encima y le destrozó una parte de la cadera. Perdió el cuarenta por ciento de la movilidad en una pierna y ahora necesita algo de ayuda para poder andar por su cuenta.

—Hablábamos muy poco antes del incendio. Nos hicimos amigos después de que todo el proceso legal terminó —dice mientras detiene el auto en una luz roja—. Luke siempre fue un chico muy querido por todo el mundo. Era el payaso de la clase y tenía modos muy peculiares de pasar las asignaturas en las que era horriblemente malo. Yo jamás he congeniado con ese tipo de personas, así que no tenía el más remoto interés en entablar una amistad con él. Pero míranos ahora. Es mi mejor amigo —una sonrisa triste se dibuja en sus labios—. Él y su madre fueron los únicos que creyeron en mi inocencia cuando todo ocurrió.

—Es un tipo agradable —digo, en voz baja—, y realmente te estima.

Su sonrisa se ensancha un poco.

—Es un imbécil —escepe, con humor—. Pero es un buen tipo —la felicidad momentánea se esfuma de su rostro y añade, en un susurro—: Mi hermana estaba enamorada de él.

No sé qué decir. La tristeza en su expresión es tan profunda, que temo no poder hacer nada para recuperar al Harry juguetero que había sido desde que subimos al auto. Estiro mi mano para colocarla sobre suya, la cual está puesta sobre la palanca de velocidades.

—Tú no tienes la culpa de lo que ocurrió ese día —digo, porque realmente lo creo y porque sé que se culpa a diario.

—Si no hubiese provocado a esos idiotas...

—Tenías todo el derecho de defenderte —lo interrumpo y aprieto mi mano sobre la suya—. Harry, ellos *decidieron* provocar ese incendio. Fueron *ellos* quienes mataron a esa gente, no tú.

Noto cómo su mandíbula se aprieta con violencia y su mirada se torna helada y oscura, pero se limita a mantener los ojos fijos en el camino.

Quiero que la tensión disminuya. Quiero apartar los pensamientos oscuros lejos de su cabeza.

—He pensado mucho en lo que hablamos ayer —digo, para desviar la conversación hacia otro lugar.

De pronto, soy consciente de cómo su atención se fija en mí. Entonces, me regala una mirada rápida antes de volver a posar su vista en el camino.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué has pensado?

—¿De verdad lo preguntas? —sueno divertida y él vuelve a mirarme; esta vez, por el rabillo del ojo—. Estoy aquí hoy. Eso debe significar algo, ¿no?

El silencio se extiende largo y tirante. Su expresión es inescrutable. No estoy segura de cuán conforme está con mi respuesta, pero no me atrevo a decir nada más.

—Voy a hacer que funcione —dice, finalmente.

—*Vamos* a hacer que funcione —digo, y aprieto su mano en un gesto cariñoso.

Él sonrío medio divertido y toma mi mano para llevársela a los labios.

El resto del camino es silencioso pero cómodo. No me atrevo a pronunciar palabra alguna, porque en realidad no siento que deba hacerlo. No tengo la necesidad de llenar esos espacios en blanco entre nosotros porque todo lo que teníamos que decirnos fue dicho ayer por la noche.

Sé que las cosas no van a volver a ser como antes de la noche a la mañana, pero estoy dispuesta a aceptar lo que venga siempre y cuando sea para bien de los dos.

~ ~ ~

Harry aparca el coche y señala hacia una casa a pocos metros de distancia.

—Es ahí —dice, pero no hace nada por bajar del auto.

—Estás nervioso, ¿cierto? —hablo, con suavidad.

—Un poco... —admite—. Todo el mundo me mirará y hablará sobre mi aspecto.

—¿Cómo no van a mirarte si eres así de atractivo y sexi? —trato de subir sus ánimos, pero él solo me mira con exasperación.

—Me mirarán por las cicatrices.

—Te mirarán porque eres atractivo hasta con ellas.

—Maya, sabes que no es cierto. Ellos me tienen...

—¿Miedo? —termino por él—, pues que se vayan a la mierda con todo y su maldito miedo.

Una sonrisa incrédula se apodera de sus labios.

—Eres increíble —dice, sin dejar de sonreír—. Acabemos con esto de una maldita vez.

Bajamos del auto y, entonces, Harry toma mi mano. Avanzamos por la acera en dirección a la casa anfitriona y, una vez en el lugar, somos recibidos por una chica de nombre Madeleine. La chica abraza a Harry después de mirar con demasiada atención las marcas en su rostro.

Él pretende no notar el impacto que tienen sus cicatrices y me presenta con ella con un gesto casual.

Es extraño verlo ser amable —*casi risueño*— con el resto del mundo. La jovialidad en su rostro, se siente errónea. Sé que está siendo así solo porque no desea darles el gusto de ver lo que siente en realidad.

Veinte minutos después de haber llegado, localizamos a Luke. El chico no puede disimular cuán satisfecho se siente de verme aquí, y eso le da pie a Harry para abordar el tema de la conversación que tuvimos en el muelle. Luke se mofa de las amenazas de Harry, mientras que mi acompañante asegura que va a romperle la cara de un bastonazo si vuelve a abordarme sin su consentimiento.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que llegamos, pero Harry parece más y más relajado conforme pasan los minutos.

Chicos y chicas lo miran desde lejos, pero no se atreven a acercarse. Sin embargo, él no luce afectado por eso. No me pasan desapercibidas, tampoco, las miradas que se posan en mí y en mi mano entrelazada con la suya.

Han llegado a nosotros varios retazos de conversación en los que las palabras *incendio* y *cicatrices* salen a relucir, pero Harry ni siquiera se inmuta al respecto. Se ha limitado a charlar con Luke y conmigo respecto a las cosas más banales e irrelevantes de la vida.

Al cabo de un rato, los susurros y las conversaciones respecto a Harry se incrementan y, de pronto, por el rabillo del ojo, soy capaz de ver cómo un chico de cabellos rubios avanza hacia nosotros a toda velocidad.

—Oh, mierda... —dice Luke, al darse cuenta de la acción y la vista del chico a mi lado se posa en la figura que se acerca a nosotros a toda velocidad.

Justo en ese momento, siento cómo todo el cuerpo de Harry se tensa, y sé, de antemano, que algo va mal.

—Harry, ni se te ocurra meterte en una pelea —Luke advierte, pero Harry ya ha soltado mi mano y se ha interpuesto entre el tipo y yo—. No le des el gusto de provocarte.

—¿Cómo te atreves a venir, imbécil? —el tipo rubio espeta cuando está lo suficientemente cerca.

Detrás de él, otro tipo se acerca. Este es más bajo de estatura y tiene el cabello oscuro.

Luke trata colocarse entre el agresor de Harry y Harry, pero una mirada dura por parte del rubio lo detiene.

—Fui invitado, como todos aquí —Harry suena sereno, pero hay un filo tenso en su voz.

—No tienes vergüenza —el rubio escupe—. ¿Cómo te atreves a poner un pie en este lugar después de lo que hiciste?

—Richard, es suficiente —el chico de cabello oscuro habla, pero el rubio —*Richard*— no parece escucharlo.

—Yo no hice absolutamente nada —Harry suena determinante mientras habla, pero lo único que recibe son un montón de miradas reprobatorias.

—Mataste a seis personas —Richard sisea, con coraje.

—Yo no maté a nadie —Harry escupe, con brusquedad. La ira ha comenzado a invadir su tono.

—Richard, déjalo estar —el tipo moreno toma por el brazo al agresor de Harry, pero este se deshace de su agarre de un tirón brusco.

—¿Tú también vas a defenderlo, Zack? —Richard habla en dirección al moreno y este aprieta los dientes con fuerza—. ¡Tú mejor que nadie sabes cómo es este imbécil!, ¡el tipo es un asesino!

Los puños de Harry se aprietan con tanta fuerza, que sus nudillos se ponen blancos.

—Harry —Luke habla con suavidad—. Harry, no...

—¿Qué pasa, Zack? —mi carne se pone de gallina al notar la frialdad con la que Harry habla—, ¿aquí tampoco vas a decir nada, *amigo*?

—Harry, detente —Luke suena cada vez más preocupado y ansioso.

Me toma unos segundos reaccionar, pero cuando lo hago, envuelvo mis dedos en su muñeca. Todo su cuerpo irradia tensión y violencia, y no puedo entender qué está pasando.

—Harry, por favor... —pido, en voz baja, para que solo él pueda escucharme. Sin embargo, no se mueve—. Vámonos.

El chico frente a nosotros, mira a Harry con odio y rencor, pero no se mueve. Ni siquiera se amedrenta ante la mirada furibunda que mi acompañante le dedica.

Finalmente, al cabo de unos tortuosos instantes, Harry parece recuperar la compostura y da un paso lejos de su agresor. El alivio viene a mí en oleadas gigantescas y envuelvo mis dedos en los suyos para tirar de él lejos de Richard.

—Ten cuidado —el chico rubio escupe, justo cuando estamos a punto de marcharnos—. Va a encerrarte en un laboratorio y prenderte fuego cuando te descuides.

Entonces, el caos se desata.

CAPÍTULO 32

Todo pasa tan rápido que apenas puedo registrarlo.

Harry se libera de mi agarre y doy un paso hacia atrás para apartarme del camino que traza su codo. Lo alza para atestar un puñetazo en dirección a Richard, y la anticipación parece llenar toda la estancia. Los jadeos colectivos y gritos ahogados no se hacen esperar cuando su puño conecta contra el pómulo de su víctima y, entonces, todo es desastroso.

—¡HARRY! —el grito de Luke viene primero.

—¡Dios mío! ¡Richard! —grita una chica detrás de mí y el aturdimiento llena mi cuerpo.

Harry se impulsa hacia atrás y golpea de nuevo. El tipo agredido ni siquiera se cubre, así que el puño se estrella de lleno en su nariz. La sangre sale a borbotones y resbala por su barbilla. En ese momento, Richard golpea de regreso hacia Harry, quien se tambalea un par de pasos antes de recomponerse y volver a atestar en dirección al chico de cabellos rubios.

Los gritos asustados no se hacen esperar. Algunas personas piden que alguien detenga la pelea, pero nadie se atreve a interponerse. No hasta que, Zack —*el chico moreno*—, se coloca entre Richard y Harry y trata de detenerlos.

Richard empuja a Zack con fuerza para apartarlo, pero este no se retira y, justo en ese instante, Harry atesta un puñetazo que le da de lleno al chico en la cara.

Otro jadeo colectivo resuena en la estancia y sé que debo hacer algo para detener esta locura o todo va a terminar muy mal.

No estoy muy segura de qué diablos estoy haciendo, pero de todos modos me armo de valor y acorto la distancia que hay entre Harry y yo para tomarlo por el brazo. La mirada helada que este me dedica, hace que un escalofrío recorra mi espina dorsal.

Conozco esa frialdad. Conozco lo que significa ese ceño fruncido y esa vena que sobresale en su frente.

Está *furioso*.

—Harry, por favor —pido en un susurro tembloroso—. Por favor, *detente*.

Entonces, da un tirón brusco a su brazo para que mis manos dejen de detenerlo. Un silencio sepulcral ha invadido la sala y puedo sentir las miradas asustadas posadas en nosotros. Por el rabillo del ojo, noto la expresión aterrorizada de varios de los asistentes. Es evidente que todo el mundo espera que Harry haga algo contra mí y eso me enferma. Él parece percatarse de esto, ya que su expresión pasa de ser furiosa a avergonzada.

Mi corazón se estruja al ver el dolor que surca sus facciones. Estiro mi mano para tocarlo, pero él se retira antes de que pueda acercarme demasiado.

Mira en dirección a Richard y Zack y, de pronto, luce arrepentido. El chico de cabello rubio escupe una palabrota mientras es arrastrado lejos de Harry; sin embargo, Zack no se mueve. Se limita a limpiar la sangre que brota de su nariz sin despegar la vista de Harry.

No hay odio en la expresión del chico moreno. Tampoco mira a Harry como si quisiera golpearlo de regreso. Solo luce aturdido y... *¿preocupado?*

—Harry... —trato de llegar a él de nuevo, pero da un paso hacia atrás. El rechazo quema en mi pecho con intensidad, pero trato de no hacerlo notar porque sé que no lo hace a propósito.

Su vista barre la estancia y la palidez de su rostro aumenta al notar las miradas aterrorizadas que se posan en él. Entonces, sin decir una palabra, se gira sobre sus talones y se abre paso a empujones entre la gente. Trato de seguirle el paso, pero es casi imposible. Harry es demasiado alto y su zancada es dos veces más larga que la mía.

—¡Maya! —Luke exclama a mis espaldas, pero no me detengo.

—¡Harry! —grito una vez que estoy afuera. Corro para alcanzar su paso apresurado y lo tomo por el brazo para detenerlo.

Él se vuelve con brusquedad y yo doy un salto en mi lugar cuando lo hace.

—Ahora no, Maya. Necesito estar solo —sisea.

Entonces, se echa a andar en dirección al lugar donde dejó estacionado el auto. La preocupación y la inquietud se apoderan de mi cuerpo en el instante en el que lo veo desaparecer por la calle.

Mi mente reproduce una y otra vez lo ocurrido, pero no logro entenderlo del todo. ¿Quiénes son esos chicos?, ¿por qué se comportaron de esa manera al ver a Harry?

Es obvio que juegan un papel importante en su vida, pero no logro llenar los espacios en blanco sin ser fatalista.

«Seguro Richard es uno de los chicos que provocaron el incendio. Seguro Zack lo sabía y lo encubrió...». Pienso, y la sola idea hace que un nudo se instale en la boca de mi estómago.

No quiero creer en esa posibilidad porque entonces, yo también querré estrellar mi puño en la cara de esos pobres diablos, pero ahora no puedo apartar la idea de mi cabeza.

—No te preocupes —la voz de Luke llena mis oídos en ese momento—. Volverá. No va a dejarte aquí, así como así.

La resolución me asalta justo en ese momento. Me dejó aquí y ni siquiera sé si tengo el dinero suficiente para tomar un taxi y volver a casa. ¿Cómo diablos voy a hacerle si no regresa?...

El nudo en mi estómago se aprieta y muerdo la parte interna de mi mejilla, en un intento de mantener mi nueva preocupación a raya. Definitivamente, Harry Stevens va a acabar con mis nervios más rápido de lo que espero.

—¿Y si no vuelve? —no es mi regreso a casa lo que me preocupa, sino el bienestar del pobre chico torturado que me trajo a este lugar.

—Lo hará, no te preocupes. Solo necesita un momento a solas —me giro para mirarlo y me regala una sonrisa tranquilizadora—. A veces, solo necesita aislarse un rato para volver a ser él.

Mis manos se cierran en puños y bajo la vista al suelo. Tomo una inspiración profunda y trato de ponerle fin a todas mis preocupaciones sin fundamento.

—¿Qué fue lo que pasó? No entiendo absolutamente nada —pregunto, luego de unos instantes.

Un suspiro brota de los labios de Luke.

—Es una larga historia.

—Me encantaría saberla —murmuro.

—¿Harry te ha hablado acerca del porqué de sus cicatrices? —pregunta, con tacto.

—¿Esos tipos estuvieron implicados en el incendio?

Una risa irritada brota de los labios de Luke.

—Eres una chica impaciente —masculla para sí mismo antes de empezar a hablar

—: Conocí a Harry cuando éramos niños. Vivíamos en el mismo vecindario y, por ende, asistimos a las mismas escuelas. Sin embargo, nunca fuimos amigos en ese entonces. El chico, Zack, también asistió a las mismas escuelas que nosotros. Él y Harry fueron algo así como mejores amigos en secundaria, pero en la preparatoria el tipo comenzó a juntarse con gente que no era muy agradable.

—Gente que molestaba a Harry —adivino.

—Así es —Luke asiente—. Zack empezó a juntarse con esos idiotas que lo único que hacían era ridiculizar al resto del mundo solo porque sí —niega con la cabeza—. Él y Harry se distanciaron demasiado cuando entramos a la preparatoria y, bueno, cuando sus nuevos amigos empezaron a meterse con Harry, no hizo nada para impedirlo. Él nunca lo agredió de ninguna manera, pero tampoco hizo nada para defenderlo —su expresión se ensombrece—. Supongo que no tengo derecho a sentirme molesto cuando yo tampoco hice nada por él en ese entonces.

Estoy temblando y no estoy segura de si es por coraje o por las ganas inmensas que tengo de correr a buscar al chico de las cicatrices.

—Cuando Harry por fin se defendió y puso a esos tipos en su lugar, su relación con Zack mejoró —dice—. El idiota se alejó de la gente que no le convenía y volvió a ser amigo de Harry —la tristeza se arraiga en sus facciones, pero no deja de hablar—. Entonces, sucedió lo del incendio. Zack fue a buscar a Harry cuando todo el escándalo estalló y juró que no tuvo nada que ver con eso. Tuvieron una discusión muy fuerte, pero Zack juró que iba a probar su lealtad hacia Harry a toda costa —suenan abrumado, pero se obliga a continuar—: Fue entonces, cuando el proceso penal comenzó. Las cosas se pusieron horribles para Harry. Todos los que lo conocíamos sabíamos que no era capaz de hacer algo así y era demasiado

frustrante no poder hacer nada para ayudarlo. Quiero decir..., siempre fue un pobre idiota pirómano que solía hacer pequeñas fogatas en el patio de su casa. No era un peligro para nadie. Sin embargo, las familias de los difuntos no podían verlo de ese modo. Ellos necesitaban un culpable, y la fiscalía parecía querer dárselos —no me atrevo a moverme. No me atrevo a *respirar*—. Antes del juicio, Zack vino a verme al hospital —me regala una sonrisa tensa—. Estuve en el incendio, por cierto —golpea su cadera con uno de sus puños cerrados—. En fin... ¿en qué estaba?, *joh, sí!*, vino a verme. Estaba desesperado. Harry lo detestaba. Se sentía traicionado por él, y Anne, la madre de Harry, no podía mirarlo a la cara —parece sumergirse en el mar de su memoria—. El pobre diablo se quebró en la habitación del hospital y me contó que sus *amigos* le hablaron de lo que hicieron. Esos hijos de puta provocaron el incendio para culpar a Harry y todo se les salió de las manos.

—Oh, Dios mío... —susurro, con la voz entrecortada. Ya lo sabía. Eso Harry me lo había contado, pero oírlo en boca de alguien más lo hace más real que nunca.

Luke sacude la cabeza, como si tratara de ahuyentar los malos recuerdos lejos de su mente.

—Le dije que tenía que hablar. Si él conocía a los culpables, tenía que testificar a favor de Harry en el juicio. Entonces, hablé con Harry para abogar por él. Le hablé de todo lo que me dijo y de cómo estaba dispuesto a ayudarlo a salir de ese maldito problema —niega con la cabeza—. Anne habló con el abogado de Harry para que llamara a Zack a declarar —la decepción se filtra en sus facciones—, pero nunca lo hizo. No se presentó al juzgado. No tuvo las agallas para delatar a los culpables y Harry nunca pudo perdonárselo.

Cubro mi boca con mis manos y me trago la oleada de sentimientos encontrados que se apoderan de mí. Entiendo la postura de Zack, pero también entiendo la reacción de Harry. Él se sintió traicionado por su amigo y este no hizo nada para enmendar su error porque estaba tan asustado que no pudo hacer lo correcto.

No puedo evitar pensar que no hay un culpable para toda esta situación. Zack no provocó ese incendio después de todo. No hizo las horribles marcas en el rostro de Harry.

Harry, sin embargo, tampoco merecía todo lo que le pasó. ¿Cómo culpas a alguien cuando ambas partes tienen un motivo?, ¿cómo crucificas a una persona que no ha

hecho nada más que tener miedo?...

—¿Qué hay de Richard?, ¿por qué reaccionó del modo en el que lo hizo?

—Porque la hermana de Richard falleció en ese incendio, Maya —Luke explica, con la voz enronquecida.

Entonces, todas las piezas terminan de encajar en mi cerebro.

—*Mierda...*

—Está bastante jodido todo esto, ¿no es así? —dice Luke, y ríe sin humor. Entonces, guarda silencio unos instantes, antes de mirarme a los ojos y decir—: No sé qué habría sido de Harry si no hubieses llegado a su vida, Maya.

Mi ceño se frunce ligeramente.

—¿A qué te refieres?

Una sonrisa sesgada se dibuja en sus labios.

—A Harry le importaba una mierda su vida —dice—. Estaba convirtiéndose en uno de los imbéciles con los que trabaja. Era frustrante verlo ser un idiota sin respeto por nada ni por nadie. Trataba a las personas como si fuesen sacos de basura que podía tirar en cualquier momento... —cierra los ojos con fuerza—. Yo solo le rogaba al cielo que no matara a nadie en un arranque de ira.

—Harry nunca ha matado a nadie —digo, en un murmullo débil e inseguro.

—No tienes una maldita idea de cuántas veces ha estado a punto de hacerlo —todo vestigio de buen humor se esfuma de su rostro—. Si supieras cuántas veces me contó sobre las personas a las que les apuntó en la cabeza con una pistola... —un suspiro tembloroso brota de sus labios—. No sabes cómo agradezco que aparecieras. Trajiste parte del viejo Harry de vuelta y lo mezclaste con la bestia que lo carcomía día a día.

—Se siente como si hablaras de un Harry completamente distinto al que yo conozco —me sincero, en voz baja—. No puedo imaginarlo siendo alguien sin sentimientos. Esa persona de la que hablas suena como un ser humano horrible. Suena como un completo extraño.

La alarma se enciende en sus facciones.

—No estoy tratando de hacerte sentir miedo de él —se apresura a aclarar—. Es solo que... —suspira con lentitud—. Mierda... Lo que quiero decir, Maya, es que le haces bien. Harry es una mejor persona desde que apareciste en su vida.

Una risa brota de mis labios solo porque es irónico que él diga eso de mí, cuando es Harry quien ha venido a cambiar mi existencia por completo.

—Es él quien hace de mí una mejor persona —me sincero—. Es él quien me hace bien a mí, Luke. Es... Es lo mejor que pudo pasarme jamás. Y no me importa quién fue antes, sino quién es ahora.

—No esperaba menos de ti —sonríe, con satisfacción—. Suenas como la chica que él describe. Suenas como la Maya de la que Harry tanto habla.

De pronto, el calor inunda mi pecho. Mi cuerpo pide a gritos verlo para fundirme entre sus brazos y susurrar contra su oído que es el hombre más maravilloso que he conocido en mi vida; sin embargo, sé que eso es imposible. Sé que Harry ahora mismo necesita un poco de tiempo para volver a ser él mismo.

—¿Estará bien? —pregunto, solo porque necesito tener la certeza de que no va a hacer nada idiota.

Luke me guiña un ojo y asiente.

—Confía en él. Estará bien y volverá por ti. Mientras tanto, vamos a dentro a tomar algo.

~ ~ ~

Harry Stevens está justo ahí, a pocos metros de distancia. Su cuerpo está recargado sobre la puerta del copiloto de su viejo auto, sus manos están hundidas en los bolsillos de sus vaqueros y me mira con tanta intensidad, que mi corazón hace una pirueta extraña cada pocos segundos.

Una pequeña sonrisa baila en las comisuras de sus labios y esa es la única señal que necesito para saber que ha vuelto a ser el chico jugueteón de hace unas horas.

Apresuro el paso para llegar a él y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello cuando está delante de mí. Entonces, planto mis labios sobre los suyos en un beso

urgente. Él sonrío contra mi boca y envuelve sus brazos en mi cintura antes de levantarme del suelo y hacerme chillar.

—Lamento lo que ocurrió —susurra contra mis labios.

—Todo está bien —respondo, sin aliento.

—Gracias, por no irte y esperar aquí por mí.

—No iba a dejarte por tu cuenta —sonrío y él frota su nariz contra la mía—.

Además, me abandonaste en medio de la nada, sin un solo centavo y sin saber dónde diablos me encuentro —bromeo y él suelta una carcajada en el proceso.

—Lo lamento mucho —dice, pero no ha dejado de reír del todo—. No estaba en mis planes abandonarte.

Hace veinte minutos, le llamó a Luke para avisar que estaba mejor, y que pasaría a recogerme a la fiesta. Jamás había estado más ansiosa en mi vida, pero tenerlo cerca de mí ahora mismo hace que todo el nerviosismo se esfume.

—Te llevaré a casa —promete, y no puedo evitar sentirme decepcionada con la declaración.

—De acuerdo —trato de regalarle mi mejor sonrisa. Harry, sin embargo, no parece darse cuenta de mi desazón.

Mis pies tocan el suelo una vez más, y mis brazos abandonan su cuello solo para permitirle abrirme la puerta del coche. Una sonrisa boba se dibuja en mis labios cuando se aparta para dejarme entrar. Entonces, un beso casto es depositado en mis labios.

Una protesta proveniente de una voz familiar nos hace separarnos.

Harry mira por encima de su hombro, al tiempo que trato de ver hacia la calle por el hueco que hay entre su brazo y la puerta. Mis entrañas se retuercen ante la visión de Luke tirado en el suelo, gritando algo hacia un chico que camina a toda velocidad hacia nosotros.

Harry se gira sobre sus talones justo a tiempo para recibir un golpe en la cara. Un grito ahogado brota de mis labios al verlo caer al suelo. De pronto, Richard aparece en mi campo de visión y alza el bastón de Luke por encima de su cabeza. Sé, de antemano, que su intención es golpearme.

Mi cuerpo parece reaccionar más rápido que mi cabeza, ya que estiro la mano y alcanzo la manija de la puerta. En el momento en el que la cierro, el bastón golpea con el vidrio para fragmentarlo en mil pedazos.

El ardor en mi cara es la única señal que necesito para saber que hay pequeños cortes en mi rostro.

El chico alza el bastón una vez más. Esta vez no hay absolutamente nada entre el inminente impacto y yo; pero, entonces, cae al suelo con un golpe sordo.

—¡Harry! —Luke grita y me arrodillo sobre el cuero del asiento para asomarme por la ventana y ver a Harry encima de nuestro agresor.

Él atesta un golpe en el rostro del chico que destrozó el vidrio, pero el tipo responde a la agresión con un puñetazo desde el suelo.

De pronto, los papeles se invierten. El chico queda encima de Harry, y lo golpea con mucha fuerza.

—Estuve esperando a que volvieras para hacer esto, maldito hijo de puta —gruñe—. ¿Te gusta comenzar incendios? —su voz suena casi demencial mientras habla—. Bien. A mí me gusta romper caras.

En un acto desesperado, abro la puerta. Esta golpea al chico rubio y cae al suelo por el impacto. Entonces, bajo del vehículo a toda velocidad. Harry me mira a la cara y su rostro se ensombrece al instante. Entonces, se incorpora y toma el bastón de Luke entre sus dedos.

Avanza hasta el chico que lo agredió y, por un instante, creo que va a golpearlo con él.

—Yo no inicié ningún maldito incendio —se limita a decir.

Alza el objeto por encima de su cabeza y mi corazón se detiene una fracción de segundo.

—¡Harry! —la voz ronca con acento golpeado me hace apartar la vista de la escena. Zack está ahí, mirando a Harry con firmeza—. ¡Basta, ya!

Todo mi cuerpo se tensa en respuesta a la forma en la que le habla a Harry y él parece reaccionar de la misma manera que yo.

Una risa carente de humor brota de los labios de mi acompañante.

—Vete a la mierda, Zack —escupe, pero ha dejado de mirar a su víctima—. Este imbécil inició todo.

—Ese imbécil está ahogado en alcohol y perdió a su hermana en un maldito incendio —refuta Zack.

—¿Y eso le da derecho de golpearme sin recibir una jodida respuesta de mi parte?, ¡yo también perdí mucho ese maldito día! —Harry espeta.

—¡No se trata de competir para ver quién ha perdido más, Harry!, ¡se trata de que es algo que nadie puede cambiar y nadie supera! —la voz de Zack tiembla ligeramente.

Harry abre la boca para responder.

—Ha sido suficiente, Harry —la voz de Luke, quien renquea un par de pasos y se detiene frente a su amigo, llega primero. Acto seguido, le quita el bastón de las manos con suavidad—. Ve con tu chica y pásala bien. Lo necesitas.

El chico de las cicatrices se gira para mirarme y su expresión hostil se suaviza al instante. Su pómulo derecho se ha inflamado ligeramente y hay una pequeña gota de sangre en su nariz.

Entonces, mira al chico en el suelo. Luego mira a Zack y, finalmente, niega con la cabeza. Sé que piensa lo mismo que yo. Sé que sabe que todo esto no vale la pena y me siento victoriosa por esa reacción tan sensata de su parte.

A pesar de eso, se toma unos instantes antes de comenzar a moverse hacia mí.

Se detiene justo cuando sus botas tocan la punta de mis zapatos, y aparta los mechones oscuros lejos de mi rostro para mirarme a detalle.

—Lo siento mucho, Maya —susurra—. Vámonos de aquí.

Yo asiento, porque soy incapaz de confiar en mi voz para responder. De pronto, su ceño se frunce y frota mi mejilla con su pulgar para después contemplar la sangre que ha quitado de mi piel lastimada.

—Vamos a casa. Voy a curarte esas heridas —musita, con preocupación, y una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Y yo voy a curar las tuyas —digo con aire inocente y cariñoso, y su mirada se oscurece varios tonos.

Entonces, sin decir una sola palabra, entrelaza nuestros dedos y guía nuestro camino hasta su viejo auto.

CAPÍTULO 33

Las manos grandes y fuertes de Harry se anclan en mis caderas y me levantan sin esfuerzo para sentarme sobre uno de los muebles de cocina de su apartamento.

—Veamos... —musita mientras toma un trozo de algodón saturado de alcohol del pequeño traste que ha preparado. Entonces, quita el exceso de producto para poner el material suave y húmedo en mi mejilla.

El ardor no se hace esperar, así que hago una mueca de desagrado. Noto cómo reprime una sonrisa mientras continúa removiendo la sangre seca de mi piel. Sin embargo, no entiendo por qué lo hace. No es como si fueran algo más allá de unos simples rasguños.

—Ese hijo de puta me las va a pagar —dice, con el entrecejo fruncido en concentración.

—Estaba borracho, Harry —trato de justificarlo.

—Casi te golpea con un jodido bastón, Maya —la dureza en su tono me toma por sorpresa y es lo único que necesito para saber que está empezando a enojarse.

Ahueco su rostro entre mis manos.

Las suyas detienen su tarea y posa su mirada furiosa en la mía. La tormenta de tonalidades doradas y verdes, hace que mi corazón se detenga durante una fracción de segundo.

—Deja de pensar en eso —digo—. Estoy bien y eso es lo único que importa. Odio verte así de molesto.

Su ceño se suaviza un poco en ese momento. Un suspiro brota de sus labios y es todo lo que necesito para saber que va a dejarlo pasar.

—Su nombre es Richard —dice, antes de volver a mirarme. La tristeza invade toda su expresión, así que no me atrevo a confesar que ya sabía cómo se llamaba—. Su

hermana, Caroline, falleció en el incendio. Era amiga de Jenna y estaban juntas ese día.

Aparto las ondas color caramelo lejos de su rostro y tiro de él para plantar un beso dulce en sus labios.

—Tienes que dejar de culparte por lo que sucedió —mi voz es apenas un susurro suave y dulce—. Tú no iniciaste ese incendio. No tienes por qué sentir como si le debieras algo a esas personas.

Él busca mis labios una vez más y, cuando nos separamos, une su frente a la mía.

—A veces me pregunto si realmente no tuve que ver con todo eso —musita—. Quiero decir, todo fue por perjudicarme a mí, ¿eso no me hace culpable?

—Por supuesto que no —me aparto y lo miro a los ojos con toda la determinación que puedo—. Debes dejar de torturarte con esas ideas. No son sanas para ti y tampoco son ciertas.

Una sonrisa torcida se apodera de sus labios y tira el algodón que tiene entre los dedos en el cesto de basura.

—Lamento todo lo que pasó esta noche —dice—. El plan no era que las cosas fueran de este modo.

Se acomoda en el hueco entre mis piernas y posa sus manos en mi cintura. Yo busco a tientas el algodón y el alcohol que dejó a mi lado, y los tomo para limpiar la sangre seca fuera de su rostro.

—Fue perfecto porque estuve contigo —resuelvo, con una sonrisa pintada en la boca.

—Boba —dice, pero no respondo nada. Me limito a continuar limpiando sus heridas.

El silencio se extiende entre nosotros mientras él hace comentarios burlones acerca de mi cara de concentración.

De pronto, sus manos se deslizan hasta mis caderas y todo mi cuerpo se tensa en respuesta a su cambio de postura. Harry parece notarlo, ya que una sonrisa perezosa se desliza por sus labios.

Su toque baja lentamente hasta posarse sobre mis rodillas desnudas. Las yemas de sus dedos apenas me tocan, pero soy plenamente consciente de la calidez que emanan sus palmas.

—Harry... —la advertencia en el tono de mi voz es clara, pero él la ignora. Traza pequeñas caricias suaves en mis muslos, y un delicioso escalofrío me recorre el cuerpo.

Mi corazón se dispara en latidos fuertes e irregulares cuando su tacto se eleva otro poco, pero no lo detengo. Ni siquiera sé cómo me siento ahora mismo. Quiero pedirle que se detenga y, al mismo tiempo, quiero alentarle para que siga...

Sus manos se introducen dentro de la falda del vestido y, de pronto, en un arranque de nerviosismo, estiro mi mano hacia atrás y tomo la manguera del fregadero. Entonces, presiono el botón mientras apunto hacia Harry.

El agua le da de lleno en la cara y da un par de pasos hacia atrás para apartarse del chorro.

—¿Qué demonios...?! —exclama.

Su ropa está empapada y su cabello está tan mojado, que debe apartar los mechones lejos de su rostro para poder ver algo.

Una carcajada se construye en mi garganta y es incontenible. Estalla de forma escandalosa sin que pueda detenerla y él me mira con incredulidad.

Una sonrisa irritada se ha apoderado de sus labios y niega con la cabeza.

—Si querías que parara solo tenías que decirlo —dice.

Otra risotada me abandona mientras lo amenazo con volver a mojarlo.

—Soy una chica que sabe defenderse —bromeo y él arquea una ceja con arrogancia.

—Lo que sucede es que quieres verme sin camisa, ¿no es así?, hiciste esto para que me desnude frente a ti —entonces, se lleva las manos a los botones de la prenda que lleva puesta y deshace los primeros tres.

—¡Oye, no! —chillo, y siento cómo el rubor se apodera de mi rostro; sin embargo, el continúa con la tarea que se ha impuesto.

De pronto, la prenda se desliza por los hombros y la deja caer al suelo, dejando al descubierto su torso cincelado. Siento el rubor esparciéndose por todo mi cuerpo, así que aparto la mirada, con vergüenza.

Escucho sus pasos suaves y, de pronto, se encuentra frente a mí, de nuevo.

—Maya, mírame —pide y mi corazón se acelera ante el tono suplicante de su voz. Mis manos se cierran en puños y mis uñas se clavan en las palmas de mis manos.

Entonces, tomo una inspiración temblorosa pero profunda y me obligo a mirarlo. Sus ojos se han oscurecido tanto, que parecen haberse tragado el verde esmeralda para reemplazarlo con tonalidades oscuras y profundas.

Sus dedos fríos se envuelven en mi muñeca y tira de ella con suavidad. Entonces, abre mi puño y coloca mi palma sobre su abdomen, del lado derecho e, inmediatamente, soy capaz de sentir las protuberancias que sobresalen en la piel tersa y caliente de su cuerpo.

—Estas son mis heridas, Maya —susurra, con la voz entrecortada.

Mi vista cae en el punto en el que mi cuerpo conecta con el suyo y mis entrañas se retuercen en el instante en el que noto las cicatrices blancuzcas en su abdomen.

Ese fue el lugar donde fue apuñalado.

Las yemas de mis dedos se deslizan en la piel cicatrizada.

—Me encantaría hacer algo para curarlas... —susurro, con un hilo de voz.

—A mí me encantaría poder curar las tuyas —dice, con la voz enronquecida—. Me encantaría hacerte la mujer más feliz del mundo. Me encantaría poder darte absolutamente todo lo que tengo..., pero no sé *cómo*. Enséñame cómo, Maya.

No lo miro. Me limito a trazar las cicatrices burdas en su abdomen, para después desviar mi atención a la tinta del tatuaje de águila que lleva debajo de sus pectorales. Siento cómo se tensa ante mi tacto, pero no me detengo. Trazo la silueta con mi dedo índice, para luego subir hasta las llamas teñidas a la altura de sus clavículas.

Entonces, alzo la cara para mirarlo. Su cabeza está inclinada hacia adelante, de modo que solo necesito estirarme un poco para besarlo.

Él corresponde a mi caricia con lentitud. A un ritmo pausado y profundo.

Sus manos se envuelven en mi cintura y me estrecha contra su cuerpo con fuerza. Mis dedos se enredan en las hebras color caramelo de su cabello y él se aparta de mí un segundo para unir su frente a la mía.

—Te quiero, Maya. Te quiero *tanto*, que me aterra —dice.

—Harry, quédate siempre conmigo —mi voz suena asustada y tímida—. No te vayas nunca.

—Nunca, Maya —promete y me besa de nuevo. Esta vez, con urgencia y avidez.

Sus manos se deslizan hacia arriba y se enredan en mi cabello para tirar de él. Un gemido suave brota de mis labios y gruñe contra mi boca; entonces, su lengua y la mía se encuentran a medio camino.

Cuando nos apartamos para recuperar el aliento, siento cómo mis labios hormiguean debido a nuestro contacto intenso.

—Déjame curar tus heridas, Maya —susurra—. Déjame besar cada una de ellas, como tú besaste las mías.

La quemazón en mi garganta es intensa e insoportable. Mis ojos se han llenado de lágrimas y un dolor extraño se ha apoderado de mi pecho.

—Tengo miedo —mi voz sale en un susurro tembloroso y débil. Su aliento caliente golpea mi mejilla y su cabello me hace cosquillas.

—Yo también —el murmullo ronco y profundo me eriza la piel. Sus labios rozan los míos con delicadeza, y solo puedo pensar en cuánto deseo fundirme en él.

Entonces, presiono mi boca contra la suya. Él desliza sus manos por mis costados hasta que llega a mis muslos y se apodera de la parte trasera de ellos para levantarme del lugar donde me encuentro sentada. Mis piernas están envueltas alrededor de sus caderas, y avanza conmigo a cuestas sin dejar de besarme.

Al llegar a la sala, golpea su rodilla con la esquina de la mesa de centro y se aparta de mí para mascullar una palabrota. Una risa boba me asalta y hundo la cara en el hueco de su cuello. Su piel caliente se eriza al contacto con mi aliento y no puedo evitar maravillarme con las reacciones involuntarias de su cuerpo.

Al llegar a su habitación, me deja caer sobre la cama.

Soy plenamente consciente de qué está pasando. Sé que estoy entrando en terreno peligroso, pero no estoy asustada.

Mi mano se envuelve alrededor de su cuello para evitar que se aparte y tiro de él en mi dirección. El peso de su cuerpo me deja sin aliento unos segundos, pero no es desagradable. Sus dedos apartan los mechones de cabello lejos de mi cara y me regala una sonrisa dulce antes de besar la punta de mi nariz.

Sus labios arrastran su camino hasta mi frente y plantan un beso suave ahí. Entonces, mis párpados se cierran cuando depositan caricias suaves sobre ellos y mi piel se pone de gallina cuando arrastra su toque hasta la comisura de mi boca para deslizarse hasta mi mandíbula.

Con mucha lentitud, dibuja una estela de besos desde ahí hasta el punto donde late mi pulso. Su lengua cálida hace que un escalofrío me recorra el cuerpo y mi aliento se atasca en mi garganta cuando su boca baja un poco más.

Entonces, se retira para mirarme a los ojos.

La luz que se filtra por la ventana apenas me permite ver sus facciones y mi corazón se detiene un nanosegundo cuando noto el brillo dulce en su mirada.

La coraza se ha despedazado por completo. No hay ni una gota de hostilidad o inseguridad en su expresión.

Sus labios entreabiertos y enrojecidos dejan escapar un suspiro cálido y entrecortado y lo único que puedo hacer es ahuecar sus mejillas y apartar los mechones rebeldes de cabello lejos de su cara.

En este momento, lo único que soy capaz de escuchar, es el sonido de nuestra respiración. Mis ojos están trabados en los suyos y, antes de que pueda decir nada, gira su cabeza de modo que su boca puede alcanzar la parte interna de mi muñeca. En ese momento, deposita un beso ahí.

Sus manos trazan un camino lento y torpe desde mi cintura hasta mis muslos desnudos. Sus dedos cálidos sobre mi piel envían un escalofrío por todo mi cuerpo. Entonces, desliza su toque hacia arriba. Hacia el interior del vestido.

Sus ojos no dejan los míos ni un solo momento mientras la prenda se enrosca casi hasta mis caderas, y sus rodillas se apoyan sobre el colchón para erguirse y quedar

asentado entre mis piernas. Sus dedos toman el material elástico del borde de la falda y se cierran en puños.

Entonces, se detiene.

—¿Puedo? —susurra.

Mis caderas se alzan para permitirle levantar el vestido y me incorporo en una posición sentada para permitirle sacarlo por encima de mi cabeza.

Se siente como si mi corazón pudiese escapar de mi cuerpo en cualquier momento.

—Estás temblando... —Harry susurra y la preocupación tiñe sus facciones—. No tienes que torturarte así, Maya, yo...

—Quiero esto —lo interrumpo, pero mi voz suena aterrorizada—. Quiero... Quiero que me toques.

Él parece dudarlo; sin embargo, envuelvo mis manos en su cuello y planto mis labios en los suyos, en un intento desesperado por distraer el hilo oscuro de sus pensamientos. Él gruñe contra mi boca, pero no trata de apartarme.

Sus brazos cálidos y fuertes se envuelven alrededor de mi cintura y el contacto de mi piel desnuda contra la suya, hace que mi corazón se salte un latido.

De pronto, se aparta un poco y une su frente a la mía. Su respiración es jadeante y entrecortada.

—Debes prometer que vas a pedirme que me detenga si algo no va bien —habla con urgencia y... ¿vergüenza?—. Solo voy a tocarte, ¿de acuerdo?, solo eso.

No confío en mi voz para hablar, así que asiento y presiono mi boca contra la suya. Él deja caer su peso sobre mí, y un nudo se instala en la boca de mi estómago cuando sus labios descienden por mi mandíbula y mi cuello hasta llegar a mis clavículas.

Sus dedos revolotean por la piel desnuda de mis costados, mis caderas y mis piernas, mientras yo lucho para mantener el aire dentro de mis pulmones...

Una de sus manos ahueca uno de mis pechos. Mi espalda se arquea casi por inercia y él deja de besar mi cuello para mirar mi reacción. Yo no puedo hacer otra cosa más que contener el aliento.

Su pulgar frota con suavidad la protuberancia en la cima y un suspiro brota de mis labios. Su atención se dirige al otro pecho y repite la acción con delicadeza.

De pronto, desliza su mano por detrás de mi espalda y deshace el broche de mi sujetador de un movimiento rápido y certero. Mi mandíbula se aprieta cuando retira la prenda con cuidado y lentitud.

Mi corazón no ha dejado de latir con intensidad, pero no tengo miedo. No esta vez...

Estoy aquí, medio desnuda en su habitación. Medio desnuda entre sus brazos y no hay nada más que resolución, seguridad y ansiedad corriendo en mis venas.

Se siente como si pudiese fundirme en sus brazos. Como si pudiese detener el tiempo ahora mismo y quedarme así para siempre, porque nunca me había sentido así de bien. Nunca me había sentido así de *segura*...

—Eres preciosa... —Harry susurra mientras me mira a los ojos.

Algo dentro de mi vientre se aprieta, y el calor invade mi torrente sanguíneo.

Quiero decir algo —*lo que sea*—, pero las palabras parecen haberse fugado de mí en un segundo.

Mi cuerpo se estremece cuando sus ojos barren mi extensión y se oscurecen al instante. De pronto, su cuerpo se deja caer a mi lado y mi cabeza se gira para mirarlo a la cara. Él barre su mano por mi vientre hasta introducirla dentro de mi ropa interior de algodón.

Traga duro, pero no aparta sus ojos de los míos cuando busca entre mis pliegues húmedos. Mi aliento se atasca en mi garganta, mi corazón parece estar a punto de estallar, y el nudo en la boca de mi estómago es tan intenso, que apenas puedo soportarlo.

Entonces, empieza a tocarme.

El intenso placer que provocan sus caricias suaves en mí es tan abrumador, que no puedo hacer otra cosa más que *sentir* lo que hace.

Sus movimientos son lentos, suaves y dulces, pero mi respiración es dificultosa y entrecortada. Mis manos cierran en puños el edredón oscuro de su cama, y, de pronto, tengo mucho calor.

Harry cambia el ritmo de su caricia, y mis caderas se alzan por voluntad propia, en busca de su toque. Él gruñe cuando busco sus labios en la oscuridad y, de pronto, todo es intenso.

Sus dientes raspan la piel de mis labios, mi mandíbula y mi cuello. Una fina capa de sudor me cubre por completo y algo se construye dentro de mí. Sus labios están en todas partes y su mano no deja de acariciar mi punto más sensible.

Entonces, siento cómo una gota de sudor recorre mi nuca, y me falta el aliento. Quiero gritar, quiero apartarlo, quiero pedirle que no se detenga...

—Maya —susurra contra mis labios, y un gemido suave se me escapa cuando cambia de ritmo una vez más—. *Dios mío, Maya...*

La sensación opresiva dentro de mi pecho no es desagradable, pero sí insoportable.

Mis ojos se cierran con fuerza, al tiempo que trato de ordenar la tormenta de pensamientos inconexos y sin sentido que me invade ahora mismo.

En ese momento, una fugaz imagen pasa por mi cabeza. Una imagen aterradora y dolorosa...

Mis dedos se envuelven en la muñeca de Harry y clavo mis uñas en ella. La sensación enfermiza que le precede a los horribles recuerdos, invade mi sistema.

El calor está esfumándose y el hielo comienza a apoderarse de mí.

—Maya, mírame —la voz ronca de Harry invade mi audición, pero no puedo hacer otra cosa que no sea intentar bloquear las imágenes aterradoras—. Maya, por favor, *mírame...*

Mi vista se abre de golpe, y el verde esmeralda invade mi campo de visión. Las lágrimas pican en mis ojos y, cuando parpadeo, se me escapan un par de ellas.

—Soy yo. Soy Harry. No voy a lastimarte —el tono preocupado en su voz, trae alivio a mi sistema. Escuchar la voz de Harry siempre ha sido tranquilizante.

Su mano ha ralentizado el movimiento en mí, pero no lo ha abandonado por completo. Me tomo unos instantes para absorber la imagen del chico a mi lado. Ojos verdes, cabello alborotado, labios enrojecidos, mirada salvaje, respiración dificultosa... La imagen de este Harry desgarrado y desaliñado, me llena de una seguridad que nunca había experimentado antes.

—Harry —lo digo en voz alta porque necesito hacerlo. Porque es lo único que puedo hacer para combatir con los recuerdos.

—Soy yo, Maya —luce un poco más aliviado—. Soy yo. Todo está bien. *Estás bien.* No voy a hacerte daño.

Su mano libre ahueca un lado de mi cara y une su frente a la mía.

—¿Quieres parar? —susurra, con la voz enronquecida, tras un largo momento.

Trago duro para aminorar el extraño dolor en mi garganta, y niego con la cabeza. Harry parece dudar un poco, pero presiono mis labios contra los suyos para solo probar mi punto.

Él se aparta ligeramente.

—No lo fuerces. Se dará cuando tenga que darse —murmura contra mi boca.

—Quiero esto —susurro—. Lo quiero contigo.

Se retira por completo, de modo que puedo verlo a la cara.

—Mírame a los ojos, Maya —pide—. Todo el tiempo.

Yo asiento y muerdo mi labio inferior cuando sus caricias se reanudan. Un destello avergonzado me asalta, pero desaparece cuando su toque se vuelve un poco más firme.

Mi pulso se acelera poco a poco y golpea con fuerza detrás de mis orejas. El nudo en mi vientre es cada vez más intenso y mi respiración es superficial.

Sus caricias son consistentes e implacables, y un gemido incontenible brota de mis labios cuando se vuelven insoportablemente abrumadoras.

Todo pierde sentido en ese momento. La sensación placentera es tan intensa, que no puedo concentrarme en nada. Estoy a punto de perderlo. Estoy a punto de caer. Estoy a punto de...

—¡Harry! —mi voz suena irreconocible a mis oídos, pero no puede importarme menos. Entonces, lo dejo ir...

Todo mi cuerpo se estremece y estalla en fragmentos diminutos. El placer es abrasador y arrollador.

Tiemblo de pies a cabeza, mis piernas se sienten flácidas y me falta el aliento. Mis caderas se alzan, y mis pulmones duelen debido al colapso de sensaciones y mi

falta de respiración adecuada.

Soy vagamente consciente de cómo Harry retira su mano de mi centro, y de cómo besa mi cuello para luego murmurar algo que no puedo entender.

Tengo que mirarlo a la cara y hacer un esfuerzo descomunal para ponerle la atención adecuada.

—¿Estás bien? —repite y trato de buscar mi voz para responder; sin embargo, es imposible, así que solo asiento en respuesta. Una risa ronca brota de su garganta y se relaja notablemente antes de preguntar—: ¿Estuvo bien?

Siento el rubor apoderándose de mi rostro, pero asiento con timidez. Él me regala una sonrisa dulce y besa la punta de mi nariz.

—¿Quieres hacerlo de nuevo? —pregunta. Esta vez, en tono juguetón.

Es mi turno para reír. Siento cómo mi cuello se calienta con la vergüenza que me invade, pero no puedo evitar asentir.

—Bien —suena satisfecho y me envuelve entre sus brazos—. Es bueno saberlo, ¿sabes?, porque no voy a dejarte en paz en toda la maldita noche.

Un beso es depositado en mi mejilla y una risa avergonzada se me escapa. Entonces, me giro sobre mi costado y me acurruco cerca de su cuerpo. Él me envuelve entre sus brazos.

—Te quiero, Harry —musito, en voz baja. Tras haber superado mi ataque de risa.

Él me aprieta con fuerza contra su pecho.

—También te quiero, Maya —susurra—. No tienes idea de cuánto.

CAPÍTULO 34

Un escalofrío rompe con el encanto del sueño en el que me encuentro atrapada. De pronto, soy consciente del cálido y áspero tacto en la piel sensible de mi espalda.

Mi carne se pone de gallina y hormiguea debido a la suavidad y cuidado de los patrones trazados en mí y me remuevo con incomodidad sobre la dura superficie contra la que estoy acostada.

Una risa ronca vibra debajo de mí y suelto un quejido adormilado cuando un par de manos grandes ahuecan mi trasero por encima de mi ropa interior. Todas mis esperanzas por continuar dormida se van al caño en ese momento.

Las manos de Harry aprietan mis casi inexistentes atributos y estiro las mías para sostener sus muñecas, con toda la intención de apartarlo. La vibración de su risa retumba en mi caja torácica y abro los ojos solo para mirar el lugar donde me encuentro.

Estoy recostada —*literalmente*— sobre su anatomía, como si fuera un colchón humano del que pudiese aprovecharme.

—¿Te gusta, pequeña? —el susurro juguetón y divertido, me hace querer golpearlo y besarlo. Ambas cosas al mismo tiempo.

Mascullo algo que ni siquiera yo misma logro entender y él gruñe un poco antes de ceder y alejar sus manos de mi cuerpo. Entonces, cuando creo que va a dejarme tranquila, introduce las manos dentro del material de mi ropa interior y aprieta con fuerza.

—¡Harry! —chillo y me remuevo con tanta fuerza que caigo fuera de su cuerpo.

Casi puedo sentir el golpe del suelo en mi cara, cuando un brazo fuerte y firme se envuelve en mi cintura y me detiene antes de que impacte contra la alfombra. Después de asegurarse de que no voy a estampar mi cara, cede su agarre; de modo que me encuentro arrodillada sobre el piso de la habitación.

Mi vista se alza solo para encontrarme con la sonrisa burlona de Harry Stevens. Su cabello largo está revuelto y desordenado, y sus ojos están hinchados por el sueño; su postura es desgarrada y relajada, mientras que los músculos desnudos de su pecho suben y bajan con el movimiento de su risa silenciosa.

—Ya que estás levantada —dice mientras reprime una carcajada—, ¿no quieres hacerme algo de almorzar?

Esbozo una sonrisa irritada.

—¿Te dejo tocarme y ya quieres que te prepare el almuerzo? —digo, con fingida indignación.

Él se encoge de hombros y me regala una sonrisa descarada.

—Creo que lo merezco —dice—. Creo que hice un muy buen trabajo anoche.

La vergüenza quema en mi rostro y aprieto mis puños mientras lucho contra la risa nerviosa que se construye en mi pecho.

—Tonto —mascullo mientras me pongo de pie y avanzo hasta la puerta de la habitación. Llevo puesta una playera de Harry, pero me queda tan grande, que cubre la mitad de mis muslos.

—¡Oye! —medio grita a mis espaldas—, ¡quiero huevos con tocino!

Me detengo en seco y miro por encima del hombro.

—No voy a cocinarte. Debo ir a trabajar.

Él suelta otra carcajada.

—¿Sabes qué hora es, Maya? —dice, sin dejar de reír—, ¡son casi las dos de la tarde!

—¡Mierda! —la palabra sale de mi boca sin que pueda detenerla—, ¿por qué no me despertaste antes?

—Desperté diez minutos antes que tú —se justifica, encogiéndose de hombros—. No puedes culparme.

—Van a echarme —digo, con preocupación.

—No lo harán —él se incorpora en una posición sentada y me regala una sonrisa tranquilizadora—, y si lo hacen, yo tengo todos tus ahorros justo aquí... —abre el cajón del mueble junto a su cama, y toma el familiar sobre que dejé en la mesa de la

sala antes de marcharme—. Con esto podrías vivir un par de meses mientras consigues otro empleo, ¿no?

—Eso es tuyo —respondo, tajante—. Por el hospital, el pijama, y todo lo que no me dejaste pagar mientras estuve aquí.

De pronto, el ambiente se torna tenso y pesado. La expresión juguetona de Harry se transforma en una severa y molesta. Su mandíbula se aprieta con fuerza y sé que es momento de intervenir.

Rápidamente, acorto la distancia que nos separa y me apresuro a trepar a la cama hasta alcanzarlo. Él está rígido, pero eso no me intimida. Empujo su cara con mi nariz y él cede cuando mis labios se presionan contra su mandíbula en un beso tímido.

Siento cómo el aire que había estado conteniendo se libera poco a poco, y aprovecho ese momento para correr mi caricia desde su mejilla hasta llegar a su boca.

Al principio, el beso es solo una presión de mis labios contra los suyos, pero, poco a poco, se transforma en algo más profundo cuando mis labios se mueven.

La danza cálida de su aliento mezclado con el mío, hace que mi pulso se acelere y mis manos tiemblen. El calor invade mi cuerpo casi de inmediato y, de pronto, soy consciente del aroma varonil de su piel.

—No quiero discutir contigo —susurro contra su boca—. No más, Harry.

Él niega con la cabeza y ahueca su mano en un lado de mi cara. Sus dedos largos se entrelazan en las hebras de cabello de mi nuca y su frente se une a la mía.

—Yo tampoco quiero pelear más —susurra.

Una sonrisa se desliza en mis labios y entrelazo los dedos de su mano libre con los míos. Me aparto para poder mirarlo a la cara y tiro de él, en una petición silenciosa.

—Ven. Voy a prepararte el desayuno más delicioso del mundo.

—¿Porque lo merezco? —el tono coqueto y despreocupado ha vuelto y algo revolotea en mi estómago.

—Porque lo mereces —le guiño un ojo y él ríe de nuevo. Entonces, nos ponemos de pie y nos encaminamos hasta la cocina.

—¿Me prestas tu teléfono para llamarle a Kim? —le pregunto a Harry mientras trepamos a su viejo vehículo. Él levanta sus caderas para llegar al bolsillo trasero de sus vaqueros y tomar el aparato. Entonces, me lo ofrece y me regala un guiño antes de encender el motor del coche.

Marco el número que he memorizado desde hace semanas y llevo el celular a mi oreja. Mi amiga no responde hasta el tercer timbrado y, después de un sermón de más de dos minutos acerca de cuán desconsiderada soy, le digo con quién me encuentro y dónde pasé la noche. Ella parece relajarse un poco cuando se lo cuento, pero sigue molesta.

Alega que, si no consigo un teléfono antes de fin de mes, va a prohibirme salir a la calle; y no puedo evitar reír con lo maternal de su gesto.

—Supongo que vas a pasar el día entero con él, ¿no? —dice, tras haber superado la ira irracional.

Miro hacia Harry de reojo mientras conduce por las calles rumbo al apartamento de Kim.

—En realidad, va a llevarme a tu apartamento —digo, con aire decepcionado.

—Ponlo al teléfono —ordena.

—Pero...

—Ponlo al teléfono ahora, Maya.

—Está conduciendo —justifico.

—Entonces ponme en altavoz.

—Kim...

—Maya, *hazlo* —suena irritada.

Mis ojos se cierran con fuerza y mi corazón se acelera un poco cuando presiono el botón ordenado.

Harry frunce el ceño sin apartar la vista del camino.

—¿Eres idiota, acaso? —muerdo la parte interna de mi mejilla cuando Kim habla.

De pronto, Harry luce alarmado. Sus ojos se abren como platos al escuchar la hostilidad en el tono de mi amiga.

Abre la boca para responder, pero la cierra de golpe.

—¿Vas a desperdiciar la oportunidad de pasar el día con Maya?, ¿estás mal de la cabeza?, ¿te drogas?, ¿tienes arcilla en el cerebro?

Harry suelta una carcajada, y niega con la cabeza.

—En realidad, planeaba llevarla a tu apartamento para que consiguiera un cambio de ropa y así poder pasar el día con ella —dice él, y mi estómago aletea con su declaración.

—*Oh...* —Kim habla, pero me da la impresión de que no sabe qué responder ahora—. Bien.

Reprimo una risotada.

—Y solo para que quede claro: no me drogo, ni estoy mal de la cabeza, ni tengo arcilla en el cerebro —Harry dice, luego de recomponerse—. Soy un imbécil a veces, lo admito, pero no padezco de mis facultades mentales.

Esta vez, la risa es incontenible. Escuchar a Harry haciendo bromas no es algo que pase todos los días, así que no puedo evitar sentirme extasiada con estos instantes suyos. Me hacen pensar en la persona que fue antes del incendio, de las cicatrices y de todo eso que lo convirtió en ese tipo al que le apodan Bestia...

Kim y él hacen un par de bromas más antes de que finalice la llamada y, para ese momento, estamos a pocas calles del edificio donde vivo ahora. Harry aparca frente al complejo y avanzamos de la mano hasta llegar al piso de mi amiga y Will.

Una vez dentro del departamento, Harry se sienta en uno de los sillones, mientras me apresuro a llegar al baño con un cambio de ropa entre las manos.

Quince minutos después, estoy duchada, cambiada y parada sobre mis puntas para tener una mejor vista de mis acciones en el pequeño espejo del baño.

Mi concentración está puesta en la tarea que representa para mí el poner un poco de maquillaje en mi rostro, cuando Harry aparece en reflejo detrás de mí y me regala una sonrisa juguetona. Sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura en ese momento, y aparta el cabello de mi hombro izquierdo solo para besar la piel entre el cuello de mi camisa y mi mandíbula.

Mis ojos se cierran mientras absorbo el gesto dulce y posesivo, antes de que deslice sus manos por debajo del material que cubre mi torso para tocar mi abdomen con su palma.

—¿Te he dicho que eres hermosa? —susurra, contra mi piel.

Mi respuesta es un suspiro entrecortado, y él se regodea con el efecto que tienen sus caricias en mí, ya que ríe por lo bajo antes de deslizar su mano hasta el borde de mis vaqueros desgastados.

Trato de escurrirme lejos de sus brazos, pero me sostiene con firmeza antes de dejar su toque y besar mi mejilla.

—¿Te falta mucho para estar lista? —pregunta mientras recarga su barbilla sobre mi hombro.

Le regalo una mirada cargada de reprobación a través del espejo.

—Si no estuvieses distrayéndome, habría terminado ya —digo.

Él me regala una mueca enfurruñada y planta otro beso en la piel detrás de mi oreja antes de apartarse y mascullar algo dramático acerca de nunca más molestarme mientras me alisto.

Diez minutos después, estamos fuera del apartamento de Kim.

Harry conduce un par de calles antes de que comencemos a discutir sobre alguna actividad que podamos hacer, que no implique estar rodeados de gente. Sé que va a sentirse más tranquilo consigo mismo si estamos en un lugar que no le ponga los nervios de punta.

Opto por sugerir algún parque. La idea de comprar un helado y sentarme en el pasto húmedo es más que agradable y él parece encantado con la propuesta, así que decide llevarnos hasta el Golden Gate Park.

Yo me siento como una niña cuando menciona el rumbo de nuestro camino. Hace años que no visito ese lugar a pesar de vivir a escasos cuarenta minutos de distancia.

La reserva es inmensa. Son alrededor de cinco kilómetros de hermosos rincones para ver. Hay una parte de ella que está pegada a la playa y, según sé, ahí vive una manada de búfalos americanos.

Es imposible recorrer todo ese lugar en un solo día, pero en realidad no me importa demasiado. Lo único que deseo, es caminar sin rumbo alguno de la mano de Harry, justo como hacen las parejas normales en citas normales.

No sé por cuánto tiempo hemos caminado, pero no debe haber sido mucho, ya que no me siento cansada en lo absoluto. Harry ha estado de un humor ligero y juguetón todo el tiempo y ese es un cambio refrescante en él. Sus dedos y los míos no han dejado de tocarse ni un segundo y, por primera vez desde que lo conozco, parece realmente desinteresado de las miradas curiosas dirigidas en nuestra dirección. Pareciera como si estuviese cómodo con esas marcas que siempre parecen cohibirlo y agobiarlo.

Finalmente, tras quince minutos más de andar ligero, encontramos a un heladero ambulante y compramos un par de enormes conos, antes de sentarnos cerca de uno de los lagos artificiales más grandes del lugar.

La charla entre nosotros no ha cesado ni un momento desde que llegamos. Hemos hablado acerca del tipo de niñez que tuvimos, de nuestras costumbres familiares, amigos antiguos y anécdotas amenas sobre los ridículos que hicimos en nuestra infancia.

No me sorprende para nada ser quien ha acumulado más momentos vergonzosos a lo largo de su vida. Soy la torpeza hecha persona y no puedo hacer nada para ocultarlo.

Estamos justo a la mitad de una discusión acerca de una serie de televisión, cuando su teléfono suena.

Hace una mueca de disculpa y toma el aparato antes de mirar el identificador de llamadas. Su expresión se ensombrece por completo.

—¿Qué? —no me sorprende el tono brusco que utiliza.

La persona del otro lado del teléfono habla, pero no logro escuchar nada. La expresión de Harry es hielo puro y me desconcierta cuán rápido es capaz de pasar de ser un chico dulce y amable, a uno hosco y violento.

—Estaré ahí —espeta, con dureza. Entonces, finaliza la llamada.

Quiero preguntar quién era, pero no se siente correcto hacerlo. No cuando su expresión sigue siendo intensa y hostil.

—¿Está todo bien? —pregunto, en su lugar.

Él toma una inspiración profunda y cierra los ojos antes de asentir.

—Sí —dice—. Era Tyler. Tengo trabajo que hacer mañana.

El silencio nos invade.

—¿Qué clase de trabajo?

Él ríe sin humor.

—¿De verdad quieres saber? —sé que trata de sonar irónico, pero suena más bien aterrizado.

—Sí.

Mi respuesta parece sacarlo de balance, ya que enmudece por completo.

—No quiero hablar de eso ahora, Maya.

—No quieres hablar de eso nunca —no pretendo que suene como un reproche, pero lo hace—. Voy a volverme loca si no me lo dices todo de una buena vez —espero un momento, y entonces, añadido en voz baja—: Dijiste que lo harías.

Una inspiración temblorosa y ansiosa es inhalada por sus labios en ese momento.

—Tienes que prometer que... —duda un momento—. Tienes que prometer que no vas a mirarme diferente después de esto.

Mi única respuesta es un apretón de mano.

—Te quiero, Harry. Nada va a cambiarlo —añado con suavidad.

Él mira más allá del lago artificial y su expresión se transforma en una llena de incertidumbre, arrepentimiento y miedo.

—Conocí a Tyler pocos días después de que me fui de casa —comienza, tras un silencio largo y tirante—. Tenía tres días durmiendo en la banca de un parque, cuando un grupo de idiotas me asaltó y me quitó todo lo que tenía. Salí huyendo con las pocas pertenencias que me quedaban y, esa noche, llegué al muelle donde fue la fiesta de la otra noche —se detiene, con la vista fija en la nada—. Caí rendido afuera de una de las bodegas. Tyler estaba ahí, escondido entre unas cajas. Tampoco tenía un lugar donde dormir, así que intercambiamos un par de palabras esa vez. Él trabajaba en ese muelle cargando cajas por las mañanas. Le pagaban una miseria, pero le daba para comer dos veces al día —una sonrisa triste se desliza en sus

labios—. A la mañana siguiente, decidí quedarme y hacer lo mismo que él. Empezamos a trabajar duro como cargadores y, al poco tiempo, Tyler desertó. Un día, simplemente dejó de ir —moja sus labios con la punta de su lengua—. Yo seguí trabajando y al cabo de unas semanas tuve suficiente dinero para pagar la renta de un horrible lugar. El dueño de una de las bodegas me ofreció un trabajo fijo y, por supuesto, lo acepté.

La opresión dentro de mi pecho es tan intensa, que temo que todo mi cuerpo pueda estallar en cualquier instante. Me acerco a él un poco más y me regala una mirada fugaz y una sonrisa triste.

—Vivía al día. No ganaba mucho dinero, pero tenía un techo sobre mi cabeza y eso era más de lo que tenía antes de abandonar a mi mamá —Harry sigue hablando—. Pasaron varios meses antes de que volviera a saber de Tyler. Él estaba haciendo un montón de dinero trabajando para Rodríguez. Me habló acerca de lo que hacía y de cuán bien le pagaban por hacerlo. Me ofreció ser parte, pero me negué por completo. Estaba demasiado asustado como para aceptar entrar a ese mundo —hace una pequeña pausa—. Sin embargo, él y yo seguimos frecuentándonos. Salimos a beber muchas veces juntos... Una noche, le hablé sobre el incendio, el juicio, el tipo que me desfiguró la cara... Se lo conté todo en medio de una borrachera —luce arrepentido—. Él dijo que, si yo quería, podía deshacerse del imbécil que me deshizo el rostro y... —vacila—. Y yo le dije que nada me haría más feliz —me quedo sin aliento—. Sé que no es justificación alguna, pero estaba cegado por la ira, el odio y el rencor. Quería hacerle pagar a ese imbécil por todo lo que me hizo...

—*Oh, Dios mío...* —susurro, pero Harry sigue sin mirarme.

—Tyler lo mató —dice, en tono siniestro y oscuro—. Lo mató delante de mis narices. Aun cuando el tipo me suplicó perdón de rodillas... —niega con la cabeza—. Esa noche me perdí por completo. Esa noche, supe que no había marcha atrás. Que jamás volvería a dormir tranquilo porque una persona había muerto gracias a mí. Porque alguien dejó de existir solo por capricho mío... —su voz se quiebra un poco—. Entonces, la ira y la avaricia vencieron en mí. No tenía nada que perder. No iba a volver a casa y tampoco iba a pretender que nada había ocurrido —niega una vez más—. Me sentía en deuda con Tyler de cierto modo y, al mismo tiempo, me

sentía vacío por dentro. Nada de lo que hiciera importaba. Y ya nada podía joder más mi existencia; así que, sin más, acepté el trabajo que Tyler me ofrecía.

Él ríe. De verdad ríe..., pero suena como un gesto torturado. Como si cientos de emociones se arremolinaran dentro de él y estuviesen a punto de enloquecerlo.

Mis manos se envuelven alrededor de su brazo y recargo la cabeza en su hombro. No me atrevo a decir nada. Tampoco se siente como si pudiese arrancar las palabras de mis labios, así que decido seguir escuchando.

—No sé en qué punto llegué a ser parte del selecto grupo predilecto de Rodríguez —dice—. Tyler y yo íbamos juntos a todos lados y nos encargábamos de lanzar advertencias a diestra y siniestra. Aprendí a utilizar un arma porque así era requerido, pero nunca he llegado a utilizarla realmente. El apodo de Bestia me lo gané después, debo admitir. Era un jodido animal con todo el mundo...

De pronto, parece sumido en sus recuerdos.

—¿Qué es lo que haces exactamente, Harry? —mi voz es un susurro suave y tranquilo, y me siento sorprendida por eso.

—Saco la mierda de la gente que no quiere pagar sus deudas con Rodríguez —explica, en tono neutro.

—¿Por qué le deben a Rodríguez?, ¿qué es lo que le deben? —sé la respuesta mucho antes de escucharla, pero necesito que las palabras salgan de su boca.

—Les vende sustancias. Drogas de todo tipo —siento un extraño sabor amargo en la punta de la lengua—. Rodríguez está creando una red de distribución por toda la ciudad. Tiene gente trabajando para él en todos los barrios bajos de San Francisco y, aun así, él no es el jefe absoluto. Rodríguez también es el subordinado de alguien con mucho más poder. Alguien que se encarga de abastecer a todo el estado. Ese alguien también es un subordinado de otra persona... La cadena es interminable, Maya. Nadie sabe quién es la cabeza de todo esto al final del día.

Un escalofrío recorre mi cuerpo entero.

—¿Has pensado alguna vez en salir de ese mundo? —la pregunta sale de mí sin que pueda procesarla antes.

Su silencio me pone ansiosa, pero trato de no hacérselo notar.

—No podría hacerlo aunque quisiera —susurra, con un hilo de voz—. Una vez dentro, no hay modo de salir. Tendría que huir y, aún con todo eso, huir no me garantiza que seré libre para siempre —suspira—. Es por eso por lo que no deseo que ellos sepan acerca de tu existencia, Maya. No quiero exponerte a un peligro innecesario.

—¿Por eso me ignoraste en la fiesta de la bodega?

Asiente.

—Exactamente.

—Pero Tyler sabe sobre esto.

—Tyler cree que estoy encaprichado contigo. No sabe que estoy enamorado.

Sin que pueda evitarlo, una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro al escucharlo decir abiertamente que está enamorado de mí. Él parece darse cuenta de esto, ya que sonrío también.

—Sí, Maya, estoy enamorado de ti. Supéralo.

Rompo en una sonrisa más grande.

—Me tomará un poco de tiempo superar algo así —bromeo de regreso y él ríe por lo bajo.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Me he hecho una promesa —Harry es el primero en hablar de nuevo, y me aparto de mi cómoda posición para mirarlo. Él no me devuelve el gesto—. Me he prometido a mí mismo mantenerte lejos de toda esa mierda. Haga lo que haga, ellos nunca van a saber acerca de ti —su vista se clava en la mía—. Te lo juro, Maya.

No me atrevo a decir una palabra, así que, en su lugar, busco su boca para besarlo. El gesto se siente diferente. Nervioso, pesado, doloroso y cargado de miedo.

—Te quiero —susurro, porque de verdad necesito decirlo.

Él presiona sus labios contra los míos de nuevo.

—No tienes idea de cuánto te quiero yo a ti, niña mía —susurra luego de apartarse.

—¿Sabes algo? —sonrío un poco—, odiaba que me dijeras «niña» antes.

Él se retira y me regala una mirada curiosa.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Creía que me veías como una niña indefensa. Como si fuese tu hermana menor o algo así —siento el rubor apoderándose de mi rostro.

—¿Sigue molestándote que te diga «niña»?

—No cuando me dices «niña mía» —sé que me he ruborizado tres tonos más que hace unos momentos, pero él luce extrañamente encantado con mi confesión.

—¿Y si te digo que eres la niña más hermosa que he conocido en mi vida?, ¿eso te molesta? —sonríe.

—No —mascullo, avergonzada.

—¿Y si te digo que eres la niña más jodidamente dulce en la faz de la tierra? —una risa nerviosa brota de mis labios y él tira de mí para ayudarme a quedar sentada sobre su regazo—. ¿Qué tal si te digo que jamás imaginé que una niña me haría sentir el idiota más afortunado del mundo?... ¿o qué pasa si te digo que...?

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, y lo beso para acallar sus palabras. Él gruñe mientras corresponde a mi caricia.

Ahora mismo, no deseo pensar en todo lo que acaba de contarme, ni en lo que puede suceder si algo sale mal y Harry tiene que huir. No quiero pensar, tampoco, en cómo sería capaz de abandonarme con tal de alejarme del mundo en el que está estancado.

En este momento, lo único que quiero es centrarme en lo feliz que me hace el simple hecho de estar entre sus brazos. Así que, por hoy —*solo por hoy*—, me dejo llevar.

CAPÍTULO 35

—¿Fumas marihuana? —mi pregunta suena como a reclamo, a pesar de que no tengo intención alguna de que lo haga.

Mis dedos sostienen la bolsa plástica con hierba en el interior. Ni siquiera he tenido que husmear para encontrar el pequeño paquete. Harry lo dejó sobre la cama, a la vista de todo el mundo.

Él me mira por encima del hombro. Sus manos trabajan en los botones de la camisa negra que ha colocado sobre su torso, al tiempo que una sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—Es de Luke.

—¿Luke fuma marihuana? —lo miro con incredulidad.

Harry asiente.

—Con propósitos medicinales —mi ceño se frunce y, entonces, Harry explica—: Luke sufre de dolores crónicos en su cadera, y los analgésicos son cinco veces más caros que la marihuana —se encoge de hombros—. Prefiere consumirla a gastarse la mitad de su sueldo en medicamentos que pueden ser sustituidos con un buen porro.

—*Oh...* —digo, porque no sé qué otra cosa decir. La vergüenza quema en mi sistema con tanta intensidad, que no puedo sostener su mirada.

Siento cómo Harry acorta la distancia entre nosotros, pero no me muevo. Se acuclilla delante de mí, y envuelve sus dedos en mi barbilla antes de alzar mi cara para obligarme a mirarlo.

—No es una pregunta de la que debas sentirte avergonzada —su expresión es amable y divertida—. Si yo hubiese encontrado algo así entre tus cosas, ten por seguro que habría preguntado.

Una sonrisa tensa se desliza en mi boca y él besa mi frente antes de incorporarse

para terminar de vestirse.

Esta noche su jefe dará una fiesta, así que Harry está alistándose para ir. Ha pasado un poco más de una semana desde la última vez que pasé la noche en su apartamento. Aquella en la que se topó de frente con su pasado y con el chico al que consideró como su amigo durante mucho tiempo.

Hoy es mi día de descanso en el trabajo, así que me llevó a almorzar. Al terminar, fuimos al cine, vagamos un rato por el centro comercial y después, venimos aquí.

Harry pasó una hora encerrado en su habitación haciendo llamadas referentes a su trabajo y, cuando salió, me contó acerca de esta fiesta improvisada.

Ahora me encuentro aquí, recostada en su cama, mientras lo miro alistarse para ir a una fiesta a la que no quiero que vaya.

Harry se sienta a mi lado en la cama y se pone unos calcetines antes de enfundarse sus desgastadas botas. De pronto, se deja caer de espaldas, de modo que queda acostado junto a mí. Su cabeza está junto a mis rodillas, y la mía junto a sus muslos.

—Me encantaría poder quedarme aquí y pasar el resto del día contigo —dice, tras un momento de silencio.

—Pero no puedes —respondo y un dejo de tristeza tiñe mi voz.

Un suspiro se le escapa y siento cómo se incorpora antes de tomar mi brazo y tirar de él en su dirección.

—Ven aquí —dice y, de pronto, me encuentro sentada a horcajadas sobre sus piernas.

Mis brazos se envuelven alrededor de su cuello y mis dedos se deslizan entre las ondas húmedas de su cabello. Él cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás al sentir cómo mis yemas masajean su cuerpo cabelludo y tararea en aprobación antes de envolver sus brazos alrededor de mi cintura.

—Sería maravilloso volver a casa y tenerte aquí siempre, como antes —dice, con la voz enronquecida.

Algo dentro de mi pecho aletea con la sola idea de volver a vivir bajo el mismo techo que Harry; sin embargo, no digo ni una sola palabra. Me limito a continuar con la tarea que me impuesto.

—¿De verdad tienes que ir? —sueno suplicante, pero no me importa demasiado.

Él abre los ojos y me dedica una mirada cargada de disculpa.

—Si no fuese necesario que estuviera ahí, me quedaría aquí, contigo —dice, y yo asiento mientras trato de sonreír para no hacerle notar la tristeza absurda que me asalta.

—Mañana puedo ir a verte a casa de Kim antes de que vayas a trabajar —sugiere y besa uno de mis pómulos.

Niego con la cabeza.

—Debes dormir —lo reprimo—. Puedo verte por la noche, como los demás días.

Él hace un puchero gracioso y sonrío.

—Puedo dormir todo el día —objeta—. No tienes una idea de cuánto extraño verte todo el tiempo. Prefiero ir a verte temprano a quedarme aquí a dormir.

Cepillo las hebras de cabello fuera de su frente y humedezco mis labios antes de inclinarme para besarlo.

Él gruñe cuando mi lengua invade su boca y corresponde a mi caricia.

Sus manos juegan y se deslizan debajo del material de la franela que llevo puesta. Una de ellas alcanza el broche de mi sujetador y lo deshace de un movimiento, y un chillido brota de mis labios. Me apresuro a detenerlo cuando trata de mover la prenda fuera de su lugar y ríe contra mi boca. Un sonido quejumbroso brota de su garganta y muerde mi labio inferior antes de apartar sus manos de mi espalda desnuda.

—Voy a llevarte al apartamento de Kim —dice, separándose un poco de mí—, así que vámonos ya.

Yo niego con la cabeza y bajo de su regazo. Trato de alcanzar las tiras sueltas en mi espalda para abrocharlas de nuevo, pero la tarea supone un reto impresionante. Harry reprime una sonrisa al verme luchar contra mi sujetador deshecho y le lanzo una mirada enojada.

—No es necesario que me lleves —mascullo.

—Pero quiero hacerlo —se encoge de hombros—. Mientras más tiempo pase contigo, mejor.

—En realidad —dudo unos instantes—, no voy a ir al apartamento de Kim ahora mismo.

Sus cejas se alzan.

—¿No?

—No —una sonrisa tímida se dibuja en mis labios y reanudo mi tarea.

—¿A dónde vas a ir, entonces? —sueno preocupado ahora; casi sobreprotector.

—Iré a un centro comercial a conseguir un teléfono —mascullo mientras tomo las dos tiras colgantes de mi espalda. Entonces, abrocho el seguro de mi sujetador de un movimiento, antes de sonreír con aire triunfal.

—¡Gracias al cielo! —hace un ademán dramático hacia el techo de la habitación y río ante su gesto—, promete que mi número será el primero al que marques.

—No me sé tu número de memoria.

Él rueda los ojos al cielo y se estira para alcanzar el cajón junto a su cama. Una pequeña libreta aparece entre sus dedos, y rebusca dentro de la gaveta hasta que localiza un bolígrafo. Entonces, escribe algo en una página y la arranca para ofrecérmela.

La caligrafía descuidada de Harry aparece en mi campo de visión y mi pecho se calienta al leer lo que ha escrito debajo de los dígitos trazados.

«Te quiero como a nadie».

Leo, una vez más, debajo del número telefónico y reprimo una sonrisa idiota.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve? —su voz me saca de mis cavilaciones. Mi vista se alza para encontrarlo y soy capaz de notar la ansiedad en su expresión. Trata de lucir casual, pero fracasa en el intento.

Le regalo una sonrisa.

—Estoy segura. Caminar no le hace mal a nadie —digo. Guardo silencio unos segundos, y añado—: ¿Harry?

—¿Sí?

—También te quiero —sonrío—. Como no tienes idea.

De pronto, luce aliviado. Un atisbo de sonrisa se difumina en las comisuras de su boca, y se pone de pie para llegar a mí.

—¿Vas a llamarme? —aparta un mechón de cabello lejos de mi rostro.

Asiento.

—Lo prometo —digo, y me paro sobre mis puntas para envolver mis brazos en su cuello. Él afianza su agarre en mis caderas y se inclina hacia adelante para depositar un beso suave en mis labios.

—Llámame, también, cuando llegues a casa —dice, contra mi boca.

—Lo haré —digo, y lo beso de nuevo—. Diviértete esta noche.

—Sí —hace una mueca de desagrado—, eso no pasará.

—Mantente alejado de la rubia de la nariz deforme —trato de sonar casual cuando lo digo, pero la preocupación se filtra en mi tono de voz.

Harry ríe a carcajadas y niega con la cabeza.

—Cabe mencionar que fuiste tú quien le deformó la nariz —observa—. Debo admitir que ese fue un muy buen golpe.

—Se lo merecía —me encojo de hombros—. Volvería a hacerlo si pudiera.

Sus cejas se alzan con incredulidad, pero no ha dejado de sonreír.

—Resultaste ser más violenta de lo que esperaba —bromea.

—Ahora sabes a lo que te atienes si te metes conmigo —bromeo de regreso mientras lo señalo con mi índice.

Él trata de morderme, pero retiro la mano antes de que sus dientes se cierren en la punta de mi dedo.

Un último beso es depositado en mi boca antes de que me acompañe hasta la puerta principal. Estoy a punto de bajar las escaleras, cuando me detiene y entrelaza nuestros dedos para echarse a andar hacia el piso inferior.

Me toma unos segundos descubrir que hace esto solo para cerciorarse de que no voy a toparme con el hombre que me arruinó la vida.

Sin poder evitarlo, echo una ojeada en dirección al apartamento en el que solía vivir. Se siente como si hubiesen pasado siglos y no meses desde la última vez que puse un pie en ese lugar.

—¿Aún vive aquí? —la pregunta me abandona sin que pueda procesarla del todo.

Harry no responde de inmediato.

—No sé cómo consiguió el dinero para pagar la renta —dice, después de bajar otro tramo de escaleras—. No me sorprendería que hubiese vendido uno de sus órganos. Ese hombre prefiere hacer eso antes de salir a buscar un maldito empleo.

La sensación nauseabunda que tenía tiempo sin sentir, se apodera de mi cuerpo. Trepa por cada uno de mis músculos y se asienta en la boca de mi estómago antes de alargarse un poco más para atenazar mi corazón.

De pronto, me siento temblar. No puedo hacer otra cosa que no sea revivir todas y cada una de las veces que me encerré en mi habitación con la esperanza de que no fuese a buscarme. Con la esperanza de que no me lastimara una vez más...

—Hey... —Harry baja un par de escalones y se detiene cuando queda frente a mí. Sus manos ahuecan mi rostro y sus ojos estudian mis facciones—. No voy a permitir que te haga daño de nuevo, ¿de acuerdo?, nunca más.

Me obligo a mantener el pánico a raya solo porque quiero creer en Harry y en lo mucho que desea cuidar de mí, pero esto no hace más que hacerme sentir que dependo demasiado de él. Está empeñado en protegerme de todo aquel que supone alguna amenaza para mí, pero no piensa en su seguridad. No piensa en los peligros que él podría correr por tratar de mantenerme a salvo.

Podría ir a la cárcel si agrede al hombre que abusó de mí durante tanto tiempo. Podría *morir* si trata de mantenerme lejos del mundo al que pertenece...

—Maya, no tengas miedo —susurra y une su frente a la mía—. Voy a cuidar de ti siempre.

—¿Y quién cuida de ti? —mi voz sale en un susurro ronco—, ¿quién te protege de todo?, ¿quién ve por ti?

Esboza una sonrisa dulce.

—No necesito que nadie me cuide, Maya.

—Yo quiero cuidarte —me sorprende la determinación con la que hablo—. Quiero ser capaz de darte todo eso que tú tratas de ofrecerme —niego con la cabeza—, ¿cómo se supone que voy a protegerte si lo único que haces es ver por mí?

Harry niega con la cabeza y presiona sus labios con los míos.

—No tienes que protegerme de nada —dice, en un susurro tranquilizador—. Deja de intentar hacerlo, ¿de acuerdo?

Entonces, sin darme tiempo de replicar, tira de mi mano para que continuemos descendiendo.

~ ~ ~

Camino por las familiares calles de Bayview-Hunters Point, el viejo barrio donde solía vivir. El barrio donde vive Harry Stevens.

Hace apenas unos minutos que me despedí de él.

Solo me acompañó hasta el final de la escalera del edificio. Insistió en llevarme a donde sea que necesitara ir, pero me negué rotundamente. Los últimos días ha ido por mí al trabajo todos los días, me ha llevado a cenar y me ha devuelto al apartamento de Kim a horas pertinentes. No puedo abusar más de su confianza. No cuando todavía hay luz de día y puedo tomar un autobús.

El aire helado me golpea en la cara y eso hace que apriete el paso. Quiero llegar al centro comercial, hacer mi compra e ir a casa lo antes posible. El pronóstico del tiempo esta mañana decía que llovería, así que debo darme prisa.

Estoy a pocas calles de la parada del transporte público, cuando algo capta mi atención. Un auto se detiene en el semáforo en rojo de la calle por la que avanzo. Mi ceño se frunce solo porque no comprendo qué es lo que me es tan familiar.

Sé que he visto ese vehículo antes. Sé que lo conozco, pero *¿de dónde?...*

Cruzo la calle y echo una ojeada por encima de mi hombro para tratar de identificar al conductor. Los vidrios polarizados me impiden mirar al interior y, por una extraña razón, me siento ansiosa. Algo dentro de mi cabeza parece accionarse y me siento más alerta que nunca. Sé que algo va mal, pero no logro identificar qué es...

Aprieto el paso.

La enfermiza sensación de estar siendo observada, me asalta de pronto. Mis pulmones son incapaces de retener el aire dentro de ellos, así que mi respiración se

ha vuelto superficial. La paranoia es tanta, que no dejo de mirar hacia atrás en repetidas ocasiones.

«¡Basta, Maya!, ¡deja de hacerte esto a ti misma!, ¡nadie te sigue!».

Sigo avanzando y mi corazón cae al suelo en el momento en el que me percato de que el auto de color gris viene a pocos metros detrás de mí. Avanza tan despacio, que pareciera que la persona que lo conduce no quisiera hacer ruido. Entonces, el pánico se desata y, sin pensarlo dos veces, corro.

El motor revolucionado que suena detrás de mí, hace que fuerce a mis piernas a moverse más rápido. Giro en una de las calles y escucho el derrape de las llantas. Visualizo unas canchas de básquetbol a pocos metros de distancia y noto la gran cantidad de gente que se encuentra ahí. Debo llegar hasta allá. Debo...

El vehículo pasa de mí tan rápido, que me detengo en seco. Al llegar a la esquina, el auto se colea, de modo que queda obstruyendo la acera por la que camino.

La puerta del conductor se abre y toda la sangre se drena de mi cuerpo en el instante en el que miro a Tyler. El tipo me mira a distancia y me regala una sonrisa radiante.

Quiero vomitar. Quiero *gritar*.

Doy un par de pasos hacia atrás antes de girarme y echarme a correr en dirección opuesta.

El tipo grita algo a mis espaldas, pero no me detengo. Corro con todas mis fuerzas. Corro lo más que puedo hasta que, de pronto, mi cuerpo impacta contra algo blando, pero firme.

—¡*Guau!* —la familiar voz exclama y un par de manos me estabilizan—. ¡Tranquila, chica!

Mi vista se clava en la persona frente a mí y casi me echo a llorar cuando veo que es Jeremiah quien me sostiene.

—¡Jeremiah! —sueno tan aliviada. Sueno tan... *feliz*—. ¡Dios mío! ¡*Jeremiah!*

Su ceño se frunce de inmediato.

—¿Maya?, ¿qué pasa?, ¿qué haces aquí?, ¿está todo bien? —sus manos tantean la longitud de mis brazos en busca de alguna herida.

Yo no puedo hacer otra cosa más que asentir mientras trato de recuperar el aliento. Entonces, miro hacia atrás solo para ver a Tyler avanzar hacia nosotros. Todo mi mundo parece tambalearse en ese instante.

—*Oh, mierda...* —Jeremiah masculla, e inmediatamente se interpone entre mi agresor y yo.

—¡Quítate! —escupe Tyler.

—¿Tienes algún problema con la señorita, Ty? —Jeremiah trata de sonar casual, pero hay miedo filtrándose en su voz.

—Quítate, pedazo de imbécil, esto no es contigo —espeta mi atacante.

—Me temo que no puedo quitarme cuando tú eres un gorila de dos metros y la chica apenas llega al metro cincuenta —dice, Jeremiah—. ¿Te debe dinero?, ¿cuánto?, yo puedo pagarte.

Tyler asoma su cabeza por encima de Jeremiah, ignorando sus preguntas. Sus ojos encuentran los míos en ese momento.

—Si no te alejas de él, vas a terminar mal —dice, con brusquedad. Un escalofrío helado me recorre de pies a cabeza—. No estoy aquí para amenazarte, pero será mejor que te alejes. Por tu bien, chica.

Mi mandíbula se aprieta con fuerza y mis uñas se clavan en la carne blanda de mis palmas cuando cierro los dedos en puños.

Entonces, sin decir una palabra más, se gira sobre sus talones y se echa a andar de vuelta por donde vino.

CAPÍTULO 36

—*¡Jo-der!* —exclama Jeremiah una vez que Tyler se ha perdido de vista—, ¡estuve a punto de, literalmente, hacerme encima! —se gira para encararme—. ¡Maldita sea, mujer!, debes dejar de meterte con matones. Vas a conseguir que me dé un infarto masivo antes de llegar a los veinticinco —pone una mano en su pecho de forma dramática y deja escapar un suspiro entrecortado—. Primero, Bestia. Ahora, Tyler, ¿qué sigue?, ¿el jefe de ambos?

El alivio, la angustia y la risa provocada por la diarrea verbal de Jeremiah, se arremolina dentro de mi pecho. Una carcajada histérica brota de mis labios, pero suena más amarga que nada. Se siente erróneo reír, pero es lo único que puedo hacer ahora mismo.

—*¡No, no, no, no!* —me mira, con horror fingido—, ¡no te rías!, ¡estoy hablando en serio!, vas a hacer que me maten por defenderte.

—Lo siento —digo mientras trato de reprimir las carcajadas jadeantes que me asaltan.

—*¡Más te vale sentirlo!* —dice, y niega con la cabeza—, ¿por qué te seguía de todos modos?, ¿le debes dinero?, ¿de quién se supone que debes alejarte?

Todo el humor previo se fuga de mi cuerpo y muerdo la parte interna mientras desvío la mirada de la suya.

Mis puños se aprietan con fuerza y la pesadez se apodera de mí. Se siente como si hubiese tragado un puñado de piedras y estas se hubiesen asentado en el fondo de mi estómago. El nerviosismo se arremolina en mi vientre y la angustia atenaza mis intestinos con tanta intensidad, que casi puedo jurar que duele físicamente.

La amenaza de Tyler retumba en mi cerebro una y otra vez, y lo único que puedo hacer, es pensar en el chico con cicatrices que me trata como si fuese el ser más maravilloso de la tierra.

¿Cómo podría alejarme de lo único bueno que me ha pasado en la vida?...

—Tierra llamando a Maya —una mano se ondea delante de mí y cierro los ojos, al tiempo que tomo una inspiración profunda.

El aire se escapa de mi boca con lentitud y mi pecho agradece ese pequeño instante de relajación.

Mi cabeza se menea en una negativa y trato de ignorar la quemazón en la parte posterior de mi garganta.

—¿Vas a explicarme qué demonios ocurre?, ¿por qué Tyler siquiera te conoce?

—¿Por qué lo conoces tú? —clavo mis ojos en los suyos, a la defensiva.

Él rueda los ojos y hace un gesto desdeñoso con una mano.

—¿Recuerdas a mi amigo Rob? —dice. La imagen del chico de piel oscura que me ofreció marihuana en el auto de Jeremiah, invade mi mente. Entonces, asiento—: Bueno, él le compra marihuana a Tyler. Ya te lo había dicho.

—¿Lo hiciste? —mi ceño se frunce mientras trato de recordar esa conversación, sin tener mucho éxito.

Jeremiah asiente.

—Como sea —se encoge de hombros—, no has respondido mi pregunta. ¿De dónde conoces a Tyler?, porque honestamente no creo que consumas algún tipo de sustancia.

Muerdo mi labio inferior y bajo la mirada.

—Es... *complicado*.

—Sí, bueno —suelta una risa carente de humor—, yo no soy estúpido, así que creo que entenderé si me lo explicas.

Tomo una bocanada profunda de aire y el frío quema en mis pulmones. No estoy muy segura de qué decir, pero necesito sacarlo de mi sistema o voy a estallar.

Alzo la vista para encontrar la mirada interrogante de Jeremiah y me abrazo a mí misma.

—¿Podemos ir a algún otro lugar?, prometo contártelo todo, pero aquí no —mascullo.

El chico asiente con dureza y hace un gesto hacia la calle detrás de mí.

—Vamos —dice—, por aquí cerca hay una cafetería.

El trayecto al lugar es silencioso; sin embargo, lo agradezco. He pasado esos minutos tratando de ordenar mis ideas sin éxito alguno. No puedo mentirle a Jeremiah. No *quiero* hacerlo. No cuando me ha salvado de algo horrible.

No sé qué pretendía Tyler al seguirme, pero estoy segura de que no era nada bueno. De no haber sido por el chico que camina a mi lado, no sé dónde estaría en este momento...

Al entrar al establecimiento, el olor a café y canela invade mis fosas nasales. Jeremiah nos guía hasta una mesa apartada del resto y se deja caer de forma descuidada en el sillón de media luna. Yo me siento del lado opuesto y jugueteo con las puntas de mi cabello mientras el silencio se asienta entre nosotros.

No puedo mirarlo a la cara, pero a él no parece importarle en lo absoluto. Está bastante entretenido leyendo el menú.

Una mesera se acerca a los pocos minutos de haber llegado y él ordena un par de cafés con crema de caramelo y galletas.

Una vez que la chica se ha retirado, clava sus ojos en mí.

—¿Y bien?

Aprieto mis ojos durante unos segundos y entrelazo los dedos en mi regazo antes de alzar la vista para encararlo.

Quiero decir algo, pero las palabras no vienen a mí. Es como si hubiesen sido olvidadas por mi lengua. Como si mis cuerdas vocales no fuesen capaces de recordar cómo producir algo de sonido.

—No sé por dónde empezar —digo, tras un largo e incómodo momento.

—Trata de empezar por el principio —se recarga en el respaldo del sillón y entrelaza sus dedos por detrás de su cabeza, en un gesto casual y despreocupado—, ¿cómo demonios es que te has involucrado con Bestia y Tyler?

Tengo la necesidad imperiosa de puntualizar que *Bestia* no es el nombre de Harry, pero reprimo el comentario.

—Yo... —vacilo un segundo y balbuceo algo que ni siquiera yo soy capaz de comprender.

—Al grano, Maya —a simple vista, Jeremiah luce casual; sin embargo, la tensión en sus hombros delata cuán ansioso se encuentra.

—Estoy saliendo con Harry —suelto, sin más.

El silencio se apodera del ambiente. La expresión del chico frente a mí es cautelosa e incrédula.

—¿Harry? —su voz tiembla ligeramente—. ¿Harry *la Bestia*? ¿Harry «la Bestia» Stevens?

Asiento, incapaz de confiar en mi voz.

—¿Estás loca?! —chilla.

Siento el peso de decenas de miradas posadas en nosotros, y quiero fundirme en el asiento de cuero. Mi vista pasa fugazmente por todo el lugar, y noto la alarma en las expresiones de la gente a nuestro alrededor.

—¿Quieres bajar la voz? —siseo.

—¡Dios mío!, ¿en qué demonios estabas pensando al involucrarte con él? ¿Tienes una jodida idea de lo peligroso que es, Maya? ¡*Maldita sea!*, ¡podría hacerte daño! —baja la voz, pero no estoy segura de que aún sea suficiente como para no ser escuchados.

—¡*Cállate!* —siseo en su dirección—, ¡ni siquiera lo conoces!

—¿Y tú sí? —se inclina sobre la mesa y me mira directo a los ojos—, ¿tú sí lo conoces?

—Lo conozco mejor que tú y que cualquiera de la gente que cree saber una mierda sobre él —espeto, con brusquedad.

—El que sea bueno contigo, no quiere decir que no sea un hijo de puta —la voz de Jeremiah es ronca y profunda.

—No lo es —siseo. El coraje se filtra en cada una de las células de mi cuerpo y no puedo parar—. No sabes cuán noble y generoso es. No sabes cuántas veces se ha caído y cuántas veces se ha levantado. Él no es un asesino. Nunca ha matado a nadie.

—Eso es lo que él te ha dicho.

—¡Esa es la maldita verdad! —exclamo. Esta vez no me importa que la gente nos mire—. Harry no sería capaz de hacerle daño a nadie y, si te dieras la oportunidad de hablar con él, aunque fuera una vez, te darías cuenta de eso.

La mandíbula de Jeremiah se aprieta y un músculo salta en ella debido a la presión. Sus puños están cerrados sobre la mesa y, a través del coraje que se ha apoderado de sus ojos, soy capaz de mirar el pánico que siente.

Estiro mi mano para alcanzar una de las suyas y la aprieto en un gesto conciliador.

—Harry nunca me haría daño, Jeremiah —mi voz suena suave ahora—. Él no ha hecho otra cosa que no sea cuidar de mí.

Algo en su expresión se suaviza, pero no luce convencido del todo.

—¿Cómo puedes estar segura de que no es el tipo que dicen que es?

—Estoy segura porque lo he visto enojado hasta la mierda. Lo he visto furioso y en sus peores momentos, y puedo asegurarte que no hay nada en él que sea así de cruel —aseguro—. Jeremiah, Harry no es una mala persona.

Niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza.

—Maldita sea —masculla—, no tienes idea de la mierda en la que acabas de meterte —sus ojos encuentran los míos y debe ver algo en ellos, ya que se apresura a aclarar—: No lo digo por Stevens. Lo digo por Tyler. Ese tipo no tiene escrúpulos —la preocupación invade sus facciones—. Él no te quiere cerca de Be..., quiero decir, Stevens, ¿cierto?

Trago duro.

—No.

Jeremiah niega con la cabeza.

—Tienes que decirle a Harry lo que ha pasado, Maya —dice. No me pasa desapercibido el hecho de que lo ha llamado por su nombre—. Tienes que decirle que Tyler te ha amenazado. Ese tipo es capaz de cosas horribles.

El nudo de ansiedad vuelve en ese momento.

—N-no sé cómo decírselo sin que enloquezca —confieso, sin aliento—. Va a querer hacerle daño si sabe que me ha cazado en su auto y me ha amenazado.

—No puedes ocultárselo —Jeremiah suena determinante—. Es peligroso y, si no se lo dices tú, lo haré yo. Así me orine en los pantalones por hablarle, iré a buscarlo y se lo diré.

Una risa corta y nerviosa me asalta solo porque el chico no puede evitar hacer bromas a pesar de la seriedad de la situación.

—Me da miedo que haga una locura —susurro, con un hilo de voz, una vez recuperada la compostura.

—Oh, no, Maya. Eso no será una locura, será un homicidio —Jeremiah asiente—. Stevens estará tan molesto, que asesinará a Tyler. De eso no hay duda.

Hago una mueca de desagrado.

—Gracias por los ánimos.

—Por nada.

Otra risa nerviosa se me escapa.

—Eres un idiota.

—Me lo han dicho muchas veces —dice, y se encoge de hombros antes de añadir—: ¿Puedo darte un consejo?

—No voy a alejarme de él —respondo, tajante, porque sé qué es lo que va a decirme.

Él hace una mueca.

—Es peligroso estar en la vida de alguien así —dice, de todos modos—. Stevens, por muy buen chico que sea, está metido hasta el cuello en esa mierda y puede arrastrarte dentro del hoyo si tratas de sacarlo.

—No me importa —digo, porque es cierto—. No me importa nada si estoy con él.

—¿Tienes una idea de lo estúpida que sueñas?

Asiento.

—Bien. Es bueno que sepas que eres una loca que piensa con la vagina y se pone en riesgo.

La mesera de hace un rato aparece, de pronto, y lleva entre las manos una bandeja con lo que Jeremiah ha ordenado para nosotros. Eso hace que nuestra charla se detenga abruptamente.

La chica nos regala una sonrisa amable y desaparece por donde llegó antes de que mi amigo tome un sorbo del café que nos ha traído.

Yo imito su acción y me obligo a tragar el líquido caliente antes de tomar una galleta y mordisquearla a desgana.

—¿Viniste a verlo? —Jeremiah habla, tras un largo silencio.

—Sí.

—¿Por qué no te llevó a casa?

—Porque le pedí que no lo hiciera —hago una mueca—. Tenía pensado ir a uno de los centros comerciales de Union Square para comprar un teléfono celular. Él tenía cosas que hacer. No quería abusar.

Jeremiah suspira y niega con la cabeza.

—Yo te llevaré al centro comercial y después a tu casa —anuncia. Estoy por protestar, pero él me interrumpe—: Ni siquiera intentes hacerme cambiar de opinión, Maya. No es bueno que andes sola por la calle. No después de lo que acaba de pasar.

Muerdo mi labio inferior.

—Aún no sé cómo voy a decírselo a Harry —mascullo.

—Quizás puedas decírselo después de una buena y sucia follada —bromea, y siento el rubor apoderándose de mis mejillas.

—Eres un tonto —murmuro y él suelta una carcajada.

—Sabes que solo bromeo —me guiña un ojo y toma un par de galletas—. Terminemos con lo que he ordenado y vamos al centro comercial.

Una sonrisa suave se dibuja en mis labios y, sin más, me concentro en terminar la taza de humeante café que tengo frente a mí.

Me enfoco en bloquear todo lo demás, porque es demasiado para lidiar ahora mismo, y le doy un sorbo al líquido caliente.

~ ~ ~

Al llegar a casa de Kim, me topo de frente con la visión de Will, mirando el televisor. Su expresión concentrada me hace sonreír y, cuando se percató de mi presencia, me regala una sonrisa amable. Mi sonrisa se ensancha un poco más y me acerco hasta tomar asiento en uno de los sillones cercanos.

Han pasado ya varias semanas desde que vivo aquí. Kim y Will han aceptado dejarme pagarles una renta mensual. También han accedido a dejarme aportar para la despensa y los gastos básicos del apartamento. Eso ha hecho que yo me sienta más cómoda estando a su alrededor.

Ahora no siento como si estuviese siendo un parásito.

—¿Todo bien? —pregunta con curiosidad y me saca de mis cavilaciones.

—Sí —mi sonrisa vacila.

—¿Segura? —sus cejas se alzan con incredulidad—. No luces bien. ¿Peleaste con Harry?

—No —niego rápidamente—, lo que ocurre es que... —me detengo, sin saber si debo o no hablar de esto con alguien—, pasó algo que debe saber, pero no sé cómo decírselo. No sin provocar que su cerebro haga erupción y quiera destrozar el mundo con sus manos.

—El chico es impulsivo, ¿cierto? —baja el volumen de la televisión y yo asiento—. ¿Por qué no lo tratas pidiéndole que, antes de sacar cualquier clase de conclusión, te permita terminar de hablar?, pídele que mantenga la calma hasta que termines de contarle lo ocurrido y, si es posible, hazlo prometer que no va a volverse loco al respecto.

Asiento, pero dudo mucho que Harry acceda; sobre todo cuando se trata de algo que atenta directamente con mi seguridad.

—Mañana que lo vea hablaré con él —digo, más para mí que para él.

—Todo irá bien —me alienta y me regala una sonrisa suave.

—¿Tienes hambre? —me pongo de pie, de pronto—. Estaba pensando en cocinar algo italiano.

—¡Dios, sí!, ¡el pollo del otro día estuvo delicioso! —exclama, entusiasmado.

Una sonrisa radiante se dibuja en mis labios.

—Te enseñaré a hacerlo para que le cocines a Kim cuando seas su flamante esposo —anuncio y él ríe.

—Te amaré de por vida si tu pollo me consigue una noche de sexo desenfrenado.

—¡Will! —exclamo, con fingido horror—, ¡eso es asqueroso!

Una carcajada brota de sus labios y, sin decir una palabra más, me encamino hasta la cocina para preparar la cena.

~ ~ ~

El tono de llamada suena tres veces antes de que la voz de Harry inunde el auricular.

—¿Qué? —escupe con violencia y me sobresalto un poco ante la dureza de su tono.

—Hola... —tartamudeo, medio aturdida por su respuesta.

—¿Maya? —su voz cambia repentinamente. Suena más como al Harry que conozco y menos como ese chico al que apodan Bestia.

Una risa suave me asalta.

—¿Así es como le respondes el teléfono a todo el mundo? —digo.

Él ríe entre dientes.

—Sí —dice y noto la vergüenza en su tono. Sin embargo, no hago ningún comentario al respecto.

—Perdón por no llamar ayer —me disculpo—. No quería interrumpirte mientras trabajabas —el silencio se apodera de la línea y me recargo junto a la puerta de la entrada. Espero a que Kim salga para irnos al trabajo juntas.

De pronto, cientos de preguntas acerca de lo que hizo anoche vienen a mí. No quiero ser el tipo de chica que desconfía de su novio, pero la incertidumbre es corrosiva cuando la imagen de Nadia viene a mi cabeza. Necesito preguntar. Necesito saber si ella estuvo ahí.

Tomo una inspiración profunda y me aclaro la garganta.

—¿Cómo estuvo la fiesta de anoche? —trato de sonar casual mientras hablo.

—Aburrida como la mierda —dice y casi puedo dibujar en mi cabeza ese rodar de ojos exasperado que suele hacer cuando algo le irrita—. Hubiese preferido mil veces pasar ese tiempo contigo. Por cierto, la nariz de Nadia necesitará cirugía —soy capaz de escuchar la sonrisa de Harry a través del sonido de su voz y eso pinta una en mí—. Déjame decirte, amor, que golpeas como chico.

Reprimo la carcajada que se construye en mi garganta.

—Más le vale no haberse acercado a ti en toda la noche. Todavía hay muchas partes de su cara que puedo desfigurar —digo.

—Tranquila, fierecilla —ríe—, la mantuve al margen.

—Más te vale. A ti también podría desviarte la nariz —bromeo.

—Sí... Espero que nunca lo hagas —dice—. ¿Lo imaginas?, ¿con cicatrices y la nariz hecha mierda?, seré el Frankenstein del siglo veintiuno.

Esta vez no lo reprimo. Una carcajada limpia brota de mis labios. Él también ríe un poco, pero se queja mientras trato de recuperar el aliento.

—Como sea —masculla—, ¿te veré hoy?

—Sí —respondo, casi de inmediato. El humor se fuga de mí, de pronto, porque necesito decirle acerca de lo que ocurrió ayer por la tarde—. De hecho, necesito hablar contigo sobre algo.

—¿Sobre qué? —suena ansioso ahora.

—No es nada importante —miento—, pero sí me gustaría hablarlo en persona.

El silencio al otro lado de la línea me hace saber que no me ha creído del todo.

—De acuerdo. ¿Paso por ti al trabajo? —dice, finalmente.

—¿Quieres pasar por mí al trabajo?

—Maya, por favor, no seas ridícula —un poco del buen humor previo tiñe su tono de voz—, yo siempre quiero pasar por ti al trabajo.

Una sonrisa boba se apodera de mis labios.

—Entonces te veo ahí a las ocho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Vacilo unos segundos.

—Te quiero —digo, tímida.

—También te quiero, Maya —su voz suena seria ahora, y lo único que quiero hacer, es que sean las ocho de la noche para verlo una vez más.

—Te veo más tarde —digo, con un hilo de voz.

—Estaré contando los minutos para verte, pequeña.

Mi corazón hace un baile extraño dentro de mi pecho, pero no decimos nada más. Él se despide con un simple «hasta luego» y finalizamos la llamada.

~ ~ ~

El día en el Joe's Place ha sido ajetreado. He pasado la mayor parte del tiempo corriendo de un lado para otro con platos de comida entre las manos.

Mis piernas duelen por el cansancio y la ropa se pega a mi cuerpo de manera incómoda porque la cocina está tan caliente, que no he dejado de sudar en todo el día.

Quiero que la jornada termine ahora mismo. Quiero ver a Harry, darle un beso y fundirme entre sus brazos...

Fred no ha dejado de despotricar en contra de la mujer pedante que se ha instalado en una de sus mesas, mientras que Kim y yo tratamos de no reírnos de su enojo.

Estoy concentrada en el acomodo de las bandejas que debo llevar a una de mis mesas, cuando la voz de Donna, la gerente, llega a mis oídos.

—¡Bassi! —medio grita.

Mi vista se alza de golpe y siento cómo mi corazón se salta un latido.

—¿Sí? —quiero golpearme por sonar así de asustada.

—Te buscan afuera —su expresión inescrutable oculta a la perfección cualquier emoción en su rostro. No sé si está molesta o si no le importa en lo absoluto que alguien venga a verme en horario de trabajo—. Te esperan por la puerta de servicio. No demores demasiado.

Kim golpea su cadera con la mía y una sonrisa boba se dibuja en mis labios mientras aliso mi falda y rehago la coleta en mi cabeza. Kim reprime una sonrisa

cuando paso junto a ella. Entonces, palmea mi trasero.

—Ve por él, nena —dice.

Le regalo una mirada cargada de severidad, pero no puedo dejar de sonreír como idiota. Ambas sabemos que Harry es la única persona que viene a verme en horario de trabajo, así que no hay necesidad alguna de tratar de negarlo.

Salgo por la puerta trasera del establecimiento a toda velocidad, dispuesta a correr, cual adolescente, a los brazos de Harry, cuando la veo...

Nadia, la chica del apartamento de Harry, está aquí y la acompañan dos chicas. Lleva un bate de béisbol entre las manos y me mira como si hubiese esperado esto durante mucho tiempo.

—Vinimos a traerte un mensaje de Tyler —la sonrisa maliciosa en sus labios me eriza los vellos de la nuca. Ni siquiera el aparatoso parche en medio de su cara puede apartar la sensación enfermiza que se apodera de mis entrañas cuando la escucho hablar.

Doy un paso hacia atrás, y justo cuando estoy a punto de girarme para correr, el dolor estalla en mi cabeza.

Puntos negros oscilan en mi campo de visión y caigo al suelo de rodillas. Otro golpe viene a mí y grito de dolor mientras caigo sobre mi costado. De pronto, me percató de la presencia de otra chica. Son cuatro en total.

Ella me regala una sonrisa que no toca sus ojos y se aparta para que Nadia se pose delante de mí.

—Tyler tiene un mensaje para ti. ¿Estás lista para él? —dice la chica rubia del parche en la nariz—. Él nos pidió que te dijéramos: «Aléjate de Stevens».

En ese momento, alza el bate por encima de su cabeza y, entonces, me golpea.

CAPÍTULO 37

No es real.

Nada de esto es real.

No se siente como si lo fuese.

Bailo en el limbo de la inconsciencia y todo parece haberse ralentizado y difuminado. Estoy dentro de un túnel inmenso donde solo existen palabras entrecortadas y rostros confusos a mi alrededor.

Un grito se abre paso y taladra en mis oídos. Quiero que se calle. Quiero que deje de masacrar mi cerebro con su potencia irritante...

Entonces, me quedo sin aliento y el sonido se apaga.

Solo hasta ese momento, me doy cuenta de que el grito provenía de mis labios. Solo hasta ese momento, soy consciente del dolor lacerante en mi cabeza y, solo entonces, soy capaz de enfocar la vista en el caos de sombras y luces parpadeantes que me envuelve.

Un rostro familiar aparece en mi campo de visión y se va casi de inmediato. Las palabras brotan de mis labios, pero ni siquiera sé qué es lo que digo o por qué lo digo.

Un caleidoscopio de imágenes inconexas y confusas se entreteje en mi campo de visión y estoy flotando. Me muevo sin dirección alguna porque ya no soy dueña de mi cuerpo, y una fuerza mayor me arrastra y me guía hacia un lugar desconocido.

El sonido de las sirenas viene a mí. Una voz pregunta mi nombre y no puedo conectar el pensamiento «Maya Bassi» con mi boca. No puedo hablar. Es como si hubiese perdido la capacidad de emitir sonidos con mis cuerdas vocales.

Todo mi ser está envuelto en una capa aterradora de dolor intenso y profundo. El sabor de mi sangre invade mis papilas gustativas y el líquido caliente se cuela por mi garganta hasta hacerme toser.

Los espasmos envían choques punzantes por toda mi anatomía y quiero gritar una vez más.

Es demasiado. No puedo más. Es *demasiado*...

Mi vista se oscurece por los bordes y sé que no podré soportarlo más. Voy a desmayarme. Voy a perderme en el mar de la inconsciencia.

~ ~ ~

Un zumbido se mezcla con el pitido rítmico que se cuele en mi audición. El mundo parece estar a punto de despedazarse debajo de mí y lo único que quiero es que el silencio absoluto lo engulla todo.

Soy consciente del hedor a alcohol y antisépticos, y de la resequedad que hay en mi garganta. Se siente como si me hubiese tragado una bolsa de clavos.

Lucho por abrir mis ojos, pero lo único que consigo es un débil revoloteo de pestañas. La desesperación se hace presente en mí en ese momento.

—¿Maya? —todo cae en su lugar. Todo vuelve a tener sentido en el instante en el que *él* pronuncia mi nombre—. ¿Maya, me escuchas?, ¿estás despierta?

Dedos cálidos se entrelazan con los míos y la suave y familiar presión hace que luche con más fuerza contra la bruma que me hunde en este limbo profundo.

Me toma una eternidad tener el control suficiente para abrir los ojos y, cuando por fin logro hacerlo, una luz cegadora me golpea y me obliga a cerrarlos de nuevo. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la escandalosa iluminación y, entonces, el rostro de Harry aparece en mi campo de visión.

Su cabello, usualmente suelto alrededor de su cara, ha sido empujado hacia atrás en una coleta baja, las bolsas debajo de sus ojos delatan lo poco que ha dormido y parece como si hubiese envejecido veinte años en tres minutos. Su expresión angustiada y descompuesta hace que mi pecho duela y se estremezca. De pronto, lo único que deseo hacer es borrar esa arruga profunda entre sus cejas.

Quiero pronunciar su nombre. Quiero preguntar qué ha pasado. Quiero decirle que estoy bien y que no tiene por qué mirarme como si estuviese viendo a un fantasma..., pero no puedo.

Hay algo atravesado en mi garganta que me impide hacer otra cosa que no sea lanzar pequeños sonidos quejumbrosos.

—Gracias a Dios que estás despierta —sus ojos se nublan con lágrimas, pero no llora. Solo acerca sus manos a mi cara y se detiene antes de tocarme.

Levantar mi mano para llevarla a mi boca y ver qué es lo que me impide hablar, es toda una proeza. Mi cuerpo grita con cada movimiento que realizo, así que apenas logro colocar los dedos sobre el aparato que tengo atravesado en la garganta.

—Estás en un hospital —Harry aparta mi mano para llevársela a los labios y depositar un beso en el dorso. Entonces, se atreve a tocarme. Retira el cabello lejos de mis ojos y traga duro—. Tienes un tubo dentro de la garganta. No estabas respirando bien cuando llegaste y tuvieron que ponerlo. Voy a llamar al médico para que vengan a cerciorarse de que todo está en orden, ¿de acuerdo?, prometo que no tardaré.

Entonces, sin decir una palabra más, se aparta de mí.

A los pocos minutos, estoy rodeada de médicos y enfermeras. El tubo es retirado fuera de mí y casi devuelvo el contenido de mi estómago por las arcadas que provoca esta acción; sin embargo, logro retener los jugos gástricos dentro de mi cuerpo.

El doctor Hudson, el hombre que, al parecer, me atendió desde que ingresé al hospital, hace las preguntas más ridículas del mundo.

Me pide que diga mi nombre completo al derecho y al revés, me pregunta mi edad, mi año de nacimiento; me pide que le cuente qué fue lo último que recuerdo haber comido, y me hace repetir una serie de oraciones bobas antes de mostrarme fotografías con figuras y colores. Después, me obliga a mover algunas partes de mi cuerpo, como las manos, los pies, los dedos, la boca, la lengua; incluso, me ha pedido que toque mi oído izquierdo con la mano derecha mientras aprieto mi nariz con la mano izquierda; cosa que no ha sido fácil. No cuando se lleva un collarín duro hasta la mierda alrededor del cuello.

Una vez terminado el exhaustivo escrutinio, me explica que esas pruebas son necesarias para detectar cualquier clase de daño cerebral. Habla sobre la fractura que hay en la base de mi cráneo y de los cuidados que debo tener para evitar complicaciones.

—Tuvimos que hacerte un drenaje lumbar porque la presión en tu cabeza estaba causando un derrame de líquido cefalorraquídeo, así que llevas una sonda en la parte baja de tu espalda, justo en la espina —él parece notar la confusión en mi mirada, ya que me sonrío y explica—: El líquido cefalorraquídeo es el fluido alrededor del cerebro.

Los dedos de Harry aprietan los míos y me obligo a mirarlo. Él me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—No vas a retirar el collarín cervical por nada del mundo durante cinco semanas, ¿de acuerdo? —continúa—, si hay sangrado en oídos o nariz, moretones detrás de las orejas o los ojos, dificultad para mover alguna parte del rostro, falta de oído, babeo o sequedad en la boca, dificultad para moverse o dolor de cuello o movimientos incontrollables de alguna parte de tu cuerpo, debes hacérmelo saber inmediatamente. Vamos a mantenerte en observación durante unos cuantos días más y, cuando vayas a casa, las indicaciones serán las mismas: si hay alguno de estos síntomas, deberás venir de inmediato al hospital.

—¿Puede poner eso en una lista? —digo, y una risa nerviosa brota de mis labios. Ni siquiera sé por qué río. Todo dentro de mí es un bloque de hielo provocado por el pánico.

Tengo una fractura de cráneo. Hay grietas en el hueso que cubre mi cerebro y sigo aquí. *Viva...* ¿cómo es eso posible?

El médico sonrío y sacude la cabeza.

—Me aseguraré de ponerlo en una lista para ti —afirma—. En unos minutos más van a traerte algo de alimento para ver cómo trabaja tu aparato digestivo. Las demás lesiones en tu cuerpo son externas, pero no queremos confiarnos. Las hemorragias internas suelen aparecer cuando el cuerpo empieza a trabajar a su ritmo habitual, así que vamos a estar preparados para cualquier cosa.

Dicho todo esto, el doctor se marcha y minutos más tarde, una enfermera entra a la habitación con una bandeja de comida.

Ella coloca el material plástico delante de mí y me regala una sonrisa.

—Son alimentos blandos. Trata de comer despacio. Si empieza a doler en cualquier parte de tu cuerpo, por favor, dímelo, ¿de acuerdo? —dice.

Asiento mientras observo por el rabillo del ojo cómo Harry alcanza la gelatina empaquetada y la cuchara plástica. Retira el aluminio de la parte superior y toma un poco del contenido antes de extenderlo en mi dirección.

—Come —ordena con suavidad y aparto el rostro cuando la cuchara roza mis labios. Sin embargo, estoy sonriendo.

—Yo puedo hacerlo —digo, medio divertida, pero Harry no luce de humor para juegos. Sé que algo le inquieta porque ha estado más serio que de costumbre, así que cedo cuando pone el plástico cerca una vez más.

Me tomo mi tiempo deshaciendo la gelatina en mi boca antes de tragarla. La frialdad recubre mi garganta lastimada, lo cual agradezco. Entonces, miro a Harry a los ojos.

—¿Estás bien? —pronuncio.

De pronto, sus manos empiezan a temblar de forma incontenible; como si algo se hubiese detonado con mi pregunta y ahora estuviera a la deriva en un mar de nerviosismo.

Deja el contenedor plástico sobre la bandeja y se levanta de la silla para ahuecar mis mejillas y besarme.

Un gemido brota de mis labios por la desesperación de sus movimientos y un nudo se instala en mi vientre solo porque está siendo urgente e intenso. Mis dedos se afianzan sobre los suyos, y correspondo a su caricia mientras me pierdo y ardo bajo el calor de sus labios.

Entonces, se aparta de mí y une su frente a la mía. Su aliento tembloroso se mezcla con el mío, jadeante.

—Jamás vuelvas a asustarme así, Maya —susurra—. No te atrevas a volver a hacerme esto.

Quiero protestar y decir que yo no fui, que yo no hice absolutamente nada para ponerme en esta situación; sin embargo, lo reprimo. En su lugar, me concentro en trazar círculos dulces en su piel, con mi dedo pulgar.

—¿Qué pasó? —habla, sin apartarse de mí. Una de sus rodillas está apoyada al borde de la cama y eso lo mantiene firme en su lugar.

Los recuerdos estallan en mi cabeza, como si esa sola pregunta hubiese tirado del gatillo.

Recuerdo haber salido del restaurante, recuerdo a Nadia y a las dos chicas a su lado. También, recuerdo haber intentado huir y haber recibido un golpe en la nuca patrocinado por una cuarta chica. Después de eso, todo se vuelve confuso y extraño.

Sé que debo decirle a Harry. Sé que debo contarle, también, acerca de la amenaza de Tyler, pero ahora mismo no me parece que sea el lugar adecuado para hacerlo. Cuando lo haga, quiero tener la capacidad de detenerlo de hacer cualquier estupidez. Si se lo digo ahora, va a salir hecho una furia. Ni siquiera voy a poder bajar de la cama debido a la ridícula cantidad de sondas que están pegadas a mis venas.

—No lo recuerdo del todo —digo. Es mitad mentira y mitad verdad—. Me golpearon en la nuca y... Y solo puedo recordar ruidos extraños y *flashes* de imágenes sin sentido.

Siento cómo su cuerpo se tensa.

—Kim dice que te escucharon gritar —su voz se ha enronquecido varios tonos—. Dijo que, cuando salió, cuatro chicas corrieron lejos de ti y te dejaron ahí, tirada, medio desmayada. Ella llamó a la ambulancia y me marcó desde tu teléfono para avisarme dónde te encontrabas —traga duro y mi miedo incrementa—. Maya, pasaste más de media semana inconsciente —su voz se quiebra—, ¿tienes una idea de lo mierda que fue eso?, sentí que... Creí que...

Entonces, lo beso de nuevo. Él gruñe contra mi boca, pero corresponde a mi caricia.

Cuando nos separamos, me obligo a mirarlo a los ojos.

—Estoy bien —digo—. Todo está bien ahora.

Sus manos abandonan mi rostro para entrelazarse con las mías. Un beso es depositado en mi frente antes de que se aparte para volver a intentar alimentarme.

Harry no deja de acercar comida a mi boca y yo no dejo de protestar. Argumento una y otra vez que soy perfectamente capaz de comer por mi cuenta, pero él me ignora todas y cada una de esas veces.

Después de asegurarse de que he comido todo lo que estaba en la bandeja, se sienta sobre el colchón duro de la camilla para poder envolverme los hombros con uno de sus brazos. Pregunta cómo me siento cada pocos minutos y ríe un poco cuando me quejo de sus gestos sobreprotectores.

Estoy agotada. Tengo tanto sueño, que apenas puedo mantener los ojos abiertos, pero no quiero dormir. No cuando él está aquí conmigo.

Alrededor de las seis de la tarde, una enfermera entra a la habitación y le dice a Harry que el horario de visitas ha terminado y que debe dejarme descansar.

El gesto enfurruñado en su rostro hace que una carcajada estalle fuera de mí. La acción detona una punzada de dolor en mi costado izquierdo; sin embargo, no es a causa de nada interno. La enfermera se cerciora de ello.

Harry se las arregla para tratar de convencer a la mujer de regalarle diez minutos más para despedirse de mí y, una vez que consigue que nos dé un momento más de privacidad, se apresura a llegar a mi lado para besarme de nuevo.

—Estaré justo aquí, ¿de acuerdo? —susurra, contra mi boca—. No voy a ir a casa sin ti.

Una sonrisa pequeña y tímida tira de las comisuras de mis labios.

—No seas bobo —lo reprimo—, ve a casa, descansa y come algo. Estaré aquí mañana. Prometo que no iré a ningún lado.

Él niega con la cabeza.

—No me iré sin ti —dice, con determinación—. No me he movido de aquí en casi cinco días. Puedo estar un par más. No es problema para mí.

—¡Dios mío, Harry! —exclamo, con exasperación—. Ve a casa. Duerme en tu cama. Estaré bien.

—No insistas, Maya —él refuta—. No me iré de aquí. Sé que luzco como un maldito indigente, pero no estoy dispuesto a dejarte, ¿me oyes?

Olisqueo en su dirección y hago una mueca de fingido asco.

—Necesitas una ducha, Stevens —bromeo.

—Tú también, Bassi —se encoge de hombros mientras sonrío.

—También necesito lavarme los dientes —asiento, en acuerdo.

—Lo necesitas. Realmente tu aliento es... —golpeo su brazo con mi puño cerrado antes de que, siquiera, pueda terminar la oración—, *joye!*

—Eres un tonto —mascullo, avergonzada—. No volveré a besarte hasta que lave mi boca.

Él trata de llegar a mis labios, pero yo rehúyo lo más que puedo. Entonces, sostiene mi cara entre sus manos y planta un beso casto sobre mi boca.

—Me gustas así —susurra, sin dejar de sonreír—, toda apestosa y eso.

—Idiota —el calor inunda mis mejillas y él suelta una risa entre dientes.

—También te quiero, amor.

—¡Oye! —la voz de la enfermera llega a nosotros de pronto, así que nos apartamos de golpe—, ¡baja ahora mismo de ahí!, ¡vas a lastimarla!, ¡si alguien te mira ahí van a...!

Harry se baja de la cama y rueda los ojos al cielo.

—Ya me iba —Harry alza los brazos, como si estuviese siendo amenazado por un arma de fuego. Entonces, se gira para mirarme—. Estaré justo aquí afuera. Si me necesitas, solo tienes que gritar.

—Sí —la enfermera habla, con sarcasmo—. Como si yo fuese a dejarte entrar a la hora que te plazca.

El chico en el umbral le dispara una mirada cargada de fingida irritación, pero ella ni siquiera se inmuta.

—Te quiero —digo, porque necesito hacerlo.

—Te quiero —dice, sonrío y me guiña un ojo, antes de desaparecer por el pasillo.

~ ~ ~

Kim ha venido a verme muy temprano esta mañana.

Me ha contado cómo me salvó de haber sido asesinada a golpes afuera del restaurante, y no me sorprende descubrir que le entusiasma la idea de ser una especie de heroína.

Will, por otro lado, trata de contener a su hiperactiva novia cuando esta manotea al aire mientras habla sobre la frialdad con la que pensó en el instante en el que me halló tirada en el suelo.

Al cabo de un rato, Kim y Will se despiden de mí porque deben ir a sus respectivos empleos; sin embargo, antes de que se vayan, les hago prometer que vendrán a verme pronto. Ellos aseguran que lo harán y se marchan después de eso.

La habitación se queda en silencio unos instantes y me pregunto dónde se encuentra Harry ahora mismo. Quizás ha tenido que salir de improviso. Quizás solo fue a conseguir algo para almorzar antes de venir a sentarse a mi lado el resto del día.

Estoy sumergida en mis pensamientos, cuando la voz de la enfermera me hace saltar en mi lugar.

No he escuchado qué es lo que ha dicho.

—¿Perdón? —sueno confundida y dispersa.

—Han dejado esto en la recepción para ti —repite, y alza un pequeño arreglo de flores a las cuales no les conozco el nombre. Entonces, lo coloca sobre la mesa junto a la puerta, y toma la tarjeta que venía en él y me la lleva a la cama—. Tu novio es un chico detallista.

Una sonrisa se pinta en mis labios.

—¿Sabe dónde está ahora?

—Dijo algo sobre conseguir café —ella sonrío—. No debe tardar.

Mi sonrisa se ensancha y saco el papel doblado que se encuentra dentro del sobre diminuto. En el instante en el que mis ojos se pasean por las líneas garabateadas, todo mi mundo se tambalea.

Solo hay cuatro palabras escritas. Cuatro de ellas y una firma:

«Ya sabes qué hacer.

Tyler.»

Mis manos tiemblan, y el aturdimiento me invade cada célula del cuerpo. El tiempo parece haberse detenido un nanosegundo, ya que todo se siente como si ocurriera en cámara lenta.

En ese momento, la certeza me golpea de lleno. No puedo posponerlo más. Tengo que contarle a Harry lo que pasó, y tiene que ser lo más pronto posible.

CAPÍTULO 38

—Juro por Dios, Stevens, que si no tienes cuidado, voy a tirar de tu cabello y voy a arrastrarte por todo el edificio —Kim amenaza, al ver cómo Harry se deja caer sobre el sofá cama donde me encuentro instalada.

Él ni siquiera se inmuta ante el tono autoritario y reprobatorio que utiliza la chica. Al contrario, con aire despreocupado, toma uno de los cojines de la sala para colocarlo detrás de su cabeza y tira de mí en su dirección. Sin embargo, sus movimientos son más delicados y precisos de lo que parecen, ya que cuida la forma en la que mi cabeza se asienta sobre su hombro.

—Te extrañé —susurra en mi oído mientras ignora a mi amiga.

—¡Estoy hablándote, idiota! —Kim lanza un cojín en nuestra dirección, pero Harry lo atrapa en el aire y lo empuja de regreso hacia ella. Una risa tonta me asalta solo porque jamás había visto a Kim tan indignada.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —Harry dirige su atención hacia ella—. En realidad, me encantaría pasar tiempo a solas con mi novia.

Mi corazón hace un baile al escucharlo llamarme de esa manera, pero trato de lucir casual y despreocupada mientras concentro mi atención en Kim.

El gesto indignado que esboza, me hace ahogar una carcajada. Mi amiga nos mira como si pudiese estrangularnos solo con el poder de su mente.

—¡No te atrevas a burlarte de mí, Maya Bassi! —chilla, y me señala con un dedo. Entonces, río con fuerza. Las carcajadas escandalosas no dejan de salir de mi garganta.

Ella entrecierra los ojos, al tiempo que se echa a andar en dirección al pasillo para ir a su habitación.

—¡Voy a darte *pizza* para la cena! ¡Ya lo verás! —grita hacia nosotros, justo cuando creo que no va a decir nada más.

La risa que se me escapa es tan estridente, que resuena en todo el apartamento.

—Tu amiga está loca —Harry se deja caer una vez más y besa mi mejilla. Una sonrisa juguetona baila en sus labios.

—En realidad, solo cuida de mí —la defiendo—. Del modo: «No muevas un solo dedo en tu vida o te mataré antes de que puedas matarte a ti misma en un descuido».

Una risa fresca se le escapa. Su cabeza se echa hacia atrás mientras la risa limpia abandona su cuerpo; sin embargo, no dice ni una sola palabra cuando esta se diluye para convertirse en una risa silenciosa.

Esta mañana fui dada de alta del hospital.

Harry no pudo estar ahí en ese momento porque, al parecer, su jefe lo necesitaba con urgencia. Fueron Will y Kim quienes se encargaron de traerme sana y salva de vuelta a su departamento.

Estaré incapacitada del trabajo alrededor de seis semanas. Mi sueldo apestará durante todo ese tiempo, ya que la paga que recibo como mesera no es buena en realidad. Lo que hace que el empleo valga la pena, son las propinas. Suelo ganar el doble de lo que me pagan en el restaurante gracias a ellas, pero no puedo quejarme demasiado cuando el dueño del Joe's Place va a pagarme por quedarme tirada en casa durante el tiempo que tarde en recuperarme.

No le he hablado a Harry acerca del asunto de Tyler. Tampoco le he hablado sobre las flores. De hecho, hice que la enfermera se deshiciera de ellas diciéndole que eran un regalo de un chico con el que había salido antes de salir con Harry. Le dije, también, que no quería que él las mirara porque iba a enloquecer. Ella rápidamente se las llevó lejos y prometió que me ayudaría a guardar el secreto.

He pasado todos estos días pensando en la forma en la que le diré lo que pasó, pero no se me ocurre cómo hacerlo. Simplemente, el día de hoy, he pasado alrededor de veinte minutos tratando de encontrar las palabras adecuadas para contarle todo esto a Harry.

Sé que podría moler a golpes a Tyler si se entera de lo que pasó.

Sé, también, que mi chico no se conformaría con eso. No va a tener suficiente con golpearlo y eso es lo que más me preocupa. Harry es tan volátil, que no me

sorprendería si intentara hacer algo más extremo.

Sé que una paliza es lo que menos se merece un tipo como Tyler, pero no estoy muy segura de que vaya a mantener en secreto mi existencia si Harry toma medidas en su contra. Nos tiene en la palma de su mano. Si llegase a hablarle a Rodríguez sobre mí, no sé qué podría ocurrirnos.

Me asusta pensar en lo que Harry es capaz de hacer si me veo amenazada por su jefe, y me asusta aún más pensar en la forma en la que podrían resultar las cosas si todo esto se sale de control...

Una esfera de angustia se ha formado en mi estómago y es cada vez más y más grande. Cientos de escenarios fatalistas invaden mi cabeza, y puedo sentir cómo todo el calor se fuga de mi cuerpo para dejar detrás una carcasa helada y rígida. Estoy tan *preocupada*...

—¿Qué sucede, amor? —la voz ronca y suave de Harry invade mi audición. Su aliento tibio golpea mi mejilla y su nariz se frota contra la piel de mi pómulos—, hace dos minutos reías, y ahora estás en otro mundo.

Giro un poco la cara para mirarlo; sin embargo, el plástico duro alrededor de mi cuello me impide hacerlo como me gustaría. Harry se remueve y coloca mi cabeza sobre uno de los cojines antes de apoyar su peso sobre su codo para poder mirarme a los ojos.

Su expresión luce ligeramente alarmada, así que tengo que reprimir el impulso que siento de pasar mi pulgar por las arrugas que han empezado a formarse en su entrecejo.

Quiero borrar todo indicio de intranquilidad de su rostro. Quiero cerrar los ojos y olvidarme de todo lo que me preocupa, pero sé que no puedo hacerlo. Necesito dejar de postergar esto. Debo ser honesta con Harry y contárselo todo.

Si no hablo ahora, podría ser demasiado tarde la próxima vez. No debo olvidar que estuvieron a punto de matarme a golpes. De no haber sido por Kim, habría muerto en ese callejón...

—Necesito hablar contigo —susurro, finalmente.

La confusión y el miedo toman fuerza en las facciones de Harry, pero no dice nada de inmediato. Parece procesar esas tres palabras, como si las hubiese dicho en un

idioma desconocido para él y necesitara escarbar en su memoria para rescatar su significado.

—¿Sobre qué? —dice.

Trago duro.

Muerdo la parte interna de mi mejilla. Mi cuerpo comienza a traicionarme y la serenidad previa va disolviéndose en la espesa bruma del nerviosismo.

Mi boca se abre para comenzar a hablar, pero aún no estoy lista, así que la cierro de nuevo. Trato una vez más, pero no soy capaz de pronunciar nada. Entonces, pruebo con algo diferente.

—Necesito que me prometas que no vas a volverte loco —digo.

Algo cambia en su mirada. Hay un brillo extraño en ella. No me atrevo a apostar, pero podría jurar que hay un atisbo de sospecha en sus ojos esmeralda.

—¿Hay algún motivo por el cual pueda volverme loco? —suena cauteloso ahora.

No me atrevo a asentir, así que dejo que el silencio hable por mí.

Harry se incorpora poco a poco. Su cuerpo abandona el sofá cama y, una vez de pie, gira sobre su eje para encararme. La rigidez de su mandíbula y la forma en la que sus hombros se cuadran, me hacen saber que está en alerta.

«Está listo para estallar y ni siquiera has dicho nada». Susurra la voz dentro de mi cabeza, pero la ignoro por completo.

Me acomodo en una posición sentada y me deslizo por la superficie para quedar justo al borde del colchón. Estoy tan cerca de él que, si estirara mi mano, podría tomar la suya.

—Te escucho —trata de sonar sereno y tranquilo, pero no puede engañarme. Está más alerta y ansioso que nunca.

Mis dedos se envuelven alrededor de su muñeca, pero eso solo hace que la rigidez de su cuerpo se intensifique.

—No sé por dónde empezar.

—Me estás poniendo nervioso, Maya —advierte.

—¿Puedes sentarte, por favor? —sueno tímida.

Sus manos se cierran en puños y las venas de sus brazos resaltan con ese simple movimiento. Entonces, toma una inspiración profunda. Sé que trata de relajarse, pero parece que le es imposible conseguirlo.

—Maya, solo *dilo*... —dice, en un susurro áspero y ronco.

—Harry, necesito que te sientes —pido, y trato de sonar autoritaria esta vez.

—Maya, ¿qué es? —suelta, con impaciencia—. Déjate de misterios y suéltalo ya.

El silencio se extiende entre nosotros, pero hay algo vicioso y amargo mezclado en él. No es solo silencio, es algo más oscuro que eso.

—Maya, por el amor de Dios, *dímelo* —ruega—. Voy a enloquecer ahora mismo si no me lo dices y...

—Te mentí —lo interrumpo.

El silencio vuelve.

—¿Qué?

«De acuerdo. Ese fue un pésimo comienzo...».

Alzo la vista para mirarlo.

Sus facciones se han ensombrecido y sus ojos feroces están fijos en mí. Su piel ha palidecido varios tonos, mientras que su mandíbula apretada afila los ángulos de su rostro.

—¿Me mentiste? —dice, como si tratara de digerir la información. Como si se negara a creer lo que he dicho—. ¿En qué me mentiste?, ¿cuándo?...

Sé que trata de mantenerse tranquilo, pero luce como si estuviese a punto de vomitar.

—Harry, necesito que te sientes —pido, una vez más.

—¿Me *engañaste*? —su voz tiembla ligeramente.

Mi ceño se frunce en confusión, antes de que sus palabras se asienten en mí con brutalidad.

—Por supuesto que no —la indignación se mezcla con el nerviosismo que siento—. Se trata de otra cosa.

Luce como si hubiese arrancado una tenaza fuera de su pecho. Como si hubiese salido a la superficie después de haber pasado mucho tiempo debajo del agua.

—¡Jesús, Maya! —exclama, con alivio—, ¿por qué tienes que hacerlo así de dramático?, casi enloquezco aquí.

—¿Puedes sentarte, por favor? —pido una vez más, medio irritada.

Él se deja caer a mi lado y me mira. Una sonrisa tira de las comisuras de sus labios y me siento más allá de lo enferma porque voy a eliminar ese gesto en unos segundos más.

—Te escucho —dice, pero ya no luce preocupado en lo absoluto.

—Debes prometer que no vas a enloquecer —repito.

—Maya, ve al grano, por favor —hace un ademán con su mano para incitarme a hablar.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda. Un ligero temblor se ha apoderado de mi cuerpo y mis pulmones se sienten débiles e inestables.

—Es acerca de tu amigo Tyler —digo, tras unos instantes de silencio absoluto.

Mi voz suena tan baja, que al principio ni siquiera creo que me haya escuchado; sin embargo, sé que lo ha hecho. Sé que lo ha hecho porque ha trabado sus ojos en mí.

—¿Qué pasa con Tyler? —habla, con cautela. Su voz suena más profunda que nunca.

Mis puños se cierran con tanta fuerza, que las uñas se entierran en mis palmas. El latir desbocado de mi corazón está haciendo que mi cabeza palpite y que mi visión se nuble.

—Él... —apenas puedo hablar—. Él me... —trago duro y mojo mis labios—. Me amenazó.

No dice nada. No se mueve. Dudo mucho que siquiera respire...

No me atrevo a mirarlo. Sé que espera a que continúe, pero el nudo de mi garganta está tan apretado, que no puedo decir nada.

Lucho contra la opresión que se ha colado en mi sistema. Lucho contra el nudo en mis entrañas y el pánico de lo que puede llegar a ocurrir. Sé que ya no hay vuelta atrás. He llegado a un punto sin retorno. Debo decírselo todo...

—El día que tuviste esa fiesta con tu jefe —empiezo a hablar—, Tyler me siguió en su coche, me persiguió y me acorraló. De no ser por Jeremiah, no sé qué habría ocurrido —las palabras son arrancadas de mi boca—. Me dijo que debía alejarme de ti. Que no era una amenaza, pero que debía hacerlo o las cosas iban a terminar mal —me obligo a mirarlo. Su rostro está carente de expresión, pero su mandíbula está tan apretada como sus puños. Mi corazón se estruja con fuerza, pero continúo—: Al día siguiente de eso, ocurrió lo del callejón.

Entonces, su cabeza gira en un círculo lento, como el de alguien que calienta para hacer ejercicio.

—Dijiste que habían sido chicas —toda emoción se ha ido de su voz, también. Algo ha cambiado en él y se siente terriblemente mal. Como si todo vestigio de humanidad se hubiese fugado de su cuerpo. Como si el Harry que conozco hubiese desaparecido—, ¿fueron chicas realmente?

—Sí.

—¿Nadia y sus amigas?

Silencio.

Una risa carente de humor brota de sus labios.

—¿Algo más que necesite saber? —habla con una naturalidad aterradora, pero tiene la vista clavada en el suelo.

Dudo unos instantes.

—Tyler envió flores al hospital.

Harry vuelca su cara hacia mí con brusquedad, y un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando miro su rostro de lleno. No luce furioso. Ni siquiera parece molesto. Sin embargo, hay algo aterrador en su expresión. Su mirada esmeralda es hielo puro, pero ni siquiera hay un ceño enmarcándola. La tranquilidad de sus facciones me pone la carne de gallina, y lo único que puedo hacer, es mirarle a los ojos.

Su vista se aparta de la mía en ese momento y se pone de pie con lentitud.

—Bien —susurra, pero tengo la impresión de que habla para él mismo y no para mí.

—¿Harry? —mi voz es un susurro asustado.

—Tengo que irme —responde, pero su voz suena monótona y mecánica—. Hay algo que necesito hacer ahora mismo.

El frío se apodera de mí. Mis pulmones duelen, mi pecho arde, mi corazón late con tanta fuerza que temo que va a escapar de mi caja torácica en cualquier momento y el aliento me falta.

—Harry, por favor, no te vayas —me pongo de pie rápidamente, pero él ya está avanzando hacia la puerta—. Por favor, no hagas nada estúpido.

Se detiene en seco justo al llegar a la puerta. Entonces, me mira por encima del hombro.

—No debió meterse contigo, Maya. No debió hacerlo.

Entonces, abre la puerta y sale a toda velocidad por el pasillo.

—¡Harry! —grito, cuando salgo del departamento, pero él ya ha recorrido casi todo el pasillo hasta las escaleras.

«Oh, mierda...».

El pánico amenaza con paralizarme, pero me obligo a moverme. Entro de nuevo al apartamento de Kim lo más rápido que puedo, y me pongo mis viejos zapatos antes de salir corriendo. Siento cómo mis piernas flaquean con cada paso que doy, pero no me detengo. Necesito llegar a Harry. Necesito detenerlo.

Bajo los escalones de dos en dos, y un dolor punzante recorre mi espina dorsal en el segundo en el que uno de mis pies golpea el suelo de manera descuidada y violenta.

La debilidad de mis músculos me hace más lenta y torpe de lo normal, así que tengo que empujar mi cuerpo más allá de sus límites para alcanzar a llegar a la recepción en el instante en el que él sale a la calle.

—¡Harry! —grito cuando cruza la calle en dirección a su viejo auto. Él ni siquiera parece escucharme, ya que abre la puerta del piloto y trepa sin mirar en mi dirección.

El dolor en mi cabeza es intenso, abrumador y cegador. Casi puedo escuchar el golpeteo de mi pulso en cada rincón de mi cerebro. Casi puedo escuchar el movimiento de los trozos de hueso fracturado en la base de mi nuca.

El motor de su coche ruge a la vida y algo se activa dentro de mí. Mi vista recorre la calle frenéticamente en busca de un taxi, pero no encuentro nada.

Harry maniobra una vuelta en u en ese momento, y yo empiezo a correr para ganar terreno y no perderlo de vista.

Actúo en piloto automático. No puedo pensar con claridad. No puedo dejar de correr; ni siquiera cuando el coche de Harry me pasa de largo a toda velocidad. El ardor en mis piernas es insoportable, pero no dejo de moverme. Me he obligado a empujar el dolor en mi cráneo lo más lejos posible y ahora solo puedo concentrarme en el viejo cacharro de color negro que está atascado en el tráfico de las calles de San Francisco.

A lo lejos, soy capaz de visualizar cómo un semáforo se pone en rojo. Aprovecho ese momento para correr con más fuerza. Mi vista capta un destello amarillo por el rabillo del ojo y me detengo justo a tiempo para esquivar a un chico en bicicleta. Él grita una maldición en mi dirección, pero no me importa. Mi atención puesta en el taxi que está a pocos metros de distancia de mí.

Me abro paso entre los vehículos detenidos en el tráfico de la luz roja, y abro la puerta trasera del coche sin siquiera mirar si está ocupado por alguien. Para mi buena suerte, está vacío.

El chofer me mira por el espejo retrovisor, pero no dice nada. De pronto, comenzamos a movernos. Mi vista se clava en el familiar auto de Harry, así que, cuando el conductor me pregunta hacia dónde nos dirigimos, le digo que siga en línea recta.

Le pido que gire cuando Harry lo hace, y le pido que se dé prisa cuando Harry se pierde de mi vista.

De pronto, sé exactamente a dónde nos dirigimos. La familiaridad de las calles hace que un escalofrío me recorra entera. Nos dirigimos al muelle. A las bodegas donde se llevó a cabo la fiesta a la que fui con Jeremiah.

Estoy a punto de decirle al hombre del taxi hacia dónde debe girar, cuando la realidad me azota. No traigo ni un maldito centavo. ¿Cómo demonios se supone que voy a pagarle?...

Mi corazón se salta un latido y otra clase de presión se apodera de mis entrañas. No tengo idea de qué diablos voy a hacer, ni de cómo voy a librarme de esto, pero no puedo quedarme aquí. No puedo permitir que Harry haga una locura.

El coche se detiene en otro semáforo y veo la oportunidad. Esto podría salir mal por un millón de razones, pero, aun así, lo hago...

Abro la puerta del taxi y me echo a correr entre los coches, en dirección opuesta al sentido del tráfico. Una voz masculina grita a mis espaldas, pero no me detengo. Giro entre los coches y corro hasta llegar a la acera. Entonces, me introduzco en una de las calles aledañas y muevo mis piernas con frenesí hasta que me arden los pulmones y mi cabeza se siente como si pudiese estallar.

No sé cuánto he corrido, pero, cuando me doy cuenta, estoy avanzando entre enormes edificaciones metálicas. He llegado al muelle. He llegado a las bodegas de aluminio que se encuentran cerca de la zona donde los barcos pesqueros atracan.

Necesito orientarme un poco, así que me detengo en seco.

Giro en redondo para localizar esa bodega de pintura desteñida y paredes llenas de óxido. Es la única bodega de aspecto lastimoso, así que no debería ser difícil de encontrar; sin embargo, me toma unos minutos más de lo que espero. Una vez ubicada, cruzo la distancia que me separa de ella.

Estoy a medio camino rumbo al inmenso cubo de lámina, cuando lo veo. La figura imponente de Harry aparece en mi campo de visión, y me detengo en seco solo porque he notado que lleva un bidón de plástico en una mano.

Mi carne se pone de gallina en ese instante, pero me obligo a ignorar la sensación de pesadez que se ha instalado en la boca de mi estómago. Entonces, avanzo a toda velocidad en su dirección.

Él entra a la bodega y me freno en seco justo frente a la puerta abierta.

Soy capaz de tener un vistazo de toda la estancia desde este lugar. Tres de las chicas que me golpearon —*Nadia entre ellas*—, se encuentran sentadas sobre un

puñado de cajas de madera. Tyler se encuentra a pocos metros de distancia, y charla con un par de chicos desconocidos para mí.

Una carcajada retumba y reverbera debido a la acústica del lugar abovedado, antes de que Nadia se levante y haga su camino hacia Harry.

En ese momento, doy un paso hacia atrás y me refugio lejos de la vista de la gente que se encuentra dentro, mientras observo cómo la chica envuelve sus brazos alrededor de uno de los de Harry. Ella chilla algo que no soy capaz de entender, pero él solo se limita a mirarla antes de soltarse de su agarre con brusquedad.

Nadia se tambalea hacia atrás con la violencia del movimiento y cae sobre su trasero con estrépito.

—¿Qué demonios, Bestia? —exclama uno de los chicos.

La chica de cabello corto que se sentó en el regazo de Harry durante aquella fiesta, corre en rescate de su amiga mientras él avanza hasta donde Tyler se encuentra.

De pronto, el escándalo estalla. Harry deja caer el bidón en el suelo antes de impulsar su brazo hacia atrás y atestar un puñetazo en el rostro de Tyler.

Un grito ahogado se me escapa en ese instante, pero cubro mi boca con una de mis manos para amortiguarlo.

Tyler se tambalea, pero Harry lo estabiliza antes de tomarlo de la camisa y lanzarlo al suelo.

—¡Stevens! —grita uno de los chicos—. ¡¿Qué mierda estás haciendo?!

Harry balancea una pierna y la estrella contra el estómago de Tyler, antes de posar una rodilla en el suelo y tirar de la playera de Tyler para obligarlo a mirarlo a la cara. Entonces, sisea algo que no soy capaz de escuchar y lo golpea de nuevo con el puño.

Otro de los chicos trata de detener a Harry, pero este lo mira con hostilidad.

—¡NO TE ATREVAS A PONERME UN PUTO DEDO ENCIMA, IMBÉCIL! ¡ESTO ES ENTRE ESTE BASTARDO Y YO! —grita en un bramido.

Entonces, todo es violencia, golpes y sangre.

No quiero mirar. No quiero ver a Harry así, pero tampoco puedo apartar la vista. Tampoco puedo hacer nada para detenerlo. Si entro, Nadia sabrá el motivo por el

cual Harry hace todo esto. Sabrá que soy yo la causante de todo y va a hacer algo en contra de nosotros...

Un gruñido brota de la garganta de Harry mientras atesta una patada tras otra.

Mis ojos están fijos en la escena y trato de procesar lo que ocurre sin desmoronarme o ahogarme en el horror que me asalta.

Mi vista se clava en el rostro del chico del que estoy enamorada, y el nudo en mi garganta se intensifica cuando me doy cuenta de la crueldad que se dibuja en sus facciones.

Ese chico no es Harry. No es *mi* Harry. Es un tipo de aspecto aterrador. Un tipo que ha perdido completamente su humanidad y no le importa una mierda hacerle daño a los demás.

No me asusta la potencia de sus golpes, ni la manera en la que acecha a Tyler — *quien ha dejado de moverse desde hace unos minutos*—. Lo que es realmente perturbador, es la inexpresividad de su rostro. La carencia de emoción con la que lo golpea. La forma despiadada, fría y calculadora con la que se desenvuelve.

Él no es Harry. Él es Bestia.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que se aparte de Tyler, pero, cuando lo hace, lo contempla con la expresión en blanco durante unos segundos.

Harry luce jadeante y cansado, pero eso no impide que dé un par de pasos hacia atrás y tome el bidón con el que llegó. Tampoco impide que lo destape y camine hacia el tipo tirado en el suelo.

No me atrevo a apostar, pero podría jurar que he visto un atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios. Harry ha perdido el control sobre sí mismo y eso me asusta más de lo que me gustaría admitir...

Sin decir una palabra, el chico de las cicatrices deja caer el líquido sobre Tyler, quien se encuentra aovillado en el suelo.

El hedor del líquido lo inunda todo y me paraliza por completo al darme cuenta...

Es gasolina.

<<¡VA A PRENDERLE FUEGO!>>.

Mi vista se clava en Harry y me percato de la sonrisa satisfecha que hay en su rostro. Me percato de la inhumanidad de su mirada y de lo enfermiza que es su felicidad.

Él no es mi Harry. Él no puede ser mi Harry...

Doy un paso hacia atrás, y luego otro.

Doy un paso más y, entonces, me echo a correr.

El pánico se apodera de mi cuerpo tan rápido que comienzo a llorar.

Lágrimas pesadas, calientes y angustiadas brotan de mí sin parar mientras corro sin rumbo alguno.

Mi respiración es dificultosa para este momento y el aturdimiento no hace más que perturbar mi sentido de la orientación.

Mi mano izquierda ha comenzado a temblar incontrolablemente y algo cálido corre por mi nariz hasta llegar a mi barbilla. El sabor de mi sangre invade mi boca y sé, justo en ese instante, que debo ir a un hospital. Sé que debo conseguir ayuda ahora mismo y, a pesar de eso, no puedo apartar de mi mente la imagen de Harry —*de Bestia*—, vaciando un bidón de gasolina sobre el cuerpo de un hombre al que le ha sacado la mierda a golpes.

CAPÍTULO 39

No puedo dejar de avanzar. La sangre corre por mi nariz, pero ya no trato de limpiarla. El dolor sordo en la parte posterior de mi cabeza apenas me deja pensar con claridad. Mi vista se ha nublado por completo, y lo único que soy capaz de distinguir son siluetas inconexas y sin sentido.

He olvidado a dónde tenía que ir, pero no he dejado de moverme. Soy vagamente consciente de la figura que se ha detenido frente a mí. Sé que está hablándome, pero no soy capaz de conectar las palabras con su significado. Se siente como si pronunciara palabras en una lengua completamente desconocida para mí.

Tiran de mi brazo tembloroso y camino en dirección a donde soy guiada. De pronto, me encuentro sentada en el cuero del asiento de un coche, pero no sé cómo llegué hasta aquí. El universo entero se mueve debajo de mis pies, pero no tengo miedo. Esto es familiar. Lo he hecho antes...

Camino de nuevo. Esta vez, lo hago por un pasillo ancho de color blanco. De pronto, estoy recostada, pero no dejo de avanzar. Las luces parpadeantes en el techo hacen que me duela la cabeza, pero no me detengo. No me detengo porque no me muevo por voluntad propia.

Me encuentro rodeada de personas. Alguien pincha mi antebrazo y gimo de dolor, unas manos me giran sobre mi costado y alguien más me obliga a abrazar mis rodillas contra mi pecho. Entonces, el dolor estalla en mi columna vertebral.

Grito, pero a nadie le importa. Lloro, pero nadie parece notarlo. Susurro un nombre una y otra vez, pero ni siquiera yo misma soy capaz de reconocer a quién llamo a lloriqueos.

Entonces, otro piquete viene y mi boca y mi nariz son cubiertas por un objeto plástico. Lucho para liberarme, pero me sostienen con firmeza mientras la ropa es arrancada de mi cuerpo y es sustituida por una sábana delgada y fría.

Otro pequeño estallido de dolor, seguido por una punzada de ardor y escozor, invade mi antebrazo y, entonces, no soy dueña de mí.

No soy capaz de moverme. No soy capaz de hacer nada que no sea mirar las figuras difusas, y escuchar los sonidos distorsionados. Mi vista se oscurece por los bordes y sé que voy a desfallecer. No estoy segura si voy a hacerlo por el dolor o por alguno de esos piquetes que he recibido, pero no tengo fuerza suficiente para pensar en ello ahora mismo, así que me dejo ir.

~ ~ ~

La estancia está a oscuras en el instante en el que mis necesidades primarias me obligan a abrir los ojos.

Me toma unos segundos acostumbrarme a la poca iluminación, y cuando lo hago, lo primero que noto es cuán desconocido me es este lugar. Los zumbidos bajos son familiares, pero me toma más de lo que espero descubrir que estoy dentro de la habitación de un hospital.

Entonces, una sucesión de recuerdos invade mi cabeza.

Seguí a Harry hasta esa bodega en el muelle. Lo vi golpear la mierda fuera de Tyler para después observar cómo lo bañaba en gasolina. Vi la expresión inhumana en su rostro y la frialdad y la crueldad tallada en sus facciones...

De pronto, la imagen aterradora de Harry en esa bodega, se incrusta en mi cabeza.

«No le dicen Bestia solo por las cicatrices».

Un nudo se instala en la boca de mi estómago y mi cabeza empieza a palpar con dolor. Una mezcla de miedo, preocupación y angustia, invade mi torrente sanguíneo. La incertidumbre se apodera de mi cuerpo y lo único que quiero, es saber qué demonios ocurrió después de que me fui.

La sola idea de pensar que Harry fue capaz de prenderle fuego a una persona, es insoportable. Me niego rotundamente a aceptar a ese chico violento e inhumano al que vi en esa bodega. Me niego a aceptar que el chico dulce y cariñoso del que estoy enamorada tiene una faceta tan oscura...

Alejo los pensamientos tortuosos de mi mente, antes de intentar bajar de la cama para buscar un baño.

En el instante en el que mis pies tocan el suelo, una sonda es arrancada de mi muñeca. Una de las máquinas a la que estoy —*estaba*— conectada, empieza a chillar una y otra vez.

Maldigo en voz baja mientras trato de alcanzar la aguja que quité sin querer, pero, antes de que siquiera pueda recuperarla, la habitación se llena de movimiento. La luz es encendida y mis párpados se cierran con fuerza ante el golpe de iluminación. Entonces, todo el barullo se detiene en ese instante.

Mis ojos se abren poco a poco y me encuentro rodeada de médicos y enfermeras que me miran como si fuese el ser más extraño en el planeta.

—Recuéstate —ordena una mujer en bata blanca, pero no me atrevo a moverme.

—Necesito ir al baño —digo, tras un silencio corto y tenso.

La mujer me mira como si quisiera golpearme.

—Cariño, llevas una sonda urinaria. Recuéstate —dice, con irritación.

La confusión que siento es momentánea, ya que le sigue una oleada intensa de vergüenza.

—No quiero solo... *hacer* —hago acopio de toda mi dignidad mientras hablo—. Quiero ir al baño.

La mujer casi rueda los ojos al cielo.

—No debes moverte hasta que hagamos todas las pruebas pertinentes. Si crees que puedes aguantar hasta que eso ocurra, adelante. Te retiraré la sonda una vez que me cerciore de que te encuentras bien —dice, con firmeza.

Se siente como si mi vejiga estuviese a punto de estallar. No creo poder aguantar mucho tiempo.

—*Por favor...* —suplico.

—Para eso está ahí, cariño —la doctora habla con amabilidad—. A nadie aquí le importa.

—Por favor —ignoro su comentario—, no me haga esto. Es humillante.

Un suspiro brota de su garganta y niega con la cabeza mientras mira a todo el personal que ha llegado con ella.

—Salgan de la habitación. Les indicaré cuándo pueden volver a entrar —ordena y todo el mundo sale. Entonces, me pide que me recueste y que abra las piernas.

La vergüenza que siento después es tanta, que ni siquiera me atrevo a mirar a la doctora cuando me ayuda a llegar al cuarto de baño. Tampoco puedo verla a la cara mientras me ayuda a volver a la cama una vez más.

Una vez instalada de vuelta en mi lugar y conectada a las máquinas necesarias, empieza el interrogatorio.

La mujer me pregunta mi nombre completo, mi edad y el número telefónico de algún familiar con el que puedan comunicarse. Mi primer impulso es dar el de Harry, pero lo pienso mejor y doy el de Kim.

Me pregunta hacia dónde me dirigía y qué hacía en la calle con una fractura de cráneo tan reciente; yo me limito a mentir y decir que solo buscaba una tienda.

Después, hace las mismas pruebas que hizo el médico de la otra clínica para luego anunciar que llamará a mi amiga para informarle acerca de mi paradero.

Me pide que trate de dormir un poco. Dice que son cerca de las seis de la mañana y que lo mejor que puedo hacer ahora mismo, es descansar. Entonces, se gira sobre sus talones y sale de la habitación.

No logro conciliar el sueño. No puedo dejar de pensar en lo ocurrido en aquella bodega. La opresión dentro de mi pecho es cada vez más insoportable. Los recuerdos tortuosos de Harry dejándose guiar por sus instintos son demasiado para mí.

No quiero sentir miedo de él, pero lo hago. Tengo miedo del chico en el que es capaz de transformarse cuando se enoja. Tengo miedo de lo que es capaz de hacer en ese estado, y me aterroriza pensar en lo que le hizo a Tyler cuando hui...

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, cuando me doy cuenta, el sol ya se ha filtrado por la ventana de la habitación. Ha venido una enfermera a encender las luces hace pocos minutos y ha cambiado los medicamentos de la intravenosa en mi

muñeca. Han traído, también, algo para que ingiera; sin embargo, apenas he podido probar bocado.

La doctora acaba de venir a informarme que Kim está aquí y que está a punto de entrar a verme, así que no me sorprende verla llegar a la habitación de la mano de Will.

Luce cansada y agotada, pero no es eso lo que hace que mis nervios se pongan de punta. Es su expresión enojada y severa la que provoca que me sienta indefensa.

No me atrevo a decir nada y ella tampoco lo hace. Se limita a acercarse a la cama y mirarme directamente a los ojos.

Will se queda atrás y se recarga en la pared cercana a la puerta.

Entonces, viene el silencio.

—Tienes que parar —la voz de Kim invade mis oídos, finalmente, y siento cómo un nudo empieza a formarse en mi garganta—. Tienes que parar esta locura, Maya, o vas a acabar conmigo. No sé qué demonios ocurrió o por qué saliste de casa cuando se supone que te dijeron que debías reposar, pero no me importa —su voz se eleva con cada palabra que dice—. ¿En qué demonios pensabas?, ¡no tienes cinco años, maldita sea!, ¡sabes perfectamente lo que está bien y lo que está mal, y lo único que haces es actuar como una niña idiota que no sabe qué hacer con su maldita vida!

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no me atrevo a derramar ninguna.

—¿Tienes una idea de cuán preocupada estaba por ti?, ¿tienes una idea de cuán loco se puso Harry al descubrir que te habías marchado?, pasé toda la noche en vela esperando a que él llamara para decirme si te había encontrado. ¡Literalmente, te buscó en su auto por toda la puta ciudad! —está a punto de gritar—. ¡Necesitas ponerte esos pantalones de niña grande que tienes porque vas a terminar matándote si no lo haces!, ¡vas a terminar lastimándote y lastimándonos a todos, Maya!

Me falta el aliento.

Las lágrimas queman con tanta fuerza, que temo que pueda echarme a llorar en cualquier momento, a pesar de que no quiero hacerlo. No me atrevo a replicar porque sé que tiene razón. Sé que actúo como una idiota todo el tiempo. Sé que el

miedo me paraliza y hago cosas incorrectas porque se sienten correctas para mí. No debí salir del apartamento de Kim. No debí seguir a Harry. No debí ver lo que vi, porque entonces sería más fácil lidiar con el terremoto de sentimientos encontrados que provoca colisiones en mi sistema.

—¿Dónde estabas? —la voz de Kim es un susurro ronco y profundo—, ¿por qué te fuiste?, ¿a dónde diablos fue Harry cuando los dejé solos?

Entonces, lo dejo ir... Las lágrimas no dejan de salir, y las palabras suenan arrebatadas y apresuradas cuando se me escapan y se lo digo todo. Absolutamente todo...

El abandono de mamá, el alcoholismo de mi papá, las violaciones, los golpes, el miedo, el horror, el asco, las ganas de morir, la aparición de Harry, su pasado, el mundo de mierda en el que está metido, Tyler, las chicas que me golpearon... *Todo*.

Ya no puedo más. No puedo con esta carga yo sola. Es demasiado para mí. No quiero ser más esta chiquilla asustada que depende de los demás para estar bien. Quiero dejar de tener miedo. Estoy *harta* de sentir miedo.

No me atrevo a mirar a Kim. No me atrevo a mirar a la única amiga que tengo porque me enferma la idea de ella sintiendo asco de mí. Sintiendo *lástima* por mí...

—¿Lo mató? —la voz de Will es la que rompe el silencio. Habla sobre Harry y Tyler.

—No lo sé... —suelto, en un susurro tembloroso.

Mi amiga no ha dicho ni una sola palabra. Ni siquiera se mueve de su lugar.

—Maya —dice Will—, necesitas alejarte de él. No es sano ni para ti, ni para nadie. ¿Qué sigue?, ¿que traten de matarte?, ¿que quieran desaparecerte del mapa?... —sus palabras son como sal sobre una herida abierta—. Y no estoy diciendo que Harry es una mala persona. Tampoco estoy diciendo que va a hacerte daño, porque se nota a leguas cuánto te quiere; pero no es sano para ti estar con un chico tan inestable como él —suena amable, pero severo al mismo tiempo—. Dudo mucho que cualquier chico sea bueno para ti ahora mismo. Necesitas ir a terapia. Necesitas encontrar paz y tranquilidad. Necesitas estabilidad sentimental, y es claro que Harry no puede darte eso porque tampoco él es una persona estable.

Agacho la mirada y me trago un sollozo.

—A veces el amor no es suficiente —continúa—. Puedes amar a una persona con todo tu ser, pero si esa persona no te hace bien, no puedes quedarte. Es insano.

Sé que tiene razón. Sé que Harry es un chico volátil. Sé que hay muchas cosas que desconozco respecto a él, y que todas y cada una de ellas son escalofrantes y aterradoras. Siento que lo conozco y, al mismo tiempo, siento que no lo conozco en lo absoluto...

El nudo en mi garganta se aprieta, mi cabeza duele y las lágrimas calientes y pesadas reanudan su marcha una vez más. Sé qué es lo que tengo que hacer. Sé qué es lo correcto para mí..., pero no quiero hacerlo.

La cama se hunde bajo el peso de alguien, y unos brazos cálidos y delgados se envuelven alrededor de mis hombros. Entonces, el aroma familiar de Kim invade mis fosas nasales. Sin embargo, me toma unos segundos devolverle el gesto.

—Crece, Maya —susurra contra mi oído—. Es tiempo de que lo hagas. Las decisiones más difíciles son las que más cosas buenas traen a nuestras vidas. Vencer a nuestros miedos más grandes es lo que más nos fortalece. No tengas miedo a estar sin él. Puedes con eso y más.

—Lo quiero *tanto*... —susurro, en un sollozo suave.

—Lo sé, cariño —cepilla mi cabello en un gesto maternal—, pero no puedes seguir así. No puedes permitir que te arrastre a ese mundo. Si te quiere a su lado, debe dejarlo. Si te quiere a su lado, debe ser una persona diferente a la que es ahora. Debe dejar sus odios y resentimientos en el pasado, porque así solo va a arrastrarte a un lugar oscuro. Uno más oscuro que ese del que ya has escapado.

—Él me sacó de ese lugar —aclaro.

—Y te hundirá en otro peor si no haces algo al respecto.

—No quiero dejarlo —sueno patética.

—¿Y quieres estar con él a pesar de todo?, ¿a pesar de haber bañado con gasolina a un tipo?, ¿a pesar de no saber si *asesinó* a alguien?

—Él hizo eso por mí —medio sollozo.

—Y sin embargo no lo justifica. Nada justifica un acto tan inhumano. Pudo haber ido a levantar una denuncia. Pudo haber hablado sobre su trabajo y enfrentar las consecuencias de sus actos —se aparta de mí y me mira a los ojos—. Harry podría

salir de ese mundo si quisiera. Podría enfrentar un proceso legal y ayudar a la policía a dar con su jefe. Hasta donde yo sé, podrían dejarlo en libertad por cooperar con las autoridades y, si es verdad que no ha matado a nadie, podría salir completamente limpio de todo esto. ¿Por qué no denunciar entonces?, ¿por qué hacer justicia por su propia mano?, ¿por qué hacer las cosas de la manera incorrecta?

—Es que...

—No lo justifiques, Maya —hay lágrimas en los ojos de Kim—. Sé que estás enamorada, pero no trates de justificarlo. No hizo eso por ti. Lo hizo por él. Lo hizo para demostrarle a ese tipo quién es Bestia y de qué es capaz.

Por más que me cueste aceptarlo, sé que Kim está en lo correcto. Harry debió actuar diferente a como lo hizo. Debió controlarse y hacer las cosas de otro modo.

Ahora mismo, no sé qué pensar. Necesito paz y tranquilidad. Necesito tomar un respiro y aprender a cuidar de mí misma —*aunque no esté muy segura de cómo hacer eso*—. He pasado tanto tiempo asustada y angustiada, que ya no sé ser de otra forma...

—¿Harry sabe dónde estoy? —hablo, después de un largo silencio.

Mi vista se posa en el chico junto a la puerta y este niega con la cabeza.

—Kim quería hablar contigo antes de decirle dónde estabas —dice—. Me pareció prudente no llamarle, ya que él tampoco nos había dicho a dónde fue y por qué te dejó sola en el apartamento.

Asiento, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¿Quieres que le llame? —Kim pregunta con suavidad, pero yo niego con la cabeza.

—No —digo, en medio de un sollozo—. Aún no, por favor.

—Eventualmente, sabrá que te encontramos —Will habla—. Tendremos que decírselo.

—No quiero hablar con él aún —miro a mi amiga, con súplica—. *No puedo*.

Ella me regala una sonrisa tranquilizadora y aprieta mi mano entre la suya.

—Le diré que te hemos encontrado en un hospital del centro, pero que no nos dejan pasar a verte, ¿de acuerdo? —propone, y yo meneo mi cabeza en un asentimiento torpe—. Prometo que lo mantendré a raya hasta que te aclares.

Limpio las lágrimas que manchan mis mejillas y murmuro un débil «gracias», antes de que ella cambie el tema hacia un lugar más seguro.

Habla acerca de los lugares a donde fue a buscarme y de cuán angustiada estuvo cuando cayó la noche y no volví. Incluso, bromea con Will acerca de cómo sugirió ir a buscarme en todos los bares de la ciudad, aun sabiendo que no bebo ni una gota de alcohol.

Sé que trata de distraerme, pero no puedo dejar de darle vueltas al asunto de Harry. No sé qué demonios voy a hacer cuando tenga que enfrentarme a él. No sé si estoy dispuesta a pasar por alto lo que vi, o si voy a hacer como si nada hubiese ocurrido, lo único que sé, es que necesito paz. Necesito encontrarme a mí misma. Necesito dejar de ser esta niña miedosa y asustada, y alejarme de todo eso que me hace daño.

Necesito poner distancia entre Harry Stevens y yo de una vez por todas.

CAPÍTULO 40

Mi pulso se salta un latido cuando mi teléfono vibra sobre la madera de la mesa de noche. Miro el aparato un par de segundos mientras trato de respirar correctamente. La sola idea de que sea Harry quien me busca, hace que mi corazón se acelere.

Hoy hace una semana desde la última vez que lo vi. Hoy hace una semana que he estado evadiendo lo que no debería evadir. Y sé que soy cobarde e idiota, e inmadura, y todas esas cosas que detesto en una persona... Pero no tengo el valor de enfrentarlo aún.

Estiro mi mano hasta alcanzar el mueble junto a la cama de Kim, y algo amargo se apodera de mi pecho cuando veo el pequeño ícono en la esquina superior izquierda. Es un mensaje de texto.

Tecleo la contraseña con dedos temblorosos y abro el mensaje:

«Jeremiah reportándose con el hobbit mayor. Está listo para orinarse en los pantalones cuando usted lo ordene».

El alivio invade mi sistema antes de que un atisbo de confusión me golpee.

—¿Harry? —Kim pregunta, a mi lado.

Estamos viendo una película en su habitación mientras esperamos a que Will llegue de trabajar.

—No —sueno aliviada y decepcionada al mismo tiempo—. Es Jeremiah.

—¿Y ese es...? —sus cejas se alzan, con curiosidad.

—Un chico que vive cerca de donde vivía antes —una pequeña sonrisa sugerente se dibuja en sus labios y ruedo los ojos al cielo—. ¿De verdad, Kim?, ¿de verdad tengo cara de querer salir con alguien después de todo lo que ha pasado?

Es su turno de rodar los ojos.

—Sabes que solo bromeo —masculla.

Estoy a punto de hacer un comentario sarcástico, cuando el sonido de la puerta siendo golpeada, me detiene.

—¡Uh!, ¡debe ser la comida china! —Kim se levanta de la cama de un salto—, ¡ya vuelvo!

Una sonrisa se desliza en mis labios y tecleo una respuesta para Jeremiah:

«¿Cómo conseguiste mi teléfono, acosador?».

Pasan unos instantes antes de que reciba:

«¿Recuerdas cuando te pedí que me mostraras tu teléfono en el centro comercial?, bueno, pues me llamé y registré tu número. ¡JA!, ¿Cómo estás?».

Niego con la cabeza, pero no he dejado de sonreír. Estoy a punto de responderle, cuando escucho una familiar voz ronca en la lejanía. En ese instante, mi pulso se acelera.

—Oh, mierda... —suelto, en un susurro bajo y me precipito fuera de la cama para abrir la puerta que da al pasillo.

En ese momento, lo escucho...

—Está evitándome, Kim —a pesar de ser un siseo bajo, soy capaz de reconocerlo. Podría reconocer su voz en cualquier parte del mundo.

La ansiedad se detona en mi sistema y se arraiga en cada célula de mi cuerpo. Siento cómo toda la sangre se drena de mi rostro y las puntas de mis dedos se hielan ante la expectativa de tener a Harry Stevens solo a unos metros de distancia.

Quiero correr a esconderme. Quiero regresar a la habitación y meterme debajo de las sábanas para dejar que Kim se haga cargo de todo, pero sé que no es lo correcto. Sé que debo enfrentarme a Harry tarde o temprano, así que me obligo a avanzar en dirección a la sala.

Me detengo justo antes de entrar en el campo visual de todo el mundo y escucho con atención.

—Te he dicho que está dormida —Kim suena tajante y determinante—. No voy a ir a despertarla solo porque tú así lo quieres.

—Necesito hablar con ella —la desesperación se filtra en el tono de voz de Harry—. Necesito saber por qué mierda está evitándome.

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —de pronto, mi amiga suena furiosa—. ¿En serio necesitas una explicación, Harry?, ¿no es evidente?, ¿no lo *deduces*?

Un escalofrío me recorre el cuerpo solo porque Kim acaba de hacerle saber a Harry que lo sabe absolutamente todo.

Entonces, viene el silencio.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda, en un intento desesperado por aminorar el nerviosismo y la cobardía que me invade. Necesito enfrentarlo. Necesito dejar de esconderme si realmente deseo hacerle frente al mundo por mi cuenta.

—Será mejor que te marches —Kim habla, pero ya me he obligado a caminar.

De pronto, siento los ojos de Harry puestos en mí. Mis puños se aprietan a mis costados y le sostengo la mirada, a pesar de que quiero echarme a correr.

Mi amiga me mira como si me hubiese vuelto completamente loca, pero le regalo una sonrisa tranquilizadora.

—¿Nos dejas solos? —digo.

Ella muerde la parte interna de su mejilla y se cruza de brazos. Su mirada viaja de Harry a mí un par de veces. Sé que no quiere dejarme a solas con él, pero no tiene otra opción. No puedo permitir que se quede a escuchar lo que solo Harry debe oír.

Me mira unos instantes, y sé que trata de decidir qué es lo mejor que puede hacer; pero, finalmente, accede.

—Nada de salir corriendo como loca detrás de él, Maya. Lo digo en serio.

Una sonrisa avergonzada y triste se apodera de mis labios, y bajo la mirada mientras asiento.

—Lo prometo —digo, pero ella no se mueve. No luce muy convencida.

—Estaré en la habitación —masculla, al cabo de unos segundos—. Solo llámame si necesitas algo.

Avanza hacia el pasillo y se detiene solo para disparar una mirada cargada de advertencia en dirección a Harry.

—Más te vale comportarte, Stevens —advierde. Y entonces, se echa a andar hacia su alcoba.

No despego la vista del pasillo hasta que ella desaparece por la puerta y, una vez que lo hace, me abrazo a mí misma y desvíó mi vista hacia el suelo.

Sé que está mirándome. Sé que espera a que sea yo quien rompa el silencio, pero soy demasiado cobarde para hablar primero.

—¿Por qué? —habla, tras un largo momento.

No hace falta que diga otra cosa, porque sé a qué se refiere con esa pregunta. Sé qué es lo que quiere decir en realidad:

«¿Por qué no has respondido?, ¿por qué me evitas?, ¿por qué no quieres verme?, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?...».

Mis ojos se cierran y obligo a mis pulmones a tomar una inspiración profunda. Entonces, lo encaro una vez más. Luce desaliñado y descuidado. La barba incipiente en su mandíbula y el cansancio reflejado en sus ojos, hacen que sea aún más evidente que no ha estado cuidando de sí mismo.

Una a una... Poco a poco... Como si se tratase de una tortura agonizante, un puñado de rocas se instala en mi estómago, pero no digo nada. Me limito a sostener su mirada penetrante. Esa mirada que hace que todo mi sistema colapse en un abrir y cerrar de ojos.

El entendimiento se apodera de sus facciones con una lentitud dolorosa.

—¿Me seguiste? —pregunta, pero suena más como una afirmación.

—¿Lo mataste? —es lo único que puedo articular, pero es suficiente para que todo su rostro se transforme en una mueca desencajada y angustiada.

—No —apenas puede arrancar la palabra de su lengua.

Un pequeño atisbo de alivio se apodera de mi sistema, pero se va tan rápido como llega.

—¿Porque pensaste que era suficiente o porque te detuvieron?

Desvía la mirada y se siente como si me hubiesen golpeado en el estómago. El ardor previo a las lágrimas invade mi garganta y paladar; pero no me muevo, ni

digo nada. Me quedo ahí, con el corazón hecho un nudo y un millar de sentimientos encontrados colisionando con brutalidad.

Su mirada se alza y da un paso en mi dirección.

—Lo hice por ti, Maya —dice, con un hilo de voz.

—¿De verdad?

Duele. Duele ver su expresión destrozada. Duele estar aquí y tratar de lucir como si fuese un pilar de acero anclado en medio de un tornado. Duele porque no quiero dejarlo, y duele aún más porque sé que necesito hacerlo.

Sé que me hace daño y le hago daño. Sé que sería capaz de matar por mí, y no quiero llevarlo a ese punto. No quiero ser la razón por la cual él se pierda...

—Harry, no debiste hacerlo —mi voz suena más temblorosa que nunca.

—¡Te amenazó, Maya! —su voz se eleva un par de tonos.

—Y aun así no debiste hacerlo —trato de sonar firme—. Pude haber levantado una denuncia contra él y Nadia, pero ahora no podré hacerlo porque tú interviniste. Porque lo moliste a golpes y trataste de prenderle fuego —mi voz se quiebra—. Porque podría perjudicarte si levanto una denuncia ahora mismo.

—¿Y debía quedarme de brazos cruzados cuando casi te mata?! —la ira en sus facciones es evidente ahora.

—¡Sí! —igualo su tono de voz. De pronto, el coraje se apodera de mi cuerpo. Estábamos tan bien. Yo era tan *feliz*... ¿Por qué demonios tuvo que hacerlo? ¿Por qué tuvo que reaccionar como lo hizo?—, ¡debiste quedarte de brazos cruzados!, ¡debiste esperar a que decidiera actuar de forma legal!

Él niega con la cabeza una y otra vez.

—Estás completamente loca si crees que Rodríguez iba a permitir que Tyler se pudriera en la cárcel. Lo habría sacado de inmediato y las cosas habrían sido peores —se ha tranquilizado, pero su voz sigue sonando como si quisiera gritar y hacer caer el edificio.

Sé que tiene razón. Sé que es probable que eso hubiese ocurrido, pero me niego a aceptarlo.

—¿Y se supone que debo aceptar, entonces, que bañes a personas en gasolina? — la desesperación hace su trabajo y un par de lágrimas se me escapan—. ¿Se supone que debo aceptar el peligro que conlleva estar contigo? ¿Tengo que aceptar a esa persona en la que te transformas cuando te enojas?

Su mandíbula se aprieta, y un músculo salta a la vista en esa zona. Sus ojos se han llenado de lágrimas y la frustración invade sus facciones.

—Se supone que debes *querer* estar conmigo —dice, con la voz enronquecida y temblorosa—, pero si no lo haces yo...

Se detiene y espero.

—Si no lo hago, ¿qué?

—Si no lo haces... —traga duro—. Si no lo haces, será mejor que esto termine.

Se siente como si hubiesen arrancado algo de adentro de mi pecho, pero me obligo a mantener mi expresión en blanco.

—Quiero estar contigo, Harry —suelto, en un susurro dolido—; no con Bestia.

Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios; sin embargo, el gesto no toca sus ojos.

—No hay tal cosa como Harry y Bestia —dice—. Solo soy yo, Maya. Soy ambos: Harry y Bestia; y no puedes tenerlos por separado.

Las lágrimas vienen como un torrente incontenible y doloroso ahora.

—Estoy jodido, Maya —continúa—, yo te lo dije. Te lo *advertí*...

Y sé que lo hizo. Sé que lo hizo una y otra vez, y sé que no quise escucharlo. Sé que traté de ignorar todas las señales. Todas las veces que estalló de la nada delante de mis ojos, la violencia y el odio acumulado a causa del daño que le hicieron en el pasado, los rencores y resentimientos hicieron esto de él... Todo eso lo transformó en una sombra de lo que fue y, al mismo tiempo, lo convirtió en un boceto de lo que podría llegar a ser si sigue andando por ese camino.

—Lo sé, Harry —sonríe, entre lágrimas—. Y lo acepté en ese entonces, pero no quiero hacerlo. *No puedo*. Necesito paz y tranquilidad. Necesito estabilidad emocional. Necesito todo eso que no eres capaz de ofrecerme porque estás muy ocupado siendo Bestia como para siquiera intentarlo.

Él baja la mirada y asiente.

—Tienes razón —sus palabras terminan por destrozar y hacer añicos cualquier vestigio de esperanza absurda que guardaba—. No puedo darte eso que tú quieres, Maya.

Es mi turno de desviar la mirada. La sensación de pérdida es tan arrolladora, que apenas puedo mantener mis piezas juntas...

—¿Maya? —su voz hace que mi atención se fije en él. Sus ojos verdes están clavados en mí y odio la oleada de sensaciones que me provocan—. Esto no va a cambiar nada... Pero, si esta es la última vez que voy a verte, quiero que sepas que te amo.

Las palabras retumban y estallan en mi cabeza.

Se estrellan contra mi pecho y se arraigan con tanta intensidad, que me quedo sin aliento. Mi boca se abre para decir algo, pero estoy tan impactada, que no puedo encontrar mi voz para hablar.

—Gracias, por haberme dado lo que me diste. Por ver más allá de las cicatrices. Gracias, Maya. Gracias por todo —sonríe—. Y no estoy diciéndote esto porque desee que me aceptes. Lo digo porque no voy a cambiar. No voy a dejar de ser quien soy. Soy Bestia y soy Harry; y te amo como ambos, pero si no puedes amarme de esta manera... no puedo hacer nada.

—Harry, por favor... —suplico—, por favor, solo... *déjalo*. Si tú quisieras, podrías...

—¿Qué, Maya? —verdadero dolor atraviesa sus facciones—. ¿Dejar el mundo de mierda en el que me metí? ¿Crees que *puedo* hacerlo? —una risa carente de humor brota de su garganta—. Te dije que no podía. Te lo dije antes y te lo digo ahora: no puedo dar marcha atrás. *Esto...* —se señala a sí mismo—, es todo lo que puedo ofrecerte. Ni siquiera puedo prometerte estabilidad, porque sé que no la tengo. Tienes razón, Maya. No estoy dispuesto a prometerte nada. No puedo hacerlo. Lo siento.

—Harry, *por favor...* —comienzo, en medio de un sollozo, pero él alza una mano para detener mis peticiones absurdas y lastimosas.

—Se acabó, Maya —dice, pero suena como si su voz estuviese a punto de romperse. Mi aliento se acaba, mi corazón se estruja, mi pecho duele y todo dentro

de mí se destroza a una velocidad inhumana y cruel—. Lo siento.

El silencio lo invade todo durante unos instantes antes de que Harry se encamine hacia la puerta.

La madera de la entrada se abre, pero él se detiene en ese momento y mira por encima de su hombro durante un segundo. Luce como si quisiera decir algo, pero no lo hace. Se limita a asentir en mi dirección y salir del apartamento, dejándome con un mar de lágrimas contenidas y un vacío inmenso dentro del pecho. Se va, dejándome a mi merced. Se va porque se lo he pedido y porque él así lo ha querido.

CAPÍTULO 41

—¡Maya! —la voz de Jeremiah llega a mis oídos en el instante en el que pongo un pie fuera del gimnasio.

Una sonrisa amplia se dibuja en mis labios cuando lo veo trotar en mi dirección.

—¿Cómo te fue? —hablo, cuando me alcanza en la entrada.

Él hace una mueca y su expresión decae un poco, sin embargo, se las arregla para regalarme su sonrisa habitual.

—No pude verla —trata de sonar casual, pero la decepción se filtra en el tono de su voz—, pero, ¡hey!, mañana puedo intentarlo otra vez.

—¿Sus papás no la dejaron salir de nuevo? —inquiero.

—Su mamá —suspira y niega con la cabeza—. Es tan jodidamente...

—Cuida tus palabras, Jeremiah —lo reprimo, pero no he dejado de sonreír—. Es su madre.

—¡Es que está loca! —exclama, dejando escapar toda la frustración acumulada—, ¡no es como si Amber tuviese doce años, por el amor de Dios!

—Pero tiene dieciocho y, por lo que veo, sus papás cuidan demasiado de ella.

—Tampoco es como si yo fuese diez años más grande que ella. Solo le llevo dos años y unos cuantos meses —bufa—. Sé que no estudio, pero, ¡vamos!, tengo un empleo, un auto y buenas intenciones.

—Ten paciencia —lo aliento—. Van a darse cuenta de que eres un buen chico tarde o temprano.

Él suspira.

—Como sea —masculla—. ¿Nos vamos? Nick nos espera en el auto y todavía tengo que pasar por el imbécil de Rob.

Una sonrisa se filtra en su expresión y asiento. Estamos a punto de echarnos a andar, cuando me percato de la presencia de Ethan, uno de los instructores del gimnasio. El chico ondea su mano cuando me ve y le correspondo el gesto con amabilidad. Después, camina hacia el lado contrario de la calle.

Un empujón me hace volver mi atención hacia Jeremiah, quien me mira de forma sugerente.

—¡Oh, cállate! —suelto después de cerciorarme de que Ethan no puede escucharnos.

—¡No he dicho nada! —alza las manos en señal de rendición, pero sonrío como niño en Navidad.

—¡Siempre que el tipo habla conmigo pones esa cara! —me quejo mientras avanzamos por la calle vacía.

—¿Cuál cara? —me sonrío con inocencia, pero sé que cree que me siento atraída hacia él.

—¡Esa! —espeto y lo señalo.

—Maya, el tipo está bueno. No se necesita ser homosexual para notarlo —medio ríe—. No está mal si te gusta.

—¡Pero no me gusta! —chillo—, ¡apenas sé cómo se llama!

Jeremiah se encoge de hombros y aparta el cabello lejos de su rostro.

—Siempre puedes averiguar más cosas, ¿sabes? —dice, en tono casual—. Luce como un buen tipo. Tiene mi aprobación.

—Sí, bueno —mascullo—, no necesito de tu aprobación para salir con alguien.

—¡Oh, claro que la necesitas! —me mira con fingido horror—, ¡no voy a permitir que vuelvas a salir con matones!

No quiero que duela, pero lo hace. El comentario cala en lo más profundo de mi pecho.

—Vete a la mierda —escupo, porque no puedo evitarlo.

Él ríe entre dientes, pero no dice nada más. Se limita a caminar a mi lado.

Han pasado casi cinco meses desde la última vez que supe algo acerca de Harry Stevens. Es como si se lo hubiese tragado la tierra. Como si nunca lo hubiese

conocido. Como si nunca hubiera existido...

Al principio, tenía la esperanza de arreglar las cosas con él. Quería buscarlo y tratar de hacer funcionar lo que tuvimos; sin embargo, el tiempo y los días transcurridos hicieron que el querer llamar se sintiera erróneo y que las ganas de ir a buscarlo parecieran equivocadas.

Las terapias psicológicas que vinieron después, hicieron que la decisión tomada se sintiera más real y sensata. ¿Cómo pretendo amar a alguien si ni siquiera soy capaz de amarme a mí misma?...

Las sesiones con la doctora Fletcher han sido horribles y dolorosas. He llorado mi alma dentro de su consultorio y, al mismo tiempo, me he deshecho de cientos de bloques de angustia y miedo que había cargado sobre mis hombros durante mucho tiempo.

He dejado de llamarle «papá» al hombre que abusó de mí durante nueve meses. Ahora solo es Leandro Bassi, el hombre alcohólico y violento con el que viví el mayor de los infiernos. He dejado de pensar en el abandono de mi madre y en todo lo que hizo para causar que todo se fuera al demonio.

Como parte de mi terapia, comencé a tomar clases de defensa personal en un gimnasio que es relativamente económico. La doctora ha sugerido la práctica de algún arte marcial para incrementar mi seguridad alrededor del sexo masculino, pero yo he optado por inclinarme a la defensa personal.

Saber cómo defenderme me hará sentir a salvo. Habría dado todo por saber cómo defenderme en el pasado.

Mi relación con Jeremiah, se ha vuelto más estrecha. Jamás imaginé que ese chico irritante que trataba a toda costa de conseguir algo conmigo, terminaría siendo el mejor de mis amigos. Ha sido incondicional en todo momento y no sé si algún día podré pagarle todo lo que hace por mí.

Kim y Will, por otro lado, han comenzado con los preparativos de su boda; lo cual quiere decir que debo mudarme pronto. Jeremiah se fue a vivir hace un par de meses con Nick y me han ofrecido compartir la renta con ellos. Yo, realmente, no quiero aceptar. No sé si vivir rodeada de chicos sea una buena idea. Son los hombres más descuidados que he conocido jamás y no quiero pasar mis tardes recogiendo su desastre como si fuese su madre.

—¿Qué tal la búsqueda de departamento? —Jeremiah pregunta, mientras cruzamos la calle en dirección a su auto aparcado.

—Nada aún —hago una mueca—. Las rentas son demasiado altas para mis posibilidades económicas.

—Siempre puedes mudarte con nosotros —ofrece, una vez más—. La renta no es cara si la dividimos entre los tres. Podrías, incluso, empezar a ahorrar para la escuela. Sigues deseando retomar los estudios, ¿no? —se encoge de hombros—. Si te mudas con nosotros podrías considerarlo.

La idea suena demasiado tentadora. Desde hace unas semanas he querido investigar de qué modo puedo retomar la carrera sin dejar de trabajar.

—¡Dios!, ¡tardaron una eternidad! —la voz de Nick interrumpe nuestra interacción y vuelco mi atención para mirarlo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que hemos llegado al lugar donde Jeremiah aparcó su auto.

El chico de cabello rubio se lanza hacia el asiento trasero después de besar mi mejilla, y yo ocupo el lugar que acaba de dejar antes de ofrecerle la barra de chocolate que he guardado en mi bolso esta mañana.

—¡Te amo por hacer este tipo de cosas! —exclama mientras engulle la golosina.

—Lo hace porque eres como su mascota, Nick —Jeremiah bromea—. No te emociones tanto. A ella le divierte verte arrastrarte por sus dulces.

—¡Oye!, ¡eso no es cierto! —lo golpeo con mi puño cerrado y él gime de dolor sin dejar de sonreír.

Se queja una y otra vez de mi salvajismo, pero ni siquiera me tomo la molestia de escucharlo mientras echa a andar el auto en dirección al centro comercial.

~ ~ ~

Nos abrimos paso por los corredores amplios del centro comercial hasta llegar al área donde se encuentran los locales de comida, ya que hemos quedado de reunirnos ahí con varios amigos de Jeremiah.

Tori —*la novia de uno de ellos*— y yo, somos las únicas chicas, así que rápidamente nos acoplamos la una a la otra. Ya había tratado con ella un par de veces, pero apenas ahora hemos comenzado a entablar conversaciones que van más allá de un saludo cordial y una sonrisa.

Después de comer algo, Rob sugiere que quizás deberíamos ir a ver una película; así que, sin más, nos encaminamos en dirección al cine. Nick nos obliga a detenernos en un McDonald's para comprar un paquete gigantesco de papas a la francesa, y hace que Tori lo esconda dentro de su bolso para meterlo a la sala.

Tras una acalorada discusión, decidimos ver una película de acción hollywoodense. Jeremiah y sus amigos lucen más allá de lo entusiasmados, pero Tori y yo no estamos demasiado conformes con la elección.

—No puedo creer que Jeremiah nos haya convencido —masculla Tori mientras esperamos a que consiga los boletos.

—Siempre se sale con la suya —suspiro—. De alguna u otra manera, siempre consigue lo que quiere.

—Ojalá que la chica con la que está saliendo sea un dolor en el culo —ella bromea y sonrío en respuesta.

—Créeme —digo, medio riendo—, Amber no es un dolor en el culo... Sus papás, por otro lado, están haciéndole la vida imposible.

—Bien —la sonrisa maliciosa de Tori me hace ahogar una risotada—. Ojalá que le hagan pagar todo lo que hace.

—¿Lo que hace quién? —Jeremiah se acerca y entorna los ojos en nuestra dirección—. Estaban hablando de mí, ¿cierto?, me zumban los oídos.

Una risita nerviosa se me escapa, pero la chica a mi lado rueda los ojos al cielo.

—Nadie aquí habla de ti, paranoico —ella se defiende, pero él nos mira con escepticismo.

—Más les vale, señoritas, no provocarme —nos señala con su dedo índice—. Aún no conocen mi lado rudo.

Una carcajada se me escapa.

—¡No te atrevas a reírte de mí! —se queja, pero no puedo dejar de reír como idiota.

—Jeremiah, todo el mundo se ríe de ti —Tori se burla, y él dice algo acerca de arrastrarla por todo el estacionamiento si no guarda silencio.

Al cabo de unos minutos, nos sentamos en unas bancas cercanas al cine. Aún faltan veinte minutos para que podamos pasar a la sala, así que Tori y yo decidimos ir a un local de cosméticos que vimos de camino a esta parte de la plaza.

Nick amenaza con no volver a invitarnos si lo hacemos perderse un solo minuto de la película, y yo le aseguro que estaremos de vuelta a tiempo. Solo hasta ese momento, nos echamos a andar en dirección a la tienda.

Tori ha elegido cuatro lápices labiales de tonalidades muy similares; mientras que yo me he decidido a comprar un polvo compacto y un bálsamo para los labios.

Al salir del lugar, mi teléfono vibra en el bolsillo de mis vaqueros, así que me apresuro a tomarlo. El mensaje de Jeremiah es corto y conciso:

«¿Por qué tardan tanto?, entramos en cinco minutos. Muevan el culo».

—Son ellos, ¿cierto? —Tori pregunta, con una sonrisa fastidiada pintada en los labios.

—Sí —niego con la cabeza y bufo, pero también estoy sonriendo—. Como si realmente quisiéramos ver el remedo de película que eligieron.

Una risita la asalta y río un poco, también.

—Si veo un solo par de tetas en esa película, juro que voy a golpear a Jeremiah —dice.

—Es probable que haya tetas —hago una mueca—. Es una película con carros a toda velocidad. Sería pecado que no hubiese tetas.

Tori suelta un gemido quejumbroso y mi sonrisa se ensancha.

Parloteamos sin cesar mientras volvemos hacia el cine, y estoy tan inmersa en la conversación, que ni siquiera me doy cuenta de por dónde ando hasta que mi cuerpo golpea con fuerza contra algo blando y firme.

—¡Dios!, ¡lo siento! —exclamo mientras doy un paso hacia atrás y miro a la persona contra la que he colisionado.

Ojos color verde esmeralda me miran fijamente y mi estómago se aprieta al instante. Mi corazón se salta un latido, todo mi cuerpo se tensa, mi respiración se atasca en mi garganta y mi pulso se acelera en cuestión de segundos.

De pronto, me siento pequeña, indefensa e insignificante.

Su cabello está un poco más corto de lo que recuerdo, pero no demasiado; lleva un gorro tejido encima de las familiares ondas rebeldes, y sé que lo lleva puesto porque trata de esconder las escandalosas marcas que ensucian el lado izquierdo de su cara.

—¿Maya? —su voz suena temblorosa, nerviosa e inestable, y mis rodillas tiemblan.

No estoy muy segura de qué hacer o qué decir, así que no me muevo en lo absoluto. No muevo ni un músculo de mi cuerpo porque si lo hago, voy a estallar en mil fragmentos.

—Harry... —mi voz sale en un susurro ronco.

Él luce más allá de lo asombrado, pero no lo culpo. Yo tampoco esperaba encontrármelo en un lugar como este.

—¡Hola! —me apresuro a decir. Trato de sonar casual cuando hablo, pero sé que no lo he logrado.

Él asiente y sonrío, pero el gesto no llega a sus ojos.

—Hola —el destello nervioso en su mirada me confunde, pero la forma en la que echa un vistazo hacia atrás, me saca de balance, ya que luce como si estuviese buscando la forma de escapar de mí.

—¿Cómo estás? —me siento como una completa idiota, pero no puedo pensar en otra cosa para decir.

—Bien —dice—, ¿cómo estás tú?

—Bien —trato de aminorar mi euforia que se filtra en mi voz, pero no lo consigo.

—Me alegro —entonces, mira de nuevo hacia atrás—. Escucha, tengo que irme.

El nudo en la boca de mi estómago se aprieta con fuerza y una oleada de decepción me golpea.

—Oh..., de acuerdo —asiento y sonrío lo mejor que puedo.

Él trata de corresponder a mi gesto, pero la mueca que esboza es apenas una línea tensa. Entonces, sin decir una palabra más, se gira sobre sus talones para echarse a andar lejos de mí.

Da un par de pasos por el corredor y, de pronto, se congela.

—Vámonos —sisea, y me toma unos instantes darme cuenta de que habla con alguien a quien no puedo ver. Su anatomía se interpone entre la persona a la que se dirige y yo.

—¿Qué ocurre, Harry? —la voz femenina hace que mi pecho arda y mi sangre se agolpe en mis pies. La punzada dentro de mi caja torácica hace que respirar sea difícil.

En ese momento, una cabeza se asoma del otro lado del cuerpo del chico que me da la espalda y la confusión se apodera de mí.

La mujer fácilmente le dobla la edad. Eso, sin embargo, no la hace menos atractiva. Su cabello oscuro resalta el color claro de sus ojos, y su piel ligeramente bronceada la hace lucir radiante y rejuvenecida.

—¡Hola! —la mujer ondea su mano con efusividad y no sé qué hacer. Entonces, da un paso y aparta a Harry de su camino para estirar su mano en mi dirección—, Anne Hill. Mucho gusto.

—Maya Bassi —pronuncio, confundida, pero correspondo a su saludo con un apretón de manos.

La mujer me regala una sonrisa fresca y relajada, y se siente como si hubiese visto ese gesto antes en otro lugar.

—No sabía que Harry tenía amigas tan bonitas —dice y me tenso por completo.

<<¿Qué demonios...?!>>.

—*Mamá* —Harry habla, y el entendimiento cae sobre mí.

—¿Qué? —la mujer lo mira como si la hubiese ofendido gravemente—, ¡estoy siendo amable con ella!

El alivio que me invade es enfermizo. Sé que no tengo derecho alguno de sentirme satisfecha con el hecho de que ella sea su madre, pero no puedo evitarlo.

Anne ignora las protestas de Harry y me sonrío, radiante.

—Te pido una disculpa a nombre de Harry —dice—. Nunca le ha gustado presentarme a sus amigos. No me considero una mujer hostigosa, así que no entiendo su renuencia, pero es un placer conocerte, cariño.

—El placer es mío, señora —le regalo mi mejor sonrisa y observo a Harry, de reojo. Él luce incómodo y ansioso.

—Es bueno verte, Maya —Harry dice, finalmente; y mi corazón hace un baile extraño.

—También es bueno verte, Harry —mi voz se ha enronquecido varios tonos.

—¿Cómo has estado? —su pregunta me toma por sorpresa.

No sé cómo sentirme respecto al hecho de que está intentando prolongar nuestra conversación, pero decido que yo tampoco estoy lista para despedirme. No después de haberme privado de verlo durante tanto tiempo.

—Muy bien —digo, y quiero hablarle acerca de la terapia, las clases de defensa personal, la idea de retomar la escuela y todas esas cosas buenas que han ocurrido en mi vida últimamente; pero no me atrevo a decir nada. Se siente incorrecto hablar de eso ahora mismo—. Sigo trabajando en el restaurante, y sigo viviendo con Kim; pero ya estoy buscando un lugar para mí. Ha fijado una fecha para su boda con Will y no quiero incomodarlos con mi presencia cuando inicien su vida de casados.

—Comprendo —dice—. ¿Has encontrado algo bueno?

—Nada —hago una mueca de pesar—. Pero seguiré buscando.

—Si sé de algún lugar, te lo haré saber —me guiña un ojo y el agujero en mi estómago se hace más grande.

Una sonrisa tensa se dibuja en mis labios.

—¿Qué hay de ti? ¿Cómo has estado? —trato de sonar casual cuando pregunto.

—Genial —sonríe, pero no se siente como una sonrisa real—. Acabo de asociarme con una pequeña compañía pesquera y todo ha sido bastante provechoso. El negocio crece lento, pero seguro. No llevo prisa.

—Me alegra saberlo —digo, porque no sé qué otra cosa hacer.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, y pasan unos segundos antes de que Anne lo rompa.

—Deberías invitar a Maya a cenar a tu apartamento un día de estos —dice. Mi atención se fija en ella y me regala un guiño—. No es por alardear, pero preparo un estofado delicioso.

—Maya tiene cosas que hacer, mamá —Harry dice entre dientes—. Trabaja todo el día y...

—¡Tonterías! —ella hace un ademán con la mano para restarle importancia a la pobre excusa de Harry—, estoy segura de que Maya podrá hacerse un espacio en su apretada agenda para nosotros, ¿no es así, cariño?

—¡Claro! —afirmo, pero no estoy segura de querer aceptar su invitación.

—¡Está dicho, entonces! —la mujer suena más allá de lo entusiasmada—. Cenaremos los tres juntos.

Anne parlotea sin cesar sobre las cosas que necesita comprar para la preparación de su estofado y trato de poner toda mi atención en ella, pero es imposible. Inevitablemente, mis ojos se clavan en los de Harry, y cientos de emociones se agolpan y se arremolinan en mi pecho.

La nostalgia que no había sentido en semanas vuelve con más fuerza que nunca, y las ganas de decirle que lo he hecho bien son insoportables. Me aterra saber que quizás él lo ha hecho mejor, pero, de cualquier modo, quiero que sepa que todo ha comenzado a marchar de la manera adecuada.

Quiero, también, preguntarle tantas cosas, que ni siquiera sé por dónde empezar...

«¿Cómo estás? ¿Estás cuidando de ti mismo? ¿Por qué estás tan delgado? ¿Has dormido adecuadamente?...». Formulo en mi cabeza, pero no lo pronuncio en voz alta. Solo me limito a mirarlo a la cara, sin decir nada.

Alguien se aclara la garganta justo a mis espaldas y eso rompe el hechizo en el que me veo envuelta. Tori sostiene su teléfono contra su oreja y me regala una sonrisa cargada de disculpa.

—Es Jeremiah. Dice que la función ya va a comenzar —dice.

En ese instante, vuelco mi atención hacia Harry.

—Vine al cine con unos amigos —la imperiosa necesidad de aclarar que no hay nada entre mi mejor amigo y yo, hace que hable. Hago énfasis en la palabra

<<amigos>>, pero no entiendo por qué lo hago. No es como si tuviera que rendirle cuentas—. En realidad, vamos un poco retrasadas.

—Oh... Está bien.

Suena... ¿decepcionado?

—Debemos irnos —algo dentro de mí se hunde con pesar mientras lo digo, pero me obligo a concentrar mi atención en la madre de Harry para que él no sea capaz de notarlo—. Fue un placer conocerla, señora.

—El placer fue mío, cariño —ella sonríe.

—Diviértanse —Harry sonríe, pero el gesto no toca sus ojos.

Yo asiento con torpeza y me aparto de su camino antes de echarme a andar en dirección opuesta a donde ellos se encuentran.

Mi corazón golpea contra mis costillas, el aliento me falta, mis piernas tiemblan y todo lo que he luchado por construir, se tambalea en el instante en el que los recuerdos me asaltan.

Las caricias, las palabras susurradas; su risa ronca y aterciopelada, la suavidad de su cabello entre mis dedos, la curva de su sonrisa, el hoyuelo en su mejilla; el perfume de su piel, el sabor de sus besos... Todo se arremolina en mi cabeza y la opresión en mi pecho es tan grande, que se siente como si pudiese gritar.

Mis ojos se cierran con fuerza en ese instante y tomo una inspiración larga y profunda.

Me digo a mí misma que no lo extraño más. Que lo he olvidado y que he superado aquella faceta de mi vida llamada Harry Stevens; sin embargo, no puedo arrancar la sensación de desasosiego que me invade. Tampoco puedo llenar el inmenso vacío que se ha instalado dentro de mi pecho y sé, por sobre todas las cosas, que este encuentro tampoco va a dejarme tranquila durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 42

Will ondea su mano en dirección al lugar donde Kim y yo nos encontramos.

La jornada del día de hoy ha sido una completa locura y lo único que quiero hacer es descansar, pero sé que eso no va a ser posible, ya que quedé con Jeremiah para ir al centro comercial a conseguir una camisa.

Al parecer, el día de mañana tendrá una cena en casa de Amber, la chica con la que está saliendo, y está nervioso hasta la mierda.

Los padres de la chica, finalmente, aceptaron conocerlo y ha estado al borde del colapso debido a eso. No lo culpo. La chica realmente le gusta y quiere que las cosas funcionen con ella.

—¿Estás segura de que dijo que vendría a recogerte? —Kim pregunta. Suena preocupada.

Le ha hecho una seña a Will para que la espere un segundo mientras habla conmigo. Se siente como si estuviese hablando con la mujer que fue mi madre alguna vez y tengo que reprimir el impulso de rodar los ojos.

—Sí —digo—, no te preocupes. No va a ocurrirme nada.

Ella entorna la mirada, pero hay una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Te odio —masculla—, me haces sentir como una madre sobreprotectora cuando andas sola por ahí.

—Sí, bueno —hago una mueca de fingido horror—, no quiero siquiera imaginar cómo serás con tus hijos.

—¡Vete a la mierda! —chilla con indignación, pero su sonrisa es ancha.

—Ve a casa tranquila—le regalo un guiño e ignoro su gesto cargado de fingido enojo—. Will te está esperando.

Ella fija su atención en su prometido un par de segundos antes de volverse hacia mí una vez más.

—Vamos a follar en tu ausencia —anuncia y un escalofrío de pura repulsión me recorre—. Procura tardarte, por favor.

—¡Jesús! —exclamo—, ¿era necesario poner esa imagen en mi cabeza?

Ella muerde su labio inferior y me guiña un ojo.

—Por supuesto que era necesario —dice, con descaro, y me envuelve en un abrazo rápido—. Nos vemos más tarde.

Entonces, se echa a andar en dirección al auto de su novio.

Cinco minutos después de que Kim y Will se marchan, el auto de Jeremiah aparca frente a mí. Ni siquiera se molesta en bajar de él, pero no necesito que lo haga.

Abro la puerta del copiloto e introduzco la mitad de mi cuerpo cuando, de pronto, hace sonar la bocina. Un chillido aterrorizado brota de mis labios y salto del susto en mi lugar.

Las carcajadas de su parte no se hacen esperar y siento la irritación apoderándose de mis entrañas.

—Eres un idiota —mascullo mientras me acomodo en el asiento del copiloto y doy un portazo.

—¡Dios!, ¡debiste ver tu cara!, ¡fue épica! —dice, entre risas.

Mi vista se clava en él y me aseguro de imprimir todo el veneno que puedo cuando sus ojos encuentran los míos.

Jeremiah está a punto de decir algo, pero subo el volumen del estéreo para no escucharlo. Él se queja y trata de llegar al mando del sonido, pero lo detengo con un golpe en el dorso de la mano.

—¡No te atrevas, Jeremiah! —lo amenazo, pero apenas puedo reprimir la sonrisa que amenaza por abandonarme.

—¡Es mi auto! —exclama, medio indignado.

—¡Me asustaste hasta la mierda! —exclamo, de vuelta—, ¡me lo debes!

Él refunfuña algo que no entiendo, pero clava su vista en el camino y conduce por las calles atestadas de tráfico.

Llegamos al centro comercial casi veinte minutos después de haber salido del Joe's Place y, para ese entonces, nuestra pequeña riña se ha disuelto entre risas, bromas tontas y charlas sin sentido.

—No quiero usar nada formal —anuncia Jeremiah mientras entramos a una tienda de ropa para caballero—. No quiero que piensen que me estoy esforzando para agradarles. No me sentiría bien conmigo mismo si trato de ser otra persona para que me acepten.

Una sonrisa se dibuja en mis labios y asiento mientras nos dispersamos entre los aparadores metálicos.

Miro alrededor y me dirijo hacia la sección de ropa casual. Mi vista viaja por todo el espacio repleto de prendas, y se detiene un par de segundos en la camisa a cuadros que viste uno de los maniquís.

De pronto, mi mente evoca una imagen dolorosamente familiar...

Cabello en ondas color caramelo, ojos color esmeralda, labios mullidos y sonrosados, cicatrices en el lado izquierdo de la cara... Esa camisa se parece demasiado a una de las que Harry solía usar con frecuencia. Se parece a esa que utilizó la chica encargada de romperme el cráneo hace unos meses.

Los recuerdos me invaden a una velocidad impresionante, y no puedo hacer otra cosa más que quedarme ahí, quieta, mientras espero a que mi corazón ralentice su marcha.

Desde que vi a Harry Stevens la semana pasada en este centro comercial, no he dejado de pensarlo. He tratado de mantener a raya todos los recuerdos, pero tenerlo de frente fue como abrir la caja de pandora y permitir que las memorias enterradas salieran a la superficie.

Esa noche no pude dormir. Busqué en mi teléfono el número que tantas veces he intentado eliminar de mi lista de contactos, pero que nunca he tenido el valor de desaparecer.

Una parte de mí, esa que no ha aceptado aún que el pasado debe quedarse atrás, deseaba con todas sus fuerzas llamarle o enviarle un mensaje de texto; sin embargo, otra parte, esa que está decidida a dejar de ser esa chica débil y asustada

que siempre he sido, me obligó a dejar el aparato en la mesa de centro de la sala de Kim.

A partir de entonces, sacar a Harry de mis pensamientos ha sido casi imposible. Cientos de preguntas se han arremolinado en mi mente durante toda la semana, y me siento estúpida al respecto.

No se supone que deba pensar en él. No cuando he decidido sacarlo de mi vida definitivamente. Tampoco se supone que deba sentir esta opresión dentro de mi pecho y estas ganas de correr a buscarlo solo para preguntarle cómo se encuentra..., pero las siento. Las siento y apesta como el infierno.

—¡Maya! —la voz de Jeremiah me saca de mis cavilaciones y lo veo alzando una camisa estampada con un diseño horrible. Su sonrisa socarrona me hace saber que está a punto de hacer un comentario cruel respecto a la prenda, pero se detiene al instante. Su ceño se frunce ligeramente y deja el material que sostiene entre los dedos antes de acercarse a mí—. ¿Qué pasa?

Trato de concentrarme en la estructura de metal donde se encuentran colgadas decenas de camisas y finjo estar interesada en una en especial.

—¿De qué hablas? —trato de sonar tranquila y relajada.

—Al principio, creí que era yo quien estaba siendo paranoico respecto a ti, pero Nick también ha notado que llevas toda la semana comportándote de forma extraña —dice. Suena amable y preocupado al mismo tiempo.

Mis ojos se cierran con fuerza e inhalo profundo antes de atreverme a encararlo. No estoy muy segura de querer decirle lo que ocurrió, pero si no se lo cuento a alguien, voy a explotar.

—Vi a Harry —digo, tras un par de segundos en silencio.

Su expresión está completamente en blanco, pero noto un destello de pánico en su mirada.

—¿Te buscó? —pregunta, con cautela.

—No —niego con la cabeza—. Me lo encontré.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. Cuando vinimos al cine con Tori y los demás.

—¿Te hizo algo? —la preocupación se filtra en su rostro y quiero golpearlo por reaccionar de esa manera.

No es como si Harry fuese a tratar de hacerme daño solo porque ya no estamos juntos.

—Solo dijo «hola» —digo, porque es cierto—. No hablamos más de cinco minutos.

Un suspiro tenso brota de sus labios y pasa una mano por su cara antes de mirarme de nuevo. No se necesita ser un genio para descubrir que no le agrada la idea de que Harry y yo hayamos tenido contacto.

—¿Sentiste algo cuando lo viste?

—¡No! —exclamo, con indignación, pero no se siente correcto decir eso cuando en realidad sentí que el mundo entero se tambaleaba.

—Oh, *mierda...* —susurra, y niega con la cabeza. Sabe que no es verdad. Sabe que sentí un universo de cosas al mirarlo de nuevo y eso me avergüenza en niveles que están fuera de mi comprensión—. Maya, casi te *matan* por su culpa. Uno de sus amigos mandó a que te golpearan. ¿De verdad deseas estar cerca de una persona que solo ocasiona problemas a tu vida?

—Hablas como si Harry hubiera sido quien me rompió el cráneo con un bate de béisbol —la irritación en mi voz es palpable—. Además, no es como si estuviese considerando volver a verlo. Yo no lo busqué y tampoco estoy diciendo que voy a ir a buscarlo. No necesitas tratarme como si fuese una estúpida.

Jeremiah desvía la mirada y aprieta la mandíbula.

—Se ha convertido en el favorito de su jefe, ¿sabías eso? —dice, sin mirarme—. Eso es lo único que se comenta en el barrio últimamente.

Mi corazón se acelera otro poco.

Me niego a creer eso. Me niego a creer que Harry se ha hundido un poco más en ese horrible mundo.

—Sí, bueno... —me obligo a decir—, en ese barrio se dicen muchas cosas que no son ciertas. Hasta donde sé, tú creías que Harry era un asesino, cuando, en realidad, nunca ha matado a nadie.

—¿De verdad? —su mirada furiosa se posa en mí—, ¿de verdad nunca ha matado a nadie?, ¿te dio pruebas sobre eso, o solo te dijo que no lo ha hecho y le creíste como la estúpida que eres?, ¡por Dios, Maya!, ¡reacciona!, ¡el tipo es un...!

Mi palma conecta con su mejilla con tanta fuerza, que arde.

—¿Quién demonios crees que eres para tratarme de esta forma? —siseo, con la voz entrecortada por las emociones—, ¿crees que tienes el derecho de juzgar a alguien a quien no conoces con base en lo que la gente dice? —un par de miradas curiosas se posan en nosotros, así que me obligo a mantener mi voz baja cuando digo—: ¿Qué te dijeron sobre las cicatrices? ¿Qué se las había hecho en una pelea callejera?, pues, ¿adivina qué?, se las hizo un hijo de puta que lo juzgó, así como tú lo haces ahora —trago duro para aminorar la sensación de ahogamiento que me invade—. Y espero que los papás de tu novia —le lanzo la camisa que ni siquiera sabía que sostenía—, no te juzguen de la forma en la que tú juzgas a Harry.

Entonces, me echo a andar fuera del local.

Escucho su voz gritando mi nombre, pero ni siquiera me vuelvo para mirarlo. Estoy tan enojada, que apenas puedo pensar con claridad.

Al cabo de unos instantes, mi teléfono suena en mi bolso, pero no respondo. Sé que se trata de mi amigo y no deseo hablar con él ahora mismo.

Avanzo por el inmenso pasillo y no me pasa desapercibido el hecho de que la mayoría de los locales están cerrados. El centro comercial está por terminar la jornada laboral, lo que quiere decir que debo marcharme ahora mismo si deseo alcanzar a tomar uno de los últimos autobuses.

Apresuro el paso lo más que puedo, pero no puedo arrancar el coraje lejos de mi sistema. Nunca me había sentido así de molesta con Jeremiah y eso me asusta, ya que, desde que inicié las terapias, apenas puedo controlar mi temperamento.

Es como si hubiese abierto una puerta que había mantenido bloqueada durante mucho tiempo. Es como si todos los sentimientos negativos que reprimí durante meses, lucharan por salir a la menor provocación.

Sé que, en cierto modo, Jeremiah no está equivocado. Harry nunca me demostró con pruebas que no ha matado a nadie. Solo me dio su palabra y eso fue suficiente para mí porque confiaba en él. A estas alturas, sin embargo, sigo sin creer que

Harry sea capaz de hacerle daño a alguien. Siempre fue un chico dulce y amable. Jamás me puso un dedo encima sin mi consentimiento y jamás fue agresivo o violento conmigo. No tengo motivo alguno para no creer en su palabra. No tengo motivo alguno para desconfiar de él. No creo que algún día llegue a tenerlo.

Lo cierto es que con Harry siempre he ido a ciegas. Siempre tratando de confiar. Siempre avanzando a media luz...

—¡Maya! —la voz a mis espaldas hace que me detenga en seco, pero sé que no es Jeremiah. Esa voz es diferente.

Mi corazón se detiene una fracción de segundo, pero me digo a mí misma que solo ha sido un producto de mi imaginación, que no es él y que no puede ser posible que me lo haya encontrado en el mismo lugar dos veces en menos de una semana. Las probabilidades de que eso ocurra son casi nulas.

Giro sobre mi eje con extrema lentitud y mi pulso se acelera con anticipación a lo que viene. Tengo que tragar duro para eliminar el horroroso nudo que se ha formado en mi garganta, pero no me importa. Nada importa ahora mismo.

«Oh, mierda...».

—Harry... —mi voz sale en un suspiro tembloroso y torpe.

Se encuentra a pocos pasos de distancia —*alto e imponente, como siempre*—, pero se siente como si estuviese parado justo frente a mí.

Su mirada dura está cargada de una emoción que no soy capaz de reconocer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —su voz suena tranquila en contraste con lo que dice su cuerpo.

Quiero responderle, pero estoy tan aturdida, que ni siquiera puedo formular una oración coherente.

—Yo... —digo, para después balbucear algo ininteligible. Mis ojos se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda antes de intentarlo de nuevo—: Vine a comprar algo que necesitaba —dudo un segundo, y añado—: ¿Y tú?, ¿qué estás haciendo aquí?

Él hace un gesto en dirección a uno de los locales de comida.

—Mi mamá trabaja en ese lugar —dice—. Vengo a recogerla para llevarla a casa y pasar algo de tiempo con ella.

—Oh... —me aclaro la garganta y cruzo los brazos sobre mi pecho, en un intento desesperado por aminorar el temblor que me embarga.

Un silencio incómodo se apodera del ambiente, pero no me atrevo a decir nada para romperlo.

—Es tarde —Harry habla, finalmente, tras unos instantes—, ¿cómo vas a volver a casa?

—Tomaré el autobús —hago una seña vaga con el pulgar de mi mano, en dirección hacia la salida más cercana.

—Maya, son las diez de la noche —dice, con seriedad, pero suena más bien divertido—. La última corrida de autobuses sale faltando quince minutos antes de las diez. ¿Estás segura de que vas a alcanzar a tomar uno?

La vergüenza me invade en ese momento y siento cómo mis mejillas se encienden con rubor.

—Tomaré un taxi, entonces —me obligo a responder.

Todo vestigio de humor se fuga de su rostro en ese momento. Su ceño se frunce profundamente y mis entrañas se aprietan.

—Un taxi sigue siendo peligroso, Maya. Más a esta hora —su tono de voz suena más ronco de lo normal, y es lo único que necesito para saber que trata de mantener la irritación a raya.

Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa tensa.

—Estaré bien —aseguro—. Lo he hecho antes.

La lucha interna se refleja en la intensidad de su mirada, pero no entiendo qué es lo que la provoca.

Por un momento, creo que trata de decidir si va a ofrecerse a llevarme o no, pero mi vocecilla interior, esa que es realista y cruel, me dice que solo trata de buscar una forma de salir de esta incómoda situación.

—¡Maya, cariño! —una voz femenina atrae mi atención. Mi vista se posa en la figura baja de cabello oscuro que sale de uno de los locales, y el nerviosismo me

invade. La mujer acorta la distancia que hay entre nosotras y me envuelve en un abrazo apretado—. ¿Trabajas por aquí, acaso?

Anne Hill me mira con curiosidad. No me atrevo a apostar, pero podría jurar que luce más allá de lo satisfecha con mi presencia en este lugar.

—En realidad, vengo aquí muy seguido —digo, porque es verdad. Desde que mi amistad con Jeremiah inició, vengo a este centro comercial una o dos veces por semana.

—¡Qué sorpresa! —su sonrisa es radiante—, yo trabajo justo en ese lugar —su dedo índice señala una cafetería rústica y acogedora—; puedes venir a verme cuando te plazca.

No estoy segura de cómo responder a eso, así que me limito a asentir y a sonreír.

La madre de Harry empieza a parlotear acerca de los distintos tipos de panecillos que venden en el local, así que no me atrevo interrumpirla. El entusiasmo en su voz es contagioso y, de pronto, me encuentro escuchándola hablar acerca de los tipos de glaseado que sabe hacer.

—Mamá, estás asustándola —Harry masculla, y sonrío sin poder evitarlo.

—¡Por supuesto que no estoy asustándola! —exclama ella con indignación.

—¡No la has dejado abrir la boca!, ¡has hablado durante los últimos tres minutos sin parar! —Harry dice con exasperación, pero noto cómo reprime una sonrisa—, ¡Maya no tiene el valor de pedirte silencio!

—¡Eso no es cierto! —Anne chilla—, ¡A Maya le agrada charlar conmigo!, ella no es una malagradecida como tú.

Una pequeña risa brota de mis labios, y niego con la cabeza antes de aclararme la garganta.

—Me encantaría poder quedarme un poco más —digo, una vez encontrado el hueco en su conversación—, pero debo irme. Ha sido un gusto verlos una vez más.

—Oh, cariño —Anne me mira con genuina tristeza, pero no deja de sonreír cuando se acerca a mí y me envuelve en un abrazo fuerte y firme—. De acuerdo. Ve con cuidado. Ven a saludarme cuando puedas.

—Lo haré —prometo y ella asiente satisfecha.

Entonces, dirijo mi atención hacia Harry. No estoy segura de qué decir o qué hacer, así que me limito a hacer un gesto de mano en su dirección.

—Nos vemos luego, Harry —digo, en voz baja, antes de girar sobre mis talones y echarme a andar por el corredor.

—¡Maya! —la voz ronca inunda mis oídos, y un estremecimiento me recorre entera. No quiero lucir muy ansiosa, así que trato de mirarlo por encima del hombro cuando dice—: Te llevaré a casa.

Mi boca se abre para decir algo, pero no encuentro el sonido de mi voz. Mi pulso late tan fuerte, que soy capaz de sentirlo justo detrás de mis orejas, y un puñado de rocas se ha asentado en mi vientre.

—Es tarde —añade, pero luce como si tratara de justificarse a sí mismo el motivo de su ofrecimiento—. Es peligroso que andes sola a esta hora. Déjame llevarte a casa.

—Puedo tomar un taxi —sueno insegura y tímida—. De verdad, no es necesario que...

—Por favor —me interrumpe, y algo llamea en sus pupilas en el instante en el que sus ojos y los míos se encuentran.

Todo dentro de mí grita que no debo aceptar su oferta. Que debo marcharme ahora mismo y no volver a poner un pie en este centro comercial por el bien de mi salud mental... Pero no puedo hacerlo. *No quiero...* No quiero perder la oportunidad de preguntar qué ha sido de él. No quiero perder la oportunidad de pasar un par de minutos a su lado.

—De acuerdo —digo, finalmente. Trato de sonreír, pero en realidad quiero gritar.

«Después de esto, no volverás más a este lugar. Vas a sacarlo de tu vida una vez que sepas que se encuentra bien...». Me digo a mí misma para justificar lo que acabo de hacer.

—No se diga más —Anne llena el silencio incómodo y una parte de mí lo agradece—. Vamos a casa.

Harry asiente con dureza, y esboza una sonrisa tensa.

—Vámonos, entonces.

CAPÍTULO 43

—¿Puedes detenerte en una farmacia? —la voz de Anne irrumpe en el silencio en el que se ha sumido el vehículo de Harry.

A través del espejo retrovisor, soy capaz de ver cómo su ceño se frunce ligeramente.

—¿Te sientes mal? —pregunta él. No me pasa desapercibida la preocupación que se filtra en su voz.

Anne hace un gesto desdenoso con una mano, para restarle importancia a su malestar.

—En realidad, solo es un dolor de cabeza. Nada que una aspirina no alivie —dice.

Harry no dice nada, pero la forma en la que sus hombros se cuadran, me hace saber que no está conforme con la respuesta recibida.

A pesar del tiempo que he pasado sin verlo, he podido darme cuenta de que no ha cambiado ni un poco. Sigue siendo el mismo chico que piensa más de lo que habla. A veces, me encantaría poder desvelar todos y cada uno de sus pensamientos. Quizás, si pudiese saber la mitad de lo que le pasa por la cabeza, podría entenderlo un poco mejor.

—Espero que a Maya no le moleste que me dejen a mi primero en casa —comenta la madre de Harry, y todo mi cuerpo se tensa en respuesta. Ella gira su cuerpo hacia el asiento trasero, justo donde me encuentro acomodada, y me mira con ojos adormilados—. Si no duermo ahora mismo, voy a caer desmayada.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero mi corazón se detiene durante una fracción de segundo. De pronto, me siento incapaz de pronunciar palabra alguna.

Miro de reojo hacia el retrovisor, pero lo único que obtengo, es una vista de los ojos esmeralda de Harry. En ese preciso instante, echa un vistazo hacia atrás a

través del espejo, y su mirada encuentra la mía durante una dolorosa fracción de segundo.

Cientos de emociones se arremolinan en mi pecho en ese momento, y me quedo sin aliento unos segundos. Mis manos empiezan a temblar, así que aprieto los puños para aminorar la sensación de inestabilidad que se ha apoderado de mí.

Trato de poner toda mi atención en Anne, pero sé que Harry está mirándome con atención.

—No hay ningún problema —tartamudeo, con un hilo de voz, mientras trato de seguir el hilo de la conversación.

Anne se limita a sonreír al escuchar mi respuesta y, entonces, se gira para quedar sentada de forma correcta.

Al cabo de unos minutos de camino en silencio, Harry aparca en el estacionamiento de una farmacia que abre las veinticuatro horas del día.

—No voy a tardarme más que unos minutos —dice, y se siente como si fuese Kim quien hablara. No sé si algún día yo tendré ese aire maternal que tienen ellas, pero me gustaría hacerlo. Me gustaría inspirar seguridad y cobijo, para así no ser más esta chica nerviosa que siempre he sido—. Ahora regreso.

Aprovecho esos instantes para sacar mi teléfono y revisar los mensajes que Jeremiah ha enviado. El último que recibí es de hace cinco minutos. Está preocupado. En todos los mensajes me pide que responda o que le haga saber que me encuentro bien.

Decido teclear una respuesta rápida, diciéndole que he llegado a casa con bien, que luego hablamos y que no debe preocuparse más por mí. Al cabo de unos minutos, recibo una respuesta de él, pidiéndome una disculpa por lo que dijo en la tienda.

El enojo que llegué a sentir hacia él se ha esfumado por completo, así que no puedo hacer otra cosa más que asegurarle que todo está bien entre nosotros y que mañana podremos hablar de lo que ocurrió con más calma. Él parece conforme con mi respuesta, ya que no trata de insistir en el tema. Se limita a despedirse de mí y desearme buenas noches.

Estoy a punto de guardar mi teléfono, cuando la voz ronca y arrastrada de Harry llena mi audición.

—¿De quién huías? —pregunta.

Mi cara se alza de golpe solo para encontrarlo mirándome a través del espejo. Hay curiosidad en sus facciones.

—¿De qué hablas? —sueno más tímida de lo que espero.

—En el centro comercial —dice—. Huías de alguien. ¿De quién?

El calor invade mis mejillas y estoy casi segura de que me he ruborizado.

—No huía de nadie.

Una pequeña sonrisa torcida se dibuja en las comisuras de sus labios y mi vientre se aprieta.

—Te conozco lo suficiente como para saber que huías de alguien —sueno entretenido—. Además, tenías *esa* expresión en tu rostro —dice y mi cabeza se inclina ligeramente, con curiosidad. Él parece percatarse de que no tengo idea de qué habla, ya que explica—: Cuando estás asustada, preocupada o molesta, se dibuja una arruga en tu frente. Justo aquí... —aparta una mano del volante y frota un punto arriba de sus cejas. Mi ceño se frunce un poco y su sonrisa se ensancha—: ¿Ves? —dice—. Ahí está el gesto de nuevo.

Una nueva oleada de vergüenza me golpea, así que desvío la mirada de la suya. Me siento torpe y pequeña y eso me incomoda.

—Fui al centro comercial con Jeremiah —admito, finalmente.

El silencio que le sigue a mis palabras, me hace alzar la vista para buscar su cara a través del espejo. Sus ojos color verde esmeralda se han fijado en un punto en la calle, y sus manos se aferran al volante. No estoy muy segura, pero creo que sus nudillos se han puesto blancos.

—Pasas mucho tiempo con ese tal Jeremiah —la afirmación suena venenosa e irritada, y mi corazón da un vuelco.

—Es un buen amigo —no quiero que suene a explicación, pero tampoco quiero que crea algo que en realidad no es, así que trato de elegir bien mis palabras.

Él hace una mueca desdeñosa, pero no despega la vista del local frente a nosotros.

—No es como si me importara —dice.

—Tú lo sacaste a relucir —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas, y me arrepiento en el momento en el que las pronuncio.

—Lo que tengas con ese tipo, me importa un poco menos que un kilo y medio de mierda, Maya —escupe, con una frialdad que me hiela el cuerpo entero.

Se siente como si me hubiesen abofeteado. Como si alguien hubiese hundido su puño en mi estómago con toda la intención de hacerme el mayor daño posible.

Quiero bajar del auto y salir huyendo, pero en su lugar, me limito a encogerme de hombros. No quiero hacerle saber que me hace daño. Si trato de marcharme, sabrá cuánto me han afectado sus palabras.

—Sería malo que te importara, de todos modos —digo. No pretendo sonar cruel, pero lo hago.

Harry abre la boca para decir algo, pero enmudece en el instante en el que Anne sale de la farmacia.

La mujer avanza hacia el auto a toda velocidad y trepa a él dando un portazo. Entonces, anuncia que ha conseguido lo que buscaba y nos ponemos en marcha de nuevo.

Harry no habla durante el trayecto a casa de su madre, pero ella ni siquiera parece percatarse de la pequeña riña que hemos tenido. Se ha dedicado a preguntar cosas acerca de mi vida, como mi edad, mi ocupación, mi nombre completo, mis gustos y disgustos... Parece estar empeñada en aprender absolutamente todo acerca de mí.

Finalmente, tras veinte minutos de charla, llegamos a nuestro destino. La calle donde vive Anne es una bastante tranquila. A leguas se nota que las casas aquí han sido hechas para habitarse en familia. Ella, a pesar de eso, vive sola.

Al parecer, su exmarido compró esa casa cuando Harry y su hermana apenas eran unos niños. No me pasa desapercibida la forma en la que su sonrisa flaquea cuando menciona a su hija, pero no la culpo. La gente nunca se recupera de esa clase de pérdidas. La muerte de un ser querido, es lo peor que puede pasarle a alguien...

Anne nos invita a pasar una vez ahí, pero Harry declina la invitación con el argumento de que debe llevarme a casa antes de que Kim se vuelva loca por no saber nada acerca de mi paradero. No me atrevo a contradecirlo. Faltan quince

minutos para que den las once de la noche y sé que mi amiga empezará a marcar a mi teléfono si no llego pronto.

Finalmente, nos despedimos de la mujer; pero no nos movemos del pórtico hasta que ella está dentro de la casa sana y salva.

Avanzamos por el pequeño pasillo de piedra del jardín, sin decir nada. Harry abre la puerta del copiloto para mí y subo a su viejo cacharro con más familiaridad de la que debería. Él rodea el vehículo por la parte de adelante y entra antes de comenzar con la faena que implica encender el motor.

Ninguno de los dos hablamos mientras conduce. Nos limitamos a mantener la mirada fija en el camino.

Avanzamos por la calle paralela a la que entramos cuando, de pronto, el auto se frena en seco. Unos metros más adelante, se encuentra un bloqueo en la calle. Al parecer, están reparando algo ahí en frente. A simple vista, puede notarse cómo el pavimento ha sido levantado y la tubería ha quedado expuesta.

Harry maldice en voz baja y echa el auto en reversa hasta llegar a la esquina. Entonces, gira en dirección a otra de las calles y zigzaguea por el suburbio en busca de una salida hacia la avenida principal.

Hemos dado vueltas y vueltas por todo el fraccionamiento y no hay señal alguna de la salida al *boulevard* que va a llevarnos a nuestro destino. Comienzo a creer que estamos perdidos, y empiezo a ponerme nerviosa.

—¿Estamos perdidos? —mi voz sale en un susurro tembloroso.

—No —Harry masculla.

—¿Estás seguro?

—No.

Una sonrisa irritada se filtra en mi gesto.

—¿Hace cuánto tiempo que no venías por aquí?

—Años —responde, en voz baja—. Todo está muy diferente ahora. Cerraron muchas calles que antes funcionaban a la perfección.

Harry gira un par de veces antes de toparnos de frente con un callejón. Entonces, se echa en reversa y buscamos otro camino.

A los pocos minutos, pasamos por un pequeño parque y el auto se detiene. Estoy a punto de preguntar qué ocurre, cuando observo cuán pálido se ha puesto y cómo sus manos se aferran al volante.

Mi atención se vuelca en dirección a donde su vista está fija y lo único que soy capaz de ver, es una escuela. No me atrevo a apostar, pero creo que es una preparatoria.

—¿Harry? —mi voz sale en un susurro suave y temeroso.

—Fue ahí —dice, en un susurro ahogado—. El incendio fue en ese lugar.

Toda emoción se esfuma de mi cuerpo en el instante en el que veo la tortura en su expresión. Luce enfermo, asqueado y aterrorizado, pero no dice nada. No se mueve. No respira.

Quiero decir algo reconfortante, pero sé que nada de lo que diga puede aminorar la oleada de recuerdos que ese lugar debe traerle.

Mi vista se fija en el terreno frente a nosotros. Luce como una escuela ordinaria, y no hay vestigio alguno de haber habido un incendio en ese lugar. El edificio debe haber sido reparado hace años; sin embargo, los recuerdos de Harry siguen intactos.

En ese momento, estiro mi mano para alcanzar la suya, pero me detengo en el acto. No puedo hacer esto. No puedo intentar consolarlo de esta manera porque no es correcto. No puedo permitir que vuelva a colarse dentro de mis huesos como lo hizo antes...

—¿Ves esa hilera de ventanas de ahí?... —señala con una mano, en dirección a la parte izquierda de la edificación. Su voz suena más ronca que nunca—. Según la policía, en ese lugar se inició. Era un laboratorio de química. Hubo una explosión y eso hizo que la estructura se debilitara. Hubo un montón de heridos.

Mi ceño se frunce, en confusión.

«¿Cómo es que te culparon si se inició dentro del edificio? ¿Estabas ahí?». Quiero preguntar, pero no me atrevo a hacerlo.

No sé cuánto tiempo nos hemos quedado aquí, sin hacer nada, pero no me atrevo a romper el silencio que se ha instalado entre nosotros.

Su rostro se agacha y noto cómo sus párpados se cierran.

—Lo siento... —dice, con un hilo de voz—. Lo siento mucho. Yo...

—No... —lo interrumpo y estiro mi mano hasta ponerla sobre su hombro. Él parece sobresaltarse por el contacto, pero no me aparta—. No hay nada que sentir, y tampoco tienes que explicarme nada.

Su cabeza gira en mi dirección y, de pronto, me encuentro mirando sus pálidos ojos verdes. Hay lágrimas en ellos, pero ninguna es derramada.

—¿Sabes cuántas veces traté de disculparme por esto? —la tortura en su voz me quiebra por completo—, ¿sabes cuántas veces intenté demostrar que yo no lo hice?... El fallo del juicio nunca fue suficiente y yo solo deseaba que la gente supiera que yo no maté a nadie.

—Harry —el nudo en mi pecho se aprieta—, no puedes seguir torturándote con eso. No es sano. No tienes nada que demostrarle a nadie porque tú no lo hiciste. No le debes nada a las personas que te culpan. Al contrario, son ellas las que te deben todo a ti. Te arrebataron la vida entera. Las ilusiones, las metas, las ganas de salir adelante... No puedes tratar de buscar su aceptación porque es claro que ellos nunca van a creer en tu inocencia. Dudo mucho que crean en ti aún después de escuchar una confesión de boca del verdadero culpable.

—¿Cómo hago, entonces, para dejar de sentirme así, Maya? —susurra—. No quiero ser la víctima aquí, pero cada vez que intento olvidarlo todo y dejarlo atrás, ocurre algo y todo vuelve. Es una tortura constante.

—No se trata de olvidar, Harry —digo, en voz queda—. Se trata de aprender a vivir con ello. No puedes pretender que no ocurrió, pero puedes aprender a lidiar con todo eso.

Suelta una risa amarga y niega con la cabeza mientras aparta la mirada.

Harry no dice nada. Tampoco se mueve durante un largo momento.

—No sé qué mierda ocurre conmigo —dice, al cabo de un rato. Acto seguido, echa a andar el auto—. Será mejor que nos vayamos.

Quiero decir algo más, pero no se siente correcto. No cuando ha cortado de tajo con la conversación...

Pasan cerca de quince minutos antes de que logremos salir del laberinto que es ese fraccionamiento. No hemos hablado más acerca del incendio. No hemos hablado

de nada en lo absoluto durante ese lapso de tiempo.

Harry se ha sumido en sus pensamientos desde que dejamos su antigua escuela y yo no me he atrevido a hablarle. Verlo al borde del quiebre ha sido peor de lo que esperaba y me siento impotente por no saber qué hacer para mejorar su estado de ánimo, así que no digo nada.

—A mamá le agradas —Harry habla después de otro largo rato en silencio.

Una sonrisa suave se apodera de mi boca.

—A mí me agrada ella —me detengo unos instantes, insegura a preguntar; pero lo hago de todos modos—: ¿Qué te llevó a buscarla de nuevo?

Él se detiene en un semáforo en rojo.

—Fue ella quien me buscó. Al parecer, se encontró a Johannah en el centro comercial y fue así como supo dónde vivía. Llegó a casa de la nada un día por la mañana —dice, sin mirarme.

Algo cálido se desliza dentro de mi pecho y mi sonrisa se ensancha.

—Es una mujer hermosa —comento.

—Es la mujer de mi vida —susurra y poso mi atención en él. Una sonrisa avergonzada se apodera de él y explica—: Cuando era niño, siempre me dijo que la mujer de mi vida nunca me haría daño. Ella es la única mujer que nunca me ha lastimado; es por eso por lo que digo que es la mujer de mi vida.

Una punzada de dolor atraviesa mi pecho en ese instante, y crece hasta convertirse en algo insoportable.

Me encantaría poder ver a mis padres de la forma en la que Harry ve a su mamá. En mi caso, ellos son los causantes de las pesadillas. Leandro es la cara de todas y cada una de ellas y mi madre es la mujer que desapareció de la faz de la tierra hace más de un año después de acabar con su matrimonio y con...

«¡No vayas ahí!». Grita la voz en mi cabeza y desvío el hilo de mis pensamientos.

Sacudo la cabeza para alejar los recuerdos tortuosos y aprieto la mandíbula. Entonces, me pregunto cuánto daño le hice a Harry. Cuánto dolor le causé y cuán lastimado quedó después de que nos separamos. En ese entonces solo pensaba en

mí y en mi bienestar. Jamás llegué a preguntarme cuánto lo heriría al alejarlo como lo hice.

—¿Alguna vez te hice daño, Harry? —mi voz sale en un susurro tembloroso.

—No más del que yo te hice a ti, Maya —responde. Suena sereno y tranquilo y eso solo hace que la sensación de hundimiento sea más intensa.

—Lo siento mucho —sueno patética—. Lamento mucho haberte hecho daño. Nunca quise hacerlo.

—No lo laments —él responde y luego me regala un encogimiento de hombros—. El dolor es inevitable en esta vida. Yo también te herí muchas veces, y no estoy diciendo que no sienta haberlo hecho; es solo que es inevitable. En el amor, salir lastimado es inevitable.

Mi vista se posa en la calle y me doy cuenta de que estamos cerca del apartamento de Kim. No estoy lista para decir adiós, sin embargo. No cuando tengo tantas preguntas que hacer. No cuando deseo retenerlo unos segundos más en mi vida.

—Harry —trago duro. El nerviosismo me asalta, pero no dejo que eso me amedrente—, ¿puedo preguntarte algo?

Él duda unos instantes, pero asiente, con cautela.

Mi pulso late con tanta fuerza, que temo que sea capaz de escucharlo.

—¿Lo que dijiste la otra vez es cierto? ¿Te has asociado con una compañía pesquera?, ¿dejaste de hacer... *lo otro*? —pregunto.

La vacilación en su rostro me pone los nervios de punta y me tenso en anticipación a su respuesta.

—Es cierto —dice—. Me asocié con una compañía pesquera pequeña —mi corazón salta, pero se hunde de nuevo cuando continúa hablando—: Pero no he dejado mi trabajo con Rodríguez. Te lo dije antes, Maya. Ese mundo no se deja atrás nunca.

La decepción quema hondo dentro de mi pecho. Una parte de mí creía que había dejado eso atrás, pero, en el fondo, sabía que era imposible que ocurriera...

Cuando aparca frente al edificio donde vivo, me veo tentada a echarme a correr.

Dejar que me trajera fue una mala idea. Estar cerca de Harry duele más de lo que debería. Saber que nada ha cambiado entre nosotros, escuece y hace que todo dentro de mí se derrumbe.

—Gracias por traerme —digo, con un hilo de voz.

Él no dice nada. Ni siquiera me mira. Mantiene la vista fija en el camino, a pesar de que el auto ni siquiera se mueve. Yo tampoco me atrevo a moverme.

Al cabo de unos instantes en completo silencio, decido que debo marcharme y abro la puerta del copiloto para salir. Entonces, siento cómo sus dedos helados se envuelven en mi muñeca. Mi atención se vuelca hacia él y me congelo cuando me doy cuenta de su cercanía.

—Voy a irme, Maya —susurra, con urgencia—. Voy a irme lejos de aquí. Lejos de Rodríguez, de Tyler, de Nadia y de ese mundo de mierda. Es la única manera.

El alivio, el pánico y el dolor se arremolinan y colisionan en mi sistema en ese instante.

—¿Qué?

Harry asiente.

—¿Cuándo? —mi voz sale en un hilo.

—No lo sé —susurra y noto el pánico en su mirada. Está aterrorizado—. No lo sé, Maya, pero debes prometer que vas a cuidar de mi mamá; que vas a frecuentarla y hacerle compañía. Va a odiarme después de esto, pero... —traga duro. Sus palabras suenan arrebatadas y parece como si no estuviese seguro de qué decir. Entonces, duda unos instantes, pero continúa—: Maya, puse el apartamento a tu nombre. Cuando me vaya, puedes vivir ahí. El lugar es tuyo. No quiero que nadie más lo tenga.

—No... —susurro—. No, Harry, no. No puedes...

—¿Por qué no? —me interrumpe. Luce ansioso y desesperado—. Tu padre ya no vive en el edificio. Lo echaron hace meses. Es seguro para ti y...

—No puedes hacerme esto —lo interrumpo, y las lágrimas se agolpan en mis ojos—. No puedes irte y dejar a tu madre así —«¡No puedes dejarme a mí así!», quiero decir, pero no lo hago—. No puedes irte sin ella. Si vas a irte, tienes que llevarla contigo.

—Ella no va a querer dejarlo todo, Maya —suenas triste y derrotado—. Lo único que puedo hacer es dejarle dinero y... Y dejarle a la mujer más hermosa, aparte de ella, que he tenido la dicha de conocer: tú.

—Harry...

—Por favor, Maya. No volveré a pedirte nada más. *Por favor...*

«No te vayas. Por favor, Harry. No me dejes aquí. Llévame contigo...». Quiero gritar, pero, en su lugar, asiento con rapidez.

—De acuerdo —susurro, al cabo de un momento de silencio tenso—. Lo haré.

Él luce aliviado, pero yo me siento más enferma que nunca.

—Gracias... —suspira. Sé que quiere decir algo más, pero ya estoy bajando del auto.

Entonces, sin decir una palabra más, y sin dejarlo continuar, doy un portazo y me precipito hacia el interior del edificio. Ni siquiera me atrevo a mirar atrás.

En ese instante, la resolución cae sobre mis hombros como si del peso del mundo se tratase. Cae sobre mi cuerpo y todo dentro de mí se estruja hasta un punto sin retorno...

Harry va a irse. Va a irse y no voy a verlo nunca más.

CAPÍTULO 44

Mi vista se clava en la entrada principal del establecimiento donde Anne Hill trabaja y mi corazón se acelera.

Me estoy acobardando. No debería estar en este lugar. No cuando fui yo quien permitió que Harry se alejara de mí. No cuando ni siquiera intenté saber de él durante casi cinco meses...

Hace dos semanas que vi a Harry por última vez. Hace dos semanas que me dijo que se marcharía de la ciudad y, desde ese entonces, la sensación de pérdida ha hecho de mi alma una casa y se ha refugiado ahí noche y día.

No he podido dormir, no he podido concentrarme en nada, ni siquiera he podido comer. Lo único que he hecho, es pensar en la decisión que ha tomado. Eso es, precisamente, lo que me ha traído hasta aquí.

He venido con el absurdo propósito de decirle a Anne que su hijo planea irse. He venido a ser una completa idiota para así impedir que Harry se marche.

Sé que no es justo para él que lo traicione de esta forma. Sé que esto está mal de todas las maneras posibles y que no debería de estar aquí. Es por eso por lo que estoy acobardándome.

A pesar de que deseo con todas mis fuerzas entrar a esa cafetería y contarle a esa señora acerca de los planes que tiene su hijo, hay una parte de mí que aún le es leal y solidaria.

Si Harry quiere irse, no tengo derecho alguno de impedirselo. Así me duela un infierno, debo aceptarlo. Sé que debo aceptarlo...

«¿Por qué carajo me cuesta tanto trabajo hacerlo?».

Un suspiro lento sale de mis labios, y la opresión en mi pecho aumenta. El desasosiego hace que mi pecho se contraiga y la intranquilidad e inquietud se filtran entre mis huesos.

Me digo a mí misma que no puedo hacer nada para evitar que se vaya y que, a la larga, esto será lo mejor para él. Que se alejará de toda esa gente que lo único que ha hecho es perjudicarlo y que va a iniciar una nueva vida lejos de todos los peligros que suponen pertenecer a una banda que trafica drogas.

Trato de mantener a raya la tristeza, pero apenas puedo lidiar con el centenar de emociones que me invaden. No tenía idea de cuánto me seguía importando su bienestar. Nunca imaginé que, a pesar del tiempo, seguiría preocupándome de esta manera por él.

Fui una tonta al creer que lo había superado del todo. Fui estúpida al pensar que podría verlo sin sentir absolutamente nada...

Mis ojos se cierran y niego con la cabeza antes de obligarme a dar un par de pasos hacia atrás.

«No puedes hacer esto, Maya. Está mal». Me digo a mí misma, pero miro una vez más hacia los ventanales del establecimiento en busca del familiar rostro de Anne.

No logro localizarla.

Entonces, la vocecilla interna de mi cabeza me dice que es mejor así, que Harry jamás me perdonaría si le digo a su madre lo que planea y que él estará bien. Trato de convencerme de que ha sabido cuidar de sí mismo durante mucho tiempo, y que podrá con esto y mucho más. Trato de convencerme a mí misma de que no va a ocurrir nada malo si permito que él se vaya y, solo hasta ese momento, soy capaz de obligarme a girar sobre mis talones para echarme a andar por el pasillo atestado de personas.

Avanzo por el corredor mientras trato de deshacer el nudo que se ha formado en mi estómago. Me siento impotente, pero he tomado una decisión... No voy a tratar de impedir que Harry se vaya. No tengo el derecho, siquiera, de intentarlo.

—¡Maya!

Mi cuerpo se tensa al instante y mi estómago se revuelve con violencia. Trato de recomponerme de inmediato y sigo avanzando. Si tengo suerte creerá que no he podido escucharla y podrá salir de este lugar sin tener que enfrentarla.

—¡Maya! —la voz de Anne suena más cerca de lo que espero y tengo que parar en seco para girar sobre mis talones y encararla.

Se abre paso a empujones y me regala una seña de mano para pedirme que espere por ella. Trato de esbozar una sonrisa cuando se detiene frente a mí, pero no estoy segura de qué tan honesta se haya visto.

—Te vi a través del ventanal del local —dice, una vez que está lo suficientemente cerca para que pueda escucharla—, ¿ibas a pasar sin saludarme?

La vergüenza me recorre entera.

—No la vi, por eso decidí pasar de largo —me las arreglo para decir.

Su expresión me hace saber que no ha creído ni una sola palabra de lo que he dicho, pero no dice nada al respecto.

—¿Qué te trae por aquí, Maya? —pregunta, con genuina curiosidad.

—Vine a buscar un libro, pero aún no está en tiendas —miento—. Es mi día de descanso, así que...

Dejo la frase al aire, y ella me regala una sonrisa amable.

—Es bueno verte —dice, y no estoy muy segura de cómo responder a eso.

—Es bueno verla a usted también —digo, finalmente, para después añadir—: Será mejor que me vaya.

Algo brilla en la mirada de la mujer frente a mí, pero el destello se va tan pronto como llega. Entonces, su expresión amable se transforma ligeramente en una mueca dudosa e insegura y mi ceño se frunce ligeramente.

Ella muerde su labio inferior y la incertidumbre en su mirada me saca de balance. Es como si estuviera teniendo debate interno.

—¿Tienes algo importante que hacer?, en una hora salgo a comer, y realmente me gustaría hablar contigo sobre algo —dice, después de volver su atención hacia la cafetería donde trabaja.

—Yo... —digo y balbuceo algo ininteligible. Me toma unos segundos ordenar mis ideas y, entonces, logro pronunciar—: ¿Sobre qué desea hablar?

—Prometo que no te quitaré demasiado tiempo —no me pasa desapercibida la forma en la que evade mi pregunta—. ¿Podrías, por favor, esperar por mí una hora?

No quiero quedarme. No quiero hablar con ella porque sé que, seguramente, está enterada de los planes de Harry y desea que la ayude a impedir que se marche. No quiero verme enredada en una situación así de incómoda para los tres; pero tampoco tengo el valor de negarme a escucharla.

«¿Qué hago?».

—Claro —digo, y me las arreglo para regalarle una sonrisa—. Iré a dar una vuelta por ahí y volveré en una hora.

Ella asiente y sonrío, aliviada. Entonces, me da un abrazo rápido y se echa a andar de vuelta hacia la cafetería.

Paso la siguiente hora dando vueltas por todo el centro comercial. Trato de distraerme, pero es imposible. No puedo dejar de pensar en la petición de Anne y el asunto de Harry, así que ni siquiera me doy cuenta de en qué momento el reloj comenzó a marcar las tres de la tarde: la hora a la que quedé en encontrarme con la mujer.

Anne ya se encuentra afuera del local cuando llego a él, y me envuelve en un abrazo fuerte cuando me tiene al alcance de su mano.

—Creí que te habías ido —murmura y no me pasa desapercibido el tono aliviado en su voz. Se aparta para mirarme y sonrío de forma nerviosa antes de decir—: Ven, vamos a tomar algo.

Nos abrimos paso entre la gente antes de llegar a un local de comida rápida. Al entrar, nos sentamos en una de las mesas del fondo. Una mesera nos ofrece el menú, y la mujer sentada frente a mí ordena sin siquiera mirar la carta.

Una vez que la mesera se marcha con nuestra orden.

—Voy a ser muy rápida, ¿de acuerdo?, no te quitaré demasiado tiempo —Anne habla.

—No llevo prisa —trato de sonar amable, pero un destello ansioso se filtra en el tono de mi voz.

Ella suspira y mira sus manos entrelazadas sobre la mesa.

De pronto, se hace el silencio.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —susurra, con voz temblorosa.

No me atrevo a decir nada. Dejo que ella se aclare en silencio mientras me trago el nerviosismo que me invade. Ni siquiera sé por qué me siento así de ansiosa Ni siquiera sé por qué no me marché cuando tuve oportunidad de hacerlo...

—Necesito pedirte un favor —dice, finalmente. Sus ojos encuentran los míos y la preocupación que veo en ellos, hace que mi corazón se salte un latido.

La sensación viciosa que me provoca la forma en la que me mira, hace que la incertidumbre se transforme en algo más oscuro e intenso.

—¿Qué clase de favor? —sueno muy cautelosa, pero no puedo evitarlo.

Una sonrisa tensa se dibuja en sus labios y sus ojos se nublan ligeramente.

—Quédate con Harry.

Sus palabras son como un golpe en el estómago. La súplica en su expresión hace que me sienta enferma y culpable.

—Señora, yo...

—No es un mal chico —me interrumpe—. Es terco, voluntarioso y cabeza dura a veces, pero no es un mal chico.

—Anne...

—No te pido que te quedes con él en el ámbito romántico, Maya —se apresura a decir, y suena desesperada y urgente—. Te pido que te quedes con él porque eres la única persona en la que confía después de mí... Y a mí se me está acabando el tiempo.

—¿Qué?

—No me queda mucho tiempo, Maya — ella estira su mano para tomar la mía por encima de la mesa y siento el temblor de sus dedos. Sus palabras caen en mí como un balde de agua helada, y mi pecho se contrae con la dolorosa sensación de pérdida que sus palabras han dejado—. Estoy muriendo.

La sangre se agolpa en mis pies, mi aliento se atasca en mi garganta y un hueco se asienta en la boca de mi estómago. Por unos segundos, no soy capaz de respirar correctamente. Por un momento, todo el mundo pierde enfoque.

<<¡No, no, no, no, no!>>.

—No sé cómo decir esto —niega con la cabeza y traga duro. Su vista se clava en la mía y dice en voz baja—: Necesito que me prometas que no le dirás nada a Harry, ¿de acuerdo? —la mujer frente a mí me regala una sonrisa amarga—. Estoy enferma, Maya. No me queda mucho tiempo.

—Oh, Dios mío...

—Es una enfermedad autoinmune. Se llama esclerosis múltiple. Ataca a mi sistema nervioso. Mi cuerpo está matándose a sí mismo, cariño —dice, y me sorprende cuán tranquila suena—. Las medicinas ya no hacen demasiado por mí y mi tiempo se agota. Busqué a Harry por esa razón. Necesitaba asegurarme de que él se encontraba bien. Necesitaba estar a su alrededor antes de que... —se detiene y traga duro. Niega con la cabeza y sus dedos aprietan los míos con fuerza.

De pronto, formular oraciones se convierte en una tarea sumamente difícil. El coraje que me invade, es indescriptible. No puedo creer cuán injusta es la vida con Harry. ¿Cuánto más tiene que perder para ser feliz? ¿Cuánto más tiene que sufrir para que el universo deje de torturarlo? ¿Qué demonios tiene que sacrificar para tener unos momentos de paz?...

—Harry no confía en muchas personas —dice Anne, tras un silencio tenso y tortuoso, y su mirada se alza para encontrar la mía—, pero sé que confía en ti. No sé qué hubo entre ustedes antes, pero jamás había visto a Harry mirar a alguien de la forma en la que te mira a ti, Maya. Sé que le importas. Sé que confía en ti. Es por eso por lo que te estoy pidiendo que no lo dejes solo. Cuando yo no esté, no lo dejes solo —la súplica en el tono de su voz, hace que las lágrimas quemem en la parte posterior de mi garganta—. Va a necesitar un amigo cuando me vaya. *Por favor*, sé ese amigo. Sé ese apoyo. No dejes que se pierda a sí mismo de nuevo. No dejes que sus demonios lo derroten.

Niego con la cabeza una y otra vez. Tiene que haber algo que se pueda hacer. Tiene que haber una forma en la que ella pueda estar más tiempo con Harry.

—¿No hay algún medicamento que...?

—Estoy en tratamiento desde hace cinco años —me interrumpe—, y los medicamentos no han surtido efecto, cariño. No hay mucho que hacer por mí.

No puedo creer que esto esté ocurriendo. Harry me pidió hace unos días que estuviera al pendiente de su madre porque va a irse y ahora su madre está

pidiéndome que no lo deje solo porque ella está muriendo. ¿Qué se supone que debo hacer?, ¿cuidar de Harry como Anne me lo pide, o cuidar de Anne como Harry me hizo prometer?...

—Harry tiene que saberlo —digo, con un hilo de voz—. Merece saberlo.

Anne niega con la cabeza y aprieta mis manos.

—¿Qué gana sabiéndolo? —la desesperación en su voz, me estruja el pecho—, lo único que conseguiré al decírselo, será hundirlo aún más. ¿Crees que no me doy cuenta de cuántos problemas tiene?, ¿crees que no sé de cuán solo está y cuánta falta le hace tener a alguien a su lado?... Maya, estoy desesperada. No quiero que se quede solo de nuevo. No dejes que suceda.

Las lágrimas amenazan con abandonarme, y la impotencia se apodera de todo mi ser. ¿Qué voy a hacer si Harry se va y vuelvo a topármelo de frente? ¿Cómo voy a decirle que sabía que su madre estaba enferma cuando se fue y que nunca dije nada? ¿Cómo voy a mirarlo a la cara y decirle que, mientras él no estaba, su madre falleció? ¿Cómo va a sentirse al enterarse de todo esto?...

—Por favor, Maya —Anne suplica, con la voz entrecortada—. No lo dejes solo.

Trato de controlar el torrente de emociones que me embarga, pero es imposible. No puedo permitir que Harry se marche. No puedo permitir que se vaya y pierda la oportunidad de pasar tiempo con su madre. No puedo permitir que me pongan en esta posición. Es injusto. Es horrible.

—Promételo —urge la mujer frente a mí, pero no me atrevo a decir nada—. Por favor, Maya.

Aprieto mis ojos con fuerza, y me trago la impotencia antes de obligarme a mirarla a los ojos.

—No puedo...

—Por favor —las lágrimas brotan de Anne y la mortificación se asienta en mis huesos. El llanto urgente de la mujer es tan desgarrador, que me hiere y me escuece con violencia.

—No puedo hacer eso. No puedo quedarme callada. No puedo...

—Maya, no te estoy pidiendo demasiado. Por favor. *Por favor...*

Se siente como si me ahogara. Como si un inmenso peso se hubiese instalado sobre mis hombros en cuestión de segundos.

—Sé que no tengo cara para pedirte nada porque apenas me conoces, pero Harry te aprecia —dice, entre sollozos—. No sé a quién más recurrir. No conozco a nadie más en el entorno de mi hijo y me aterra descubrir cuán solitario es. Me aterra darme cuenta de que no tiene a nadie a quien...

—De acuerdo —la interrumpo, porque no puedo escucharla más. Porque siento que, si continúa hablando, voy a volverme loca del remordimiento—. Lo prometo —digo, con la voz entrecortada, a pesar de que no quiero hacerlo.

Todo dentro de mí grita una y otra vez que debo detenerme. Que no debo acceder a esta locura, pero no puedo detenerme. No cuando la presión es así de grande. No cuando Anne llora de esta manera...

—Gracias —dice, al tiempo que limpia la humedad de su rostro—. Gracias, gracias, gracias, Maya.

Trago duro, pero me las arreglo para esbozar una sonrisa y posar una de mis manos sobre una de las suyas.

«Tienes que impedir que Harry se vaya». Susurra la voz en mi cabeza. «Él debe quedarse. Debe quedarse y así pasar el mayor tiempo posible con ella o va a arrepentirse el resto de sus días».

~ ~ ~

Avanzo por la calle desierta.

Había olvidado cuán oscuras son las calles de Bayview-Hunters Point y cuántas pandillas suelen reunirse en las esquinas y callejones cercanos al edificio donde solía vivir.

La pintura en aerosol tiñe los complejos habitacionales, marcando así los territorios de las distintas bandas delictivas que operan en la zona y me pregunto, mientras avanzo, cómo es que era capaz de recorrer este tramo de camino solitario sin ser asaltada todos los días.

Me abrazo a mí misma y me digo una vez más que hago esto por Anne; que no se trata solo de un impulso egoísta y que no hago esto porque aún sienta algo por Harry. Lo hago porque esa mujer merece pasar tiempo con su hijo antes de que su enfermedad acabe con ella. Antes de que pase algo que pueda romper más al chico de las cicatrices.

«Haces esto por Anne, no por ti. Esto es por Anne y por Harry...». Pienso, para mis adentros, y casi me lo creo. *Casi...*

Me detengo frente al edificio donde vive Harry y me quedo ahí, con la mirada clavada en la entrada principal. No me siento lista para hacer esto. Todos los discursos mentales que preparé para intentar pedirle que no se vaya, son patéticos. No hay absolutamente nada que yo pueda decir que pueda impedir que se marche y aun así voy a intentarlo.

La pintura desgastada de las paredes del interior es familiar y desconocida al mismo tiempo. La humedad hace que el aire sea mohoso y sofocante, y los azulejos del suelo tienen piezas sueltas que crujen con cada uno de mis pasos.

Subo las escaleras a paso lento y me detengo un segundo en el piso en el que solía vivir con Leandro. Mi vista cae en la puerta del apartamento en el que vivía y mi corazón se salta un latido cuando miro el letrero que cita: «SE RENTA».

No he sabido de ese hombre en mucho tiempo y saber que ya no vive en este lugar, es satisfactorio.

No lo extraño, no pienso en él demasiado, no lo odio, no espero que pague por lo que me hizo y tampoco busco alguna clase de venganza.

Ahora mismo, lo único que deseo es olvidar todo lo que pasé a su lado. Deseo enterrar la imagen de su rostro en un lugar profundo e inalcanzable, y no volver a evocarla nunca más.

Después de unos instantes más observando la puerta de ese horrible lugar, me obligo a subir el siguiente tramo de escaleras. La familiaridad de la pequeña estancia que da al apartamento de Harry, hace que mi estómago se revuelva con expectativa.

Estoy frente a la entrada del apartamento de Harry Stevens, y todo dentro de mí se siente como si estuviese a punto de estallar. No estoy lista para hacer esto. No

estoy lista para volver a verlo.

Tomo una inspiración profunda y acorto la distancia que hay entre la puerta y yo. Dudo unos instantes, pero, finalmente, llamo con un par de golpes suaves y temerosos.

Uno...

Dos...

Tres segundos pasan..., pero nadie atiende. La sensación de *déjà vu* que me invade, es enfermiza. La primera vez que llamé a su puerta, estaba semidesnudo y había una chica en su apartamento. Él había creído que yo era el repartidor de *pizza* y despreció mi pago de los cincuenta dólares que me había prestado...

La sola idea de encontrarlo ahora de la misma manera que en ese entonces, es insoportable.

Llamo una vez más y le ruego al cielo que todos mis pensamientos oscuros desaparezcan.

Entonces, la puerta se abre de golpe.

Harry aparece en mi campo de visión. Viste unos vaqueros oscuros, una playera blanca y una chaqueta negra; su cabello húmedo cae encima de su frente, así que tiene que apartarlo de un movimiento antes de mirarme de pies a cabeza.

Mi carne se pone de gallina al notar cómo su expresión pasa de la irritación a la sorpresa. De pronto, luce como si hubiese sido golpeado en el estómago y estuviese tratando de llevar el aire a sus pulmones.

—Maya... —su voz ronca hace que mi vientre se contraiga.

—Hola... —sueno inestable y tímida.

—¿Qué haces aquí? —luce confundido y, hasta cierto punto, asustado—, ¿pasó algo?, ¿estás bien?

—Sí —asiento, con un hilo de voz y aprieto los puños, en un intento desesperado por aminorar la ansiedad en mi sistema—. Yo... —me aclaro la garganta y bajo la vista hacia mis pies. De pronto, me siento pequeña e indefensa—, necesito hablar contigo.

Él no dice nada, y yo tampoco me atrevo a alzar la mirada para encararlo. La vergüenza, el miedo, la angustia y el nerviosismo apenas me dejan pensar con claridad y, por primera vez desde que emprendí camino hacia acá, me pregunto qué diablos estoy tratando de hacer.

—Entra —dice Harry, tras un largo momento. Entonces, alzo la vista.

Se ha apartado de la puerta y espera a que pase al apartamento.

Cada paso que doy se siente como una horrible tortura; sin embargo, me las arreglo para avanzar hacia el interior de aquel familiar lugar. Me detengo apenas entro y espero a que guíe el camino hacia en la sala.

La estancia luce exactamente igual que antes. No ha habido ni un solo cambio desde que me fui, y eso trae una oleada cálida a mi pecho.

Mi mirada recorre el lugar con lentitud. Quiero guardar cada detalle en mi memoria, así que me tomo mi tiempo para mirar con detenimiento.

Estoy a punto de volverme hacia Harry, cuando mis ojos captan algo diferente justo en la entrada del pasillo.

Un par de maletas descansan recargadas contra la pared, y eso hace que todo mi cuerpo se estremezca.

«Oh, mierda...».

Mi atención se vuelca hacia Harry y la forma en la que me mira solo confirma que está listo para irse.

—Salgo esta noche —responde, sin necesidad de que formule la pregunta.

Se siente como si algo dentro de mí hubiera dejado de funcionar. Como si el mundo entero se hubiese detenido para reanudar su marcha a un ritmo antinatural.

Harry desvía la mirada y la clava en un punto en el suelo.

—Planeo ir a ver a mi madre antes de irme.

—No —mi voz sale en un susurro tembloroso e inestable—. No puedes irte, Harry. Por favor, no...

Sus ojos se alzan y se clavan en los míos. Cientos de emociones atraviesan su rostro, pero no logro identificar ninguna de ellas. De pronto, luce confundido. Su boca se abre para decir algo, pero parece pensarlo mejor, ya que la cierra de golpe.

—Harry, por favor, no te vayas —suplico—. Por favor, no lo hagas.

—Maya, ¿pero qué...?

—No puedes irte —lo interrumpo—. Si te vas, yo... —me quedo sin palabras.

No esperaba que fuese a ocurrir así de rápido. No esperaba que planeara irse tan pronto.

Harry niega con la cabeza una y otra vez, y el coraje y la frustración se filtran en sus facciones.

—¿Qué demonios pretendes, Maya? —dice, en un susurro ronco y enojado—. No puedes hacerme esto. No puedes pedirme que me quede después de haberme echado de tu vida —niega una vez más y me mira a los ojos—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo?, ¿*por qué* estás haciéndolo?

Las lágrimas queman en la parte posterior de mi garganta y lucho contra las ganas que tengo de echarme a llorar. Lucho contra las palabras que se arremolinan en la punta de mi lengua y contra la parte de mí que desea contarle acerca de la enfermedad de su madre.

Harry aparta su vista de mí y tira de su cabello, en un gesto cargado de frustración y enojo.

—Harry —doy un paso en su dirección, pero me detengo en seco—, *por favor...*

—No, Maya —me interrumpe—. No tienes derecho a hacerme esto —su vista se clava en mí y la tortura que veo en la forma en la que me mira, hace que mis ojos se llenen de lágrimas—. No voy a quedarme por ti.

El dolor escuece en mis entrañas y quema de adentro hacia afuera. El ardor en mi garganta es insoportable y, de pronto, respirar es casi imposible. No quiero llorar, pero no voy a poder evitarlo ni un segundo más...

Lágrimas calientes y pesadas me abandonan, y me siento humillada, avergonzada y devastada. Sé que no tengo derecho alguno de hacer esto, pero no podía permitirme no intentarlo.

Bajo la mirada y aprieto los puños. Muerdo la parte interna de mi mejilla, en un intento de reprimir un sollozo y asiento con torpeza. Me siento *tan* ridícula. Sé que no tengo derecho alguno de llorar, pero no puedo evitarlo.

No me atrevo a mirarlo, así que mantengo mi vista en la alfombra cuando avanzo hacia la entrada del apartamento. Necesito irme de aquí antes de que me humille a mí misma y le suplique que se quede.

Una mano grande se envuelve en mi brazo, y mi vista cae en el lugar donde el cuerpo de Harry y el mío se conectan. Mi pulso se dispara en latidos fuertes e irregulares, mi respiración se atasca en mi garganta y soy plenamente consciente de la forma en la que su mano me toca.

La firmeza de su agarre es tan familiar, que los recuerdos de todas aquellas veces que impidió que me marchara tomándome de esta manera, se arremolinan en mi cabeza.

Mis pestañas húmedas apenas me permiten ver cuando levanto la cara y todo mi mundo colapsa en el instante en el que sus ojos y los míos se encuentran.

Su mandíbula angulosa está apretada con violencia, su ceño está fruncido con enojo y frustración, y sus ojos suplican algo que no soy capaz de entender del todo.

—¿Por qué? —dice, entre dientes. Suena molesto, desesperado y confundido—, ¿por qué ahora?, ¿por qué no antes?

Un sollozo amenaza con abandonarme, pero lo reprimo lo mejor que puedo.

—No lo sé —es la verdad. No sé por qué no lo hice antes. No sé si hago esto por Anne o lo hago por mí. No tengo idea de qué es lo que me ha orillado a venir aquí, en primer lugar, y eso está volviéndome loca.

Sus ojos desesperados buscan algo en los míos y le suplico al cielo que no sea capaz de encontrar nada, le ruego porque no sea capaz de escuchar la manera en la que late mi corazón, y le pido a Dios que no pueda notar cómo mi cuerpo tiembla debido a la forma en la que su aliento golpea contra mi mejilla.

—¿Qué no me estás diciendo? —murmura, con un hilo de voz—, ¿qué estás ocultándome?

—Nada —suelto, en un susurro tembloroso.

Harry aprieta su agarre en mi brazo y duele un poco; sin embargo, dudo mucho que esté percatándose de la fuerza con la que me sostiene.

Me acerco un poco.

Él inclina su cabeza hacia mí y un disparo de adrenalina me invade el cuerpo.

Doy un paso más cerca.

No estoy muy segura de qué estoy haciendo, pero no puedo detenerme. Necesito hacer esto. *Quiero* hacer esto. Estoy tan desesperada...

Mi mano libre se envuelve alrededor de su cuello y tiro de él en mi dirección. La alarma se detona en sus facciones, pero no hace nada para impedir que lo acerque a mí. Soy capaz de sentir su aliento caliente en la comisura de mis labios, y el aroma fresco y varonil que despide su cuerpo, me aturde.

La insidiosa voz dentro de mi cabeza grita que esto está mal, que no debería estar así de cerca y que no debería de ser yo quien busque esta clase de contacto, pero no puedo detenerme. No puedo luchar contra la necesidad que se apodera de mí.

Me detengo cuando mi nariz roza la suya.

Sé que aún estoy a tiempo de arrepentirme y dar marcha atrás.

—Maya... —susurra, y el aroma mentolado de su aliento hace que el anhelo invada todos y cada uno de mis sentidos.

Entonces, rozo mis labios contra los suyos.

El contacto es suave y ligero. Apenas perceptible. Sin embargo, es suficiente para enviar mi autocontrol al caño.

—¿Por qué mierda me haces esto? —susurra contra mi boca. Su voz suena casi como un gruñido.

Mojo mis labios con la punta de mi lengua y cierro los ojos. Su frente y la mía se han unido, pero no me atrevo a acortar la pequeña distancia que hay entre nuestros labios.

—No te vayas —susurro y siento cómo todo su cuerpo se tensa.

—Haces esto para impedir que me vaya —reprocha, pero no me atrevo a intentar explicar que hago esto porque todo mi cuerpo me lo exige. No me atrevo a pronunciar en voz alta todo eso que trato de ocultarme a mí misma.

—Por favor, Harry —susurro, con un hilo de voz—, no te vayas.

Entonces, uno mis labios a los suyos en un beso fiero y urgente.

Mi lengua se abre paso en su boca y él gruñe en el instante en el que pego mi cuerpo al suyo. Le toma un par de segundos reaccionar, pero cuando lo hace, corresponde a mi beso con intensidad.

Sus brazos se envuelven alrededor de mi cintura y mis pies dejan de tocar el suelo. Mis dedos se enredan en las hebras húmedas de su cabello y lo beso con todas mis fuerzas. Lo beso como nunca me atreví a besarlo porque no sé si podré hacerlo una vez más. Porque va a marcharse y no voy a volver a verlo, y porque no puedo permitir que se vaya sin haberle dado cada parte de mí.

CAPÍTULO 45

Harry se aparta con brusquedad, pero no se retira por completo. Su frente y la mía se unen y su respiración cálida se mezcla con la mía.

—Esto no cambia nada —susurra, con la voz enronquecida—. Aún voy a irme.

Escucharlo pronunciar esas palabras hace que algo dentro de mi pecho se estruje y se apriete. Las lágrimas que luché por mantener a raya amenazan con vencerme de nuevo y me quedo quieta unos instantes, intentando saborear el significado de su beso.

—Lo sé —me las arreglo para decir, en un susurro entrecortado. Y entonces, lo beso una vez más.

Mis labios buscan los suyos con tanta urgencia, que sus dientes raspan en mi piel sensibilizada. El gruñido que retumba en su pecho, reverbera en mi cuerpo y soy capaz de sentir la vibración provocada por el sonido que ha emitido. Un escalofrío me recorre el cuerpo solo porque no tenía idea de cuánta falta me hacía su contacto y me aferro a él con más fuerza que antes.

Harry ahueca una de sus grandes manos en la parte posterior de mi cabeza e inclina la suya para profundizar aún más nuestro contacto. Mis dedos se deslizan hacia sus mejillas y lo sostengo ahí para mí. La sensación de poder que me da ser la dueña de la situación, es maravillosa.

Nos apartamos de nuevo. La respiración de Harry es dificultosa y la mía no se queda atrás. Todo mi cuerpo se siente tembloroso e inestable, pero no me importa demasiado. Nada es demasiado importante cuando me sostiene como lo hace.

De pronto, cientos de emociones surcan su rostro. Mi vista cae a sus labios enrojecidos, y la necesidad de volver a besarlo amenaza con consumirme.

Una punzada de dolor se apodera de mi pecho solo porque sé que esto no debería ocurrir de este modo y, entonces, la sensación de pérdida regresa a mí.

Va a marcharse. Va a irse lejos de mí y no voy a verlo nunca más.

Harry es el hombre que me hubiese encantado conservar para toda la vida. El chico noble y desinteresado que me ayudó cuando nadie más lo hizo. El que cuidó de mí cuando más rota me encontraba. El que me hizo sentir bien en mi propia piel y nunca me ha juzgado, a pesar de que siempre he sido un manojo de miedos e inseguridades.

Se encargó de traer de vuelta mis ganas de vivir y de salir adelante. Se encargó de devolverme la esperanza y la confianza en las personas. Harry es el único hombre del que me he enamorado de verdad. El único al que quiero entregarme por completo...

—Hazme el amor, Harry —pido, en un susurro quedo, tímido e inseguro.

El pánico en su expresión hace que mi corazón se hunda un poco más. Le temo tanto a su rechazo, que ni siquiera me atrevo a sostener su mirada durante mucho tiempo, así que la desvío.

Un dedo calloso se posa debajo de mi barbilla y me hace alzar la cara para encontrar sus ojos con los míos.

—No voy a quedarme, Maya —su voz tiembla ligeramente, con una emoción que no soy capaz de descifrar.

—Solo quiero estar contigo —susurro, con un hilo de voz—. Nunca he estado con alguien con quien realmente deseé estar. Quiero estar contigo. Quiero que seas mi primero por elección. Quiero que seas tú y solo tú...

Mi voz suena más insegura que nunca.

—Por favor... —soy patética—. No estoy pidiéndote que te quedes. Solo quiero... —me quedo callada. La vergüenza se apodera de mí, y vuelvo a bajar la vista al suelo.

Guardo silencio unos segundos y, luego, doy un paso para poner distancia entre nosotros. Me digo a mí misma que no puedo humillarme de esta manera y doy otro.

Sus manos dejan de sostenerme y me siento vacía.

—No quiero esto si solo lo haces para que me quede —Harry habla, con la voz enronquecida por las emociones contenidas. Me atrevo a mirarlo y noto cómo sus ojos se oscurecen varios tonos—. No voy a quedarme, Maya. *No puedo...*

Un par de lágrimas se me escapan, pero las limpio tan rápido como puedo.

—Solo quiero estar contigo —repito, y reprimo un sollozo. Sé que estoy echando por la borda toda mi dignidad, pero no puedo detenerme.

—Ya no te amo, Maya.

—Solo finge que lo haces.

De pronto, su expresión se transforma en una mueca cargada de una emoción que no soy capaz de identificar. Un atisbo de dolor se filtra en sus facciones y mi corazón se estruja con fuerza.

Da un paso tentativo en mi dirección. El miedo en sus movimientos, me hace saber que no está seguro de qué hacer ahora.

Su brazo se estira hacia mí y su mano se ahueca en mi mejilla. Su pulgar se desliza y limpia una de mis lágrimas. Hay un ligero temblor en su toque. Sus ojos buscan los míos, y sé que trata de encontrar algún vestigio de duda en ellos; sin embargo, estoy segura de esto. Jamás había querido tanto algo en mi vida.

Harry traga duro, pero termina de eliminar la distancia que nos separa y enmarca mi cara con ambas manos antes de besarme. Su lengua busca la mía y un gemido ahogado brota de mis labios cuando abandona su toque y me envuelve con sus brazos para alzarme del suelo.

Mis piernas se envuelven en sus caderas y él aprovecha para colocar sus palmas en la parte trasera de mis rodillas. Entonces, guía nuestro camino hacia su habitación. La forma en la que me besa es desesperada y ansiosa, como si tuviese miedo de que desapareciera en cualquier momento.

No sé en qué momento cruzamos todo el pasillo y entramos en la pieza, pero, cuando menos lo espero, nos encontramos avanzando hacia la cama. Mis labios rompen el contacto porque necesito pedirle que vaya más lento, pero los suyos marcan un camino de besos hasta el punto donde mi mandíbula y mi cuello se unen.

Su lengua traza caricias húmedas en la piel de esa zona y ahogo un gemido mientras aprieto el material de su chaqueta en mis puños.

—Harry... —suelto, en un susurro ahogado, y él desciende por mi cuello hasta mi clavícula.

Su cabello me hace cosquillas en la barbilla, y su aliento caliente me pone la carne de gallina. Entonces, suelta una de mis piernas para que pueda sostenerme en pie un segundo antes de bajarme por completo.

Doy un par de pasos hacia atrás para poner distancia entre nosotros y lo miro a la cara. Su respiración jadeante iguala la mía. La poca iluminación de la habitación lo hace lucir sombrío y peligroso, pero no tengo miedo. No más...

—Lo siento —susurra, con un hilo de voz—. Prometo que seré más cuidadoso. Yo solo... —niega con la cabeza y una risa corta y avergonzada brota de sus labios—. Hace mucho tiempo que no...

—Está bien... —lo interrumpo, porque no quiero saber hace cuánto tiempo estuvo con alguien por última vez.

Trato de regalarle una sonrisa tranquilizadora, pero no sé si he conseguido esbozarla. Él inhala aire profundamente y baja la cara antes de exhalar con lentitud.

En el momento en el que su rostro se levanta, noto que algo ha cambiado. La desesperación que había en su mirada se ha ido por completo, y eso trae oleadas de alivio a mi sistema. No tenía idea de cuán nerviosa me encontraba hasta este momento.

Harry cierra los ojos y toma un par de inspiraciones más. Entonces, clava su vista en la mía. Su mirada sigue oscurecida por el deseo, pero toda la ansiedad previa se ha ido.

—Ven aquí... —dice, en voz baja y profunda.

De pronto, acortar la distancia que nos separa se siente como un completo reto.

Mi pulso late tan fuerte, que temo que sea capaz de escucharlo; pero eso no impide que avance hacia él.

Me detengo cuando las puntas de sus botas tocan la punta de mis zapatos. No dejo de mirarlo a los ojos ni un solo momento. Sus dedos se estiran y apartan un mechón de cabello lejos de mi frente, antes de deslizarse por mi mandíbula y trazar un camino por mi cuello hasta llegar a mi clavícula derecha. Su toque es tan cuidadoso y dulce que me toma por sorpresa. Es un contraste significativo en comparación con la brusquedad de sus besos previos.

Su vista cae al escote discreto de la blusa que llevo puesta, y el aliento se atasca en mi garganta cuando observo cómo sus ojos se oscurecen. Uno de sus dedos empuja el material delgado y expone la piel de uno de mis hombros. Entonces, se inclina hacia adelante y presiona sus labios en esa zona.

En ese momento, su cabello largo cae en mi clavícula, y su mano libre se posa en la curva de mi cintura. Su rostro se gira y deposita un beso dulce en la base de mi cuello. Luego, se levanta un poco y deja otro en mi mandíbula y, por último, presiona uno en la comisura de mi boca.

Entonces, sus labios se arrastran hasta mi oreja.

—¿Estás segura? —susurra contra ella.

Todo mi cuerpo se estremece. Sé que esto puede salir muy mal. No sé si estoy lista para esto, y tampoco sé si voy a ser capaz de llegar hasta el final, pero quiero intentarlo. Quiero intentarlo *con él*.

—Sí —tartamudeo, en voz baja.

—Si quieres que me detenga —susurra, y su aliento en mi oreja me pone la piel de gallina—, solo tienes que pedirlo.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz.

Harry coloca sus manos en mis caderas para deslizarlas dentro del material de mi blusa. El contacto de su piel con la mía, me hace contener el aliento. Su toque es suave, pero firme y seguro. El miedo que ha empezado a acumularse en mis venas es amortiguado por la dulzura de su toque.

—Vamos a quitarte esto... —susurra, con voz pastosa y ronca.

Sus dedos aferran la prenda y tira de ella con lentitud. Sé que está dándome tiempo para arrepentirme, pero estoy más segura que nunca de que *esto* es lo que quiero.

Mis brazos se alzan cuando es necesario y la blusa cae en algún punto en el suelo cuando la saca fuera de mí. La mirada de Harry barre la extensión de mi torso, y me siento pudorosa. Sus ojos se posan en los míos y la emoción que veo en ellos, hace que mi corazón se acelere otro poco.

Se queda quieto y sé que espera a que salga corriendo, pero no lo hago; en su lugar, acorto la distancia entre nosotros y deslizo mis manos por su chaqueta para

quitársela. El material pesado cae al suelo y me armo de valor para tomar el borde de su playera blanca y sacarla por encima de su cabeza.

La imagen que invade mi campo de visión pone mis rodillas a temblar. La tinta que mancha la piel de su abdomen y brazos solo lo hace lucir más imponente de lo que ya es. No es marcado, ni luce masivo, ni cincelado; sin embargo, soy capaz de ver la firmeza de sus músculos ondulando debajo de su piel tensa. Es evidente que ha estado ejercitándose, pero, a pesar de eso, su cuerpo no se ha deformado. No es una masa de músculos hoscos y prominentes. Es solo un abdomen firme y unos brazos fuertes.

Mi vista se desliza por todo su torso, antes de atreverme a volver la vista hacia su cara. Harry se inclina hacia adelante, y su cabello cae sobre nosotros como una cortina. Entonces, roza nuestros labios.

Sus manos ahuecan mi rostro para besarme y me dejo llevar. Dejo que sus besos marquen el ritmo del modo en el que nos sostenemos el uno al otro.

Mis caderas están unidas a las suyas y mi estómago está pegado a su abdomen. La sensación de estar piel con piel con él, es indescriptible y maravillosa, y lo único que deseo es estar más cerca...

Su aroma inunda mis fosas nasales, su toque está en todas partes, sus labios besan la piel de mi rostro, cuello y hombros, y mis manos exploran la piel de su abdomen, torso y espalda...

Los dientes de Harry se apoderan de mi labio inferior y un gruñido brota de sus labios cuando sus manos se ahuecan en mis pechos. Un jadeo me asalta en ese instante, y se siente como si pudiera estallar en fragmentos diminutos.

Su tacto se desliza hacia mi espalda y deshace el broche de mi sujetador de un solo movimiento. El material cae por mis brazos y tenemos que apartarnos un poco para poder retirarlo.

De pronto, estamos aquí, los dos, medio desnudos, respirando como si no existiera aire suficiente para los dos en este mundo.

Sus dedos se enganchan en las presillas de mis vaqueros, y me atrae más cerca para trabajar en el botón que los mantiene en su lugar. El cierre se desliza casi por su cuenta, así que solo tiene que tirar hacia abajo de la mezclilla que me viste.

Harry ríe entre dientes cuando mi ropa interior baja junto con el material de mis pantalones y trato de detenerla. Me siento ridícula por el acto reflejo, tomando en cuenta lo que estamos haciendo; sin embargo, hago acopio de toda mi dignidad y me quito los zapatos para ayudarlo a remover las prendas fuera de mi cuerpo.

Me enderezo después de dar un par de pasos torpes para sacar la ropa restante fuera de mí, y es entonces cuando la resolución me golpea...

Estoy completamente *desnuda* delante de Harry.

La incomodidad se arraiga en mí a una velocidad impresionante, y lo único que quiero es encontrar algo con lo que pueda cubrir mi desnudez. La mirada de Harry recorre toda mi extensión y da un paso más cerca. El deseo se ha encargado de hacerlo lucir más salvaje que nunca y mis piernas apenas pueden sostenerme.

Mi corazón late con violencia contra mi pecho, mis manos tiemblan y mi garganta se siente seca. Por un momento, no puedo moverme. Estoy congelada en mi lugar.

Finalmente, después de unos segundos de parálisis, mis manos se enganchan en el cinturón que mantiene sus vaqueros en su lugar, y trabajo en la hebilla con dedos temblorosos y torpes.

Me toma varios intentos poder abrirla y, cuando lo hago, mi corazón se salta un latido debido al nerviosismo.

Trato de deshacer el botón de sus vaqueros, pero el temblor en mis extremidades me hace cada vez más torpe.

Es entonces cuando las manos de Harry se colocan sobre las mías.

—Tranquila, pequeña. Todo está bien —por primera vez en toda la noche, escucho el tono dulce que siempre utilizaba conmigo.

Mis ojos se llenan de lágrimas y ni siquiera sé por qué quiero llorar ahora. No sé si es porque he tenido un vestigio del chico que solía ser o si es porque estoy muriendo de los nervios.

Harry retira mis manos con suavidad y deposita un par de besos en los dorsos antes de deshacer el botón por su cuenta. Trato de llegar a la pretina del pantalón, pero él me lo impide. Sus dedos se entrelazan con los míos, y guía nuestro camino hasta su cama.

Él se sienta al borde del colchón y tira de mí para hacerme sentar a horcajadas sobre sus caderas. Mi cabeza está ligeramente más arriba que la suya, así que tengo que mirar hacia abajo para verlo a los ojos.

Él aparta mi cabello —*que cae como cortina sobre nosotros*—, y lo coloca detrás de mis orejas. Sus ojos verdes estudian mis facciones y yo aprovecho para deslizar mis dedos por las marcas escandalosas que ensucian el lado izquierdo de su cara.

—No sabes cuántas veces deseé estar así contigo —susurra.

Las lágrimas amenazan con abandonarme, así que hundo la cara en el hueco de su cuello mientras trato de controlarme.

Sus dedos cepillan las hebras oscuras que caen sobre mi espalda de forma tranquilizadora, y eso solo hace que el nudo en mi garganta se intensifique. Ni siquiera sé por qué voy a llorar. Ni siquiera sé por qué se siente como si estuviese a punto de romperme en mil pedazos.

—Perdón, Harry —mi voz suena tan temblorosa, que sé que ha notado que estoy a punto de echarme a llorar.

—Shh... —él susurra contra mi cabello—. Todo está bien, Maya. No es necesario que pase. Yo entiendo...

Niego con la cabeza y me aparto para mirarlo a la cara.

—No es eso —digo, y la confusión se arraiga en sus facciones de un segundo a otro—. Te pido perdón por todas las veces que te hice daño. Por todas esas veces que cargaste con mi mierda sin tener que hacerlo. Por todas las veces que te hice sentir miserable, y por todas y cada una de las veces que te perdiste a ti mismo por mi culpa.

—Maya, nada es tu culpa —el tono dulce de su voz, me toma por sorpresa y me lastima—. Yo me hice esto a mí mismo. Cavé este agujero para mí, y no fue culpa de nadie más que mía. No tienes que pedir perdón de nada.

—Fui egoísta —susurro, y bajo la mirada—. Solo pensé en mí. Nunca pensé en el daño que te hacía al ocultarte cosas, o al no confiar en ti, o al tener miedo de tus impulsos. Fui egoísta al pensar que podía cambiarte. Me enamoré del chico que conocí. No tenía derecho alguno de intentar hacerte ser alguien diferente.

—Sabes que no es verdad. Tú nunca trataste de...

—Fui una estúpida —lo interrumpo—. Fui una completa inmadura. Fui todo eso que siempre he detestado de mi persona y que nunca he podido cambiar... —alzo la vista—. ¿Recuerdas qué fue lo último que me dijiste antes de marcharte del apartamento de Kim?...

Su mirada se oscurece y sé que recuerda perfectamente lo que dijo.

—«Si esta es la última vez que te veo —cito—, quiero que sepas que te amo» —mi voz se quiebra ligeramente, pero no dejo que eso me detenga. Tengo que decírselo a como dé lugar. Tengo que confesarlo antes de que se marche y no sea capaz de decirlo nunca—. Bueno, pues ahora soy yo la que tiene algo que decir, por si esta es, realmente, la última vez que te veo.

—Maya...

—Te amo, Harry —susurro. La angustia que se apodera de sus facciones me quiebra por completo, pero no dice nada, así que me obligo a continuar—. Y no importa si tú no me amas de vuelta. Solo quiero que lo sepas.

Él traga duro y cierra sus ojos antes de ahuecar mi rostro entre sus manos y tirar de mí en su dirección. Sus labios buscan los míos en un beso pausado y lento, y todo pensamiento coherente se drena de mi cabeza.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que sus manos comiencen a explorar la piel caliente de mi cuerpo. Pequeñas caricias son trazadas en mi espalda, abdomen, muslos y trasero, mientras sus labios hacen su camino hasta apoderarse de uno de mis pechos. Mi espalda se arquea hacia él y muerdo mi labio inferior para reprimir un gemido.

Una de sus manos ahueca mi pecho libre y tortura la pequeña protuberancia de la cima. Un suspiro brota de mis labios y la sensación abrumadora de sus caricias se mezcla con el nudo en mi garganta, haciendo que todo sea más intenso que antes.

Sus dientes muerden y raspan la piel sensibilizada, pero no es desagradable. Sus labios recorren cuanto pueden de mi torso; mientras sus manos trazan caricias en mis muslos desnudos.

Jamás me había sentido de esta manera. No hay lugar para malos recuerdos, ni para escenas traumatizantes. Es Harry y nada más. Es él quien me besa, quien me toca, quien me sostiene, quien *me protege*...

Una de sus manos se desliza por la parte interna de mi muslo izquierdo y roza mis pliegues húmedos con suavidad. El mero contacto hace que un gemido se construya en mi garganta y, entonces, me toca.

Sus dedos buscan el punto más sensible y, una vez que lo encuentran, dibujan pequeñas caricias en él. La sensación placentera comienza a construirse dentro de mi cuerpo y mi vientre se aprieta con violencia cuando uno de sus dedos se desliza en mi interior.

Un suspiro entrecortado brota de mis labios y dejo caer el peso de mi cabeza sobre su hombro.

—¿Se siente bien? —susurra, y no sé qué responder.

No estoy segura de cuánto me agrada o cuán incómodo es. Ni siquiera sé si podré encontrar mi voz para responder.

Su dedo bombea en mi interior y pequeños quejidos involuntarios me asaltan.

—¿Te gusta? —dice, y su pulgar presiona mi punto sensible. Un gemido resuena en la habitación y mis uñas se clavan en sus hombros desnudos.

Entonces, todo se vuelve intenso.

El ritmo cambia y se vuelve un poco más urgente que antes. Las sensaciones son indescriptibles en este momento y todo pierde enfoque cuando Harry comienza a besarme de nuevo.

El placer se detona en mi sistema cuando el ritmo de sus caricias aumenta y es imposible detener los sonidos provenientes de mi boca. Algo se construye poco a poco en mi interior. Las caricias son cada vez más insistentes, y pronto me encuentro moviendo las caderas para encontrar su toque.

Un gemido particularmente fuerte brota de mis labios y él me besa para acallararlo.

—¡Harry!

—Está bien, Maya —habla casi en un gruñido—. Déjalo ir. Está bien...

Trato de decir algo, pero lo único que brota de mi boca es un balbuceo ininteligible. Todo mi cuerpo tiembla en el instante en el que mis terminaciones nerviosas chocan y me envuelven en una oleada de intenso placer.

La mano de Harry ha dejado de moverse, pero sigue en su lugar. Es solo hasta que los espasmos desaparecen, que la retira.

El silencio de la habitación solo es interrumpido por el sonido de mi respiración dificultosa. Mi cuerpo se siente pesado y lánguido. Mi cabeza descansa sobre su hombro y mis manos aún están aferradas a él.

Harry besa mi hombro antes de recargar su cabeza contra la mía.

—¿Estás bien? —pregunta, en un susurro quedo y tímido.

No confío en mi voz para hablar, así que asiento. No me pasa desapercibido el modo en el que su cuerpo se relaja con el movimiento de mi cabeza.

Mis manos se deslizan por su pecho y caen sin fuerza sobre sus muslos vestidos. El material elástico de su bóxer blanco sobresale por el pequeño triángulo creado por el cierre abierto, y no puedo reprimir el impulso que tengo de pasear mis dedos por la superficie.

Escucho cómo inhala con brusquedad, y la sensación de poder que me invade, es gratificante.

Mis dedos tímidos frotan la superficie abultada que se ha formado en su entrepierna, y lo siento tensarse por completo.

—Maya...

—Quiero esto —lo interrumpo. Mi voz suena avergonzada, pero él no dice nada al respecto.

Mi palma se posa sobre su miembro vestido y sus caderas se impulsan hacia mí. Su corazón late con tanta fuerza, que soy capaz de escucharlo. Mis dedos se deslizan en el interior de su ropa interior y la calidez de la piel tersa, me saca de balance.

Un gruñido retumba en su pecho en el instante en el que lo libero. Mis dedos temblorosos trazan su longitud antes de atreverme a tomarlo por completo con mi palma. Es pesado y suave al mismo tiempo, y me siento intimidada por su tamaño.

Mi vista se alza para encontrarlo y la imagen vulnerable con la que me encuentro, me hace sentir más segura que nunca. Sus ojos se han empañado con el deseo, sus labios entreabiertos dejan escapar el aire en pequeñas bocanadas, y su rostro se ha

ruborizado ligeramente. Eso hace que las cicatrices en su rostro sean más notorias y blancuzcas.

Mi mano se mueve. Bombea de arriba hacia abajo con lentitud y un sonido —*mitad gruñido y mitad gemido*—, se escapa de sus labios.

Mis caricias son firmes y tímidas al mismo tiempo. No estoy muy segura de qué hacer, pero tampoco me detengo.

Mi pulgar roza su punta y Harry inhala entre dientes. Sus manos cierran en puños el edredón de la cama, y sus muslos se tensan con fuerza. Los músculos que saltan en sus brazos lo hacen lucir salvaje y violento, pero la expresión en su rostro, es indefensa.

Él sostiene mi muñeca con su mano al cabo de unos instantes, y la alarma se enciende en mi sistema.

Una sonrisa avergonzada se dibuja en sus labios.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? —susurra.

Asiento, pero estoy muriendo del nerviosismo.

Harry humedece sus labios con su lengua, pero asiente y envuelve su brazo alrededor de mi cintura antes de hacerme girar. De pronto, mi espalda queda sobre el mullido colchón de su cama y él se levanta para desaparecer por la entrada al baño.

Al cabo de unos segundos, vuelve con un envoltorio de aluminio entre los dedos.

El miedo se apodera de mis entrañas, pero me quedo quieta mientras lo miro deshacerse del resto de su ropa. Hay duda en la forma en la que me observa. Estoy segura de que puede ver el pánico en mis facciones, pero trato de mostrarle mi determinación con una sonrisa.

Él parece relajarse un poco, ya que avanza en mi dirección y se sienta al borde de la cama, dándome la espalda. Entonces, comienza a trabajar con el preservativo en privado.

Estoy aterrorizada. Tengo tanto miedo de arruinar esto, que quiero salir corriendo de aquí antes de que algo malo suceda.

He pasado los últimos minutos tratando de mantener a raya el mundo de emociones que se arremolinan dentro de mi pecho, pero es casi imposible hacerlo cuando hay un chico como Harry desnudo en la misma cama que yo.

Él mira por encima de su hombro y hace un gesto con su cabeza.

—Ven aquí —susurra.

Me toma unos segundos reaccionar y avanzar hacia él por encima de la cama. De pronto, soy consciente de la desnudez de nuestros cuerpos y de lo que está a punto de ocurrir.

Harry, sin decir una palabra, me toma por la muñeca con suavidad y me acomoda a horcajadas sobre sus piernas. Su miembro descansa en mi muslo izquierdo y el peso me hace aún más consciente de lo que va a pasar.

Mi atención se posa en él y una sonrisa tranquilizadora se apodera de sus labios.

—Cuando estés lista, amor —susurra.

El peso de sus palabras cae como balde de agua helada sobre mí... Él desea que sea yo quien imponga el ritmo y la forma en la que todo esto será.

El nerviosismo apenas me permite respirar correctamente, pero me las arreglo para tomar un par de inspiraciones antes de elevar mi peso sobre mis rodillas para tratar de acomodarlo en mi entrada.

Se siente como si mi corazón estuviese a punto de hacer un agujero en mi pecho, pero no dejo que eso me amedrente. Mi mano temblorosa viaja entre nuestros cuerpos y lo tomo para guiarlo al lugar indicado. Harry espera pacientemente, pero mis torpes movimientos son cada vez más lentos y asustados, así que tiene que intervenir para ayudarme.

Su mano se coloca sobre la mía con firmeza y agradezco la seguridad con la que me sostiene. Sus ojos y los míos se encuentran una vez más y entonces, dejo caer mi peso poco a poco. La mano de Harry sigue entre nosotros para guiar su camino en mi interior, así que no es difícil sentir cómo todos mis músculos se abren para recibirlo.

Tomo una inspiración profunda cuando lo siento llenarme por completo y mis dedos se aferran a sus hombros con fuerza una vez más.

Es incómodo, pero no doloroso. Es invasivo, pero no quiero apartarlo.

La mandíbula de Harry está apretada y su respiración es casi tan inestable como la mía. Pequeñas motas de color rojo tiñen su cuello y su rostro, y sus manos grandes se asientan en mis caderas.

Me quedo quieta mientras trato de adaptarme a su tamaño y él besa mis hombros desnudos mientras espera a que me acostumbre a tenerlo dentro de mí.

Entonces, lentamente, comienzo a moverme.

El ritmo es torpe y pausado, pero a Harry no parece importarle mi poca experiencia. Sus caderas se alzan para encontrar las mías, y mis dedos se aferran a las hebras del cabello que hay en su nuca.

Un gemido me traiciona en el momento en el que se deja caer de espaldas contra el colchón y encoge sus rodillas para cambiar el ángulo de los envites suaves.

El ritmo, ahora, es impuesto por él...

Un pequeño quejido se me escapa cuando mis caderas y las suyas chocan con más fuerza de lo normal, y él aprovecha ese momento para girarme sobre mi espalda y quedar encima de mí. Entonces, comienza a moverse.

Mis piernas están alrededor de sus caderas, y mis brazos siguen envueltos alrededor de su cuello. Sus codos están apoyados a cada lado de mi cara y su frente y la mía casi se tocan. El vaivén de su cuerpo contra el mío, acompañado de la sensación placentera que ha empezado a formarse en mi vientre, hacen que todos los recuerdos tortuosos se mantengan a raya.

Él es Harry. Harry está haciéndome el amor porque yo se lo he pedido. Harry nunca me haría daño. Harry es el único hombre al que amo...

Su respiración se vuelve más pesada. Pequeños gemidos brotan de mis labios y no puedo hacer nada para detenerlos. El chico que se encuentra sobre mí, empuja con más profundidad de la habitual y un sonido particularmente fuerte brota de mi garganta.

El placer estalla en mi cuerpo cuando el ritmo que impone se acelera un poco más y, de pronto, es casi imposible poner atención a cualquier cosa a mi alrededor.

Todo es tan intenso y abrumador que no puedo concentrarme en nada que no sea sentir; pero, a pesar de eso, me obligo a observar a Harry a detalle. Necesito guardar esta imagen en mi cabeza para siempre.

Los músculos de sus brazos están tensos debido a que sostiene su peso para no aplastarme; sus caderas chocan con las mías, y las depresiones de sus caderas se marcan cuando empuja hacia mí. Su cuerpo está cubierto por una fina capa de sudor y su cabello húmedo cae sobre su frente; su ceño está fruncido ligeramente, y sus labios enrojecidos están entreabiertos.

Hay marcas rojas en la piel de sus hombros y sé que se las he hecho yo con las uñas. Hay, también, un pequeño raspón que mis dientes dejaron en su mandíbula...

Harry se mueve con más intensidad y un pequeño grito se me escapa. Entonces, no puedo pensar más. Todo es acerca de sentir y aferrarme a él.

Mi cuerpo tiembla y se siente caluroso. Una pequeña capa de sudor empieza a envolverme y sé que estoy a punto de estallar.

Mi vista se nubla, mi respiración es jadeante y rápida, y todo mi cuerpo se estremece por completo.

—Maya —Harry gruñe—. Necesito... ¡Joder!

Su mano viaja entre nuestros cuerpos y alcanza mi feminidad. Entonces, sus dedos frotan mi punto más sensible y todo se detona con violencia. Mi espalda se arquea casi por voluntad propia y mi cabeza se echa hacia atrás en un acto reflejo.

El orgasmo demoledor apenas me permite ser consciente de cómo Harry gruñe y embiste con fuerza un par de veces más antes de dejarse caer sobre mí.

La habitación se vuelve silenciosa en ese momento. Lo único que es capaz de escucharse, es el sonido de nuestras respiraciones.

Mi pecho sube y baja y mi corazón no deja de latir a toda velocidad. Su cabeza se encuentra acomodada en el hueco de mi hombro, así que es fácil envolver mis brazos alrededor de su torso desnudo.

No se mueve y yo tampoco me atrevo a hacerlo. Ninguno de los dos dice nada, así que nos quedamos aquí, en silencio, mientras el peso de lo que acaba de pasar se asienta en nuestras cabezas.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios porque no hubo recuerdos, ni tortura, ni amargos momentos. Solo fuimos Harry y yo. Nada más.

—Te amo, Harry —digo, sin esperar una respuesta a cambio.

Él aprieta su brazo alrededor de mi cintura, antes de susurrar algo ininteligible.

Entonces, se acurruca aún más cerca y poco a poco lo siento relajarse.

Sé que va a quedarse dormido, pero no hago nada por impedirlo. No tengo el valor suficiente para apartarme de él. A decir verdad, no sé si algún día llegaré a tenerlo.

CAPÍTULO 46

La habitación está sumida en total oscuridad. Me toma unos instantes acostumbrarme a la poca iluminación de la estancia, y darme cuenta de que no me encuentro en el apartamento de Kim.

Estoy acomodada sobre mi costado, y un pesado edredón cubre mi cuerpo. Mis párpados pesan y mis músculos se sienten agarrotados. La calidez que me envuelve es tranquilizadora, así que me quedo unos segundos en esa posición. Una extraña sensación de paz se ha apoderado de mi cuerpo, y no quiero que se vaya. Quiero mantenerla conmigo el mayor tiempo posible.

Me siento algo inconexa de la realidad debido a los vestigios de sueño que se han arraigado en mi cuerpo, pero, una vez que soy más consciente de mí misma, me obligo a girar sobre mi espalda e incorporarme con lentitud.

El pesado material que me cubre cae sobre mi regazo y deja al descubierto mi desnudez. El frío me eriza la piel y tomo la tela acolchada para volver a cubrirme. Mi ceño se frunce ligeramente porque no soy capaz de reconocer la habitación; sin embargo, al cabo de unos segundos, los recuerdos se agolpan en mi cabeza.

Estoy en la habitación de Harry...

Mi vista se vuelca hacia un lado solo para darme cuenta de que no se encuentra aquí. Algo extraño se asienta en mi pecho en el momento en el que me percató del silencio enfermizo que se ha apoderado del ambiente y, de pronto, el miedo de haber sido abandonada a mitad de la noche es casi tan grande como la humillación que empieza a apoderarse de mi cuerpo.

«¿Se marchó? ¿Harry se marchó sin decir nada?...».

—¿Harry? —mi voz suena más ronca que de costumbre y un destello de pánico se filtra en ella.

El silencio que le sigue a mis palabras, hace que un sabor amargo invada mi boca.

«Estás sola...». Susurra una voz en mi cabeza, pero trato de hacerla callar.

Me pongo de pie con torpeza. Mis rodillas tiemblan, el ligero dolor en mis muslos es solo un recordatorio de lo que sucedió anoche entre Harry y yo, y las imágenes de lo ocurrido vuelven a mí.

Mi pecho duele solo de imaginar que se ha marchado sin siquiera decir adiós, pero me las arreglo para mantener el pánico a raya.

Rápidamente, envuelvo el edredón alrededor de mi cuerpo y avanzo en dirección a la sala. El pasillo se siente más estrecho que nunca, el aire me falta y las lágrimas se encargan de nublar mi vista.

—¿Harry? —mi voz se quiebra mientras elevo el tono de mi voz. El miedo es palpable ahora.

Los monstruos que acechan mi cabeza no dejan de susurrar cuán estúpida fui al entregarme a él sin tener garantía alguna de que se quedaría, pero mi corazón no deja de luchar contra ellos y decir que no importa. Que quería que pasara sin importar nada.

Avanzo hasta la sala y me congelo al descubrir que está completamente vacía. Me encamino a toda velocidad hacia la cocina, pero tampoco encuentro nada ahí. Pronuncio su nombre una vez más, pero suena más como un gemido lastimoso que como una llamada para preguntar dónde se encuentra.

Todo pierde enfoque de repente. Las paredes se sienten estrechas y me cuesta respirar correctamente.

Se ha ido.

Ni siquiera se despidió.

No tuvo la decencia de despertarme y decir que se iba.

Una punzada de dolor atraviesa mis entrañas, y las lágrimas comienzan a abandonarme. Harry se fue sin decir adiós. Se fue sin siquiera tener el valor de mirarme a la cara una última vez...

Me apresuro a toda velocidad hacia la sala. El sonido amortiguado de mis pasos resuena en todos lados, y mi respiración dificultosa invade toda la estancia.

Mi vista recorre el lugar una vez que he llegado a mi destino y la ausencia de las maletas que había dejado recargadas cerca del pasillo, solo hace que el torrente incontenible de lágrimas sea aún más intenso y doloroso. Sé que no debería llorar como lo hago. Sé que él dijo que nada cambiaría, que no se quedaría y que no me amaba, pero aun así duele. Duele como nunca creí que lo haría.

El dorso de mi mano cubre mi boca y reprimo un sollozo mientras me siento sobre uno de los sillones de piel. Trato de respirar profundo, pero nada aminora la sensación de pesadez que me invade, ni el escozor que se ha arraigado en mis huesos.

Limpio mis lágrimas con dedos temblorosos, y me digo una y otra vez que fui yo quien le pidió a Harry que estuviera conmigo sin importar si al día siguiente se marchaba. Fui yo quien aceptó estar con él, a pesar de que dijo que nada de lo que hiciera iba a cambiar su decisión.

Entonces, trato de tranquilizarme.

Al cabo de unos instantes, logro dominar un poco las lágrimas y consigo dejar de sollozar como si fuese una niña perdida.

Trato de mantenerme en este estado y me obligo a ponerme de pie una vez más, antes de avanzar hacia la habitación de Harry. Mis pies se sienten pesados y torpes, y el material enredado en mi torso no me permite moverme con la libertad deseada, sin embargo, no me detengo.

Estoy a punto de pasar de largo junto a la mesa de centro de la sala, cuando la noto...

Una pequeña llave plateada descansa sobre un trozo de papel arrancado. Mi corazón se estruja con violencia y estiro la mano para tomar ambas cosas entre mis dedos. Entonces, la caligrafía descuidada y alargada de Harry aparece en mi campo de visión:

«Ahora es tuyo».

Una oleada nueva de lágrimas me alcanza. Trato de reprimirlas, pero es imposible. La humillación se intensifica a una velocidad impresionante. Se siente como si fuese una prostituta. Se siente como si Harry estuviese tratando de

pagarme lo que ocurrió anoche dejándome la llave de su departamento, a pesar de que sé que no lo ha hecho con esa intención.

El coraje se mezcla con el dolor de mi pecho y quiero irme de aquí. No soporto la idea de quedarme un solo minuto más.

Un monstruo hecho de coraje, tristeza, frustración y humillación se forma dentro de mi cuerpo y desgarrar mis entrañas con sus garras afiladas.

Estoy furiosa, decepcionada, avergonzada... *destrozada*.

El trozo de papel se arruga dentro de mi puño y la llave cala en la carne blanda de mi palma. Quiero gritar. Quiero golpear algo con todas mis fuerzas. Quiero que el dolor se vaya y no quede absolutamente nada de él en mí.

Me toma unos segundos tener la voluntad de moverme, pero, cuando lo hago, camino a toda velocidad hasta la habitación del chico que acaba de dejarme.

Una vez ahí, comienzo a vestirme.

Levantar las prendas del suelo se siente como levantar los trozos rotos de mi dignidad. Se siente como intentar reconstruir algo que ya no tiene arreglo...

Salgo del apartamento un par de minutos después de haber terminado de vestirme. He dejado la llave en donde la encontré, y me he asegurado de cerrar correctamente. No voy a aceptar quedarme con este lugar. No cuando los recuerdos son capaces de romperme de este modo.

Avanzo por la calle vacía. El frío se cuela en la delgadez de mi ropa. El cielo ha comenzado a clarear y, por primera vez desde que desperté, me pregunto qué hora es. Tomo el teléfono celular que se encuentra en el bolsillo trasero de mis vaqueros y maldigo en voz baja cuando noto los íconos que brillan en la parte superior. El recuadro de los mensajes de texto marca un número de dos dígitos y el de las llamadas perdidas también lo hace.

La vergüenza no se hace esperar. Sé, de antemano, que es Kim quien ha estado buscándome con desesperación. Debe estar muy preocupada.

Un suspiro tembloroso brota de mis labios y miro el reloj solo para torturarme un poco más. Son las siete de la mañana. En dos horas más tengo que estar en el restaurante. Apenas tendré tiempo de llegar al apartamento de Kim y tomar una ducha.

Realmente *necesito* tomar una ducha. El aroma de Harry se ha impregnado en mi piel y eso solo hace que todo sea más doloroso.

Me toma alrededor de cuarenta minutos llegar al departamento de Kim. No llorar en el autobús ha sido toda una proeza, pero lo he conseguido. He entrado en un estado de cómodo aturdimiento, y todo se siente lejano y distante ahora.

De manera mecánica, introduzco la copia de la llave que Will sacó para mí hace unos meses y, cuando entro, lo primero que veo es a Kim. Está dormida en el sillón con el teléfono celular en la mano. Mis entrañas se retuercen solo de pensar cuán preocupada debió sentirse por mí y el remordimiento de conciencia arrasa con todo.

El plan no era quedarme en casa de Harry. Ni siquiera me pasó por la cabeza que él y yo...

Cierro los ojos para ahuyentar los recuerdos. No puedo ir a ese lugar ahora. Necesito mantener todo eso a raya o voy a volverme loca...

Me acerco a mi amiga, temerosa de hacer algo que pueda llegar a despertarla y, al mismo tiempo, deseosa de decirle que estoy aquí y que lamento haberla preocupado.

Me siento al borde del sillón contiguo al suyo y estiro mi mano para tocar su rodilla. Ella reacciona a mi toque casi de inmediato y, por un momento, luce desorientada.

Su vista recorre la estancia rápidamente y su expresión adormilada se transforma en una mueca cargada de alivio y enojo cuando me mira.

—¡Maldita sea, Maya! ¿Dónde diablos estabas? —dice, con la voz enronquecida por el sueño.

Muerdo mi labio inferior, dudosa de decirle la verdad, pero decido que no tiene caso ocultarlo.

—Fui a casa de Harry —vacilo unos segundos—. Pasé la noche ahí. Lamento mucho no haber avisado.

Kim tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace, su expresión se contorsiona con furia y angustia.

—¿Harry? —escupe, con coraje, y noto de inmediato el desdén con el que se refiere a él—, ¿fuiste a buscar a Harry?

Una punzada de coraje recorre mi cuerpo debido al desprecio con el que habla, pero mantengo mi temperamento bajo control.

—Lamento haberte preocupado de esta forma, Kim —mi tono es neutral. Mecánico.

Mi amiga abre la boca para decir algo, pero ni siquiera le permito hacerlo. Me pongo de pie rápidamente y me encamino hacia el baño. Sé que, si me quedo a escucharla, va a hablar pestes sobre Harry y no estoy dispuesta a soportarlo. No hoy...

—¡No puedo creer que hayas pasado la noche con él! —chilla, desde la sala; y escucho sus pasos acercándose a toda velocidad—, ¡Maya, el tipo es un delincuente!, ¡casi te matan a golpes por su culpa!, ¡¿ya se te olvidó todo lo que...?!

—¡¿Quieres callarte?! —estallo, de pronto. Me giro sobre mis talones para encararla y la sorpresa en su mirada hace que la ira aumente. Ella realmente no esperaba que yo reaccionara. Esperaba que me quedara callada como siempre.

El coraje se arremolina dentro de mí.

—¡Lo único que haces es hablar mal de él! —todo el enojo que he estado conteniendo desde que salí del apartamento de Harry, estalla—, ¡¿dónde estabas cuando Leandro me molía a golpes?! ¡¿No podías ver los malditos moretones?! ¡Eres igual que todo el mundo!, ¡nunca hiciste una mierda por ayudarme aun cuando sabías que algo estaba mal conmigo! —sé que no debo recalar con ella de este modo, pero no puedo detenerme—. ¡Harry se preocupó por mí cuando nadie más lo hizo!, ¡no tienes derecho alguno de decir que es un maldito delincuente o que casi me matan por su culpa porque no es así!, ¡él no estrelló ese jodido bate en mi cráneo!

La mirada dolida que Kim me dedica, hace que la ira que hierve en mi sistema aminore un poco.

—Me iré de tu apartamento esta noche —continúo, pero es el coraje el que habla ahora. No quiero marcharme. No así. No después de haberle hablado como lo hice.

Ella niega con la cabeza. Sé que está a punto de replicar, pero no quiero escucharla; así que me apresuro hacia el baño y doy un portazo al entrar.

Un suspiro tembloroso brota de mis labios en el instante en el que me recargo en la puerta del reducido espacio. La opresión en mi pecho ha vuelto y me siento como una completa hija de puta.

Kim me ha tendido la mano más veces de las que puedo recordar. Me dio alojamiento en su casa aun cuando no tenía que hacerlo. Ha sido paciente conmigo más veces de las que puedo recordar y lo único que hice fue descargar mi frustración en ella.

«¿Qué diablos me sucede?».

Tomo un par de respiraciones profundas para tratar de tranquilizarme y me digo a mí misma que más tarde, después de haber tomado una ducha y haberme despejado, hablaré con ella y me disculparé. El pensamiento es reconfortante, así que me aferro a él mientras me desnudo metódicamente y abro el grifo de la regadera.

Una vez que el vapor llena toda la estancia, me introduzco en el cubículo y dejo que el agua caliente se lleve la esencia de Harry lejos de mí. Dejo que aleje de mi sistema todos los pensamientos tortuosos y los recuerdos que no me dan ni un solo instante de paz.

~ ~ ~

—¡Maya! —Fred habla y vuelco mi atención hacia él. Mi amigo hace una seña en dirección a la puerta que da al comedor y dice—: Acaba de llegar una familia a tu sección.

Un suspiro cansado brota de mis labios. Apenas son las once de la mañana y el restaurante ya está a reventar.

—Ya voy —digo y alzo la bandeja con cinco platos que ordené meticulosamente—. Tengo que llevar esto a la seis.

Mi amigo niega con la cabeza.

—¿Quieres que tome a la familia?, has estado corriendo por todo el restaurante sin un segundo de descanso —dice.

El alivio me recorre el cuerpo y asiento.

—Sería genial que pudieras hacerlo.

Él me guiña un ojo y asiente antes de abrir la puerta para mí.

Me abro paso entre las mesas, con cuidado de no golpear nada. Al llegar a mi destino, entrego el pedido con mucho cuidado y me despido de los clientes con una sonrisa amable.

Mi cuerpo exige unos segundos de descanso, pero ni siquiera he dado dos pasos, cuando ya he notado una mano alzada en mi sección. Mis piernas arden debido al cansancio, pero agradezco que haya tanto trabajo. Así no pienso tanto en Harry. Así no pienso en lo que pasó anoche y cómo se marchó esta mañana.

—¿Te molesto con mi cuenta, cariño? —el hombre de cabello entrecano que se encuentra en la mesa, me regala una sonrisa amable mientras habla.

—Claro —me las arreglo para sonar entusiasta—. Enseguida se la traigo. ¿Disfrutó de su almuerzo?

—Por supuesto.

—¿Desea llevar algún postre o alguna bebida?

—Estoy bien, cariño. Solo necesito la cuenta.

Entonces, asiento, y me encamino hacia la cocina.

Avanzo por el estrecho pasillo que lleva hacia las cajas registradoras y entrego la nota garabateada con la orden de la mesa. Holland, la encargada de la máquina, imprime el *ticket* y lo acomodo en la pequeña carpeta forrada con piel que tomé esta mañana de la sala de empleados.

Me apresuro por el pasillo y me congelo en seco al ver a Kim acercándose a paso rápido. En el momento en el que se percata de mi presencia, se detiene. Mi corazón late rápido y no sé si es debido a la ansiedad o a que he estado trotando de aquí para allá toda la mañana.

Ella me regala una sonrisa tensa y no puedo hacer otra cosa más que corresponder a su gesto. Sin perder un solo minuto más, se echa a andar y me pasa de largo. Sé que necesito hablar con ella, pero no he tenido oportunidad de hacerlo. El restaurante es una locura y no he podido abordarla como me gustaría.

Sacudo la cabeza y me digo a mí misma que hablaré con ella a la hora de la comida. Después de eso, me apresuro a dejar la cuenta del hombre, para luego avanzar hacia una mesa donde acaba de acomodarse una pareja.

Estoy agotada, sin embargo, pongo mi mejor cara mientras dejo el menú y recito los especiales del día.

La pareja comienza a leer el menú y yo me alejo unos cuantos pasos para dejarlos decidir tranquilamente.

Estos pequeños segundos de descanso, evocan recuerdos indeseados a mi cabeza sin que pueda evitarlo, y maldigo para mis adentros. Es como si mi subconsciente estuviese empeñado en no olvidar...

Mis ojos se cierran. No puedo seguir haciéndome esto. Yo sabía que se marcharía sin importar qué pasara y, a pesar de eso, le pedí que estuviera conmigo. Aun así, me entregué a él. No puedo quejarme cuando fui yo quien tomó esa decisión.

Un suspiro entrecortado se me escapa y me repito una vez más que debo dejar de torturarme a mí misma. Entonces, me arrastro de vuelta a la realidad.

Estoy a punto de echarme a andar en dirección a la mesa que espera porque su orden sea tomada, cuando algo capta mi atención en el ventanal del restaurante. Mi vista se vuelca hacia la calle y noto cómo un vehículo viejo y destartalado aparca en la acera de enfrente. La sensación de familiaridad se asienta en mis huesos, pero no logro averiguar por qué...

—¡Señorita! —la voz masculina me hace mirar en dirección a una de mis mesas. Rápidamente, localizo al hombre que me llama y este hace una seña para que me acerque.

Una vez que estoy junto a su mesa comienza a ordenar. Trato de escribir a la misma velocidad de la que habla, pero apenas puedo concentrarme. Mi mente trata de descifrar el motivo por el cual ese auto me pareció tan familiar, pero estoy demasiado aturdida. Estoy demasiado agotada.

El hombre da instrucciones precisas de cómo debe ser cocinado el filete que ordena, pero no lo escucho en realidad. Mi mano escribe todo lo que dice, pero mi cabeza se encuentra en otro lugar.

Mis ojos miran de reojo en dirección al ventanal y sacudo la cabeza para traerme al aquí y al ahora de nuevo. Me siento inquieta y extraña, pero sigo sin entender el motivo.

Vuelvo a mirar hacia la calle y una figura familiar aparece en mi campo de visión.

Por unos instantes, me siento insegura de haberla visto de verdad, así que toda mi atención se posa en el vidrio que separa el establecimiento de la avenida.

De pronto, toda la sangre de mi cuerpo se agolpa en mis pies. He dejado de escuchar al hombre que suelta órdenes y exigencias acerca de cómo quiere su comida.

Mi corazón se acelera, mis manos tiemblan y algo intenso e incontrolable se apodera de mi cuerpo entero...

Harry.

Es él. Es él y está aquí. Cruza la calle en dirección al restaurante y yo me encuentro abriéndome paso a empujones entre las mesas repletas de personas.

—¡Maya! —alguien grita a mis espaldas, pero no me detengo.

Harry atraviesa la calle y un auto en movimiento toca la bocina con enfado. Él no se detiene.

De pronto, la corta distancia entre la recepción y la entrada principal, se siente inmensa e interminable. Mis palmas empujan la puerta con brusquedad y me congelo. Mi respiración agitada crea figuras de vaho en el aire. El frío repentino en el que se ha sumido la ciudad, hace que mi carne se ponga de gallina y que un escalofrío me recorra el cuerpo.

Harry también se detiene cuando me ve. Una emoción salvaje se apodera de su rostro y mis entrañas se retuercen. Parece haber sido paralizado por el poder de sus sentimientos, ya que le toma unos instantes recomponerse y seguir avanzando.

Mis rodillas tiemblan, las lágrimas queman en mis ojos y le ruego al cielo que esto no sea solo un sueño. Le ruego que permita que esto esté pasado realmente...

El chico de las cicatrices vuelve a detener su andar cuando está a unos pasos de distancia de mí.

«¿Qué haces aquí?, ¿pasó algo?, ¿estás bien?, ¿es tu madre?, ¿ella se encuentra bien?, ¿no se supone que te habías ido?, ¿qué pretendes?, ¿a qué estás jugando?...».

Las preguntas se arremolinan en la punta de mi lengua, pero no soy capaz de pronunciar palabra alguna. El nudo en mi garganta es tan inmenso, que me cuesta respirar.

—Mentí —dice, con la voz entrecortada y ronca—. Sí te amo... Te amo, Maya.

Lágrimas pesadas y calientes caen por mis mejillas. No puedo moverme. Se siente como si mis pies hubiesen sido fijados al suelo con concreto y, al mismo tiempo, me siento más inestable que nunca.

—Te marchaste —reprocho, con la voz temblorosa y ronca.

La mirada de Harry está llena de emociones que no soy capaz de descifrar, su espalda está ligeramente encorvada hacia enfrente, y no me atrevo a apostar, pero creo que hay lágrimas brillando en sus ojos.

—No pude irme —dice, negando con la cabeza—. No me fui. Ni siquiera llegué a cruzar el estado. Estoy aquí por ti, Maya; y si... —traga duro. El miedo y la incertidumbre en sus facciones hacen que mi corazón se salte un latido—. Y si lo que dijiste es cierto... Si en verdad *me amas*... —se detiene abruptamente. Noto cómo sus manos se aprietan en puños. Luce aterrorizado, y eso me quiebra por completo—. Estoy dispuesto a todo. Maya, te amo, y estoy dispuesto a hacer absolutamente todo por ti. Estoy dispuesto a enfrentarme al mundo entero por ti, amor. No me alejes de nuevo. Ya no. No sabes cuánto te necesito. No sabes cuánto *te extraño*.

Mi vista está clavada en él y le ruego al cielo que esto no sea una mala jugada de mi cabeza. Le ruego a Dios que esto no sea una cruel pasada del destino y que me permita saborear el cálido y dulce sabor de todo eso que Harry está dispuesto a ofrecerme.

—Maya, por favor, di algo...

En ese momento, acorto la distancia que hay entre nosotros en un par de zancadas torpes y envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros. Harry me atrapa en el instante en el que me abalanzo a sus brazos y me levanta del suelo.

Mis extremidades inferiores están envueltas alrededor de su torso, y sus brazos me sostienen por la cintura con tanta fuerza, que me lastima. Nuestros labios

chocan en un beso desesperado, frenético e intenso. Su lengua invade mi boca sin pedir permiso y me aferro a él con todas mis fuerzas.

—Te amo, Maya —susurra, contra mis labios—. Te amo con toda mi alma. Te amo con todas mis fuerzas. Te amo, amor. Te amo...

Quiero responderle. Quiero decirle que lo amo y que no soporto la idea de estar sin él, pero no puedo hablar. Estoy demasiado ocupada sollozando entre besos como para poder decir algo coherente. Estoy demasiado ocupada fundiéndome entre sus brazos y absorbiendo la calidez que despide su cuerpo...

Cuando me baja, al cabo de unos instantes, no deja de abrazarme. De pronto, soy consciente de la cantidad de miradas que están puestas en nosotros. Los conductores de los autos nos miran como si fuésemos los seres más extraños del planeta y la gente dentro del restaurante me observa con reprobación y molestia. ¿Honestamente?, me importa una mierda estar haciendo una escena. Me importa una mierda el mundo entero si Harry está a mi lado.

Mis ojos se fijan en él y acaricio los ángulos de su rostro con mis manos temblorosas.

—Creí que no volvería a verte —apenas puedo pronunciar.

—Lamento mucho haberme marchado como lo hice —susurra con la voz entrecortada.

La frente de Harry se une a la mía, y su respiración cálida me golpea en los labios.

—¿De verdad me amas? —sueno aterrorizada.

—Nunca he dejado de hacerlo, Maya —dice, con un hilo de voz—. Solo trataba de hacerte ceder. Creí que querrías irte si te decía que no te amaba.

Mi puño golpea su hombro con brusquedad.

—¿Qué demonios...?

—Eres un idiota —digo, mientras doy un paso lejos de él. Lágrimas nuevas inundan mis ojos y una mezcla de alivio y coraje se apodera de mi sistema—, ¿sabes cuán horrible se sintió?!

Él me sostiene por la muñeca y tira de mí en su dirección. Trato de apartarme, pero él envuelve sus brazos alrededor de mi cuerpo y me sostiene con firmeza.

—Lo siento —murmura—. De verdad, lo siento mucho, amor.

Entonces, sin darme oportunidad a replicar, me besa. Me besa con urgencia y desesperación. Sin cuidado y sin reparos. Como si tuviese miedo de que escapara. Como si no estuviese dispuesto a alejarse de mí nunca más.

CAPÍTULO 47

Mis piernas tiemblan con cada paso que doy, pero no me detengo. No puedo creer que no haya perdido mi empleo después de lo que pasó hace unas horas. No puedo creer que Donna, la gerente del restaurante donde trabajo, haya dejado pasar el espectáculo que di cuando Harry apareció en la calle.

Me gritoneó y me amenazó con echarme si volvía a dejarlo todo botado por ir detrás de alguien; pero no me echó. No puedo dejar de pensar en qué demonios fue lo que hizo que no me corriera.

Estoy eufórica. Mi corazón no ha dejado de latir con fuerza contra mis costillas y temo que vaya a hacer un agujero dentro de mi pecho para salir corriendo.

Estoy agotada. Todo el cansancio acumulado parece haberse apoderado de mis músculos, mi cabeza palpita debido al sueño y, aun así, no puedo borrar la sonrisa estúpida que hay en mi rostro.

No he olvidado la discusión que tuve con Kim, tampoco he olvidado que debo hablar con ella para tratar de solucionar las cosas, pero eso no impide que sea capaz de sonreír como tenía mucho que no hacía.

Sé que he tomado la decisión de marcharme de su apartamento, pero eso no quiere decir que no vaya a solucionar las cosas entre nosotras. Sé que no puedo quedarme después de lo que ocurrió. Así que, así las cosas se arreglen entre nosotras, voy a irme.

Avanzo a paso lento en dirección a la sala de empleados. Al llegar ahí, Fred me aborda y me bombardea de preguntas respecto a lo que pasó hace unas horas. Trato de mantener su emoción a raya mientras se lo cuento todo, pero es imposible. Para cuando termino de hablar, se encuentra casi chillando de la emoción. No puedo evitar echarme a reír cuando comienza a hablar acerca de lo dramático y romántico que fue todo.

Algo cálido corre por mis venas en el momento en el que los recuerdos de lo ocurrido esta mañana me invaden.

Después de haberme puesto en ridículo delante de mis compañeros de trabajo, de los clientes del restaurante y de todos los peatones que pasaban por la calle mientras lloraba y me aferraba a Harry, Donna salió a buscarme.

Volver a la realidad no fue difícil después de eso. La expresión de Harry se transformó en una cargada de preocupación y culpa luego de ver el rostro enojado de mi jefa directa, pero traté de asegurarle que todo estaría bien, a pesar de que yo tampoco sabía qué ocurriría. Estaba casi segura de que me despedirían. Aun no entiendo cómo es que conservé mi empleo...

Harry ha estado enviándome textos a lo largo del día. Tuve que decirle, por medio de un mensaje, lo que hice con las llaves de su apartamento y no le quedó más remedio que conseguir un herrero para poder entrar a su casa. Debo admitir que, cuando dijo que se iría a casa, entré en pánico; sin embargo, cuando me besó de nuevo y prometió ir a buscarme a casa de Kim al salir del trabajo, me relajé un poco.

—Prometo que mañana te contaré todo a detalle —le digo a Fred, quien sigue obsesionado con lo ocurrido, mientras tomo mis cosas del mueble donde las he acomodado al llegar.

—¡Oh, por supuesto que lo harás! —exclama—, ¡quiero saberlo absolutamente todo, Maya Bassi!

Una sonrisa boba se apodera de mis labios solo porque su emoción es contagiosa y yo estoy más allá de lo feliz con todo lo que ha pasado.

—Nos vemos mañana —me despido una vez que estoy lista para irme.

—Ve con cuidado —dice y me guiña un ojo, antes de echarse a andar en dirección opuesta a la mía. El día de hoy tiene que quedarse a hacer cierre de caja, así que saldrá un poco más tarde que el resto de los meseros.

Al salir a la calle, el frío ambiente me cala en los huesos. Me abrazo a mí misma para conservar un poco de calor corporal, y mi teléfono vibra en el bolsillo del delgado suéter que llevo puesto. Tomo el aparato entre mis manos y una punzada de decepción me recorre el pecho cuando veo que es Jeremiah quien me ha escrito.

Desde aquella noche en la que discutimos, las cosas entre nosotros han estado un poco tensas. Hablamos respecto a lo que pasó y quedamos en buenos términos. Decidimos que no tocaríamos de nuevo el tema de Harry, pero no se necesita ser un genio para darse cuenta de que aún tiene muchas preguntas respecto a la forma en la que he estado relacionándome con él.

El mensaje que leo en la pantalla es casual y simple. Irá al cine con Nick y los otros y está invitándome a ir con ellos.

Muerdo la parte interna de mi mejilla mientras pienso qué es lo mejor que puedo hacer. Quiero pasar el rato con ellos y, al mismo tiempo, quiero estar con Harry y recuperar el tiempo perdido.

Estoy en medio de un debate interno, cuando un empujón fuerte en mi hombro me saca de balance. Doy un traspié, pero alcanzo a recuperar el equilibrio antes de caer al suelo. Mi vista se clava en la figura que avanza a toda velocidad en dirección a la calle, y una punzada de dolor me estruja el pecho al darme cuenta de que ha sido Kim quien me ha golpeado al pasar.

Me toma unos instantes reaccionar, pero, cuando lo hago, me echo a correr en su dirección.

—¡Kim! —medio grito, sin aliento. Ella no se detiene—. ¡Kim, espera!

Entonces, se gira con violencia para encararme.

—No quiero ver a ese hijo de puta en mi departamento, Maya. Te lo advierto —escupe, y el enojo en el tono de su voz, hace que me congele en mi lugar.

—Kim, vamos a hablar, por favor. Harry...

—¡No! —dice, casi en un grito—. ¡No, Maya!, ¡maldita sea!, ¡eres una estúpida!, ¡cómo se te ocurre volver con él?!, ¿tienes mierda en la cabeza?, ¡es un imbécil que lo único que ha hecho es jugar contigo!

—Kim, basta —trato, con todas mis fuerzas, de contener el coraje que me invade—. No quiero pelear contigo. No más.

—Entonces deja de ver a ese hijo de puta que no te conviene —escupe—. Corta de tajo con esa relación enfermiza que tienen y sé inteligente por una maldita vez en tu vida.

—Es que...

—Si vuelvo a ver a ese imbécil cerca de mi casa, te juro por Dios que llamaré a la policía y diré todo lo que sé.

Sus palabras me enmudecen por completo y una oleada de coraje me azota. La ira se aferra a mis huesos y cientos de palabras se arremolinan en la punta de mi lengua. No puedo creer que haya dicho eso. No puedo creer que piense que puede chantajearme de esa forma.

—¿Estás amenazándome? —mi voz sale en un susurro ronco y enojado.

Ella alza las cejas con condescendencia.

—No es una amenaza, Maya. Es una advertencia. Te prohíbo terminantemente que veas a ese idiota.

Mis puños se aprietan y el coraje aumenta aún más.

—No eres mi madre, Kim —mantengo un tono de voz tranquilo cuando hablo—. No tienes derecho de prohibirme nada.

—Vives en *mi* apartamento.

Y entonces, todo mi autocontrol se va al caño.

—Te pago una renta mensual —siseo con violencia—. Pago la mitad de los gastos de los servicios, cocino para ti y tu prometido los siete días de la semana. No te atrevas a decir que soy una *arrimada*, porque sabes que no es así. Sabes que no soy un parásito.

Una punzada de culpa atraviesa sus facciones, pero desaparece tan pronto como llega.

—Si tan autosuficiente te crees, quizás deberías largarte —escupe y, de pronto, algo parece rasgarse dentro de mí.

La sensación de ahogamiento que me invade, apenas me permite pensar con claridad. Me siento culpable, estúpida y herida en mil formas diferentes. La revolución de sentimientos y sensaciones que me asalta es paralizante, pero no permito que eso me detenga.

—Bien —pronuncio, con veneno.

El asentimiento de mi cabeza es duro y tenso, pero eso no me detiene de echarme a andar en dirección a la parada del autobús.

Estoy a medio camino, cuando un auto aparca cerca de mí y hace sonar la bocina. Mi vista se fija en él y una figura familiar baja del lado del piloto.

—¿A dónde vas? —la confusión en las facciones de Will, hace que la punzada de dolor vuelva.

—A la parada del autobús —escupo, con más fuerza de la que me gustaría.

El ceño de Will se frunce y su expresión se llena de alarma.

—¿Qué?, ¿por qué?, ¿a dónde vas?, ¿pasó algo entre Kim y tú?

—No pasó nada —digo, a pesar del coraje y la frustración.

—Maya...

—Iré por mis cosas en un rato más —dudo unos instantes, pero termino agregando—: Gracias por todo. De verdad. Estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por mí, Will. Nunca tendré forma de pagarles.

Hay confusión en sus facciones, pero hago caso omiso de ella mientras trato de esbozar una sonrisa. Entonces, me echo a andar de nuevo. Soy capaz de escuchar cómo grita mi nombre una y otra vez, pero no me detengo. Ni siquiera miro hacia atrás.

Al cabo de unos minutos de camino solitario, mi teléfono vuelve a vibrar. Mis dedos buscan el aparato en mi bolsillo y lo miro a desgana. Todo mi cuerpo se tensa en el instante en el que veo el nombre de Harry en la pantalla. Mis manos se sienten torpes mientras tecleo la contraseña.

«¿Tienes hambre?, estaba pensando en que sería buena idea pasar por ti a casa de Kim y llevarte a cenar. Aún necesitamos hablar de muchas cosas».

Un suspiro cargado de pesadez brota de mis labios y cierro los ojos con fuerza. Por unos instantes, considero la posibilidad de ocultarle lo que ha pasado con mi amiga, pero decido ser honesta con él. No voy a decirle todo lo que pasó por medio de un mensaje de texto, pero lo haré cuando lo vea.

«Ha pasado algo con Kim. Necesito arreglar unas cosas antes de que se haga más tarde. No sé si podré verte hoy. Lo siento mucho. Prometo compensarte».

Después de escribir eso, guardo mi teléfono de nuevo en su lugar.

El autobús no demora mucho en pasar, así que tampoco tardo demasiado en llegar a la parada cercana al edificio donde viven Kim y Will. Sé que, seguramente, voy a lucir como una completa idiota por haber venido en autobús, pero, si me quedaba alrededor de ella, iba a decir cosas de las que seguro iba a arrepentirme.

Camino un par de calles antes de llegar al complejo habitacional. No me toma demasiado subir las escaleras hasta el piso de mi amiga, pero no me atrevo a entrar con la llave que Will hizo para mí. Este lugar no es mío y no debo olvidarlo.

Tras un par de minutos cuestionándome qué debo hacer, llamo a la puerta. No pasan más de unos segundos, cuando Will abre. La sorpresa en su mirada es casi tan intensa como el alivio en sus facciones.

—Buenas noches —le regalo un asentimiento torpe—. Vine por mis cosas.

Él duda unos momentos antes de apartarse de mi camino. Entonces, sin perder un solo segundo, avanzo hasta la habitación donde he guardado mis pertenencias. Rápidamente, saco la ropa del armario y tomo la maleta que compré hace unas semanas, cuando decidí que era tiempo de conseguir un lugar por mi cuenta.

Acomodo las prendas lo mejor que puedo; pero aun así debo dejar caer el peso de mi cuerpo sobre la valija para intentar cerrarla.

—Maya, ¿qué pasó? —la voz de Will suena a mis espaldas, pero no lo miro. Me limito a acomodar mis libros, maquillaje y zapatos en bolsas plásticas—, ¿Kim te dijo algo?, ¿pelearon? Ella no quiere hablar conmigo. Está encerrada en la habitación y no ha querido hablar conmigo desde que llegamos.

El coraje y la tristeza se mezclan en mi sistema y hacen estragos conmigo. Una parte de mí, esa que es orgullosa, me dice que debo marcharme. Que Kim solo me ve como un parásito; que no merezco que me trate como lo hizo. Que no me está manteniendo y que no debería haberse tomado el atrevimiento de prohibirme cosas.

Sin embargo, la otra parte, esa que se preocupa por la gente que me rodea, susurra una y otra vez que no puedo irme sin intentar arreglar las cosas con ella una vez más.

Un suspiro brota de mis labios, antes de atreverme a encarar a Will. Él está de pie en la puerta, con la preocupación tallada en el rostro como si fuese un rasgo permanente.

—¿Qué fue lo que te dijo? —hay dolor en su voz—, ¿qué hizo?

—Ella no hizo nada —digo. Quiero eliminar la angustia que se filtra en su mirada—. Peleamos por una estupidez y dijimos cosas que no debíamos. Nadie es culpable aquí. Las dos nos equivocamos, Will.

Se cruza de brazos y desvía la mirada.

—Te equivocas —dice, con la voz enronquecida—. No sé qué pasa con ella últimamente. Ha estado actuando muy extraño. A veces siento... —se detiene un momento y traga duro—. A veces siento que no la conozco en lo absoluto. He llegado a pensar que ya no es feliz estando conmigo, ¿sabes? —me mira a los ojos—. A veces siento que ella no está segura de querer casarse. ¿Sabes cuánto tiempo pasó antes de que se decidiera a poner una fecha para la boda?... —niega con la cabeza—. Desde que le dije que era tiempo de pensar en ello y la forcé a poner una fecha, se ha comportado de este modo. Sus palabras son hirientes, no quiere salir a ningún lado, apenas si me deja tocarla, yo... —su voz se quiebra un poco—. He pensado muchas veces en terminar con esto, y no porque no la ame, sino porque veo que ella no es feliz. Por más que me esfuerzo, no puedo hacer nada para conseguir que lo sea. Es por eso por lo que te pregunto qué ha hecho, porque sé que ella ha sido la que ha iniciado todo.

«Oh Dios...».

Jamás esperé este tipo de confesión de su parte. Nunca noté que algo estuviese mal entre ellos y la culpa gana terreno. Quizás fue mi presencia aquí lo que hizo que su intimidad se viera afectada.

—Lo lamento mucho, Will —digo, en un susurro entrecortado—. Lamento haberles robado intimidad durante tanto tiempo. No tenía idea de que las cosas entre ustedes estaban así.

—Es que no es tu culpa —me interrumpe, y niega con la cabeza—. Mi hermana vivió aquí el triple de tiempo de lo que tú has vivido y eso nunca nos afectó. Es ella quien no me dice qué pasa. Soy yo quien no puede ver dónde está el problema.

—Quizás solo está asustada —me aventuro a especular—. Quizás está aterrorizada con la idea de sentar cabeza. Ambos sabemos que Kim es libre. Es probable que sienta el matrimonio como una especie de atadura. Quizás siente que,

cuando se casen, tendrá que adoptar el rol maternal y doméstico que la sociedad impone a veces.

—Quizás está con alguien más... —Will susurra y la tristeza en su rostro me llena de pesar.

—Kim te ama —aseguro—. Ella te ama. No sería capaz de estar con alguien más cuando te ama como lo hace.

—Ya no sé ni qué pensar.

—Habla con ella —digo—. Dile todo lo que sientes y pon las cartas sobre la mesa. Si después de haberlo hecho, deciden separarse, adelante... Pero no te quedes con las ganas de preguntar qué ocurre.

Noto cómo sus puños se aprietan, pero no dice nada. Se limita a mirar un punto en el suelo.

—Quizás sea mejor que no intentes hablar con ella ahora mismo —dice, tras un momento largo—. No es una persona sensata cuando está enojada. Solo va a terminar lastimándote.

—¿Crees que sea bueno darle espacio, entonces? —sueno preocupada.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer. Mañana será otro día y podrás hablar con ella.

—Bien —asiento—. Entonces, me voy. Mañana en el trabajo trataré de hablarle.

La vista de Will se vuelca hacia mí, con rapidez.

—¿Vas a irte?

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios.

—Si me quedo, yo también voy a decir cosas de las que puedo arrepentirme. Prefiero que todo quede aquí. No quiero empeorarlo.

—¿A dónde irás? —sueno preocupado.

Me encojo de hombros.

—A un hotel barato o algo así. No te preocupes por mí —le guiño un ojo—. Estaré bien.

Él duda.

—No estoy de acuerdo con la decisión que estás tomando, pero sé que no puedo detenerte —dice, tras unos segundos—. Si quieres irte, lo respeto; pero eso no quiere decir que vaya a permitir que te vayas sola. Yo te llevaré.

—No es necesario —trato de sonar tranquilizadora, pero no estoy segura de estar lográndolo.

—No estaré tranquilo si no me aseguro de que estás a salvo.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes, Will. Llamaré a Harry para ver si me hace el favor de llevarme.

Un suspiro cargado de pesadez brota de su garganta.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Bien —me regala una sonrisa amable—. Mándale un saludo de mi parte. Dile que sigo esperando la cerveza que me prometió la última vez.

La confusión me golpea con fuerza. ¿La última vez?, ¿cuándo es que Harry le prometió una cerveza a Will?

—¿Cuándo...?

—La vez que armó un escándalo aquí, cuando viniste a vivir con nosotros, lo llevé a un bar y hablamos —me interrumpe—. Al salir de ahí, trató de pagar la cuenta, pero se lo impedí. Entonces, prometió que él pagaría la próxima vez —una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. Es un tipo agradable y se preocupa mucho por ti. No tengo la fortuna de conocerlo demasiado, pero dudo que sea una mala persona.

—No lo es —aseguro, aunque no hay necesidad de hacerlo.

Su sonrisa se ensancha.

—Llámalo antes de que salgas de aquí. No es necesario que esperes por él en la calle.

Una pequeña sonrisa me asalta y asiento. Entonces, tomo mi teléfono y marco su número.

—¿Qué pasó? —la voz de Harry llena el cómodo silencio que se ha asentado entre nosotros.

Estamos sentados en su auto. Después de haberle llamado, dijo que solo tenía que llevar a su mamá a casa para poder pasar por mí. Sin embargo, no tuve que esperarlo mucho tiempo. Cuarenta minutos después de haberle llamado, me envió un mensaje diciéndome que se encontraba en la recepción del edificio.

Will me acompañó y me ayudó a cargar la pesada maleta. Una vez en la entrada del edificio, él y Harry tuvieron una breve charla casual y después, nos despedimos con la promesa de vernos pronto.

Los primeros cinco minutos de trayecto fueron silenciosos, pero sé que Harry ya sospechaba que algo malo ocurría. Me preguntó a dónde nos dirigíamos y, cuando le dije que quería ir a buscar un hotel cerca del trabajo, el ambiente se tensó un poco.

—Kim y yo hemos discutido —digo, después de unos instantes, porque sé que no tiene caso ocultárselo.

—¿Al grado de querer marcharte? —dice—, eso no suena como a una simple discusión. ¿Por qué pelearon?

No quiero decirle. No quiero confesar el motivo real por el cual ella y yo discutimos, pero tampoco quiero ocultárselo.

Dudo unos instantes, pero sé que debo ser honesta con él. Harry merece saber los motivos por los cuales tomé una decisión tan repentina.

—Se enojó porque pasé la noche en tu apartamento —digo en voz baja.

El silencio que le sigue a mis palabras, es tenso y tirante. Su mirada no se ha despegado ni un segundo del camino, pero soy capaz de sentir la tensión que se ha apoderado de su cuerpo. Sus manos se aferran al volante con mucha fuerza, su mandíbula está apretada y sus mullidos labios están sellados en un gesto inconforme.

—Sé que no le agrado —dice, con la voz enronquecida por las emociones que lucha por contener—. Me queda claro que nunca lo he hecho; pero nunca creí que yo sería un motivo de quiebre entre ustedes.

—No eres motivo de quiebre entre nosotras —objeto.

—Sé que no te merezco —hace caso omiso a mi argumento—. Sé que he sido un completo hijo de puta y que no te convengo, amor —mi corazón se salta un latido al escucharlo llamarme de esa forma—. Ella también lo sabe. Comprendo que esté enojada porque yo en su lugar también lo estaría. Después de todo, eres su mejor amiga y estás perdiendo tiempo con un pobre diablo como...

—Basta —lo interrumpo—. Tienes que dejar de pensar que no eres suficiente, Harry. Si las cosas vuelven a ser lo que eran antes de que todo se fuera a la mierda, no va a funcionar. Quiero saber absolutamente todo sobre ti. Quiero que, por una vez en tu vida, dejes de compadecerte de ti mismo y aceptes que te amo, y que nada me hace más feliz que estar contigo. De verdad, *necesito* que esto funcione.

El auto se detiene en un semáforo en rojo y su mirada se posa en mí. La emoción que veo en sus ojos, hace que todo dentro de mi cuerpo se estremezca.

—¿Eso quiere decir que vas a darme una oportunidad?

—Eso quiere decir que te amo y que quiero estar contigo. No soy nadie para darte una oportunidad o para juzgarte. Te amo, y eso es lo único que importa.

—Dios mío, tengo *tantas* ganas de besarte... —murmura, con la voz enronquecida.

—*Hazlo...* —pido, en voz baja. Sueno más suplicante de lo que pretendo.

Él parece dudarlo, pero termina ahuecando la parte trasera de mi cabeza para atraerme hacia él. Sus labios y los míos chocan en un beso profundo y pausado, y cientos de emociones me invaden. Trato de luchar contra el cinturón de seguridad que me aprisiona contra el asiento, pero es imposible. Mis dedos buscan el botón de manera desesperada y, cuando estoy a punto de presionarlo, el sonido de una bocina siendo sonada detrás de nosotros, nos hace saltar en nuestros lugares.

Harry suelta una maldición, y nuestras frentes se unen. El semáforo ya se ha puesto en verde, pero se da el lujo de depositar otro beso en mis labios antes de acomodarse en el asiento y conducir por el tráfico de la ciudad.

—Solo para que lo sepas —dice, mientras vira por una avenida—, no voy a llevarte a un hotel. Me niego rotundamente a permitir que pases la noche en un lugar como ese —abro la boca para protestar, pero su mano se estira para tomar la mía y entrelaza nuestros dedos—. Aún tenemos muchas cosas que hablar y tengo algo por lo cual compensarte.

No entiendo qué demonios dice que debe compensarme. Entonces, me dedica una mirada significativa y me guiña un ojo, mientras una sonrisa juguetona se desliza en sus labios.

El calor invade todo mi cuerpo solo porque ahora sé de *qué* está hablando y trato, desesperadamente, de suprimir todos los recuerdos de nuestra noche anterior para no ruborizarme hasta la médula.

—No voy a volver a hacer eso contigo —mascullo, y trato de sonar enojada, pero sé que no lo he logrado—. Me abandonaste por la mañana. Fue horrible.

—Eso es, precisamente, lo que deseo compensar, amor —alza mi mano y deposita un beso en el dorso—. Quiero hacerlo de nuevo, para despertar a tu lado.

La vergüenza no disminuye un poco, pero el vestigio de humor que se filtra en su voz, hace que me relaje considerablemente.

—Tonto.

—Hermosa.

—Que me llames hermosa no quita el hecho de que eres un tonto.

—Y que me llames tonto no disminuye el hecho de que te amo, amor. Con toda mi jodida alma.

Una pequeña risa brota de mi garganta y su sonrisa se ensancha, de modo que puedo ver todos sus dientes.

—Te amo —digo, porque realmente quiero que lo sepa.

—Vamos a casa, amor —susurra—. Vamos a recuperar el tiempo perdido.

~ ~ ~

—Duerme —la voz de Harry resuena en la oscuridad de la habitación.

Estamos acurrucados el uno junto al otro, completamente desnudos. Mi cabello húmedo por el sudor, se pega a mi nuca de manera incómoda, pero no me atrevo a moverme ni un milímetro. La absurda idea de volver a despertar y que Harry se haya ido, no me ha dejado tranquila desde hace un rato. No puedo dormir debido a eso.

—No quiero —susurro, en voz queda y tímida.

Un beso es depositado en mi sien, y mis ojos se cierran al sentir el contacto de sus labios cálidos contra mi piel.

—No me iré —susurra—. Estaré justo aquí mañana por la mañana.

No respondo.

Mi brazo se aprieta en su cintura con más fuerza y pego mi cuerpo al suyo sin dejar un solo espacio entre nosotros. La calidez y suavidad de su piel, son reconfortantes. Jamás había estado así con nadie. Jamás me había acurrucado contra el pecho de un hombre desnudo. Jamás me había sentido así de cómoda conmigo misma en toda mi vida...

—No tienes una idea de cuánto tiempo me tomó armarme de valor para salir de aquí esta mañana —dice, en voz baja y dulce—. Se sentía incorrecto dejarte de esa manera, pero, si te veía a los ojos, no iba a tener el valor de poner un pie fuera de aquí. Es por eso por lo que decidí no despertarte —una pequeña risa brota de sus labios—. De cualquier modo, no pude irme.

—Me alegro que no lo hicieras —susurro y deposito un beso suave en su hombro—. Dolió un infierno despertar y ver que te habías ido.

El silencio se asienta entre nosotros, dejándonos reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido en menos de veinticuatro horas.

Aún no sé cómo es que voy a decirle a Harry sobre lo de Anne sin que ella quiera matarme por romper mi promesa. Aún no sé cómo es que voy a arreglar las cosas con Kim el día de mañana. No sé qué pasará con el cambio de decisión de Harry y las consecuencias que va a traer esto a su vida; sin embargo, trato de no pensarlo demasiado.

Deseo enfocarme en este instante. En este precioso momento de paz y tranquilidad que ha llegado a mi vida. Trato de aferrarme a la felicidad que me da estar cerca de Harry una vez más.

—Escápate conmigo, Maya —el susurro ronco de Harry me saca de mis cavilaciones.

Una risa corta se me escapa.

—Bobo.

—Hablo en serio —la seriedad en su voz, hace que alce la cara para mirarlo. Todo vestigio de humor se ha esfumado de su rostro—. Sé que esta no es la manera de arreglar las cosas, pero es lo único que puedo ofrecerte. Huir lejos de todo y tratar de empezar desde cero, es lo único que se me ocurre para alejarme de toda la mierda en la que estoy estancado. Es lo único que se me ocurre para poder estar cerca de ti, sin que quieran hacerte daño. Escápate conmigo, Maya.

El miedo se detona en mi sistema, pero trato de mantenerlo a raya.

No le temo a marcharme con él, pero sí a todas las dificultades que pueden llegar a presentarse al irnos de manera tan precipitada. Todo eso, sin tomar en cuenta que Anne está enferma. No quiero que Harry pierda la oportunidad de estar con ella el mayor tiempo posible.

—Sé que suena precipitado —continúa—, pero lo tengo todo planeado. He estado guardando mucho dinero y he invertido un montón en la empresa pesquera. Solo así pude abrir una cuenta de banco y meter todo el dinero que hago con Rodríguez. Antes no podía abrirla porque no tenía modo de comprobar los ingresos que recibía. Ahora puedo hacerlo por medio de la compañía pesquera. De esta manera funciona el lavado de dinero. Los narcotraficantes invierten en pequeños negocios y así mantienen un perfil bajo ante las organizaciones que se encargan de hacer circular el dinero proveniente de los impuestos de la gente —él espera por una respuesta, pero me siento incapaz de decir nada—. He ahorrado mucho dinero. Lo suficiente como para asentarnos en algún lugar muy lejos de aquí y vivir unos cuantos meses. He planeado esto durante mucho tiempo, Maya, y si tú aceptas venir conmigo, prometo no fallarte nunca. Prometo estar contigo siempre y hacer que nada te falte.

El miedo se arraiga en mis huesos con tanta intensidad que, por un momento, creo que voy a vomitar. Es una locura. Mil cosas podrían salir mal con ese plan, pero no quiero que se vaya. No sin mí. No cuando deseo que las cosas entre nosotros funcionen como se debe.

—Suena bastante arriesgado.

—Pero puede funcionar. Huye conmigo, Maya —la súplica en el tono de su voz, hace que mi corazón duela.

—Planeemos esto con tiempo —pido, con un hilo de voz—. Debemos hacerlo de la mejor manera posible.

—¿Eso es un sí? —el alivio tiñe sus facciones.

Dudo unos instantes, insegura de qué decir.

El debate interno colisiona en mi sistema, y trato de mantener la calma.

Quiero estar con Harry. Quiero que su pasado y su presente dejen de interponerse entre nosotros y estar a su lado por siempre. Quiero *esto*, con él, por el resto de mis días, pero en este momento no puedo dejar de pensar en lo que dijo Anne. Ella está enferma y Harry necesita saberlo. Harry necesita estar con ella...

«No lo hagas. Es peligroso. Van a terminar matándote». Añade la voz en mi cabeza, pero trato de ignorarla. Trato de ignorarla porque quiero creer en el panorama que Harry imagina. Porque quiero creer que es posible que salgamos bien librados de todo esto...

—Sí —digo, con un hilo de voz, a pesar del miedo y de la promesa que le hice a su madre, y un peso extraño se asienta en la boca de mi estómago.

No estoy muy segura de qué es lo que acabo de hacer, pero no puedo dejar que el pánico me paralice. No cuando estoy dispuesta a todo por estar a su lado. Después de todo, fui yo quien le pidió que intentara alejarse de ese mundo. Fue por mí por lo que se quedó alrededor. No quiero dejarlo solo ahora que lo está intentando. No puedo hacerlo.

CAPÍTULO 48

«Esto fue una venganza, ¿cierto?, ¿dónde está mi arrumaco matutino?, ¡esto es horrible!».

El mensaje de texto de Harry me hace sonreír como idiota.

Esta mañana, cuando me levanté para alistarme para el trabajo, estaba tan profundamente dormido, que no me atreví a despertarlo para decir adiós. No pretendía que esto pareciera una venganza, tomando en cuenta que llevo toda la semana durmiendo en la misma cama que él. Sin embargo, todo parece indicar que, a los ojos de Harry, lo fue.

«Si hubiese querido vengarme, te habría dejado la llave del apartamento junto con una nota que dijera que ahora es todo tuyo». Tecleo en respuesta, sin dejar de sonreír.

Minutos después de haber enviado el texto, recibo una contestación.

«¡JA, JA!, ¡qué graciosa eres!, ¿has pensado en ser comediente alguna vez?, si no fuese porque te amo, ya habría dejado de hablarte».

Mi corazón hace una voltereta extraña y mi sonrisa se ensancha. De pronto, la necesidad imperiosa que tengo de dejarlo todo botado para ir a casa y acurrucarme entre sus brazos, es insoportable.

—¡Maya! —la voz de Fred viene a mí y alzo la vista para mirarlo—. Acaba de llegar una pareja a una de tus mesas.

Maldigo en voz baja y me apresuro a teclear un rápido: «Te amo también, amor, pero debo irme. Hay bastante gente hoy. ¿Te escribo más tarde?».

Entonces, sin esperar respuesta alguna, me echo a andar a toda velocidad hacia el área de servicio.

Mi vista capta la silueta de Kim por el rabillo del ojo, en el instante en el que entro al comedor. Ha estado evitándome durante toda la semana, y no sé qué debo

hacer ahora.

Quiero rendirme y dejar que sea ella quien se acerque cuando esté lista para hablar conmigo y, al mismo tiempo, quiero acercarme e intentarlo una vez más. No soporto estar así. No soporto que las cosas entre nosotras se encuentren así de densas...

Sacudo los pensamientos fuera de mi cabeza cuando me acerco a la mesa y entrego el menú a los comensales que hay en ella.

La pareja pregunta acerca de la cocción de uno de los cortes de la casa. Después de eso, me hacen saber que decidirán lo que comerán en unos minutos más. Yo me alejo después de asentir con suavidad y sonreír en su dirección.

Mis ojos recorren la estancia y noto cómo Kim se aleja de la mesa que atendía. Ahora se dirige hacia la cocina. Muerdo la parte interna de mi mejilla mientras trato de decidir qué hacer. No puedo irme de aquí hasta que haya tomado la orden de la mesa que atiendo, pero ella está desocupada ahora mismo. Sería el momento ideal para tratar de abordarla y...

La mano alzada, capta mi atención y me doy cuenta de que es a mí a quien llaman. La pareja, finalmente, ha decidido, así que tomo la orden rápidamente y me despido argumentando que en un par de minutos estará listo todo.

Me apresuro hacia la cocina y dejo la orden en la línea con ganchos que cuelga encima de una de las estufas industriales.

Wong, uno de los nuevos chefs, toma la orden y comienza a trabajar en ella. Mientras, me apresuro a llevar un par de bebidas a la mesa. Acercó, también, una canasta llena de pan de ajo y salsa con especias. Después, vuelvo a la cocina a revisar si el pedido está listo.

Wong dice algo, pero su acento hace que apenas pueda entender unas cuantas palabras. Llegó de China hace apenas unas semanas, así que su pronunciación del idioma no es la mejor del mundo. Charlar con él durante el trabajo ha sido un reto total. Es un hombre bastante amable, pero su dominio de la lengua hace casi imposible entablar una conversación coherente con él.

Muerdo la parte interna de mi mejilla para reprimir el impulso que tengo de pedirle que repita lo que ha dicho y sin decir una palabra, me aparto de la estufa.

No quiero que crea que trato de presionarlo con el pedido, así que decido mantener una distancia prudente.

Mi mirada se pasea por toda la estancia y me entretengo unos segundos de más mirando hacia el pasillo que hay entre el área administrativa y la cocina. De pronto, Kim aparece en mi campo de visión y se desaparece dentro de la sala de empleados.

En ese momento, empiezo a caminar en dirección al pasillo. La oportunidad de hablar con ella hace que avance a toda velocidad hacia la estancia, pero la duda y el nerviosismo hacen que me congele unos segundos.

«No seas cobarde, Maya. Hazlo. Por favor, ve y hazlo».

Tomo una inspiración profunda y me animo a avanzar un par de pasos antes de detenerme en seco. En ese momento, me giro hacia Wong para preguntar en cuánto tiempo estará la orden.

Él ni siquiera me mira cuando pronuncia de manera apenas entendible un débil: «Diez minutos».

Yo asiento, a pesar de que no puede verme, y me echo a correr en dirección a la sala del personal. Al llegar a la puerta, la empujo y me paralizó en el momento en el que me percaté de la escena que se desarrolla delante de mis ojos.

Mark, uno de los meseros con los que casi nunca tengo contacto, acorrala a mi amiga contra una pared mientras la besa con urgencia.

—Oh, Dios mío... —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, y ambos se apartan con brusquedad.

Un par de miradas confundidas se posan en mi dirección y el rostro de Kim palidece cuando sus ojos y los míos se encuentran.

Cientos de pensamientos frenéticos invaden mi cabeza, pero todos ellos son acerca del chico de rostro amable y sonrisa dulce con el que conviví durante unos meses. Todos ellos son acerca de Will, su prometido.

—¡Mierda! —Mark exclama, pero ya he dado un par de pasos hacia atrás.

—¡No, no, no, no! —la voz de Kim llega a mis oídos, pero no puedo apartar la vista del chico que la besaba.

¿Qué pudo ver ella en él para que fuese capaz de hacerle esto a Will?, el tipo es un completo imbécil. Se ha acostado con el ochenta por ciento de las meseras del restaurante. No tiene respeto por nada ni por nadie, ¿por qué, en el infierno, Kim accedería a besarlo?...

Mis ojos se clavan en ella. La decepción, la tristeza, el coraje... Todo se arremolina dentro de mi pecho y arde como la peor de las traiciones.

Niego con la cabeza, sin poder creer lo que veo, y me trago la decena de insultos que se agolpan en la punta de mi lengua. Ni siquiera sé por qué me siento así. No es a mí a quien engañan, pero se siente como si yo hubiese sido la persona traicionada.

Will no merece esto. Es demasiado bueno para recibir esto a cambio.

Me echo a andar por el pasillo a toda velocidad. Sé que Kim viene detrás de mí, pero ni siquiera me molesto en mirarla.

—¡Maya! —grita a mis espaldas, pero la ignoro.

Estoy tan decepcionada de ella.

—¡Maya, por favor, espera! —chilla una vez más—. ¡Maya, déjame explicarte!

Me vuelco con brusquedad.

—¿Qué demonios es lo que tienes que explicarme? —escupo, con más violencia de la que espero—. No es a mí a quien engañas, Kim. No te equivoques. Aquí al único al que tienes que decirle algo es a Will —el coraje hace que mi voz tiemble ligeramente—. Y si no lo haces tú, se lo diré yo.

El pánico en su expresión y las lágrimas en sus ojos no me conmueven ni un poco.

—No volveré a ver a Mark —susurra, con la voz entrecortada por las lágrimas que trata de contener—. Fue un error haber...

—Eso no importa, Kim —siseo en su dirección—. Digas lo que digas, nada cambiará el hecho de que besaste a alguien estando con él. Will merece saber esto, y si tú no se lo dices, lo haré yo.

—Yo te apoyé cuando más me necesitabas —noto el reproche en su voz.

—¡Pero yo no estaba haciendo este tipo de cosas! —suelto. El sonido furioso de mi voz, hace que me mire como si apenas pudiese reconocerme. Eso es algo bueno,

ya que yo tampoco puedo reconocerla a ella—. Yo no estaba jugando con los sentimientos de otra persona. Lo que ocurrió con Harry fue algo completamente diferente y lo sabes —sacudo la cabeza, con decepción—. Hablamos de una infidelidad aquí. Y, si tuviste el valor de engañarlo, ten el valor de afrontar las consecuencias de haberlo hecho.

Su mueca preocupada se transforma en una cargada de dolor y angustia, y reprimo el impulso que tengo de acercarme a consolarla. Un par de lágrimas se deslizan por sus mejillas, y aprieto los puños para no acercarme a abrazarla. Hay tantas cosas que me encantaría decirle en este momento, pero no me atrevo a hacerlo, porque no me corresponde...

—Haz lo correcto, Kim —digo, tras un largo silencio, y me giro sobre mis talones antes de echarme a andar de nuevo a la cocina.

~ ~ ~

—¿De verdad tienes que ir ahora mismo? —la preocupación se filtra en el tono de mi voz.

Harry se enfunda unos vaqueros antes de girarse para encararme. Su mirada pasa de la alarma a la calidez en una fracción de segundo, pero eso no disminuye el agujero que se ha instalado la boca de mi estómago.

Hace unos minutos, una llamada perturbó nuestro sueño. Era el jefe de Harry. Al parecer, necesita reunirse urgentemente con todos sus empleados. Son las dos de la mañana y estoy aterrorizada. ¿Por qué quiere verlos a estas horas de la madrugada?, ¿qué es tan importante que no puede esperar hasta mañana?...

Cientos de escenarios fatalistas han llenado mi cabeza, y no he podido hacer nada para evitarlo. No puedo apartar de mi mente el horrible pensamiento de que, quizás, de alguna manera, su jefe se enteró de que planeaba marcharse. No puedo apartar de mi mente la idea de que, quizás, esto es una trampa.

—Lo lamento mucho, amor —susurra con dulzura y me trae de vuelta a la realidad—. Al parecer, algo ha ocurrido. No puedo faltar.

La angustia es sofocante, pero me las arreglo para esbozar una pequeña sonrisa. Sé que puede notar cuán asustada me encuentro, pero de cualquier modo trato de poner mi mejor cara.

Él se acerca a la cama y trepa antes de envolver sus dedos alrededor de mi nuca para besarme.

Su contacto es tranquilizador y profundo, y la opresión en mi pecho disminuye un poco. Mis dedos fríos se envuelven alrededor de su cuello y los sostengo ahí para besarlo a mi antojo.

Cuando nos separamos, une su frente a la mía.

—No pasa nada, amor —susurra. Su tono es tranquilizador—. Rodríguez hace estas cosas todo el tiempo. Es un bastardo que dispone del tiempo de los demás solo para dar noticias sin importancia. Todo estará bien.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz para hablar y presiono nuestros labios una vez más. Entonces, se aparta y continúa vistiéndose.

Harry se sienta al borde de la cama para calzarse los pies y yo me levanto de ella mientras estiro el dobladillo de la playera que he tomado de su armario. He dormido usando su ropa toda la semana y él parece encantado con eso.

No soporto la idea de quedarme en la cama mientras él va a verse con un tipo que podría matarlo a la primera de cambios, así que he decidido que voy a esperarlo despierta.

—¿Qué haces? —Harry pregunta mientras me amarro el cabello en un moño en la cima de mi cabeza.

—Voy a preparar café —mascullo y avanzo en dirección al pasillo.

—¿Café? —levanta la voz para que pueda escucharlo.

—Voy a esperarte despierta —digo, sin mirar hacia atrás.

No me atrevo a apostar, pero creo haber escuchado una suave risa proveniente de sus labios.

Al llegar a la cocina, trabajo en la cafetera que se encuentra sobre la encimera. Cambio el filtro del café y coloco granos nuevos antes de llenar la cámara del agua.

Estoy a punto de presionar el botón de encendido, cuando un brazo fuerte se envuelve en mi cintura.

Harry atrae mi cuerpo hacia el suyo y, de pronto, mi espalda está pegada a su abdomen. Su cabeza se ha inclinado hacia adelante, de modo que su barbilla ha quedado recargada en mi hombro. Su cabello largo hace cosquillas en mi mejilla derecha, y su abrazo se vuelve un poco más posesivo en el instante en el que ladeo mi cabeza para darle entrada a mi cuello.

Sus labios besan la sensibilizada piel y un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando su lengua traza caricias húmedas. Su boca sube, dejando una estela de pequeños y suaves besos, hasta que sus dientes aferran el lóbulo de mi oreja con suavidad. En ese instante, y por acto reflejo, me revuelvo entre sus brazos.

Una risa ronca brota de su garganta y me aprieta con más fuerza contra su cuerpo para evitar que me aparte.

—No me esperes despierta, amor —susurra, antes de depositar un beso en mi mejilla—. Es tarde y mañana tienes que ir a trabajar.

—No voy a poder dormir de cualquier modo —trato de sonar casual, pero la preocupación que se filtra en mi voz rompe con el momento que había empezado a construirse entre nosotros—. Prefiero esperarte y cerciorarme de que llegues a salvo.

Él niega con la cabeza y suelta una risa silenciosa.

—Deja de preocuparte tanto —pide y sus dedos toman mi barbilla para girar mi rostro hacia él—. No pasará nada. ¿Sabes cuántas veces por mes ocurre esto?, antes no te dabas cuenta porque dormías sola en la habitación, pero esto pasó muchas veces mientras vivías aquí.

Mi boca se abre para replicar algo, pero sus labios se presionan contra los míos en un beso dulce. Sé que solo lo ha hecho para acallar cualquier protesta que estuviese a punto de decir, y eso me irrita un poco.

—Estaré de vuelta en un par de horas, ¿de acuerdo? —Harry promete, y me giro entre sus brazos para envolver los míos alrededor de su cuello.

Entonces, me elevo sobre mis puntas y lo beso con intensidad. Mi lengua busca la suya sin pedir permiso y él gruñe contra mi boca antes de deslizar sus manos para

ahuecar mi casi inexistente trasero.

Él aprieta con fuerza y yo chillo, apartándome de él con brusquedad. Una carcajada brota de sus labios y una risa irritada se me escapa.

—¡No hagas eso! —chillo, con vergüenza y su risa se prolonga un poco.

Harry envuelve sus dedos en mi muñeca y tira de mí en su dirección, antes de ahuecar un lado de mi cara con su mano libre para besarme de nuevo.

—No quiero que vayas —me sincero entre besos.

—Lo sé, amor —se aparta para verme a los ojos. El pesar en su mirada es sincero—. Lamento mucho preocuparte de esta manera. Prometo que volveré lo más pronto que pueda.

Yo asiento, incapaz de pronunciar palabra alguna y él besa mi frente antes de dejarme ir.

—Por favor, no tardes demasiado —sueno como una madre preocupada, pero no me importa. Realmente deseo que esté de vuelta lo más pronto posible.

—No lo haré —dice y me guiña un ojo. Entonces, se encamina hacia la salida del apartamento.

Una vez que escucho el sonido de la puerta siendo cerrada, el lugar se sume en un silencio ensordecedor. Sé que no voy a poder conciliar el sueño, así que continúo con mi tarea previa y enciendo la cafetera.

Mientras el café está listo, me encamino hasta la habitación y tomo mi teléfono para investigar un poco más acerca del tema que me ha obsesionado los últimos días: la esclerosis múltiple.

Según lo que he leído, la gran mayoría de las personas que la padecen, son capaces de llevar una vida normal tomando los medicamentos adecuados. Los casos fatídicos y terminales son realmente pocos, y tienen un porcentaje de mortalidad casi nulo. Hoy en día es muy difícil que una persona muera de esclerosis múltiple; sin embargo, aún llegan a existir casos aislados y extremos como el de Anne.

He tratado de todas las formas habidas y por haber de convencerla de contarle a su hijo acerca de su enfermedad, pero su respuesta no ha cambiado. No es como si hubiésemos tenido mucho tiempo para conversar sobre eso, ya que, el poco tiempo que hemos pasado juntas la última semana, ha sido en compañía de Harry.

Nuestras conversaciones respecto al tema son a susurros bajos e indirectas lanzadas al aire. Esta noche, cuando fuimos a recogerla al trabajo, tuvimos unos minutos a solas mientras Harry cargaba gasolina.

Aproveché esos pequeños instantes para intentar persuadirla. Le supliqué que se lo contara todo, pero ella me cortó de tajo diciendo que agradecía mi preocupación, pero que no iba a decírselo. Entonces, dio por zanjada la conversación y cambió el tema radicalmente.

A pesar de eso, he tomado una decisión. Si ella no se lo dice, lo haré yo. Harry merece saber que su madre está enferma. Harry merece tener la oportunidad de estar ahí para ella el tiempo que le quede de vida. Así sean un par de semanas o un par de años.

He decidido que mañana, durante mi hora del almuerzo, iré a buscar a Anne y le diré que, si ella no se lo cuenta, lo haré yo. No estoy dispuesta a guardar un secreto así de grande. No cuando sé que Harry quedará destrozado si se entera de que su mamá nunca le dijo la verdad acerca del por qué apareció de nuevo en su vida...

El pitido del aparato del café, me trae de vuelta al aquí y ahora, y me apresuro a apagarlo. Acto seguido, sirvo un poco del líquido amargo en una taza alta. Me toma unos minutos encontrar el frasco del azúcar solo porque Harry ha movido todo de lugar y, después de haber puesto un poco de endulzante y leche en mi café, me encamino hacia la sala.

Una vez ahí, me acomodo en uno de los sillones y me dispongo a continuar con la lectura de un ensayo sobre la esclerosis que encontré hace unos días.

No sé cuánto tiempo pasa, antes de que el sonido del cerrojo siendo abierto inunde mis oídos. Rápidamente, dejo la taza sobre la mesa de centro y avanzo a paso rápido hacia la entrada.

En el instante en el que lo veo, me congelo.

La alarma se detona en mi pecho y mi corazón da una voltereta furiosa al ver la expresión desencajada e intranquila de Harry.

—¿Qué pasó? —sueno preocupada hasta la mierda.

Él me mira a los ojos y noto cómo un atisbo de alivio invade su rostro. Entonces, sin decir una palabra, acorta la distancia que nos separa y me envuelve en un abrazo fuerte y doloroso.

Mis costillas son aplastadas entre sus brazos, pero eso no impide que sea capaz de percibir todo el temblor de su cuerpo.

—Harry, me estás asustando —estoy aterrorizada, pero lo abrazo con la misma fuerza con la que él me sostiene a mí.

—No es nada —murmura, con la voz enronquecida—. No es nada, Maya, lo siento. Lo siento mucho, yo... —niega con la cabeza y la tensión en sus hombros me pone los nervios de punta. Su respiración irregular golpea en mi oreja y noto cómo trata de tranquilizarse—. Q-quería que los matara. Él quería que los matara.

El pánico recorre mis venas con tanta velocidad que temo que vaya a enfermarme. Mi corazón late con tanta fuerza, que estoy casi segura de que él puede escuchar los latidos frenéticos.

—¿Qué ocurrió, Harry?, ¿a quiénes se supone que querían que mataras? —trato de sonar serena, pero apenas puedo contener el temblor en mi voz.

Harry no dice nada. Se limita a abrazarme como si el mundo entero estuviese a punto de caerse a pedazos y yo fuera la única cosa a la que él pudiese aferrarse.

Este hecho se asienta en mí y se siente como si un bloque de concreto se hubiese desplomado en mi estómago. La dependencia que tenemos el uno por el otro es insana y, al mismo tiempo, no puedo soportar la idea de que esto cambie. Sé que es malo que sea de esta manera, pero no sé qué es lo que debemos hacer para cambiarlo.

—Hubo un soplón —susurra y poso mi atención en él—. Rodríguez me hizo golpear a todos y cada uno de los nuevos vendedores únicamente para dar con el que abrió la boca. Yo... ¡Maldita sea! —me suelta y se aparta con brusquedad, antes de apoyar las palmas en la pared más cercana. Su cuerpo está inclinado hacia adelante y noto cómo se joroba. Su cabeza niega una y otra vez, con fuerza y con desesperación—. Ya no puedo más. No quiero esto. Voy a convertirme en un maldito monstruo si sigo ahí.

—Harry...

Él se gira con brusquedad y me mira a los ojos. La angustia y desesperación que hay en su mirada, me pone la carne de gallina.

—Necesito que nos vayamos lo más pronto posible, Maya —la súplica en su voz, me hace estremecer—. No puedo seguir con esto. *Ya no...*

No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra, así que, en su lugar, acorto la distancia que nos separa y lo envuelvo entre mis brazos. El temblor de su cuerpo no ha disminuido ni un poco, pero ya no hay ansiedad en la forma en la que me sostiene.

—Shhh... —mis dedos cepillan las hebras alborotadas de su cabeza—. Todo está bien. Estás aquí. Estoy aquí contigo. Vamos a irnos. Vas a salir de esa mierda. Vamos a salir juntos de esto, amor.

—¿Vas a amarme aún si me convierto en un *monstruo*? —el susurro ronco y profundo hace que mi corazón se salte un latido.

—Voy a amarte siempre, Harry —digo, y me aterroriza cuán en serio lo digo. No son solo palabras al viento—. Voy a amarte a pesar de todo.

CAPÍTULO 49

—Entonces, volviste con él... —Jeremiah afirma, pero suena más a una pregunta que a otra cosa.

Yo asiento con un movimiento de cabeza y clavo mi vista en el suelo.

—No espero que lo entiendas —digo, en voz baja—. Solo quería que estuvieras enterado —alzo la mirada para encararlo y le regalo una sonrisa triste—. Eres mi mejor amigo, Jeremiah. No quiero ocultarte cosas.

Él toma una inspiración profunda y deja ir el aire con lentitud.

—No lo entiendo, Maya —dice, tras unos segundos de silencio—. No entiendo qué es lo que ves en él, o qué es lo que te da que te pone como loca, o qué hay de bueno detrás de la facha de matón que tiene —sus ojos se clavan en los míos—. Realmente, no lo entiendo... Pero lo acepto. Lo acepto por ti. Porque, si te hace feliz, todo está bien —traga duro—. Solo espero que él sepa mantenerte fuera del mundo en el que está metido.

Un nudo de ansiedad se forma en mi estómago, solo porque hemos comenzado a planear nuestra huida. Dentro de unas semanas, vamos a marcharnos y yo sigo sin saber cómo diablos voy a decirle a Harry que Anne está enferma y que no puede irse así como así.

Hace unas semanas le prometí que saldríamos de esto juntos. Que me iría con él y que todo iba a quedar atrás; pero he seguido posponiéndolo para tratar de convencer a Anne de que hable con él.

Harry está más impaciente que nunca. Estoy segura de que, si no fuera porque he postergado todo con pretextos estúpidos, ahora mismo estaríamos muy lejos de aquí.

Ha pasado casi un mes entero desde que fue obligado a sacar la mierda de un puñado de tipos que pensaron que sería fácil vender sustancias ilegales, y aún no

he podido olvidar el pánico que vi en su expresión. Él tampoco ha podido apartar esa tortura lejos de su cabeza.

No hay que ser un genio para darse cuenta de cuán ansioso está por alejarse de toda la mierda en la que está metido, y tampoco hay que ser un genio para notar cuán afectado se encuentra desde el incidente de esa noche.

—Harry quiere irse de la ciudad —confieso, con un hilo de voz, y siento cómo la atención de Jeremiah se posa en mí.

—Y quiere que te vayas con él, ¿no es así? —De pronto, el ambiente se torna tenso.

No quiero decirlo en voz alta, así que asiento. Mis puños se aprietan en mis rodillas, y trato de reprimir el pánico que me invade.

—¿Y qué es lo que tú quieres, Maya?

—Quiero irme —asiento—. Pero me da mucho miedo hacerlo. No es fácil dejar todo atrás. Nunca he salido de esta ciudad. Nací y crecí aquí. Dejarlo todo se siente *tan* incorrecto —guardo silencio unos instantes y trato de reprimir el ligero temblor de mi voz—. Además, hay algo que Harry no sabe y que es lo suficientemente importante como para evitar que quiera irse.

Mi vista se posa en mi amigo y noto cómo su ceño se frunce, en confusión.

—¿Qué podría ser tan importante para que alguien que está hasta el cuello de problemas decidiera quedarse? —murmura, pero lo dice más para sí mismo que para mí.

—No puedo contártelo —susurro.

—¿Por qué no?, somos amigos, ¿no es cierto?

—Sí, pero... —niego con la cabeza—, no quiero arriesgarme a que Harry se entere por boca de alguien más. No sería justo para él.

—¿Estás diciendo que no sé guardar un secreto? —la fingida indignación en el tono de su voz, me hace sonreír. De pronto, la tensión se fuga de mi cuerpo.

—Eres un idiota —digo, entre dientes, pero mi sonrisa es grande.

Él me guiña un ojo y posa su vista en la calle.

Nos encontramos sentados a las afueras del gimnasio donde practico defensa personal. Hace unas horas, antes de entrar a mi sesión semanal, recibí un mensaje suyo y nos quedamos de ver aquí para hablar.

Han pasado semanas desde la última vez que lo vi, así que no había tenido oportunidad de contarle lo que ha ocurrido en mi vida últimamente.

—Los chicos te extrañan, ¿sabes? —Dice, tras unos instantes de silencio—. Todo mundo pregunta por ti. Deberías salir con nosotros antes de que, ya sabes, te vayas y eso.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero una punzada de dolor me atraviesa.

—Salgamos esta noche —sugiero—. Vayamos a una cafetería. Algo tranquilo.

Jeremiah me regala una mirada que no logro descifrar, pero no ha dejado de sonreír.

—Vayamos a un bar y festejemos mi regreso a la soltería —trata de sonar casual, pero el filo triste en el tono de su voz, lo delata.

—¿Estás soltero de nuevo?

La sorpresa que provoca su declaración en mí, hace que el pesar se arraigue en sus facciones, y, de pronto, me siento culpable por el decaimiento de su estado de ánimo.

—¿Por qué? —sueno realmente conmocionada—, ¿qué pasó?

Él niega con la cabeza y sonrío.

—Amber dice que no está lista para una relación seria —masculla.

—Creía que una relación seria era lo último que querías —mi ceño se frunce en confusión—. No paras de decir que no quieres ataduras o compromisos con nadie...

—Yo también lo creía así —me mira y el brillo en sus ojos me hace saber que él tampoco lo esperaba—. Creí que no estaba listo para tener una novia formal y una relación seria, y toda esa mierda que a ustedes las chicas les encanta, pero me equivoqué —niega con la cabeza—. Quiero encontrar a alguien con quien compartir absolutamente todo. Alguien que pueda entenderme. Que me odie y me ame al mismo tiempo. Que quiera golpearme por ser un idiota que no sabe medir lo que dice y que quiera besarme por la misma razón. Quiero tener algo como lo que

tienes tú con Bestia. Sin el narcotráfico y eso, claro está —la mirada reprobatoria que le dedico, hace que se corrija casi de inmediato—: ¿Qué?, ¿qué dije? ¿Es porque le llamé *Bestia*?, ¡lo siento!, ¡quise decir *Harry*!

—Eres un idiota —una sonrisa boba se dibuja en mis labios y paso mi brazo por encima de sus hombros para atraerlo en un abrazo fraternal.

—No lo busques, Jeremiah —digo—. Esas cosas, no se buscan. Llegan solas... —hago una pequeña pausa—. Y no. No hablo del narcotráfico —le dedico una mirada cargado de fingido fastidio. Él ríe por lo bajo, pero yo retomo la seriedad del tema diciendo—: Estoy segura de que encontrarás a una chica maravillosa, que va a desear lo mismo que tú. Vas a conocer a una chica que te complemente del modo en el que nadie más puede hacerlo.

Jeremiah asiente, antes de envolver su brazo en mi cintura. Deposita un beso en mi sien y recarga su cabeza en la mía.

—Deberías presentarme a alguna de tus amigas del trabajo —susurra, tras un largo momento—. Tú debes tener amigas buenas para mí.

Una risa tonta me asalta y le doy un codazo juguetón.

—¿Tengo cara de tener mil amigas en el trabajo? —digo, y me aparto para mirarlo.

Él hace una mueca de decepción.

—Tienes razón. No eres una chica sociable.

—¿Estás diciendo que no tengo amigos? —chillo, con indignación, y él deja escapar una carcajada mientras se pone de pie y extiende su mano para ayudarme a levantarme de la banqueta.

—Estoy diciendo —dice, una vez que hemos comenzado a caminar—, que espero que intentes hablar con más personas. La gente no muerde, Maya. Sé que te hicieron mucho daño antes, pero no todo el mundo es malo.

—Lo sé —sonríe para mí misma—. Ahora lo sé.

Él no dice nada más, se limita a sonreír y hundir las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros mientras avanzamos hacia su auto.

Mis dedos entrelazan los de Harry y tiro de él. A pesar de que imprimo todas mis fuerzas para tratar de levantarlo, no lo muevo ni un solo milímetro de su lugar.

—¡Harry! —mi voz sale en un quejido ahogado por el esfuerzo—, ¡por favor!

—Te he dicho que no, Maya —suenan tajante, pero hay un destello de diversión en su voz—. No voy a hacerlo.

El coraje se apodera de mi sistema cuando tira de su mano con facilidad y me hace dar un traspié. Aparto los mechones de cabello que caen sobre mi frente y lo miro con todo el coraje que puedo imprimir.

—¡Es solo una salida a un bar! —chillo, con más brusquedad de lo que pretendo—, tampoco es como si estuviese pidiéndote que corrieras desnudo por todo el edificio.

—Preferiría hacer eso —dice, con determinación—. Preferiría correr desnudo por todo el edificio a ir a un bar con tus amigos.

—¿Qué te han hecho ellos? —digo, y el coraje se filtra en el tono de mi voz—, ¡ni siquiera los conoces!

—Conozco a uno de ellos —la mueca de fingido horror que esboza, hace que mi molestia aumente un poco más.

—¡No, no lo haces! —mi voz suena más aguda que nunca, pero él ni siquiera se inmuta—, ¡nunca has tratado a ninguno de ellos!, ¡ni siquiera a Jeremiah!

—¡Ni siquiera menciones a ese imbécil! —escupe.

—¿Estás celoso? —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas.

—¿Qué?

—¿Estás celoso de Jeremiah? —el enojo va transformándose poco a poco en algo cálido y dulce.

Una risa carente de humor brota de sus labios y cruza sus brazos sobre su pecho.

—¿Yo?, ¿celoso de *ese*?, para nada.

Mis cejas se alzan y reprimo una sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que lo estoy.

Asiento con lentitud.

—Entonces, supongo que no te molesta que vaya yo sola, ¿cierto? —luchó con todas mis fuerzas por lucir casual, pero apenas logro contener la risotada que empieza a construirse en mi garganta.

Su mirada se oscurece varios tonos y su mandíbula se aprieta antes de inclinar su cuerpo hacia adelante sobre el sillón, en una postura amenazadora.

—Si ese hijo de puta te pone un solo dedo encima, yo...

—Pero creí que no estabas celoso —trato de sonar inocente, pero mi expresión ha roto en una sonrisa satisfecha y burlona.

La mueca en su cara se contorsiona y se transforma en una cargada de vergüenza y coraje; sin embargo, eso no impide que me acerque y me acomode a horcajadas sobre su regazo. Sus brazos se envuelven en mi cintura en un acto posesivo y territorial, y gruñe algo ininteligible. Entonces, intenta besarme.

—¿Qué has dicho? —pregunto, con diversión, mientras me aparto para que no pueda profundizar el roce de nuestros labios.

La mirada irritada que me dedica, me hace saber que no está feliz conmigo tomando el control de la situación. Trata de besarme de nuevo, pero vuelvo a moverme cuando está a punto de hacerlo.

—No —pongo dos dedos encima de sus labios. Él trata de morderlos, pero logro apartarme a tiempo—. Dime qué es lo que has dicho.

—Si te digo, ¿vas a besarme?

Me encojo de hombros.

—Quizás.

Una sonrisa irritada se dibuja en sus labios y lo único que puedo hacer, es morder la parte interna de mi mejilla para no echarme a reír.

—Dije, que estoy celoso —admite a regañadientes—, y que no quiero verle la cara a tu amigo porque no quiero que te molestes si termino rompiéndole todos los dientes delanteros.

Entonces, la carcajada estalla. No puedo dejar de reír como una idiota y él no deja de quejarse y de pedirme que me calle. Lucho contra la risotada violenta, pero apenas puedo contenerme. Es ridículo que piense que Jeremiah y yo alguna vez tuvimos algo. No nos vemos de esa manera. Es mi mejor amigo y listo.

—Eres un tonto —digo, entre risas.

—Gracias, amor.

—Lo digo en serio.

—Yo también lo digo en serio, Maya. Gracias —suena irritado, pero está sonriendo.

He logrado tranquilizarme un poco, así que me tomo la libertad de apartar los mechones de cabello lejos de su rostro. Mis dedos acarician las cicatrices que ensucian su piel y, por primera vez desde que lo conozco, no luce afectado con mi tacto. Entonces, la risa se esfuma poco a poco. Harry jamás había estado tan tranquilo como ahora. Es como si las marcas ya no estuviesen ahí. Como si no le importaran más...

—Te amo, Harry —susurro—, y si quiero que me acompañes esta noche, es porque quiero que conozcas a las personas con las que me gusta pasar el rato. Porque ellos, así como tú, me importan. Son buenas personas. Jeremiah es un chico increíble —hace una mueca de desagrado y me apresuro a añadir—: Y no, Harry. Jeremiah no quiere absolutamente nada conmigo. Además, aunque así fuera, yo no estoy interesada.

—¿Ah, no?

—No —sonríó—. Tengo a alguien, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Harry —digo—. Harry Stevens.

—¿No es ese el tipo al que le dicen *Bestia*? —dice. Sé que trata de bromear, pero no ha sido gracioso. Detesto cuando se llama a sí mismo de esa manera. Detesto que crea que merece ser llamado así.

—Si vuelves a llamarlo de esa manera, voy a golpearte tan fuerte, que todos tus intestinos se escapan por tu ano —suelto y él se echa a reír a carcajadas.

—Te amo, Maya —dice, tras superar el ataque de risa.

—Te amo, Harry. Con toda mi alma.

Un beso dulce es depositado en mis labios y correspondo al contacto con lentitud y parsimonia. Entonces, nos quedamos así, en uno de los sillones de la sala, besándonos como si no existiese algo mejor en el mundo para hacer.

—No tienes que ir a ese bar, ¿sabes? —Harry murmura contra mi boca—. Podríamos quedarnos aquí y divertirnos un rato.

—Podríamos ir a ese bar, volver y tener diversión más tarde —sugiero. Trato de sonar despreocupada, pero un ligero rubor se apodera de mi cara en el momento en el que cientos de imágenes sugerentes empiezan a llenar mi cabeza.

Un suspiro brota de los labios de Harry.

—No voy a convencerte de quedarte conmigo, ¿verdad?

Le regalo una negativa.

—Tampoco voy a convencerte de ir sola, ¿no es así?

Niego una vez más

—¿Vas a obligarme a ir?

—No voy a obligarte —digo—, pero sería lindo que vinieras.

La mirada esmeralda del chico que me sostiene, se clava en mí. De pronto, luce como si estuviese tomando la decisión más difícil de su vida.

Finalmente, deja escapar el aire de sus pulmones.

—De acuerdo. Lo haré. Iré contigo a ese estúpido bar —dice.

Un chillido entusiasmado sale de mi garganta y me abraza a su cuello. Él ríe por lo bajo y aparta el cabello lejos de mi hombro para depositar un beso en la piel que queda al descubierto gracias al material de mi blusa sin mangas.

—Iré a ducharme —masculla y me ayuda a bajar de su regazo. Entonces, me guiña un ojo y dice, con la voz enronquecida—: Podría necesitar algo de ayuda, ¿sabes?

Yo ruedo los ojos.

—Apuesto a que sí —digo.

—Estoy tratando de seducirte, deberías tratar de ser un poco más receptiva —dice, con fingida indignación y una risita boba se escapa de mis labios.

—Se hará tarde —lo reprimo—. Le dije a Jeremiah que estaríamos allá en quince minutos.

Harry hace un puchero extraño, y se encamina hacia el pasillo.

—Eres una aguafiestas —dice, en voz lo suficientemente alta para que pueda escucharlo—. Se supone que deberías acompañarme al baño y...

—¡Harry! —lo reprimo y él ríe otro poco.

—Ahora regreso —dice, antes de desaparecer al girar por el corredor.

Aprovecho ese momento para enviarle un mensaje a Jeremiah. Necesito avisarle que llegaremos tarde y que Harry irá conmigo.

Apenas he enviado el texto, cuando el sonido de la madera siendo golpeada, invade la sala de estar. Mi ceño se frunce ligeramente solo porque nadie suele venir aquí a buscar a Harry. La última vez que algo así pasó, se trataba de Tyler, y las cosas no fueron muy bien que digamos, ya que el tipo terminó enterándose de mi existencia.

Muerdo la parte interna de mi mejilla, insegura de qué hacer.

«¿Qué si se trata de Anne?, ¿qué si algo le ha ocurrido?, ¿por qué demonios no hay una mirilla en esa maldita puerta?...».

Doy un par de pasos tentativos hacia la entrada y me congelo al llegar.

Otra serie de golpes cortos resuena por todo el lugar y, esta vez, se percibe la impaciencia impresa en cada uno de ellos.

No sé qué hacer.

Me siento como una completa paranoica. No debería estar así de nerviosa. La terapeuta me lo dijo una y mil veces: el mundo no va a hacerme daño. Debo dejar de preocuparme tanto. Debo dejar de tener tanto miedo y abrir esa puerta para enfrentar a lo que sea que hay del otro lado.

Mi mano se estira para tomar el pomo y lo hago girar con lentitud. Poco a poco, la imagen de un hombre de edad avanzada aparece frente a mí.

No puede estar más allá de sus cuarenta y tantos.

Su cabello entrecano está perfectamente peinado hacia atrás, y sus pequeños ojos castaños me miran de arriba abajo. Su mirada no es amable, pero tampoco es hostil, su expresión es fría, calculadora y analítica, y no ha apartado sus ojos de mí ni un solo segundo. Se siente como si estuviese siendo sometida a un examen exhaustivo. Como si pudiese deducir la clase de peligro que supongo para él con solo observarme...

Mi corazón se acelera notablemente; sin embargo, me obligo a sostener su mirada. Mi garganta se siente seca, mis manos sudorosas, y mi respiración se siente irregular e inestable.

«¿Quién demonios es él?».

Mi boca se abre para decir algo, pero ninguna palabra sale de ella. El desconocido delante de mí esboza una sonrisa torcida y soy capaz de notar cómo una cicatriz debajo de su labio inferior se estira y se hace visible.

—¿Cómo te llamas, amor? —su voz pastosa y su acento latino hace que mi carne se ponga de gallina de un modo incorrecto y repulsivo. De pronto, una voz en mi cabeza comienza a susurrar una y otra vez que debí haber dejado la puerta cerrada, que hay algo en este hombre que no se siente bien y que debería estar gritando por Harry ahora mismo...

—Maya Bassi —me las arreglo para decir, y quiero golpearme por tartamudear de esta manera.

Él estira una mano hacia mí y mi mirada cae en el gesto durante una fracción de segundo.

Cuando alzo la cara para mirarlo de nuevo, está más cerca.

—Es un placer, Maya Bassi —el hombre se ha inclinado hacia adelante, y ha invadido mi espacio vital solo para quedar a mi altura y añadir—: Yo soy Alexis Rodríguez.

CAPÍTULO 50

Una roca se ha instalado en la boca de mi estómago y se siente como si pudiese vomitar en cualquier momento. El terror recorre mis venas y me paraliza por completo. No puedo moverme. No puedo apartar la vista. Ni siquiera puedo respirar como se debe.

El hombre parado delante de mí esboza una media sonrisa torcida, pero no se siente honesta.

Estoy aterrorizada, pero trato de no hacerlo notar mientras estiro la mano en su dirección para saludarlo. Temo que sea capaz de sentir el temblor de mi cuerpo. Temo que sea capaz de percibir el miedo y el pánico que emanan de mis poros.

—Estoy seguro de que puedes ayudarme, amor —quiero pedirle que no me llame así, pero no me atrevo a pronunciar palabra alguna—. Busco al dueño de este apartamento. ¿Sabes dónde puedo localizarlo?

Trago saliva, en un intento desesperado por aminorar la sensación de pesadez que se ha apoderado de mí.

—¿Se refiere a Bestia? —digo, con un hilo de voz. Me odio por llamarlo de ese modo, pero sé que, si utilizo su nombre, Rodríguez *sabr*á que algo sucede. Él se dará cuenta de qué significa Harry para mí. Va a saber qué ocurre entre nosotros—. Está en la ducha.

El hombre asiente con aire despreocupado y se abre camino hacia la sala como si fuese el dueño y señor del lugar. Yo lo sigo a una distancia prudente.

Irradia seguridad, peligro y amenaza, y eso me pone los nervios de punta.

Al llegar a la estancia principal, se deja caer sobre uno de los sillones y estira los pies para subirlos sobre la mesa de centro. Sus dedos se entrelazan detrás de su cabeza en un gesto desenfadado y me mira fijamente —*como si estuviese retándome*.

—¿Te molesta si lo espero aquí? —dice.

Mis puños se aprietan con tanta fuerza, que mis uñas se clavan en la carne blanda de mis palmas. Sin embargo, me las arreglo para sonreír.

—Para nada. Le haré saber que ha venido a buscarlo.

—Espera —su voz hace que me congele cuando apenas he dado un par de pasos. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan, pero me obligo a encararlo. Él inclina su cabeza con curiosidad y una sonrisa baila en las comisuras de sus labios—. Tengo una pregunta para ti, Maya Bassi.

La manera en la que pronuncia mi nombre, hace que un escalofrío de pura repulsión recorra mi espina dorsal.

—¿Cuál? —sueno asustada hasta la mierda.

—¿Estás con Harry?

No voy a caer. No puedo permitirme caer en una trampa, así que imito su gesto curioso.

—¿Harry? —pregunto.

Él sonríe, encantado con mi respuesta.

—El nombre de Bestia es Harry.

—Oh...

—¿Estás con él?

—No —miento y me encojo de hombros—. Solo nos divertimos un rato.

Mis propias palabras duelen, pero sé que es necesario cortar de tajo cualquier lazo que pudiese unirme a Harry. Al menos, delante de este hombre.

La sonrisa de Alexis Rodríguez se ensancha, como si le hubiese contado la más divertida de las bromas. Eso es lo único que necesito para saber que no ha creído una mierda de lo que dije.

—Dime, Maya —Rodríguez cruza los brazos sobre su pecho y me mira directo a los ojos—: ¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo, *qué*?

—¿Desde cuándo eres su *recurrente*? —la condescendencia con la que escupe la última palabra, hace que el temblor se apodere de mi cuerpo.

—Yo...

—Ve a la habitación, Maya —la voz ronca de Harry envía oleadas de alivio a todo mi sistema, pero no me atrevo a mirarlo a pesar de eso.

La risa que brota de los labios de Rodríguez me saca de balance. El hombre está más que divertido con la situación.

—Siempre posesivo, ¿no es así, Stevens? —Rodríguez habla como si no ocurriera nada. Como si no *supiera* qué pasa.

Mi vista se posa en Harry, y casi doy un paso hacia atrás cuando noto la violencia que emana de su cuerpo. Su cabello húmedo por la ducha es una maraña salvaje, su ceño fruncido y su mandíbula angulosa le dan un aspecto peligroso e imponente y la frialdad en su mirada podría poner a temblar a cualquiera.

Tenía mucho tiempo sin verlo así. Tenía mucho sin estar de frente al tipo violento que puede llegar a ser a veces.

Los ojos del chico a mi lado se posan en mí, y hace un gesto brusco de cabeza en dirección a la habitación. No espero a que lo repita. Me precipito a toda velocidad hacia el pasillo para desaparecer de la vista de Rodríguez.

—Que se quede, Stevens. No pasa nada.

—Ella se va —Harry escupe, casi en un gruñido, y un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

No me detengo. Sigo avanzando hasta que llego a la habitación y, cuando me giro para cerrar la puerta, me encuentro con los ojos de Harry clavados en mí.

La preocupación se arraiga en mi sistema, pero él me regala una sonrisa casi imperceptible, y algo de tensión se fuga lejos de mi cuerpo.

Me digo una y otra vez que Harry estará bien. Que esto solo ha sido un rato de mala suerte, pero la angustia no me permite ser positiva. Mi frente se pega en la madera de la puerta y mis ojos se cierran con fuerza.

Mi respiración dificultosa invade mis oídos y se mezcla con los murmullos lejanos que provienen de la sala. Sé que han comenzado a hablar y la curiosidad pica tanto como el miedo. Sé que no debería hacerlo, pero de cualquier modo me armo de valor y abro la puerta solo un poco.

Los murmullos suben su volumen, pero no logro distinguir las palabras pronunciadas; así que doy un paso fuera de la habitación con mucho cuidado. Avanzo con lentitud hasta que soy capaz de oír con claridad y contengo la respiración para no ser detectada.

—Tres semanas, Stevens —la amabilidad se ha marchado de la voz de Rodríguez, y un filo furioso se filtra en su tono—. Tres putas semanas sin aparecerte. ¿Qué mierda tienes que decir al respecto?

—¿Estás dudando de mi lealtad? —la voz de Harry suena fría y calculadora. Es como si estuviese escuchando hablar a otra persona y no al chico dulce con el que vivo.

Una risa resuena en todo el apartamento, y mis ojos se cierran con fuerza.

—Yo no creo en la lealtad de nadie, Stevens —la amargura tiñe la voz del hombre—. No confío ni en mi propia sombra, así que no esperes que confíe en ti. No sé en qué demonios estés pensando, pero más te vale detenerte ahora mismo. Tengo planes para ti y no pienso dejar que lo estropees todo.

—Yo no estoy pensando absolutamente nada —Harry suena más tranquilo que nunca.

—No sé si lo has olvidado, pero de esto no se sale nunca, Stevens —Rodríguez habla, con dureza—. Primero te mato... y luego la mato a *ella*.

El horror se asienta en mi estómago, y un nudo se instala en mi garganta.

—¿Qué te hace pensar que me importa lo que le hagas a ella? —las palabras de Harry escuecen, pero sé que no lo dice en serio. Sé que solo trata de protegerme.

—¿De verdad crees que soy estúpido? —el hombre habla con diversión y el efecto que tiene en mí es desagradable—. La chica te mira como si fueses el centro del universo y *tú* —suelta una carcajada corta y seca—. Tú pareces un chiquillo miedoso ahora mismo.

—Eso es mierda —Harry ríe, sin humor—. Ella no me importa en lo absoluto.

—No te molesta, entonces, que la pruebe para mí, ¿verdad? —dice. El asco invade mi sistema a toda velocidad y, de pronto, no quiero seguir escuchando.

El silencio de Harry lo dice todo, y el pánico aumenta cada vez un poco más.

—Me lo suponía —Rodríguez se burla, y luego añade—: No tengo intención alguna de hacerle daño a Maya, Harry; pero no voy a tentarme el corazón si llegas a traicionarme. No juegues conmigo.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo más como un aviso, Stevens. Conmigo nadie juega. Mucho menos un pobre diablo como tú.

—Entendido y anotado —la indiferencia de Harry duele y pica en lo más profundo de mi ser.

—Bien —dice Rodríguez—. Tenemos junta hoy a las diez. No faltes.

—Ahí estaré.

Entonces, los pasos comienzan a sonar. En ese momento, hago mi camino a toda velocidad hacia la habitación principal para cerrar la puerta detrás de mí.

Las lágrimas queman en la parte posterior de mi garganta y el miedo se arraiga en mis venas de un momento a otro.

Rodríguez sabe sobre mí.

Rodríguez sabe sobre *nosotros*.

Estoy al borde de la histeria. Ese hombre acaba de amenazar a Harry. Si nos vamos, va a cazarnos. Va a...

Suaves golpes en la madera a mis espaldas, me hacen saltar en mi lugar.

—Soy yo —la voz ronca y temblorosa de Harry, hace que mi pecho se contraiga con cientos de emociones diferentes, pero me apresuro a retirarme de la puerta para abrirla.

Apenas si le doy tiempo de procesar el abrazo fuerte e intenso con el que lo envuelvo, y le toma un par de segundos corresponder a mi gesto desesperado y asustado.

—Shh... —susurra, contra mi cabello, pero suena tan nervioso como yo me siento.

—Él sabe, Harry. Sabe sobre nosotros. Lo sabe todo.

—Tranquila, amor —trata de sonar calmado, pero fracasa de manera monumental—. Necesito que estés tranquila, ¿de acuerdo?, no voy a dejar que ese hijo de puta te haga daño.

Un sonido mitad quejido, mitad sollozo brota de mi garganta, y las lágrimas me abandonan. Estoy más allá de lo aterrorizada, así que ni siquiera puedo reprimir los sollozos lastimeros que me asaltan.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me recomponga y se atreva a apartarse un poco para mirarme a la cara. Sus manos ahuecan mi rostro y sus ojos buscan los míos con urgencia.

—Tenemos que irnos, Maya. Ya mismo, ¿me oyes?, no podemos esperar más —dice, pero niego con la cabeza una y otra vez—. Sí, Maya. Escúchame. Si nos quedamos, solo vamos a conseguir que nos maten.

—No —gimoteo, en medio de la angustia, el pánico y la desesperación—. No podemos irnos ahora. No así. No sin que *sepas*...

El ceño de Harry se frunce ligeramente.

—¿Qué se supone que debo saber? —la pregunta suena suave, pero cautelosa.

Lágrimas nuevas inundan mis ojos, y busco las palabras exactas para pronunciar, pero no las encuentro.

La alarma se enciende en el rostro de Harry en el instante en el que un sollozo se me escapa, y me obliga a sostenerle la mirada.

—¿Qué es, Maya?, ¿qué es lo que no me estás diciendo? —pregunta.

—No puedo decírtelo —digo, con un hilo de voz—. No me corresponde.

Su mirada se oscurece varios tonos, y el miedo se arraiga en su expresión.

—¿De qué estás hablando?

—Debes ir a buscar a tu madre —mi voz sale en medio de un sollozo ronco e inestable—. Debes decirle que te vas y que no vuelves. Debes pedirle que te lo diga todo —el pánico se filtra en sus facciones, pero desaparece tan pronto como llega—. Debes ir ahora. Y-yo... Yo me encargo de hacer nuestras maletas —me aparto de él—. Y, si después de hablar con ella, aún quieres irte, y aún quieres llevarme contigo, aquí estaré. Estaré lista para marcharnos esta misma noche si es necesario.

Niega con la cabeza, confundido y desorientado.

—¿Qué está...?

—Ve —lo empujo con suavidad hacia el pasillo, y el miedo se arraiga en mis entrañas.

Sé que va a odiarme por no habérselo dicho, pero no puedo permitir que se vaya sin saber la verdad sobre Anne y su enfermedad. No puedo seguir manteniendo esto en la oscuridad. No cuando hay tanta mierda a nuestro alrededor.

Él parece dudar unos segundos, pero asiente y planta sus labios contra los míos antes de alejarse por el pasillo. Una vez que llega a la puerta principal, me echa una mirada significativa.

—No le abras a nadie, por el amor de Dios, Maya —dice.

Yo niego con la cabeza.

—Nunca más.

Él ríe, con nerviosismo.

—Te amo —dice, luego de abrir la puerta.

—También te amo, Harry.

En el instante en el que se marcha, me apresuro hacia el armario donde guarda sus cosas. Las maletas que él había preparado hace unas semanas, cuando planeaba marcharse, siguen medio hechas; así que no es demasiado difícil terminar de llenarlas con sus pertenencias.

Al terminar de empacar las suyas, comienzo con las mías.

Rápida y metódicamente acomodo las prendas en mi valija. No permito que el pánico me inmovilice. Ni siquiera pienso demasiado en qué demonios vamos a hacer una vez que estemos fuera de la ciudad.

Harry puso todo su dinero en una cuenta bancaria a mi nombre para no tener registros sobre sus movimientos cuando estemos lejos; sin embargo, no sé qué va a pasar ahora que Rodríguez sabe acerca de mi existencia.

Sacudo la cabeza y vacío todo fuera de ella en este momento. No puedo darme el lujo de ser así de negativa.

Una vez que termino de empacar, me apresuro hacia la sala y tomo el teléfono inalámbrico para hacer una llamada.

—¿Sí? —Kim responde al tercer timbrado y un nudo se asienta en la boca de mi estómago solo de pensar que no voy a volver a verla nunca más.

—Hola —mi voz suena temblorosa y débil, pero no me importa demasiado.

—¿Maya? —de pronto, suena como una niña pequeña y asustada.

—Kim, solo quiero decirte que lamento mucho todo lo que dije. Lamento mucho haberme comportado como una idiota muchas veces y por haberte preocupado cuando no debí haberlo hecho —el nudo en mi garganta es más grande que nada, pero no me detengo—: Lamento haberte fallado y haber sido una mierda de amiga la mayor parte del tiempo. Lamento haberte amenazado con decirle a Will sobre Mark, y lamento muchísimo haber sido una completa perra contigo. Eres mi mejor amiga, Kim. Así me odies y no quieras verme nunca más y todo entre nosotras esté perdido, eres mi mejor amiga.

—Maya...

—Lo siento mucho, Kim —las lágrimas apenas me dejan hablar, pero trato de mantenerlas a raya lo más que puedo—. Lo siento muchísimo. Gracias por todo.

Entonces, finalizo la llamada.

Mis manos tiemblan sobremanera, pero eso no impide que tome mi teléfono celular y teclee un texto para Jeremiah. No le digo absolutamente nada acerca de Rodríguez y su visita. Tampoco le digo que es probable que para mañana en la mañana ya no me encuentre aquí. Simplemente, le digo que no podré ir al bar esta noche y que espero verlo muy pronto.

Algo dentro de mí me dice que no debo decirle a nadie que nos vamos. Tengo el presentimiento de que, si lo hago, todo va a terminar muy mal.

Los nervios están haciendo estragos en mí. Apenas puedo quedarme quieta en un solo lugar, así que decido tomar una ducha helada para calmar la ansiedad que se arraiga en mis huesos.

El agua fría hace que mis músculos tensos se relajen un poco, pero no consigue llevarse del todo la sensación enfermiza que se ha apoderado de mí. Lo único que deseo en este momento, es que Harry me envuelva entre sus brazos y me asegure que todo estará bien.

Me visto lo más rápido que puedo y cepillo mi cabello antes de mirar el reloj de mi teléfono una vez más. Ha pasado más de una hora desde que Harry se fue, y la duda me carcome por dentro.

«¿Habrá empezado a odiarme ya?...».

Aprieto los párpados con fuerza. No puedo seguir torturándome de esta manera. Necesito dejar de ser pesimista por una jodida vez en la vida.

Mis pasos me llevan de vuelta al baño y lavo mis dientes antes de escuchar el sonido de la puerta principal siendo tocada. El primer impulso que tengo, es el de ir a abrir; sin embargo, me detengo a medio camino en el pasillo.

«¡No!».

Digo, para mis adentros. «¡No, Maya!, ¡vete!, ¡escóndete ya!».

Retrocedo un paso...

Luego otro...

Y de pronto, el caos estalla...

Un golpe brutal retumba en todo el apartamento y el sonido de la madera dando de sí, hace que mi corazón se salte un latido. Alguien trata de entrar al apartamento. Alguien trata de destrozar las bisagras para llegar a mí.

«¡Es él!, ¡es Rodríguez!».

Entonces, me echo a correr hacia la habitación de Harry a toda velocidad.

Cierro la puerta detrás de mí y empujo la cajonera para bloquear el paso de quien sea que trata de irrumpir en la estancia. La angustia y la desesperación son tan grandes, que apenas puedo moverme. Miro hacia todos lados, en busca de algo que pueda utilizar para defenderme, pero no encuentro nada.

Otro estallido estridente resuena y sé que lo han conseguido. La puerta ha cedido. Están aquí dentro.

Mi vista pasea frenéticamente por toda la habitación y mi primer impulso es esconderme dentro del armario; sin embargo, sé que eso no va a mantenerme a salvo.

Entonces, veo la ventana.

Me toma un par de segundos reaccionar, pero, cuando lo hago, me precipito hacia ella y la abro sin siquiera pensarlo.

Los golpes en la puerta de la habitación hacen eco en lo más profundo de mi cabeza, pero trato de bloquear la desesperación que provocan en mí. Necesito mantener mi cabeza fría. Necesito mantenerme en movimiento...

En el momento en el que saco la mitad del cuerpo de la habitación, me arrepiento. El alféizar es demasiado angosto y la plataforma de las escaleras de emergencia del edificio está a demasiados metros debajo de mí. Si me dejo caer hacia ella, voy a romperme algo.

Mi vista busca las escaleras que dan a la azotea y, cuando las localizo, las bisagras de la puerta de la habitación ceden. Sé que el mueble que utilicé para bloquear la entrada va a darme algo de tiempo, pero necesito irme ya mismo.

El terror amenaza con paralizarme, pero me obligo a tomar una decisión...

Como puedo, afianzo mis manos en el borde de la ventana y salgo lo más rápido posible. Una vez ahí, pego mi cuerpo a la pared detrás de mí y trato de no mirar hacia abajo. La inestabilidad de la superficie sobre la que estoy parada me pone los nervios de punta, pero eso no impide que estire mis dedos helados y aferre la barra metálica de las escaleras que se encuentran a pocos pasos de distancia. Una vez que me he asegurado de que no voy a caer, empiezo a subir lo más rápido que puedo.

El aire helado se cuela a través del delgado material de mi blusa, y el viento golpea mi cabello, impidiendo que pueda ver con claridad; sin embargo, no me detengo.

Al llegar a la azotea, ni siquiera me molesto en mirar hacia atrás. Corro hacia las escaleras principales y forcejeo con la puerta metálica antes de poder abrirla.

Mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mis vaqueros, y mi primer impulso es ignorar la llamada; sin embargo, algo dentro de mi cabeza susurra que debo responder. Que esa llamada podría salvarme la vida.

Corro escaleras abajo y tomo mi teléfono a tientas antes de presionar el botón verde para responder.

—¿Por qué no vas a venir?

—¡Jeremiah me están persiguiendo! —chillo, sin aliento y soy capaz de escuchar los pasos de la persona que me sigue.

—¡¿Qué?! —el horror en la voz de mi amigo, hace que el mío aumente.

—¡El jefe de Harry, sabe! —digo y, por primera vez, me atrevo a mirar hacia atrás.

La imagen de Tyler corriendo a toda velocidad en mi dirección, hace que un grito se construya en mi garganta.

—¿Te está persiguiendo el jefe de Harry?!

—¡Por favor, *ayúdame!* —el pánico se filtra en mi sistema y, de pronto, el dolor estalla en mi cabeza.

Ruedo escaleras abajo a toda velocidad y el impacto de mi cuerpo contra algo duro y helado, hace que mi visión se nuble por los bordes.

Mis párpados amenazan con cerrarse, pero me obligo a mirar hacia las escaleras por las que acabo de caer. Tyler camina con lentitud mientras una sonrisa lobuna se dibuja en sus labios.

—Cuánto tiempo sin verte, Maya —dice, una vez que se encuentra parado frente a mí. Se acuclilla y aferra mi cabello entre sus dedos para obligarme a encararlo—. No puedes decir que no te lo advertí.

Trato de eludir su agarre, pero apenas puedo controlar mis extremidades. Apenas puedo mantenerme *despierta...*

Una sonrisa satisfecha se dibuja en las facciones del hombre que tengo enfrente justo antes de que estelle mi cabeza contra la pared detrás de mí.

En ese momento, todo se oscurece.

CAPÍTULO 51

Un dolor sordo y punzante se abre paso entre la bruma de mi sueño. El aroma a humedad invade mis fosas nasales, y el adormecimiento en mis extremidades hace que apenas esté consciente de lo que ocurre a mi alrededor.

Me toma unos segundos encontrar la fuerza suficiente para abrir los ojos y, cuando logro hacerlo, apenas puedo mirar debido a la oscuridad en la que está sumido todo el lugar. Mi vista tarda en acostumbrarse a la poca iluminación, pero eso no impide que eche una ojeada rápida a todo el espacio.

Enormes hojas de lámina se alzan como paredes a mi alrededor, y un techo abovedado del mismo material se cierne en alto sobre mi cabeza. La estructura burda y los ganchos para carne colgados en las vigas de metal, me hacen saber que me encuentro dentro de una bodega.

Una extraña punzada se apodera de mi pecho y, de pronto, soy consciente de las palpitaciones en el lado derecho de mi cráneo.

El aturdimiento hace que me tome unos instantes hilar los recuerdos en mi cabeza, y lo ocurrido las últimas horas viene a mí y me golpea como un tractor demoledor. El terror me envuelve más rápido de lo que puedo controlar, y trato de levantarme de donde sea que me encuentro sentada.

Una punzada de dolor recorre mis brazos hasta las articulaciones de mis hombros y tropiezo debido a la inmovilidad de mis pies. El golpe sordo con el que caigo al suelo, hace que el aire escape de mis pulmones. He mordido mi lengua debido al choque de mi mandíbula contra el concreto. El sabor metálico de mi sangre invade mi boca y un jadeo escapa de mis labios cuando mis oídos zumban debido al impacto.

Es entonces, cuando me doy cuenta de que estoy atada de manos y pies. El miedo me envuelve por completo y hace que mis entrañas se estrujen con violencia e

intensidad. A pesar de eso, me obligo a tomar un par de inspiraciones profundas para mantenerme tranquila.

Necesito estar calmada si quiero poder hacer algo. Necesito encontrar la forma de liberarme para salir de aquí. Necesito...

—Oh, solo eres tú... —la voz ronca de Tyler llega a mis oídos y, por más que trato de alzar el rostro para mirarlo a la cara, no puedo hacerlo.

Lo único que puedo ver desde donde me encuentro, es un par de pies acercándose con lentitud.

De un movimiento brusco, Tyler me incorpora. Ahora soy capaz de clavar mis ojos en los suyos, y trato de imprimir todo el coraje que puedo en la mirada. Una sonrisa lobuna se dibuja en sus facciones y sostiene mi barbilla entre sus dedos antes de inspeccionarme a detalle.

Su toque me causa repulsa, y un estremecimiento me recorre cuando siento su aliento rancio cerca de mi mejilla derecha. Mi boca está llena de sangre y saliva, así que aprovecho ese glorioso instante para escupirle en la cara.

Él se aparta con brusquedad ante el sorpresivo escupitajo, y suelta una palabrota mientras me deja caer al suelo para limpiarse.

El dolor me invade cuando impacto contra el suelo, pero todo es recompensado cuando escucho sus expresiones asqueadas y enfurecidas.

—¿Qué demonios te sucede, perra asquerosa?! —su voz suena cada vez más cerca y casi puedo saborear el golpe que va a propinarme por haber hecho lo que hice; sin embargo, este nunca llega.

—No vuelvas a ponerme un maldito dedo encima —digo, sintiéndome valiente, y mis palabras suenan extrañas debido a la hinchazón de mi lengua.

Una risa seca y ronca brota de su garganta y siento cómo tira de las cuerdas que atan mis brazos solo para torturarme. Un grito de puro dolor se me escapa y, por un aterrador instante, creo que va a dislocarme los hombros.

Al cabo de unos segundos, deja de torturarme y envuelve sus dedos en mis codos para tirar de mí hacia arriba e incorporarme de nuevo.

Mis pies torpes apenas me sostienen cuando casi me arrastra hasta una destartalada silla y me deposita sin el más mínimo cuidado.

Entonces, se acuclilla frente a mí y me regala una sonrisa satisfecha.

—Eres afortunada, ¿sabes? —Tyler habla, casi en un ronroneo—. Rodríguez no se encarga de cualquiera en persona. Me sorprende que vaya a hacer el trabajo sucio contigo —se encoge de hombros, en un gesto despreocupado—. Supongo que es porque Bestia es su predilecto. Rodríguez quiere que Harry sea su sucesor, ¿sabías eso?... Quiere dejarle todo el maldito negocio.

Algo denso y amargo se apodera de mi estómago y lo retuerce con violencia una y otra vez.

—Harry nunca aceptará —escupo, sin poder mantener las palabras a raya.

—¿Crees que eso importa? —Tyler ríe, sin humor—. Nadie en este mundo decide qué es lo que quiere. Sigues órdenes y listo. Ahora mismo, a pesar de que quiero pegarte un tiro entre las cejas, estoy siguiendo la estricta orden de no hacerte daño. Rodríguez quiere la diversión para sí mismo.

—¿Qué van a hacerle a Harry después de esto? —la pregunta brota de mis labios sin que pueda detenerla. El horror y el miedo se han arraigado en mí y, de pronto, en lo único en que puedo pensar, es en el chico que no ha hecho nada más que cuidar de mí.

—Va a recibir un castigo, por supuesto —Tyler asiente—. Pero no creo que Rodríguez vaya a matarlo. Va a deshacerse de ti porque tiene otros planes para él.

El alivio que me invade en ese momento, es enfermo y retorcido. Una parte de mí está feliz de escuchar que Harry estará bien pase lo que pase; y otra, simplemente se niega a aceptar que voy a morir a manos de alguien como Alexis Rodríguez...

—Como sea —la voz de Tyler me saca de mis cavilaciones—. Será mejor que no me causes problemas. Detestaría tener que hacer algo para inmovilizarte. Aunque... —una sonrisa aterradora se dibuja en sus labios—, romperte una pierna es demasiado tentador.

—Vete a la mierda —espeto, pero el miedo es cada vez más intenso.

Él ríe entre dientes y aparta un mechón de cabello fuera de mi frente. Trato de moverme lejos de su agarre, pero no puedo poner suficiente distancia entre nosotros. Entonces, me guiña un ojo y se pone de pie antes de avanzar hacia el portón abierto de la entrada.

Antes de salir, me echa una ojeada rápida por encima del hombro, y después desaparece de mi vista sin decir una sola palabra.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero me obligo a mantenerlas dentro. No puedo romperme ahora. No puedo dejar que el miedo me impida pensar con claridad. Necesito irme de aquí lo más pronto posible. Necesito escapar e ir a la policía.

Tomo una inspiración profunda, en un intento desesperado por ralentizar el latir desbocado de mi corazón y aminorar la ansiedad que me invade hasta la médula. Miro hacia todos lados y la frustración empieza a apoderarse de mi sistema cuando me doy cuenta de que no hay nada más que cajas y ganchos metálicos por todos lados.

«¡Piensa, Maya!, ¡por el amor de Dios, tiene que haber algo que puedas hacer, maldita sea!». Grita la voz en mi cabeza y muerdo la parte interna de mi mejilla izquierda.

Entonces, alzo la vista hacia el techo, donde los ganchos para colgar carne se encuentran. De pronto, una idea vaga y estúpida llega a mí. Si hay una de esas cosas por aquí abajo, podría tratar de cortar la soga de mis manos. Podría intentar liberarme, pero...

Cientos de escenarios fatalistas invaden mi cabeza y trato de ahuyentarlos. Esto no va a funcionar. Necesito pensar en algo más. No soy así de hábil y, ciertamente, esto no es una película de acción.

La desesperación me recorre el cuerpo a una velocidad alarmante y la sensación de pesadez que se ha instalado en mi pecho, apenas me permite respirar. Trato de liberar mis manos de las cuerdas, tirando de ellas con toda la potencia de mis brazos, pero lo único que consigo es rozar mis muñecas e irritar la piel de la zona. Vuelvo a intentarlo y esta vez trato de aguantar la quemazón que provoca la fricción de la soga.

De pronto, mis hombros y codos empiezan a doler gracias a la posición de mis manos. La angustia aumenta un poco más conforme avanzan los minutos, pero no me detengo. No puedo rendirme así de fácil. No voy a hacerlo.

Pasan minutos. Horas, quizás... No lo sé. Solo sé que estoy agotada y que mis muñecas están en carne viva. La humedad de mi sangre tibia cae en mis palmas y

moja la cuerda que me impide moverme, y las lágrimas de desesperación y pánico bañan mis mejillas.

A pesar de todo, no me detengo. Sigo la masacre porque es lo único que tengo ahora mismo. Es lo único que se me ocurre para salir de aquí...

Un sollozo frustrado me asalta, pero lo reprimo lo mejor que puedo.

No debo malgastar energía llorando...

El sonido del motor de un auto, hace que detenga mis movimientos. Trato de agudizar el oído, pero el rugido se ha ido. Mi pecho sube y baja con mi respiración agitada y una gota de sudor recorre mi espalda. Mi cabello se pega a mi cuello de manera incómoda, y la desesperación es insoportable. Odio esto. Odio ser así de impotente. Odio no poder liberarme y escapar.

El portazo que suena en la lejanía es todo lo que necesito para saber que el coche aparcó cerca y que alguien acaba de bajar de él.

<<¡Es Rodríguez!>>.

El pánico se asienta en mi estómago, y escuece y arde como el más corrosivo de los ácidos. Se acabó. Voy a morir. Todo terminó.

Las lágrimas reanudan su marcha, esta vez con fuerza y urgencia. Los sollozos lastimosos que brotan de mis labios, solo hacen evidente cuán asustada me siento; pero sé que a nadie aquí le interesa una mierda. Tyler desea verme muerta y Rodríguez hará ese sueño realidad.

—Lo siento... —susurro a la nada—. Lo siento mucho, Harry. Lo siento. Lo siento, lo siento *tanto*...

El sonido de un par de voces acercándose, hace que me sea imposible hacer nada más que sollozar como si fuese una niña pequeña. Jamás en mi vida había sentido tanto miedo. Jamás en mi vida me había sentido tan inútil y tan impotente.

El eco de la voz de Tyler reverbera en la bodega, pero no logro distinguir qué es lo que ha dicho. Tampoco me interesa mucho saberlo. Estoy bastante preocupada hundiéndome en mi propia miseria como para poder concentrarme en otra cosa.

—¡Maya Bassi! —la voz de Rodríguez llega a mí, de pronto. La jovialidad de su tono me hace querer vomitar—, ¡qué gusto volvernos a encontrar, cariño!

Me toma unos instantes reaccionar, pero, cuando lo hago, alzo la mirada para encararlo a pesar de mis lágrimas. Él avanza en mi dirección con seguridad y tranquilidad, pero no dejo que eso me amedrente. No voy a mostrar debilidad, así esté a punto de morir. Es lo menos que puedo hacer.

—Oh, no, mi amor, no llores —dice, con fingida preocupación, mientras se acerca y me estudia a detalle—. No tengo planeado hacerle daño a tu querido Harry. Puedes dejar de llorar ahora.

Quiero gritarle que se vaya a la mierda. Que es un hijo de puta que no tiene respeto por nada ni por nadie, y que espero que se pudra en la cárcel el resto de su vida, pero no encuentro mi voz para hacerlo.

Tengo *tanto* miedo. Estoy *tan* asustada. Soy *tan* cobarde...

El hombre se detiene cuando está a pocos pasos de distancia de mí y se lleva una mano a la parte trasera de la cinturilla de sus vaqueros. Entonces, desenfunda su arma...

Una pistola plateada brilla entre sus dedos, y él parece extasiado con la forma en la que cae sobre su palma. La sostiene casi con reverencia y respeto.

Rodríguez empuña el peligroso objeto con delicadeza y lo observa a detalle antes de dirigirse a mí.

—Es preciosa, ¿no es así? —una sonrisa radiante se dibuja en sus labios—. Es mi favorita, Maya. Debes sentirte afortunada. No utilizo mi favorita con cualquiera.

—Por favor, n-no haga esto —la súplica sale de mis labios sin que pueda detenerla, y un par de sollozos se me escapan—. Déjeme ir.

—Oh, cariño, me encantaría dejarte escapar, pero no creo que estés dispuesta a dejar a Harry a cambio de tu libertad, ¿o sí? —el fingido pesar en su voz, solo hace que la angustia aumente—. Además, así prometieras alejarte de Bestia, él no dejaría de buscarte. Es lo suficientemente estúpido como para arriesgar la vida por una mojigata como tú. Las mojigatas son sus predilectas, ¿sabes?...

Esto es todo. Se acabó. Voy a morir aquí. Voy a morir esta noche.

—No te preocupes, Maya —la sonrisa tranquilizadora que se dibuja en su rostro, solo hace que el torrente de lágrimas sea cada vez más incontenible—. Prometo que será rápido. No voy a torturarte.

Me siento derrotada, cansada y temblorosa. La viciosa sensación que provoca el pánico en mí, se ha encargado de hacer que me sea imposible dejar de llorar y sollozar lastimosamente.

Todo ha terminado.

Harry va a quedar en manos de este hijo de puta y será por mi culpa. Debí haber dejado que se marchara cuando deseaba hacerlo. Debí irme con él cuando me lo pidió. Debí contarle lo de Anne antes, para que así él pudiese tomar una decisión respecto a lo que quería hacer. Debí dejar de ser una maldita cobarde por una vez en mi puta vida.

«¡Estúpida!, ¡estúpida!, ¡mil veces estúpida!».

—No llores, cielo —Rodríguez susurra, y siento cómo una de sus manos ásperas se ahueca en mi mejilla—. Odio ver llorar a las niñas lindas como tú. Prometo que no dolerá. Antes de que te des cuenta, estará hecho, ¿de acuerdo?

Asiento, resignada a aceptar mi destino y trago duro, para desaparecer el nudo en mi garganta.

—Debe prometer —digo, con la voz temblorosa y enronquecida—, que no va a hacerle daño —me obligo a mirarlo a los ojos—. Debe prometer que Harry va a vivir... Que después de esto no va a ir a darle caza.

Una sonrisa se apodera de sus labios, y aprieto los puños.

—Amor, lo lamento, pero no estás en posición de pedirme nada —dice, con diversión—. Haré lo que me plazca con él. Es un blandengue imbécil que se dejó doblegar por una mirada inocente como la tuya. No puedo aceptar que uno de mis hombres sea así —entonces, eleva su brazo y apunta el arma hacia mí—. Tenía planes para él, ¿sabes? —da un paso más cerca y me trago un sollozo—. Solía pensar que era el ideal para ocupar mi lugar, pero ahora no estoy tan seguro de que sea lo suficientemente bueno para ello... —da un paso más cerca y luego otro más.

De pronto, soy capaz de sentir el metal frío de su pistola descansando en mi frente. Es entonces, cuando cierro mis ojos y espero el tiro de gracia.

—Por favor, no lo lastimes —suplico, sin dejar de llorar—. No le hagas daño, por favor. Te lo suplico. No le hagas daño.

—Quizás debería obligarlo a matarte —susurra, para sí mismo, y el llanto incrementa.

El suave clic del seguro de la pistola, me hace ahogar un sollozo y entierro mis uñas en la carne blanda de mis manos. Entonces, reprimo otro sollozo y me trago un grito. Todos mis músculos parecen estar a punto de colapsar, y no puedo hacer nada más que esperar el golpe final...

Entonces, viene el estallido.

Uno...

Dos...

Tres segundos pasan... Y sigo aquí. Sigo aquí, con los ojos cerrados, siendo consciente de todo. Sintiendo las amarras en mis muñecas y la calidez de mis propias lágrimas.

«¿Qué demonios...?».

Mis ojos se abren con lentitud. Es como si todo ocurriera en cámara lenta delante de mis ojos.

La mirada desencajada de Alexis Rodríguez está puesta fijamente en mí. Mi vista se clava en su mano derecha, donde sostiene el arma con la que me amenazaba. Entonces, vuelvo a mirarlo a los ojos. La sorpresa y el horror se apoderan de sus facciones, y noto cómo la sangre empieza a teñir su camisa de color claro.

Un grito se construye en mi garganta cuando se desploma a mis pies, pero la persona que se encuentra de pie justo detrás de él, hace que lo ahogue por completo.

Él ni siquiera se mueve. Su mirada oscura y pesada está clavada en el cuerpo que yace en el suelo. Su mano empuña la pistola con la que amenazó a Leandro cuando recién lo conocí, y su respiración es entrecortada y agitada.

Harry Stevens luce como el más temible de los seres. La poca iluminación solo endurece sus facciones, y las cicatrices en su cara lo hacen lucir más allá de lo aterrador. Todos los músculos de su cuerpo lucen tensos, y su expresión enfurecida le da un aire oscuro y salvaje.

Es Bestia en este momento...

Sus ojos se clavan en mí y, durante un doloroso instante, soy capaz de reconocer a Harry. A ese chico dulce y amable que es cuando no carga con toda la mierda que estas personas se han encargado de poner sobre sus hombros.

Algo en sus facciones se suaviza un poco cuando me mira y el alivio que me invade es casi tan grande como el terror que se asienta en mis huesos.

Entonces, el peso de lo que acaba de ocurrir se asienta en mi cerebro. Rápidamente, mis ojos se posan en el hombre que estuvo a punto de asesinarme y el pánico vuelve a mí en el instante en el que veo su mirada perdida.

La angustia me invade por completo, el miedo se arraiga en mis venas y un extraño dolor desesperado se apodera de mi cuerpo cuando los hechos me golpean con brutalidad...

Alexis Rodríguez está muerto.

CAPÍTULO 52

No me mira.

Los ojos de Harry Stevens están clavados en la figura inerte en el suelo, pero no hay ninguna expresión en su cara. No hay alivio, ni miedo, ni dolor, ni remordimiento alguno. No hay nada más que un rostro carente de emociones.

Un estremecimiento me invade en ese momento, pero trato de hundir el terror que lucha por fundirse en mis venas.

Mi corazón no ha dejado de latir a una velocidad inhumana y tampoco puedo dejar de temblar. La imagen que se desarrolla delante de mis ojos es tan impactante, que ni siquiera soy capaz de hilar las palabras en mi boca para decir algo.

Él tampoco parece ser capaz de moverse. Es como si el tiempo se hubiese congelado.

Se siente tan irreal. Se siente tan... *distante*.

—Harry... —mi voz sale en un susurro tembloroso y débil, y él clava su mirada en mí. Las emociones parecen luchar para volver a él, pero desaparecen tan rápido como llegan.

Una tranquilidad enfermiza se ha apoderado de sus facciones. Su mandíbula sigue tensa, y su ceño aún está fruncido, pero no luce angustiado, preocupado o asustado. Es como si la oscuridad que hay dentro de él hubiese vencido. Como si esa lucha constante que hay entre Harry y Bestia hubiese terminado, siendo Bestia el ganador. Como si el Harry dulce que conozco no estuviese más aquí...

Sus ojos me estudian de pies a cabeza y noto cómo la tensión en su cuerpo aumenta a medida que va percatándose del estado en el que me encuentro.

Al terminar su escrutinio intenso, se acerca. Se detiene justo cuando está frente al cuerpo de Alexis Rodríguez y, por un doloroso momento, creo que va a patearlo; sin embargo, no lo hace. Se limita a dar una zancada larga para pasar sobre él.

Al llegar a mí, se acuclilla.

La pistola que aún lleva en la mano, es colocada en la parte trasera de la cinturilla de sus vaqueros y, después de eso, comienza a trabajar en las amarras de mis pies.

Ni siquiera se molesta en preguntarme qué ocurrió. Trabaja en silencio y de forma mecánica, y eso hace que la sensación de desasosiego aumente.

—¿Cómo te enteraste de que...?

—Jeremiah —me interrumpe antes de que termine de formular la pregunta. Su tono de voz es plano y neutro... *Frío*.

—¿Y Tyler?

—Afuera. Inconsciente.

—¿Cómo supiste que estaba en este lugar?

No responde.

Su atención está fija en la tarea que se ha impuesto y, de pronto, lo único que quiero es que me mire a los ojos y me diga que se encuentra bien. Nunca lo había visto así. Jamás se había comportado de esta manera...

Se pone de pie una vez que ha liberado mis tobillos y rodea la silla donde me encuentro sentada para desatar mis manos. Yo muevo mis pies para eliminar la tensión en mis músculos mientras espero a ser liberada por completo.

El sonido de una inspiración tomada con brusquedad, hace que me congele de inmediato. De pronto, recuerdo la lucha que tuve contra las cuerdas y entiendo el porqué de su expresión alarmada. Mis muñecas deben verse como mierda.

Con mucho cuidado, Harry empieza a trabajar en los nudos apretados. Trata de no tocarme en el proceso y eso me rompe de mil y una maneras.

—Harry...

—Debemos irnos de aquí ahora —vuelve a interrumpirme—. Jeremiah nos está esperando y tiene órdenes estrictas de llamar a la policía si no volvemos dentro de diez minutos —mis manos caen a mis costados, libres, y siento el hormigueo intenso que provoca la circulación correcta de mi sangre.

Mis dedos se sienten entumecidos y el ardor en mis heridas abiertas apenas me deja concentrarme, pero no puedo dejar de sentirme agradecida.

Harry se posa frente a mí y toma mis manos con cuidado para inspeccionar las marcas escandalosas.

—Estoy bien —le aseguro, pero no luce feliz con mi respuesta. Su mandíbula está tensa y una vena sobresalta en su frente, así que trato de tranquilizarlo—: De verdad estoy bien, Harry.

Su mirada se alza para encontrarse con la mía y noto cómo cientos de emociones diferentes se mezclan en sus ojos.

—Lo lamento mucho, Maya —su voz se quiebra ligeramente, y yo niego con la cabeza. Mis ojos se han llenado de lágrimas, pero esta vez no quiero llorar de miedo. Estoy aliviada de tenerlo aquí. De que haya venido por mí—. Lamento mucho todo esto.

—Está bien —trato de sonar tranquila, pero no lo consigo—. Vamos a estar bien.

El brillo en la forma en la que me mira, hace que todas las sensaciones enfermizas se vayan lejos y un destello del viejo Harry se filtra entre las capas de oscuridad que lo envuelven.

Entonces, sin decir una palabra más, se lleva mis manos hacia los labios y deposita un par de besos dulces en los dorsos.

—Creí que no lo lograría —por primera vez, noto pánico en su voz—, y cuando entré, en lo único en lo que podía pensar, era en quitártelo de encima. Si hubiese llegado unos segundos después, tú estarías...

—Shhhh —poso mis dedos temblorosos sobre sus labios—. No lo digas. Estás aquí y eso es lo único que importa.

Harry abre la boca para decir algo, pero el sonido de la voz de Tyler hace que se detenga en seco.

—¡Eres un hijo de puta! —escupe.

Mi vista se alza rápidamente mientras el chico acucillado frente a mí vuelca toda su atención hacia el hombre tambaleante que observa el cuerpo de Rodríguez desde el portón de acceso.

La mirada incrédula de Tyler se posa en Harry y un profundo odio se refleja en su expresión.

Harry se pone de pie de un movimiento y me da la espalda para interponerse entre Tyler y yo. Toda su postura cambia de un segundo a otro. Sus hombros se cuadran y su espalda se endereza dándole una altura imponente y amenazante; su cuerpo entero irradia peligro y se siente como si esa parte agresiva en Harry estuviese tomando mucha fuerza esta noche.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?! —Tyler espeta—, ¡mataste a Rodríguez, Harry!, ¡a *Rodríguez!*

Harry me dirige una mirada rápida y hace un suave asentimiento en dirección al portón abierto.

Sé que quiere que aproveche ese momento para salir de aquí, así que me pongo de pie lo más rápido que puedo. Siento cómo mis muslos tiemblan debido a la falta de circulación, y cómo las articulaciones de mis hombros duelen con cada uno de mis movimientos, pero nada se compara con el ardor de mis muñecas lastimadas.

—Apártate de nuestro camino, Tyler —la voz de Harry es neutral. Glacial—. No te metas en esto.

—¡Por supuesto que no voy a dejarte huir! —la voz de Tyler se eleva hasta ser casi un grito—, ¡eres un imbécil, Stevens!, ¡cabas de jodernos!, ¡cabas de cavar tu maldita tumba!

De un movimiento rápido y certero, Tyler desenfunda una pistola.

—¡Todo es culpa de la mosca muerta que tienes por novia!

Los puños de Harry se aprietan y sé que lucha contra sus instintos para no abalanzarse sobre él.

—Solo déjalo estar, Tyler —la desesperación se filtra en su tono—. Este problema es mío y de nadie más, ¿me oyes?, solo mío.

Harry me mira de nuevo, y esta vez noto la urgencia en el gesto que me dedica. Quiere que salga ahora mismo, pero yo no quiero irme sin él. No puedo hacerlo.

—¡De este jodido mundo nadie sale, Bestia! —grita Tyler—, ¡te lo advertí!, ¡no vas a dejarme estancado aquí mientras tú te das el lujo de largarte con esa zorra!

Harry me da un suave empujón con su codo y avanzo un par de pasos con lentitud. Tyler no me mira, pero blande el arma de forma tan descuidada, que temo que en cualquier momento pueda escapársele un disparo por accidente.

Mi vista se posa en el chico de las cicatrices y noto cómo se ha llevado una mano a la cinturilla de los vaqueros, justo donde ha guardado su pistola.

—Deja de decir estupideces y déjalo ir, Tyler —sueno tranquilo y cuidadoso al mismo tiempo—. Se acabó. Rodríguez ya no está. Ya no le debes nada a nadie. Sal de toda esta mierda. Vete. Conoce a alguien. Olvida todo esto.

—¡TÚ NO LO ENTIENDES, MALDITA SEA! ¡NO ENTIENDES NADA! —Tyler estalla—. ¡NADIE SALE DE ESTO! ¡LOS LÍDERES VAN A DARNOS CAZA! ¡VAMOS A MORIR POR TU MALDITA CULPA!

Doy un par de pasos más.

Mi pulso se ha acelerado tanto, que soy capaz de sentirlo en la parte trasera de mis orejas. El miedo y el nerviosismo se mezclan en mi interior y hacen que mi estómago se revuelva ante la oleada de horribles pensamientos que me invaden. Tyler está histérico. Podría disparar en cualquier instante. Podría herirme. Podría herir a Harry...

Harry intenta con otro argumento, pero apenas si le pongo atención. No puedo apartar la vista de Tyler, quien no parece entrar en razón. No ha dejado de sacudir la cabeza mientras grita que no van a salir vivos de esta. Que van a cazarlos como si fuesen animales.

El frenesí que refleja todo su cuerpo es alarmante, y no sé qué diablos vamos a hacer para salir de esto sanos y salvos.

—¡Nadie va a darnos caza! —Harry alza la voz—, ¡nadie tiene por qué saber lo que pasó esta noche!

Una carcajada histérica brota de los labios del hombre que se encuentra al pie del portón de la bodega.

—No cabe duda, Harry, que no tienes idea de cuán jodido estás ahora —bufa y ríe sin humor.

De pronto, la expresión de Harry pasa de la frialdad al pánico en una fracción de segundo.

—Por supuesto que lo sé —me sorprende el tono ronco y profundo en su voz—. Por supuesto que sé que acabo de arruinarme la existencia.

—¿Entonces por qué mierda quieres huir? —Tyler suena un poco más tranquilo—, ¿por qué huyes ahora si antes estabas conforme con esta vida?

—Porque antes no había nadie en el mundo a quien le importara una mierda mi bienestar —duda unos instantes—. Porque antes, no me importaba arruinarme la vida, porque ya estaba arruinada.

—Podrías tener tanto, Harry...

—Pero no quiero hacerlo, Ty —Harry suena un poco más sereno—. No lo necesito.

La vista de Harry se posa en mí y la calidez que refleja, me trae un poco de seguridad.

Él hace otro gesto de cabeza y yo asiento, un poco más tranquila ahora que Tyler ha controlado ligeramente su temperamento y empiezo a avanzar hacia la entrada con lentitud para no alterar de nuevo al tipo histérico de la entrada.

—¡¿A dónde demonios crees que vas, hija de puta?! —el bramido de coraje que estalla de los labios de Tyler, me hace saltar en mi lugar y me detengo en seco.

De pronto, todo pasa a una velocidad impresionante. La pistola de Tyler se alza en mi dirección y, en ese preciso instante, Harry desenfunda su arma y apunta hacia Tyler.

Un grito se construye en mi garganta, pero no me atrevo a moverme. No sé en qué momento alcé las manos en señal de rendición, pero no me importa demasiado ahora mismo. Estoy aterrorizada.

—¡Baja esa maldita arma o te juro que...! —Harry grita en amenaza.

—¡¿Qué?! —Tyler grita—, ¡¿vas a matarme a mí también para protegerla a ella?! ¡Eres un jodido monstruo, Harry! ¡Maya va a darse cuenta tarde o temprano!, ¡va a mandarte a la mierda porque eres un maldito asesino!

—Me mataría a mí mismo por ella, Tyler —la voz de Harry suena casi como un gruñido, y mi corazón se detiene una fracción de segundo cuando escucho la intensidad de su confesión—. No tienes una idea de qué es lo que soy capaz de hacer por ella —su mirada se posa en mí durante unos instantes y añade—: Será mejor que no tientes a tu suerte y que nos dejes marchar.

Una sonrisa amarga se dibuja en los labios de Tyler, y el seguro de la pistola es retirado por su pulgar.

—Muéstrame lo que tienes —susurra.

Entonces, ocurre...

El disparo estalla.

El dolor que me invade es insoportable y caigo al suelo de golpe.

Estoy aturdida, desorientada y adolorida.

El pánico se detona en mi sistema, pero no puedo hacer nada para levantarme del suelo. Estoy paralizada por el dolor. Estoy paralizada por la angustia.

No soy capaz de escuchar nada. Ni siquiera puedo percibir otra cosa que no sea la humedad tibia que empapa mi camisa, mi cabello y la piel de mi torso y mi brazo. En este momento, el *shock* es tan grande, que no puedo procesar del todo el hecho de que estoy sangrando en el piso sucio de una bodega.

Llevo una mano hacia el lugar donde el dolor es más intenso y el terror me invade cuando retiro mi toque y observo la sangre cálida que me mancha los dedos.

Se acabó. Voy a morir. Esto es todo...

Lucho con todas mis fuerzas para mantenerme despierta, pero apenas puedo mantener mis párpados abiertos. Mi vista se nubla poco a poco y los sonidos agudos invaden mi audición en un par de segundos.

Me siento entumecida, débil y temblorosa. Soy vagamente consciente de cómo mi peso es levantado del suelo. El cálido cuerpo que me sostiene, me hace sentir segura y reconfortada.

El caos a mi alrededor es grande, pero nada me importa en este momento.

Las voces parecen ser amortiguadas por las emociones tranquilizadoras que me trae el abrazo en el que estoy envuelta.

Unos labios tibios y familiares se posan en mi sien y quiero llorar. Estoy llorando. No puedo dejar de llorar. Sé que algo va terrible. Sé que nada bueno saldrá de todo esto, así que me aferro con todas mis fuerzas a Harry, quien me sostiene como si estuviese a punto de disolverme entre sus brazos.

Sé que es Harry. Solo Harry puede sostenerme así. Solo él puede hacerme sentir así de tranquila.

—Te amo, Maya —le escucho pronunciar, pero no tengo fuerzas para abrir los ojos—. Te amo. Por favor, no me dejes. Quédate conmigo. Por favor. *Por favor...*

CAPÍTULO 53

Las voces bajas invaden mi audición y toman fuerza conforme empiezo a ser consciente de mí misma.

Los familiares susurros inundan mis oídos y todo mi cuerpo reacciona ante ellos. Mis párpados revolotean, en un intento desesperado de abrirse, mis dedos aferran el suave material debajo de mi cuerpo y trato de encontrar mi voz mientras me aferro al aquí y al ahora.

—Ve tranquila —dice una voz vagamente familiar, y mi pecho se llena con una emoción que no soy capaz de describir—. Yo me quedaré aquí con ella.

El sonido de una puerta cerrándose hace que sea un poco más consciente de lo que ocurre, pero no es hasta que pasan unos largos instantes, que soy capaz de abrir los ojos.

La habitación es blanca en su totalidad. Un enorme ventilador aparece en mi campo de visión, pero está apagado; al igual que la luz del foco central. Los pitidos agudos que resuenan en todos lados, hacen que un suave dolor se apodere de mi cabeza.

Me siento confundida y adormecida, así que, cuando el rostro de Jeremiah aparece en mi campo de visión, me toma unos segundos reconocerlo.

El alivio que refleja su expresión, hace que mi pecho se estruje.

—¡Joder, Maya! —dice, con la voz temblorosa debido a las emociones contenidas—. Empiezo a creer que eres inmortal. ¿Qué clase de pacto tienes con Dios que te hace sobrevivir a cosas tan impresionantes?, ¡creí que morirías, *maldita sea!*, ¡estaba muy preocupado!

Hay lágrimas en sus ojos, pero no logro procesar del todo lo que está ocurriendo. No sé dónde estoy, cómo llegué aquí, ni por qué luce como si estuviese a punto de echarse a llorar.

«¿Qué pasó?». Quiero preguntar, pero no puedo hacerlo. Hay algo atascado en mi garganta.

Llevo mi mano a mi boca para retirar lo que sea que tengo en la tráquea, cuando el ardor se apodera de mis manos. Un sonido adolorido se escapa de mis labios y mis ojos se aprietan con fuerza.

—¡Mierda!, ¡quédate quieta! —Jeremiah me sostiene con cuidado de las muñecas, pero el escozor aumenta con su toque. Entonces, siento cómo la cama se hunde con su peso—. Estás en un hospital, ¿de acuerdo?... Te han intubado y acabas de arrancarte las agujas que te unían al suero y al medicamento.

Niego con la cabeza mientras trato de hilar lo que me dice.

«¿Qué demonios estoy haciendo aquí?».

—Maya, te dispararon hace casi dos semanas —habla, y sé que trata de sonar tranquilizador, pero no lo está consiguiendo—. Estuviste grave tres días enteros. Tuvieron que inducirte en un coma porque solo empeorabas. La bala te dio en un pulmón y, *¡joder!*, ¡fue horrible! —niega con la cabeza—. Estuviste inconsciente casi dos semanas y apenas hace dos días diste signos de mejoría y te pasaron a piso. Es un jodido milagro que estés aquí ahora mismo.

Los recuerdos vuelven uno a uno y se asientan en mi cerebro como la más dolorosa de las torturas. Las palabras de Tyler resuenan una y otra vez en mi cabeza, y en lo único que puedo pensar en este momento, es en que Harry mató a alguien para protegerme.

Clavo mi vista en mi amigo. Quiero saber dónde está. Necesito saber qué demonios pasó con él y con Tyler. Necesito entender qué diablos está ocurriendo.

Jeremiah parece leer la preocupación en mi expresión, ya que vacila unos instantes. Su expresión pasa de ser aliviada a insegura. Sus facciones parecen ensombrecidas por una emoción que no comprendo del todo y eso hace que un nudo se apriete en mi estómago y se estruje con violencia.

La opresión se hace presente en mi pecho y, de pronto, respirar se siente como una tarea imposible. Él *sabe* qué es lo que quiero que me diga...

El pánico es tan grande, que lucho con todas mis fuerzas para liberarme de su agarre. No me importa el dolor. No me importa nada.

Trata de tranquilizarme, pero apenas puedo escucharlo. Pataleo y forcejeo lo más que puedo, pero él no me deja ir por más que intento quitármelo de encima. Necesito salir de aquí. Necesito ir a aclarar todo esto de una maldita vez.

—¡Maya, escúchame, por el amor de Dios! —Jeremiah eleva su voz y clava sus dedos en la carne de mis brazos—. Necesito que estés calmada para que escuches toda la historia, ¿de acuerdo?

Mi corazón late a una velocidad impresionante y el lado izquierdo de mi torso palpita debido a mi pulso acelerado. El malestar invade mi cuerpo más rápido de lo que espero y la habitación da vueltas.

Las pocas máquinas a las que he quedado conectada comienzan a sonar con estruendo y, de pronto, la habitación se llena de personas.

Jeremiah es apartado de mí y su toque cálido es reemplazado por un par de manos heladas.

Escucho cómo uno de los médicos a mi alrededor ladra órdenes al resto de ellos, pero no dejo de moverme. Una de las enfermeras se acerca a mí con una jeringa entre los dedos y el horror me invade cuando la palabra «sedante» sale de la boca de uno de los médicos.

Mis ojos están llenos de lágrimas sin derramar y la impotencia quema en mi torrente sanguíneo. Niego una y otra vez, en un intento desesperado por detener a la mujer que está a punto de inyectarme, pero ella ni siquiera me mira cuando clava la aguja en la coyuntura de mi codo.

El pinchazo arde, pero ni siquiera tengo tiempo de protestar. Trato de seguir luchando, pero el efecto es casi inmediato y todo mi cuerpo se sume en una extraña sensación de pesadez extrema en pocos segundos. El coraje y la ira se apoderan de mí, de pronto. No puedo creer que estén haciéndome esto. No pueden ponerme a dormir cuando no sé qué ha pasado con Harry. No pueden hacerme esto. No tienen derecho. Es humillante...

Mis párpados pesan, pero peleo con todas mis fuerzas para mantener mis ojos abiertos. No puedo rendirme ahora. Necesito *saber*...

Mi vista se posa en el chico de aspecto aterrorizado que se encuentra a pocos metros de distancia y le suplico con la mirada que me lo diga todo; sin embargo, no

lo hace. No dice ni una sola palabra. Ni siquiera se mueve. Jeremiah está tan angustiado, que no se molesta en tratar de ocultarlo.

La disculpa que se dibuja en su mirada, me hace saber que realmente siente no poder hablar conmigo ahora.

Sabe que voy a caer rendida por el efecto del sedante, y eso hace que la impotencia crezca un poco más.

De pronto, la puerta de la habitación se abre de golpe y soy capaz de ver una figura pequeña y familiar acercándose hacia donde me encuentro; sin embargo, se congela en su lugar al ver el caos en el que se ha sumido toda la estancia.

—*Oh, Dios mío...* —la voz de Kim me trae oleadas de alivio, pero es demasiado tarde. Estoy perdiéndolo. Estoy a punto de caer rendida.

Trato de estirar el brazo en su dirección, pero mis extremidades no responden. Estoy agotada. Desesperada.

Estoy cayendo en una espiral de sensaciones inconexas y confusas. El lugar se difumina y no puedo postergarlo más tiempo. Entonces, mis párpados se cierran y pierdo el control.

~ ~ ~

—Tenemos que decírselo, Kim —la voz suena lejana y distante.

—¿Viste cómo se puso solo al saber dónde se encontraba? —sé que es mi amiga quien habla. Podría reconocer su voz en cualquier parte del mundo.

—Es la reacción que tendría cualquiera en su situación —otra voz llena mis oídos—. No es como si pudiésemos esconderle lo que pasó toda la vida. Va a saberlo tarde o temprano.

Se hace el silencio.

Las voces se han ido y no soy capaz de hacer otra cosa más que intentar disolver la bruma que envuelve todo mi cuerpo.

—No quiero ser yo quien se lo diga —la primera voz vuelve y me aferro al vestigio de reconocimiento que se filtra en mi sistema. Sé que conozco al dueño de esa voz.

—¿Qué? —la voz de Kim suena de nuevo. Se siente como si estuviese en un túnel a decenas de metros de distancia de ellos—. No me miren así. Yo no puedo...

—Eres la indicada para hacerlo —trato de reconocer la voz tranquila y amable, pero no logro identificar a quién le pertenece—. Ella confía en ti más que en cualquiera de nosotros.

—No pueden hacerme esto —Kim suena angustiada hasta la mierda y yo lucho con más fuerza para abrir mis párpados. Estoy despierta ahora, pero mis músculos no parecen responder a las órdenes de mi cerebro—, ¿cómo demonios voy a decirle que está *detenido?*, va a destrozarla.

Las palabras caen sobre mí como balde de agua helada y mi lucha termina. No me muevo ni un solo milímetro. He dejado de pelear contra el sello que hace que mis párpados no puedan moverse. He dejado de respirar como se debe...

<<¡No, no, no, no, no!>>.

—No podemos ocultarle algo así, Kim —la voz desconocida habla—. No cuando su declaración puede hacer que salga libre.

—Will tiene razón, Kim —por fin reconozco la voz de Jeremiah, y la ansiedad se apodera de mí solo porque Kim y Will se encuentran en la misma habitación. No puedo evitar preguntarme, por un fugaz momento, si ella habrá hablado con él para contarle lo ocurrido con Mark—. Maya debe saberlo.

El silencio vacilante en el que se envuelve todo el lugar, me pone la piel de gallina.

—Está bien —Kim suspira—. Hablaré con ella. Solo espero que lo tome con calma. Lo menos que necesitamos ahora es que sufra otra crisis como la de esta mañana.

—Yo también espero lo mismo —dice Jeremiah, en voz baja.

—En fin, mientras ustedes esperan aquí, yo iré a ver cómo está Harry. Con suerte podré pasar a verlo —dice Will, tras unos segundos de silencio—. Manténganme al tanto de la situación de Maya.

—Claro —dice Kim, en un murmullo débil.

—Ve con cuidado —Jeremiah habla.

El sonido de una puerta siendo abierta y cerrada llena la estancia y, segundos después, el lugar se sume en un silencio tenso y tirante que solo es interrumpido por el sonido de las máquinas a las que estoy conectada.

Es entonces, cuando mi lucha contra el sedante se renueva. Mis párpados se sienten un poco más ligeros que hace rato, así que no me toma demasiado ser capaz de abrir los ojos.

Las tonalidades rojizas y anaranjadas en las que está sumida la habitación, me hacen saber que está a punto de anochecer. Mis extremidades se sienten pesadas, pero nada me duele en este momento. Mi garganta se siente seca y el tubo que tengo incrustado en la tráquea hace sumamente difícil la tarea de tragar algo de saliva para eliminar el escozor.

Mis piernas se sienten entumecidas y mis brazos hormiguean, pero eso no impide que trate de moverme un poco para llamar la atención de los dos chicos que quedan en la habitación.

Jeremiah es quien se percata de que me encuentro despierta. No es capaz de disimular el alivio en su expresión cuando se inclina para mirarme. Una mueca cargada de aprehensión se dibuja en sus labios y aparta el cabello lejos de mi rostro en un gesto dulce.

—Hey, *Hobbit* —la sonrisa torcida en sus labios es amable, pero preocupada—. ¿Cómo estás?, ¿has pensado alguna vez ser doble de películas de acción? Eres dura de matar, ¿sabías eso?

Una sonrisa juega en mi boca, pero el dolor que se apodera de mi garganta con mis suaves movimientos faciales, hace que lo reprima. Quiero decirle que se vaya a la mierda, pero, como me es imposible hablar en este momento, me limito a forzarme hasta el límite para mostrarle el dedo medio de mi mano izquierda.

Su rostro rompe en una sonrisa grande y honesta, y niega con la cabeza.

—Iré a buscar a un médico para preguntar si pueden retirar ya esa cosa de tu garganta —dice y, sin darme tiempo de hacer nada, se aleja para salir de la habitación.

El zumbido de las máquinas llena el silencio en el que se ha sumido el lugar, pero sé que no estoy sola. Sé que Kim está aquí y que no se ha atrevido a acercarse. De

hecho, pasan un par de segundos, antes de que escuche sus pasos a través de la estancia.

Mi corazón se acelera ante la expectativa de volver a tenerla cara a cara. No sé qué demonios va a decirme, ni cómo voy a reaccionar con sus palabras. Tampoco sé si va a hablarme acerca de la pequeña conversación que escuché hace unos instantes o si va a mantenerlo para ella un poco más.

Quiero preguntarle tantas cosas, que ni siquiera sé por dónde empezar; sin embargo, la sensación que se construye en mi pecho me dice que, sea lo que sea que está a punto de decirme, va a acabar conmigo.

Se detiene junto a la cama.

Su mirada se encuentra con la mía en el instante en el que entra en mi campo de visión y, de pronto, me siento vulnerable debido a la posición acostada en la que me encuentro. Ella, sin embargo, también luce vacilante e insegura. El cansancio y la angustia se filtran en su rostro, y me pregunto cuánto tiempo ha pasado aquí por mi culpa.

Sé que está preocupada por mí. Sé que he vuelto a hacerla sentir angustiada. No debería ser así siempre. Ella no tiene la culpa de todo lo que me ocurre y está aquí a pesar de todo. Le debo muchísimo y no sé cómo demonios retribuirle tanto. No sé cómo diablos ser la mitad de lo buena amiga que ella es.

A pesar de todo, y por sobre todas las cosas, Kim nunca me ha abandonado y eso es algo por lo que siempre voy a estar agradecida.

—No sabes cuán feliz estoy de que estés bien, Maya —su voz irrumpe el silencio y un nudo se instala en mi garganta a toda velocidad. Una sonrisa tímida e insegura se dibuja en sus labios y sus dedos se deslizan entre los míos para luego apretarlos con fuerza. Las lágrimas brillan en sus ojos, pero no derrama ninguna—. Lamento mucho todo lo que ocurrió antes. De verdad, lo siento mucho. Fui una completa hija de puta. Me desquité contigo cuando estaba molesta conmigo misma. No tenía derecho de prohibirte nada. No tenía derecho de tratarte como lo hice.

Niego con la cabeza lo más que puedo, y aprieto sus dedos, en un débil intento por hacerle saber que nada de eso importa. Está aquí. Es mi mejor amiga y eso no va a cambiar nunca.

—Estaba *tan* preocupada por ti —confiesa, en un susurro entrecortado—. No sabes cuánto le pedí a Dios que te mantuviera a salvo y con vida. No sabes cuánto le rogué al cielo porque salieras bien de todo esto. Estaba *tan* asustada...

Está llorando. Sus mejillas están empapadas debido a las lágrimas, pero ni siquiera se molesta en limpiarlas. Su mano tiembla en la mía y un sollozo se escapa de sus labios cuando se sienta en el borde del colchón para ahuecar mi rostro con su mano libre. Sé que lucha contra el nudo en su garganta. Sé que quiere decir cientos de cosas más, pero ni siquiera puede poner una oración coherente en sus labios. He estado ahí antes.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que se atreva a verme a la cara; sin embargo, cuando lo hace, todo se siente incorrecto. Es como si estuviese armándose de valor para decirme algo terrible y eso hace que la emoción cálida de hace unos segundos, sea reemplazada por algo más oscuro y pesado.

—Escucha, Maya. Hay algo que debo decirte, ¿de acuerdo? —dice, tras un largo momento—. Necesito que lo tomes con calma. Que no te alteres, ¿está bien? —hace una pausa y limpia sus mejillas con el dorso de su mano. Yo la miro a los ojos y asiento como puedo—. Se trata de Harry. Lo sabes, ¿verdad?..., sabes que se trata de él —mi corazón se estruja con la sola mención de su nombre y el marcador de mi pulso delata cuán ansiosa me han puesto sus palabras, pero ella mantiene su expresión serena—. Necesito que te calmes, Maya. Es muy importante que estés tranquila. Tu estado de salud es delicado y necesito que mantengas la compostura, ¿está bien? —dice y asiento, esta vez, con desesperación.

Ella toma una inspiración profunda y aparta su mirada de la mía.

—Harry está detenido —dice.

Ya lo sabía. Lo escuché antes, pero no deja de ser un golpe demoledor. Sus palabras me llenan de un alivio enfermo y retorcido.

De alguna manera, prefiero que se encuentre detenido, a que se encuentre desaparecido o muerto a manos de un tipo como Tyler.

—Está en una delegación mientras la policía investiga lo que ocurrió en la bodega. Jeremiah mintió en su declaración para que lo dejaran ir, pero no es suficiente. Necesitan que tu declaración sea similar a la de él para que Harry pueda salir de ahí.

«¿Qué demonios fue lo que dijo Jeremiah?». Quiero preguntar. Tengo *tantas* preguntas por hacer...

—Jeremiah dijo que tú tenías una relación amorosa con el tipo que te disparó. Dijo que el tal Rodríguez se había enterado de tu existencia y que quería matarte. Que ese fue el motivo por el cual te llevó a esa bodega. Dijo, también, que Harry y tú solo son amigos, pero que siempre ha estado enamorado de ti. Dijo que ese amor lo llevó a arriesgar la vida al ir a la bodega para salvarte y que él lo acompañó —se detiene un segundo, antes de añadir—: Dijo, también, que él fue quien llamó a la policía cuando escuchó el primer disparo. En pocas palabras, Jeremiah se encargó de acabar con el lazo entre Harry y Rodríguez. Hasta ahora, se supone que Harry solo es un pobre diablo que luchó con un hombre armado solo por defender a su amada.

Trato de procesar sus palabras, pero es imposible.

«¿Cómo demonios es que Jeremiah fue capaz de idear esa mentira en tan poco tiempo?, ¿por qué ayudó a Harry?, ¿qué se supone que debo decir ahora para ayudar a Harry a salir limpio de todo esto?...».

Cientos de preguntas se arremolinan en la punta de mi lengua, pero no puedo hablar. No puedo decir nada y me siento impotente.

—Escúchame bien, Maya —Kim habla—. Si quieres que Harry salga libre de todo esto, tienes que contar esa versión de la historia. Debes deslindar toda relación entre Harry y esos tipos. Solo así vas a poder salvarlo —la sensación de ahogamiento está matándome. Odio esto. Odio estar aquí. Odio que todo sea así de complicado—. Si quieres que Harry salga bien librado, va a ser necesario que cuentes esa historia de la manera más convincente posible. De otro modo, va a pasar mucho tiempo en la cárcel.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero me obligo a mantenerlas dentro de mi cuerpo. No puedo permitir que la debilidad saque lo peor de mí.

Necesito hacer esto por Harry. Necesito hacer esto por nosotros, para así terminar con toda esta mierda de una vez por todas.

CAPÍTULO 54

—¿Podrías repetirme, Maya Bassi, qué fue lo que ocurrió en esa bodega? —dice el detective delante de mí mientras se inclina sobre la mesa de la sala de interrogatorio donde nos encontramos.

Mis manos se cierran en puños sobre mi regazo y reprimo el grito frustrado que amenaza por abandonarme. La sensación de hundimiento que se ha asentado en mi cuerpo desde el momento en el que pisé la delegación, apenas me permite estar en mi propia piel.

Es la cuarta vez que repito la historia que ensayé con Jeremiah, y aún no estoy segura de que el hombre que está delante de mí haya creído algo de lo que le dije. Su expresión en blanco me ha hecho imposible encontrar algún vestigio de credulidad en él.

Nunca he sido una buena mentirosa. Jamás he podido contar a alguien una mentira sin delatarme de alguna u otra manera y eso está volviéndome loca. No puedo dejar de pensar en que, si lo arruino todo, Harry pasará el resto de su vida en la cárcel.

Si la policía llega a creer que fue una lucha de poder, Harry será condenado por homicidio, relación con el narcotráfico, complicidad delictiva, lesiones a terceros y portación ilegal de armas de fuego. El abogado que le fue asignado nos dijo que las penas por estos delitos son muy altas y que no se podrá hacer mucho por él si no creen en mi declaración.

Mi mirada se clava en la del hombre y la sostengo mientras trato de recomponerme. La ansiedad, el miedo y el horror forman un nudo en mi pecho y me envuelven en oleadas de pánico. Estoy a punto de perder la compostura. Estoy a punto de gritar de la frustración...

—Alexis Rodríguez iba a matarme —digo una vez más, y trato de eliminar la desesperación del tono de mi voz—. Me disparó y segundos después Harry le disparó a él. Lo hizo por defenderme.

—¿Cómo sabes eso? —la cabeza del hombre se inclina, con curiosidad.

—¿Cómo sé, *qué*?

—Que lo hizo por defenderte.

—Harry no tenía motivo alguno para matarlo. Él y Rodríguez no se conocían.

Él hombre asiente, pero no luce muy convencido de mis palabras.

—Háblame de nuevo de tu novio, Tyler Lawson —se cruza de brazos y alza una ceja con escepticismo—. ¿El tipo realmente estaba enamorado de ti?

Me permito desviar la mirada solo porque el recuerdo de Tyler me asquea de formas que ni siquiera yo misma soy capaz de comprender. Mis manos se cierran en puños y reprimo la retahíla de maldiciones que amenaza con salir de mi boca. Odio decir que ese hijo de puta fue mi novio. Odio tener que negar cuán enamorada estoy de Harry. Odio no ser capaz de mentir con realismo para que toda esta pesadilla termine.

Mis ojos se llenan de lágrimas enojadas y, esta vez, permito que él sea capaz de mirarlos. Quizás así crea algo acerca de esta historia. Quizás mis lágrimas furiosas sean capaces de convencerlo de que digo la verdad.

—¿Usted abandonaría a la mujer de la que está enamorado tirada en el suelo, muriéndose debido a un disparo? —mi voz sale en un susurro enojado y desesperado.

El detective no responde, así que me obligo a mirarlo con todo el coraje que puedo imprimir.

—Tyler me abandonó ahí. *Huyó*. Se largó a pesar de que sabía que podía morir si no recibía atención médica —el nudo en mi garganta me impide continuar, así que trago duro un par de veces y me obligo a seguir—: No es justo que Harry tenga que pagar por esto. El único error que él cometió fue enamorarse de mí —mis propias palabras duelen y calan porque, en cierto modo, son reales. Si yo no hubiese llegado a la vida de Harry, él nunca habría tenido que pasar por esto. Si no lo

hubiera conocido aquella noche afuera del apartamento donde vivía con Leandro, nunca habría matado a nadie y esto no estaría sucediendo.

El hombre me estudia a detalle antes de sentarse en la silla frente a mí. Sus ojos castaños se fijan en los míos y me analiza unos instantes más, antes de volver a hablar.

—Cuéntame de nuevo, Maya, ¿cómo es que conociste a Tyler? —dice.

—En el edificio donde vivo —suelto, con desesperación—. Fue a ver a un vecino al que le vendía sustancias y me encontró llorando en un pasillo.

—¿Podrías repetirme por qué llorabas?

—Porque mi papá es alcohólico y se ponía violento cuando no bebía —arranco las palabras de mi boca—. Estaba asustada.

—¿Y dices que no sabías que Tyler vendía sustancias?

Sé que está buscando un conector. Sé que desea que le diga que fue a ver a Harry, pero no va a conseguirlo.

Niego con la cabeza.

—No. No supe que lo hacía hasta que fue demasiado tarde —digo.

—¿Hasta que te enamoraste? —no me pasa desapercibido el tono irritado con el que habla.

No soy capaz de responder, así que asiento.

—¿Por qué te quedaste con él después de que te lo dijo todo?

—Porque estaba enamorada —me siento asqueada de mí misma. Odio hablar así de Tyler. Odio tener que hacerle creer a todo el mundo que llegué a sentir algo por un tipo como él.

—¿Y el amor lo justifica todo? —noto el desdén con el que habla, pero trato de no reaccionar ante eso.

—No —apenas puedo hablar, ahora—. No lo justifica. Pero tampoco quería delatarlo. No quería que fuese a la cárcel por mi culpa... —hago una pequeña pausa y, entonces, añado—: Le pedí que lo dejara.

—Pero no lo hizo...

—Me dijo que de ese mundo nunca se sale —mi mente viaja al momento exacto en el que Harry me dijo esas precisas palabras. Al instante en el que me sentí impotente, frustrada y furiosa porque su vida estaba atada a un mundo lleno de mierda y muerte.

Un suspiro cansado brota de la garganta del hombre delante de mí y, por primera vez en toda la tarde, noto cómo su máscara de dureza se desploma.

—Hemos investigado a Harry Stevens durante las últimas semanas —dice, y todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

Él estudia mi reacción, pero lucho con todas mis fuerzas para mantener mi expresión plana.

—Está limpio —dice, cuando el escrutinio cede—. No hay antecedentes además del proceso del que fue absuelto hace unos años. Al parecer tiene un trabajo estable en una compañía pesquera y de eso vive. No hay nada extraño en él. El pobre diablo no tiene ni dónde caerse muerto.

El alivio que me invade en ese momento es inmenso. Se siente como si hubiesen retirado media tonelada de concreto de mi espalda. Es entonces, cuando recuerdo que Harry puso su apartamento a mi nombre, así como todo el dinero que tenía en su cuenta bancaria. La policía no encontró nada extraño en él porque todo está a mi nombre.

—Tienen que dejarlo ir —digo, pero suena más a una súplica que a otra cosa—. Él no ha hecho nada malo.

El detective parece bajar las defensas poco a poco, y eso me da un poco de seguridad.

—Necesitamos llevarle tu declaración al juez que lleva el caso para que se determine su situación; sin embargo, a como puedo verlo, es probable que salga libre dentro de unos días —el tono tranquilizador que utiliza, trae oleadas de alivio a mi sistema, pero trato de no hacerlo notar demasiado—. Ahora mismo no está en tus manos hacer más por él. Si necesitamos saber alguna otra cosa, ten por seguro que te mandaremos llamar una vez más. Mientras tanto, ve a casa y recupérate de esa herida de bala —hace un gesto de cabeza en dirección al cabestrillo para clavícula que llevo puesto. Entonces, me regala una sonrisa amable antes de hacer una seña al espejo a mis espaldas.

Sé, de antemano, que detrás de ese espejo, hay personas. Personas estudiándome a cada segundo...

—Lo haré —suelto, en un murmullo débil, y me pongo de pie. No se supone que debería estar caminando, pero no podía esperar más para declarar.

Hace unos días me dieron de alta y, en cuanto fui capaz de ponerme de pie por mi cuenta, le pedí a Jeremiah que me trajera. Ahora mismo, él y Will están esperando por mí afuera del recinto.

El detective abre la puerta de la sala para mí y llama a uno de los guardias de seguridad del edificio para que me guíen hasta a la salida.

Me toma unos cuantos segundos localizar a mis acompañantes cuando salgo, pero, cuando lo hago, me encamino hacia ellos lo más rápido que puedo. La ansiedad y la angustia han incrementado debido al exhaustivo interrogatorio al que fui sometida, pero ver los rostros familiares de esos dos chicos, hace que me sienta un poco más segura de mí misma.

Conforme me acerco y soy capaz de mirar sus expresiones, me doy cuenta de cuán preocupados lucen. No los culpo. Últimamente, se siente como si todo mi cuerpo estuviese a punto de hacer implosión. No saber de Harry está matándome poco a poco.

Pasé casi una semana entera consciente en el hospital, antes de que el cirujano que sacó la bala de mi cuerpo accediera a darme de alta. Han pasado ya cuatro días desde que abandoné el hospital. Todo esto sin contar que pasé dos semanas enteras en estado de coma; lo que quiere decir que Harry ha estado más de tres semanas detenido.

No puedo dormir, no puedo comer, no puedo hacer nada que no sea pensar en su bienestar y en cómo estará. Me aterroriza la idea de que puedan estar haciéndole daño, o de que él mismo esté lastimándose con la idea de haber asesinado a alguien por mi culpa. Harry, a pesar de lucir duro y hosco por fuera, es un chico vulnerable. Un hombre que ha sufrido más de lo que cualquier ser humano sería capaz de soportar. Una persona capaz de romperse una y mil veces sin siquiera hacérselo notar al resto del mundo.

A decir verdad, él casi siempre luce compuesto, seguro de sí mismo y determinado; sin embargo, me ha quedado más que claro que es solo un alma

torturada. Un corazón roto que no hace más que intentar protegerse de todo aquel que trata de entrar en su vida.

El hombre del que estoy enamorada es solo un *chico*. Un chico que ha sido obligado a ser fuerte a pesar de que no puede serlo del todo. Un hombre que lo único que desea, es mantener a salvo a todos aquellos que le importan...

—¿Está todo en orden? —la voz de Will me hace percatarme de su presencia. Ni siquiera me di cuenta de en qué momento llegué hasta este lugar.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz para hablar. El nudo en mi garganta ha sido permanente la última semana y media. La angustia ha sido mi única compañera desde el instante en el que supe que Harry estaba encerrado en una cárcel, acusado de homicidio.

Estoy agotada. Estoy cansada de fingir que puedo manejar la oleada de sensaciones que me ha azotado una y otra vez desde que salí del hospital. Esto es demasiado. Ya no puedo más.

Quiero llorar todo el tiempo. Quiero desmoronarme. Quiero que toda esta pesadilla termine y que, por fin, Harry y yo podamos estar juntos.

A veces se siente como si el destino estuviese empeñado en mantenernos alejados. Es como si el universo conspirara en nuestra contra y eso solo hace que mi miedo a perderlo aumente. Tengo *tanto* miedo de que sea encerrado en una prisión de alta seguridad por mi culpa...

Me obligo a mirar a Will a los ojos. Una inspiración profunda es inhalada por mis labios, y esbozo una sonrisa tensa.

—Todo en orden —arranco las palabras de mi boca.

Un brazo cálido me rodea los hombros y pego mi cuerpo a la calidez que me proporciona el abrazo de Jeremiah. El desasosiego vuelve en ese momento.

Necesito que esto termine pronto. Necesito un respiro, un segundo de paz, un instante de silencio... Necesito algo de normalidad en mis días o voy a volverme loca.

«¿En qué punto mi vida se convirtió en esto?, ¿en qué momento todo se redujo a violencia, problemas, llanto y hospitales?».

Ya no quiero esto. No más. No puedo soportarlo ni un segundo más.

—Todo va a salir bien, Maya —dice Jeremiah, en un susurro bajo—. Harry va a salir de esta bien librado, ya lo verás —mi vista está clavada en un punto en el suelo. Sé que no voy a poder mirar a Will o a Jeremiah sin caerme a pedazos, así que mantengo la vista fija en el piso—. ¿No es así, Will?

Mis ojos se fijan fugazmente en Will y noto el destello de preocupación que invade sus facciones. Él no está seguro de que las cosas vayan a salir bien para Harry.

—Así será. Harry estará bien —se las arregla para responder—. Todo va a salir muy bien, Maya.

Mi pecho se contrae con la sensación viciosa y enfermiza que provoca el saber que alguien está mintiéndote solo para hacerte sentir bien, pero me obligo a forzar una media sonrisa y asentir con torpeza.

—Estoy cansada —susurro, con un hilo de voz. La debilidad en mis músculos, es insoportable. Jamás imaginé que estar postrada en una cama durante tres semanas haría de mi cuerpo una masa débil y frágil—. Quiero ir a casa.

—¿Puedes llevarla tú, Jeremiah? —Will habla—. Tengo que pasar con el abogado de Harry y ver qué más podemos hacer mientras se define su situación legal.

—Por supuesto —mi amigo responde de inmediato—. Mantennos al tanto de todo.

—Ten por seguro que lo haré —dice Will y, entonces, da un paso hacia mí.

Sus brazos protectores se envuelven en mis hombros y siento cómo su barbilla descansa en la cima de mi cabeza.

—Quédate tranquila, ¿de acuerdo? —la voz ronca del ahora exnovio de mi amiga, inunda mis oídos. Su aroma fresco invade mis fosas nasales y mis ojos se cierran con fuerza al sentir la falta de fuerza en el gesto.

Él no es Harry. Harry me sostiene diferente, y necesito que sea *él* quien me abrace en este preciso momento.

Me da la impresión de que Will también necesita algo de consuelo, ya que no me deja ir en un largo rato.

Las cosas entre él y Kim no han ido muy bien. Ella le dijo acerca de Mark y terminaron su relación. Él se fue a vivir a casa de sus padres poco después de eso.

Ella, por otro lado, está destrozada también. Está más que arrepentida, pero entiende que Will no quiera estar más a su lado.

Últimamente, han estado conviviendo más de lo que les gustaría debido a mí y a todo el proceso legal de Harry. Mientras Kim está al pendiente de mí, Will está al pendiente de Harry. Ambos han sido un apoyo increíble para nosotros.

Anne, por otro lado, no está enterada de que su hijo está en prisión. Hasta donde ella sabe, Harry está muy molesto con ella por no haberle dicho antes sobre su enfermedad. No he tenido el valor de ir a buscarla en el estado en el que me encuentro, pero he hablado con ella por teléfono un par de veces. Es horrible tener que mentirle cuando en realidad quiero gritarle que su hijo está en la cárcel por mi maldita culpa...

—¿Tiene el resultado? —el susurro urgente de Will me saca de mis cavilaciones, y mi corazón da un vuelco al recordar el motivo de su pregunta.

—Aún no —respondo, en voz baja—. Hoy va a ir por él —me aparto para mirarlo a la cara y digo—: Will, le prometí que no te diría nada. No vayas a...

—Lo sé —asiente—. Lo sé, Maya. Sé que prometiste que no me dirías nada sobre el retraso y eso, pero...

—Por favor, Will —lo interrumpo—. No vayas a hacer una tontería. Espera a que ella te lo diga. Aún no está segura de ello. Esperemos los resultados de los análisis de sangre y, después, buscaré la forma de convencerla de que te lo haga saber.

—Tienes que prometer que vas a decirme si va a tener un hijo mío —la desesperación en su mirada me hiere—. No puede ocultarme algo así, Maya. No tiene ese derecho.

—Prometo que te lo diré si tú prometes tranquilizarte un poco.

Él desvía la mirada y se aparta otro poco.

—Esto es *tan* difícil...

—Lo sé —digo, en un suspiro cansino—. Pero no nos adelantemos a los hechos. Esperemos los resultados, ¿de acuerdo? Todo estará bien, Will.

—Eso espero —dice, y no me pasa desapercibida la forma en la que aprieta los puños—. De verdad, lo espero...

CAPÍTULO 55

—¿Qué es lo que vas a hacer, entonces? —pregunto, tras un largo momento de silencio. Kim, quien no ha dejado de llorar desde el momento en el que me mostró los análisis de sangre, limpia sus lágrimas con movimientos temblorosos y desesperados.

—No lo sé —solloza y mi corazón se quiebra otro poco. Jamás la había visto así. Jamás la había visto perderse a sí misma de esa manera.

No sé qué decir para reconfortarla, así que me limito a envolver mis brazos alrededor de sus hombros y sostenerla con fuerza mientras se cae a pedazos.

—¿Cómo demonios voy a verlo a la cara y decirle que estoy embarazada? —gimotea—. No va a creer que es suyo. Va a pensar que es de Mark y, te juro, Maya, que no es así. La única vez que pasó algo entre Mark y yo fue aquella en la que nos viste —se aparta y me mira con desesperación—. Antes de eso solo había sido coqueteo inocente. Nunca nos besamos hasta aquella vez que nos encontraste en la sala de empleados.

—Kim, sea como sea, debes decírselo —digo—. Will merece saber que estás embarazada. Te crea o no. No cometas el error de no decírselo.

—¿Qué va a pasar si no me cree? —habla, en un susurro asustado y el agujero en mi pecho se incrementa—. Maya, voy a morirte si cree que el bebé que espero es de alguien más. Sé que lo arruiné para nosotros, pero voy a tener un hijo suyo. Un hijo que va a necesitar de un padre. No voy a pedirle que se quede a mi lado, pero deseo con toda mi alma que esté ahí cuando su hijo lo necesite. Lo único que quiero, es que no se aleje de él.

Aprieto su mano en un gesto tranquilizador.

—Kim, Will va a estar ahí para él. Yo lo sé. No va a abandonarlo. No va a permitir que un hijo suyo pase la vida entera sin saber quién es su padre. Solo... *díselo* —la

aliento—. Merece saber que va a ser padre... Prométeme que vas a decírselo.

Kim parece dudarlo, pero asiente.

—Lo haré —asegura y, rápidamente, limpia las lágrimas nuevas de sus mejillas. Entonces, toma un par de inspiraciones profundas antes de mirarme a los ojos y preguntar—: ¿Qué has sabido de Harry?

Sé que desea cambiar el tema de nuestra conversación, pero lo único que consigue es que el malestar permanente en mi estado de ánimo, incremente. La sola mención de su nombre me afecta más que nada en este mundo.

Will y Jeremiah se han empeñado en mantenerme al margen de la situación legal de Harry, y eso está volviéndome loca. Necesito saber si lo que hice fue suficiente. Necesito saber que todo va a estar bien para nosotros. No creo soportar otro golpe más. Ha sido suficiente. Necesito que todo salga bien para nosotros de una maldita vez por todas.

—Aún nada —sueno derrotada cuando respondo, pero ya ni siquiera me importa ocultar cómo me siento en realidad.

No es un secreto para nadie que no estoy llevándolo bien. Hay días en los que ni siquiera quiero levantarme de la cama. Últimamente, me siento atrapada en mi propia mente y es imposible huir de los pensamientos tortuosos que vienen a mí en todo momento.

Pensar en Harry duele. La quemazón provocada por las lágrimas es mi constante compañía y el pánico a lo que pueda ocurrir, hace que me sea imposible estar tranquila un segundo del día. Voy a volverme loca. Estoy a punto de perder la cabeza.

—¿No ha habido noticias aún?

La pregunta de Kim me saca de mi ensimismamiento, pero me toma un par de segundos espabilarme.

—Lo último que supe era que el juez debía dar el veredicto en las próximas setenta y dos horas —digo, en voz baja.

Estoy desmoronándome. Estoy cayendo a pedazos y no sé qué hacer para no destruirme a mí misma con negatividad y malos escenarios.

—Todo saldrá bien, Maya —mi amiga me alienta, pero noto el filo tenso y triste que hay en su voz. Ella sabe que hay grandes probabilidades de que Harry pase el resto de sus días en la cárcel. El vínculo con el narcotráfico, la portación de armas y el homicidio de Rodríguez pueden condenarlo a cadena perpetua. Si la policía no cree en la historia que Jeremiah inventó, estamos completamente jodidos.

Trato de sonreír, pero no lo logro. Entonces, bajo la vista para que Kim no sea capaz de mirar cuán cerca estoy de perder los estribos por completo. La angustia es como un cuchillo inofensivo clavado en mi estómago. No me mata, pero está ahí, como una tortura interminable; como una agonía lenta y dolorosa, que no me deja sola ni a sol ni a sombra.

Mis manos temblorosas son presionadas sobre mis rodillas y muerdo la parte interna de mi mejilla hasta que duele.

«No llores. No llores. No llores. No llores». Me repito una y otra vez, y no puedo evitar regresar al instante en el que lo vi por primera vez...

La primera vez que vi a Harry Stevens, me decía esas mismas palabras. Me rogaba a mí misma que dejara de llorar...

Soy un completo fiasco.

Sigo siendo esa niñita indefensa que necesita de alguien que la proteja. Sigo siendo esta estúpida chica que no sabe formular una oración completa sin tartamudear o vacilar. Soy la misma chiquilla estúpida que no es capaz de dejar de tener miedo de todo y de todos. No puedo creer que haya pasado ya tanto tiempo y que yo siga siendo la misma de siempre. Estoy cansada de ser de esta manera.

—Maya, no llores... —Kim susurra, y estira su mano para tomar la mía, pero la aparto. No quiero que me toque. No quiero el consuelo de nadie.

—Estoy bien —digo, con un hilo de voz, pero no me atrevo a mirarla.

Por un segundo, la tensión entre nosotras es palpable, pero ella parece comprender qué ocurre, ya que no dice nada. Se limita a ponerse de pie y encaminarse a la cocina. Sé que va a preparar té.

Eso ha estado haciendo por mí los últimos días. Siempre que me ve alterada y a punto de quebrarme, prepara té. No sirve demasiado, pero dejo que lo haga de cualquier modo. Sé que la hace sentir mejor.

—¿Me he acabado ya el azúcar de tu alacena? —Kim grita, desde la cocina, y reprimo el impulso que tengo de aclarar que esta no es mi casa y que esa no es mi alacena. No ha dejado de ser el apartamento de Harry. Nunca dejará de serlo.

—Eso creo —trato de sonar animada cuando respondo.

De pronto, aparece en mi campo de visión y pone las manos en su cintura antes de suspirar con pesadez.

—Iré a comprar un poco, entonces —dice y me regala una sonrisa amable—. ¿Crees que estarás bien si me marcho durante diez minutos?, ¿no vas a meterte en problemas?, ¿nadie va a dispararte de nuevo?

Una sonrisa se dibuja en mis labios con su broma impertinente y le muestro el dedo medio de mi mano derecha.

—Trataré de evitar que me maten —mascullo.

—Eso es suficiente para mí —me guiña un ojo y se encamina en dirección a la puerta, antes de salir del apartamento.

Mi vista recorre la estancia con lentitud y los recuerdos comienzan a ahogarme poco a poco. El lugar que una vez consideré frío y carente de calidez, es ahora el único espacio en el cual puedo sentirme cerca de Harry.

Los sillones de piel de la sala traen a mí cientos de recuerdos y, de pronto, me doy cuenta de que me encuentro sentada en el punto exacto en el que Harry estaba sentado cuando nos besamos por primera vez.

Mi estómago se retuerce con la intensidad de los recuerdos y trato de controlar la oleada de sensaciones que amenaza con desbaratarme. Mis palmas temblorosas se presionan en mis ojos y trago duro para eliminar el nudo en mi garganta.

Esto es insoportable. Estoy cansada de fingir que me encuentro bien cuando lo único que deseo hacer es sentarme afuera de la delegación hasta saber qué demonios va a pasar con él.

Kim, Will y Jeremiah se han encargado de mantenerme encerrada en este apartamento porque el médico indicó reposo durante quince días más; pero ya no puedo más con esta angustia. No puedo más con esta incertidumbre. Si no sé algo sobre Harry, voy a enloquecer...

Lágrimas calientes y pesadas se deslizan por mis mejillas y el coraje que se mezcla con la angustia, hace que mi garganta arda y duela. Soy tan *patética*...

—Deja de llorar —digo, entre dientes para mí misma, y eso solo hace que el enojo aumente.

Tomo una inspiración profunda y temblorosa, y limpio mis lágrimas con el dorso de mi mano antes de dejar escapar el aire con lentitud. Repito el procedimiento un par de veces más y, cuando me tranquilizo un poco, me pongo de pie para encaminarme hacia la habitación.

Necesito dormir. Necesito desaparecer y olvidar que soy yo por unos instantes.

Estoy a medio camino hacia el pasillo, cuando escucho cómo la cerradura de la puerta principal hace un pequeño sonido que resuena a través de la silenciosa estancia. Todo mi cuerpo se tensa al instante y giro sobre mis talones. Los recuerdos de todas aquellas ocasiones en las cuales Tyler trató de intimidarme al entrar a la fuerza al apartamento, me invaden rápidamente.

El miedo se cuele en mi torrente sanguíneo y, por acto reflejo, doy un par de pasos hacia atrás. Entonces, la puerta se abre con lentitud y, en ese preciso instante, el tiempo se detiene...

Mis piernas flaquean, mi corazón se salta un latido, mi garganta arde y quema con la intensa necesidad que tengo de volver a echarme a llorar, y un sonido lastimoso escapa de mis labios en el momento en el que mis ojos y los de Harry Stevens se encuentran.

Está demasiado delgado. No se ha alimentado como es debido. Está pálido y las manchas oscuras debajo de sus ojos me hacen saber que no ha dormido lo suficiente. Su cabello está amarrado en una pequeña coleta baja y una bandana sostiene los cabellos más cortos lejos de su rostro. Luce agotado.

Cientos de emociones surcan sus facciones en un segundo y, de pronto, ninguno de los dos es capaz de moverse. El alivio se siente como un bálsamo sobre mis nervios alterados. Se siente como si hubiese despertado de una horrible pesadilla. Como si el mundo hubiese reanudado su marcha.

—Estás aquí... —las palabras salen en un sollozo lastimoso.

Él, sin embargo, no se mueve. No dice nada. Se limita a mirarme de pies a cabeza, como si tratara de asegurarse de que me encuentre en una sola pieza.

Entonces, mis pies se mueven. Doy un paso y luego otro y, de pronto, estoy corriendo hacia él.

Por un doloroso instante creo que no va a recibirme entre sus brazos, pero sus extremidades se abren justo a tiempo para atraparme en un abrazo apretado e intenso. Sus manos hacen en puños la franela que llevo puesta y su cabeza se hunde en mi cabello mientras sollozo incontrolablemente.

Un balbuceo incoherente me abandona sin que pueda detenerlo. La herida apenas sanada en mi pecho arde y escuece, pero no me importa en lo absoluto. No me importa porque está *aquí*. Es él. Es su aroma, su calidez, su fuerza, sus manos, su cuerpo, su aliento rozando mi mejilla.

Es él...

—Está bien —murmura, con su voz ronca y arrastrada, y el llanto aumenta—. Estoy bien. *Estamos* bien.

—Estaba *tan* asustada... —sollozo, y él susurra algo ininteligible de vuelta.

Entonces, se aparta de mí y ahueca mi rostro entre sus manos para estudiarme a detalle. Sus ojos color esmeralda recorren mi rostro con una atención aterradora, antes de deslizar su vista por todo mi cuerpo.

—Estoy bien —aseguro, con la voz entrecortada por las lágrimas, pero él no luce del todo convencido, ya que niega con la cabeza y frunce el ceño con preocupación.

—Si algo te hubiese ocurrido, yo...

Mis dedos se presionan en sus labios para acallar el resto de su oración y él cierra los ojos. Por un instante, luce torturado. Como si le doliera mi toque. Como si no pudiese soportar que le pusiera una mano encima.

Estoy a punto de preguntar qué ocurre, cuando alguien aclarándose la garganta hace que volquemos nuestra atención en dirección a la puerta.

Will y Jeremiah se encuentran ahí, mirando la escena con incómoda alegría. No entiendo del todo qué fue lo que sucedió.

—¿Por qué no me dijeron nada? —las palabras me abandonan sin que pueda detenerlas—, ¿qué pasó?, ¿cuándo supieron?

Will sonríe con amabilidad y mira a Harry, quien le regala un suave asentimiento.

—Esta mañana, el juez dio el fallo a favor de Harry. No había pruebas para inculparlo de nada —dice—. *Legítima Defensa*, creo que dijo que era lo que lo absolvía de pagar una pena por la muerte de Alexis Rodríguez —sonríe—. Tuvimos que esperar a que todo el papeleo y la orden para liberarlo se hicieran efectivas. Es por eso por lo que hemos tardado un poco en traerlo a ti.

Jeremiah me regala una sonrisa radiante.

—Todo ha terminado —dice—. Por fin, toda esta mierda ha acabado.

Las palabras de mi amigo traen una extraña sensación a mi pecho. No estoy muy segura de qué se trata, pero algo no se siente del todo bien.

Me digo a mí misma que es por lo sorprendente que ha sido ver a Harry aquí y ahora, y me obligo a sonreírle de vuelta mientras asiento en su dirección.

Los chicos y yo nos encaminamos a la sala en la espera de Kim, quien no regresa hasta que han pasado diez minutos desde que Harry, Will y Jeremiah entraron al apartamento.

Una vez reunidos todos, Jeremiah y Will hacen un resumen acerca de lo ocurrido en el juzgado y del fallo a favor de Harry. Este, sin embargo, no hace ningún comentario al respecto, se limita a escuchar lo que mis dos amigos cuentan con entusiasmo.

Kim, por otro lado, ha estado muy callada desde que llegó. Sé que es porque Will está aquí y porque aún no sabe cómo va a decirle acerca de su embarazo. Debo admitir que me preocupa la forma en la que van a continuar después de esto. Will no quiere regresar con ella. No puede confiar de nuevo después de lo que pasó, y Kim es consciente de eso.

Ambos están en una posición muy difícil. Por una parte, necesitan espacio para sanar la herida inmensa que ha provocado su ruptura y, por otra, deben resolver qué harán respecto a su hijo.

Dudo mucho que Will vaya a aceptar que Kim lo críe sola, y dudo, también, que ella vaya a impedir que él conozca al bebé.

Van a tener que seguir viéndose lo quieran o no y no sé cómo van a aprender a llevarlo. Lo único que espero para ellos ahora mismo, es que puedan solucionarlo de la mejor manera.

—Será mejor que nos vayamos —dice Will, tras un largo momento de silencio. Sus ojos se posan en Jeremiah y luego en Kim, y ambos se ponen de pie rápidamente.

Jeremiah le da un abrazo rápido a Harry, quien se ha puesto de pie primero que yo para despedirlos, y luego me envuelve en un abrazo cariñoso.

—Me alegra mucho que todo haya salido bien, Maya —susurra contra mi oreja y no puedo evitar sonreír un poco—. Mereces ser feliz. A partir de ahora, tienes prohibido meterte en problemas, ¿me escuchas?

Una risa tonta se escapa de mis labios y reprimo las ganas que tengo de besar su mejilla delante de Harry. No sé cómo esté la situación entre ellos ahora, pero hace unas semanas no era la mejor del mundo. No quiero tentar a mi suerte con un gesto así.

—Trataré de no hacerlo —prometo, y él me revuelve el cabello antes de dejar que Kim me abrace.

—Habla con él —murmuro contra la oreja de mi amiga y ella asiente.

Entonces, se aparta y me regala una mirada asustada.

—Te llamaré para contarte cómo resulta —dice.

—Todo irá bien —sonrío—. Confía en mí.

Ella sonrío, también, pero luce aterrorizada.

Finalmente, Will me aprieta entre sus brazos en un gesto protector, antes de despedirse de Harry con un abrazo que me hace saber cuán cercanos se han vuelto las últimas semanas.

El chico a mi lado esboza una sonrisa cansada mientras Will dice algo que solo él es capaz de escuchar.

Una punzada de dolor atraviesa mi pecho porque es la primera vez que lo veo sonreír desde que llegó aquí y no ha sido gracias a mí, pero la empujo lejos. Debo dejar de pensar en idioteces y concentrarme en lo que de verdad importa.

Harry acompaña a todo mundo a la puerta y yo me quedo atrás, sintiéndome extrañamente miserable. No sé qué está pasando, pero puedo sentir la distancia que ha puesto entre nosotros. No se supone que debería hacer esto. No cuando la pesadilla ha terminado...

Me las arreglo para sonreír un par de veces más antes de que todos se vayan finalmente y, cuando lo hacen, no estoy muy segura de qué decir o qué hacer ahora que nos hemos quedado solos.

Harry no me mira. Se queda un par de segundos mirando hacia la puerta del apartamento antes de girarse para encararme.

—¿Está todo bien? —hablo, después de unos instantes de silencio.

Harry parece dudar un segundo.

—Estoy cansado, Maya —responde con tono neutro—. Han sido unas semanas de mierda.

Ni siquiera me da tiempo de replicar. Cuando me doy cuenta, está avanzando en dirección al pasillo. Trato de alcanzarlo, pero es más rápido que yo, así que tengo que apresurar el paso lo más que puedo.

—Harry...

Entonces, se vuelca hacia mí con brusquedad y me detengo en seco al ver la violencia de su movimiento.

—Déjalo estar, Maya —dice, con la voz enronquecida por las emociones.

—¿Qué ocurre?

—Nada. No ocurre absolutamente nada.

—Harry, te conozco.

De pronto, la máscara de serenidad cae.

La tortura en su expresión es dolorosa. Su ceño está fruncido con angustia y preocupación. Su mandíbula está más tensa que nunca y una vena sobresale en su frente.

—¿Quieres saber qué pasa, Maya? —sisea—. Pasa que casi te matan por mi maldita culpa. Pasa que no puedo mirarte a la cara sin sentir que te debo algo más que una simple disculpa —noto cómo sus ojos se llenan de lágrimas sin derramar

—. No sabes la tortura que fue para mí saber que estabas en un maldito hospital con una herida de bala. Una que pudo haber sido evitada si yo me hubiese ido cuando dije que lo haría».

—No —mi voz sale en un resuello—. No, Harry, las cosas no son así.

—¡Por supuesto que son así, Maya! —escupe, y me hace saltar en mi lugar debido al tono violento que utiliza—, ¡por mi culpa casi te matan!, ¡dos jodidas veces!... ¡Te golpearon tan fuerte en el cráneo que casi mueres y ahora te dispararon!, ¡¿cómo demonios quieres que me sienta al respecto?! ¡No puedo pretender que nada ocurrió!, ¡no puedo ir por ahí aparentando que esto no está destruyéndome como lo hace, solo porque tú deseas olvidarlo todo!, ¡yo no puedo olvidar!

El silencio que le sigue a sus palabras es tenso y pesado, pero me niego rotundamente a dejar que se estanque en el pasado. No puedo permitir que arrastre con eso cuando se supone que ya todo acabó.

—¿Por qué te empeñas en hacerte quedar como el culpable de todo? —apenas puedo pronunciar—. Tú no pusiste el maldito bate de béisbol en las manos de Nadia, y tampoco obligaste a Tyler a empuñar el arma con la que me disparó.

—¡Pero te hirieron porque estabas *conmigo*, Maya! —eleva el tono de su voz—, ¡maldita sea!, ¡¿es que no lo entiendes?!

—¡Pero ya terminó! —igualo mi tono con el suyo—. ¡Harry, ya todo acabó!, ¡eres libre!, ¡finalmente, podemos olvidarnos de toda esa mierda!

—¡MATÉ A UNA PERSONA, MAYA! —su voz trueno en toda la estancia y doy un paso hacia atrás por mero acto reflejo.

El enojo, la ira y la frustración en su mirada, me estrujan el pecho de una forma cruel y despiadada. Esto no debería estar ocurriendo. Deberíamos estar bien ahora. Las cosas deberían ser diferentes.

—Harry, por favor... —suplico, con un hilo de voz—. Por favor, no te hagas esto. No trates de convertirte en un asesino a mis ojos porque no va a funcionar. Cualquier persona en tu lugar habría hecho lo mismo... Yo lo habría hecho por *ti*...

La mirada de Harry se desvía y baja la cara para que no sea capaz de mirarlo.

—Esto aún no ha terminado —dice, tras un silencio—. Tyler aún está libre. Se fugó y si la policía lo encuentra, esto se irá a la mierda.

—¿Crees que van a creerle?, son tres personas contra una —trato de sonar convencida, pero en realidad es algo que ronda por mi cabeza. Si Tyler regresa, todo podría irse a la mierda.

Harry niega con la cabeza, pero luce dudoso.

Yo aprovecho ese momento para acercarme a él, envolver mis brazos alrededor de su cuello y buscar sus labios con timidez. El roce de nuestras bocas hace que se retire un poco, pero vuelvo a intentarlo.

La presión suave que ejerzo le da la oportunidad de apartarse de mí, pero no lo hace. Sin embargo, no hace nada para profundizar el contacto.

—Vamos a estar bien —prometo, y presiono besos tímidos en sus labios—. Todo estará bien, amor. No nos hagas esto, por favor.

—Maya...

—Por favor, Harry. Deja de torturarte. Quédate conmigo. Ya todo acabó —digo, entre caricias tímidas, y siento cómo sus hombros pierden un poco de tensión.

Poco a poco, los besos dulces van tomando fuerza con lentitud y, de pronto, me encuentro con la espalda pegada a la pared. Sus dedos se han deslizado debajo del material de la franela que llevo puesta, y un escalofrío de pura anticipación me recorre el cuerpo.

Sus labios son urgentes y desesperados, y correspondo a la fuerza de su contacto. Soy vagamente consciente de cómo avanzamos por el pasillo, chocando contra las paredes estrechas, hasta llegar a la puerta del baño. Harry forcejea con la manija sin dejar de besarme y tantea en la pared hasta localizar el apagador de la luz para iluminar el oscuro espacio.

Entonces, se aparta de mí.

Sus ojos oscurecidos me recorren de pies a cabeza y noto cómo su pecho sube y baja con su respiración dificultosa.

—Quítate la ropa, Maya —dice, con la voz enronquecida.

En ese momento, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo beso con todas mis fuerzas. El sabor cálido y dulce de su boca trae oleadas de alivio a mi sistema y todo mi cuerpo se estremece cuando sus manos se deshacen de la parte superior de mi vestimenta.

El sonido de la música se abre paso entre la bruma de mi sueño y taladra en lo más profundo de mi cerebro. La familiar melodía enciende algo dentro de mí y sé que debo levantarme.

Cada vez soy más consciente de mi entorno y sé, de inmediato, que mi celular está sonando. La melodía que resuena en la habitación es el tono de llamada de mi teléfono. Estoy segura...

Me obligo a estirar el brazo para alcanzar la mesa de noche junto a la cama y busco sobre la madera hasta que soy capaz de sentir el aparato vibrante que no deja de sonar. Mis párpados se abren ligeramente y observo el nombre de Kim en la pantalla; sin embargo, cuando estoy a punto de responder, aparece una pequeña leyenda que cita: «Llamada perdida».

No he alcanzado a responderle.

Mis ojos se cierran de nuevo y dejo caer la cabeza sobre la almohada antes de estirar mi cuerpo y girar sobre mi abdomen para acurrucarme junto a Harry.

En ese momento, me doy cuenta... No hay nadie a mi lado.

Me toma unos instantes abrir los ojos, pero, cuando lo hago, me obligo a girar sobre mi espalda para incorporarme con lentitud.

Mis músculos se sienten adoloridos y agarrotados debido a nuestra actividad nocturna, y me siento complacida por ello. Extrañaba estar entre los brazos de Harry. Extrañaba sus besos, sus caricias, sus palabras susurradas... No puedo entender cómo es que fui capaz de soportar todo este tiempo sin él.

Una sonrisa suave se dibuja en mis labios al recordar la urgencia con la que me hizo el amor ayer por la noche, y cómo se encargó de decirme una y mil veces que me amaba...

Mi vista recorre la estancia, mientras agudizo el oído y trato de averiguar dónde se encuentra; sin embargo, no soy capaz de percibir ningún sonido. El recuerdo de Harry marchándose y dejándome después de haber estado juntos por primera vez, hace que una punzada de miedo se apodere de mi cuerpo.

De pronto, respirar se vuelve un poco difícil y mi estómago se siente como si estuviese a punto de reventar.

«¡Deja de pensar estupideces, Maya!». Me regaño, mentalmente; y trato de mantener la calma.

Entonces, dejo la cama. Me toma unos minutos encontrar algo de ropa para ponerme, pero, una vez que lo hago, me encamino hacia la sala a toda velocidad.

—¿Harry? —mi voz suena más alterada de lo que pretendo y no entiendo por qué demonios me siento así de ansiosa.

La falta de respuesta hace que el miedo sea imposible de manejar y, de pronto, todo lo que ocurrió anoche se siente como una jodida despedida. Los besos urgentes, las caricias desesperadas, las palabras pronunciadas en oraciones entrecortadas, los abrazos fuertes y angustiados...

—¿Harry? —trato de sonar calmada, pero apenas puedo hablar. Apenas puedo mantener la compostura.

«¡No! ¡Por favor, no otra vez!».

Mis pasos apresurados resuenan por todo el apartamento mientras me precipito hacia la cocina. Mis manos temblorosas se aferran al marco de la puerta cuando encuentro el lugar completamente vacío.

Vuelvo sobre mis pies y me echo a andar hacia la sala mientras digo su nombre una vez más.

«¡No está!, ¡se ha ido!».

Estoy temblando. Es imposible detener el movimiento involuntario de mi cuerpo y el bombeo apresurado de mi corazón. Es imposible retener las lágrimas por más tiempo y dejar de sentir que el mundo ha comenzado a estremecerse...

Mis pies se mueven por inercia mientras avanzo por el pasillo a toda velocidad solo para llegar a la habitación y detenerme frente al armario. Mi vista se posa en la madera de las puertas y *dudo*. Dudo porque no sé si quiero averiguar si se ha marchado o si solo estoy haciendo el ridículo una vez más.

«¡Hazlo ya!, ¡hazlo ahora, maldita sea!».

Grito, para mis adentros, pero no me atrevo a moverme durante un largo momento.

Finalmente, y al cabo de unos minutos, con el corazón hecho un nudo, abro las puertas.

No hay nada aquí. Sus pertenencias no están. No hay nada más que la camisa que alguna vez me prestó para dormir.

«¡Se ha ido! ¡Harry se ha ido!».

Se fue.

Me dejó aquí.

Se marchó y no fue capaz de decirme absolutamente nada... Y estoy *furiosa*. Estoy furiosa porque huyó y no fue capaz de llevarme con él. Porque estoy cansada de tanto sufrimiento. Porque estoy harta de vivir atrapada entre tanta mierda.

Ya no quiero esto. No quiero sentirme nunca más de este modo. Necesito que todo esto sea una pesadilla...

Un sollozo lastimoso sale de mis labios y, de pronto, no puedo detenerlo.

Estoy hecha un manojo de sollozos incontrolables y llanto desgarrador. Estoy hecha pedazos. Destrozada de pies a cabeza porque Harry se ha marchado sin decir una sola palabra.

Porque me ha dejado y ni siquiera ha sido capaz de decir por qué.

EPÍLOGO

Han pasado dos meses desde que Harry Stevens se marchó sin decir nada. Dos largos meses en los que he tratado de arreglar toda la mierda interna que dejó su partida, y que han estado llenos de días muy buenos y días terriblemente malos.

Escribió una carta.

La encontré tres días después de que se marchó. Estaba dentro de uno de los cajones de la mesa de noche. Leerla fue lo más doloroso que pude haber hecho en mi vida.

Se entregó a la policía... O, al menos, eso fue lo que dijo que haría en esa carta.

Dijo que las cosas no habían terminado. Que, en ese mundo, si matas al líder, te conviertes en el líder. Que él mató a Rodríguez y que, por ende, ahora es él quien debe asumir el cargo del negocio. Dijo, también, que prefería entregarse a la policía antes de convertirse en el líder de una banda de narcotraficantes, por muy pequeña que esta sea...

Lo odié por eso. Lo odié por pensar siempre en hacer lo correcto. Por no ser un poco egoísta y pensar en él. En *nosotros*...

Ahora, después de tanto tiempo, lo entiendo un poco más, sin embargo. Harry hizo lo que creyó que era lo correcto para él. Se entregó a la policía porque era la única forma en la que iba a poder estar tranquilo consigo mismo. Era consciente de la oleada de problemas que iba a acarrear la muerte de Rodríguez para nosotros y eligió terminar con todo de una vez para evitar que ocurriera algo como lo que pasó la noche en la que Tyler me disparó.

¿Yo?... Yo no he podido aceptar del todo que mi vida no será la misma a partir de ahora.

Al principio, estaba empeñada en buscar a Harry en todas las delegaciones de la ciudad para tratar de hacer algo para ayudarlo, pero Will me lo impidió. Me dijo que

era algo que Harry había decidido y que no podíamos intervenir. Que él estaba haciendo eso por mi bien y por el suyo, y que debíamos respetarlo.

Me tomó mucho tiempo aceptar que no puedes detener a alguien de hacer lo que su corazón le dicta solo porque no eres capaz de entenderlo.

Ahora mismo, lo único que le pido al cielo es que me dé fuerza. Necesito fuerza suficiente para levantarme una vez más y afrontar lo que venga, del modo en el que venga; porque la vida es así... difícil. Dura. Demoledora.

Es aquello que pasa mientras uno espera a que lo malo se vaya. Se esfuma entre tus dedos y, cuando te das cuenta, estás atrapada en una prisión que tú misma has construido. Una en la que eres víctima de tus propios demonios y que está hecha de tus más profundos miedos y tus más intensas inseguridades.

Yo ya no quiero ser víctima de mí misma. No quiero ser víctima de nadie... Ni siquiera de Harry.

Él fue un ángel. Un ángel que vino en forma de todo aquello que tanto odiaba. En forma de Bestia... Y, si bien estoy segura de que vino a salvarme, también sé que vino a acabar conmigo... Vino a acabar con esa Maya desconfiada. Insegura.

Esa que desea encerrarse en su habitación y no salir de ahí hasta que todo lo malo haya pasado. Esa que aún es parte de mí, pero que he decidido que es tiempo de encadenar en lo más profundo de mi ser.

No soy la mujer más valiente, ni la más fuerte. Mucho menos soy la mujer más segura de sí misma, ni la más madura. Sin embargo, quiero serlo.

Con suerte, voy a serlo.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —la voz de Jeremiah me saca de mis cavilaciones y observo el apartamento de Harry por última vez.

Esta noche voy a mudarme. Aún no sé qué demonios haré con este lugar. No tengo el valor de ponerlo a la venta. Al menos, no aún.

No puedo quedarme, tampoco. Los recuerdos están acabando conmigo lentamente. No puedo seguir viviendo en este lugar. Necesito poner espacio entre todo aquello que me recuerda a Harry y yo.

—Lo tengo todo —digo, y me las arreglo para esbozar una sonrisa—. ¿Nos vamos?

Mi amigo me guiña un ojo y pasa uno de sus brazos por encima de mis hombros mientras salimos del espacio lleno de muebles cubiertos por sábanas.

—¿Estás bien? —pregunta mientras cierro la puerta con llave.

Un nudo se instala en mi garganta y la sensación de desasosiego me invade por completo; sin embargo, me las arreglo para mirarlo y sonreír.

—Pronto lo estaré.



SAM LEÓN

BESTIA



Nova Casa Editorial

D.J.57

SIEMPRE HA SIDO POR TI

«No quiero hacer esto. Ni siquiera sé cómo es que estoy haciendo esto ahora mismo.

Voy a marcharme.

No quiero irme, Maya, pero tengo que hacerlo. Espero que lo entiendas. Espero que algún día puedas perdonarme por esto.

Soy un *monstruo*, ¿sabes?... Maté a una persona y no siento remordimiento alguno por haberlo hecho. Acabé con la vida de alguien y no soy capaz de sentir alguna clase de arrepentimiento. No quiero ser esta clase de persona. No quiero ser quien dice que lo siente, pero en realidad se alegra de que las cosas hayan salido de esa manera.

Esto no ha terminado. Si por un segundo creíste que todo esto había acabado con la muerte de Rodríguez, estás muy equivocada. Rodríguez no es nadie en comparación con toda esa gente para la que él trabajaba.

Van a darme caza para obligarme a tomar el lugar de ese bastardo. En este mundo, si matas al líder, te conviertes en el líder; y, si me niego a aceptarlo, van a matarte y luego van a matarme a mí.

Con esa gente no se juega y yo, francamente, prefiero estar muerto antes que seguir siendo el títere de personas tan miserables...

Voy a entregarme a la policía. Quiero confesarlo todo. Quiero pagar por toda la mierda que he hecho. Es lo correcto. Es la única manera de acabar con todo esto.

No espero que lo aceptes. Tampoco espero que lo comprendas. Sé que vas a odiarme. Sé que estoy lastimándote. Sé que crees que es egoísta de mi parte, pero, Maya, quiero que sepas que todo esto es por ti.

Siempre ha sido por ti.

Te amo, ¿entiendes?, te amo *tanto* que estoy dispuesto a entregar mi libertad para asegurarme de que nunca nadie vuelva a hacerte daño. Estoy dispuesto a hacer esto si va a mantenerte lejos del peligro.

No sabes cuánto lamento el llanto que voy a provocarte y el dolor que voy a causarte. Lamento aún más la herida que voy a abrir en ti y el tiempo que vas a tardar en sanar del todo.

Perdóname por todas aquellas veces que te hice daño. Nunca fue mi intención lastimarte. Perdóname, también, por todos aquellos “te amo” que callé y por todas aquellas veces que guardé para mí la manera en la que me sentía.

Nunca he sido bueno con las palabras. Nunca he sabido expresar muy bien lo que siento; pero, mi amor, eres lo mejor que pudo pasarme. La única mujer que ha sido capaz de mirar más allá del inmenso caparazón que me he puesto sobre los hombros, y que ya no sé cómo quitarme. La única capaz de destrozar mis barreras con una sonrisa. La pequeña idiota que se subestima y piensa que es débil, cuando en realidad es el ser humano más fuerte que he conocido en mi jodida vida.

Te amo, Maya.

Te amo y no quiero que lo dudes nunca.

No quiero que ni siquiera, por un instante, llegues a creer que todo lo que siento por ti es o fue una mentira. Eres el amor de mi vida. Siempre vas a serlo. A pesar de todo y por sobre todas las cosas.

Me encantaría poder terminar esto con un: “Deseo de todo corazón que encuentres a alguien capaz de darte todo eso que yo no puedo”, pero me enferma la idea de pensar que alguien más va a ser capaz de hacer eso. Lo único que quiero en este momento, es que sepas que lo siento. Lo siento mucho, Maya.

Te amo con toda mi alma. Te amo como nunca amé a nadie. Te amo como quiero amarte siempre.

Harry».



SAM LEÓN

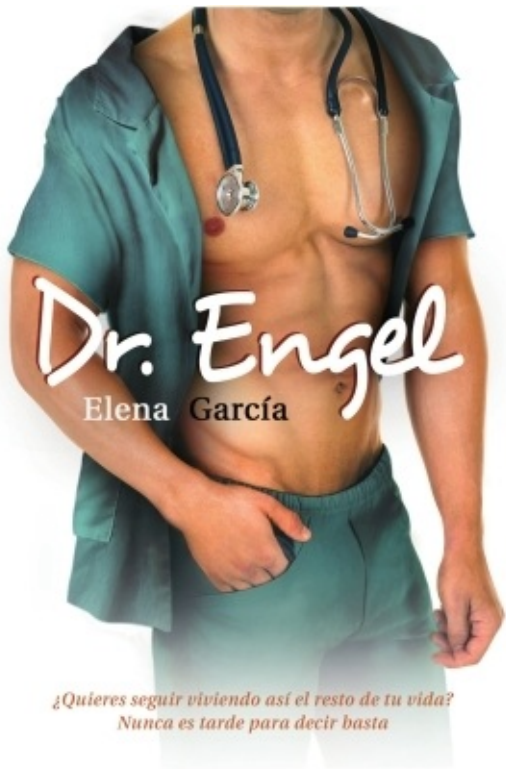
Nació un 17 de diciembre de algún año cercano a los 90 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Es hija de padres mexicanos y tiene dos hermanos menores que tienden a ser más maduros de lo que ella podrá ser jamás.

Es un tanto multifacética, así que ha probado todos los empleos existentes en el mundo. Actualmente, trabaja en una tienda de disfraces y dedica su tiempo libre — y ese que no lo es tanto— a planear y escribir historias que no sabe si verán la luz del día en algún momento de la vida, a leer libros con los que tiende a obsesionarse y a enamorarse de chicos que solo existen en tinta y papel.

Escribe desde que tiene uso de razón porque la llena, la arma y la centra. Porque el universo que lleva en la cabeza amenaza con enloquecerla si no le permite salir a la superficie.

Sube sus historias a Wattpad, donde puede pasar horas leyendo teorías conspirativas de sus lectoras, mientras planea su siguiente asesinato.

Puedes encontrarla cualquier día de la semana viajando en tren, con la cara enterrada en un libro y aspecto de no haber dormido en días.



Dr. Engel

Elena García

*¿Quieres seguir viviendo así el resto de tu vida?
Nunca es tarde para decir basta*

Nova Casa Editorial

Dr. Engel

García, Elena

9788416942633

436 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Mario agrede nuevamente a Natalia la trasladan un hospital de Madrid con serias heridas. Allí conoce al Doctor Engel, un apuesto y atractivo alemán de madre española dispuesto a ayudarla. Cuando el doctor descubre que se trata de un caso de malos tratos y que la vida de la chica corre serio peligro, la convence para que abandone a su agresor. Cuando Mario se entera empiezan las amenazas de muerte. Natalia y Engel descubren que hay algo más entre los dos que una simple relación médico-paciente, y que su pasado no es tan distinto como parecía en un principio. Mario intentará por todos los medios acabar con la vida de su exnovia, sea cual sea el precio que deba pagar por ello. Entonces entran en escena Alex, Laura, Erika y Manuel. A pesar del amor que Natalia y Engel acaban sintiendo el uno por el otro, hay algo que les impide estar juntos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

· ARACELI SAMUDIO ·

LA CHICA DE LOS Colores

THE
WATTYS
2016

Joya Casa Editorial



La chica de los colores

Samudio, Araceli
9788416942916
346 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Celeste era una chica con una discapacidad a quien, a raíz de un accidente, le habían amputado ambas piernas a la edad de diez años. Gracias al apoyo de su familia —en especial al cariño y confianza que le brindó su abuelo—, fue capaz de superar los momentos difíciles causados por la adversidad. Encontró entonces en el arte, y específicamente en la pintura, una forma de liberar su alma, de volar a los rincones a los que físicamente no podría llegar. Así, entre cuentos infantiles y sirenas, fue capaz de crecer y convertirse en una mujer hermosa, talentosa y, sobre todo, independiente. Pero, y ¿el amor? El amor la hacía sentir vulnerable. No lo esperaba, creía que las cosas para ella serían así: una vida solitaria y llena de cuadros por pintar. Entonces apareció Bruno, un chico de una ciudad distinta, de una clase social diferente, pero con muchas ganas de llenarse de los colores de Celeste. Bruno le demostrará que el amor no entiende de diferencias ni de limitaciones, que los recuerdos que guarda el corazón son más importantes que los que guarda la mente, y que el amor existe para todos. Celeste encontrará en Bruno al chico de los cuentos que le contaba su abuelo y, de paso, descubrirá que este tiene muchas más historias que contar, además de las que ella conocía y que los secretos del pasado pueden afectarlos a ambos. Celeste y Bruno serán testigos de un amor predestinado en el tiempo, una revancha de la vida, un lienzo en blanco lleno de colores por pintar y descubrir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

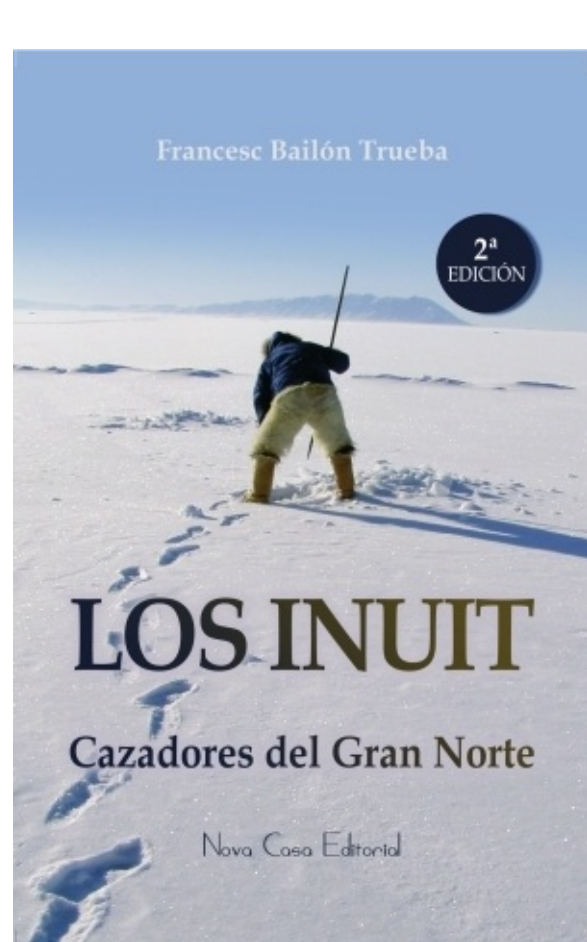
Francesc Bailón Trueba

2ª
EDICIÓN

LOS INUIT

Cazadores del Gran Norte

Nova Casa Editorial



Los Inuit

Bailón, Francesc
9788416281725
460 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

'Los inuit, Cazadores del Gran Norte' es una obra que nos acerca a un pueblo que se conoce más por su nombre que por su realidad cultural. A partir de las historias locales, y en un lugar tan inhóspito y frío como es el Ártico, nos adentramos en una cultura que, en muchos aspectos, ha permanecido inalterable a lo largo de los siglos, y que ha seguido respetando su entorno natural como estrategia principal de su subsistencia. La apasionante visión que Francesc Bailón nos ofrece de este mundo, y que en palabras del propio autor «constituye uno de los últimos soplos de humanidad que le quedan a este planeta», nos debe mostrar lo que un día fuimos para entender en lo que ahora nos hemos convertido. Además, esta obra nos permitirá comprender cómo un pueblo cazador y pescador ha pasado a ser el espejo en el cual quieren reflejarse otros grupos indígenas de la Tierra. Este libro, profusamente ilustrado con magníficas imágenes, trata además de temas que nos afectan a todos y especialmente al pueblo inuit, como son el calentamiento global y la contaminación medioambiental que asolan nuestro planeta. Quizá a través de esta obra lleguemos a escuchar esas voces que proceden del Gran Norte y entendamos por fin que la supervivencia de esta cultura condiciona también la nuestra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla
9788416942824
344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de futbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALEJANDRO ROMERA GUERRERO

MIEDOS

Nova Casa Editorial

Miedos

Romera Guerrero, Alejandro

9788416942701

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Aún crees en monstruos bajo la cama? ¿Te aterroriza la oscuridad? ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para no caer en el olvido? ¿Qué harías si te hubiese tocado crecer en la Ruanda de 1994? ¿Y si la desidia se hubiese apoderado de tu vida? ¿Tienes miedo a estar solo? ¿O a sentirte solo? Miedos no es un libro de terror. Estos veintisiete relatos no pretenden que nos escondamos asustados bajo la almohada, sino más bien que nos enfrentemos cara a cara con muchos de los miedos que tenemos a diario. Nos encontramos ante unas páginas que, además de hacernos sentir un escalofrío en cada historia, nos incitan a reflexionar de un modo original y diferente sobre nuestro comportamiento frente a los temores que nos acechan. "Miedos es una potente medicina contra la incomprensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad. " Fragmento del prólogo, por José Guadalajara.

[Cómpralo y empieza a leer](#)